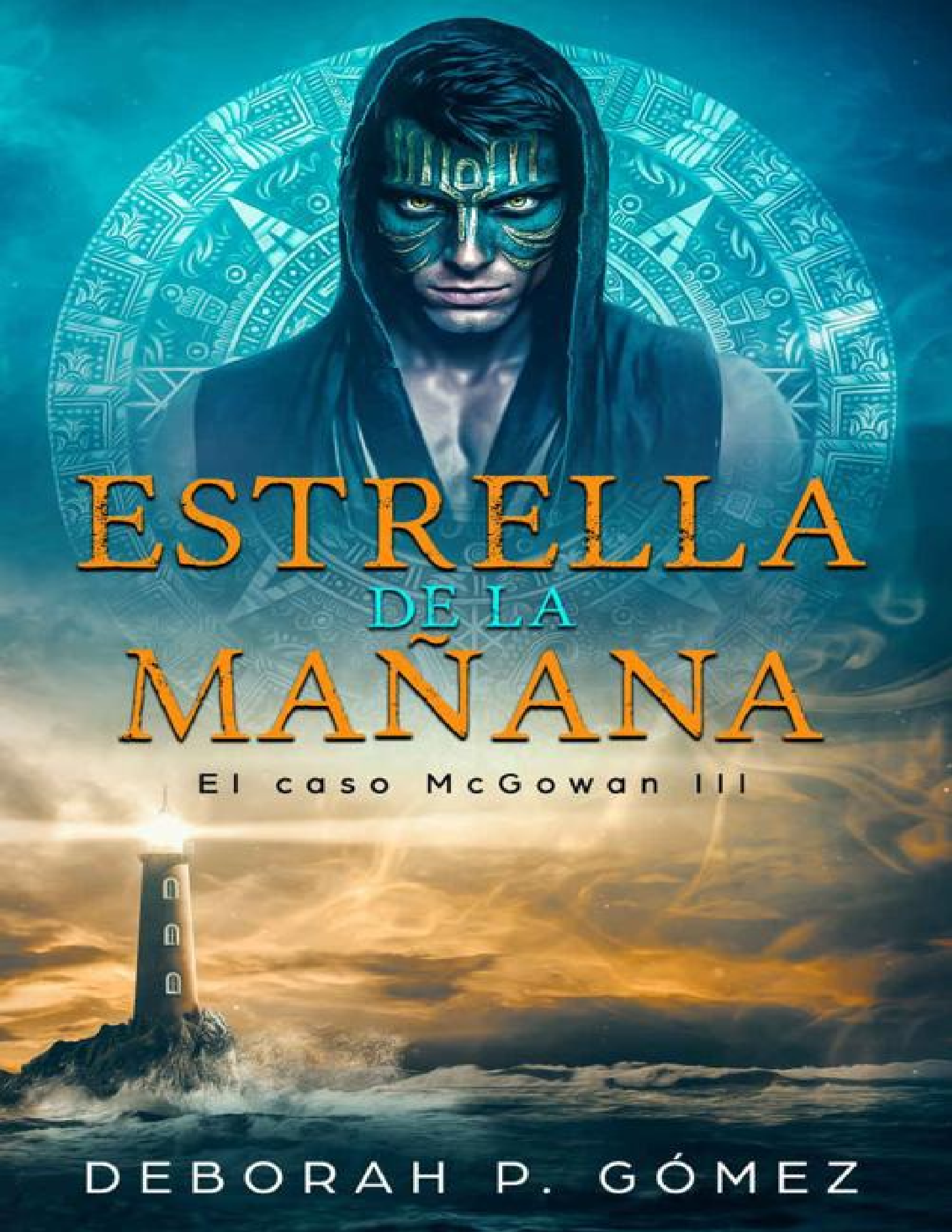

ESTRELLA
DE LA
MAÑANA
El caso McGowan III
DEBORAH P. GÓMEZ

Estrella de la Mañana

El caso McGowan III

Deborah P. Gómez

Título original: Estrella de la mañana (El caso McGowan III)
Primera edición: febrero 2024

Todos los derechos reservados.

ISBN: 9798872662242
Depósito Legal: **2401156656413** (15-enero-2024)
© Todos los derechos reservados.

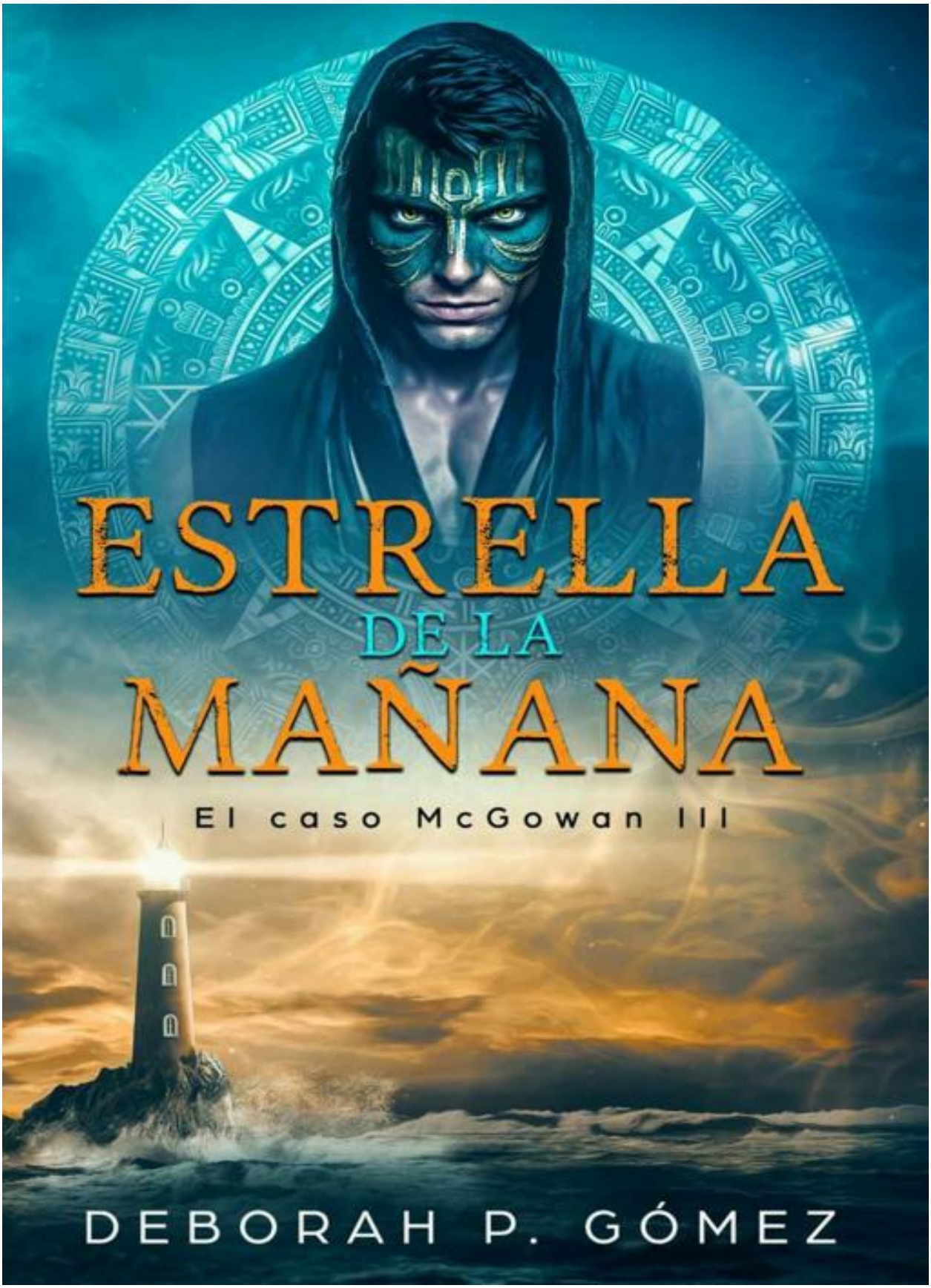
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y sigs. del Código Penal).

Portada diseñada por Deborah P. Gómez.
Tipografía: MiblArt.
Los derechos de las fotografías de portada y contraportada pertenecen a Deborah P. Gómez.

Corrección: Deborah P. Gómez

© 2024 Deborah P. Gómez
www.deborahpgomez.com

Esta historia es una obra de ficción. Los personajes, hechos históricos y situaciones, así como algunos lugares, que aparecen en sus páginas son fruto de la imaginación de su autora y en ningún caso corresponden con la realidad.


ESTRELLA
DE LA
MAÑANA
El caso McGowan III
DEBORAH P. GÓMEZ

Contenido

Introducción al Caso McGowan por Charlotte T. Loy & Jessy CM

Prólogo: 18 de Julio de 2046 —Peñíscola, España

1 — 27 de enero de 2024 — Union City, NJ

2 — 28 de enero de 2024 — Union City, NJ

3 — 5 de marzo de 2024 — Manhattan, NY

4 — 9 de mayo de 2024 — Manhattan, NY

5 — 13 de mayo de 2024 — Union City, NJ

6 — 16 de junio de 2024 — Luckenbach, TX

7 — 16 de junio de 2024 — Luckenbach, TX

8 — 16 de junio de 2024 — Luckenbach, TX

9 — 17 de junio de 2024 — Canyon lake, TX

10 — 9 de julio de 2024 — Manhattan, NY

11 — 8 de septiembre de 2024 — Manhattan, NY

12 — 8 de septiembre de 2024 — Ricketts Glenn Park

13 — 8 de septiembre de 2024 — Union City, NJ

14 — 22 de septiembre de 2024 — Union City, NJ

15 — 10 de diciembre de 2024 — Manhattan, NY

16 — 10 de diciembre de 2024 — Niágara, NY

17

18

19

20 — 12 de diciembre de 2024 — Union City, NJ

21

22 — 21 de diciembre de 2024 — Manhattan, NY

23 — 18 de febrero de 2025 — Phoenix Bond, NY

24 — 26 de febrero de 2025 — Williamsburg, NY

25 — 8 de marzo de 2025 — Union City, NJ

26 — 22 de abril de 2025 — Manhattan, NY

27 — 7 de mayo de 2025 — Union City, NJ

28 — 9 de mayo de 2025 — Tribunal de Familias, NY

29

30

31

32

33 — 24 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

34 — 26 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

35 — 27 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

36 — 1 de junio de 2025 — Gili T., Indonesia

37

38

39 — 2 de junio de 2025 — Gili T., Indonesia

40 — 7 de junio de 2025 — Gili T., Indonesia

41 — 18 de julio de 2046 — Peñíscola, España

42 — 29 de julio de 2025 — Phoenix Bond, NY

43 — 12 deagosto de 2025 — Valladolid, Mx

44

45

46

47

48

49

50 — 19 de septiembre de 2025 — Paddington, Londres

51 — 20 de septiembre de 2025 — Ravenwood

52

53

54 — 31 de octubre de 2025 — Union City, NJ

55 — 14 de noviembre de 2025 — Manhattan, NY

56 — 17 de diciembre de 2025 — Valladolid, España

57

58

59 — 21 de diciembre de 2025 — Carmel Head, Gales

60

61

62

63

64 — 21 de diciembre de 2025 — Gales

65

66
67 — 22 de diciembre de 2025 — Bangor, Gales
68
69
70 18 de Julio de 2046 —Peñíscola, España
Epílogo
Epílogo 2:
Canciones
Agradecimientos
Nota de la autora
Sobre la autora
DE “LA VIE EN ROSE” A LA VIDA EN “GREASE”
SIETE DÍAS PARA ENAMORARTE, UN AÑO PARA OLVIDARTE
TANTAS NAVIDADES Y NINGUNA NOCHE BUENA

Introducción al Caso McGowan

por Charlotte T. Loy & Jessy CM

Si cuando conocimos a Deborah nos hubieran dicho que nosotras escribiríamos el prólogo de la tercera y última parte de la trilogía *El caso McGowan*, no lo hubiésemos creído.

En aquel momento, no sabíamos lo que íbamos a encontrar entre sus páginas. «Un thriller romántico», nos dijo. Si contamos que una de nosotras escribe fantasía romántica y la otra romántica contemporánea, las probabilidades no jugaban a nuestro favor. Lo que no mencionó es que esta historia no es un thriller al uso. Es más, ¡mucho MUCHO más!

Es una telaraña de suposiciones, giros inesperados y pistas que hacen que te estrujes la cabeza página tras página. Personajes complejos y misteriosos, localizaciones de ensueño y una historia de amor épica que traspasa el tiempo y el espacio.

Nada más empezar a leer, te adentras en un intrincado laberinto de incógnitas, pasiones, mentiras, sufrimiento…, en el que sigues avanzando, incapaz de soltar el libro. Aunque estás ansiosa por averiguar la verdad (más que ansiosa, ¡a punto del infarto!), al mismo tiempo, no quieres llegar a la salida, porque eso supondría un punto final. ¡Y no deseas que la historia acabe nunca!

Como escritoras que somos también, sabemos lo difícil que es escribir un libro desde que comienza a fraguarse en tu cabeza y ser capaz de plasmar las ideas en una hoja en blanco. Y de todo eso, ¡Deborah sabe mucho!

Han sido meses de duro trabajo, de horas sin dormir, de mensajes llenos de desesperación porque no daba con la clave, de documentarse exhaustivamente, así como de releer una y otra vez las dos primeras entregas para que todo quedara cerrado y perfecto. Y podemos decir que la espera y el sufrimiento… ¡han merecido la pena!

Estrella de la mañana es el broche de oro de esta magnífica historia. Es uno de esos libros que te acompañan y dejan una profunda huella en ti. De los que no se olvidan, vaya. De los que permanecen para siempre en tu corazón.

Las páginas de esta novela son Deborah en estado puro, pero mejorada. ¡Lo ha dado todo en esta historia! Podemos decir que es su versión 2.0. ¡Una versión espectacular!

El sarcasmo de los personajes, con ese humor que la caracteriza y que tanto nos gusta; los diálogos astutos y frescos; las escenas tórridas que te dejan sin aliento; las aventuras trepidantes de los protagonistas; las leyendas aztecas y vikingas; el suspense; la amistad… Todo en este libro crea un intenso cóctel con la dosis perfecta de cada ingrediente para que se convierta en una historia inolvidable.

Por todo ello, agradecemos a Deborah que nos haya hecho partícipes de esta magnífica historia de principio a fin. Ha conseguido que saltáramos de la silla con la llegada de nuevos capítulos. Nos ha emocionado hasta las lágrimas. Nos ha acelerado el corazón y nos lo ha encogido… ¡infinidad de veces! Nos ha hecho sufrir lo indecible con medias verdades para mantenernos en vilo hasta el final…, sin hacernos ni puñetero caso en cuanto a un personaje muy importante del libro se refiere. Y hasta aquí podemos contar. ¡Ya lo iréis descubriendo por vosotros mismos!

Gracias, Deborah, por permitirnos dejar nuestro granito de arena en este libro que, sin duda, va a permanecer con nosotras durante mucho tiempo.

Y, sobre todo, gracias por tu hermosa amistad, por llegar a nuestra vida para hacerla más bonita... ¡y divertida! Y por ese carácter tuyo que nos arranca carcajadas hasta hacernos llorar. Por ser tan tú, tan auténtica.

¡Felicidades por esta gran historia! Y, por supuesto, por todas las que vendrán.

Tus Supernenas

Jessy CM
Charlotte T. Loy
#Weloveethanmcgowan
Ꮾ Supernenasforever

Prólogo

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

Me encanta ver a mi familia reunida. Tal vez porque todos los años que he pasado fuera viviendo aventuras me han privado de algo tan simple como eso. A veces no nos damos cuenta de lo que nos estamos perdiendo por nuestro empeño en crecer, en exprimir la vida al máximo, en quererlo todo. Y yo reconozco que siempre he sido una mujer ambiciosa. Me costó bastante darme cuenta de que la felicidad no estaba en convertirse en la periodista más osada, sino en las pequeñas cosas. En ver el atardecer en la playa con el amor de tu vida. En una barbacoa con tus seres queridos o en leer un buen libro en el sofá un domingo por la tarde, después de una larga semana de trabajo.

Creo que por eso decidimos instalarnos en este apacible pueblo de costa, huyendo de las aglomeraciones, el ruido, la contaminación y el estrés de ciudades como Londres o Nueva York. Aunque me cueste reconocerlo, esto solo acentúa el hecho de que ya no soy tan joven… ni tan aventurera. Supongo que las preferencias van cambiando con la edad…

Cuando a mi marido le ofrecieron hacerse cargo de una nueva sucursal que su empresa había abierto en Valencia, no lo dudamos ni un instante. Yo podía trabajar de forma remota y él solo tendría que ir a la oficina una vez por semana, así que Peñíscola parecía justo lo que estábamos buscando.

Hoy es un día especial, nuestra famosa fiesta de verano en la que conseguimos reunir a familiares y amigos más cercanos bajo el mismo techo. Mis padres están disfrutando del solecito en el jardín, jugando a las cartas con los padres de mi cuñada. E incluso el niño, que vive en Londres con su pareja, hace malabares cada verano para no perderse este evento.

Miro el reloj: son las doce del mediodía. Eidan ha ido a buscarle al aeropuerto mientras mi hermano y yo terminamos de preparar la paella y los entrantes. Hay suficiente comida para una boda, pero no quiero que nadie pase hambre.

La mayor de mis hijas, Gaia, me observa inquieta. Lleva todo el día mirándome de ese modo y la conozco bien para saber que está tramando algo. Se parece demasiado a mí, aunque ella se empeñe en negarlo. Acaba de graduarse en periodismo y está convencida de que, mientras que yo elegí la comodidad de las revistas culturales y la literatura de ficción, ella es periodista de verdad. De esas que se meten en líos para sacar a la luz la mierda detrás de una campaña masiva de vacunación o los turbios asuntos de los políticos más corruptos. Pese a su juventud, ya se ha metido en unos cuantos líos que me han tenido noches enteras sin dormir. ¡Si ella supiera que eso la hace incluso más parecida a mí!

Pero ya tiene veintitrés años y tengo que dejar que se las apañe sola, aunque a veces no apruebe sus decisiones, ni que estropee su preciosa melena oscura con llamativos tintes. Esta vez nos ha sorprendido a todos con un estilismo que empieza en su color natural y acaba en un morado chillón en las puntas. Un crimen.

Y hablando de la reina de Roma…, ¿qué decía yo?

—Mamá, tenemos que hablar.

Esa frase en los labios de Gaia es razón suficiente para evacuar la ciudad entera por riesgo de tsunami.

Me giro con mi mejor sonrisa y veo que no ha venido sola: su hermana Gala, cuatro años

menor que ella, también tiene cara de tener algo que decirme. ¿Qué me he perdido?

La pequeña tiene el pelo largo y liso del mismo color cobrizo que el mío, unos enormes ojos castaños y la tez dorada, algo que me sorprende teniendo en cuenta que se pasa el día encerrada en la biblioteca. Desde muy pequeña ya tuvo claro que quería ser abogada para luchar contra las injusticias de este mundo, una profesión que ha plasmado en su aspecto físico, demasiado elegante y clásico para tener solo dieciocho años.

Mis dos hijas se llevan a matar por sus muchas diferencias, pero, en la adversidad, son las mejores amigas del mundo. Su hermano las apodó Radio GaGa porque, cuando se ponen intensas, es mejor escucharlas de fondo y sin hacerles mucho caso, una broma que su padre y yo hemos seguido usando incluyéndolo también a él en el lote como Radio GaGaGa. La verdad es que estos tres mocosos son mi mayor orgullo, mi razón de existir, y fueron una poderosa motivación para sonreír cada día después de lo que pasó hace veinte años…

—Mamá, tenemos que hablar —repite Gaia en tono imperativo.

—Uy, ¡qué serias venís las dos! ¿Debería preocuparme?

—Yo creo que sí… Hemos encontrado tus «diarios» —suelta, haciendo hincapié en esa palabra para que yo sepa que tiene dobles intenciones. Gala sigue sin abrir la boca, aunque me lo dice todo con la mirada—. Y los hemos leído.

Palidezco de golpe. Nunca he sido de escribir diarios, así que no hay que ser un genio para adivinar de qué están hablando: han encontrado el caso McGowan. El de verdad, no la trilogía que publiqué bajo un pseudónimo contando todo lo que viví esos años, como si de una obra de ficción se tratara… Eso, o la libreta que una vez me regaló Ethan McGowan en la que conté parte de nuestra historia, esa que dejé olvidada en el trastero de Gina cuando me fui a vivir a Nueva York. Parece que fue en otra vida... Lo último que anoté fue que estaba embarazada de Gaia y que no quería tenerla. ¿Habrán leído también eso?

Sí, tiene pinta de que lo han hecho… Solo eso explicaría la cara que tienen las dos ahora mismo. No es que haya sido muy transparente en cuanto a mi pasado ni a esa doble vida que tuve una vez. Y supongo que se están haciendo preguntas. Sobre todo, la mayor, quien acaba de descubrir de la peor manera posible las verdaderas razones por las que vivió en Nueva York sin un padre. Yo siempre he intentado maquillarlo un poco para ahorrarme explicaciones… ¡Tierra, trágame!

Hace unos años, los tres hermanos comenzaron la bonita tradición de irse juntos de viaje, pero, debido a los compromisos laborales de mi hijo, este año las niñas han ido a visitarlo a Londres, donde me consta que han tenido unas semanas de locura. El niño vive en la casa que ocupamos antes de mudarnos a España, y muchas de nuestras cosas quedaron allí, lo que explicaría que Gaia y Gala hubieran encontrado lo que no debían en el trastero.

—Mamá… —La dulce voz de Gala me trae de vuelta al presente.

—¿Por qué habéis estado fisgando en el desván, en lugar de disfrutar de Camden Town, del Museo Británico…?

—¿De verdad eso es todo lo que piensas decir?

Me pregunto de quién habrá sacado Gaia su sarcasmo.

—Bueno, también puedo recordaros que leer diarios ajenos está muy feo. ¡Yo os he educado mejor que eso!

—¿En serio quieres tener esta conversación? —irrumpe Gala, que ha estado sospechosamente callada hasta ahora—. ¿No fuiste tú quien leyó el diario de Yvaine, las cartas de Analisa…?

—De acuerdo, ¿qué queréis saber exactamente?

—¡Todo! —exclaman al unísono. A veces estos dos monstruos están muy compenetrados.

—¿Nos puedes explicar qué demonios es el caso McGowan y que tenías tú que ver con eso? —dispara Gala—. ¿De verdad eres una agente infiltrada?

—Era —corrijo—. Aunque os cueste creerlo, cuando tenía vuestra edad, a mí también me gustaba vivir aventuras.

—¿Y qué pasó? ¿Fue papá quien te hizo dejarlo todo?

Ladeo la cabeza a modo afirmativo. Podría decirse que Eidan tuvo mucho que ver, sí… Aunque prefiero no entrar en detalles. Hace veinte años prometimos en Bangor que la verdad moriría con nosotros, a riesgo de darle poder a una idea tan peligrosa. Y lo hemos cumplido a rajatabla.

—A mí me interesa eso de que no querías tenerme. —El dolor ante una verdad que desconoce tiñe sus preciosos ojos de incertidumbre—. ¡Menos mal que tía Gina se puso de mi parte!

—Bueno, tú tampoco querrías sacar adelante un bebé tú sola si el papá de la criatura te hubiera abandonado, ¿no? —añade Gala con un doble fondo que no alcanzo a entender—. O si no supieras quién es el papá…

—¡Un día de estos te voy a coser la boca, mocosa!

Gaia se cruza de brazos, demasiado alterada por ese inocente comentario. Yo las miro a las dos sintiendo que hay muchas cosas que se me escapan. Pronto, se enzarzan en una de sus discusiones en las que es mejor no intervenir.

—¡Te juro que estaba hablando de mamá! —se rinde la menor—. En vez de reprocharle lo que casi hace, deberías estar agradecida de que tuviera los ovarios de tenerte y estemos hoy aquí teniendo esta conversación.

—¡Cómo se nota que tú fuiste una hija deseada!

—¡Dijo la niña de papá!

Gala saca la lengua para provocarla. Puede que sus rasgos físicos la asemejen a mí, pero el carácter juguetón lo ha heredado claramente de su padre.

—¡Te recuerdo que ese no es mi padre!

Miro a Gaia horrorizada, ¿de dónde ha sacado eso? ¿Habrá descubierto ya que…? No, eso no tendría sentido.

—¡No digas barbaridades! —irrumpo, cansada de esta discusión absurda—. Cariño, nunca me he arrepentido de tenerte. La prueba está en que te di una hermana. Aunque estuviera sola y no fuera fácil, salimos adelante. ¡Y aquí no hay favoritismos! Sabéis de sobra que vuestro padre y yo os adoramos a los tres por igual, sin importar la genética ni las circunstancias en las que vinierais a este mundo.

Suspiro. Yo, que no quería tener hijos y tengo tres. Tres dolores de cabeza, porque eso es lo que me están provocando ahora mismo dos de ellos…

—¿Podríamos dejar esta conversación para otro momento? —ruego—. Os recuerdo que vuestros «tíos» de Inglaterra están a punto de llegar, y esta conversación no es apta para invitados…

—¡Corta el rollo! Sabemos que fue tía Gina quien te metió en esto —observa Gala—. Y mejor ni hablemos de Mike… Cuando se enteren Oli y Jack, van a flipar en colores.

—¿Quién fue Ethan McGowan, mamá? —Me quedo blanca al entender que Gaia ha descubierto el gran secreto de nuestra familia—. El único Ethan Duarte McGowan que he encontrado murió hace un porrón de años en un pazo de Galicia, el mismo en el que, casualmente, tú estuviste con Logan...

No importa los años que pasen, recordar esa historia aún remueve ciertas cosas en mi interior.

—¿Has estado investigando por tu cuenta?

—Necesitaba saber quién es mi verdadero padre.

—A papá le vas a partir el corazón como te oiga decir eso —interrumpe Gala—. Mamá, no vamos a parar hasta que sepamos qué demonios es el caso McGowan, quién fue Ethan McGowan y qué tenemos que ver nosotras con Salazar y esa leyenda absurda.

—¿Por qué no habláis con vuestra tía Gina? Yo dejé el caso hace millones de años y no tengo todos los detalles, pero ella…

—Mamá, que también hemos encontrado tu nombre entre los miembros de una agencia llamada Phoenix Bond, allá por los años veinte… —aclara Gala.

—¡Madre mía! ¿Pero vosotras habéis estado de vacaciones en Londres u os estabais marcando un C.S.I.? —Estoy aluciflipada—. Insisto en que es mejor que esperemos a Gina y a vuestro padre para que…

—¡Ay, no! Gina va a querer practicar español con nosotras y es desesperante —lamenta Gaia.

—Su hijo no te resulta tan *desesperante*, ¿eh? —delata Gala con una risita.

¿QUÉ-ES-TÁ-PA-SAN-DO?

—¿Quieres que le cuente a tu novio lo que pasó en Brighton?

—¡Como abras la boca, te juro que…!

—Ajá, pero tú no sabes tener el pico cerrado, chivata de mierda.

Siempre intento respetar su intimidad, pero no puedo frenar mi curiosidad.

—En serio, ¿qué ha pasado este verano en Londres? Se supone que era un viaje de hermanos y estáis insinuando muchas cosas…

—Te lo resumiré rápido: noches de *Queer* y radio GaGaGa —bromea Gala. Yo no entiendo nada—. ¡Vas a ver qué divertido esta noche cuando se junten Jack y Oli aquí!

Los ojos de Gaia son una selva incendiada en estos momentos.

Jack es el hijo de Brit y Oliver el de Gina. Nos juntamos todos dos veces al año: en diciembre, en Londres —porque no hay lugar más bonito en Navidad que ese— y en verano aquí, en Peñíscola. Nuestros hijos tienen edades similares y siempre se han llevado bien, así que, desde que me vine a vivir a España, ellas me los mandan un par de semanas cada verano para que se diviertan y aprendan español, y yo se los mando a ellas a Inglaterra para que practiquen inglés. Aunque sospecho que, esta vez, mis hijas han estudiado la lengua inglesa muy a fondo…

—¿Qué ha pasado con Jack y Oli? ¿Alguna de las dos habéis…? ¿Me vais a contar qué está ocurriendo aquí?

—Depende, ¿vas a decirnos tú qué pasó hace veinte años? —contraataca Gaia—. ¿Qué pasó con mi verdadero papá?

¡Salvada por la campana! Cuando veo a Eidan aparecer por la puerta, me siento aliviada de no tener que comerme este marrón sola. Siempre hemos tenido mucha complicidad y, con solo una mirada, él ya intuye que pasa algo, lo que se hace aún más evidente cuando las niñas comienzan a atosigarlo con las mismas preguntas que yo me he negado a responder.

Puede que no haya sido del todo honesta con Gaia en cuanto a su padre, pero ¿qué más da eso ahora? ¿Acaso no ha tenido siempre el amor que necesitaba, con o sin él?

Veo la oportunidad perfecta de escaquearme en mi hijo, al que hace un par de meses que no veo. Su abrazo es tan fuerte que siento que voy a partirme en dos.

—¿Es posible que estés aún más guapo que la última vez que te vi, granuja? —Me sonríe

con timidez, nunca ha sido demasiado bueno encajando cumplidos—. ¿Cómo has estado, cariño? ¿Qué tal el vuelo?

—Todo de maravilla. De hecho…, tengo una noticia que daros —anuncia, poniéndonos los dientes largos.

—¿No puedes adelantarnos algo?

—¡Buena suerte con eso! —exclama su padre—. Llevo un rato intentando sonsacárselo y no suelta prenda, aunque creo que sé por dónde van los tiros…

—Si no os importa, voy a dejar las maletas en el cuarto y a darme una ducha —pide el niño.

—¡De eso nada, hermanito! —Le detiene Gaia—. Mamá estaba a punto de explicarnos los entresijos de *El caso McGowan*.

Mi pobre niño me mira sin saber qué responder, y Eidan se ha quedado blanco como la nieve.

—¿Se lo has contado? —Su susurro es tan discreto que casi tengo que leerle los labios. Niego con la cabeza.

—Y pensar que he estado a punto de perderme la fiesta de este año… ¿Preparo palomitas? —pregunta mi hijo, con esa sonrisita canalla heredada de su padre, que me encanta y desquicia a partes iguales.

Eidan trata de poner orden. Aunque siempre ha sido un padre divertido y enrollado, también es el que establece límites cuando la situación lo requiere. Yo soy tan blanda que siempre hacen conmigo lo que quieren.

—Los invitados no tardarán en llegar. Estoy seguro de que vuestra curiosidad podrá aguantar un par de días más hasta que se vayan...

—¡No, no puede! —ataja Gala—. El tío Jorge tiene la barbacoa bajo control, seguro que no le importa que desaparezcamos un par de horas hasta que lleguen todos.

—Yo no pienso parar hasta que no sepa quién es realmente mi papá. —Gaia, como siempre, facilitando las cosas.

—Y yo que creía que yo era tu papá… —bromea mi chico, fingiendo estar ofendido. Gaia lo asesina con los ojos—. ¡Oh, no! Esa mirada no… Te pareces demasiado a tu madre cuando haces eso.

—¿Tienes algo en contra de su madre?

—Nada en absoluto… —Su sugerente susurro se pierde en mis labios.

Lo reconozco: no es el mejor momento para ponernos románticos e ignorar la urgencia de las monstruitos, pero es que provocarlas es demasiado fácil. Y divertido...

Además, sus labios siempre logran que encuentre la calma, son como un bálsamo reparador. Y yo que pensaba que no volvería a amar ni a confiar en alguien después de la etapa Ethan McGowan…

—¿Podríais dejar el besuqueo para más tarde? Dais un poco de grima —urge Gaia—. Vamos a pillar unos cafés en el bar de Paco y hablamos con tranquilidad allí, que nunca hay nadie.

—Pregúntate por qué nunca hay nadie… —la chincha Gala.

—Pues pillamos los cafés en otro sitio y nos vamos a la playa. ¡Moved el culo!

Suelto con fuerza el aire que he estado conteniendo en mis pulmones y miro a Eidan, quien me devuelve una expresión divertida. Hemos capeado muchas tempestades juntos a lo largo de los años, algunas bastante inverosímiles o de las que pensé que no saldríamos con vida, pero no tengo ni idea de cómo vamos a escapar de esta. Por alguna razón, cuando se trata de los hijos, todo adquiere un cariz mucho más dramático.

—¿Y bien? ¿Qué hacemos? —pregunto.

—¡A mí no me mires! —Se encoge de hombros—. Son tus diarios y es tu hija. ¡Tú sabrás lo que pone ahí!

—¡Ah! ¿Que ahora es «mi hija»? —Le miro sorprendida por tal afirmación—. Cuando ganó ese premio de literatura, bien que era hija tuya también…

—Es que a veces estoy muy orgulloso de ella. Aunque hoy no es una de esas veces… —Su expresión me muestra que está más preocupado de lo que me quiere hacer ver—. Bueno…, lo hicimos lo mejor que pudimos, pero sabíamos que este día iba a llegar tarde o temprano. No podíamos ocultárselo eternamente.

Asiento y asumo que ha llegado el día de sacar la verdad a la luz, una verdad que les he estado escondiendo durante años por su propio beneficio.

Radio GaGaGa nos esperan en el jardín para caminar hacia un lugar de la playa donde nadie pueda escucharnos. Llevan toallas, *snacks* y una mochila con refrescos. Está claro que han asumido que la charla va a durar un buen rato.

Nosotros caminamos sin prisa y con las manos entrelazadas para darnos apoyo moral. Ese contacto físico siempre es mi toma a tierra.

Aunque hemos hablado un millón de veces antes sobre cómo afrontaríamos esta situación, llegado el momento, las cosas son muy distintas... Sé que está nervioso, convencido de que Gaia va a dejar de quererlo cuando descubra la verdad. Y también sé lo mucho que duele revivir esta historia, porque supone traer fantasmas del pasado a nuestra vida presente. Sobre todo para él.

—No va a cambiar nada con ella —aseguro, apretando su mano con ternura.

—¿Aún no conoces a tu hija? —teme en voz alta.

—Sí, y también conozco a su padre, y se parecen más de lo que ellos quieren admitir. Además, ya hemos pasado por esto antes…, ¿recuerdas? Si él lo entendió, ella es pan comido.

—Seguro que tienes razón…

Nos sentamos en las toallas y nos miramos los unos a los otros sin saber muy bien cómo empezar la conversación. Por suerte, para Gaia ese nunca ha sido un problema.

—Papá, mamá, dejaros de rollos sensibleros sobre lo mucho que nos queréis y que los tres somos igual de especiales para vosotros, sin importar las circunstancias ni los genes. Queremos la verdad y la queremos desde el principio. ¿Quién fue Ethan McGowan? ¿Qué es La Luna de Plata? ¿Qué fue el caso McGowan? ¿Quién fue Salazar?

—Está bien, está bien… Espero que estéis preparadas para dar la vuelta al mundo siguiendo una profecía tan antigua como inverosímil —comienzo—. Para oír sobre romances tórridos (y otros no tanto); para lamentar la pérdida de seres muy queridos y enfrentaros cara a cara con las fuerzas del mal.

—Lo de ir al grano no es lo tuyo, ¿verdad, mami? —protesta Gaia.

—¿Pero no has visto los libros que escribe, que tienen más de 600 páginas? —observa su hermana.

—Después de leer tu diario, nos quedamos en Nueva York —prosigue Gaia, ayudándome a comenzar mi relato—. Acababas de mudarte con Sio. Lo demás, son conjeturas que hemos sacado leyendo aquí y allá…

¿Cómo contarles que mi vida allí no cumplió las expectativas que yo siempre tuve de la ciudad y que, sin embargo, fui «feliz»?

—Como sabéis, llegué a la Gran Manzana embarazada de Gaia y huyendo de todo lo que me estaba haciendo daño en Londres —explico algo nostálgica—. Vivía con Siobhan en una casa de dos plantas en Union City, el barrio latino de Nueva Jersey, que estaba a un largo túnel

de distancia de Manhattan. Mi vida social se limitaba al *hola y adiós* que intercambiaba con las madres de la guardería y a mis compañeros de trabajo. Mi relación con Sio tampoco empezó con buen pie… Su bufete de abogados colaboraba con la agencia Phoenix Bond para la que yo había estado trabajando en secreto, con lo que era también la abogada de Ethan McGowan. Me acusó de haber escrito un ensayo que podría haberlo llevado directamente a la cárcel, *Toda la verdad sobre el caso McGowan*. —Hago una pausa para coger aire—. Yo estaba segura de que La Luna de Plata andaba detrás de eso, una vendetta personal entre padre e hijo que llevó a este un par de noches al calabozo, acusado injustamente de la desaparición de varias mujeres, entre las que se me incluía. Pero, lo más extraño de todo es que el famoso ensayo nunca salió publicado…

—Pero tú no escribiste ese reportaje, ¿verdad, mamá? —se adelanta Gala. Su hermana enarca una ceja, insegura—. ¡Tú jamás harías algo así! ¡Tú le querías!

Decido proseguir con la historia y dejarlas con la duda.

—Con la convivencia, Sio se convirtió en mi mayor apoyo cuando nació Gaia y me vi sola, en un país nuevo, y con todas las inseguridades y trastornos que trae la maternidad. Gaia y mi trabajo se convirtieron en todo mi mundo, mi obsesión. —Mi hija pone los ojos en blanco. No sé si le avergüenza escucharme hablar de ella en esos términos o es que no me cree—. Pasé por una etapa… rara. Perdí el interés por relacionarme o las cosas que antes solían gustarme para adoptar nuevas rutinas. Dejé de arreglarme. ¿Para qué? Siempre se me manchaba la ropa de comida y babas de mi bebé. Mis tardes se llenaron de planes infantiles, pese a la insistencia de Sio porque saliera con ella y sus amigos. Mientras que ella había descubierto las mieles de la soltería, yo prefería quedarme en casa cuidando de las niñas y leyendo un buen libro cuando se acostaban. Y así pasaron los meses…

—Un momento… —interrumpe Gaia—. ¿No volviste a saber nada de mi papá? ¿No le contaste nada de mí?

—No volví a saber de él. —Me encojo de hombros—. Es decir, vivía con su abogada y teníamos amigos en común… Siempre había una foto en las redes, algún documento por casa con su nombre escrito en él, pero no volvimos a vernos ni a hablar, si es a lo que te refieres. Él me había bloqueado de su vida y yo no me arrastré. Siempre me quedó la sensación de que no había sido del todo honesto con sus razones para dejarme. Y, en algún momento, la herida dejó de sangrar. Mis prioridades cambiaron. Ya no tenía tiempo de lamentos, tenía que mirar hacia delante.

—¿Qué pasó con el caso McGowan? —pregunta Gala. Yo niego con la cabeza.

—Lo ignoro. Me desvinculé. ¡Tenía miedo! ¿Acaso puede alguien culparme por querer una vida normal? En las noticias veía cómo Helga se hacía cada vez más exitosa gracias a sus continuos avances médicos, que nadie cuestionaba, y a mí me hervía la sangre. Aunque sospechaba que ya nada podría pararla…

1

27 de enero de 2024 — Union City, NJ

Treinta y tres años. La edad a la que murió Cristo, como varios se empeñaron en recordarme ese día, creyendo que eran originales con su felicitación de cumpleaños. A mí me parecía un milagro haber llegado tan lejos, para qué negarlo… Había sobrevivido a una pandemia, una ruptura algo traumática, un parto horrible —que me dio al ser que más quería en el mundo—, y casi moría ahogada en una cueva por culpa de La Luna de Plata. Lo dicho, un milagro.

Reconozco que había vivido aterrada tras ese suceso. Tenía miedo a sufrir algún estúpido accidente que me quitara de en medio o a que me robaran a mi bebé, como ya habían hecho antes con otras mujeres; pero lo cierto es que no volví a saber nada de ellos y, en algún momento, me relajé. Mi vida se volvió tan apacible como aburrida, y… me encantaba. Mis únicas preocupaciones eran que mi equipo terminara sus reportajes a tiempo para publicarlos en *Trendy NY*, la revista cultural que dirigía, y encontrar nuevas formas de entretener a mi hija de ocho meses. Todo un reto.

Pensaba remolonear en la cama un poco más aprovechando que era sábado, pero Gaia ya estaba haciendo ruiditos en la cuna y reclamando atenciones de un peluche que le regalaron sus tíos Casper y Gina. Era espantoso. Al apretarle la tripa, se escuchaba un mensaje con su voz que, cuando se agotaban las pilas, sonaba como si estuvieran invocando al mismísimo diablo.

—¡Buenos días, renacuaja! ¿Cómo está el bichito más bonito del mundo?

Me había vuelto de un cursi que me daba grima a mí misma, pero juro que con ella me salía de forma natural.

Por supuesto, Gaia no me contestó nada entendible, pero yo me di por satisfecha al ver su sonrisa risueña al mirarme, como si yo fuera todo su universo.

Con la enana en un brazo y el portátil en el otro, me fui a la cocina a terminar un reportaje sobre las mejores obras de teatro de la ciudad.

Preparé café y tostadas para mí, y una papilla de cereales para Gaia, que devoraba su desayuno desde la trona casi sin ayuda, mirándome con curiosidad mientras trabajaba.

—¿Elena?

Una voz grave y varonil me hizo pegar un bote en la silla. Apoyado en la jamba de la puerta me encontré a Tristán, el camarero del restaurante donde almorzaba cada día, solo que llevaba mucha menos ropa que cuando me servía el café. Iba a matar a Sio. Si me hubiera avisado de que no estábamos solas, me habría puesto algo más que una bata lencera sin sujetador, las gafas de luz azul y la coleta mal hecha.

La tarde anterior, se había compinchado con mi compañera de trabajo, Sylvia, en uno de sus múltiples intentos porque me desmadrara, que acabó con un refresco *light* en el bar de enfrente a mi oficina. Yo me volví a casa a eso de las diez, pero está claro que la noche dio de sí…

—¡Ay, la Virgen! ¡No me digas que tú y yo…!

Su cara de pánico me ofendió. Cierto que estaba algo dejada, pero tampoco me había echado tanto a perder…

—Tranquilo, sigo pensando que me recuerdas demasiado a mi hermano para encontrarte atractivo. Tiene toda la pinta de que anoche te acostaste con mi compañera. —El chico torció el gesto y me miró confundido—. Morena, sexy, con mucha labia… Chico, ¿en serio no recuerdas

nada?

—Tengo un pelotazo encima… Me he despertado en una cama vacía. Quienquiera que sea esa mujer, no ha tenido ni el detalle de despedirse, la muy cabrona...

—Habrá salido al parque con la cría. Sus ligues no suelen quedarse a pasar la noche. ¿Quieres café?

—Me lo tomo en el curro, que ya voy tarde y necesito darme una ducha antes.

Me despedí de él con una sonrisita maligna en la boca. Todavía podía recordar la carta de presentación de Sio el día que nos conocimos, aclarando que los hombres estaban estrictamente prohibidos en esa casa. Me había vendido la moto, pero bien.

Seguí dándole a la tecla entre llamadas de familiares y amigos. Estaba tan concentrada en mis cosas, que no oí a Siobhan entrar en la cocina hasta que ya estuvo casi encima de mí.

—¿Se ha ido ya?

Me quité las gafas para que mi compañera pudiera captar mi cara de hartazgo en todo su esplendor.

—¡No me puedo creer que me hayas dejado sola con tu ligue!

—¡Chist! —Me silenció, mirando de reojo al salón, donde imaginé que su hija Karishma estaría viendo los dibujos. Encendió el televisor de la cocina para crear ruido ambiente y poder hablar tranquilas—. Lo siento por desaparecer así, pero había quedado para tomar café con un amigo que está de paso en Nueva York.

—¿Dos en un mismo día? No voy a juzgar, no voy a juzgar…

—¡Solo es un viejo amigo! De todos modos…, ¿y qué si hubiera quedado con dos? Al menos yo he rehecho mi vida después de mi divorcio en vez de quedarme todo el día en casa como una sombra.

—No sé de qué hablas, yo también he rehecho la mía.

—Me refería a interactuar con seres humanos adultos, salir a tomar una copa, un buen meneo… Ya sabes.

—No tengo tiempo para eso ahora. Ni ganas, si te soy honesta.

—El sexo es bueno.

—Tengo sexo. Bastante, a decir verdad.

—Volvemos a lo mismo, Elena: seres humanos. Esa es la clave. ¿Cuánto hace que no tienes relaciones con algo que no vaya a pilas?

—¿Las pilas siguen existiendo?

Me reprendió con la mirada. No necesitaba hacer memoria, lo sabía de sobra: el último polvo lo había echado con Ethan la mañana que me secuestraron. Y de eso habían pasado ya dieciséis meses y doce días.

No llegué a decirlo en voz alta; las imágenes del televisor captaron mi atención por completo. Me temblaron las piernas al ver el rostro de quien me había tenido retenida y drogada en una cueva de Gales. Ahí estaba Christopher Brown, el hijo de Isobel —y de Adrián Duarte— posando sonriente frente a uno de los muchos hoteles SilverMoon de los que había pasado a ser socio accionista. Sio cogió el mando de la tele y la apagó con teatralidad.

—¿Elena?

—Sí, lo sé… Tengo que pasar página.

—No, cariño, tienes que cambiar de libro. Ha pasado más de un año desde que te divorciaste. No puedes seguir utilizando a la niña como excusa para protegerte del mundo.

—¡Yo no uso a Gaia como excusa!

—Sí, sí lo haces. Y sé por experiencia que, al principio, cuesta un poco volver a sentirse

cómoda con un hombre en la intimidad después de tener un bebé, pero ha pasado mucho tiempo y…

—¡Ay, Sio, que no es eso! De verdad… Es solo que… Creo que soy demisexual.

—¡Ya estamos con las etiquetitas! ¿Y eso qué coño es ahora?

—Pues que solo siento atracción sexual por alguien cuando conecto de un modo emocional o intelectual.

—Me estás vacilando, ¿verdad? —Preferí decirle que sí, por no reconocer que el sexo insustancial me daba muchísima pereza—. Es hora de que descubras que hay vida más allá de los pañales de Gaia. ¿Cuánto hace que no sales de fiesta?

—La última vez, BoJo aún era presidente del Reino Unido y la reina estaba viva.

—¡Vístete ahora mismo! Voy a llamar a la niñera. Es tu cumpleaños y no voy a aceptar excusas de ningún tipo.

—¡Ni hablar! Tengo que acabar este artículo y…

—Como no te presentes a las siete en la dirección que voy a enviarte por WhatsApp, prometo mandar a alguien a buscarte y traerte de las orejas —me amenazó—. Y te subiré el alquiler... ¡un setenta por ciento!

—Tú ganas —me rendí—. Una cena tranquila y me vuelvo a casa. No pienso quedarme a ver cómo Sylvia y tú os dejáis el hígado en un bar de mala muerte.

—¡Por supuesto! Ponte mona, anda. Por cierto, han dejado esto en la puerta para ti.

Me dio una cajita procedente de una floristería de Manhattan que contenía un cactus con una corona de flores rosas. No tenía remitente, pero sí una tarjeta escrita a mano que, al abrirla, dejaba sonar *Distance*, de One Republic.

—*«Le regaló una flor sin pétalos para que nunca supiera si la quería o no»* —leí en voz alta.

—Pétalos tiene… Pero a ver quién es la valiente que se pone a deshojarla con todos esos pinchos alrededor. Quienquiera que sea, podría haberte mandado unas rosas, hubiera sido más romántico…

—Nunca me han gustado las flores, están ya muertas cuando te las regalan, no es más que una ilusión efímera. —Sio me miró perpleja—. ¿Estás segura de que esto es para mí?

—Pone tu nombre y hoy es tu cumpleaños. ¿Dónde está lo raro?

—No está firmada.

—¿Alguien de tu trabajo, tal vez? Sylvia me ha dicho que el jefe no para de tirarte los trastos —probó al azar. Negué con la cabeza. No podía imaginarme a un hombre tan directo andándose con esos jueguecitos—. La canción es una declaración de intenciones en toda regla: se acabaron las distancias entre vosotros.

—¿Debería llamar a la policía? ¿Crees que podría ser una amenaza?

—¡No digas bobadas! Esto es un acto romántico, Elena. Uno un tanto extraño, pero…

—Vale, lo dejaré estar… Me voy al salón a hacer yoga. Nos vemos luego.

A eso de las cinco, me tomé el quinto café del día para aguantar el ritmo y me di una ducha rápida. No tenía ni idea de qué ponerme para salir a cenar. Había cogido algunos kilos y perdido abundante masa muscular por la falta de ejercicio, y ninguno de los modelitos que me probé frente al espejo parecía hacerme ningún favor. La combinación ganadora fueron unos vaqueros ajustados y una camiseta negra con drapeado en la cintura que disimulaba la tripita.

Desde su alfombra de juegos, Gaia me observaba con fascinación.

—No me mires así… Te prometo que volveré a casa pronto. Y, si no es así, siempre puedes enfadarte con la tía Sio si quieres...

—No te creo. Presumes mucho de lo bien que te va en esa revista solo para ponerme celosa, pero, en el fondo, te mueres por volver a trabajar conmigo. Sabes que éramos el *dream team*.

Era una suerte que Gina no pudiera verme. De otro modo, hubiera advertido la mueca irónica que se dibujaba en mi rostro.

—¡Ni loca vuelvo a esa revista, Gina! Ahora me paso el día dándoles voz a mujeres para que luchen por aquello en lo que creen. Artistas, supervivientes, políticas, médicas… ¡Me encanta este trabajo! Y el horario es inmejorable, tengo tiempo para estar con mi hija y…

—¡Ay, Selena! Te veo tan distinta desde que te has ido… —suspiró mi exjefa y amiga con cierta melancolía—. Yo creo que te hacemos falta los de siempre para divertirte un poco…

—¡Mira! Eso no voy a negártelo. No sabes cuánto echo de menos una de nuestras cenitas arreglando el mundo.

—Pues abre la puerta de tu casa, bonita…

—¿Qué?

Bajé a toda prisa las escaleras pensando que me iba a encontrar otro misterioso paquete, mientras el reloj del salón me indicaba que ya eran las siete. ¿De verdad mi compañera había mandado a alguien para asegurarse de que acudía a la cena? Trabajar con psicópatas le estaba pasando factura…

—¡¡¡Sorpresa!!!

Que alguien me pellizcara, porque estaba soñando. Hacía más de un año que no veía a Mike y Casper, y cerca de seis meses a ellas, ya que Brit y Gina habían venido en verano para conocer a Gaia. Ahí estaba mi otra familia, mi antiguo mundo, a excepción de Amber y Bruce, que andaban cortos de pasta desde que se habían comprado una casa a las afueras.

Brit fue la primera que se abalanzó para abrazarme. Iba vestida entera de rosa y sus complementos brillaban con la purpurina. Me constaba que habían ilegalizado la purpurina en Europa por ser altamente contaminante. ¿La habría conseguido de contrabando?

—¡Ey, deja algo para los demás! —Gina la apartó de malos modos y me estrechó entre sus brazos—. ¡Feliz cumpleaños, tesoro!

—Pero… ¿cómo…? ¿Cuándo habéis…? —balbuceé, incapaz de asimilar la situación—. ¿Qué hacéis aquí?

—No se cumple la edad de Cristo todos los días. —No me sorprendió que fuera Mike, el único creyente del grupo, quien hiciera la bromita.

Lo que no me hizo tanta gracia fue que me achuchara los brazos como si fueran un bollo industrial. Bastante culpable me sentía yo ya al respecto…

—Sé lo que vas a decirme, pero con la niña y el trabajo, ya sabes…

—Oye, que estás buenísima, no me malinterpretes… ¡Menudas curvas tienes ahora! Pero me preocupa que no fortalezcas la espalda y los brazos porque podrías tener lesiones en un futuro.

—Necesito tenerte cerca echándome la bronca.

Miré a Casper con indecisión. El que siempre había sido mi mejor amigo se había distanciado

para no tomar partido en la ruptura, aunque lo había tomado claramente por Ethan, haciendo que las cosas estuvieran un poco raras entre nosotros. Me sorprendió que me devolviera el abrazo, aunque fuera de un modo tan frío.

—¿Dónde está mi sobrinita?

—Con la niñera. Mi compañera de piso me ha organiz… Esperad, vosotros ya lo sabíais, ¿verdad?

Mis amigos asintieron con la cabeza al mismo tiempo.

—Sio y yo estábamos compinchadas —confirmó Gina—. Después de la mierda de cumpleaños que tuviste el año pasado, era lo menos que podíamos hacer.

A riesgo de venirme abajo por la emoción que me producía verlos de nuevo, nos pusimos en marcha siguiendo la dirección que me había mandado mi compañera.

Brit me fue poniendo al día de lo bien que le iba en el trabajo, ahora que había decidido centrarse en su vida laboral y dejar la afectiva a un lado. Gina me confesó que, tras varias inseminaciones fallidas, Casper y ella se habían inscrito en las listas de adopción, aunque habían perdido un poco las ganas de ser padres. Y Mike me informó de que seguía soltero y entero, y que se había mudado temporalmente a casa de un amigo.

La voz del GPS me anunció que habíamos llegado a nuestro destino.

«*¡Seréis zorras!*», murmuré por lo bajo y en inglés, para que Gina se diera por aludida. Porque sabía que tanto ella como Sio estaban detrás de la elección de restaurante.

Las que decían ser mis amigas no respetaban que hubiera decidido cerrarme en banda al dolor y querían que reabriera mis heridas para enfrentarme a ellas. ¿Y qué mejor manera que trayéndome a un restaurante mexicano, decorado con papel picado y con Alejandro Fernández cantando de fondo *Te Olvidé*?

Al cruzar las puertas del local, me encontré a Sylvia y Siobhan en una mesa. Sonreí, no pensaba dejar que nada me amargara la noche, ni siquiera una sobredosis de México.

—Escotazo, labios rojos… Hoy vienes a matar, compi —me piropeó Sio.

—¿Excesivo? Igual debería quitármelo… —dudé, insegura.

—¡Estás guapísima! Te va a encantar este sitio, tiene los mejores platillos que probé nunca. Aunque no le preguntes a un mexicano… Vine aquí con Lalo, Ethan y su novia y les pusieron pegas a todos.

No sabía quién demonios era Lalo y no quería oír hablar de mi ex, así que desconecté. Aún se me removía algo por dentro cuando oía su nombre. Tampoco me sorprendió saber que ya había rehecho su vida, siempre había tenido éxito con las mujeres. Lo que me molestó fue la insistencia de Sio por amargarme el cumpleaños, obligarme a gestionar mi dolor a su manera y sin respetar mis tiempos. No estaba lista para descubrir la coraza de mi corazón. Porque eso no era una tirita, era una escayola en toda regla, que estaba dejando ese órgano vago de no utilizarlo.

Gina me agenció un margarita, al que no quise saber qué más le había echado, y me sacó a bailar a la pista. Solo sé que, después de la cena, me vine arriba con los bailes y… no recuerdo lo que pasó después.

2

Con cada año cumplido, las resacas se hacían más insoportables.

El segundo café del día no sirvió para espabilarme, pero me supo a gloria gracias a las galletas *shortbread* que mis amigos me habían traído de estraperlo. La cocina parecía invadida por un clan de zombis mudos, a excepción de Casper, que rebosaba energía jugando con mi pequeña, a quien observaba de un modo desconcertante. Ya había tenido que enfrentarme a esa mirada durante nuestros años de convivencia cuando algo no le cuadraba, y sabía que no me iban a gustar sus elucubraciones...

—¿Hay alguien en tu familia que tenga los ojos verdes?

Un trozo de galleta diabólica intentó atragantarme. Había estado temiendo el momento en el que Casper y Mike ataran cabos, pero esperaba que me dieran unos añitos de tregua..., hasta que Gaia acabase la universidad o algo así… Por suerte, Gina salió al rescate.

—Todos los bebés tienen los ojos verdosos al nacer, pero luego van definiéndose. ¿Verdad que sí, muñequita? —Le quitó a la niña y la elevó en el aire, haciendo que la niña riera como loca.

¿Acaso no era el sonido más hermoso del mundo?

—Si no conociera a tus anteriores exnovios, pensaría que tienes un perfil muy definido para tus amantes —insistió Casper—. Porque Gaia tiene tu boca y tu nariz, pero la piel morena, el pelo oscuro y los ojos verdes… deben de ser del padre.

—¿Sabes que los genes se saltan siempre una generación? —probó Gina.

No colaba. Casper había estado con mis padres un millón de veces y eran más castellanos que las ovejas churras.

Mi amigo me diseccionó con la mirada, esperando una respuesta que yo no quería darle. Mike se unió al escrutinio, aunque no se pronunció al respecto, mientras bebía un batido proteínico que parecía asqueroso.

—No me acuerdo mucho de él, Casper —me excusé—. Estuve quedando con un par de tíos a la vez… Ya sabes que uno pierde un poco el control tras una ruptura.

—No es lo que yo recuerdo…

—Gaia Yvaine es un curioso nombre para una niña española. Yvaine es escocés, ¿no? —sentenció Mike con un tono de reproche—. Además, si los cálculos no me fallan, ya estabas embarazada de unas diez semanas cuando vivías con nosotros, y no recordamos que estuvieras particularmente desmadrada.

—Más bien al contrario… Te recuerdo taciturna y con una copa de vino en la mano —reprochó Casper. Odiaba recordar esa etapa oscura de mi vida.

—¿Alguien quiere más café? —ofreció Gina, apretando los labios.

Yo seguía manteniendo esa batalla visual con mis dos amigos sin saber qué decir. No podía ser sincera, ni tampoco mentirles a la cara cuando la realidad era tan obvia. A veces el silencio tiene la capacidad de rebelar verdades.

—¡Lo sabíamos, joder! —Mike comenzó a dar vueltas por el salón, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Maldita sea! ¿En qué estabas pensando, Elena?

—¿Qué queríais que hiciera? ¡Descubrí que estaba embarazada después de que me pidiera el divorcio! Estuve a punto de abortar, pero Gina me convenció de que no lo hiciera.

—¿Y en todo este tiempo no se te ha ocurrido contárselo? —Casper estaba cada vez más

alterado.

—¿De verdad vosotros dos sois los mejores amigos de Ethan? —replicó Gina con sarcasmo —. Elena lo intentó y él la bloqueó de su vida por completo. Sabéis cómo ha llevado él la ruptura, así que no sé por qué estáis tan sorprendidos…

—Un momento…, ¡tú lo sabías! ¡Claro que lo sabías! —Casper apuntó con el dedo a Gina, y Mike se dirigió automáticamente a Brit, a punto de hacer la misma acusación—. ¿Qué más me has estado ocultando, Gina?

—Chicos, me llevo a la niña a dar una vuelta. No creo que este ambiente tan hostil sea lo mejor para ella… —ofreció Brit, poniéndole el abriguito a Gaia.

—Huye ahora que puedes, pero ya hablaremos en el avión… —amenazó Mike en un susurro quedo.

Casper y Gina se enfrascaron en una discusión con tintes personales sobre todas las mentiras que Casper había ido desvelando en esos últimos meses. Entendí que mi amigo no era tan idiota y eran muchas las cosas que no le cuadraban del peculiar comportamiento de Ethan y Gina.

—¡Tú y yo vamos a acabar mal, Gina! No sé qué demonios pasó entre estos dos, pero cada vez es más grande la sospecha de que tú estás involucrada de algún modo que no comprendo.

—¿Cómo demonios voy a estar yo involucrada en su ruptura? ¿De verdad crees que Elena y yo seríamos tan amigas si yo fuera la causa de su ruptura?

—Tienes que decírselo a Ethan. Mañana es demasiado tarde —rogó Mike calmado.

—Chicos, ¿habéis perdido la cabeza? —intervino Gina—. Sabéis mejor que nadie cómo están las cosas ahora mismo. ¿De verdad creéis que este es el mejor momento para contarle a Ethan que tiene una hija secreta? ¡Recapacitad un poco, por favor!

—¿Nos estás pidiendo en serio que le ocultemos algo así a nuestro mejor amigo? —se ofendió Casper—. ¿Cómo quieres que volvamos a mirarle a la cara después de esto?

—Casper… —Mike, quien no dejaba de mirar mi cara de pánico, decidió tomar bando por mí —. Creo que Gina tiene razón. No es el mejor momento, después de lo que ha pasado…

¿Qué había pasado?

—Si quieres que esto funcione, y lo digo por las dos —añadió Casper, señalándonos a ambas con dureza— más os vale decirme qué cojones está pasando. No voy a seguir fingiendo que no me entero de las cosas eternamente.

—Prometo contártelo con calma en Londres. Aquí no es seguro hablar… —ofreció una Gina resignada.

—¿Cómo? ¿Que la seguridad está en juego y no solo la boda? ¡Porque te juro que ahora mismo estoy a puntito de cancelarla!

—¿Boda? —No quería inmiscuirme en la discusión, pero acababa de quedarme en *shock* con su amenaza.

Gina suspiró y me miró apesadumbrada.

—Se supone que no te ibas a enterar así. Tenía preparado un discurso en la comida para convencerte de que fueras mi dama de honor y testigo, pero, gracias a Casper, ya puedo ahorrármelo.

Se dejó caer en el sofá, mirando a su prometido de malas maneras. Quería gritar de la emoción, darles la enhorabuena y decirles lo mucho que me alegraba porque finalmente hubieran encontrado el modo de hacer funcionar su relación, pero algo me decía que la noticia tenía un doble fondo que yo no estaba viendo.

—¡A mí no me tienes que convencer de nada! ¡Muero por ser tu dama de honor, testigo y lo que tú quieras! —Me senté junto a ella y la abracé—. ¡Me alegro tanto por vosotros…! ¿Cuándo

os habéis prometido? ¡Quiero todos los detalles!

—Verás…, es que hay un pequeño problema…

—Fue en Nochevieja —interrumpió Mike—. Muy emotivo, Casper hincó la rodilla y todo.

—¡Míralo! Si en el fondo está hecho un romántico —me burlé. Los engranajes de mi cerebro comenzaron a girar a máxima velocidad—. Por cierto, ¿quién es el otro testigo?

—Y ahí está el problema… —susurró Gina en un tono apenas audible para un ser humano.

—Testigos —corrigió Casper—. Los cuatro sois muy especiales para nosotros y…, eh… Esa es la razón por la que Gina cree que tiene que convencerte, pero yo le he dicho que todos somos adultos y que Ethan y tú soportaréis estar a un metro de distancia por media hora si es para hacer felices a vuestros mejores amigos, ¿verdad?

—Brit y yo somos los otros dos testigos —carraspeó Mike, tratando de romper la tensión que se había creado.

En todo el tiempo que había empleado en autoconvencerme de que ya le había olvidado, no se me pasó por la cabeza ni una sola vez la posibilidad de volver a verlo cuando alguno de nuestros amigos decidiera casarse.

¿Cómo iba a justificar a Gaia cuando me viera aparecer con ella?

—¿Elena? —Más que pronunciar mi nombre, Gina lo rogó—. ¡Te juro que la ceremonia solo durará media hora y podréis ir cada uno por un lado! Ni siquiera tenéis que compartir mesa.

—¿No nos vais a sentar en la misma mesa? —La idea decepcionó a Mike.

—La verdad es que habíamos pensado en dividiros… —respondió Casper entre dientes—. Ethan, Ava y tú en una mesa con mis amigos del barrio; y Elena, Brit y Siobhan en otra con los amigos de Gina. Ethan nos pidió que lo hiciéramos así.

Sentí una punzada de dolor. ¿En qué momento alguien pasaba de ser el amor de tu vida a un completo extraño? A un enemigo, incluso.

A Mike no le gustó ese arreglo, pero no dijo nada. Al igual que yo tampoco pronuncié en voz alta todas las preguntas que me estaban bloqueando la mente mientras Casper y Gina esperaban una respuesta.

—¿Cuándo es la boda?

—Septiembre del año que viene —aclaró Casper.

—Pues vale… Somos todos mayorcitos —dije al fin—. Si él está de acuerdo en compartir el mismo aire por media hora, no veo por qué yo iba a negarme.

—¡No sabes la alegría que me da oírte! —Gina me dio un fuerte abrazo que mostró lo tonificados que tenía los brazos desde que salía con Casper—. Tienes que encontrar el modo de contarle lo de Gaia antes de que tu pequeño secreto nos arruine a todos el día.

—¡Claro! ¡Por eso estabas tan nerviosa con la idea de juntarles! —entendió Casper de golpe —. Porque tú ya sabías que Gaia era hija de Ethan. Si estás guardándote algún secretito más en la manga, más te vale contármelo o seré yo quien te arruine la boda…

—Ahora no, mi amor, ahora no… —Gina mostró una de sus mil sonrisas.

—¿En serio queréis casaros? —Tanteé, sintiéndome entre la espada y la pared—. ¡Si os va genial sin anillos! ¿Para qué complicarse la vida? Podéis invertir el dinero de la boda en un piso, o dar la vuelta al mundo, o…

—Puedo allanarte el camino si quieres —ofreció Mike.

—Con eso de que ahora sois una pareja de hecho… —vaciló Casper. Ignoraba por dónde iban los tiros y no me importaba. Porque, para no querer saber nada de mi exmarido en lo que me quedaba de vida, estaba teniendo una sobredosis de información ese fin de semana—. Mike se ha mudado con ellos.

—Es temporal… —aclaró el aludido—. Solo hasta que me estabilice un poco económicamente. ¡No sabes cómo han subido los alquileres en Londres! ¡Es ridículo!

—¿Podemos volver al tema de la niña? —rogó Gina.

—Chicos, creo que le estamos dando demasiadas vueltas a esto. Cuando Ethan vea a Gaia, no tiene por qué pensar que es suya. Puede ser de cualquier tipo de Nueva York, ¡o incluso de mi amigo Logan! Al fin y al cabo, Ethan me acusó de tener una aventura con él…

—¿Te refieres al pelirrojo blancucho ese? —Casper arqueó una ceja con ironía—. Claro, apuesto a que cuando vea esos ojos verdes y esa piel morena, no le genera ninguna duda... ¡Por favor, Elena! Mike y yo hemos tardado un segundo en darnos cuenta de que esa cría es el vivo retrato de su padre. ¿Qué crees que va a pensar él?

—Puedo dejar a la niña con mis padres unos días. Seguro que les encanta la idea…

—¡Eso por descontado! Los niños no son bienvenidos en mi boda. Son un coñazo y quiero que nos desmadremos. —Todos miramos a Gina con los ojos como platos, quien hasta hacía dos días quería ser madre—. ¿Qué? ¡Mi boda, mis reglas!

—Creo que te ha tocado una *noviazilla* —susurró Mike a Casper, en referencia a esas mujeres que se convertían en auténticos monstruos cuando preparaban la boda de sus sueños.

—Bueno, sin niños, no hay problema. ¡Drama resuelto! —De pronto, vi la salida a ese túnel de oscuridad que me estaba engullendo.

—Tú verás cómo lo haces, pero tienes que decírselo ya, Elena. Ha llegado el momento —concluyó una Gina misteriosa, quien buscaba cierta complicidad conmigo a través de miradas telepáticas que no comprendí.

¿Qué momento había llegado? ¿De qué me estaba hablando?

El resto de la tarde transcurrió pacíficamente haciendo turismo por Manhattan. Mis amigos regresaron el lunes a Londres, dejándome una sensación de asfixia en el pecho que hacía mucho que no experimentaba. Porque, aunque aún quedaba más de un año para el gran evento, no tenía ni idea de cómo me iba a enfrentar a Ethan McGowan.

3

5 de marzo de 2024 — Manhattan, NY

La primavera se abría paso con timidez en Manhattan, regando las calles con una fina lluvia que parecía dorada con los destellos del sol. Eran solo las once y ya iba por mi quinto café, acompañada de la prestigiosa diseñadora asturiana Vega Star, que había revolucionado el mundo de la moda con sus prendas ecológicas de estilo *pin-up*.

De regreso a la oficina, me encontré a mis tres chicos demasiado callados para tratarse de ellos. Davide estaba escuchando música con sus cascos gigantes mientras le daba forma a un artículo, pero Sylvia y Mario tenían cara de haber estado a punto de sacarse las uñas. Aunque los tres hacían un equipo magnífico, la tensión sexual no resuelta entre esos dos había causado ya más de una situación desafortunada.

—¿Todo bien por aquí? —Dejé el bolso sobre la mesa con una mueca inquieta, esperando a que alguno de los tres dijera algo.

—Te ha llamado una tal Gina como seis veces —informó Mario, sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Ha dicho qué quería?

—No, pero parecía urgente.

Su insistencia no me preocupó demasiado. Tratándose de Gina, la urgencia podría ser si decoraba la iglesia con magnolias o con peonías. Desde que le habían puesto un anillo en el dedo se estaba comportando de un modo irracional. Y eso que aún quedaba más de un año para el gran día…

El reloj de actividad comenzó a vibrar, mostrando el nombre de Gina en pantalla. A veces era tan intensa que me saturaba.

—Vuelvo en un minuto.

Me encerré en una de las salas de reuniones que siempre estaban vacías y llamé a Gina. Apenas dos pitidos después, respondió a mi llamada.

—¿Ya estás teniendo otra de tus crisis de *noviazilla*? —bromeé, pero Gina no estaba para comentarios jocosos. Había algo en su voz que me alarmó, una preocupación espesa que se intuía aún a través del aparato.

—¿Estás en la oficina?

—¿Dónde quieres que esté a estas horas? —Me encogí de hombros, aunque ella no pudiera verme—. ¿Cuál es la urgencia?

—¿Podemos encender las cámaras? Te aviso de que estoy en casa de Ethan, y no estoy sola…

Me quedé un instante en silencio sin entender cuál era la urgencia para que no pudiera esperar a llamarme desde cualquier otro lugar.

Encendí la cámara, nerviosa. Su cabecita pelirroja apareció en la pantalla sobre un fondo que yo conocía bien. ¡Cuántos recuerdos tenía de ese salón! Cuántas horas amándonos, cocinando juntos o viendo la tele en ese mismo sofá. Cuántas promesas que se había llevado el viento.

—Sé que estás fuera del caso, y te aseguro que no recurriría a ti si tuviera otra opción, pero hoy estamos un poco… desesperados. —El color abandonó de súbito mi rostro; el suyo parecía más rojo que de costumbre—. Necesito que me hables del hotel de Dornoch. Es importante. ¿Sabes si hay algún sótano, o un pasadizo o…?

—Sí, claro, están los túneles que comunican con el yacimiento. —Trasladarme a esa época me generaba un dolor inimaginable—. Pero ¿por qué no llamas a Logan? Él es quien mejor conoce los secretos de Lleuad Arian.

—Logan no está disponible en estos momentos. ¿Qué más recuerdas? ¿Alguna habitación del pánico? ¿Un almacén, tal vez?

—No sé, si me dijeras qué estás buscando exactamente…

Gina me dedicó una de esas expresiones suyas que tanto odiaba. Era la que usaba cuando quería maquillar una verdad para que sonara un poquito mejor de lo que en realidad era, pero la mujer de las mil sonrisas estaba lo suficientemente inquieta como para no andarse con paños calientes.

—Si tuvieras que esconder a alguien, ¿dónde lo harías?

—¡Joder, Gina! ¿Qué clase de pregunta esa?

—Limítate a responder. ¡Piensa!

No necesité saber más para entender que algo muy grave estaba pasando si Ethan aceptaba recurrir a mí en busca de información.

—Gael está bien, ¿verdad?

—Tranquila, el crío está de maravilla. Esto tiene que ver con el caso.

—Pues, a ver…, está el yacimiento en sí, pero ese lugar es sagrado, intocable —deduje en voz alta—. Tal vez haya algo en el antiguo hotel.

—¿El antiguo hotel?

—El edificio original, ahora lo usan para temas administrativos. Hay un enorme salón en el primer piso donde Logan y yo fuimos testigos de una de sus reuniones poco antes de… —No quería recordar aquello—. En serio, ¿por qué no hablas con Logan?

—OK, el antiguo hotel. ¿Algún otro lugar?

—No sé, Gina… Solo se me ocurre que miréis en la ermita del acantilado. Conociendo a esos tipos, igual hay una ciudad bajo tierra que conecta con Avión o con México. ¡Vete tú a saber!

—¿De qué habla? No hay ninguna ermita en Dornoch…

Aunque sus palabras llegaron débiles, tuvieron el poder de estremecerme. Una voz que recordaba sensual y masculina, y en esos momentos parecía apagada, inerte.

¿Qué hacía allí, ayudando a Gina? ¿Acaso había vuelto al caso?

—Puedo mandaros la localización —aseguré, convencida de lo que estaba diciendo—. Salía a correr por allí por las mañanas. Ignoro lo que hay dentro, nunca la pillé abierta.

—No veo nada nada en el mapa, Elena —insistió Gina.

Una imagen vale más que mil palabras y era una suerte que mi pasión por el arte y la arquitectura me hubiera llevado a fotografiar la pequeña construcción desde todos los ángulos posibles. Compartí las coordenadas que me daba el archivo, y ella torció el gesto, desconcertada. Yo misma comprobé en el portátil que no había ni rastro de la ermita por ningún sitio.

—Os juro que existe, yo he estado allí varias veces…

Gina desapareció de mi campo de visión y yo aproveché para resbalarme por la silla hasta quedar casi tumbada, mirando al techo de la sala. Resoplé, nerviosa, soltando el aire que me estaba oprimiendo los pulmones. Los recuerdos vividos en esa casa me estaban mareando.

Sio tenía razón: no había pasado página, lo único que había hecho era bloquear su recuerdo para evitar que doliera, pero la herida no había cicatrizado.

Por suerte, Gina no tardó en volver, con una cara que pretendía ser alegre, pero estaba muy lejos de conseguirlo.

—Gracias, Elena, creo que has dado con algo. Te llamo en otro momento para ponernos al

día, ¿vale?

Me despedí intentando que no se notara que aquella llamada me había perturbado. Supongo que no era tan buena actriz como me creía, pues, cuando volví a mi mesa, Sylvia no tardó ni un minuto en preguntarme si estaba bien. Asentí con los labios apretados, una de esas sonrisas que no se cree nadie pero que a todos nos da por exhibir de vez en cuando.

Por eso, cuando me propuso salir a tomar algo después del trabajo, no pude negarme, a pesar del runrún que tenía comiéndome por dentro tras mi charlita con Gina. La sospecha de que los lunaplatenses podrían haber secuestrado a alguien se hizo demasiado fuerte; los recuerdos muy vívidos.

¿A quién diablos estaban buscando?

No sé qué fue antes, si los cócteles a los que ya no estaba acostumbrada, o las confesiones de Sylvia sobre su tira y afloja con Mario, pero acabé contándole a mi compañera mis penas con mi segundo mojito. Necesitaba conocer a alguien que me sacara a Ethan McGowan de la cabeza y del corazón.

No paraba de darle vueltas al tono desesperanzado de su voz, la urgencia que mostraba Gina quien, esa misma noche, redactó una disculpa a la que le siguieron una retahíla de mensajes impacientes.

> **Gina:** Siento mucho lo de hoy. Prometí mantenerte alejada del caso y de Ethan, y he roto mi promesa. No sabíamos dónde más buscar**.**

> **Gina:** No me gusta ponerme intensa con el doble tick, pero sé que has leído mi mensaje. ¿Estás enfadada conmigo?

> **Gina:** Tres horas sin saber de ti y yo al borde del infarto. Me ha dicho Sio que habías salido, tienes que avisarme de estas cosas, encanto. Pásalo bien. Mañana hablamos.

Su vena controladora me sacó de quicio. ¿Desde cuándo tenía que darle explicaciones?

Tal vez esa fue la primera señal que ignoré de que la realidad que había construido en Nueva York estaba a punto desmoronarse, de que nunca puedes huir de La Luna de Plata.

Me quité los zapatos en la entrada de casa intentando no hacer mucho ruido. Sio estaba trabajando en el salón, repasando un millón de documentos diferentes que tenía esparcidos por la mesa.

—¿Otro caso peliagudo? —pregunté, dejando la chaqueta y el bolso en el perchero.

—Hay un poco de todo… ¿Qué tal te lo has pasado? Tenía la esperanza de que llegaras más tarde, tal vez acompañada…

—No empieces… —rogué, dejándome caer en el sofá—. ¿Ha cenado bien la niña? Esta mañana estaba un poco revuelta.

—Tranquilaaaa… Llamó Gina preguntando por ti. Me ha contado que ha roto su voto de silencio.

—Acabo de leer sus tres mensajes de disculpa. ¿Todo bien? La veo un poco ansiosa.

—Es normal que esté preocupada por ti. Ya sabíamos que antes o después te iba a salpicar.

—¿Debería preocuparme?

—¿Tú no decías que no querías saber nada? Pues eso. —Sio se dio media vuelta y volvió a

centrarse en sus archivos, poniendo *post-its* de colores por doquier. Estaba cabreada, e ignoraba por qué.

—¿Desde cuándo tú y yo nos andamos con secretitos, compi?

—¿Qué quieres que te diga, Elena? —Era increíble el ruido que podía hacer un boli al dejarlo caer sobre la mesa con mala leche—. Me pones muy difícil el tener una conversación honesta contigo cuando no quieres saber nada del caso y el nombre de tu ex es un tabú en esta casa.

—¿Lo es? Porque últimamente lo oigo hasta en la sopa —protesté, molesta—. Supongo que ya te habrá dicho Gina que Ethan estaba allí, al otro lado de la pantalla, escuchando todo cuanto decía.

—Sí, algo me ha comentado… ¿Cómo estás?

—¿Pues cómo quieres que esté? ¡Mal! Me he tirado meses yendo al psicólogo para superar lo que viví en esa cueva. No quiero saber nada del caso ni de Ethan y, ahora que por fin he encontrado un poco de paz mental, tengo la sospecha de que está pasando algo feo que no queréis contarme.

—Nadie te está ocultando nada.

—No es la impresión que me ha dado hoy. No es la que me está dando ahora mismo. Hay alguien en peligro, ¿no es así?

Sio se mordió el labio inferior con nerviosismo. Algo en su semblante luchaba por mantenerse estático, pero su silencio me decía otra cosa.

—Ethan ha vuelto al caso. No sé si esa llamada ha tenido algo que ver con eso. Las cosas se han puesto… feas.

—Lo que haga Ethan no es asunto mío.

—Solo quería que lo supieras porque es posible que veas por casa algún documento con su nombre u oigas su voz saliendo de mi despacho cuando tenga alguna reunión con Phoenix Bond. Está yendo a por todas, con todas las consecuencias…

Me removí incómoda en el sofá y le dirigí una mirada tensa.

—¿Qué ha cambiado? ¿Por qué ahora?

Sio analizó con detenimiento mi reacción ante sus palabras, exactamente lo mismo que hacía cuando se enfrentaba a los peores criminales en un juicio. ¡Cómo odiaba cuando hacía eso!

—Siempre ha habido un plan, Elena, y las cosas parecen seguir su curso.

—No sé de qué hablas. Te agradecería que empezaras por contarme quién escribió ese maldito reportaje del que todos me acusasteis.

—Sabemos que no fuiste tú, suficiente.

—Para mí no lo es. Me genera cientos de preguntas.

—Te instalaron un software en el ordenador y el móvil de empresa para tenerte controlada.

—¿Qué?

—El informático de la revista lo detectó cuando devolviste el ordenador antes de venir a Nueva York. Estaba debajo de las pegatinas plateadas. No voy a explicarte para qué querían esa información, estoy segura de que ya has atado cabos tú solita…

Me quedé un poco chafada. Todo ese tiempo había esperado el momento en que Ethan descubriera lo idiota que fue al dejarme ir por ese estúpido reportaje que yo no escribí, por no querer escucharme, y se disculpara. Era lo menos que podía hacer. Pero, al parecer, pedirme perdón no estaba entre sus planes…

—¿Hay algo más que quieras saber del caso… o de Ethan? —Negué con la cabeza—. Hablar a veces es bueno, ¿sabes? Ayuda a sanar.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que estoy bien?

—¿De veras? Porque yo aún estoy esperando a que algún día explotes y le hagas una canción con Bizarrap, como Shakira a Piqué.

—Yo ya le escribí un libro, ¿recuerdas? —repliqué con retintín—. Me voy a la cama, ahora mismo no puedo pensar con claridad. Que sepas que no me he olvidado del tema.

—Estoy deseando que quieras sacarlo, compi.

4

9 de mayo de 2024 — Manhattan, NY

¿No te has planteado nunca desintoxicarte?

—Levanté la vista de mis apuntes para mirar con inquina a Tristán, que me servía a regañadientes mi tercer café.

—¿A ti te pagan por atender a los clientes o para criticarlos?

—Ambas. Además, me preocupa que un día te dé un chungo en mi restaurante con tanta cafeína —declaró con un mohín de disgusto—. Elenita, ¿esa no es la tipa a la que estabas esperando?

Me levanté y miré hacia la puerta, donde una mujer de unos cincuenta años trataba de localizar a alguien entre la clientela del lujoso restaurante.

Malindra Stewart era una prestigiosa empresaria cuyo negocio de ropa deportiva ecológica había crecido como la espuma en los últimos años, gracias a varios influencers a los que había pagado una cuantiosa suma por dejarse ver con sus prendas.

Cuando Davide la contactó para concertar esa entrevista, Malindra puso una única condición: solo hablaría conmigo, lo que me sorprendió y halagó a partes iguales porque, seamos realistas, no es que yo fuera Oprah precisamente…

Vestía un traje chaqueta en un blanco impoluto que resaltaba con su piel morena, una media melena oscura y ostentosos complementos damasquinados con motivos étnicos.

—Elena, ¿verdad? —Se aproximó a mí con una radiante sonrisa que le hizo parecer diez años más joven—. Encantada, soy Mal.

Con ese nombre, ya debería haber intuido cómo iban a acabar las cosas…

—El gusto es mío. ¿Qué te apetece tomar?

—Un agua con gas y un café solo estaría bien.

Le hice un gesto a Tristán para que anotara lo mismo para las dos, quien puso los ojos en blanco al entender que iba a tomarme un cuarto café.

Tras las presentaciones pertinentes, fui directa al grano.

—¿Te importa si enciendo la grabadora?

—¡En absoluto!

—Para empezar, me gustaría que me hablaras de cómo surgió Glamletics, qué te llevó a crear la marca que ha revolucionado a nuestra juventud.

Yo ya sabía que me iba a soltar un rollo sobre sus vacaciones en Mauricio porque había leído esa historia mil veces antes.

—Fue algo casual. Estaba pasando unos días en mi casa de Morelia cuando vi a los niños de los vecinos jugando en la piscina y… —Comencé a tomar notas en mi cuaderno, confundida por esa nueva versión de los hechos—. Hablaban de marcas deportivas, de que tenían diseños geniales, pero no eran ecológicas; de la necesidad de crear un producto nuevo… Aquello sembró la semilla de este proyecto en mi cabeza. Tenemos que escuchar a los jóvenes porque ellos son el futuro. Así que busqué un accionista y un asesor. Y, unos meses después, esa idea adolescente era una realidad.

Una *realidad* que facturaba, de la noche a la mañana, millones de dólares sin que nadie se explicara cómo.

—¿Morelia has dicho? —No tenía ni idea de dónde estaba ese lugar, pero ella asintió con la

cabeza, pegándole un sorbo a su café de manera muy sofisticada, con dedito levantado y todo—. Supongo que tu chico estará muy orgulloso de ti, teniendo en cuenta que en una entrevista para *Cool People* confesó que la idea le generó cierta incertidumbre al principio.

—Mis negocios son algo que a él no le incumben, igual que yo no me meto en los suyos. James y yo tratamos de mantener placer y negocios por separado.

—Perdona mi osadía, e igual estoy equivocada, pero leí en algún sitio que la idea surgió durante unas vacaciones en Mauricio. Conocisteis a un especialista en moda ecológica y los tres os pusisteis a crear Glamletics. Y en una entrevista a *Forbes*, James confirmó que fue quien puso la mayor inyección de capital.

Una sonrisita de autosuficiencia se congeló en su rostro.

—Bueno, una cosa no es incompatible con la otra. Primero fue lo de Morelia y luego lo de Mauricio. En cuanto a James, tan pronto la empresa empezó a generar dinero, le devolví hasta el último centavo que había invertido en ella.

—Tiene sentido. —No lo tenía—. Glamletics ha crecido un 26% en el último semestre. Tiene que ser abrumador lidiar de repente con ese éxito y que todo el mundo quiera representar tu firma. ¿Dónde ves la marca en, digamos, cinco años?

—Confío plenamente en el potencial de Glamletics para llegar a…

La entrevista siguió su curso entre chascarrillos y anécdotas, a la par que varias incoherencias que me hicieron sospechar que Malindra no era sino un personaje que alguien había creado para representar esa marca. Un personaje que no se había aprendido bien su papel. No eran detalles relevantes, pero su falta de consistencia me confundía y podría poner mi reputación periodística en juego.

Apagué la grabadora y la acompañé hasta la puerta. Con otros entrevistados había notado una conexión inmediata, pero había algo en esa mujer que me hacía desconfiar, una sensación que se agravó cuando me sometió al tercer grado antes de despedirse.

—¿Cuánto tiempo llevas por aquí, Elena? Porque eres… ¿española?

—Poco más de un año. Ya veo que no me he librado del acento.

—¿Qué te trajo a Nueva York? Debe de ser duro empezar de cero en otro país, aunque imagino que tener pareja habrá ayudado…

Enarqué una ceja, sintiendo que de repente no era yo quien hacía las preguntas.

—Trabajo. No hay nadie en mi vida ahora mismo.

—¡Oh, disculpa mi intromisión! No sé por qué pensé que una chica tan guapa tendría a alguien esperándole al llegar a casa o… al otro lado del océano.

Sonreí con los labios apretados, nerviosa por el escrutinio.

—Siento decepcionarte. Bueno, Malindra, ha sido un placer. Te avisaré cuando tenga la entrevista preparada para que la revises y, de paso, concretamos la sesión de fotos, ¿te parece?

—El placer ha sido mío, Elena. Estaba deseando conocerte.

«Seguro que sí…».

Me pasé brevemente por la oficina para recoger mis cosas y di el día por acabado. Siobhan estaría toda la semana de viaje en un congreso para picapleitos y a mí me tocaba hacer de canguro y recogerle la ropa de la tintorería.

Tan pronto llegué al barrio, les di la merienda a las niñas y me puse a dar forma a la entrevista mientras engullía un sándwich de crema de cacahuete.

Cuanto más revisaba mis notas con ayuda de la grabación, más convencida estaba de que algo no cuadraba. Malindra me había dicho a la cara que su novio James no tenía nada que ver con su negocio, cuando había contado en otro medio que fue él quien eligió el nombre.

Había hablado de Mauricio para *Vanity Fair* y a mí de Morelia, que Google me contó era la capital del estado de Michoacán, en México.

Detalles mínimos que construían una historia diferente. Pero ¿qué necesidad tenía de mentirme? Como algún fanático contrastara esas líneas, me iban a acusar de impostora.

Rastreé las redes en busca de alguna pista de la que tirar. A veces podía ser un poco obsesiva.

Malindra vendía su idílica vida a quien quisiera comprarla. Lucía sus diseños haciendo yoga en las playas de California, leyendo un libro en el jardín de su casa o preparando batidos détox, creando esa imagen de mujer exitosa de vida saludable a la que todos aspiraban. Y, cuando escribías su nombre, no había ni rastro de quién había sido antes de Glamletics. Ni una foto con un estilismo capilar humillante o una mala noche que sus amigos hubieran podido subir a Facebook a traición. ¡Nada! Como si su nombre hubiese surgido el mismo día que se creó la marca.

En otra foto, James y ella compartían amor en una plaza con una fuente y varios edificios históricos, que un buscador inverso de imágenes identificó como la Plaza Valladolid, en Morelia. Decidí aumentar la foto con ayuda del zoom, aunque no sabía qué estaba buscando, más allá de una sonrisa congelada que revelaba que los tortolitos estaban tensos durante la sesión de fotos. No me hubiera extrañado que ese romance fuera también un montaje.

No…, no podía tratarse de la misma plaza. Jugando a las siete diferencias, había elementos que la hacían diferente a la de Morelia, como unas farolas con unos estandartes con la Piedra del Sol donde se leía *Valladolid*, o algunos detalles arquitectónicos distintos en el Templo de San Francisco. ¿Habría sufrido alguna modificación recientemente?

Plaza Valladolid. Me habría encantado que esas dos palabras juntas no me hubieran dicho nada, pero desataron una tormenta de ideas abstractas en mi cabeza que derivaron en una sospecha que me hizo sentir estúpida. Como si todo ese tiempo alguien hubiera estado jugando conmigo y llevándome en la dirección incorrecta.

Morelia había tenido varios nombres anteriormente, destacando el de Valladolid entre 1578 y 1828. Parecía que todos los caminos me llevaran a ese nombre, ya fuera a un lado o a otro del océano.

«No mires más. No busques más. No sigas…», me dije.

Pero fue inútil, porque nunca he sabido ponerle freno a la curiosidad, ni siquiera cuando ya había experimentado sus consecuencias de un modo tan horrible.

«El placer ha sido mío, Elena. Estaba deseando conocerte».

¿Por qué Malindra querría conocerme a mí, que no era nadie?

Aquella noche la pasé leyendo todo cuanto encontré sobre esa mujer. A las tres de la mañana, me desperté en el sofá sobresaltada y empapada en sudor, con un terrible dolor de cuello por la postura en la que había caído dormida. El mismo sueño se repetía una y otra vez. El mismo rostro que me perturbaba. Esos ojos que no eran ni azules ni verdes, y me arrullaban en la oscuridad.

Tenía que mirar hacia adelante. No podía seguir temiéndole al agua ni reviviendo esa cueva eternamente.

5

13 de mayo de 2024 — Union City, NJ

Siempre hay un punto de inflexión, un momento clave en cualquier situación que es responsable de todo lo que desencadena después. Sería inútil determinar cuál fue ese punto de inflexión que me metió de nuevo en ese lío... Lo que sí sé es que fue Malindra quien avivó una llama que yo creía ya extinta. Una sed de venganza. Una duda que me corroía por dentro y no me permitía quedarme de brazos cruzados. Una pista o una trampa que ella tan amablemente me había puesto en bandeja.

Y bien sabían los dioses de mil brazos a los que Siobhan ponía velas cada noche que no había nada peor que tratar de cortarme las alas cuando algo me rondaba la cabeza.

Siobhan estaba a punto de regresar de su viaje. Yo seguía en el salón releyendo viejas notas mientras las niñas veían una peli de dibujos.

Cuando uno juega con fuego, rara vez no se acaba quemando.

Todo empezó por una foto de archivo que encontré de la política británica Camilla Thomson, disfrutando de una suculenta langosta en un restaurante de Londres en compañía de Malindra. La foto del improbable dúo se remontaba a seis años atrás, cuando Camilla se encontraba en plena campaña electoral y Malindra aún no era nadie. Tirando del hilo había descubierto que Glamletics, que ya operaba bajo ese nombre en 2018, había financiado la campaña electoral de Camilla, un gasto desorbitado para una *start-up* que estaba empezando. Por aquel entonces, Glamletics era propiedad de James Allison y de una tal María Eugenia Rogerson. Ni rastro de ninguna Malindra Stewart. Lo que terminó de volarme la cabeza fue que esa Eugenia fuera el vivo retrato de Malindra, pero con diez años y varias inyecciones faciales menos. De esa sí que había suficiente información como para elaborar un perfil más o menos certero de la empresaria, como su curiosa afición a veranear en los destinos turísticos menos concurridos del mundo, como Dornoch o Avión. ¿Y quién era nadie para cuestionar en qué invertía su tiempo libre?

Me odiaba a mí misma. Me prometió que no iba a seguir leyendo, pero había caído de nuevo en la madriguera del Conejo Blanco. Necesitaba llegar al final de ese asunto. ¿La razón? Mera satisfacción personal, supongo, pues mi jefe jamás me dejaría publicar mis teorías conspiratorias en *Trendy NY*.

Ignoro por qué acabé llamando al hotel que regentaba Logan en Dornoch por una simple corazonada, rezando porque no fuera él quien respondiera al teléfono.

—Buenas tardes, está usted hablando con el Hotel Lleuad Arian. ¿En qué puedo ayudarle? —Me quedé en blanco al reconocer la voz de Kasia, la zorra que me hizo la vida imposible durante el breve tiempo que trabajé allí—. ¿Hay alguien ahí?

—Buenas tardes, llamo de la agencia de viajes El Flamenco Viajante. —*«¡Bravo, Elena! ¿No había un nombre más ridículo?»*—. Una de nuestras clientas se ha hospedado con ustedes y nos hace falta una copia de su estancia. ¿Cree que podría facilitárnosla?

—¿Cómo dice que se llama su clienta?

—María Eugenia Rogerson.

—¿Podría decirme las fechas de la estancia?

—Se ha quedado en varias ocasiones —improvisé—. Mándeme todo lo que tenga.

—Espere un momento, por favor.

Tras unos minutos escuchando la irritante musiquita, volví a oír su voz solicitando un email.

Me creé un correo de un solo uso al que me llegaron al menos doce facturas de diferentes fechas, que iban desde el 2007 hasta el 2023.

En los últimos días había estado atando cabos con lo que había ido encontrando en la hemeroteca de la empresa, sumado a un par de excursiones al despacho de Siobhan, que ya no cerraba tan celosamente con llave. Y solo podía decir que no me gustaban nada las conclusiones a las que había llegado... Sobre todo, porque Malindra solo había accedido a esa entrevista si le garantizaban que era yo quien me reunía con ella. ¿Qué interés podría tener en mí?

Estaba claro que, si ella era uno de ellos, ya conocían mi paradero.

Hacía unas semanas que no sabía nada de Logan y pensé que ese era justo el momento idóneo para hacerle una llamadita.

—Caoineag, ¿a qué debo el honor? —Odiaba que me llamara «llorona», pero a él le encantaba provocarme con ese mote escocés.

—Deberías entrenar mejor a tus recepcionistas, highlander. Tengo en mi poder una copia de todas las estancias de una de tus huéspedes.

—Antes de que me digas a quién de esos idiotas debería despedir, te aclararé que ya no trabajo en el hotel.

—¿Cómo así?

—La agencia me necesitaba en otro lado. —Estaba claro que no iba a darme más información, así que me dejé de rodeos—. En cualquier caso, ¿puedes explicarme por qué has decidido poner a prueba a esos inútiles?

—Las pesadillas han vuelto. Últimamente no paro de comerme la cabeza y… creo que me están siguiendo.

—¿Te has planteado que igual necesitas más sesiones?

—No necesito más sesiones, Logan. Necesito que caigan. Es la única manera en la que voy a poder dormir por las noches. Ellos son mi fuente de terror. Muerto el perro, se acabó la rabia.

—No es tan fácil. ¿Te crees que no lo estamos intentando?

—Pues la verdad es que no lo sé, hace tiempo que dejé de meter las narices por mi propia salud mental.

—Pues yo diría que, ni tu salud mental ha mejorado, ni has sabido mantener la nariz fuera del caso. ¿Me puedes explicar que haces robando facturas de clientes?

—Se trata de María Eugenia Rogerson, aunque ahora se hace llamar Malindra Stewart.

—¿La de la ropa ecológica para niñatos que pagan trescientos dólares por unos *leggings*?

—La misma.

—Mmm…, ¿qué se le podría haber perdido a Malindra en ese humilde hotel de Dornoch?

—Para empezar, es una Rogerson, eso nos da una pista… Te acabo de mandar un montón de información encriptada por email. La contraseña es el apodo que me has puesto y mi edad, espero que la recuerdes. ¿Te dejo que lo leas con calma o quieres que te lo resuma? —pregunté, pero él ya estaba revisándolo todo con celeridad.

—¡La madre que te parió! ¿De dónde has sacado todo esto?

—Tuve que entrevistarla la semana pasada y muchas cosas no me cuadraron. Y ya sabes que no me puedo quedar con la duda…

—Lo sé, te he sufrido durante un largo año. ¿Dónde te llevaron tus pesquisas?

—A Morelia, en México. Tiene una casa de verano allí.

—¿Y? Todos los americanos con pasta veranean en México, igual que los británicos nos vamos a España y Grecia.

—Pero no todas las ciudades se llamaron Valladolid hasta el siglo XIX… Igual estoy viendo

fantasmas donde no los hay, o incluso puede que te esté soltando un rollo que tú ya conocías, pero ¿y si nos estamos obcecando con Yucatán y en realidad estamos buscando en el lugar incorrecto?

—¿*Estamos*? —Logan suspiró apesadumbrado al otro lado de la línea. Decidí ignorarle mientras seguía con mi trance.

—Corrígeme si me equivoco, pero he revisado los archivos de Siobhan y aún no habéis encontrado nada en Valladolid, tan solo una hacienda donde hacen fiestecitas. Y sabemos que el cenote sagrado no es tal cosa, sino el interior de la isla The Skerries.

—Rebobina un poco, ¿quieres? ¿Acabas de decir que has revisado los archivos de Siobhan? —preguntó severo, yo asentí—. ¿Esos con una estampa roja de «*Confidencial*» en la primera página? ¿Eso no es ilegal, Caoineag?

—Siobhan no está en casa para pedirle permiso…

—No sabes lo que te he echado de menos, llorona.

—No te emociones, que no he vuelto al caso… Solo estoy compartiendo contigo una información que he descubierto de chiripa.

—¡Por supuesto! Con tu permiso, voy a pasarle todo esto que me has enviado a la agencia y ellos decidirán si quieren seguir por aquí… Tengo que dejarte. No me pillas en buen momento.

—Dale recuerdos a Claudia de mi parte.

—Cuídate. Me ha encantado hablar contigo.

A mí también, pero no se lo dije. Hablar de emociones nunca había sido mi fuerte.

Aquella llamada no fue mi único contacto con mi antigua realidad esos días. Cuando Siobhan regresó de su viaje, me encontró sentada en el suelo de mi habitación rodeada de anotaciones, fotocopias y notas adhesivas. Era como si el espíritu de la antigua Elena, esa que había encerrado en el desván de Gina con todos mis recuerdos de Londres, me hubiera abducido.

—¡Guau! ¿Ha habido un terremoto en mi ausencia?

—¿Qué tal ha ido el congreso?

—Apasionante. He conocido a un tío que… —Siobhan puso los ojos en blanco, mientras sus manos me describían con precisión lo bien dotado que estaba—. Hemos pasado cuatro días increíbles. El muy cabrón olvidó mencionar que tenía a su mujer esperándole en Wisconsin, aunque tampoco es que vaya a volver a verlo…

—Típico.

—¿Qué tal por aquí? Parece que me he perdido mogollón de cosas… —Cogió un par de notas del suelo y las leyó en voz alta—. «*Morelia está en Michoacán (territorio purépecha)*». «*Malindra es lunaplatense*». «*Saben que estoy en Nueva York*». ¡Por todos los dioses, Elena! ¿Qué es todo esto?

—¿Cuántas veces nos hemos preguntado por qué La Luna de Plata usaba la Piedra del Sol azteca como emblema, si habitaron Valladolid, que era territorio maya? Sabíamos que no tenía demasiado sentido…

—La agencia ha encontrado vestigios de la convivencia pacífica de varios pueblos prehispánicos en el yacimiento de Dornoch, y los códices que hablan de Salazar así lo cuentan.

—¿Habéis encontrado la aldea de Yucatán? Porque, hasta donde he leído en tus informes…

—¿Has entrado en mi despacho? —Mi amiga no daba crédito.

—Purépechas —continué con mi discurso. Ella me miraba sin entender—. Habitaron la zona del actual Michoacán y Guanajuato. Tendría sentido, sabiendo que es allí donde Adrián Duarte estableció su imperio hotelero, donde se crio Ethan de niño, dónde conoció a Claire, etcétera. Los lunaplatenses actuales tienen alguna conexión con esa zona. ¿Por qué? ¡Ahí está la clave!

—No te sigo, Elena. Vengo de una larga semana aguantando picapleitos discutiendo sobre las nuevas leyes de criminalidad, viendo casos reales, muriendo de aburrimiento…

—…follando como loca con un casado…

—Eso también… La cuestión es, ¿podrías ir más despacio, compi? —Antes de que abriera la boca, Siobhan comenzó a leer las notitas con los datos que había ido relacionando entre sí—. ¡Por todos los dioses! Estos son los famosos trances obsesivos de los que me hablaba Gina, ¿verdad? Elena Fernández en estado puro, imparable en busca de la verdad.

—Si quieres, me callo…

—¡Ni en broma! Ya me explicarás cómo has pasado de no querer saber nada del caso a esto.

—Malindra Stewart. Dijo en una entrevista que su novio, el magnate James Allison, hizo una generosa inversión para darle un empujoncito, cosa que ella me negó el otro día a la cara.

—Igual se avergüenza de tener que deberle nada a un hombre, es una conocida feminista…

—¡Una mierda! Malindra me estaba provocando, aunque ignoro el motivo. Ella quería que empezara a hacerme preguntas. Solo aceptó la entrevista si yo la llevaba a cabo y, seamos realistas: yo no soy nadie.

—¿A dónde quieres llegar?

—La primera inyección de capital a Glamletics viene de Pedro Lozano Aguirre. —Leí confusión en sus ojos, mientras me arrebataba los informes que tenía en la mano que probaban mis teorías.

—¿El socio de Duarte? ¿Tú estás segura de lo que estás diciendo?

—Completamente. El otro inversor fue Steve Rogerson, el famoso cocinero de comida macrobiótica vegana que, por cierto, es su tío. Además, Malindra financió la campaña política de Camilla Thomson. Se ha estado hospedando en Dornoch con otro nombre, con lo que diría que no hay dudas: es una lunaplatense. La cuestión es, ¿qué hay en Morelia, aparte de su residencia de verano?

—¿Cómo es posible que en todo este tiempo a la agencia se les haya pasado algo así?

—Porque no tenían razones para sospechar de ella. —Contra todo pronóstico, Sio rompió esa atmósfera de bruma y misterio que habíamos creado para romper a reír.

—Lo siento, compi. Es que me encanta cómo «no quieres saber nada del caso McGowan». Eres una contradicción constante.

—Intento ser útil, eso es todo. Yo no he buscado esta información, ha llegado a mí de manera casual.

—Ya… Supongo que las horas que te has pasado investigando o leyendo y atando cabos en mi despacho han sido muy casuales…

—Estaba contrastando datos para la entrevista. —Su sonrisita burlona me sacó aún más de quicio—. ¡Oh, vamos! Déjame en paz.

—¿Has hablado con Gina de esto?

—¿Tú estás loca? Jamás haría nada que pusiera en peligro a mi hija.

—Lo entiendo, pero esto es algo que deberías discutir directamente con la agencia. Te recuerdo que yo solo soy una abogada, a ver qué puedo hacer…

Enarqué la ceja y la miré con sarcasmo.

—Sio, que vivo contigo… No me sueltes el rollo de que eres una simple abogada.

—Añoro los tiempos en los que conseguía engañarte.

6

16 de junio de 2024 — Luckenbach, Texas

Cuando decidí mudarme a Nueva York, me emocionaba la idea de tener a mi hermano a tan solo cuatro horas de avión. Parecía mucho, pero era una notable mejoría respecto a cuando vivía en Londres, que solo nos veíamos en Navidad.

Pues bien, echaba de menos esos tiempos…

Porque Jorge había desarrollado una dependencia enfermiza hacia mí y, cada dos por tres, me pedía que cogiera un vuelo a Texas con cualquier excusa, que yo sabía eran solo un modo de ocultar sus múltiples crisis existenciales.

Para aquel viaje, la excusa llegó en forma de casa nueva y de una noticia que quería darme en persona. Sospechaba que estaba relacionado con Julie, pero tanto me esperaba un sobrino como una ruptura, porque me tenía desconcertada con esa relación a la deriva. En un intento desesperado por salvar lo que quedaba de ella, se habían mudado cerca del pintoresco pueblito de Luckenbach, en el corazón de Hill Country, en Texas.

Le había prometido a Siobhan que no buscaría más excusas si la oportunidad acechaba. Echaba de menos el tacto de otro cuerpo desnudo, aunque no me sentía preparada para abrir las puertas a que nadie me decepcionara de nuevo.

Mi hermano vino a buscarme en su *pickup* hasta el aeropuerto de San Antonio y recorrimos esas sesenta y dos millas poniéndonos al día.

—Sigo sin acostumbrarme a que ahora seas morena —lloriqueó al verme.

—¡Pues mira que has tenido tiempo! Hace más de un año que me cambié el pelo.

—Espero que te hayas traído tu sombrero de vaquera. ¡Te va a encantar Luckenbach! Es la meca de la música country.

—Me estoy imaginando un *saloon* como el de las películas, lleno de *cowboys* luciendo botas con espuelas y un toro mecánico en el medio.

—Quítale el toro y lo tienes… Esta noche hay una fiesta con música en directo en el *dance hall*. Aún me alucina que utilicen la oficina de correos como sala de eventos. —Decidido: esa noche iba a fluir sin preocupaciones—. Y no me vengas con que pasas de fiestas, por nuestra madre bendita que acaba de descubrir el Satisfyer. Esta noche salimos como que me llamo Jorge.

—¿Cómo sabes tú que mamá…?

—Yo creo que con la edad está perdiendo filtros, te lo juro. He hablado con los padres de Julie para que se encarguen de Gaia y esta noche nosotros tres salimos a darlo todo.

—¿Tus suegros están aquí?

—¡Mis suegros están hasta en la sopa, Lena! Ni mudándome a los confines de Texas he conseguido librarme de ellos. Y, por cierto, no los llames así, lo de *suegros* suena a para toda la vida. Son los padres de Julie, a secas… —Me abstuve de comentar—. Aquí es, ya hemos llegado.

El olor a madera de su casa me fascinó. Era una de esas viviendas prefabricadas y adosadas por el garaje a la vivienda vecina que tanto se veían en las series americanas. Acogedora y rural, tenía un amplio porche con un sillón balancín donde ya podía verme tirada disfrutando de una limonada y un buen libro.

Al caer la noche, me dejé arrastrar a esa famosa fiesta en el pueblo. Llevaba minifalda

vaquera con camiseta negra de algodón simple y unas botas camperas, no quería desentonar con el resto de la clientela.

El local era tan pintoresco y diferente a lo que ya había visto antes, que me sentía como en un set de rodaje. La decoración, tan recargada que los ojos no sabían dónde posarse. Había carteles de madera anunciando diferentes destinos, coloridas pegatinas, neones, mapas del estado, un sinfín de lámparas…

Ese batiburrillo era, precisamente, lo que le otorgaba ese cariz tan único al local. De los altavoces salía una canción de Brad Paisley cuya letra era incapaz de descifrar con el ruido del bar.

Cogimos nuestras cervezas y nos fuimos a una de las mesas. Un hombre, a quien también había visto detrás de la barra, nos informó de que pronto comenzaría el espectáculo en el que varios lugareños versionarían éxitos country, además de recordarnos que todo aquel que se atreviera a subir al escenario a cantar obtendría un chupito de whiskey gratis.

—¡No, gracias! —Reí, apurando mi segunda cerveza. Hacía rato que me había puesto algo tontorrona por la falta de costumbre.

—A este pueblo le gusta que todo el mundo se sienta especial —me contó Julie—. Como te subas al escenario, te dan la ciudadanía.

—¿Qué dices? No me imagino a mi hermana viviendo aquí… —completó Jorge—. Acabarías regentando un rancho y casada con un vaquero ultracatólico con cinco chiquillos. El sueño de tu vida, vamos…

—Los ultracatólicos son los más guarros en la cama.

No quise preguntarle a Julie cómo sabía eso, pero Jorge también miró a su novia con… OK, me gustaría decir que lo hizo con recelo, pero lo cierto es que lo hizo con bastante indiferencia.

Mientras ellos discutían el tema, yo observaba con interés morboso al hombre que se subía al escenario. Tenía el pelo rubio, una mirada azul muy limpia y una sonrisa capaz de fundir todos los cerebros femeninos del local. Vestía camisa negra remangada hasta los codos, vaqueros desgastados con cinturón y botas camperas marrones. No era mi tipo —si es que podía decirse que tuviera uno—, pero tenía un atractivo muy natural que me envolvió.

Un hormigueo nervioso me recorrió la piel cuando me devolvió la mirada, tan solo un segundo, mientras terminaba de colocar el micro sobre la base y volvía a concentrarse en sus quehaceres. Hacía mucho que no me sentía atraída por otro ser humano, aunque fuera un tipo con quien sabía que no cruzaría ni dos palabras esa noche.

La banda comenzó a tocar los primeros acordes del *Drinking alone* de Carrie Underwood, versionado por ese vaquero que, por lo visto, se llamaba Noah White. ¿Podría tener un nombre más yanqui?

Mis ojos se posaron en su magnífico trasero, la manera en la que se le marcaban los vaqueros cuando apoyaba el peso sobre la cadera. No eran pocas las mujeres que le gritaban barbaridades desde la pista. De haber estado con mis amigas, creo que me hubiera sumado a ellas.

No sé en qué momento pasé de mirarle el culo a acordarme de la conversación con Siobhan sobre los micros que alguien había instalado en mi ordenador. Supuse que el exceso de cerveza fue el responsable de ese cruce de cables, porque mis conclusiones no tenían sentido.

Comencé a redactar un mensaje para Gina, en un intento fracasado por recordar ese código infantil en clave que se había inventado años atrás con los emojis del WhatsApp.

«*Luna llena negra, paella, estrella simple, creo que asterisco, coche azul… ¿Era unicornio o manzana roja? Mmmm… ¿Flamenco, arco iris, coche azul? ¡No! El coche era rojo,*

¡seguro!…».

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo, hermanita? ¡Nada de móviles! Disfruta de la música, que no vas a encontrar nada tan auténtico en Nueva York.

—Solo será un segundo, es importante.

Jorge bajó la vista hacia la pantalla y me miró con sorna.

—Corazón, isla, estrella. Con eso seguro que salvas la humanidad de una hecatombe. —Di al botón de enviar antes de que me quitara el teléfono, lo que ocurrió tan solo tres segundos después —. Voy a por otra ronda. Julie, asegúrate de que mi hermana se acaba la jarra de cerveza antes de que traiga repuestos. Hoy quiero que pierda el control.

Tan pronto abandonó la mesa, me vi en una de esas situaciones incómodas cuando te quedas con alguien con quien no tienes nada de lo que hablar y la persona que tenéis en común os deja solas. Así era mi relación con Julie, pura cortesía en la que ninguna de las dos hacíamos esfuerzos por caerle bien a la otra, aunque sí nos sonreíamos con falsedad.

Desde el escenario, el cantante nos deleitaba con su sensual voz y sus movimientos de cadera, envolviéndonos con una canción de Kane Brown.

—No está mal, ¿no? —dijo Julie, por romper el hielo.

—Seps —mentí indiferente. Tenía un trasero digno de protagonizar todas las novelas eróticas que había leído en los últimos meses.

El tal Noah seguía cantando y marcándose unos pasos de baile, metiéndose al público en el bolsillo. Las mujeres le miraban embobadas. No podía culparlas, hacía tanto que no echaba un polvo que yo también quería desabrocharle los botones de los Levi's con los dientes.

¿Cómo sería en la cama, si se movía con tanta soltura sobre el escenario?

Una despedida de soltera daba la nota desde la primera fila. Minifaldas vaqueras con purpurina, sombreros rosas con pollas de goma y tops con escote pronunciado en las que se leía *Team Bride*, componían un atuendo demasiado californiano para estar en el lugar más rural de Texas. ¿Quién de todas sería la afortunada en llevarse al vaquero a la cama esa noche?

Mi hermano regresó con las cervezas y las dejó en la mesa, tirando de las dos para que nos lanzáramos a la pista con él.

—¡Venga, que no se diga que los españoles no llevamos el ritmo en las venas!

Le pegué un último trago a mi bebida y nos integramos en el barullo. Todos bailaban emocionados y le hacían los coros al muchacho en esa canción tan pegadiza, que pronto yo misma me vi tarareando.

…One Mississippi, two Mississippi, three shots of whiskey. Are you on your way? We're tipsy, baby, come kiss me. I can't wait, I can't wait…[1]

¿Eran percepciones mías o el cantante no dejaba de mirarme? ¿Era a mí a quien guiñaba un ojo mientras cantaba «*I can't wait, I can't wait*»? Sonreí insegura y aparté la idea de mi cabeza. Lo más seguro es que el gesto fuera dirigido a una de esas mujeres de la despedida y no a una aburrida madre soltera sin nada que ofrecer.

El chico terminó la canción y pidió un merecido descanso, que el barman supo rellenar con clásicos a través del hilo musical. La pista de baile se deshizo cuando todo el mundo corrió como una exhalación a la barra. Yo no fui una excepción. Las cervezas habían perdido la espuma y me tocaba a mí pagar la ronda.

Alguien empujó a otro alguien a mi lado y la cerveza se derramó por todas partes, incluyendo

mis botas en la ecuación. Al final, alcancé la barra y me apoyé sobre esta, exhausta. Un tipo con barba greñosa me preguntó qué quería tomar. Me costó tres intentos entenderle con el ruido y el fuerte acento sureño, y fue solo gracias a que una mujer se ofreció a hacer de traductora.

Y ahí estaba, esperando mis cervezas y observando el ambiente, cuando la voz más seductora que había oído jamás comenzó a susurrarme al oído:

—Te apuesto un beso a que beso mejor que tú.

Me giré y vi al cantante taladrándome con la mirada de un modo halagador. Tenía ese aire un poco prepotente de quien tiene el éxito asegurado. Probablemente mi escrutinio no hubiera sido tan discreto como pretendía.

Me traía sin cuidado. Me apetecía hacerlo.

Me olvidé de las cervezas que acababa de pedir para seguirle el rollo a ese extraño, cuyos ojos brillaban como un cielo azul en una tarde de verano.

—¿Y qué gano yo si pierdes?

—A mí, ¿te parece poco? —Torcí el morro, algo decepcionada por su arrogancia.

—¿Esas frasecitas te funcionan con las chicas de por aquí? Te veo un poco subidito, *cowboy*. —Hice un amago por coger las cervezas y regresar a mi mesa, pero él me detuvo.

—Déjame intentarlo de nuevo. Soy Noah, he visto que no me quitabas los ojos de encima y me estaba preguntando si eras una fanática del country o tu interés era algo más… personal.

—¿Cómo estás tan seguro de que era a ti a quien miraba?

—Porque yo tampoco he dejado de mirarte a ti. —Le di un pase. Ese romance no iba a llevarnos mucho más lejos de esa noche, pero me suscitaba la suficiente curiosidad para darle una oportunidad—. ¿Estás con alguien?

Negué con la cabeza y le tendí la mano con firmeza, intentando que no se me notaran las ganas.

—Soy Elena. Encantada, vaquero.

—¿Y de dónde es ese acento, Elena?

—España.

—Pues déjame decirte que eres una morenaza espectacular.

Me lo tomé como lo que era, un intento superficial por ligar conmigo. Tampoco esperaba que el casanova alabara mi inteligencia o mi creatividad en un antro como ese, aquellas no eran mis habilidades más destacables esa noche, sobre todo, porque estaba algo borracha. Adopté una pose coqueta, apoyando todo el peso en una pierna para marcar más mis caderas, ya de por sí generosas.

—No me gusta perder el tiempo ni hacérselo perder a nadie. ¿A dónde esperas que nos lleve esta conversación, Noah?

—Adonde tú quieras, preciosa. Pero no será hasta después del concierto… tengo un segundo pase ahora.

—¿No me digas que eres la estrella del pueblo? El Miley Cyrus de Luckenbach.

Su risa me pareció excesiva, pasándose una mano por el pelo en un gesto arrogante. Estaba claro que le gustaba recibir cumplidos.

—¡Qué va! Soy veterinario, como mi padre y, podría decirse que también lo fue mi abuelo. Es una tradición familiar, solo que yo he cambiado las vacas por los perros. Ya no vivo en Luckenbach, solo estoy de paso.

—Qué suerte habernos encontrado entonces. —Estoy segura de que el vaquero engreído no percibió mi sarcasmo.

—¿Te veo en un rato? No te vayas, española… —Me guiñó un ojo mientras le veía alejarse al

escenario con su botellín de agua a medio beber.

Volví a la mesa con mi hermano y Julie, que protestaron por lo mucho que había tardado en traer las cervezas, ignorando el motivo de mi retraso.

Bebí despacio para que no me subiera más de la cuenta, aunque ya era demasiado tarde. Llevaba una buena peonza que había potenciado mi autoestima hasta el infinito y más allá.

Me daba igual. Lo necesitaba. Me sentía bien. Quería perder el control, dejar de ser por una noche la madre adicta al trabajo que había renunciado a su vida social por completo. La mujer que seguía anclada al pasado.

Ocho canciones después, algunas acompañado de una rubia que se creía Taylor Swift en el escenario, el chico dio por acabado el espectáculo y desapareció por el *backstage*. No volví a verlo. Supuse que estaría celebrando su éxito mientras un lugareño le relevaba en el escenario y destrozaba el *Jolene* de Dolly Parton con el único objetivo de ahorrarse unos dólares en chupitos.

Reconozco que me sentí algo chafada. Yo ya me estaba imaginando, saltándome el celibato que me había autoimpuesto para tener una aventura en un establo de la que después preferiría que nadie me volviera a hablar.

Así es la vida. Hay trenes que solo pasan una vez. Y la oportunidad de probar mis habilidades de amazona con ese potro salvaje se había escapado delante de mis narices.

7

—¡Por Dios! ¿Quién le ha dado el micro a ese tipejo? —protestó mi hermano.

Un hombre esmirriado y ligeramente alcoholizado se dejaba las cuerdas vocales con una canción de Kenny Rogers.

—¡Deja de quejarte tanto y sácame a bailar! —pidió Julie.

No sé si fue el efecto del alcohol o el hecho de que yo estaba allí, y las apariencias para algunas personas eran algo sagrado, pero lo cierto es que parecían dos pipiolos en edad escolar mientras Jorge hacía alarde en la pista de sus tres pies izquierdos con muchísima naturalidad. Estaba tan absorta en la imagen que apenas sentí que alguien se sentaba conmigo en el banco de madera hasta que escuché su voz, susurrándome de nuevo al oído para hacerse oír por encima de los berridos del borracho.

—¿Me has echado de menos, española?

—¿Eres siempre tan creído?

Me giré para mirarlo. Había calculado mal la distancia y mis labios quedaron a escasos centímetros de los suyos. ¿Y si…?

—Los humildes no consiguen nada en esta vida. —No podía rebatirle eso—. Te invito a un chupito. —Me quedé observando a la parejita antes de responder a su propuesta y él me malinterpretó—. Ya veo… ¿Estás enamorada de él?

—¿Quién, Jorge? ¡Qué va! Es mi hermano.

—¡Gracias a Dios! No quería ser el responsable de que le fueras infiel.

—¡Eres un auténtico engreí…!

No llegué a terminar la frase. Mis labios encontraron el obstáculo de su boca, que sabía a chicle de menta. Me sentí culpable por el regustillo a cerveza que desprendía la mía, pero ni aun así le negué el beso. A mí también me apetecía saborearle. En un acto de cordura, apreté los labios para apartarlo de mí y le miré confundida. El sonido que salió de mi garganta parecía más un gorgojeo nervioso que la voz de una adulta segura de lo que iba a decir.

—¿Qué ha…? —Carraspeé, como si así mi voz pudiera sonar más firme—. ¿Qué ha sido eso?

—Puramente experimental, lo juro.

—¿Y qué comprobabas?

—Si llevabas maquillaje o ese era tu color de labios natural.

Probablemente fuera la peor excusa que nadie me había dado nunca para besarme, pero había algo en él que me atraía como las moscas a la miel. Necesidad mezclada con alcohol y deseo.

—¿Y bien? ¿Ya lo has descubierto o… necesitas hacer alguna comprobación más?

—Pues… —Noah ladeó la cabeza y entornó la mirada, sin dejar de buscar mis labios, que no tardó ni un segundo en volver a conquistar.

Le agarré los cuellos de la camisa y le acerqué aún más a mí, liberando a la loba que llevaba dentro y había reprimido durante tanto tiempo. Su lengua se enredó en la mía con maestría, creando un calor intenso en mi organismo que fue multiplicándose hasta llegar a mi entrepierna.

Olía a madera y cuero, a hierba, con tintes rústicos. Era un aroma peculiar que me agradaba. De repente, me vi bebiéndome el sabor de sus labios e inhalando ese perfume que ya tenía mis feromonas fuera de control.

Me aparté de nuevo, esta vez, siendo consciente de que estábamos morreándonos como dos adolescentes en la mesa que compartía con Julie y Jorge. Busqué a mi hermano con la mirada y

lo descubrí observándome con malicia y cuchicheando algo con su novia, haciéndome un gesto con la mano para que me largara de allí. No pude evitar preguntarme si Julie tendría razón al decir que los vaqueros ultracatólicos eran tan guarros en la cama… Además, Noah era el tipo perfecto, un capullo arrogante con quien, en otras circunstancias, no perdería un segundo de mi tiempo. Y vivía en el culo del mundo, con lo que no tendría por qué volver a saber de él. Perfecto para un revolcón.

—¿Por qué no buscamos un sitio más íntimo? Nos está mirando todo el bar… —propuso.

Era cierto. Todo el pueblo, con especial hincapié en el cromosoma XX, estaba pendiente del cantante y la fulanita de turno. No me gustaba la etiqueta que me había autoimpuesto, pero tampoco me preocupaba en exceso.

Cogí el bolso, le compartí la localización a mi hermano y paramos en la barra a tomar un chupito de whiskey, que desapareció por nuestras gargantas en un abrir y cerrar de ojos. Aunque seguía sin agradarme ese licor, el whiskey americano era muy distinto al escocés, dulce y menos ahumado. Afortunadamente, todo en esa noche estaba siendo diferente *al escocés*…

Abandonamos el local de la mano y sin armar mucho jaleo. Lo siguiente que recuerdo es que el vaquero narcisista y yo habíamos pasado de estar castigando el hígado en la barra, a dejar que me empotrara contra la pared trasera de un rancho de madera —que ignoro a quién pertenecía—, mientras él exploraba mi entrepierna con sus manos por debajo de mi falda, y yo me deleitaba en su culo prieto. Se me había olvidado a qué sabía besar otros labios, esa agradable corriente de calor recorriéndome el organismo hasta nublarme la razón.

Estaba hambrienta y decidida, algo borracha, y demasiado caliente. Tanto, que no le di ninguna importancia al hecho de que estuviéramos masturbándonos al aire libre. No había nadie alrededor y la oscuridad de una noche sin luna parecía protegernos de miradas curiosas.

Noah me levantó la camiseta, adueñándose de mis pechos con las manos. No sé en qué estaba pensando cuando desabroché su bragueta y le saqué la polla para masturbarle mejor. Primero gimió de placer en mi oído, soltándome una retahíla de frases guarras que puso mi cuerpo en llamas. Su boca se aventuró por mi escote, mordiéndome los pezones por encima del sujetador de encaje hasta hacerme estremecer. Perdí el rumbo. Mi mano aceleró los movimientos sobre su miembro hasta sentirle vibrar de deseo.

—¡Para, para, para! —Me pidió, apartándome con delicadeza.

—¿No te está gustando? —dudé, con la certeza de que había perdido bastante práctica en las artes amatorias.

—Me está encantando, morenaza, ese es el problema…

Me besó una vez más, justo antes de arrodillarse frente a mí para hundir su lengua en mi interior y devorarme. Fue en ese preciso instante cuando perdí la cabeza. Le tiré del pelo, ahogando un gemido.

—¡Joder! ¡Qué bueno! —exclamé en español.

Dibujó una mueca de satisfacción en su rostro cuando se lo traduje al inglés, y se perdió de nuevo entre mis pliegues, entregándose a fondo en la labor de arrancarme un orgasmo.

Me temblaron las piernas cuando el placer se apoderó de mí, incapaz de mantenerme erguida mientras mi organismo se liberaba. Pensé en devolverle el favor, pero el vaquero me guio por una puerta de madera que daba a un establo. Estaba tan excitada que ni siquiera me planteé que aquel lugar pudiera no ser seguro. De alguna manera, confiaba en que la estrellita del pueblo no podría hacerme nada, aparte de regalarme otro par de orgasmos de recuerdo.

Encendió una luz huérfana que colgaba del techo a unos metros de nosotros y alumbraba lo justo para crear un poco de ambiente. Cogió una manta de un armario —que quise creer que

estaba limpia— y la puso contra una cama de heno. Por suerte, no era alérgica.

—Recuéstate —ordenó, retomando de nuevo el control sobre mis labios.

Hice lo que me pidió, buscando con mi boca su bragueta para asegurarme de que estaba justo en el punto que lo quería.

El vaquero no me dejó recrearme demasiado en esa felación. Antes de darme siquiera cuenta, estaba dentro de mí, cabalgándome como a una yegua salvaje, y mostrándome que lo que decían de los vaqueros ultracatólicos de Texas era completamente cierto.

Y yo, que siempre me las daba de atea, estaba dispuesta a adorarle como a un dios mientras siguiera regalándome su placer.

¡Amén!

—*Do you want guorer?*

Tuvo que pronunciar la pregunta al menos tres veces para darme cuenta de que me estaba ofreciendo un vaso de agua. Acepté algo aturdida mientras me incorporaba tras mi tercer orgasmo. Tenía restos de paja en el pelo y podía percibir cierto olor a estiércol no muy lejos de allí. *«Los vaqueros cuidan vacas»*, me recordé, riéndome yo sola del ideal romántico que nos había vendido Hollywood de esos *cowboys* guapísimos y superlimpios que parecían salidos de un anuncio de Armani y de la Universidad de Harvard al mismo tiempo.

¿Cómo demonios había acabado retozando en un establo con un completo desconocido, con más ego que vergüenza?

Una de las razones por las que no me gustaban los rollos de una noche era por no tener que pasar por el incómodo momento de «¿y ahora qué?». Algunas situaciones es mejor cortarlas de raíz, así que me coloqué todas las prendas en su sitio, asegurándome de que dejaba constancia de mi intención de regresar a casa cuanto antes.

—¿Ya te vas?

—No quiero que mi hermano denuncie ante el *sheriff* mi desaparición… Además, así nos ahorro las promesas post coitales que los dos sabemos que no vamos a cumplir. —Si hubiera habido más luz en aquel establo, probablemente habría percibido con más detalle la mueca de estupefacción que se dibujó en su rostro—. ¿Qué he dicho?

—Nada, es que pensaba que eras diferente...

—¿Pensaste? —Fruncí el ceño en busca de una explicación.

—Sí, no sé… Me diste otra impresión antes en el bar. Me pareció que habíamos conectado. —No pude evitar la risa nerviosa que salió de mi garganta. ¡No podía estar hablando en serio! Sin embargo, mi reacción lo ofendió aún más—. Supongo que no necesitas que te acompañe, conoces el camino de vuelta. Ya hemos echado un par de polvos, ¿para qué seguir de cháchara?

—¡Oh, vamos, vaquero! No me hagas sentir culpable. ¡Si ni siquiera te acuerdas de mi nombre!

—Elena, treinta y tres años, española, concretamente de un lugar llamado… ¿*Valadolis*? —dudó. ¡Mierda! No tenía que haberle dado tantos detalles—. Trabajas en una revista cultural en Nueva York, y estás aquí de paso, visitando a tu hermano. Y te gustan mucho los animales, o eso

me has dicho cuánto te he contado que soy veterinario. —Le miré con los ojos como platos, aunque no sé si él pudo ver mi gesto en la oscuridad—. ¿Qué? ¡Te dije que te estaba escuchando!

—Mira, vaquero…

—Noah —me ayudó, consciente de que no me acordaba de su nombre. Me sentí fatal.

—Noah… Seguro que has oído esto miles de veces, pero yo normalmente no hago esto. No somos vaqueros para andarnos con tanto rodeo… O sea, tú sí que eres vaquero. —«Por favor, que alguien me echara encima una jarra de agua fría»—. Mi plan era salir esta noche con mi hermano y pasar un buen rato. Tal vez echar un polvo con un desconocido al que no tendría que volver a ver, y seguir con mi rutina.

—Gracias, ahora me siento mucho mejor.

—Lo que quiero decir es que… Me lo he pasado bien esta noche, pero…

—Yo también me lo he pasado bien contigo, Elena. Antes y después de venir aquí. —¿*Antes*? ¿Tanto tiempo habíamos pasado charlando en la barra antes de enrollarnos?—. ¿Por qué no quedamos mañana? Me has dicho que no te ibas hasta el lunes, ¿no? Aún tenemos tiempo para conocernos.

Un sonido que asemejaba una risa desesperada se escapó de mis labios. Me moría de vergüenza. Solo quería irme a casa a dormir con mi hija y olvidarme de que había retozado en un establo con un desconocido.

—No creo que sea buena idea…

—¿Y eso por qué?

¿Es que el vaquero no podía soportar que alguien no se enamorara perdidamente de él tras un polvo?

—Nos estoy ahorrando a los dos un valioso tiempo. No necesito que me hagas promesas ni me sueltes el rollo de que quieres ver a dónde nos lleva el destino —aseguré. Noah levantó una ceja y me miró con sarcasmo—. No vas a rendirte, ¿verdad?

—¡Nunca! Tal vez tengas razón y esto no nos lleve a nada. O tal vez estés equivocada, y este haya sido tu último primer beso.

Lo dudaba.

—Está bien, tú ganas: tengamos una cita. Pero, antes, deberías saber que tengo un bebé de un año. Tengo una visa temporal de trabajo, soy atea y periodista de esas que disfrutan metiéndose en líos muy chungos.

—¿Los hombres a los que has conocido antes han salido corriendo con tu discursito?

—No lo sé, tendría que haber conocido a alguno para responderte a esa pregunta… —Mi confesión le sorprendió—. Se me ha olvidado añadir que ni siquiera vivo en Texas, con lo que veo esta conversación absurda.

—Yo tampoco vivo en Texas, ya te lo he dicho antes —respondió como si fuera lo único que le hubiera llamado la atención de mi discurso—. ¿En serio no has escuchado una sola palabra de lo que te he dicho esta noche?

—¿Ves? ¡Soy un ser horrible! No deberías complicarte la vida conmigo.

—Vivo en Manhattan.

—Manhattan… ¿Nueva York? —probé—. ¡Ay, Dios! ¡Qué suerte la mía!

—Para ser tan atea, mencionas mucho al de ahí arriba… —Sonrió malicioso. Me di por vencida, cruzándome de brazos a la espera de una propuesta que no tardó en llegar—. ¿Por qué no me dejas decidir a mí? Si me das una dirección, te paso a buscar a las doce. Si no quieres volver a verme más, no voy a insistirte. Pero te advierto que tus excusas ridículas para intentar ahuyentarme solo han conseguido que tenga aún más interés por conocerte.

—A las doce, ¿eh? —Tragué saliva. ¿Qué estaba haciendo?—. ¿Dónde vas a llevarme?

—A Canyon Lake, está como a una hora en coche.

—¿A un lago a una hora de distancia? ¡Ni de coña! Como mucho, te acepto un café en el bar del pueblo.

—Hagamos una cosa. —Noah cogió un boli del bolsillo de su camisa y me escribió su número de teléfono en el brazo, como hacía yo con Gaia cuando íbamos a un sitio con multitudes —. Si cambias de opinión, mándame un mensaje. Si no he oído nada de ti antes de las diez, haré mis planes.

Tras sellar el pacto, regresamos al bar sin armar demasiado escándalo, a pesar de que las briznas de heno de mi pelo me hacían parecer culpable. De fondo, Chris Lane cantaba *Take back home girl* a través del hilo musical. Noah me susurró el estribillo como si aquella fuera una señal del destino y yo esa chica con la que quería pasar el resto de su existencia. Me pareció todo tan intenso que me mareé.

Nos despedimos con un simple «buenas noches», que él completó con un gesto con las manos pidiéndome que le llamara. Fingí que no lo había entendido y regresé con mi hermano y mi cuñada, que nos miraban a los dos con malicia. Julie retiró una brizna de mi pelo y me dedicó una sonrisita.

—Confírmame si los rumores son ciertos, anda... —Sonreí y me tapé la cara con vergüenza—. ¡Lo sabía!

—No diría que ha sido el mejor polvo de mi vida, pero sí el que más me hacía falta, así que mi cerebro lo ha engrandecido todo un poco.

—¡Mi hermanita por fin ha perdido la virginidad! —Jorge fingió que se emocionaba—. ¿Ya te ha puesto un anillo en el dedo?

—Ríete, pero vive en Nueva York y quiere volver a verme. —Con la mirada imploraba detalles—. Me incomoda enormemente discutir mi vida sexual contigo, Jorgito.

—Pues no te folles a alguien de mi pueblo, Elenita... Que ya sabes que en los pueblos, el dinero no es lo único que se cuenta.

8

El reloj de cuco de pared cantó las tres de la mañana según cruzábamos la puerta. Entré en la habitación que me habían asignado intentando no hacer ruido para no despertar a Gaia, pero me tropecé con la maleta y acabé golpeándome con la cama. Mi alarido de dolor resonó en toda la casa y provocó que la niña pusiera a prueba la potencia de sus cuerdas vocales, mi aguante auditivo y la sordera de los padres de Julie. A riesgo de despertar a toda la casa, me la llevé al porche envuelta en una manta.

Hacía rato que Gina esperaba una respuesta al mensaje que me había mandado, pues en Londres eran ya las nueve de la mañana. Llamarla era más sencillo que escribir corazones y estrellas.

—Tu mensaje en clave es preocupante, a la par que confuso —comenzó, mostrando su rostro poblado de pecas al otro lado de la pantalla.

—¿Tú no sabes responder a una llamada con un «hola», como hace todo el mundo?

—Perdona, es que se me ha frito el cerebro con tanto unicornio y mierdecita con ojos en el WhatsApp. ¿Cómo se te ha podido olvidar el código tan rápido?

—Por desuso. Tengo una pregunta que hacerte y espero que seas honesta. Vamos a dejar de fingir que no sabes que he metido las narices en el caso. Estoy segura de que Siobhan y Logan te han puesto al día.

—Correcto. ¿En qué puedo ayudarte?

—Fue Rompetechos, ¿verdad? —Había esperado que me rebatiera esa afirmación, que me tocara desarrollar de forma exhaustiva mi teoría, que abriera los ojos tanto que le hiciera parecer un sapo, pero su cara se quedó inexpresiva, mirándome con aburrimiento—. ¿Gina?

—¿Qué hora es en Texas? ¿No debería estar Gaia acostada en vez de berreando como si le fuera la vida en ello?

—O sea, que sí. Fue ella quien me puso los micros en el portátil.

—Elena, llevas más de un año sin querer saber nada del tema. Y lo respeto. Probablemente, sea lo mejor para todos, así que…

—¿A quién estabais buscando en Dornoch hace unos meses? ¿Qué tiene que ver Rompetechos con…?

—Aclárame una cosa: ¿quieres o no quieres saber lo que está pasando? Porque si empiezo a hablar y luego no te cuadra, no quiero que me reproches que…

—¡Gina!

—¿Estás sola? —Asentí, mostrándole que además estaba escuchando la llamada a través de un auricular—. Te lo voy a resumir mucho y sin entrar en detalles. Estaba infiltrada. Se dedicó a espiarte y redactar una serie de informes sobre ti que enviaba semanalmente a Adrián Duarte.

—¿Fue ella quien escribió ese ensayo?

—No exactamente… Esa historia es mucho más compleja y no viene a cuento, pero sí fue ella quien consiguió la información.

—¡Sorpresa! No entiendo nada.

—Ni falta que hace… Supongo que ya habrás deducido que su finalidad era controlar a su hijo, entre otras cosas… ¿Qué tal va el trabajo? ¿Alguna novedad de la herencia de tu abuela?

Odiaba esos cambios de tema repentinos con el único propósito de hacer que me olvidara de algo.

—Sin novedades en el frente. Todo sigue igual de misterioso que ella lo dejó.

Haciendo alarde de ese ácido sentido del humor que la acompañó hasta el Más Allá, mi abuela Elena dejó escrito en su testamento que podríamos repartirnos la herencia cuando estirara la pata, pero que nadie podría tocar su casa del pueblo (que había pertenecido a sus padres y, sospecho, antes a sus abuelos) hasta que ella lo considerara oportuno. Aunque era muy excéntrica, estaba claro que no iba a regresar de la tumba para gestionar la herencia… Por eso, le hizo prometer al notario que la casa sería para aquel que, tras su muerte, llegara a conocerla de verdad, porque solo esa persona sería capaz de cuidar la casa como lo merecía.

¿La verdad? Yo no tenía ningún interés en heredar esa tradicional choza de piedra, pero no fueron pocos los familiares que se dejaron los sesos en busca de un recuerdo emotivo que llevarle al notario sobre lo mucho que querían y conocían a la vieja.

—Vaya, me tenía superintrigada ese tema —siguió Gina—. Estoy segura de que tu abuela escondía algún turbio secreto, tal vez una sala roja de sadomasoquismo o…

La idea de mis abuelos haciendo según qué cosas me puso la piel de gallina, aunque tampoco lo descartaba.

—Gracias por crear una imagen tan horrible en mi cabeza. Tengo que preguntarte algo sobre ese ensayo… —Gina era todo oídos—. ¿Ethan lo sabe?

—¿Importa?

—Bueno, pues… sí. Lo menos que podía haber hecho es disculparse, ¿no?

—¿Cuándo vas a olvidarte de él?

—No es eso, de verdad… Pero no me cuadra en él. Una cosa es que hayamos cortado y esté enamoradísimo de su novia, y otra, que no sepa reconocer cuándo se ha equivocado. Su sentido de la justicia era una de las virtudes que me enamoraron de él.

—Elena, hay muchas cosas que no sabes, y Ethan no está pasando por su mejor momento ahora mismo… Descubriste a Rompetechos arrancándote las pegatinas. En realidad, te estaba metiendo un micrófono, además de instalarte un software tanto en el ordenador como en el móvil para espiar todos tus movimientos. Fuiste muy imprudente al dejar tus pertenencias desatendidas en la oficina. Dejémoslo ahí, ¿vale?

—¡Vete a la mierda! Las dejaba en mi mesa de trabajo, exactamente igual que todo el mundo. Igual fuiste tú la imprudente al contratar a esa mocosa, sabiendo la relación que tenía con…

—Necesitaba acercarme a los Farrell después de que Ethan lo mandara todo a la mierda por tu culpa, ¿recuerdas? No pensé que Wendy y Rompetechos acabarían convirtiéndose al lunaplatismo.

—¿Vamos a empezar tú y yo con los reproches?

—Tienes razón, no debería haber dicho eso… ¿Podemos dejar el tema?

—¡No! Porque sigue sin cuadrarme… Rompetechos no era más que una cría patosa, incapaz de prepararse una tostada sin quemar la cocina entera.

—Se llama Carrie, es una McKellen, aunque se ha perdido el apellido. Y, a pesar de esa cara de mocosa consentida que tiene, ronda la treintena, y es ingeniera informática y hacker. Sus padres son dignos miembros de La Luna de Plata. Y, cuanto menos sepas, mejor.

Me iba a explotar la cabeza.

La conversación no nos iba a llevar a ninguna parte si todas mis preguntas acababan siempre con un «cuanto menos sepas, mejor». Mi hermano saliendo al porche me dio la excusa que necesitaba para colgar a Gina.

—¿Qué haces despierto a estas horas?

—¿Qué haces tú hablando por teléfono?

—Tu sobrina estaba llorando y no quería despertar a nadie.

—He discutido con Julie. Hay algo que necesitaba comentarte, pero antes me gustaría hablar de lo de esta noche… —Mi hermano me pegó un codazo amistoso—. ¡Guau! Mi hermanita se ha ligado a la estrella del pueblo. Pensaba que no solías fijarte en esa clase de hombres.

—Solo ha sido para un rato. O… dos, si acepto esa cita…

—Fóllatelo otra vez. Tienes que recuperar el tiempo perdido, que esos polvos que no has echado, ya no vuelven…

—¡Pero qué bruto eres! Tiene solo treinta años, lo que le hace casi diez más joven que mi exmarido. No estoy acostumbrada a los tíos tan jóvenes…

—Ya eres oficialmente una MILF[2], tampoco estás para escoger mucho… —Le pegué un codazo en las costillas—. ¡Qué era broma! Llámalo. ¿Qué te preocupa exactamente? ¿Qué salga bien? Ya le has guardado demasiado luto a ese gilipollas.

—No es gilipollas, solo… un idiota con un montón de traumas e incapaz de confiar en nadie.

—¡No me jodas! ¿Aún le defiendes? Ignoro qué pasó entre vosotros, pero tú eras su mujer. Se podría haber metido los traumas por el culo y haber luchado por ti.

—¿Sabes qué? Tienes razón, voy a escribir a Noah. —Redacté algo rápido para cambiar de tema, y guardé el móvil en la chaqueta—. ¿Vas a contarme qué está pasando con Julie?

—Sí, claro... Me vuelvo a España.

—¿Qué? —Por un momento, me olvidé de Gina, de Rompetechos, de mi exmarido atormentado, del vaquero sexy y del frío helador que hacía esa noche—.¡No me ha dado esa impresión hace unas horas cuando os comíais el morro en la pista! ¿Se lo has dicho a mamá?

—Es que aún no la he dejado… No quería hacerlo sin que tuviéramos una última noche los tres juntos, como en los viejos tiempos. Llámame nostálgico.

—Te aseguro que esa no es la palabra que tenía en mente… *Capullo* se aproxima más.

—Lo sé, soy un maldito cobarde y un cabronazo, pero no voy a mentirte: estoy harto de esto. Echo de menos el jolgorio de España, a papá y mamá. ¡Odio Texas! Odio el rancho y últimamente ni siquiera soporto a Julie. Todo esto es culpa tuya, que lo sepas…

—¿¡Mía!?

—¡Por supuesto! Desde que tengo una sobrina y se me cae la baba con ella me he dado cuenta de que igual sí quiero ser padre. Solo que…

—…no con Julie. —Él asintió ante mi acusación—. ¿Hay otra?

—¡No! Jamás le haría eso.

—Entonces ¿qué? ¿Regresas a Valladolid?

—A Barcelona. He hecho una entrevista y empiezo en tres meses en un estudio de arquitectos. Sabes que Valladolid no es el mejor sitio para empezar de cero.

—Bueno, al menos allí no estarás del todo solo, tienes a… —Me detuve cuando me abordó un *flashback* de aquella noche de fiesta en Comillas, sin Julie—. ¡No! ¡Serás…!

—¿Qué?

—¿Cómo que «qué»? ¡Sabes de sobra «qué»! O «quién», más bien… ¡Ethan tenía razón desde el principio!

—Y si lo decía el gilipollas ese, seguro que va a misa.

—¡No te hagas el tonto conmigo! Te vas a Barcelona para estar cerca de Esther, ¿verdad? —Jorge suspiró y se tapó la cara con las manos. Definitivamente, sí había algo que contar—. ¡Te exijo que me lo cuentes todo!

—No creo que este sea sitio ni momento…

—¿Os habéis enrollado?

—Desde que somos adultos, no.

—¡La madre que te parió!

—La misma que la tuya, así que no la mientes mucho, no sea que nos llame para contarnos las virtudes de su último juguete erótico. ¿Sabías que papá y ella se han comprado…?

—¡No sigas! No quiero saberlo.

9

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—Perdonad un segundo, es del trabajo —se disculpa mi hijo quien, siguiendo los consejos de su padre, acaba de montar su propia clínica veterinaria en Londres.

—¿Y qué esperan que hagas desde aquí? ¿Teleoperar a un perro a corazón abierto? —observa Gaia, con el sarcasmo que la caracteriza.

Se hace el silencio mientras nosotros nos miramos los unos a los otros sin saber qué más decir. Nadie quiere sacar otro tema de conversación por miedo a desviarnos del relato.

Una llamada lleva a otra y, por lo mucho que gesticula, creo que es con su pareja con quien está hablando. Parece que no va a poder venir a la fiesta y mi hijo está bastante cabreado por «eso» que tenían que decirnos juntos. ¿Estará su padre en lo cierto al intuir campanas de boda?

Cuando regresa, sonríe y vuelve a sentarse en la roca que había ocupado antes, dejando que la brisa de verano revuelva su pelo rubio oscuro.

—Drama resuelto. ¿Por dónde íbamos?

—Mamá nos estaba dando detalles del polvazo que echó con ese vaquero en un establo —matiza Gala.

—¿Podrías saltarte los rolletes irrelevantes? Me está incomodando imaginarte en cualquier contexto erótico festivo —suplica Gaia.

—¿Tú no eras la moderna y liberal? —contraataca su hermana—. ¡Ya no te acuerdas de aquel día que te pillamos teniendo *sexting* con aquel chico del camping?

—¿Quién ha dicho que Noah fue un polvo irrelevante? —interrumpo.

Generar expectación me apetece más que derivar la charla a las conversaciones eróticas de mi hija con algún perdedor, porque hay que ver el mal gusto que tiene con los hombres… Mientras que Gala lleva tres años con su novio del instituto, que también estudia abogacía, Gaia va de flor en flor y sus relaciones estables le han llevado a salir corriendo de situaciones en las que hubiera preferido no verla envuelta. Es el precio de ser una madre enrollada y moderna, que a veces tengo que hacer de tripas corazón cuando mis hijos hacen cosas que no apruebo porque sé que obtendrán una valiosa lección de sus errores.

—Espero que no vayas a contarnos que, después de romper tu voto de castidad, empezaste a coleccionar amantes… Me siento como en un capítulo de *Cómo conocí a vuestro padre*. —Gala pone los ojos en blanco. Si ella supiera que de eso va precisamente esta conversación..., de cómo conocí a *su* padre.

—Dijo la Virgen María... —Esta vez es mi hijo quien provoca a Gala, haciendo que ella pierda la vista en el horizonte, en un claro signo de incomodidad.

Su padre, que nunca ha destacado por su paciencia, interrumpe la conversación para preguntar la duda que también me ronda a mí.

—¿Todo bien con Carlos, peque?

—Pues… bueno, ya sabes, la distancia… —Gala no encuentra las palabras—. Se va de Erasmus el próximo año y…, no sé, hemos decidido… darnos un tiempo.

La noticia nos sorprende a los dos por igual. Sospechábamos que no estaba realmente enamorada de él, pero Gala es de esas personas que necesitan estabilidad, y ese chico era su zona segura.

—Querrás decir *has*, porque el pobre aún está esperando a que le devuelvas las llamadas —

interviene su hermana—. Aquí la enana la ha liado pardísima en Londres y ahora no sabe si seguir a su corazón o a la cabeza.

—Yo estoy tranquilo porque sería la primera vez en la historia de esta familia que la cuadriculada de mi hermana hiciera algo en contra de su cabeza… —matiza mi hijo—. Como esta vez le dé por escuchar al corazón, estamos jodidos…

—Has conocido a otro en Londres. Es eso, ¿verdad? —adivino. No veo dónde está el gran drama—. Cariño, eres muy joven para atarte a nadie. Si las cosas con Carlos no funcionan…

—Está divorciado… Dos veces. Y tiene casi cuarenta años —interrumpe Gaia. Su hermana la asesina con la mirada.

—¡Joder! —Es todo lo que expresa Eidan, incapaz de imaginarse a nuestra princesa en manos de un hombre que le dobla en edad y experiencia.

—¡Porque es un romántico que ha tenido mala suerte en el amor! —Oh, no… Mi hija es una ilusa—. ¿Por qué no hablamos de Oli y Jack, hermanita? Seguro que a papá y mamá les encantará descubrir que…

—¡Cállate!

—Sí, queremos saberlo —pruebo yo. Mi marido me lanza una mirada cómplice, sabiendo que vamos a tener que alargar la conversación más allá de la fiesta—. ¿Qué ha pasado con Oli y Jack? ¿Habéis discutido? ¿O… lo contrario? —No quiero decirlo en voz alta. Gaia sigue siendo mi bebé y no hace ese tipo de cosas—. Sabéis que no vamos a juzgaros. Siempre respetamos vuestras decisiones. Lo que queráis contarnos va a quedar aquí.

—¿Podríamos volver a tu tórrido romance con Lucky Luke? —pide Gaia.

Eidan me mira al oír ese mote y sonríe. Lo dicho, a pesar de sus muchas diferencias, son como dos gotas de agua.

17 de junio de 2024 — Canyon Lake, TX

No sé por qué acepté esa cita.

Me sentía como una quinceañera, con los nervios a flor de piel y un estúpido revoltijo en el estómago que no me dejó ingerir nada sólido en toda la mañana. ¿Y si, además de arrogante, resultaba ser un psicópata? O, aún peor…, ¿y si era perfecto? No quería otro hombre que me prometiera la luna y se marchara con los primeros rayos del sol.

Me puse un vestido suelto de flores, chaqueta vaquera, las botas camperas, una trenza en el pelo, y me armé de valor. Siobhan decía que ese vestido me daba un toque inocente que, con mis curvas, resultaba muy porno a la vez. Me miré al espejo una última vez antes de salir de casa, sin poder evitar sacarme fallos aquí o allí. Me tenía que poner a dieta urgentemente. Tenía que volver a entrenar, tenía que… ¡Mierda! Los mismos kilitos de más que la noche anterior no me habían preocupado cuando nos quitamos la ropa, se convirtieron de repente en un arma para autoflagelarme.

Cuando le vi aparecer me temblaron hasta las pestañas. Nunca se me había dado bien eso de las citas porque no tenía demasiada experiencia. Mis relaciones anteriores habían surgido con gente de mi entorno sin buscarlas y sentía que estaba forzando un poco las cosas, a la caza de una relación que ni siquiera anhelaba.

Noah llevaba unos vaqueros desgastados de corte moderno y una camisa de lino celeste que resaltaba el azul de sus ojos.

Le di dos besos por cortesía, que él transformó en un abrazo. Su aroma resultaba envolvente.

—¡Qué guapa! —Apoyó su mano en mi cintura y me abrió la puerta de su Chevrolet Silverado que, como todo en él, era azul.

Los recuerdos de la otra noche me cohibieron. Sabía que, en cuanto abriera la boca, se iba a dar cuenta de que no era una chica tan interesante. Tampoco le conocía tanto como para acertar con un tema de conversación que nos sacara de ese silencio que a mí me incomodaba y él parecía disfrutar mientras *I want crazy,* de Hunter Hayes, se metía en nuestras cabezas a través de una emisora de radio.

Y eso es justo lo que yo quería, algo loco. Arriesgado. Dejar de pensar tanto en las consecuencias o en el final que sabía que llegaría tarde o temprano. Tan solo un fin de semana disfrutando de Texas con ese apuesto desconocido, sin pensar en qué pasaría en Nueva York. Dejar de ser la madre de Gaia por unas horas para volver a ser Elena.

—Cuando era pequeño, venía cada fin de semana a pescar aquí con mi padre. Lo cierto es que no había mucho más que hacer por aquel entonces, pero es una tradición que me encanta y que pienso mantener algún día si tengo hijos. —Bonita manera de aclarar que era un hombre de familia—. ¿Te gusta bucear? Igual no es el día más indicado para ello, pero una de las actividades más frecuentes del lago es visitar el pueblo fantasma.

—¿Pueblo fantasma?

—Lo que oyes. Hay un montón de tesoros ocultos bajo estas aguas: barcos, motos, casas, un cementerio… En los cincuenta, se desplazó a los habitantes para crear el lago, pero no pudieron llevarse todas sus cosas con ellos, así que estas quedaron atrapadas bajo el agua.

—¿Qué más hacéis por aquí?

—Buscar fósiles de dinosaurio. —No oculté una risita escéptica—. Hablo completamente en serio, forastera. ¿Acaso creías que en Texas solo teníamos ranchos y vaqueros?

—Culpable —me reí.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una sonrisa preciosa? —Me ruboricé como una colegiala—. Ya hemos llegado, forastera.

Aquella no era la imagen que siempre había tenido de Texas en mi cabeza, con campos y ranchos por todas partes, sino una preciosa playa de aguas cristalinas donde adultos disfrutaban de un sol radiante mientras los niños jugaban a la pelota.

Caminamos hasta un claro y Noah puso una manta de cuadros en la arena, sobre la que colocó un despliegue de comida procesada e hipercalórica que se veía horrible. Yo apenas había tenido tiempo de comprar unos refrescos light y una ensalada de col para compartir.

Tumbados en la manta, me habló de su trabajo, de la mujer por la cual se mudó a la Gran Manzana y de sus lugares favoritos. Yo le conté de pasada algunas cosas de la vida que dejé en Londres y la que había construido en América. De mi hija y de Sio.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —me oí decir—. Entiendo que en el pueblo os conocéis todos, así que… ¿de quién era la casa donde anoche, tú y yo…?

—De mis padres. —Casi me atraganto con mi grasiento sándwich de pollo frito—. Tranquila, te aseguro que no los despertaría ni el peor de los terremotos.

—Lo sabes por experiencia, ¿no?

—Si me estás preguntando sutilmente si había hecho esto antes, la respuesta es que sí, cientos de veces. No voy a mentirte, se liga mucho en un escenario, y este pueblo se ha vuelto bastante turístico desde que existe Instagram.

—Pues yo no suelo hacer esto a menudo…

—Ya lo había notado. —Malinterpreté sus palabras y él se dio cuenta en mi gesto—. Lo digo porque estás muy tensa, mujer. Relájate... ¿Qué te preocupa exactamente? ¿Qué folle contigo un par de veces más y no vuelva a llamarte? Ya ves que no ha sido así.

—La verdad es que me preocupa más lo contrario…

—¿Lo contrario? —repitió, apretando los labios y abriendo aún más sus preciosos ojos azules. El viento desordenaba su pelo rubio hasta darle un aspecto pícaro muy tentador. Quería morder esos labios—. He quedado con suficientes mujeres para saber que tú eres distinta y… me gustas. Aunque tú aún estés a la defensiva conmigo, quiero conocerte y creo que merezco una oportunidad. Yo no tengo la culpa de lo que te hayan hecho otros hombres en el pasado. ¿No crees que es justo?

Mis ojos buscaron una nube esponjosa en el cielo para no pensar en lo que me estaba proponiendo. Una señal. La única que encontré tenía forma de perro salchicha.

No entendía qué podría haber visto Noah en mí que le suscitara tanto interés. No era una de esas mujeres que hacía que todos los hombres se giraran a su paso, y en el último año me había vuelto taciturna, solitaria y algo borde. ¿Por qué estaba tan empeñado en conocerme?

Además, sabía que, tan pronto regresáramos a Nueva York y descubriera a mi otra yo, a la mami con restos de papilla en la camiseta y sin tiempo para depilarse las cejas, cuando viera el caos que era mi vida, él mismo se iba a alejar de mí.

Pero hasta entonces…, ¿por qué no disfrutar de esos ojos tan azules como el cielo que nos cobijaba?

Busqué sus labios y nos fundimos en un beso con sabor a Mountain Dew. Había olvidado la agradable quemazón que producía una barba incipiente arañando mis mejillas.

La tarde se nos fue en un suspiro entre besos y confesiones sobre nuestros respectivos pasados. No había mucho que contar del mío. Intimar con alguien nunca se me dio demasiado bien.

—¿Qué edad has dicho que tiene tu hija? —quiso saber.

—Trece meses.

—Deduzco que dejaste al padre hace relativamente poco, entonces… ¿Debería ser un obstáculo?

—Por él no te preocupes, ni siquiera sabe que tiene una hija. Hemos perdido el contacto.

—¿Español?

—No, una bomba genética de ambos lados del océano: medio mexicano, medio escocés y un poquito nórdico.

—¡Guau! ¿Cómo puedo competir con eso?

—Si me dices que tus ancestros no se han movido de Texas desde hace más de doscientos años, soy toda tuya.

—¡Deseo concedido! Mi familia lleva toda la vida en el mismo pueblo y haciendo las mismas rutinas. Les encanta una buena parrillada los sábados e ir a la iglesia los domingos. Yo soy el aventurero y ni siquiera he salido del país, así que te puedes hacer una idea…

—Lo dicho, hazme tuya —bromeé—. ¿Tú también vas a la iglesia los domingos?

—No, pero soy creyente. ¿Es un problema para ti?

—Supongo que no.

—Me alegro, porque la mayoría de las ateas que he conocido hasta ahora eran bastante intransigentes. Es como si ellas tuvieran esa verdad absoluta que yo no soy capaz de ver porque mi fe me lo impide.

—Mientras tú no me impongas tu fe, yo no te venderé mi verdad absoluta.

—¡Perfecto! Está claro que eso no lo tenemos en común. ¿Probamos con la política?

—Si vas a decirme que eres partidario de Trump, mejor dejamos el tema...

—Soy de Texas, ¿qué puedo decir? —Se encogió de hombros con un gesto divertido—. Descartada la política y la religión…

—También la comida. No como procesados ni carne roja —dije entre dientes.

—¿Cómo no me lo has dicho antes? —Su expresión me dio tanta ternura que no pude parar de reír. Noah se unió a mi risa, acariciándome el pelo—. Seguro que encontramos algún punto en común.

—Te veo muy convencido de que esto va a funcionar, vaquero.

—Y yo te veo a ti muy segura de lo contrario, forastera. —Entrelazó sus manos con las mías y comenzó a darme pequeños besos en el cuello que hicieron que se me pusiera la piel de gallina —. Yo que tú, me iría haciendo a la idea de que vas a tener novio muy pronto...

—Ah, ¿sí?

—Ajá —aseguró, enredándose de nuevo en mis labios—. Ahora que sé que eres una atea transigente, no puedo dejarte escapar.

—Está bien… Si quieres que volvamos a vernos en Nueva York, no tengo nada que objetar, pero estas son mis condiciones.

—Dispara.

—Primero, tengo una hija. No quiero que te encargues de ella, no estoy buscando un padre y no te la voy a presentar hasta que no tenga las cosas claras. Quiero que sepas que ella es mi prioridad. Siempre. Mi disponibilidad es limitada; mi vida un caos. Es solo un bebé y, por ahora, me necesita.

—Me parece justo. ¿Segundo?

—No tengo problemas en quedar ocasionalmente y echar un polvo, pero, si estás buscando algo más, debes tener paciencia conmigo. Mi ex me dejó hecha trizas, destrozando mi confianza, mis ganas de volver a enamorarme y mi amor propio. Como ves, no soy una persona fácil y no

voy a pedirte nada que no desees darme, ni tampoco me gustaría que me lo pidieras tú a mí.

—¡Menuda carta de presentación! Nadie puede acusarte de falta de honestidad.

—Sé lo que quiero y no me gusta perder el tiempo.

—La verdad es que acabas de matar todas las mariposas de la primera cita a cañonazos. ¿Tengo que responderte ahora o… me lo puedo pensar un poco? —Le había espantado. Había boicoteado sus ilusiones con mi sinceridad aplastante. ¡Bien! Era justo lo que pretendía. Nada de sueños ni promesas. Cero expectativas—. Hagamos una cosa… ¿Qué te parece si quedamos en Nueva York de forma casual, sin decidir nada, y vemos cómo va la cosa?

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que he dicho? ¿De lo que te ofrezco? —Noah asintió con la cabeza, confuso—. ¡Lo que te ofrezco es una mierda! ¿Es que tú nunca te das por vencido?

—No. Sobre todo, cuando solo oigo excusas mientras que yo veo mi futuro tan claro.

10

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

Como podréis imaginar, no volví a ver a Noah después de esa conversación.

—¡Lo sabía! —Gaia parece entusiasmada con mi afirmación—. ¿Podemos dejar al vaquero de lado y pasar a otro tema más interesante como… mi padre?

—Me temo que aún queda mucho para eso…

—¿Podrías ir al grano entonces?

—La paciencia es una virtud, querida.

El sonido de un llavero inteligente interrumpe nuestra charla. Nunca entenderé cómo esos cacharros diminutos han cogido tanta popularidad en la última década, llegando incluso a suplantar al smartphone. Como persona que ha vivido muy de cerca el nacimiento de Internet, los primeros teléfonos móviles y la Inteligencia Artificial, he visto toda clase de tecnologías y modas absurdas sacudiendo el mercado; pero esta, sin duda, me parece la más disparatada de todas. Su propósito era desenganchar a los más jóvenes de las pantallas, y lo que han conseguido es que ahora estén como locos proyectando hologramas por todas partes.

La única ventaja que le veo es que puedes ver a la persona de cuerpo entero como si estuviera allí contigo. En contrapartida, es difícil mantener la privacidad, y la presencia de un ser querido convertido en un haz de luz hace que las ganas de abrazarlo sean insoportables.

Gala mira la minúscula pantalla cuadrada de su llavero que anuncia el nombre del interlocutor. Su rostro muestra cierta molestia, aunque no duda en alejarse para responder a la llamada en privado. Ha proyectado al chico detrás de unas rocas, impidiendo que veamos su rostro, aunque sí me llega claramente la voz risueña de mi niña. Nunca la he visto brillar tanto con su actual novio.

—Ese no es Carlos… —Mi chico busca una explicación en sus otros dos hijos.

—No, Eidan, no es Carlos —confirma Gaia, sin añadir mucho más.

Miro a Eidan de reojo para evaluar el nivel de dolor que le ha causado la niña, pues ha torcido el gesto al oír que se ha dirigido a él por su nombre y no como *papá*, como suele hacer habitualmente

—Pues estamos jodidos… La enana tiene las cosas más claras de lo que parece —asegura su hermano.

De los presentes, es el único que está al tanto de todo lo que se cuece esta noche, por eso está tan tranquilo y sin hacer preguntas, porque ya ha visto todas las películas en cartelera.

—Le ha puesto los cuernos a Carlos, ¿verdad? —intento adivinar.

No es que esté a favor de la infidelidad, no son esos los valores que les hemos inculcado, pero la nueva juventud no es como la de antes… Hoy en día todo vale en temas de amor. Las de mi generación éramos mucho más tontas…

—Unas cuantas veces… —ríe Gaia—. La primera vez se sintió fatal, pero después le cogió el gustillo y…

Su padre está intentando mantener el tipo, pero sé que odia la idea de su hija con un ligue tan mayor.

—Fuimos al desfile del orgullo gay y… se nos fue un poquito de las manos, en todos los sentidos… —añade su hermano.

—¿Es español? Juraría que no están hablando en inglés… —inquiero.

—Argentino —confirma—. Es mochilero, solo está en Inglaterra de paso. En breve se irá de ruta por Asia.

—Entonces solo es un amor de verano… —traduce Eidan, aliviado porque el cuarentón no vaya a durarle mucho a nuestra pequeña.

—Bueno… —Los dos hermanos comparten una mirada de complicidad que a su padre y a mí nos activa todas las alarmas.

—Será mejor que os lo cuente ella —decide Gaia—. Gala está pasando por un momento delicado en el que no sabe muy bien lo que quiere… Igual os lleváis alguna que otra sorpresa.

No me gusta nada cómo suena la palabra *sorpresa* en esa frase.

No hay nada más sospechoso que un silencio que comienza cuando alguien hace acto de presencia. Y eso es exactamente lo que pasa cuando Gala regresa con una mueca inocente y los ojos cargados de ilusión. La cosa es más grave de lo que me temía…

—Perdonad la interrupción. ¿Por dónde íbamos?

9 de julio de 2024 — Manhattan, NY

—¡Por fin tenemos aprobada la entrevista a Surabhi Mandela! —anunció Sylvia, girando la pantalla de su portátil—. Nueve meses detrás de su agente para que la revisara. ¡Nueve puñeteros meses! En ese tiempo podría haber tenido un hijo y haber sobrevivido a una guerra.

—Y cualquiera de esas cosas hubiera sido menos dolorosas que escribir este artículo —completó Mario, complaciente.

—Bien hecho, Syl. —No oculté una expresión maliciosa al ver que Mario y ella estaban sospechosamente confidentes esa mañana.

—¡Jefa! Hay un tipo preguntando por ti ahí afuera —exclamó Davide, que venía cargado con una ronda de cafés para el equipo.

No tuve ninguna prisa por salir, pues sabía bien de quién se trataba: Jorge había dejado definitivamente a Julie y estaba pasando unos días conmigo antes de regresar a España. Me partía el corazón saber que ella estaba pasándolo mal, pero mi deber era apoyar a Jorge.

Mi intuición me falló. El misterioso visitante se levantó del asiento al verme y esbozó algo así como una sonrisa. Estaba guapísimo, con una camiseta de manga corta azul y unas bermudas beis, un look que completaba con un ramo de rosas rojas. Me abstuve de confesarle que no me gustaban las rosas. Ya habíamos empezado con bastante mal pie con la cita en el lago por culpa de mi sinceridad.

Le hice un gesto para que me acompañara a uno de los despachos vacíos. No habíamos vuelto a vernos desde que regresé de Texas y apenas habíamos cruzado un par de mensajes, así que no sabía muy bien cómo interpretar ese encuentro, aunque las rosas me daban una pista…

—Antes de nada, quería que supieras que pensaba llamarte, pero he estado liado en el trabajo. Con los festejos del cuatro de julio, los infartos caninos se han multiplicado por mil.

—Está bien, no tienes por qué darme explicaciones.

—Quiero hacerlo. Porque me niego a darte la razón en lo de que iba a salir corriendo. Cuando dije que quería conocerte, iba totalmente en serio. —Una sensación de ahogo se instaló en mi pecho. De miedo a lo conocido—. Y te prometo que no tiene nada que ver con que me hayas hecho la mejor mamada que me han hecho nunca…

Miré horrorizada para todos los lados, asegurándome de que nadie lo había oído.

—Tú también me gustas, pero ya te he dicho lo que hay.

—No me importa. Y… tampoco me importaría repetir en mi apartamento lo que pasó en el pajar. Probablemente ya tengas planes, pero había pensado que podríamos tomar algo y cenar juntos después del trabajo.

—Sabes que tengo que ir a dormir a casa con mi hija, ¿verdad?

—Me lo dejaste todo bastante claro la primera vez. No me lo repitas, por fa. —Le estaba volviendo a espantar aun antes de comenzar nuestra cita.

—Dame cinco minutos. Me despido de mi equipo y estoy lista.

No sé por qué le di un pico como si fuera mi maldito novio, cuando precisamente eso era justo lo que quería evitar a toda costa: complicarnos. Tal vez porque necesitaba asegurarme de que Noah seguía ahí a pesar de mis continuas meteduras de pata. Me sentí culpable por abandonar a Jorge en su última noche en Nueva York, aunque algo me decía que mi hermano se las iba a apañar bien sin mí…

Cinco horas. Ese es el tiempo que transcurrió desde que me fui a la cama hasta el desayuno. Ignoro qué pasó en ese lapso… Solo sé que, mientras terminaba de lavarme los dientes, vi por el espejo a mi hermano saliendo a hurtadillas del cuarto de Siobhan. Me quedé tan pasmada que corrí al pasillo, aún con espumarajos de pasta de dientes recorriéndome la comisura del labio.

—No quiero oír ni una palabra sobre esto —pidió.

—No me veo capaz de pronunciarla.

—¡Perfecto! Porque aquí no ha pasado nada. Me han adelantado el vuelo a Madrid, lo he visto de chiripa. ¿Me haces un café, *sister*?

Asentí con la cabeza, aunque mi cuerpo no se movió del sitio. Todavía estaba intentando asimilar la idea de mi hermano dentro de mi compañera de piso. Muy adentro. Sentí un escalofrío.

Me enjuagué la boca y me reuní con él de nuevo en la cocina. Jorge toqueteaba todos los botones de la cafetera ultramoderna que me había autorregalado por Navidad sin saber qué hacer con ninguno de ellos.

—Trae anda, ya te lo hago yo. —Le quité la taza de las manos y obré la magia—. ¿De verdad no vamos a hablar de lo que ha pasado?

—¿Qué quieres saber? Acabo de dejar a mi novia, con la que he sido terriblemente infeliz durante los últimos tropecientos años. Y, ahora que soy libre de experimentar un poco, me he tirado a tu compañera de piso. Dicho esto, dudo que vuelva a verla jamás, así que… No, no creo que haya mucho más que decir —resumió, bebiéndose su café con prisas.

—Perfecto entonces. ¡Buen viaje! Dale recuerdos a mamá y papá. Y, ya de paso, a…

—¡No voy a quedar con Esther!

—A los tíos, supongo que a ellos sí los verás, ¿no? —Le guiñé un ojo—. Anda, ven aquí. Te vamos a echar mucho de menos, Jorgito.

—Vendré a veros pronto, te lo prometo.

—Entonces, sí que vas a volver a ver a Siobhan… —le provoqué.

Supuse que mi compañera estaba avergonzadísima por la pillada, porque no abandonó su habitación hasta que Jorge ya estuvo camino del aeropuerto. Por suerte, su hija estaba pasando unos días con su padre en Chicago y no tenía obligaciones de las que preocuparse. Cuando la vi, no pude evitar una mueca guasona en mi rostro que ya no me abandonaría en todo el día.

—¡Por todos los dioses! ¡Tú tienes cara de haber follado! —Le tapé los oídos a Gaia, a pesar de que la cría aún no entendía una sola palabra de lo que su malhablada tía estaba diciendo.

—¿De verdad crees que estás en condiciones de preguntar?

—Te lo resumo: es un puto crío sin experiencia. Lo siento, ya sé que es tu hermano, pero… —Le hice un gesto con la mano, no quería saber más—. ¿El vaquero de Texas ha vuelto? —Asentí con la cabeza, sin apartar la mirada del artículo que tenía frente a mí en el ordenador—. ¿Y, cómo fue? Ya me entiendes…

—Bien, supongo.

—¿Te has leído la Wikipedia o has echado un polvazo? Porque suenas como si…

—La primera vez fue increíble porque fue inesperado, salvaje, al aire libre, yo estaba

achispada…

—Y te hacía falta ese orgasmo más que respirar.

—¡Exacto! Lo de ayer, sin embargo, fue… distinto. Estuvo «bien», pero no es como si me hubiera puesto las cuencas de los ojos del revés —suspiré, entendiendo lo mal que sonaban mis palabras—. Igual solo tengo que darnos un poco de tiempo para descubrir lo que nos gusta en la cama, rebajar las expectativas, dejar de comparar...

—¿Comparar con quién? ¿Con tus juguetes? —Sio arqueó la ceja y hundió la cara en su humeante taza de Chai Latte—. ¿Tan malo ha sido que prefieres un trozo de plástico a un hombre de verdad? —La miré como si estuviéramos hablando en diferentes idiomas. ¿En serio me iba a hacer decirlo en voz alta?—. ¡Oh! ¿Te refieres a…? Entiendo. ¿En serio era para tanto? Mira que a mí me parece un muermo de tío...

—Éramos muy compatibles en todo.

—Igual lo tienes un poco idealizado…

—¿Has tenido alguna vez seis orgasmos en la misma noche? —Siobhan abrió tanto los ojos que apuesto a que le dolieron—. ¿Ves? No lo tengo tan idealizado.

—Seguro que algo hacía mal… ¿Bajaba la tapa del inodoro?

—Ahora que lo dices, lo cierto es que sí.

—Tenías que haber luchado más por tu matrimonio, compi —se burló—. Hablando en serio, si quieres que las cosas funcionen con ese pobre chico, deberías molestarte en conocerle por quién es. Idealizar a alguien es condenarlo a decepcionarte.

—Tranquila…, veo muy difícil que nadie me decepcione más de lo que ya lo hizo mi exmarido.

Y, aun así, pasaban los meses y yo no conseguía olvidarle.

11

8 de septiembre de 2024 — Manhattan, NY

Hubo un tiempo en el que Noah y yo no encontrábamos un punto en común entre sus deseos y mis miedos. Ocho semanas después de aquella primera cita en Manhattan, manteníamos una relación cómoda y que no pedía demasiado de mí: salíamos a cenar después del trabajo, echábamos un polvo en su lujoso apartamento, y yo regresaba cada noche a mi casa con mi hija.

Y todo iba de maravilla hasta que dejó de ir de maravilla…

Aquel domingo, ocho de septiembre, Siobhan había llevado a la niña a una fiesta de cumpleaños infantil, y yo había aprovechado para visitar Filadelfia con Noah. Nunca habíamos pasado un día entero juntos y yo temía que las cosas se confundieran un poco. Que se pusieran demasiado… serias, si es que esa era la palabra.

Después del turismo, fuimos a su apartamento.

Me gustaba, me divertía con él, pero no me volvía loca de remate. No me provocaba ese sentimiento irracional que uno siente cuando está terriblemente enamorado. Supuse que era mejor así, una relación cerebral y comedida, sin sentimientos exaltados. Tan solo dos personas que se hacían compañía y se acostaban de vez en cuando. Muy de vez en cuando… Porque esa era otra: Noah no era tan activo como yo, lo que a veces nos llevaba a situaciones incómodas, que prefería evitar consolándome en el baño cada vez que tenía un calentón que él no quería satisfacer.

Estábamos tirados en su cama, enredados en las sábanas y escuchando *Heaven,* del que ya supuse era su cantante favorito, Kane Brown. Noah me cantaba el estribillo al oído con su preciosa voz, alguna moñada sobre que todos esperaban a ir al cielo para descubrir el paraíso y él ya lo había encontrado a mi lado. La emoción que detecté en su voz, en su mirada, que parecía derretirse al verme, me abrumó. Porque yo aún no me sentía así y no podía hacer nada para evitarlo. Uno no elige cómo ni cuándo le llegan las emociones. Tampoco quise decir nada que arruinara el momento.

Siguiendo el ritual de cada encuentro, salí de la cama y busqué mis prendas por el suelo. Aunque Noah me había ofrecido un armario para mis potingues, prefería ducharme en mi casa.

Me miró con ese aire frustrado con el que lo hacía en cada despedida, aunque nunca llegara a expresar lo que realmente se le estaba pasando por la cabeza. Mejor así, cero dramas. Cero compromisos.

Pero esa tarde no supo crear el silencio que yo necesitaba…

—¿Por qué no te quedas a pasar la noche entera para variar? —Me abrazó por detrás, besando mi cuello, meloso.

—Sabes que no puedo… La niña.

—Ya, eso dices siempre. —Se apartó de mí con aire molesto.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que sí, que ya sé que tienes una niña a la que aún no conozco. De hecho, he visto…, ¿cuántas? ¿Tres fotos de ella en estos dos meses? Y ha sido porque la tienes de perfil en el WhatsApp.

No entendí sus reproches. Tal vez de ahí mi poco acertada elección de palabras.

—¿Para qué quieres conocerla? No es como si estuviéramos saliendo… —Su cara me lo dijo

todo—. ¿O sí? ¿Estamos… saliendo?

—¡Pues parece ser que no!

Lo siguiente que vi de él fue su magnífico trasero dándome la espalda para encerrarse en el cuarto de baño. Consciente de que lo había ofendido, le seguí hasta una ducha a la que yo ya no estaba invitada.

—Noah, escucha… Mi ex tenía un hijo, ¿vale? Y yo me volqué con él. ¡Adoraba a ese crío! Y, cuando rompimos, me lo arrebataron. No volví a verle, como si nunca hubiera existido. Y yo no quiero hacerte lo mismo a ti.

—¿Cómo se supone que debería tomarme eso? —Aflojó el agua de la ducha para hacerse oír —. Mira, Elena, ignoro qué te pasó con ese imbécil, pero yo no soy él. Yo no tengo la culpa de que te divorciaras. Solo estoy intentando tener una relación normal contigo, pero me lo pones francamente difícil.

—No te estoy culpando de lo que él me hizo.

—Tampoco me dejas acceder a ti. Llevamos dos meses quedando. ¿No crees que ya va siendo hora de…? ¡No sé! Nunca he estado en tu casa, no conozco a Siobhan, ni a tu hija, ni a tus compañeros de trabajo… Siento que no me integras en tu vida y no veo ningún interés por tu parte en formar parte de la mía.

—Sabías que no buscaba nada serio.

—Nadie lo busca al principio. Pero, cuando sigues quedando con alguien, a veces hay consecuencias. —Salió de la ducha y comenzó a secarse con una toalla, sin siquiera mirarme.

—¿Me estás diciendo que tú…?

—¡Mira, déjalo! Esta conversación me está dando ardores. —Pasó por delante de mí rumbo a su habitación, de donde sacó ropa limpia de un cajón—. Ya nos veremos, Elena. ¿Te va bien echar un polvo el próximo sábado? Podemos saltarnos la parafernalia de la cena y el teatro. De hecho, ¿por qué no vienes sin bragas y así ahorramos tiempo? ¿Traes tú los condones?

—¡No seas así! —Quise abrazarle, consciente de que, aunque era la primera vez que lo verbalizaba, hacía mucho que se sentía de ese modo por mi culpa—. Podríamos hacer algo especial para tu cumpleaños. Tal vez una casa rural en algún sitio o…

—Hasta el sábado, Elena.

El hecho de que me acompañara hasta la puerta, invitándome a abandonar la estancia lo antes posible, me hizo ver cuánto le había ofendido. Fue ahí cuando me di cuenta de que estaba siendo una egoísta. ¿Acaso no lo éramos la mayoría de los divorciados? Por nuestro miedo a cometer los mismos errores, a volver a pasar por una experiencia similar, apartábamos de nuestra vida a cualquiera que viniera a traernos un poco de luz.

Era cierto que no estaba enamorada de Noah —todavía—, pero eso no quería decir que quisiera perderle. Su cumpleaños estaba a la vuelta de la esquina y necesitaba hacer algo bonito para demostrarle mis buenas intenciones. Pero ¿qué podría regalarle a un niño rico que ya lo tenía todo? Quizá…, lo único que el dinero no podía comprar.

A veces los miedos, las malas experiencias, el rencor o cualquier otro tipo de sentimiento negativo nos emponzoñan el camino. Influye en nuestra toma de decisiones. Y yo estaba

acojonada. La idea de empezar una relación con alguien me aterraba casi tanto como volver a enfrentarme a La Luna de Plata. Supongo que en mi cabeza ambas cosas estaban íntimamente relacionadas…

Estaba convencida de que solo dependería de mí que esa recién estrenada relación llegara a algún puerto. Creía tan seguros los sentimientos de Noah, que le di esa semana de tregua para que los dos reflexionáramos, a sabiendas de que volvería conmigo con tan solo chascar los dedos.

Lo que ignoraba es que ese tiempo jugaba en mi contra.

Me había dicho que no quería regalos, que tenía todo lo que el dinero podía comprar y prefería ahorrarme el mal trago si no acertaba, ya que fingir no era su mayor virtud. A mí siempre me han gustado los retos.

Era viernes. Aunque lo había notado frío al teléfono, al final había accedido a pasar ese fin de semana conmigo en un precioso hotel cerca del parque estatal Ricketts Glen, donde podríamos darnos un relajante baño y hacer el amor después de largas caminatas recorriendo las mejores cascadas y lagos de Pensilvania. Siobhan se había ofrecido a cuidar de Gaia, y todo estaba listo para partir en cuanto saliera del trabajo.

Pero mis planes se vieron truncados tan pronto llegué a la oficina y me encontré a esa pareja trajeada esperando para hablar conmigo. Llevaban gafas de sol, a pesar de estar en interiores. No resultaban NADA sospechosos…

¿Quiénes eran esos tipos tan raros y qué hacían allí?

Miré a Mario en busca de una explicación que él no supo darme. En su lugar, se encogió de hombros y siguió tecleando en el portátil, mirando la escena de forma cauta.

—¿Alba Elena Fernández Soler? —preguntó la mujer.

Todo el mundo nos estaba mirando. No pude evitar la sorpresa al ver que conocían mi nombre compuesto, pues yo nunca lo usaba, a excepción del tedioso papeleo legal.

—La misma. ¿En qué puedo ayudarles?

—¿Podríamos hablar en algún lugar más… privado?

«¡*Claro! Porque con esas pintas de James Bond no llaman ya lo suficiente la atención*…».

—¿Podrían decirme quiénes son y qué hacen aquí?

—Venimos de la agencia y nos gustaría que nos acompañara a declarar.

No necesité más explicaciones para entender que con *la agencia* se estaban refiriendo a Phoenix Bond. ¿Qué podrían querer de mí? Ya les había contado dos años atrás todo lo que necesitaban saber. ¿Tendría que ver con la misteriosa llamadita de Gina y ese secuestro del que nadie quería hablarme? ¿Con mi entrevista a Malindra Stewart? ¿Y por qué ahora, y sin previo aviso? ¿Por qué Gina o Sio no me habían informado de esto?

—No es buen momento —dije con la mayor educación de la que fui capaz. No pensaba dejar que nada ni nadie me arruinara el humor ese fin de semana—. Me voy de viaje en unas horas y tengo muchísimo trabajo que terminar.

—No le robaremos mucho tiempo —insistió el hombre.

Me dio la impresión de que no me estaba dando opción a negarme.

—¿Ha pasado algo?

Se dedicaron una mirada de complicidad, como decidiendo si debían compartir esa información conmigo.

—Hace unos meses detuvieron al señor Brown y estamos interrogando a sus víctimas. Su nombre apareció en el registro.

—¿A quién?

—Christopher Brown. —Tardé un rato en asociar las ideas. Solo conocía a un Christopher y, para mí, era un Duarte-McGowan. Nunca me había preguntado cuál sería su verdadero apellido —. ¿Podría acompañarnos? Como ya le ha dicho mi compañera, no le robaremos mucho tiempo.

—Voy a refrescarme un poco y a informar a mi jefe. En unos minutos estoy con ustedes.

No sé cómo mis piernas se mantuvieron lo suficientemente erguidas como para llevarme hasta el lavabo. Un escalofrío me recorrió la piel. No quería revivir mis recuerdos con Christopher; menos aún, en un día como ese. Aquella experiencia iba a dejarme noqueada todo el fin de semana.

Necesitaba hablar con Siobhan, quería un contexto antes de reunirme de nuevo con esos tipos.

—Ahora no puedo, Elena, estoy en medio de un drama laboral. ¿Es urgente?

—¿Por qué no me contaste que habían detenido a Christopher? —La oí suspirar al otro lado de la línea.

—Hace ya unos meses... ¿Cómo te has enterado?

—La agencia ha mandado a dos tipos a mi oficina y quieren que declare. Encontraron mi nombre en la lista de víctimas.

—¿En serio? —Su tono denotaba sorpresa—. Es una práctica poco habitual de la que, desde luego, no tenía constancia… ¿Seguro que no son del FBI? —Negué con la cabeza, aunque no pudiera verme—. La agencia está colaborando en la parte que concierne al narcotráfico y la desaparición de mujeres, necesitamos toda la ayuda que podamos obtener... O igual son Lalo y Marina. Puede que hayan escuchado tu grabación y les hayan surgido dudas.

—No sé quiénes son Lalo y Marina. Pero ya lo conté todo en su momento. ¿Por qué hacerme pasar por todo esto otra vez?

—Igual hay algo nuevo que puedas aportar… ¡Yo qué sé, compi!

—¿Cómo lo han detenido?

—No puedo contártelo.

—Sio… —De nuevo, la oí resoplar—. ¡Necesito saber a qué me estoy enfrentando! No puedo plantarme allí con mi mejor sonrisa y sin saber por dónde van los tiros.

—Habla con Logan.

—¡Brillante idea! ¿No me estás oyendo? ¡Esos tipos de la agencia me están esperando en mi mesa! —protesté, pero ella me calló al otro lado del teléfono, consciente de que estaba hecha un manojo de nervios.

—Mira, Elena, han pasado cosas muy desagradables últimamente.

—Ya, eso me decís siempre, pero nadie suelta prenda.

—Porque cuanto menos sepas, mejor.

—¿Por qué no os vais todos un poquito a la mierda con la frasecita?

—Elena…, ha llegado el momento de la guerra y… Te lo advertí. ¡Todos te lo advertimos! Uno nunca sale de La Luna de Plata. Algún día iba a salpicarte. Venir a Nueva York no acabó con el problema, solo lo mudaste de sitio.

—Estoy en peligro, ¿verdad? —Me contuve una náusea. Necesitaba aire fresco a riesgo de volver a vomitar—. ¡Joder, Sio! ¡Dime que Gaia no está en peligro!

—Estoy segura de que Gaia no está en peligro, tranquilízate. Ve y habla con ellos, yo voy a preguntarle a Mark por qué nadie me había informado de esta maniobra. Avísame cuando salgas.

—Por última vez, ¿qué está pasando?

—No lo sé, Elena, ¡no lo sé! El caso ha pegado un giro y no ha sido en nuestro beneficio... Enfócate en contarles lo que quieren oír, olvídate de esto y vuelve a tu vida. Intentaré que te molesten lo menos posible de ahora en adelante, lo juro.

Sus palabras buscaban tranquilizarme, pero lograron el efecto contrario. Cuando salí del lavabo y me reuní con ellos, me esforcé por esbozar una sonrisa que ni de lejos se dibujaba en mi rostro.

—¿Todo bien, jefa? —Sylvia fue la primera en notar mi malestar.

—Sí, no tardaré mucho. ¿Podrías ir adelantando el reportaje sobre artistas que pintan con los pies?

Su afirmación fue lo último que oí en un buen tiempo, pues, de camino a quién sabía dónde, en un auto negro con cristales tintados digno del más peligroso mafioso, lo único que escuché fue un silencio que pesaba.

—¿A dónde me lleváis?

—Ya queda poco —respondió la mujer con aspecto de necesitar unos rayitos UVA con urgencia.

Cuando el coche estacionó en el interior de un garaje subterráneo que había en medio de ninguna parte, me temblaron las piernas. Nos habíamos alejado bastante de cualquier barrio que yo hubiera visitado antes en Nueva York. Les seguí por un pasillo oscuro con unas escaleritas que nos llevaron hasta un pequeño hall, donde un tipo igualmente trajeado y con gafas de sol opacas se aseguraba de que no llevase micros, obligándome a dejar mis pertenencias allí. Todo era demasiado raro.

La oficina de Phoenix Bond no era como me la imaginaba. No había ningún logo identificativo ni nada que me diera alguna pista. Extraño.

—Tranquila, tus cosas estarán seguras. No va a venir nadie.

Apreté los labios con amargura. Eso era precisamente lo que me preocupaba, que no viniera nadie…

La mujer de voz robótica me guio por un estrecho pasillo donde abundaban los grabados a carboncillo y una curiosa colección de máscaras indígenas elaboradas con una piedra azulada que parecía turquesa.

Llegamos a una amplia habitación con una mesa y varias sillas dispuestas a ambos lados. Cualquiera hubiera pensado que alguien la había acondicionado deprisa y corriendo para la ocasión, más que una sala de reuniones que se usara regularmente. Varios marcos con láminas de una misma artista conformaban la única decoración, además de una estantería, que estaba vacía, a excepción de dos archivadores negros.

—Acomódate, el jefe no tardará en llegar.

¿*Jefe*? ¿Hablaba de Mark Wasilowska? Me moría por volver a ver a ese cretino en persona… Y darle una patada en los huevos, ya de paso. ¿Quién se creía que era para secuestrarme de ese modo?

—¿Té, café? —ofreció la mujer de hielo.

—Agua, por favor. Embotellada y bien cerrada.

¿Qué puedo decir? No me fiaba de nadie.

Me dejaron en la habitación con mis nervios y mis pensamientos. La tentación por ver qué escondían los archivadores era demasiado fuerte, pero había una cámara en una esquina grabando todos mis movimientos que hizo que me contuviera. Además, estando fuera del caso, hubiera sido inapropiado…

Me acerqué a los cuadros con un mal presentimiento. Reconocí a la autora de inmediato: Remedios Varo. Me había obsesionado con su obra años atrás cuando descubrí que La Luna de Plata —y, de rebote, los que luchaban en el otro bando— utilizaban sus cuadros para comunicarse, y tenía ante mí cinco obras que ya había visto antes.

El primero era *Papilla Estelar*, una obra que mostraba a una mujer rubia enjaulando una luna brillante.

El segundo, *La Huida*, exponía a una pareja de amantes que entraban en una gruta. Había visto demasiadas veces el original como para saber que la entrada de la gruta estaba rodeada de una vegetación rojiza, que había sido sustituida por agua espumosa de un mar enfurecido. Los rostros también habían sido modificados para mostrar unos rasgos físicos diferentes a los de los protagonistas de la obra original. ¿Por qué harían eso?

Acaricié el cristal, como si así pudiera sentir las pinceladas. Grumos de pintura espesa se adherían a este, mostrando que, quienquiera que modificó la obra, no había tenido paciencia en dejar que se secase antes de volver a enmarcarla.

El Juglar mostraba varios personajes con túnicas, pendientes de las artimañas de un malabarista cuyo rostro parecía de luna y sus cabellos dorados como el sol. En el suelo, fórmulas químicas y artilugios científicos, y en sus manos manejaba unas bolas unidas entre sí con un hilo brillante, como una metáfora de una especie de dios que manipula nuestras vidas a su antojo, indicándonos que todos estamos conectados.

Las viviendas de la plaza habían sido alteradas con respecto al cuadro original, al igual que el carromato, que ahora tenía unas velas en el tejado que asemejaban un drakkar vikingo. Yo había visto esa plaza antes, pero ¿dónde?

El último cuadro se conocía como *La llamada*. Una mujer pelirroja, rodeada de un polvo dorado, llevaba en una de sus manos una poción química. Las paredes de piedra tenían formas en relieve, representando sombras, seres que no parecían encontrarse ya entre nosotros. Era como si esa mujer fuera a darles voz a todas esas almas inertes que habían quedado atrapadas entre dos mundos.

No me cabía duda de que estaban contando una historia.

—¿Te gusta?

No me giré al escuchar esa voz grave a mi espalda. Aunque no reconocí al interlocutor, el escalofrío que me recorrió fue suficiente para entender que no estaba en un piso franco de la agencia. ¿Por qué no habría compartido mi ubicación con Siobhan?

—El cuadro —insistió.

—Me incomoda.

—Eso es bueno. Si no te incomoda, no es arte. —Me volví al notar que se alejaba unos pasos detrás de mí para sentarse en una de las sillas.

Al contrario que sus compañeros, no llevaba gafas oscuras, aunque iba igualmente trajeado. Vestía una piel blanquecina, los ojos saltones de un azul apagado y rondaría los setenta años. Su acento era bastante neutro, demasiado neoyorkino para extraer nada de él.

Con un gesto, me invitó a sentarme frente a él.

Desconocía la identidad de ese hombre, pero sabía que medir mis palabras podría suponer una diferencia crucial para que me dejaran regresar a casa. Las palabras que Ethan pronunció cuando encontró una copia del caso McGowan en mi armario allá por el 2019, acudieron a mi mente:

« Si alguien descubre que tú has escrito el reportaje, irán directamente a por ti. Te perseguirán, estés donde estés, y tú única manera de sobrevivir será fingir que has muerto y renunciar a tus seres queridos, como hizo Analisa. Yo, sinceramente, preferiría estar muerto».

¿De eso se trataba? ¿Esos tipos creían que yo había escrito ese ensayo sin publicar? ¿Por qué no le habría hecho caso? ¿Por qué no cogí a Gaia, me cambié la identidad y hui con ella a las

Antípodas mientras aún había tiempo?

—Soy John, encantado. Perdona que te hayamos traído aquí de estas maneras. Iré al grano, queremos saber qué recuerdas de esa cueva en la que te tuvo cautiva.

Dudé antes de responder.

—No tengo mucho que decir. Ya os dije la otra vez que no conocía a Christopher personalmente, y mis recuerdos de él quedaron nublados por el estrés traumático y las drogas que me suministraron.

—Pero estuviste con él en Silfrligr Máni, ¿no? —insistió—. Tu nombre aparece en la lista de víctimas. Fuiste testigo de… lo que sea que pasó allí.

No tenía sentido. Ya habíamos tenido esa conversación un millón de veces.

—Estaba drogada y confundida; lo suficiente para creer que se trataba de mi exmarido quien me había secuestrado.

—¿Hablas de Ethan? —preguntó. Yo le seguí la corriente echando mano del sarcasmo y disimulando un temblequeo en la pierna derecha.

—Creía que a estas alturas no sería necesario aclarar quién es mi exmarido. Todo el mundo está al tanto de nuestra particular telenovela.

Su mirada inquisidora dudaba de mí. Aproveché que tomaba notas para bajar la mirada a mi reloj de actividad, que no paraba de vibrar anunciando una nueva llamada. Era Logan.

—¿Qué puedes decirnos de Sara?

—¿De quién? —Mi consternación era genuina—. Lo siento, no conozco a ninguna Sara. ¿Es otra de las víctimas?

—Elena, quiero que sepas que lo que nos cuentes no saldrá de estas cuatro paredes. —Sonreí con los labios apretados, temiendo que la que no saliera de allí pudiera ser yo—. Tenemos un programa de protección de testigos que podría interesarte.

Una nueva vibración me distrajo. Logan me acababa de enviar un mensaje diciéndome que era una trampa.

«*Un poco tarde, amigo*».

—¿Quién es Sara y por qué iba a necesitar un programa de protección de testigos?

Bajó la mirada y llenó su hoja de anotaciones.

—¿Qué me dices de Logan?

—¿Logan? —inquirí con sorpresa. No tenía ni idea de cuál era la finalidad de ese interrogatorio, pero cada vez olía peor—. ¿Qué pasa con Logan? No he vuelto a verlo desde que dejé Dornoch…

—Pero seguís en contacto —afirmó. Yo asentí, era inútil negarlo.

—Hemos hablado un par de veces, pero no diría que somos amigos.

—¿Recientemente?

¿A qué llamaban ellos *recientemente*? ¿Qué diablos estaba pasando?

—No sé, hará unos… —*¿cuánto, Elena, cuánto?*—. ¿Seis meses?

—¿Has hablado con Ethan en los últimos días?

—Ya sabéis que no acabamos en buenos términos…

—Pero vives con su abogada, igual algo se le habrá escapado…

Mi corazón se olvidó de latir. ¿Cómo sabían dónde vivía?

—La verdad es que no. Sabéis que Sio no es quien lleva su caso.

—¿Sigue ignorando que tiene una hija?

Hasta ese momento, había hecho un trabajo excelente manteniendo la compostura, pero saber que ellos estaban al tanto de que teníamos una hija juntos, me heló la sangre. Cogí aire y adopté

mi sonrisa más cínica. No tenía nada que perder estando ya encerrada en la trampa. Mi única salida era tirarme un farol y confiar en que, si no daba resultado, la agencia se encargaría de proteger a Gaia en mi ausencia. No pude evitar las lágrimas de miedo e impotencia que amenazaron con invadir mis ojos. Al ver su reacción, supe que tal vez podría usarlas a mi favor.

—No me parece justo que estéis aquí preguntándome por él, después de cómo terminamos…

—Perdona la intromisión, Ethan está en Nueva York y dimos por hecho que habría aprovechado para haceros una visita.

Me lie la manta a la cabeza y seguí con el teatrillo, desviándolos de lo que parecía interesarles, que eran Ethan, Logan y una tal Sara.

—Mira, si esta es otra de vuestras retorcidas estrategias para que vuelva al caso, os he dicho mil veces que no voy a cambiar de opinión. Mi vida ahora es mi hija y mi novio. Igual os suena aburrido y convencional, pero no necesito nada más para ser feliz. Y me da igual si Ethan está en Nueva York o en la Conchinchina, hace dos años me dejó sin darme la posibilidad de explicarme, así que no tengo nada más que discutir con él. —El tipo siguió escribiendo, con esa falta de expresividad que me desconcertaba—. John, ¿podéis garantizarme que mi hija estará bien?

—Si todo sale según lo previsto, no tendrás que preocuparte más por tu hija. —¿Qué demonios significaba eso?—. ¿Tienes frío?

Supongo que lo dijo por el vello que erizaba mi piel. Las preguntas se volvieron tan seguidas que me agobiaron.

—¿Acaso no lo hace?

—Igual un té ayudaría…

—Estoy bien. —Si querían drogarme, no iba a facilitárselo.

—Si no tienes más que agregar, creo que hemos acabado entonces. —¿Qué?—. Te acompañaré a la puerta para que recojas tus cosas. ¿Te viene bien si te volvemos a dejar en la oficina?

—Eso sería genial.

Apenas pude creerme cuando se levantó de la silla para abandonar la habitación. ¿De verdad me iban a dejar marchar así, sin más?

—Elena… —Su voz hizo que me detuviera en seco—. ¿Podrías pasarle un mensaje a tu amiguito Logan de nuestra parte? Lleva unos meses… desaparecido.

¿De qué estaba hablando?

—Sí, claro, lo que sea.

—Dile que Adrián le manda recuerdos a Claudia.

Una sonrisa de dientes amarillentos fue lo último que vi antes de que abandonara la sala. Aquella frase era una provocación, la prueba definitiva de que ese hombre que tenía ante mí era un lunaplatense. ¿Pero cuál era la finalidad de ese secuestro? ¿Obtener información? ¿Enviar un mensaje a Logan? ¿Sería Claudia la persona a la que Gina y Ethan estaban buscando?

Y entre todo ese caos de preguntas sin respuestas, lo único en lo que podía pensar era en estar de vuelta en mi zona de confort y abrazar a mi hija.

12

—¿Cómo que has estado en una casa a las afueras? —Mientras terminaba de preparar el equipaje de Gaia (¡de ningún modo iba a dejar a la niña sola ese fin de semana!) y evadía las llamadas de Noah quejándose de que llegaba tarde, Logan se desesperaba en una videollamada—. ¿Sabrías localizarla? ¿Qué querían? ¿Te han dejado marchar, sin más?

—Creo que solo querían sonsacarme información sobre ti y sobre Ethan. Me pidió que te dijera que Adrián mandaba recuerdos a Claudia.

—¡Hijo de la gran puta!

—¿Está Claudia bien? ¿Estás tú bien? ¿Qué es eso de que estás «desaparecido»? ¿Está Ethan en Nueva York?

—¿Qué les has dicho? —preguntó, ignorando mis anhelos por saber más.

—¡Nada! ¿Qué quieres que les diga si no me contáis nada! —Le vi cubrirse la cara, nervioso, justo antes de pagar su frustración con una mesa con la que se lio a patadas mientras profería toda clase de improperios—. ¡Necesito respuestas! Que esos tipos sepan de la existencia de mi hija, y la identidad de su padre, no me hace ni puñetera gracia…

—¿Qué les has contado, Elena?

—Ya te lo he dicho: ¡nada, joder! ¡Nada! —Le hice un rápido resumen de nuestra nada productiva conversación y Logan pareció calmarse—. ¿Vas a explicarme de una maldita vez qué está pasando? ¿Por qué acabo de leer que hubo un tiroteo en tu hotel hace seis meses? ¡Esas cosas no ocurren en Escocia!

—No te creas nada de lo que leas en las noticias, Caoineag.

—¿Qué debería creer, entonces? Porque estoy harta de que esta mierda me salpique sin saber por dónde me viene. Necesito un poco de información, Logan.

—Elena, no puedo…

—¡No me toques los ovarios! ¡Acaban de secuestrarme!

—Tú ganas: entré en el yacimiento. Me tendieron una trampa y las cosas no salieron como esperaba…, aunque a cambio detuvieron a Christopher. Supongo que están enrabietados.

—¿Fue a ti a quién secuestraron? —Logan confirmó con un movimiento lento de cabeza—. ¿Qué fue lo que pasó? Gina me llamó hecha un manojo de nervios y nunca más habló del tema.

—Y así seguirá siendo por el bien de todos. Lo único que importa es que ya no trabajo en Dornoch. Saben que soy de la agencia, escapé de allí de chiripa y amenazaron con ir a por mi mujer si no me entregaba. —Había comenzado una guerra con consecuencias imprevisibles—. Están desesperados por saber de mi paradero, prueba de ello es que han ido a por ti. Sospecho que también querían averiguar si aún podían utilizarte para herir a Ethan.

—¿Estoy en peligro? —pregunté. Logan desvió la mirada, sin saber qué responder—. Logan Sinclair, Duncan o cómo demonios te llames, ¿estoy en peligro? ¿Está mi hija en peligro?

—No puedo responderte a eso. —No dije nada. ¿Para qué? Sabía que no era culpa suya. Lo que me pasase a mí tan solo era un daño colateral. Me di cuenta en ese momento de que seguir huyendo era completamente inútil: ellos siempre me encontrarían—. ¿Estás molesta conmigo? Te juro que yo no…

—Jamás podría enfadarme contigo por querer cambiar el mundo. Pero sí estoy preocupada. Por ti, por mi hija… e incluso por Ethan.

—Sé que te estamos pidiendo demasiado, pero es mejor que te mantengas al margen en la

medida de lo posible. No leas más. No sigas buscando la verdad, Elena. Déjalo ir.

—Sabes que no puedo hacer eso, no está en mi naturaleza. —Al otro lado de la pantalla, Logan puso los ojos en blanco—. Necesito respuestas. No puedo aceptar que todos me digáis que las cosas están feas y que es mejor que no sepa más. Ni siquiera entiendo por qué me dejó Ethan. Te juro que revivo esa noche y… ¡Joder, Logan! Sabes tan bien como yo que no tiene ninguna lógica.

—Elena…

Suspiró y se dejó caer sobre un sofá que no había visto antes. De hecho, la habitación donde estaba ni siquiera me sonaba.

—¿Dónde estás? Esa no es tu casa…

—No puedo contártelo por aquí. Es una larga historia… No eres la única que está preocupada por sus hijos, ¿sabes? —El silencio que siguió a su queja me hizo ver que las cosas estaban realmente revueltas—. No sé cómo lo arreglaremos, pero te juro que lo estamos intentando. Y el hecho de que te hayan soltado hoy me da qué pensar…

—¿Cuál es tu teoría?

—Que tienen miedo a que nos estemos acercando demasiado a la verdad. Dime qué recuerdas de ese sitio. Igual hay algo que nos ayude a identificarlo.

—Nada de nada. Los cristales estaban tintados por dentro del coche. Lo que sí puedo decirte es que en la sala había varios cuadros de Remedios Varo y, en uno de ellos, diría que estabas tú.

—¿Yo? ¿Qué hacía yo en un cuadro de Remedios Varo?

—Los han modificado recientemente. En esta versión de *La Ruptura*, había un hombre pelirrojo saliendo del hotel de Dornoch, mientras un montón de sombras vigilaban desde las ventanas. Y en otro, había una pareja entrando en la cueva Silfrligr Mani.

A Logan le cambió la cara. Para él sí tenía sentido.

—¿Qué más?

—Otro tenía una pelirroja dando voz y esperanza a un montón de personajes que ya no están aquí. Podría ser Gina, no lo sé... ¡Ah! Y había unas máscaras en el pasillo.

—¿Máscaras, has dicho?

—Sí, como de… turquesa. Eran un poco espeluznantes, antiguas.

—¿Oíste algo sobre ellas? —Negué con la cabeza—. ¿Y de Salazar?

—No, pero me preguntaron por una tal Sara.

—Gracias, Elena, lo comentaré. Oye, tu reloj de actividad no habrá registrado nada…

—Tenía el GPS desactivado. La batería dura una mierda. Tengo que irme o Noah me dejará el día de su cumpleaños…

—Espera un momento, Caoineag, ¿quién es ese tal Noah y por qué yo no sabía de su existencia? —Logan, quien pasó de ser mi odioso compañero de misión en el norte de España a mi mayor apoyo tras la ruptura, se mostró entusiasmado con la noticia—. ¡Quiero que me lo cuentes todo!

—Lo haré, pero no será hoy… Tengo que irme. Cuídate, por lo que más quieras. No me des más sustos.

—Tú también, Caoineag. Espero tus noticias.

Mucho me temía que pronto no habría nada que contar… Para cuando le pedí a Noah que viniera a buscarme con el coche, eran las siete y estaba de un humor de perros.

—Tres horas tarde y ni siquiera me has cogido el teléfono. No mentías cuando dijiste que este fin de semana ibas a sorprenderme…

—Lo siento… Te juro que te lo compensaré. —Le abracé, pero seguía como una estatua de

hielo y supe que iba a tener que darle algo más que una disculpa—. Estaba declarando en la comisaría, han detenido a un hombre por abusos sexuales, entre otros crímenes, y estoy en la lista de testigos. Por eso me he traído también a la niña. Sé que no es lo que habíamos planeado, pero no quería separarme de ella.

No sé si me creyó o no, pero algo en su semblante mostró cierta preocupación.

—¿Estás bien? ¿Cuándo fue eso? ¿Ese tipo te…?

—Fue antes de mudarme aquí. Llevaban un tiempo buscándolo… —No quise darle más detalles—. Bueno, espero que estés listo para conocer a Gaia. Es un trasto, pero, mientras la dejemos dormir y comer, no nos dará guerra.

—¿Puedo cogerla?

Asentí, aunque ni de lejos estaba preparada para dejar que invadiera ese espacio de mi vida privada, aun sabiendo que era algo que tenía que permitir tarde o temprano si quería que lo nuestro llegara a buen puerto. Le vi haciendo monerías a la niña y ella pareció responder bien, lo que hizo que soltara el aire que había estado reteniendo en los pulmones. Me devolvió a la niña para meter el equipaje en el coche, pero Siobhan nos detuvo.

—¿Estás loca? ¡Vete y disfruta del fin de semana! Yo me quedo con ella.

—Pero…

—Estará bien, te lo juro.

—Pero…

—Ni peros ni peras. Elena, confía en mí. —Algo en su mirada me dijo que no se refería solo a ese fin de semana y me tranquilicé—. Olvídate de lo de hoy y desconecta. Creo que te vendrá bien… Te mantendré informada. —Se acercó a Noah y le tendió la mano—. ¡Qué maleducada soy! Puedes llamarme Sio. Encantada.

—Noah. Elena me ha hablado mucho de ti.

—Igualmente, ya tenía yo ganas de ponerte cara. La cabrona no me ha enseñado ni una triste foto hasta ahora…

Tragué saliva y la sentí como si fuera de corcho. No se las había enseñado porque no existían, algo que él me reprochaba de continuo. Con el sabor agridulce del día, me despedí de mi hija con la misma sensación que un soldado al irse a la guerra, y puse la dirección del hotel en el navegador del coche, ante la cara de asombro de Noah.

—¿Pensilvania? ¿Es allí dónde vamos? —Asentí con la cabeza—. Aún no me puedo creer que vayamos a pasar un fin de semana entero juntos.

Su sonrisa al decirlo fue el mayor indicador de que, tal vez, hubiera acertado con mi arriesgado regalo.

El parque estatal Ricketts Glen era el destino perfecto para un fin de semana romántico en medio de la naturaleza. Cascadas, senderos, el lago Jean y, por la noche, un precioso bungaló de madera donde darle rienda suelta a la imaginación. Nada podría ir mal, excepto el hecho de que yo estaba rayada como una sartén vieja tras mi encuentro con La Luna de Plata, y Noah tampoco estaba demasiado receptivo…

Le pedí que nos hiciéramos una foto romántica en la cascada, a lo que accedió sin mucho énfasis y solo por no discutir conmigo. No deshicimos las sábanas del hotel en la primera noche y tampoco me regaló su personalidad alegre y descarada.

En nuestra segunda noche en el parque, y tras cenar unas hamburguesas que habíamos comprado en una furgoneta de comida rápida, nos sentamos en una manta de cuadros, disfrutando en silencio del calor de la hoguera, mientras a unos metros de nosotros un grupo entonaba canciones de Coldplay con una guitarra. Igual era pronto para agobiarme, pero, cuando me fundí en sus labios y él se mostró tan esquivo, me pregunté hasta qué punto me había cargado nuestra relación por el maldito miedo a volver a confiar en alguien.

—¿Puedo darte tu regalo?

Noah se giró y esbozó una mueca de aburrimiento.

—No tenías que haberme comprado nada. Te dije que era difícil de impresionar.

—Por eso mismo me lo he tomado como un reto. ¿Me dejas intentarlo? —Se incorporó con un gesto divertido, que se torció en una mueca de incredulidad cuando vio un pequeño paquete y un sobre.

—Reconozco que me tienes intrigado.

¡Por fin! La primera emoción que mostraba en todo el fin de semana. En el sobre encontró una prueba de que iba a integrarlo en mi mundo, tal y como me había pedido.

—Dos billetes de avión para España. Qué bien.

Una taza hubiera mostrado más entusiasmo ante la idea de cruzar el charco conmigo. No dije nada, ya sospechaba que la noche apuntaba maneras.

El segundo regalo era una cajita de madera aparentemente vacía, a excepción de un musgo artificial que la decoraba.

—¿Qué es? Estaba esperando un anillo de compromiso, pero no veo nada.

—Sigue buscando... —Cuando sus ojos se cerraron en esa mueca de fastidio, me di cuenta, no solo de que había leído la palabra que estaba tallada al fondo de la caja, sino de que mi regalo había sido un auténtico fracaso. Como todo el fin de semana—. «Confianza». Esto es… ¿Qué es?

—Sé que he pagado contigo la falta de confianza que me generó mi anterior relación, pero quiero que sepas que estoy dispuesta a intentarlo. Si sale mal, pues… mala suerte. Pero hay que arriesgar en esta vida, ¿no?

Sonó como una declaración de amor de esas cursis de las películas. Y yo me sentí ridícula al ver que Noah bajaba la mirada, jugueteando con la caja entre sus manos. Aunque apretaba los labios, seguía sin pronunciar palabra.

—¡Vaya! Tenías razón en eso de que finges mal cuando no te gusta un regalo…

—¡Para nada! No es que no me guste, es muy… original, de veras... Es solo que…

Le quité la cajita de las manos y la cerré con un golpe seco. Él seguía sin decir nada, aunque sí suspiró, mucho más de lo que un ser humano adulto debería suspirar.

—¡Déjalo! Ha sido una auténtica estupidez… No sé en qué estaba pensando para regalarte algo tan cutre. Mañana iré al centro comercial y te compraré algún reloj de marca.

—No hace falta que me compres nada. Me encanta, en serio… —Le encantaba, pero estaba agobiado, incapaz de abrazarme o siquiera pronunciar palabra—. Perdona, es que… nunca me habían hecho un regalo tan… personal. Gracias, Elena.

«Gracias, Elena».

Me dio un pico rápido de agradecimiento que me dejó muy muy fría. El resto de la noche no fue mucho mejor. En algún momento, alegué que estaba congelada —lo cual era cierto—, y

regresamos al bungaló.

Noah seguía encerrado en un silencio ruidoso mientras se quitaba la ropa y la dejaba cuidadosamente sobre la silla. Se puso un pijama de cuadros y se sentó al borde de la cama a contestar todos los mensajes que le habían llegado para felicitarle, sin importarle que yo estuviera en esa misma habitación hecha un manojo de nervios.

¿Qué demonios pintaba yo allí? No quise acercarme a la cama, me sentía más cómoda apoyada en la puerta y con los brazos cruzados, observando en silencio cómo me ignoraba.

—¿No vienes a la cama? —Tal vez esa fue la única vez que realmente me vio en todo el viaje.

—Siento haberte puesto en una situación incómoda con el regalo. Mañana te compraré algo más… material.

—¡No digas bobadas! Es perfecto, de veras…

—¿Y por qué no suenas como tal? —Noah se quedó mirándome con esa expresión ausente que me hacía temer lo peor.

—Porque no puedo aceptarlo. Tampoco tenía que haber aceptado este viaje, yo…

—¿Cómo que no puedes aceptarlo?

—Pues…, que tenías razón, Elena. Esto no va a funcionar. —Fruncí el ceño, a la espera de una explicación que no tardó en llegar—. Creo que nos ha venido bien tomarnos unos días para pensar porque me he dado cuenta de que tu vida a largo plazo está en Europa y la mía está aquí. Y no veo manera de compaginar eso.

—Bueno, ahora estoy aquí, ¿no? *Carpe Diem* y ya veremos…

—¿Hasta cuándo? Además…, ¡que tienes una hija, por Dios! No sé si estoy preparado para cargar con la responsabilidad que te dejó otro tío cuando a duras penas nos conocemos. Tú no me has dejado conocerte.

—¡Guau! —Ese ladrido fue todo lo que alcancé a decir.

—¡No me mires así! Esto es culpa tuya... Hoy me dices que quieres intentarlo, pero… Pues eso, que no sé si estoy preparado para tener una relación con una mujer divorciada y llena de traumas emocionales. Necesito descubrir si vales tanto la pena. No eres una mujer fácil.

Me sentí estúpida. ¿En qué estaba yo pensando para creer que ese fin de semana podríamos arreglar las cosas, cuando él ya había tomado una decisión por los dos? La experiencia me decía que rebatirlo no me serviría de nada si ya lo tenía tan claro, ¿para qué molestarme?

—Te dije que tenía una hija desde el primer minuto. Te dije que tenía problemas de confianza, te dije que solo buscaba un polvo esa noche y tú insististe en que siguiéramos viéndonos —le recordé.

—¡Lo sé! Y es posible que, si te hubieras dejado llevar un poco estos meses atrás, las cosas fueran distintas ahora. Pero me he cansado de que me recuerdes de continuo que solo soy un polvo para ti. De tus excusas para no verme o no integrarme en tu día a día. Me has quemado con tus dudas, Elena. Y una relación no debería empezar así. Ahora soy yo quien no sabe lo que quiere. Llevo todo el fin de semana luchando por estar a gusto contigo, pero no puedo evitar sentirme así. Lo siento.

—OK, gracias por la honestidad.

Mi madre me dijo una vez que tendía a huir de las cosas que me hacían daño sin luchar por ellas antes. Sé que lo dijo por Ethan. En esos momentos, podía oír su voz con toda claridad recordándome que estaba haciendo lo mismo otra vez, pero a veces es mejor no complicar las cosas. Por eso recogí mi maleta sin hacer ruido y pedí un taxi que me llevara hasta Nueva York. Quería volver a casa con mi hija, a mi caótica vida que nunca debería haber compartido con él.

—¿Te vas?

—No creo que lo contrario tenga demasiado sentido ahora mismo.

—Deja que te lleve a casa.

Hice un gesto con la mano para que no se preocupase por mí. Al fin y al cabo, siempre me había apañado bien sola.

—Déjalo, Noah. Gracias por todo.

13

—¡Por todos los dioses! ¿Se puede saber qué haces tú aquí a las tres de la mañana! ¡Pensaba que estaba entrando alguien a robar!

Siobhan llevaba un pijama rosa de seda, la mano en el pecho y cara de estar infartada.

—Siento haberte despertado. Las cosas no han ido como esperaba este fin de semana —reconocí. Me hizo un gesto con las manos para que arrancara—. ¿Tienes vino? No diría que no a una copa.

—¿Elena la abstemia bebiendo alcohol? ¡Esto es grave! Dame un minuto…

La vi moverse con celeridad por los armarios en busca de un Gran Reserva que había traído de su viaje a California. Me acomodé en el sofá y me descalcé, abrazando un cojín en busca de consuelo.

—Empieza por el principio. ¿Qué ha pasado?

—Se dio cuenta de que era extranjera, madre soltera y que tenía tara.

—¿No fue esa tu carta de presentación?

Se lo conté todo, desde mi encuentro con La Luna de Plata hasta mi conversación con Noah, quien me había mandado varios mensajes disculpándose por el desenlace.

—Estaba empezando a gustarme, Sio. Me hacía reír y… —Me tapé la cara con otro cojín—. Y sé lo que me vas a decir, así que no me sueltes el sermón. Lo he estado haciendo todo mal desde que nos conocimos.

—Cariño, estás divorciada… ¡Por supuesto que lo estás haciendo todo mal! Aún tienes esa coraza para protegerte del mundo. Sin embargo, sufrir no siempre es malo…

—Te juro que estaba dispuesta a intentarlo. Sin expectativas, sin comparaciones… Estaba preparada para dejarme llevar y aceptar lo que ofrece.

—Pues entonces, hazte un favor a ti misma y trágate el orgullo cuando vuelva. Llevas meses cagándola. Es normal que tenga sus reservas.

—No va a volver.

—Le doy una semana para echarte de menos… No me quiero ni imaginar la de veces que le habrás dejado tú a él hecho polvo por tus cambios de parecer. Y, si no vuelve —añadió, acariciando mi pelo en plan maternal—, tampoco es que tú necesites a nadie para ser feliz. Eres una mujer fuerte e independiente. Solo te pido que no reconstruyas los muros o, al menos, deja una pequeña ranura en ellos para que siga entrando la luz.

—Mis muros están ahora acorazados y recubiertos de hielo y espinas. —Sé que ella iba a añadir algo que decidió callar—. ¿Podemos hablar de lo que pasó el viernes? ¿Tienes alguna teoría? ¿Por qué me preguntarían precisamente a mí por Ethan, si todo el maldito mundo sabe que no nos hablamos? ¿Qué pasó en el hotel de Dornoch?

—¿Te acuerdas del romance de Wendy Farrell y Adrián Duarte? —Sio ahogó un largo suspiro en su copa de vino—. El padre de Wendy guardaba un antiguo diario que los lunaplatenses llevan años buscando.

—Lo sé, Ethan estaba detrás de ese diario. ¿Qué tiene de especial? ¿Más coordenadas misteriosas y frases en clave?

—¡No, mujer! Este es mucho mejor… Son las explícitas memorias de un marinero español del siglo XVI que responde al nombre de Cristian Salazar. Entre sus páginas se esconden misterios que, en las manos incorrectas, podrían hacer mucho daño.

—Lo siento, pero no te sigo… ¿Qué tiene que ver un marinero español con La Luna de Plata?

—¿Recuerdas los archivos que robaste en Avión? Encontramos pistas que nos dirigieron de nuevo a Comillas, a los robos de bebés en las últimas décadas, las tumbas vacías en el cementerio… Al final todo tenía el mismo propósito.

—¿Que es…?

—Agárrate que vienen curvas, ¿lista? —Enarqué las cejas, incapaz de ocultar mis pocas expectativas con el cotilleo—. Están buscando un descendiente de Salazar. Bueno, y una máscara sagrada.

—Están buscando un descendiente de un marinero del siglo XVI que escribía un diario y tenía una máscara sagrada —analicé incrédula. Sio me reprendió con la mirada.

—Es por la profecía. Tiene la misma sangre nórdica y mexica que los primeros lunaplatenses ,y lo necesitan para cumplir el ritual, con ayuda de la máscara y el diario.

—¡Apaga y vámonos! Supongo que ahora aparecerá Gandalf con su varita. «Abracadabra, pata de cabra». —Estiré el brazo en el aire y empecé a interpretar conjuros mágicos, convencida de que me estaba tomando el pelo o se me habían subido los dos sorbos de vino a la cabeza. Falta de costumbre. Sio me dio un empujón a modo de protesta—. Lo siento, es que me suena a una de esas películas de aventuras de Brendan Fraser. Solo nos falta el héroe buenorro.

—Tenemos héroe buenorro…, varios, a decir verdad.

—Espero que no estés pensando en Ethan... Admito que tiene un polvazo, pero tiene más de cobarde que de héroe.

Mis palabras no fueron bien acogidas por mi compañera, quien torció el gesto con incomodidad.

—Si quieres que siga hablando, vas a tener que ser un poquito menos obtusa. A estas alturas, no sé qué te hace dudar…

—Creo que ha sido la parte en la que me has hablado de un ritual y una máscara sagrada… Cuando yo estaba en el caso, investigábamos los experimentos de una organización ultrasecreta y poderosa. Esto es nuevo y no es creíble.

—Si hay algo que ha caracterizado a todos los fanatismos a lo largo de la historia es que sus seguidores están dispuesto a creer cualquier cosa por una ideología, desde alabar una sábana creyendo que conserva la esencia de Cristo, hasta mover cielo y tierra en busca del descendiente de un semidios. Siempre hemos sabido que los lunaplatenses tenían una particular obsesión por la mitología. Su existencia quedó plasmada en esa Piedra del Sol modificada a la que integraron elementos nórdicos, como el Vegvísir y la Red de Wyrd. —Ahogué mi sarcasmo en el vino, incapaz de creer que me estuviera hablando en serio—. Llevan años buscando el diario, la máscara sagrada y el descendiente para poder completar el ritual. Salazar tuvo un amor en cada puerto, con lo que cabía esperar que alguno diera sus frutos. La única mujer que se le conoció, Sara, no tuvo descendencia con él, aunque sí con otro hombre.

—¿Sara, has dicho? —Me incorporé en el sofá—. Ellos me preguntaron por una tal Sara.

—Debido a la falta de documentación de la época, localizar a ninguno de ellos siempre ha sido como buscar una aguja en un pajar, hasta que hace unos años comenzaron a proliferar esos laboratorios de ADN que prometen ayudarte a encontrar parientes lejanos. Hay cientos de descendientes, Elena. La cuestión es, ¿dónde están?

—Lo siento, no me cuadra. Cuando investigué a las familias de fundadores, no encontré a ningún Salazar entre ellos…

—Los apellidos cambian con las generaciones, se pierden…, sobre todo, si acarrea una responsabilidad que para algunos podría ser considerada una maldición.

—Claro, el ritual… —Sio se deseperaba con mi actitud, pero es que me estaba hablando de fantasía y ciencia ficción—. Sabemos que la finalidad de los lunaplatenses es preservar un linaje que surgió con la mezcla de los pueblos prehispánicos del siglo XI y los primeros colonizadores, quienes procedían de Escandinavia y no de España, como aseguran los historiadores.

—Correcto. Empecemos por el principio. ¿Te has fijado alguna vez en cómo se distribuye el color de ojos en tu país? En Galicia, Cantabria y Asturias la población con ojos claros oscila entre el 35 y el 40%, frente a un 15% en el resto de comunidades.

—Bonito cambio de tema. Se debe a la falta de sol, la vitamina D y la concentración de melanina.

—Que a estas alturas todavía me vengas con la ciencia… Los vikingos invadieron el norte de España en los siglos IX y X.

—Lo sé, ¿a dónde quieres llegar?

—¿Me estás tomando el pelo? ¡A Salazar! Un marinero de Comillas que partió con Hernán Cortés para descubrir América. Nació fruto del romance entre un marinero escocés y una lavandera española, Antes de que me hagas más preguntas, te diré que su padre tenía sangre lunaplatense.

—Entiendo que Salazar encontraría esa aldea legendaria de Valladolid y se mezcló con ellos… Por eso están buscando a un descendiente.

—Veo que por fin empiezas a atar cabos, aunque no es tan sencillo... Como ya recordarás, la convivencia entre pueblos prehispánicos y nórdicos fue un desastre, y los segundos acabaron regresando a Europa, mayoritariamente al Reino Unido.

—Esto tiene más sentido que esa teoría de que convivieron pacíficamente…

—Solo tenemos conjeturas, Elena, no hay estudios históricos que avalen nuestras teorías —observó con retintín—. Los que se marcharon, adoptaron las nuevas costumbres locales y se olvidaron de sus orígenes, como el padre de Salazar. Los que se quedaron en México, crearon una nueva forma de vida, mezcla de las costumbres más bárbaras de los vikingos y los pueblos precolombinos, que permaneció intacta durante siglos. Surgió una nueva religión que adoraba a dioses de ambos lados del océano, un nuevo idioma, y nuevas tradiciones. Fue así cómo comenzó la leyenda del Mesías, un hombre blanco que traería consigo la sabiduría del Viejo Mundo, y tendría el poder suficiente para conectar con los dioses.

—¿Cómo acabó Salazar allí? ¿No le encontraron los otros marineros?

—Creemos que Salazar se asentó en México tras la caída del imperio azteca. Movido por las leyendas locales, descubrió esas tierras lunaplatenses y quedó fascinado por la belleza de sus rasgos exóticos. Conservaban objetos y leyendas, fruto de su mestizaje, en las que hablaban del regreso de un hombre blanco convertido en dios. Así que puedes imaginarte que la acogida que le dieron a Salazar fue lo suficientemente hospitalaria como para que él no quisiera regresar a España jamás… Salazar era el elegido por los dioses, el único capaz de soportar el poder de la máscara sagrada. Pero déjame que siga con mi relato… Según el Archivo de Indias, sus compañeros lo dieron por muerto y regresaron sin él a España a celebrar su victoria. Lo poco que sabemos de él es a través de sus memorias. Salazar se quedó en el Valladolid mexicano y comenzó una nueva vida de lujos y excesos, de sexo y violencia, de sacrificios y lucha de poder… Lo que él no sabía entonces, es que nadie da duros a pesetas… El Mesías de los lunaplatenses había llegado a esas tierras para servir de conductor entre los dioses y el jefe de la tribu, Gudrun, cuyo nombre significa «amado por los dioses» en lengua nórdica. Quetzalcóatl les ayudaría a conseguir la vida eterna. Xochiquétzal, la belleza y el amor. Coatlicue crearía un link que permitiría controlar la vida y la muerte, la fecundidad y las cosechas, además de interactuar

con sus ancestros. La cuestión es que, para llevar a cabo esa comunión entre los dioses y Gudrun, el elegido debía someterse a un terrible ritual en el solsticio de invierno de 1525, cuatro años después de la caída de Tenochtitlán.

—¿Y cómo sabían que Salazar era el elegido?

—La máscara de turquesa. Solo el Mesías podría llevarla y sentir su poder. Es una pieza de madera maciza recubierta en turquesas que, según las creencias populares, te otorga la habilidad de conectar con los dioses y te proporciona poderes sobrehumanos. Quien la controle, podrá jugar con el tiempo, crear vida o destruirla, además de la tan ansiada fuente de la juventud eterna.

—¿Y a esos dioses los ves con o sin ayuda de la Ayahuasca?

Sio iba a matarme

—Si me dejas continuar… La máscara de turquesa representa al Sol y te da el poder y la fuerza de Xiuhtecuhtli, el Señor de la Turquesa, dios del fuego y del calor, capaz de mover el tiempo para atrás y para adelante. Hablamos de una energía muy fuerte… Por eso, solo podría llevarla aquel elegido que estuviera en total sintonía con la tierra, el tiempo y el universo, pudiendo controlarlo todo a su antojo. Como representante del tiempo, Xiuhtecuhtli era el encargado de supervisar la llamada Atadura de Años o Ceremonia del Fuego Nuevo, una tradición en la que se garantizaba la renovación del Sol. Esto ocurría cada 52 años al término del calendario azteca que, como bien sabes, está representado en la Piedra del Sol que los lunaplatenses utilizan para representarlos. Analizando su emblema, hemos detectado más modificaciones en la piedra, incorporando elementos de otros pueblos indígenas.

—Así que nosotros pensando en cosas tangibles y reales como prostitución, narco, experimentos médicos y lunaplatización, y todo esto tiene que ver con una leyenda. Y ahora estamos buscando esa puñetera careta capaz de cambiar el mundo con un par de conjuros mágicos a la luz de la luna. Todo muy lógico.

—Ambas cosas no son incompatibles. De todos modos, tú no *estás buscando* nada, nosotros estamos buscándolo —me corrigió—. En cuanto a la prostitución y el narcotráfico, ya sabemos que no es su finalidad, sino una manera de financiar todo este tinglado. —La seriedad de su semblante me hizo preguntarme si Sio también habría perdido el juicio—. El ritual nunca se llevó a cabo en el Valladolid mexicano porque alguien, temeroso de las consecuencias que ese poder ancestral podría tener en las manos de Gudrun, decidió robar la máscara y huir con ella. Con su ayuda, Salazar cogió el primer barco que partía a España. El marinero huyó con la máscara y su diario, donde aparecían las prácticas milenarias de la tribu y el ritual, explicado paso a paso. Pensaba que lo recibirían como un héroe al llegar a su patria, pero el diario acabó en las manos incorrectas y Carlos V lo encerró en la prisión de Pedraza, en Segovia, y la Inquisición lo condenó por herejía. Te estarás preguntando dónde está enterrado ese hombre ahora…

—Me estoy preguntando muchas cosas. Esa no era una de ellas.

—De nuevo, alguien lo rescató.

—Mira tú, qué suerte tuvo el muchacho…

—¿Podrías tomarte esto en serio?

—Me cuesta, para qué negarlo. —Sio me asesinó con la mirada—. Perdona, sigue…

—Se trataba de Sara, una mujer de Tordesillas con quien Salazar mantuvo un apasionado romance. Ella lo escondió en el sótano de la casa familiar hasta que unos hombres se ofrecieron a ayudarles a escapar a Escocia. Eran lunaplatenses, y Sara cometió el error de fiarse de ellos. Así que, al año siguiente, en 1526, el ritual se repitió en un lugar sagrado para ellos. Pero varias cosas fallaron… La más importante, alguien detuvo la ceremonia robando de nuevo la máscara, aunque, en esta ocasión, no consiguió salvar a Salazar de su trágico destino.

—¿Quién fue nuestro héroe?

—Sara, quien invirtió su vida en estudiar las artes oscuras para vengar la muerte de su amado. ¿No es romántico?

—¿Qué pasó con ella?

—La deshonra cayó sobre su familia cuando huyó con él a Escocia. Los acusaron de proteger a un traidor y fueron sentenciados a la horca. La casa quedó abandonada a su suerte y marcada con un azulejito con una calavera para indicar que allí vivió la joven que condenó a morir a su familia. Sara huyó y empezó una nueva vida en Irlanda, donde tuvo descendencia, pero jamás se olvidó de Salazar ni de su promesa de vengarlo. La casa de Tordesillas estuvo maldita durante años y, en la actualidad, nadie sabe exactamente dónde se encuentra.

—Guau. Lo siento, me veo incapaz de decir nada más… Como argumento para una peli de aventuras es brillante, pero me cuesta relacionar esta historia con el caso…

—Hace varias generaciones que los lunaplatenses, guiados por el diario de Gudrun, encontraron el cuerpo de Salazar en una cueva junto a unos grabados en los que explicaba su historia. Esto facilitó la búsqueda de descendientes. Igual recuerdas a los indianos Fernando y Juan Arellano, estuviste con la hija de Juan en Comillas.

—¿Son descendientes de Salazar?

—Ellos no lo sabían. Los tenían fichados en esa tabacalera, pero no cautivos. Al fin y al cabo, cabía la posibilidad de que el ritual nunca se llevara a cabo si no encontraban la máscara y el diario…

—¿Cómo sabéis que no tienen la máscara o que no han hecho el ritual ya antes? Vi un montón de ellas en el pasillo de esa casa donde me interrogaron…

—La máscara original tiene el emblema de La Luna de Plata grabado a fuego por detrás. En cuanto al ritual, han realizado muchos rituales de fecundación o sacrificios a los dioses, pero no este… Este es diferente. Hasta hace un par de años que el diario cayó en manos de Duarte no sabían en qué consistía.

—¿Averiguó Sara como detener el ritual?

—Lo ignoro. En esta historia tenemos descendientes de Gudrun y de Salazar, pero no tenemos ni idea de cómo encontrar a un descendiente de Sara. No sabemos si dejó algún artilugio como esa máscara o…

—…o una varita mágica —propuse con tonito. Sio puso los ojos en blanco—. Lo siento, de veras… Es que cualquier historiador te desmontaría el rollo patatero que me acabas de soltar. Para empezar…

—¿Tú quieres saber lo que hemos descubierto o no? Ya te he dicho que había muchas cosas que te habías perdido, compi, y yo no puedo responder a tus preguntas con una copa de vino. Necesitas días para ponerte al día.

—Tenemos una botella entera y mañana no trabajo.

—Tu sarcasmo me agota.

—Ya paro, lo juro. —No podía prometerlo—. Retrocede un poco, ¿quieres? Toda esta conversación ha empezado con Wendy Farrell y el diario que guardaba su padre. Doy por hecho que estamos hablando del mismo diario que estaba buscando Ethan, ¿verdad? La razón por la que se enrolló con ella. —Sio asintió con la cabeza—. ¿Cómo llegó a manos de los Farrell? ¿Fue esa la razón por la que William huyó de México con Wendy? ¿Cómo consiguieron ellos el diario de Gudrun?

—Nuestra querida Helga desciende de Gudrun, con lo que ya sabes quién será la encargada de conectar con los dioses si el ritual sale bien. —No pensaba poner los ojos en blanco, lo juro—. El

diario de Salazar lo ha custodiado celosamente durante generaciones la familia de María, la madre biológica de Wendy y gran amor de Farrell. Ignoro cómo lo consiguieron. —Sio bebió un sorbo de vino y siguió hablando—. Farrell estudió medicina en la universidad y era la mano derecha de Helga en ese experimento que estaban llevando a cabo en el Valladolid mexicano. Helga tenía algunas ideas revolucionarias, un conocimiento secreto que solo se heredaba de generación en generación. María encontró loable la causa de Helga por ayudar a los demás y avanzar en la medicina, y le habló del diario, creyendo que Helga acabaría con todos los males de este mundo. Tan pronto María le contó su plan a Farrell, este puso el grito en el cielo. Había visto demasiadas cosas para saber que un poder así en manos de Helga podría suponer el fin del mundo. Hubo otro hecho que le hizo replantearse su relación con La Luna de Plata, dos niños…

—¿Dos niños?

—Es una historia fea, murieron dos niños lunaplatenses y a Farrell le dio que pensar, así que planeó su huida al amanecer, llevándose consigo el diario. Además, María y él acababan de tener un bebé que todos sospechaban que no formaba parte del proyecto. Las relaciones entre el personal científico y los pacientes no estaban permitidas.

—¿La madre de Wendy era una prisionera del proyecto?

—Así es. Una de las mujeres portadoras a las que tenían encerradas en esa aldea con una sensación de falsa libertad. El resto de la historia te lo puedes imaginar… Helga descubrió el plan, María apareció muerta en el lago, y William huyó con Wendy.

—La noche que asesinaron a toda su familia en esa mansión de Kensington, estaban buscando la máscara y el diario de Salazar, ¿verdad?

—Así es, pero Farrell ya se había deshecho de la máscara y escondido el diario.

—¿Sabe Wendy algo de esto?

—Lo ignoro. ¿Por qué te preocupa eso ahora?

—Porque no entiendo qué pudo llevarla a unirse a ellos.

—Wendy se ha criado con una madrastra que nunca la quiso y un padre alcohólico enganchado a los antidepresivos. Tiene una grave carencia emocional y siente cierta atracción por los hombres tóxicos. Necesita sentirse útil. Su primer novio la maltrataba. El segundo, la cambió por un puesto de trabajo en Singapur. En cuanto a Ethan…, solo estuvo con ella por interés y no tardó demasiado en largarse con otra. ¿Acaso puedes culparla?

—No, si encima conseguirás que esa zorra me dé pena… Hay una cosa que no entiendo… Si Adrián tiene ese diario, ¿cómo es posible que tú sepas lo que hay en él? —Me respondí yo sola. El exceso de información hizo que me cortocircuitaran los cables—. ¿Ethan?

—Su abuela Yvaine. Ethan nunca consiguió ver el diario...

—Supongo que Mark me mentará cada día como la mujer que arruinó el caso. Si yo no me hubiera metido entre Ethan y Wendy, es posible que ese diario estuviera ahora en manos de la agencia y no de La Luna de Plata.

—Las cosas pasan como tienen que pasar, Elena… Y el diario está en las manos correctas. La misión EDLM está siguiendo su curso. Solo los dioses saben cómo terminará esto.

—¿EDLM?

—Estrella de la Mañana. Es nuestro plan para acabar con ellos. La agencia lleva décadas desarrollándolo, y cada vez estamos más cerca… Fueron Yvaine McGowan y su marido, Arthur, quienes trazaron los cimientos de este plan que la agencia ha ido perfeccionando.

—Entiendo. —No entendía una mierda—. ¿Qué más habéis descubierto?

Sio me analizó con detenimiento, decidiendo hasta qué punto podía confiarme esa información. A juzgar por sus confesiones anteriores, estaba esperando que me dijera que habían

descubierto una isla secreta, aislada del mundo y habitada por dinosaurios.

—Helga está detrás de las desapariciones de bebés en el norte de tu país.

—¿Cómo? —Casi tiro mi copa.

—Ha infiltrado a algunos de sus trabajadores en varios hospitales como matronas en centros privados. No quieres saber lo que hicieron con esos bebés, Elena, es… —Siobhan se llevó el pulgar y el índice al puente de la nariz, cerrando los ojos con fuerza—. Están enfermos. Creen que los dioses van a ayudarlos. ¿Cómo podría nadie hacerle eso a unas criaturas tan pequeñas? Tan… indefensas.

Me bebí lo que quedaba de mi copa de un trago, sintiendo un nudo en la boca del estómago. Yo también había visto algunas de esas fotos cuando trabajaba en el caso.

—¿Qué más me he perdido?

—¡Vaya! Alguien está sedienta de información…

—Rabiosa, más bien.

—La llave que te robaron, esa que encontrasteis en Kyoto Garden, abre la gruta de Salazar, en The Skerries. Sus huesos están allí, además de varios grabados en las paredes que dan una valiosa información. Ya habían extraído muestras de ADN antes, pero la ciencia avanza y perdieron acceso a esa gruta en los noventa, cuando Arthur extravió la llave.

—¿Cómo lo sabéis?

—Un par de agentes se adentraron por su cuenta y riesgo en una misión suicida de la que la agencia no tenía constancia alguna y… No corrieron tu suerte.

—Lo siento.

—Estaban en contra del plan EDLM y pensaron que podrían encontrar otro modo de negociar con ellos, una ingenuidad que pagaron muy cara y nos mostró a todos la clase de enemigo al que nos estamos enfrentando. —Aquel galimatías me tenía confusa y exhausta—. ¿Por qué no te vas a la cama y descansas, compi? Creo que has tenido suficiente por hoy.

—No tengo ni pizca de sueño. Sigue hablando…

—¿Por qué ahora? ¿Qué ha cambiado?

—¿Me lo preguntas en serio? —Fruncí el ceño—. ¡Ellos me han metido en esto, Sio! Da igual que me mantenga alejada: siempre me van a encontrar. Y yo sola no puedo proteger a mi hija.

—Gaia está a salvo. No es una opinión, es una certeza.

—Mi hija es una Duarte McGowan, lunaplatense por nacimiento, y ellos lo saben…

—Nadie ha tocado a Gael en estos años, ¿recuerdas? No van a ponerle una mano encima a Gaia.

No quise hacer más preguntas que era obvio que ella no quería responder. Empezaba a sospechar que Ethan estaba detrás de todo eso, lo cual me generaba más incertidumbre que otra cosa.

Dejé que la ira que me corría por las venas dominara mi lengua y dijera un montón de chorradas que sabía que, en el momento de la verdad, no me atrevería a hacer.

Iba a matar o morir. Eso dije, pero, en el fondo, seguía siendo una cobarde escondida en una aburrida vida como madre soltera que no le pegaba.

14

22 de septiembre de 2024 — Union City, NJ

Desde muy temprana edad, Helga Elden-Johansen siempre había soñado con convertirse en actriz, siguiendo los pasos de sus ídolos suecas Greta Garbo e Ingrid Bergman. Risueña y pizpireta, destacaba entre los niños de su edad y hacía las delicias de sus padres cuando bailaba y entretenía a su círculo de amigos en las fiestas que celebraban en su mansión de Los Ángeles.

Pero a medida que fue creciendo, su padre alimentó sus sueños infantiles con píldoras de realidad que le administraba con demasiada dureza. Ansgar Elden-Johansen era un prestigioso científico que había dedicado su vida a diversos estudios genéticos que, con el tiempo y la financiación requerida, habían llevado a su laboratorio a fabricar medicamentos revolucionarios. Estos habían cambiado la vida de pacientes aquejados de enfermedades hereditarias, a los que nadie más ofrecía una cura.

Las aspiraciones artísticas de su hija perdieron valor ante su propio proyecto de vida: que Helga continuara su legado para convertirse en la científica más afamada de todos los tiempos. Y el paso de los años probó que aquella ambiciosa decisión fue la correcta, pues los laboratorios Elden de Massachusetts habían conseguido resultados milagrosos en la lucha contra diversas enfermedades raras.

Helga contaba además con el apoyo económico de su marido Sven Barclay, un conocido filántropo procedente de una de las familias más influyentes de los Estados Unidos, de quienes se decía que tenían el poder suficiente para controlar el mundo.

Seguí absorta en mi lectura, contrastando la información oficial de los medios tradicionales con otros más alternativos que no aprobaban sus experimentos o, más bien, lo que no nos contaban de ellos. A nadie le sorprendía realmente descubrir que una farmacéutica tan influyente pudiera tener un lado oscuro.

Todavía nadie ha descubierto su gran proyecto personal: seguir los pasos de su ancestro Gudrun y conseguir el control absoluto sobre la fecundidad, la vida y la muerte.

Pensar en una Helga adolescente me producía cierta lástima. El poder y la ambición habían corrompido un corazón con una gran sensibilidad artística hasta convertirla en el monstruo que era hoy día.

Mucho habíamos divagado sobre la lunaplatización, ese experimento en el que los laboratorios Elden buscaban convertir personas sin ese genoma sagrado en miembros de su elitista club, pero empezaba a pensar que la realidad era mucho más compleja. No anhelaban ampliar su círculo, sino clonar a Cristian Salazar a través del ADN que habían obtenido de ese cuerpo encontrado en la cueva. Necesitaban varias réplicas que poder usar a su antojo en caso de que los experimentos no salieran bien. Para ellos, no eran seres humanos, sino materia prima de laboratorio, no más válido que un crisol o un matraz.

La razón por la que no podía parar de leer era la misma que me quitaba el sueño por las noches: aquel encuentro que todavía no alcanzaba a comprender. No me habían puesto una mano encima ni tampoco me habían amenazado. ¿Tendría razón Logan al decir que solo me habían utilizado para mandar un mensaje?

—Como Gina se entere de tus nuevas actividades extracurriculares, nos va a matar a las dos, Elenita…

Pegué un respingo al oír a Siobhan detrás de mí dejando las bolsas de la compra.

—¡La leche, qué susto me has dado!

—Ya veo que estabas absorta en tu lectura sobre… —Ojeó la pantalla y frunció el ceño—. ¿Helga? ¡Vaya! ¿Debería preocuparme?

—Sí, pero no por mí… ¿Ves esta foto? —Rompí mis principios más básicos de no tocar la pantalla con los dedos solo para que ella me siguiera—. Marzo de 2003, hospital Marqués de Valdecilla, en Santander. Helga acudió como ponente a un curso de genética molecular. Esa misma semana desapareció una mujer de veinticinco años en un pueblo vecino, y te aseguro que en Cantabria nunca ocurre nada…

—¿Adónde quieres llegar?

—Elsa Muñoz, natural de Castro Urdiales. El apellido Salazar se perdió hace tres generaciones debido a esas normas machistas de heredar primero el apellido del hombre. Lo último que se dijo de ella es que tenía depresiones y, muy probablemente, se hubiera tirado al mar, pero su cuerpo nunca apareció.

—Solo es una casualidad, Elena. Y, por cierto, no sé para qué te estoy contando esto, pero ya tienen un par de descendientes. Puedes dejar de jugar a los detectives.

—¿Cómo que ya tienen un par? —pregunté incrédula—. ¿Y los descendientes saben que…? —Sio asintió—. ¿Cómo pueden vivir sabiendo que van a ser sacrificados? ¿No podéis hacer nada para detenerlo?

—Elena, cuanto menos sepas de esto…

—¡Vete a hacer puñetas! Responde.

—A la primera pregunta, tienen muchos más, pero se han quedado con esos dos porque son de los que poseen un mayor porcentaje en común con Salazar. Los dos descendientes se han ofrecido voluntariamente.

—¿Cómo voluntariamente?

—A lo segundo, a base de antidepresivos. La tercera, lo estamos haciendo, Elena. De hecho, ellos son parte del plan. Y ya he hablado demasiado. ¿Se puede saber qué haces mirando todo esto? —Siobhan cerró de malas maneras mi portátil y me miró con severidad.

—Ha sido sin querer. Estaba buscando información sobre «Iza…»[3], ¡Izar banderas! —me corregí. Casi meto la pata al reconocer que estaba indagando en ese suceso de Dornoch que unía de algún modo a Gina, Logan y Ethan.

—¿Izar banderas? —Su mirada incrédula me acusaba.

—Sí, ahora me ha dado por las banderas, que parece que hay muchas maneras diferentes de… izarlas.

—No sabía que, además de inmiscuirte en cosas ajenas, también tuvieras esa afición por las banderas.

—Yo tampoco, Sio, ¿puedes dejar de interrumpirme?

—Sí, perdona… Decías que estabas en el sofá buscando información sobre Ethan, y te topaste con la chica esa de Santander —me delató maliciosa. No me molesté en contrariarla.

—El tipo que está con Helga en el congreso —señalé, volviendo a abrir la tapa del ordenador — es el mismo que me «secuestró».

—¿Tú estás segura de eso?

—Completamente. Dijo que se llamaba John, pero en este artículo se refieren a él como…

—¡James Allison! —dijimos las dos al unísono.

—¿Y dices que el novio de Malindra Stewart es el hombre que se hizo pasar por alguien de la agencia? —dudó Siobhan—. Eso solo significa que ella te reconoció cuando la entrevistaste.

—No me cabe la menor duda de ello… —Me mordí el labio al recordar algo más—. Fui tan estúpida que le di mi número por si necesitaba contactarme. Y aún hay más…

—¿Más? ¿Pero tú cuánto tiempo llevas «izando banderas»? ¡Si te he dejado sola dos horas en lo que iba a la lavandería!

—Guárdate el sarcasmo, que yo te estoy hablando de cosas reales y no de diarios perdidos y máscaras mágicas —le reprendí ofendida—. Esto es algo que llevo un par de semanas investigando.

—¿¡Un par de semanas!? —Siobhan se sentó a mi lado y en su expresión mostró toda su preocupación—. Elena, creo que se te está yendo de las manos. Dejaste el caso por una razón: casi mueres en esa cueva, tienes a tu pequeña…

—Calla y escucha. ¿Recuerdas esos USB que robé en Avión? —Ella asintió con la cabeza—. Bueno, pues… hice una copia antes de dárselos a la agencia.

—¡Por todos los dioses! Dime que no lo hiciste con el ordenador que te hackearon…

—Lo hice con el privado —afirmé—. Empecé buscando qué había sido de esas mujeres de las fichas con la única finalidad de intentar hallarlas con vida.

—¿Y cómo ibas a lograr eso tú sola?

—Mira esto… Es un video que encontré en un canal de Youtube de un joven mexicano que se dedica a analizar desapariciones y crímenes a los que nadie ha dado la relevancia que merecían.

Siobhan se quedó mirando el video, grabado con una cámara oculta que alguien llevaba a la altura del pecho. La voz estaba distorsionada, pero se intuía que era un hombre quien se acercaba a la parte trasera de una hacienda. Al agacharse, se veía un pequeño ventanuco con barrotes a la altura del suelo, que daba a un sótano. Una mano femenina se alzó entre los barrotes en busca de la comida que él le ofrecía. A medida que el hombre se acercaba, los rasgos de la joven se iban haciendo más reconocibles. Tenía signos de violencia, las mejillas con cortes, los labios hinchados violáceos y la mirada más triste que nadie hubiera visto jamás.

—No quiero seguir viendo esto, dime a dónde quieres llegar…

—Este youtuber aspirante a criminólogo tiene un contacto que ha grabado varios videos como este en esa hacienda. En ellos se ve a diferentes mujeres a las que lleva comida y esperanza. —Extendí sobre la mesa unas noticias de periódicos digitales que había impreso poco antes desde su despacho—. La chica del video que te acabo de mostrar desapareció en León, en Guanajuato, en el 2011. Mira esta foto de Instagram de Malindra con su novio James… «*Haciendo yoga en casa*», dice. ¿Reconoces el ventanuco a pie de suelo?

—Es la misma casa. El famoso prostíbulo donde las torturan.

—Dicho esto, no sé si me estás siguiendo, porque tu cara de pasmada me está desconcertando, pero esto es tan solo otra prueba más de que Malindra está metida en el ajo. Y si encontramos ese lugar, si descubrimos dónde esconden a esas chicas, nos llevará hasta ellos.

—¿«Nos»? —Los ojos de mi compañera se debatían entre la perplejidad y la preocupación—. Ya está, ¡suficiente! Si quieres seguir hablando de este tema tendrás que…

—¿Hacerlo en presencia de mi abogada? Ya está delante…

—Hacerlo en presencia de Mark Wasilowska. Él es quien maneja la investigación y, como se entere de que estás haciendo campaña por tu cuenta, se va a poner furioso. ¡Esto no es un juego! O estás dentro o te quedas fuera, pero con todas las consecuencias, no puedes elegir quedarte en el medio. Y te digo desde ya que hay muchas cosas que no te van a gustar, así que piensa bien lo que haces. —Sio me miraba con preocupación—. Necesitas un hobby, cariño. Me empiezas a dar mucho miedo.

—Mira, eso te lo concedo… Últimamente tengo mucho tiempo libre.

El sonido del timbre interrumpió nuestra conversación.

—¿Esperas a alguien?

Negué con la cabeza y recogí rápidamente el chiringuito antes de abrir la puerta. Me encontré a Noah al otro lado, con un ramo de rosas, un peluche —que no me quedó claro si era para mí o para la niña— y una mueca lastimera. Anoté mentalmente que, si las cosas salían bien entre nosotros, tenía que confesarle que las rosas, los peluches y el brilli brilli no eran mi fuerte. Pero si quería regalarme chocolates o libros…, serían siemprebienvenidos.

Antes de pronunciar palabra alguna, estiró el brazo y me entregó un sobre azul que tenía algo metálico en su interior.

—¿Quieres que lo abra ahora? ¿O prefieres hablar antes?

—Ábrelo —ordenó. Dentro no había ninguna nota, como yo había esperado en un primer momento, sino una chapa de esas que se ponen en la ropa, donde se leía la palabra «Estupidez»—. Ahí la tienes, mi estupidez es tuya para que hagas lo que quieras con ella.

Entendí que estaba continuando el juego que yo había empezado en su cumpleaños al entregarle mi confianza; pero no pillaba qué quería decirme con ese gesto.

—Soy un vaquero al que no le gustan los rodeos, así que voy a ir al grano. Sé que igual es un poco pronto para hablar en estos términos, pero te quiero. —«¿Qué?»—. Os quiero a las dos en mi vida… Si es que tú me dejas volver a entrar en ella.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta tu próxima crisis? —dudé—. No me malinterpretes, soy completamente consciente de que he sido yo quien te ha apartado con mis dudas e inseguridades, pero las cosas que dijiste la otra noche…

—No las tengas en cuenta, estaba cabreado contigo.

—No por ello son menos ciertas.

—No quiero perderte. Me gusta estar contigo y me gustaría conocerte más, descubrir a dónde nos lleva esto. Déjame ser tu novio y un buen padre para Gaia.

Sus palabras no me resultaron indiferentes, yo también tenía ciertos sentimientos hacia él, aunque todavía no le amara. Pero la misma curiosidad que me llevaba a aceptar su propuesta, me hacía temer al fracaso.

—No estoy buscando un padre para mi hija. Si empezamos una relación, vas a tener que asumir todo lo que el otro día no te cuadraba. Sigo siendo una mujer complicada, con un pie al otro lado del charco y un bebé. Las cosas no van a ser fáciles por un tiempo. No soy un buen partido ahora mismo.

—¿Bromeas? No podría estarle más agradecido a Dios por ponerte aquella noche en mi camino.

—Por si Dios no te escucha cuando le des las gracias, puedo darte el número de mi hermano. Fue él quien me convenció para salir…

—¿Significa eso que me perdonas? —Noah me sedujo con sus ojos de mar, agarrándome de la cintura para acercarme a él y zarandear mis labios.

—Significa que estamos en tablas. —Rodeé su cuello con las manos para fundirnos en un beso que me produjo un calor agradable—. Voy a preguntarle a Sio si se puede quedar con Gaia esta noche y, si quieres, salimos a cenar por ahí.

—Se me ocurre un plan aún mejor… —Entrelazó sus manos con las mías y empezamos a hacer manitas en el aire—. ¿Por qué no pedimos comida para llevar de algún restaurante de la zona y me quedo aquí con vosotras? Si a tu compañera no le importa… Podríamos ver una peli o tomar una copa…

—¿De verdad te apetece el plan?

—Quiero conocer a la verdadera Elena, a esa que hasta ahora has tenido miedo a mostrarme. Y sé que me voy a enamorar perdidamente de ella, aún más de lo que ya lo estoy de ti.

Algo en mi interior comenzó a dar saltos de alegría. El tímido sol de septiembre despedía el día y la luna ocupaba su puesto con discreción.

Aquella noche, entre tápers de pollo satay y botellas de kombucha, me di cuenta de que algo había cambiado, el comienzo de una nueva etapa que prometía ser muy diferente. Menos frívola, más cercana.

Hicimos el amor despacio; compartimos vivencias de nuestra vida anterior y planeamos un futuro que no sabíamos si la autora de esta historia había escrito para nosotros.

15

10 de diciembre de 2024 — Manhattan, NY

Existe una palabra japonesa que dice que el tiempo lo cura todo: *nankurunaisa*. A mí me llevó exactamente un segundo descubrir que aquella era la mentira más grande que nos habían contado jamás. El tiempo no cura nada, tan solo vuelve el dolor diferente. Más soportable. Porque hay heridas que ni el tiempo es capaz de cerrar.

Aquel día, que comenzó como cualquier otro en el trabajo, tuvo el poder de cambiarlo todo. Mi vida. Esa falsa sensación de seguridad en la que yo me creía viviendo. El caso McGowan. E incluso cambió la historia…, porque cada acto, por pequeño que sea, siempre desencadena una serie de consecuencias para todos.

Y ese *hecho desencadenante* se presentó esa tarde en mi oficina apestando a Hugo Boss.

Sylvia y yo nos encerramos en una sala de reuniones acristalada, a la espera de que Davide y Mario se nos unieran para discutir los artículos que publicaríamos el próximo año.

Usábamos tanto esa sala que ya era casi nuestra. Por eso Sylvia la había colonizado con libretitas y bolis con purpurina, y yo había plantado en el centro de la mesa el último ramo de rosas rojas que me regaló Noah.

Sí, dos meses después de formalizar nuestro noviazgo, aún seguía sin confesarle que no me gustaba que me regalaran flores muertas…

—¿Qué planes tienes para Navidad? —preguntó Sylvia distraída.

—Vuelvo a casa en un par de días, lo de siempre. ¿Y tú? ¿Sigue en pie lo del viaje a Argentina con…? —Sylvia se tapó la cara para ocultar ese atontamiento que le da a uno cuando está ilusionado con un nuevo amor—. Entiendo que sí…

—Mi familia va a matarme en cuanto se entere de que les he cambiado por un ligue.

—Tranquila, te perdonarán en cuanto sepan que se trata de Mario —aseguré—. Lleváis…, ¿cuánto, quince años con el tira y afloja?

—¡Para el carro! Que solo estamos follando... Que nos vayamos juntos de vacaciones no quiere decir que vaya a dejar que me ponga un anillo en el dedo. Para eso llega diez años tarde… Y hablando de familias, ¿lista para presentarle a Noah a la tuya? Ellos sí que se van a alegrar de que por fin hayas rehecho tu vida.

—No será esta vez… Noah se va a Texas. No le gusta viajar; de hecho, nunca ha salido del país.

Sylvia puso los ojos en blanco. Mi cara era un libro abierto. Aunque las cosas nos iban de maravilla, Noah odiaba viajar y no tenía la más mínima intención de venir a España conmigo, lo que sabía que a la larga podría resultar un problema entre nosotros.

También nuestra vida sexual era un problema… o la escasez de ella, más bien. A veces me sentía como una depredadora sexual a punto de saltar sobre su víctima. ¿Acaso no era el sexo desenfrenado una de las mejores cosas cuando empezabas una relación? Esa libido constante que no se saciaba con nada. Pues bien: a Noah no le pasaba conmigo. Siempre estaba cansado después del trabajo y, los días que sonaba la flauta y por fin echábamos un polvo, parecía hacerlo únicamente por complacerme. Y, encima, tenía que estarle agradecida por el esfuerzo...

La tanda de confesiones finalizó tan pronto vimos entrando por la puerta a mis dos compañeros cargados con un arsenal de donuts navideños, cafés con sirope de galleta de jengibre

y unos paquetitos envueltos en papel de regalo que llevaban nuestro nombre escrito en ellos. Los ojos se me fueron a los dulces. ¿Cómo demonios iba a perder los seis kilos que me sobraban antes de la boda de Gina?

—Tenemos un regalo para vosotras. —Mario le guiñó un ojo a su chica con poco disimulo.

Sylvia fue la primera en abrirlo, una camiseta negra con un mensaje de humor periodístico en el que se leía: «Pasemos de la entradilla y vayamos directamente al cuerpo».

—¿No pretenderás que nos pongamos esto para ir por la calle?

—¡Por supuesto que sí! Se trata de nuestro próximo *TikTok challenge* —explicó Davide, quien se valía de su influencia en las redes para comenzar retos que en poco tiempo se hacían virales—. Quiero saber cómo reacciona la gente cuando llevas camisetas con mensajes picantones. Yo ya he comprobado que la mía funciona para ligar…

—Eso es que sí: vamos a tener que ponernos la camiseta —traduje con un mohín de disgusto —. Me gusta la idea. Siempre que no me mandéis otra vez venir sin sujetador a la oficina, sabéis que me apunto a lo que sea.

El movimiento #LibresDomingosYDomingas fue una genialidad de Sylvia, a la que habíamos sobrevivido a base de camisetas reforzadas y estar todo el día encorvadas cual jorobadas de Notre Dame. Nuestra conclusión fue que prescindir del sostén estaba muy bien cuando tenías veinte años y una 80 de pecho, pero no era tan divertido en la treintena y con una copa D…

—¿A qué estáis esperando? —urgió Mario, mostrando con orgullo que él también llevaba la suya puesta, en la que se leía: «Cada noche podría ser noche buena si tú quieres».

Sylvia y yo nos pusimos la prenda a regañadientes, asumiendo que nos iba a tocar ser parte del experimento social.

—Siguiente punto del día, tenemos que discutir algo de vital importancia —comencé con seriedad, recibiendo como respuesta tres ceños fundidos que pronto se relajaron al darse cuenta de que estaba bromeando—. Necesito ideas para la cena de Navidad. El jefe nos ha aprobado un presupuesto de ochenta dólares por cabeza. ¡Volveos locos! ¿Dónde queréis ir?

—¿Qué tal un filetazo en el Sanders? —propuso Davide.

—Hay demasiada testosterona en las *steakhouses*. ¿Por qué no vamos a La Magnolia Dorada? —sugirió Sylvia, ignorando mi cara de horror.

—¿Quieres que acabemos todos meando purpurina rosa? —se atrevió Mario.

—Mandadme vuestras sugerencias por email y lo someteremos a votación —resolví, preparando la presentación en el ordenador para que se viera en la pantalla que descendía por la pared—. ¿Tenéis ya la lista de temas sobre los que os gustaría escribir el próximo año? En la pantalla podréis ver algunas de mis sugerenc…

—Jefa, siento interrumpir, pero hay alguien afuera que no nos quita ojo. Igual es urgente… — Mario señaló con el dedo hacia el cristal que hacía de pared y nos aislaba de las zonas comunes.

Todas las miradas se desviaron en esa dirección, en especial la mía, que tuvo que parpadear dos veces para cerciorarse de que no estaba teniendo una alucinación. El corazón comenzó a latirme con fuerza en la cara, y en mi cabeza sonaron los primeros acordes de *Somebody that I used to know*, de Gotye y Kimbra.

Aun en la distancia, nuestras miradas conectaron de inmediato, provocándome un escalofrío que me recorrió la columna vertebral. No encontré más que tristeza y oscuridad en esos ojos verdes que antaño llameaban deseo.

¿Por qué ahora? ¿Por qué se me secó la boca al verle, si yo ya lo había superado?

El silencio hizo eco en la sala. Mis compañeros no disimularon una mueca de curiosidad, pues la misma que siempre lo tenía todo bajo control, había sufrido un cortocircuito.

Me vi incapaz de pronunciar palabra por miedo a que solo saliera un gritito ahogado de mi garganta. Me sudaron las manos. En un intento absurdo por resultar profesional e indiferente, saqué pecho, me bajé la falda y retomé la presentación, ignorando al hombre que me diseccionaba con la vista al otro lado del cristal.

—Como iba diciendo…

Me quedé en blanco otra vez. Al *shock* que me provocaba volver a verlo, se le sumaba una curiosidad que me mataba, pero no pensaba permitir que el mundo dejara de girar por él. Si yo había esperado dos malditos años, él podría esperar media hora.

¿Por qué seguía parado al otro lado del cristal, con esa duda dibujaba en el rostro?

—Perdonad, chicos, ¿qué estaba diciendo?

—¿Estás bien, jefa? Parece que hubieras visto un fantasma —observó Mario, oliéndose el percal.

—Sea quien sea ese tipo, diría que no estás feliz de verlo… —añadió Davide perspicaz.

—Sabéis que la habitación, además de ser transparente, no está insonorizada, ¿verdad? —replicó el inesperado visitante al otro lado de la sala.

Ignorar el sonido de su voz fue lo más difícil que había hecho en mucho tiempo, pues trajo consigo una mezcolanza de recuerdos felices y noches angustiosas llorando su ausencia. Mentiría si dijera que había echado de menos su causticidad. Con mi propia lengua viperina tenía bastante.

—¡Temas para el nuevo año! ¿Podemos seguir con esto, chicos?

—¿Por qué no nos tomamos un descanso de quince minutos? —Sylvia pareció entender a la perfección lo que necesitaba, aunque ni yo misma me atreviera a expresarlo en voz alta—. No sé a vosotros, pero a mí me vendría de perlas un café con esos donuts...

—Hemos traído café, lo tienes ahí… —La colleja que Davide le dio a Mario fue lo único que se oyó en esa sala antes de que sus pasos los llevaran a la cafetería del bloque.

Dejaron la puerta entreabierta, dando pie a que Ethan McGowan entrara por ella sin esperar una invitación. Por suerte, era lo suficientemente educado para no alejarse demasiado de ella, respetando mi espacio vital.

¡Joder! Estaba más guapo que la última vez que nos vimos. Se había cambiado el pelo, lo llevaba más largo por arriba, de punta y algo despeinado. Le quedaba bien, realzaba el verde de sus ojos, que ahora lucía apagado. La barba de varios días le daba un aspecto sexy. Algunas canas incipientes insistían en probar que ya no era tan joven, al igual que la piel de alrededor de sus ojos, algo menos tersa. Sin embargo, no parecían rasgos propios del paso del tiempo, sino de alguien que ha sufrido considerablemente en los últimos años. Pero ¿por qué?

Un abrigo negro abierto le protegía del frío neoyorkino. Debajo, un jersey gris con ochos y un pantalón vaquero oscuro, que acompañaba con unas Timberland clásicas. Si había algo que permanecía igual era ese aroma cítrico amaderado que intoxicaba el aire cuando pasaba, evocando recuerdos que yo luchaba cada día por olvidar. Por más que me esforzara por parecer inmune, me sentía una yonqui anhelando su dosis.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo en el silencio, pero no logré extraer nada de ese intercambio visual, más allá de que, bajo toda esa arrogancia que le mostraba al mundo, intuía que él también estaba nervioso. Incluso más que yo, si teníamos en cuenta que era el rey del disimular…

—¿Es tu equipo? —Odiaba las conversaciones de ascensor. Asentí con un movimiento de cabeza que le dio pie a seguir hablando—. Parecen agradables. Curiosa *playera*, por cierto.

Playera, playera… Mi cerebro tardó un segundo en procesar el significado de esa palabra que

me resultaba tan familiar y tan extraña al mismo tiempo. Exactamente igual que Ethan.

Me quité la camiseta con nerviosismo. Apenas hacía diez minutos que poseía la inusual prenda y ya había recibido mi primer comentario.

—Es una broma de los chicos —respondí, quedándome con el escotado top negro que escogí esa mañana, aprovechando que podía llevar sujetador de nuevo.

Además de mi voluminoso escote, el top también dejaba a la vista un colgante que me regaló Noah con dos corazones de oro entrelazados y un discreto diamante en el medio. Al igual que con las flores, aún no había encontrado el valor para decirle que no me gustaban ese tipo de joyas.

El modo en que su mirada se posaba en todas partes, sin pronunciar palabra, me incomodó. Busqué alguna pista en su rostro sobre qué podría estar pensando, pero seguía mostrando esa ensayada expresión de perpetua indiferencia.

—Si vienes a por una copia firmada de mi gran *best seller*, lamento decirte que ya no me queda ninguna. —El sarcasmo siempre era mi escudo cuando me sentía indefensa—. Ah, no, espera…, que yo no lo escribí. Pero eso tú ya lo sabías…

Su falta de respuestas me puso aún más nerviosa. Supuse que solo estaba intentando encontrar las palabras o el coraje. Se mordió el labio inferior y bajó la mirada, dedicándole al suelo más atención de la que realmente merecía.

—¿A qué coño has venido, Ethan?

—Necesitaba respuestas y ya no sabía dónde más buscarlas —respondió con voz grave.

—¿Y esperas encontrarlas en mi despacho? —No pude evitar el tonito—. No me importa a qué hayas venido, te lo dejé muy claro hace dos años: si te ibas sin darme la oportunidad de explicarme, no quería volver a saber de ti.

—Si mal no recuerdo, yo también te pedí que me olvidaras una vez… y acabé casándome contigo —recordó con fastidio. Su mirada se perdió entonces en mi pelo, el cual parecía despertarle una terrible curiosidad—. ¿A qué se debe el cambio de *look*? No te queda mal ni nada de eso, pero, no sé…, no eres tú.

—No es por ser borde, pero estoy muy liada y no tengo tiempo para discutir contigo mi estilismo capilar.

—¡Menos mal que no querías ser borde! —Ethan avanzó un par de pasos hacia la mesa que nos separaba y acarició las rosas del jarrón con delicadeza—. Ya veo que el cabello no es el único cambio… Antes no te gustaban las rosas. Por eso te traje *shortbread* en son de paz.

¡Genial! Primero los donuts y ahora el *shortbread*, un dulce escocés a base de mantequilla, chocolate y caramelo que Ethan bien sabía que era mi perdición. Adiós vestido de la talla 38, hola celulitis.

«Un momento, ¿*en son de paz*, ha dicho?».

Di un paso atrás, inquietándome al ver que él hacía lo contrario para acortar las distancias.

—Siguen sin gustarme las rosas, pero me pareció feo rechazarlas.

—¿Cuánto dices que llevas con ese chico? Porque diría que no te conoce en absoluto. —¡*Imbécil!*—. A mí me llevó escasos cinco minutos descubrir que no te gusta que te regalen flores.

—Es que él empleó esos cinco minutos en descubrir que jamás me acostaría con su padre.

Me mordí la lengua, aunque no me arrepentía de las palabras pronunciadas. Ethan sonrió con los labios apretados.

—Está bien, me lo merezco.

—¿No vas a rebatirlo? ¿El gran Ethan McGowan viene con el rabo entre las piernas?

—¿Dónde quieres que lo lleve?

—Veo que tú no has cambiado ni una pizca: sigues siendo el mismo grosero de siempre.

—Antes solía gustarte.

—Tú lo has dicho: «*antes*». ¿A qué has venido? Te he dado cinco minutos para explicarte y has malgastado tres diciendo chorradas.

—Venía a disculparme, pensaba que era obvio.

—¿A disculparte? —Puse los brazos en jarras y comencé una marcha nerviosa por mi lado de la mesa—. ¿Y por qué exactamente vienes a disculparte? ¿Por dejarme sin posibilidad de negociación? ¿Por no escucharme? ¿Por robarme a mis amigos? ¿Por acusarme de infiel? ¿Por creer que escribí ese maldito reportaje? ¿Por asegurar que fui yo quien te denunció por malos tratos?

—Por todo eso, sí. Si me escucharas, yo…

—Igual que tú me escuchaste a mí cuando más te necesitaba, ¿no?

—Si vas a recordarme todas las veces que fui un gilipollas contigo, puedes ahorrártelo: yo ya hice mi propia lista.

—¡Pásamela! Seguro que puedo añadirle un par de cositas.

—Elena…, entiendo que estás enfadada, pero…

—¿¡Que lo entiendes!? —Una risa nerviosa se escapó de mis labios—. ¡Tú no entiendes una mierda! Mira… —*Respira, Elena, respira*—. Agradezco mucho que hayas venido a disculparte, pero agradecería más que te fueras. No tengo nada más que hablar contigo.

—Tiempo muerto.

Ethan hizo un gesto con las manos como si realmente pudiera detener el tiempo y crear un espacio temporal solo para nosotros. Esa era nuestra palabra de seguridad cuando las cosas se ponían muy intensas tras una acalorada discusión que, tiempo atrás, solíamos resolver acalorándonos aún más en la cama.

—¿Podríamos empezar de cero? —intentó—. Yo me disculpo, tú finges que me escuchas y nos despedimos de forma cordial, como dos adultos civilizados.

Me entraron ganas de agarrar el jarrón y lanzárselo, pero estaba demasiado cerca para coger el impulso necesario. Al ver que no decía nada, volvió a hablar él.

—No sé por qué pareces tan sorprendida de verme, estoy seguro de que habrás fantaseado con este momento miles de veces.

—¿Después de dos años? ¡Tienes que estar de coña! Después de cómo me humillaste, de cómo me apartaste de todo el mundo…

—¡Yo no te aparté de ellos! En todo momento les pedí que no tomaran partido, pero me vieron hundido y…

—¿Qué te vieron hundido? ¿A ti? —Me reí por no llorar y decidí mirar para otro lado—. Si me hubieras escuchado, igual ahora podríamos tener una relación cordial… Pero tu maldita desconfianza se interpuso entre nosotros.

—Tampoco te hagas la víctima tú ahora... Fue el caso McGowan lo que se interpuso entre nosotros. Te recuerdo que estabas metida hasta el cuello, a pesar de que te pedí expresamente que no lo hicieras. No tienes ni idea de la que liaste…

—¡Me dijiste que eras el hombre más feliz del mundo mientras me follabas, solo cuatro días antes de dejarme! Cuatro días en los que, por cierto, estuve secuestrada por tu primo y tu papaíto en una cueva donde casi muero ahogada. Supongo que ya sabes de lo que te hablo... —Su cara se contorsionó en una mueca de sufrimiento que me indicó que estaba al tanto. Apretó los ojos y, cuando los abrió, era como si ya no estuviera allí. Como si no estuviera en ningún sitio—. Haznos a los dos un favor y ahórranos este valioso tiempo para algo más importante. Está claro

que no vamos a llegar a un acuerdo.

—No se me ocurre nada mejor ahora mismo que estar aquí discutiendo contigo. Prueba de ello es que podría haberte enviado un mensaje o haber esperado a verte en la boda para disculparme, en vez de tener drama con mi novia por cruzarme el pinche mundo para venir a verte. Digo yo que algo dirá eso a mi favor…

—¿Que te sobra el dinero?

—¡No! Que me importas lo suficiente como para venir a buscarte. He perdido a mi mujer, pero me gustaría recuperar a mi mejor amiga.

—¡Pero es que llegas tarde con tu discursito! ¡Han pasado dos malditos años, Ethan! —Mis compañeros, que habían regresado de la cafetería, nos observaban en la distancia, buscando una mínima señal para intervenir—. Mira, no me pillas en buen momento… Estamos casi en Navidad, esta noche me voy a Niágara a cubrir un evento y aún tengo un montón de cosas que cerrar antes de irme a España.

—No quiero robarte mucho tiempo. Supongo que tendrás que comer en algún momento, ¿no?

—Sí, pero no necesariamente contigo.

—Tampoco tiene por qué ser hoy... Voy a estar tres días en Nueva York.

—Si no te importa, mi equipo me está esperando.

Odiaba no ser capaz de extraer algo de su mirada. Ethan era un maldito témpano de hielo.

—¿Por qué no me dices al menos cómo estás? ¿Cómo has llevado tú todo esto?

—Repito que no tengo ningún interés en hablar contigo.

—Bueno, pues… no hables. ¡Escríbelo! Siempre se te dio bien escribir lo que sentías cuando no encontrabas las palabras.

—Está bien, tú lo has querido… Dame un minuto. —Abrí Youtube en el móvil, busqué un video y copié una secuencia de letras en una de las libretitas multicolores de Sylvia—. Toma. No hace falta que respondas… Si no te importa, tengo que seguir trabajando.

Le recordé dónde estaba la puerta y él no tardó ni un segundo en cruzarla, aunque eso no significase que fuera a desaparecer de mi campo de visión. Estaba claro que se había propuesto hacerme la vida imposible.

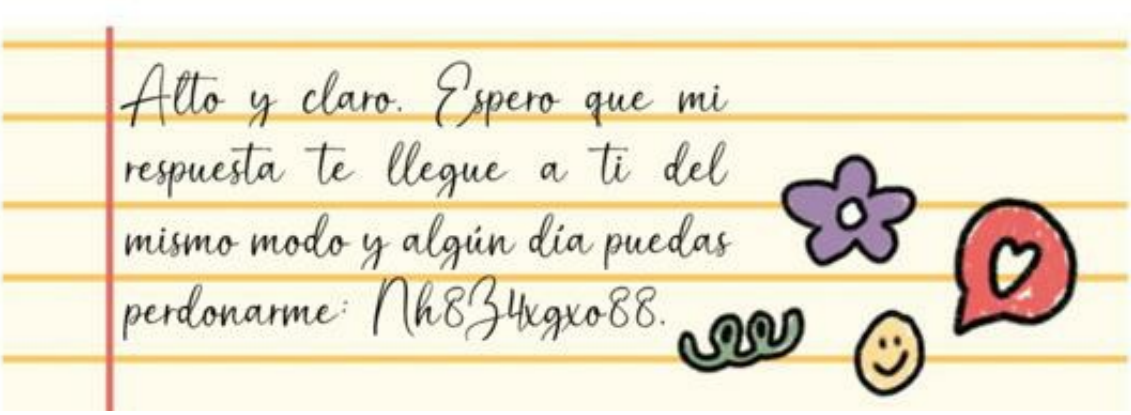
Mientras trataba inútilmente de retomar la reunión, lamenté que las paredes fueran de cristal, pues no podía aparta la mirada de ese imbécil impaciente. Ethan no pudo esperar a llegar a casa para descifrar lo que le había escrito en el papel, un link directo a la canción *Que te den*, de Amparanoia.

¿Por qué molestarme en encontrar las palabras correctas para expresar cómo me sentía, si otros ya lo habían cantado antes?

Su reacción fue tan inmediata como inesperada… ¿Por qué estaba sonriendo ese canalla?

Quería ignorarle, luchaba con todas mis fuerzas por que me resultara indiferente si se quedaba ahí o se tiraba por la ventana de ese veinteavo piso, pero perdí el hilo de la reunión varias veces por seguir lo que estaba haciendo. Anotó algo en una libreta y lo deslizó por debajo de la puerta, justo antes de hacerme un gesto con la mano que sonaba a despedida. Me prometí a mí misma que no lo cogería hasta que llegara el momento de abandonar la sala. Sé que, de no haber estado allí mis compañeros, hubiera sido incapaz de cumplir mi promesa.

Finalizada la reunión, mis chicos regresaron a su mesa de trabajo y yo me quedé allí, repasando los planes para el 2025 en silencio, una burda excusa para no reconocer que me aterraba encontrarme de nuevo con él. Cogí la nota con temor, como si quemara, y la leí en silencio:



El código me dirigió a *Origins*, de Belle Mt. Mientras mandaba los últimos emails del día, dejé la canción de fondo y sin prestarle demasiada atención, pero había algo en ella que me puso la piel de gallina, una voz desgarrada, como de quien lo ha perdido todo y se juega el futuro a una carta; la propuesta encubierta de tirar los errores al fuego e intentarlo de nuevo, y la garantía de que nadie puede ganar una guerra. ¿Qué demonios significaba todo eso?

—¿Estás bien? —Me giré al oír a Sylvia cerrando la puerta tras ella.

Se sentó a mi lado, observando de reojo la nota que tenía en la mesa. El móvil seguía reproduciendo —por quinta vez— la misma canción, provocando que algo se encogiera en mi alma.

—Ese era el padre de tu hija, ¿verdad? —Asentí en silencio, incapaz de decir mucho más—. ¿Por qué no quieres escucharle?

—Porque sé que me va a convencer.

—Hace más de dos años que rompisteis, ¿por qué ahora?

—No lo sé, puede que… ¡mierda! —Me levanté de la silla y comencé a dar vueltas por la sala, nerviosa. El nudo en la garganta comenzó a estrangularme—. ¿Y si le han dicho lo de Gaia? ¡Seguro que es eso! ¡Joder, joder, joder! Es imposible mantener tanto tiempo un secreto así teniendo amigos en común. ¡Si es que hasta su padre lo sabe!

—No conozco a ese hombre, pero no tenía pinta de saber que tiene una hija... De todos modos, podrías aprovechar que está aquí para contárselo.

—¿Tú estás loca? ¡No estoy preparada para hablar con él! ¡Podría haberme avisado! No es como si hubiera pasado por mi oficina de casualidad… ¡Esto ha sido con premeditación!

—Y mucha alevosía —se burló—. Elena, nadie coge un avión para ver a su ex después de dos años sin hablarse si no tiene algo muy importante que decirle.

—Me tengo que ir a casa. Necesito preparar las cosas y ver a mi niña antes de Niágara…

—¡Buen viaje, jefa! Y piénsatelo…

Entré como un cohete en el despacho de Sio sin siquiera llamar a la puerta.

—¿Hola? —Se volvió en su silla giratoria y me miró con sorpresa.

—¡Tú lo sabías!

—¿El qué, cariño? Sé muchas cosas… Soy abogada.

—¡No te hagas la idiota! Lo de Ethan, ¿qué va a ser?

—Misma respuesta: sé muchas cosas sobre Ethan, así que tendrás que ser un poquito más específica... ¿Te refieres a lo de sus padres? ¿Al ritual? ¿Al incidente de Dor…?

Aunque Siobhan parecía desconcertada, no lo estaba tanto como yo tras oírle decir todo eso.

—No sé de qué estás hablando. Me refiero a lo de hoy. —De nuevo, Sio negó con la cabeza —. Te daré una pista: Ethan, *Trendy NY*.

—¿Has entrevistado a Ethan? Sabía que tenía algo apalabrado con *Cool People* y *Forbes* por uno de sus proyectos sostenibles, pero…

—¿De qué hablas? ¡Ethan se ha presentado en mi oficina!

—¿Quéééééééé?

—¿De verdad no sabías nada?

—¿Te parece esta la cara de alguien que sabe de qué estás hablando? Es decir, sabía que quería pedirte perdón en algún momento, pero no pensé que fuera a hacerlo antes de... ¡Por todos los dioses! A Mark no le va a gustar esto.

—O sea, que algo sabías… —Sio ladeó la cabeza—. Hubiera sido un detalle prevenirme, igual no se me habría quedado esa cara de gilipollas al verle.

—¿Recuerdas todo ese tiempo en el que he sido su abogada mientras vivía con su hija y no le dije nada? ¡Pues eso, Elena! Yo soy la OTAN en esta guerra, no quiero líos.

—¿Por qué se lo has permitido?

—Porque conozco ambos lados de la historia y creo que tenéis mucho de lo que hablar cuando llegue el momento… los dos.

—Te equivocas: yo no tengo nada que discutir con él. Esto ya lo habíamos hablado.

—Tenéis una hija en común y un montón de amigos. ¿No crees que las cosas serían mucho más fáciles si volvierais a llevaros bien? —¿Era yo o me estaba saliendo humo por las orejas?—. ¿De verdad vas a negarle una disculpa? Llevas meses intentando descubrir qué está pasando, tal vez él pueda darte las respuestas que necesitas. Es un buen agente, de los mejores, aunque tú no conozcas esa cara de la moneda. —Sio hizo una pausa y cogió mis manos para tranquilizarme—. Te estoy pidiendo que le escuches, no que vuelvas con él. Dale la oportunidad de dejar de ser el cabrón que crees que es.

—No creo que sea un cabrón, sino un cobarde.

—No podrías estar más equivocada. Es una de las personas más valientes que conozco… y más leales. No sabes por lo que está pasando.

—¿Estamos hablando de la misma persona? Además, nada de lo que diga va a devolvernos los años que nos robó.

—No, pero podría devolverte el futuro y… ayudarte a entender. —Hacía mucho que no me miraba así, como si quisiera protegerme del mundo. Esa mirada me hacía sentir débil. Y la odiaba—. ¿Tú cómo estás?

—¿Pues cómo quieres que esté, Sio? El imbécil que me rompió el corazón se presenta en mi puerta, imponente, reavivando todo eso que yo ya creía muerto y… ¡Estoy furiosa contigo!

—Elena, no me canso de repetirte que Ethan ha pasado por más de lo que te imaginas. —

Estuve a punto de interrumpirla, pero no me dejó hablar—. Sé que tú también has pasado lo tuyo, pero el odio no le hace bien a nadie. Y creo que hacer las paces contigo le ayudaría en este duelo al que se está enfrentando.

—No sé de qué hablas, pero yo no voy a darle la paz mental que le falta. La paz que él me robó a mí.

—Solo escúchale. Y, si no te convence lo que tenga que decirte, no tienes por qué volver a verlo.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con Gaia?

—Sabías que este día llegaría antes o después…

—Sí, cuando la cría tuviera veinte años y me preguntara en una barbacoa familiar por qué no se parece en nada a ese rubio al que lleva años llamando papá. Y entonces, yo le contaría cómo conocí a su padre. —Mi ataque de histeria la divertía—. ¡Mierda! ¿Las seis ya? Tengo que hacer la maleta y darle la merienda a Gaia. En una hora vienen a buscarme.

—Bueno, yo te mando su número de teléfono y tú decides lo que haces, ¿vale? Estará en Nueva York hasta el...

Dejé a Siobhan con la palabra en la boca y me dirigí al salón para disfrutar de mi hija, a quien no vería durante los dos largos días que pasaría en Niágara cubriendo un evento con un fotógrafo capullo.

Se avecinaba tormenta —climatológica, en concreto— y no podíamos demorarnos ni un minuto en la carretera.

16

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—¿Me estás diciendo que mi padre intentó arreglar las cosas y tú ni siquiera le diste la oportunidad de hablar?

Siempre he admirado el fuego que albergan los ojos de Gaia…, excepto cuando ese fuego tiene forma de misil y va dirigido a mí.

—Estarás de acuerdo conmigo en que fue un capullo.

—No lo sé. Toda historia tiene dos puntos de vista, y yo solo conozco el tuyo. Necesito contrastar las fuentes.

—Igualita a su mamá, siempre en busca de la verdad absoluta —se burla Eidan.

—Cariño, me temo que, en este caso, contrastar las fuentes va a ser… complicado.

El teléfono que interrumpe esta vez es el mío, uno de esos clásicos con pantalla gigante táctil que aún conservo por nostalgia. Sigue funcionando, ¿por qué iba a desecharlo?

—¿No dijimos que nada de móviles? —protesta Gaia.

—Es vuestro tío Jorge. Nos están esperando todos en casa. Me temo que tendremos que seguir con la charla en otro momento… —Mis palabras obtienen por respuesta una sinfonía de quejas, lamentos y gruñidos—. Os prometo que seguiremos con esto más tarde, puede que incluso Gina o Mike quieran intervenir. —La mueca de sarcasmo de Gaia me hace reír—. ¿No eras tú quien querías contrastar las fuentes?

—¿Qué tiene que ver Mike con el caso McGowan?

—No mucho, pero tendrás que esperar al final de esta historia para averiguarlo. ¡En marcha!

No puedo explicar con palabras la alegría que me produce abrir la puerta y encontrarme a mis amigos de Londres allí. Me faltan brazos y besos para abordarlos a todos, a ellos, y a los que han venido después, que cada verano están más altos, o tal vez seamos nosotros los que vamos encogiendo. No quiero pensarlo demasiado…

A sus diecinueve años, Jack, el hijo de Brit, es ya todo un hombretón, con el pelo cobrizo y unos bonitos ojos azul grisáceo que heredó de su padre. La maternidad le provocó tantos desajustes en su vida que, tras una crisis matrimonial que casi les cuesta el divorcio, decidieron que con uno era suficiente.

Jack y Gala tienen la misma edad, pero nunca han tenido demasiado en común… Mi hija está orgullosa de ser un ratón de biblioteca y él presume de ser el capitán de un equipo de fútbol londinense que juega en segunda división. Su sueño es convertirse en el nuevo Beckham y sabemos que algún día lo conseguirá.

Para disgusto de Gina y Casper, que siempre soñaron con que nuestros hijos fueran todos amigos, Jack tampoco ha mantenido nunca una relación particularmente buena con su hijo Oliver. Mientras que uno presume de todas sus conquistas amorosas y de las borracheras que ha dejado a sus espaldas, el otro prefiere quedarse en casa un fin de semana leyendo un buen libro o jugando a juegos de mesa con sus amigos de la universidad.

Sociable y compasiva por naturaleza, Gaia no tiene reparos a la hora de entablar amistad con quien sea, encontrando entre sus amistades individuos de lo más variopintos. Del grupo de jóvenes, ella es el lazo de unión, la que siempre consigue que todos olviden sus diferencias para pasar una buena noche, aunque al día siguiente estén otra vez tirándose los trastos a la cabeza.

Oliver es el mayor de los cuatro, dos años mayor que Gaia y seis que Jack y Gala. De

complexión espigada y gran estatura, tiene el pelo castaño claro y unos preciosos ojos como la miel. Hartos de tratamientos que no daban sus frutos, Gina y Casper decidieron adoptar a este niño, abandonado por su madre drogadicta en un hospital de Birmingham nada más nacer.

Su inteligencia es muy superior a la media y ya de pequeño devoraba libros de ciencia que muchas veces los adultos no comprendíamos. Se está preparando para ser cirujano y a menudo tiene que sacrificar el ocio por una tarde de estudio, pero a él parece no pesarle.

Gaia y Oliver han sido inseparables desde la niñez, pero, con la adolescencia, ella empezó a interesarse por los chicos y las actividades propias de su edad, y tomaron caminos separados.

Lo que no entiendo es qué está pasando hoy… porque Gaia está fría con Jack y Oliver por igual, y entre ellos se lanzan unas miraditas que me preocupan… Porque esto no parece un simple drama adolescente. Aquí hay sentimientos en juego, dudas y muchas lágrimas.

¿Qué habrá pasado?

Mi marido parece leerme la mente, con esa complicidad que el tiempo y las circunstancias no han conseguido arrebatarnos.

—Tenemos que empezar a asumir que ya no son niñas, ¿verdad?

—Me cuesta… Hace un segundo estaba rememorando cuando solo era un bebé, y ahora tengo que verla en presencia de estos dos hombretones que se la están comiendo con los ojos.

—Tú también crees que nuestra pequeña se ha liado con uno de los dos este verano, ¿verdad? —pregunta.

—¡Por supuesto que no! —Por un instante, Eidan respira aliviado con mi respuesta—. Creo que se ha liado con los dos.

—¿Estás de broma? ¡Gaia jamás haría eso!

—No vayas a ponerte puritano tú ahora… ¿Tengo que recordarte tu historia con…?

—¡Eso fue distinto! No fue mi novia y lo sabes. Además, no lo decía por eso. Es solo que… —Mira a su alrededor, bajando el tono—. Casper los vio juntos. Ya me entiendes… No ha querido decirle nada a Gina porque lleva soñando con este momento toda su vida, creo que ya tiene pensado hasta el traje de novia de Gaia…

—Con poca tela y estampados chillones, ya te lo digo yo… —asumo recordando el vestuario habitual de mi hija mayor.

—Oli está enamoradísimo de ella desde que son niños. ¿Qué crees que ha podido pasar?

—Que Jack también lo está. Puede que cada fin de semana quede con una, exactamente igual que solía hacer su padre, pero en el fondo, es Gaia quien le interesa.

—Todavía estoy dándole vueltas a lo de que la otra enana le haya puesto los cuernos a su novio con un tío que podría ser su padre.

—¡No fastidies! Que tú ya no eres tan joven…

—Vaya, gracias por recordármelo. —Me encanta cuando frunce así el ceño y se le dibujan esas arruguitas alrededor de los ojos.

—Cariño…, no éramos precisamente niños cuando la tuvimos. A las adolescentes tienden a gustarles los hombres mayores y supongo que Gala relaciona la figura paterna con alguien cuarenta años mayor que ella.

—Claro, y este chaval «solo» le dobla la edad —protesta, molesto al imaginar a su bebé con un tipo tan mayor.

—Prohibir despierta el deseo… Sabes que, si le pedimos que no vuelva a verlo, se encaprichará aún más de él.

—De nuevo, igualita a la madre… —Acalla mis protestas con un dulce beso—. Ya podrían haber heredado de ti lo bueno y no esas ganas de meterte en problemas o de enamorarte del chico

incorrecto.

—Tampoco me fue tan mal con el chico incorrecto…

—Tuviste suerte.

No importa que pasen los años, cuando me mira así, todavía consigue que me flaqueen las piernas y mi corazón lata con más fuerza que la batería de una canción de Metallica. Aquel beso pulcro y discreto comienza a acalorarme. No es hasta que oigo un carraspeo y a Brit trayéndonos dos mojitos que mi chico no se aparta de mí.

—Será mejor que ayude a tu marido a asar la carne.

—Eso, déjame hablar con tu mujer, que tú la tienes el resto del año —responde mi amiga picajosa.

Cuando nos deja solas, Brit comienza a contarme que está siguiendo una dieta milagrosa a base de comer unas extrañas frutas sintéticas que hacen que pierdas tres mil calorías sin moverte del sofá.

Nos sentamos en la mesa y comenzamos a degustar los platos. Mi hermano y mi cuñada han traído delicias catalanas, y mis padres vino dulce de la tierra para tomar con zapatillas, unas pastas blancas que se sirven como postre y que mis amigos consideran que quedan genial como entrante antes de la barbacoa. A mi padre le ha volado la cabeza.

Los adolescentes han pasado de la comida para lanzarse a la piscina con un arsenal de cervezas y mojitos. Tienen su propia fiesta montada con una música estridente que está pegando muy fuerte, el electrorreguetónclasic, una mezcla entre música clásica, electrónica y reguetón que hace que le sangren a uno los oídos, y cuyos principales representantes son hologramas creados con Inteligencia Artificial. Suena como si hubieran metido a Tchaikovsky, Bad Bunny y Safri Duo en una coctelera virtual y hubiese salido ese ruido que parece diseñado para dañar los tímpanos de los perros. No deja de fascinarme que un holograma pueda haber ganado varios Grammys latinos...

Gina tuerce el gesto con disgusto. Me pregunto si esa misma era la cara que ponía mi madre cuando me veía a mí perreando hasta el suelo algún tema de Karol G.

Gina se queja de que su hijo está tan centrado en la carrera que a veces se olvida de vivir, Brit de lo contrario. Los hombres hablan de fondos de pensiones, de los achaques en las rodillas o la espalda y de planes para la jubilación. ¿Cuándo se volvieron nuestras conversaciones tan apasionantes?

Mientras preparo los cafés en la cocina, Gina se acerca a mí con una sonrisa que resulta algo exagerada con los rellenos que se ha puesto en los labios. En su afán por mantenerse joven, su rostro está un poco acartonado.

—Una fiesta magnífica, querida, no esperaba menos de ti. Pero ¿me puedes explicar por qué Gaia me ha dado las gracias hace un rato?

—Acaba de descubrir que fuiste tú quien me convenció para no abortarla —explico.

—Ya veo… Ha llegado el momento. ¿Le has contado ya lo de su padre? ¿Lo que pasó aquella noche? —Niego con la cabeza, aturdida—. Te dije que no podías ocultárselo eternamente… Merecen saber qué pasó, Elena.

—Lo sé, es que… ¡joder! ¿Cómo les explicas algo así sin que suene a ciencia ficción?

—Exactamente igual que lo hiciste en esos libros. Sigue el mismo orden. Siempre te estás quejando de que tus propias hijas no te leen, ¿no? No se van a dar cuenta.

—Me han leído…

—¡Oh! OK, eso lo cambia todo… ¿Y crees que…?

Nos volvemos de golpe a la puerta de la cocina al oír a Gaia pidiéndole perdón a Oli, que ha

cruzado el salón como un basilisco en dirección al que va a ser su cuarto estos días. No sé si va a ser buena idea que Jack y él duerman bajo el mismo techo…

A través de la ventana, veo a mi otra hija repanchigada en la tumbona y haciendo videollamada con su nuevo amiguito al estilo clásico, con una Tablet. Siento cierta lástima por su novio, pues han sido varias las veces que le he visto colgarle el teléfono esta noche.

—¿Tienes idea de qué hay entre mi hija y tu hijo? —pruebo. Gina trata de torcer el morro, pero las inyecciones que petrifican sus líneas de expresión se lo impiden—. No sé, han estado todo el verano en Londres…, algo sabrás.

—Esto se veía venir desde que eran críos, te lo dije… —Odio cuando se pone así—. Solo sé que todo se remonta al día que fueron a Brighton a ver tocar a Casey. No sé qué pasó o dejaría de pasar, pero nada volvió a ser lo mismo en el grupo.

Si lo que decía era cierto, mi hijo tenía que estar al tanto del culebrón. Llevaba dos años saliendo con Casey y eran dos polos opuestos. Su pareja tenía la piel blanca como la nieve, los ojos azules y era muy extravagante, algo que se acentuaba cuando se subía al escenario a cantar con su banda de rock Queer. Mi niño era más discreto y a menudo chocaban cuando la personalidad arrolladora de aquel entraba en conflicto con la timidez de este.

Regresamos con el grupo con varias jarras de café y los pastelitos de arándanos que ha preparado la madre de mi cuñada. No tardamos en ver acercarse a Jack, Gala y Gaia, quienes se sientan en unos sillones de ratán con cojines blancos, que ahora están empapados por su culpa.

Gala es quien inicia la conversación, después de mandar callar a Jack con un gesto severo.

—Antes has comentado algo que nos ha hecho pensar que a Jack también podría interesarle esta historia.

Sé por qué lo dice, y me genera dudas, aunque su madre asiente con la mirada, autorizándome a incluirle en la charla que se supone que era privada con mis hijas.

—Os he dicho que retomaríamos esta conversación más tarde.

—Ahora. —No sé cómo una cría tan joven puede imponer tanto, va a ser una abogada óptima —. Intuyo que Oli se unirá más tarde.

—Ahora no es buen momento, tengo que ayudar a los abuelos a acostarse y… —me excuso.

—No te preocupes, me encargo yo. —Mi marido aparece de la nada y se ofrece en la tarea doméstica, dándome un beso en el cuello que busca mi complicidad—. No me importa perdérmelo, esta parte la he oído ya antes…

No sé si comérmelo a besos por lo encantador que es siempre con mis padres o estrangularlo porque esté aprovechándose de la situación para desaparecer de allí. Sé que este tema le está incomodando más de lo que quiere hacer ver, porque su postura es muy diferente.

—Nos habíamos quedado en que mi papá regresó con el rabo entre las piernas y tú le diste calabazas —resume una Gaia molesta.

—¿Alguien quiere un *gin tonic*? —Gina encuentra en el minibar la excusa perfecta para alejarse.

—Tú te quedas aquí. —La agarro con fuerza del brazo para evitar que me abandone a mi suerte—. ¿Veis a vuestra adorable tía Gina? ¡Todo fachada! Aquella noche estaba muy lejos de descubrirlo, pero hacía tiempo que yo era parte de un plan complejo del que solo me llegaban retazos, EDLM. Esa noche me iba a Niágara a escribir un reportaje sobre un festival de luz y sonido que tendría lugar sobre las cataratas. Cerca hay una reserva de indios nativos y proyectaban leyendas mágicas en sus aguas.

—Me parece estupendo —responde Gaia algo confundida—, pero ¿qué tiene que ver eso con el caso?

—Con el caso nada. Más bien…, con tu padre.

10 de diciembre de 2024 — Niágara, NY

Tardamos casi ocho horas en llegar al hotel. Estaba mareada, Phillip, el fotógrafo, conducía a toda pastilla al ritmo de una banda de metal que, sospecho, eligió solo para no tener que entablar conversación conmigo. Habíamos trabajado antes juntos y no nos soportábamos.

El Niagara Inn era uno de esos hoteles de carretera donde en las películas siempre aparecía un cadáver. Estaba compuesto por mini casetas individuales a lo largo de un corredor exterior que daba al parking en un bloque de dos plantas. Mi habitación estaba en el primer piso, cerca de la escalera que llevaba al edificio de recepción. Era espaciosa, con dos camas dobles gigantescas y un televisor en la pared. A un lateral, un armario amplio y una mesa que hacía las veces de tocador, donde habían dejado un hervidor y snacks de bienvenida. El baño era bastante coqueto, con varios artículos de higiene de cortesía.

Me di una ducha rápida, llamé a Sio para informarle de que había llegado —aunque seguía molesta con ella, era la única manera de saber algo de mi hija— y me acosté en una de las camas, aún con la imagen de Ethan y la cancioncita de Belle Mt. resonando en mi cabeza.

¿Por qué me habría mandado algo así?

¿Por qué demonios tenía que estar tan guapo?

A la mañana siguiente, el único tema de conversación en el desayuno fue la amenaza de tormenta. La recepcionista me avisó de la necesidad de regresar pronto al hotel para evitar que nos pillara por la calle pues, la última de ese tipo, había causado serios destrozos en la zona y dos muertos.

Phillip había salido pronto para hacer ejercicio y tomar algunas fotos por su cuenta, así que no nos vimos hasta el mediodía, que teníamos un paseo en barco, que se tornó una pesadilla por culpa del viento.

A media tarde, me informó de que había quedado con alguien para ver el espectáculo en las cataratas por su cuenta. No era la primera vez que me lo hacía, y me juré a mí misma que sí sería la última que me enviaban a cubrir un evento con él, pero sabía que acabaría tragando porque era demasiado profesional para quejarme.

Eran solo las cuatro de la tarde y aún quedaban dos horas hasta el primer pase. A pesar de que no me quería perder el paisaje, el gélido viento arrastraba el agua de las cataratas, haciendo que la sensación térmica fuera insoportable.

Me metí en el Hard Rock en busca de un refresco de cola que me espabilase un poco. No tenía ganas de café, a pesar de que el frío lo pedía.

La temida página en blanco brillaba en la pantalla de mi portátil recordándome que era incapaz de concentrarme. Tampoco ayudaban las continuas meteduras de pata de Gina al mandarme mensajes en español, contándome lo que le habían dicho en la clínica a la que estaba yendo para quedarse embarazada. Sospechaba que su repentino interés por aprender mi idioma tenía que ver con el caso, pero yo me lo estaba pasando en grande tocándole las narices:

Elena: ¿Fuiste ya al endocrino? ¿Qué te dijo?

Gina: Me dijo que yo evitase las *gasas*, que engordan. Vendrá bien a yo, quiero perder peso para la boda.

Elena: ¿Gasas? Evita también los tules, esos sí que engordan… Siento el chiste, pero el vestido de novia que me mandaste era espantoso #SinceridadAnteTodo #ParaEsoEstamosLasDamasDeHonor #DeNada

Gina: Tú graciosa. Pues eso, que ahora soy *vejetariana*…

Elena: ¿En serio? Yo pensaba que te iba la carne joven… ¿Qué vas a hacer con Casper, si ahora comes "*viejos*"?

Gina: ¿Te estás burlando de mí?

Elena: Me lo pones a huevo. Ahí tienes, otra expresión en mi idioma que deberías aprender. No la utilices mucho cuando hables con Ethan, tiene otro significado más complaciente en México…

Tiré el anzuelo y esperé a que Gina se pronunciara en cuanto a mi exmarido y su inesperada visita, pues estaba convencida de que ella estaba al tanto.

¡Bingo! Gina marcó mi número para continuar la conversación, justo después de que me amenazara con unos horrorosos vestidos rosas de dama de honor con muchas capas de tul. Cerré la tapa del portátil y respondí a su llamada, asumiendo que no iba a escribir una sola línea.

—¿Tengo que recordarte tu incapacidad para hablar mi idioma a la perfección? ¿Como cuando casi nos detienen por canibalismo porque dijiste que te «*la comiste*» en lugar de que «*la odiabas*»[4]?

—Hola a ti también. Que sepas que no pienso ponerme eso —advertí—. Te lo avisé: nada de volantes, tules ni lentejuelas. Y me niego a ir de rosa, no es discutible.

—Te lo pondrás. Me ha dicho la de la tienda de novias que ese vestido está de rabiosa actualidad.

—¿En serio? Porque creo que ya se hablaba de él en la Piedra Rosetta... Me niego a parecer un merengue de fresa. ¿Tú eres consciente del tamaño de mis caderas?

—Admito sugerencias con el estilo, pero el color no es discutible. Todo va a ir en rosa y dorado.

—¿Casper también?

—No, el llevará un chaqué oscuro.

—¿Le has preguntado a él qué piensa de eso?

—¡Es mi boda! —Gina protestó, sugirió un vestido aún más horroroso y yo me abstuve de opinar. Era imposible luchar contra *Noviazilla*—. Necesito hablar contigo de otra cosa. Prometo ser breve…

—¿Tiene que ver con Ethan?

—Has sido tú quién ha sacado el tema… Me preguntó en qué hotel te hospedabas, aunque no sabía la respuesta. Pues eso, que Ethan está allí.

—¡Ya sé que Ethan está en Nueva York! Lo que me recuerda que estoy cabreada contigo por no habérmelo dicho antes. Y no me sueltes el rollo de que no lo sabías.

—No, Elena… Allí, allí.

Por un momento, me quedé en blanco. Ethan estaba «allí»… ¿en Niágara? El corazón volvió a palpitar con fuerza y todos los recuerdos se me vinieron a la mente de golpe. Las risas. Los abrazos. La complicidad… Y también los secretos, la falta de confianza y el dolor.

—Si no quieres darte de bruces con él, te recomiendo que evites la zona del parque. Está viendo las cascadas cerca del puente American Falls.

—¿Qué hace él aquí? —suspiré, evitando que la voz se me quebrara.

—¿Me lo preguntas en serio? Tú ya no recuerdas lo cabezota que es cuando quiere algo, ¿no? Además, fuiste tú quien le dijo que hoy estarías en Niágara.

Lo recordaba, por eso asumí que no me dejaría en paz hasta que cumpliera su propósito. Decidí que no me haría tanto daño escuchar lo que tuviera que decirme y mandarle a la mierda después. Ese fue el primer error que cometí.

—Quiero que sepas que yo no estoy detrás de esto, ni siquiera lo apruebo. O sea… —Gina no encontraba las palabras para decirme algo que prefirió callar—. Me gustaría que las cosas fueran diferentes, pero es lo que hay. Y, ahora mismo, la idea de vosotros dos juntos, aunque solo sea tomando un café, me pone nerviosa.

—¿Por qué?

—Hay cosas que no sabes.

—¿Las sabré algún día?

—Las próximas Navidades, lo más seguro. Este año comienza la cuenta atrás.

—¿Para?

—¿Vas a escucharle?

—¿Tengo opción?

Odiaba esas conversaciones con Gina que no hacían sino generarme nuevas preguntas. Me despedí de ella y hundí la cabeza entre los codos. Estaba claro que Ethan no iba a permitir que siguiera con mi vida hasta que cerráramos ese capítulo, y yo moría por escuchar lo que tuviera que decirme. Necesitaba respuestas. Necesitaba cerrar ese agujero que tenía en el alma y que no podría cubrir con un nuevo amor. Solo quería entender qué había pasado para poder seguir adelante con mi vida. Sin él.

Hice una breve parada en el aseo para retocarme con los cuatro cosméticos que siempre llevaba en el bolso. No me veía sexy. Con unos leggings térmicos negros y un enorme jersey rojo, estaba más preparada para combatir una fría tarde de invierno que al hombre que me había roto en mil pedazos. Unos surcos oscuros se pronunciaban bajo mis ojos, delatando infinidad de noches sin dormir.

El parque estaba a tan solo cinco minutos andando. Quería hacerme la encontradiza, me negaba a reconocer que había ido hasta allí solo para escucharle, así que deambulé por la barandilla que daba a las cataratas un buen rato, observando en la oscuridad a todos los que se amontonaban allí para ver el espectáculo, sin preocuparles que el viento arrastrara el agua hasta

empaparlos por completo.

Me tuve que rendir a la evidencia: no iba a ser capaz de encontrarlo entre la multitud. En un acto de valentía —o de estupidez supina— mandé un mensaje al número que me había dado Siobhan. Ethan no tardó ni un segundo en responder, sin siquiera preguntarme quién era: estaba claro que él también se había hecho con mi número.

El aire se negó a llegar a mis pulmones. Me dolía la cabeza. Pronto, todo pasaría; solo iba a concederle quince o veinte minutos antes de volver al reportaje, ni uno más. El espectáculo empezaría en apenas media hora. Era mi excusa perfecta.

Tan pronto le divisé apoyado en la barandilla, con la mirada perdida en el agua y hablando por teléfono en un tono de voz apenas audible, me entraron ganas de dar media vuelta rumbo al hotel y meterme al cobijo del edredón nórdico.

Llevaba el mismo abrigo que el día anterior, vaqueros negros y un gorro de lana con detalles invernales en azul hielo. La luz mortecina de las farolas dibujaba sombras en su rostro, resaltando que se veía triste y cansado. Ya no era el *highlander* azteca que me enamoró una vez, sino un tío con jet lag.

Cuando se giró para saludarme, me dedicó una tímida sonrisa, mostrando un atisbo del Ethan de siempre, con su insomnio, sus historias, sus manías… y esos labios del pecado.

—Qué bueno verte. Neta no las tenía todas conmigo.

—Es lo menos que podía hacer después de que hayas cogido un vuelo y conducido más de cuatrocientas millas —respondí indiferente.

—Visto así suena… desesperado. —Arrugó el gesto—. Quiero dejar claro que no vine a rogarte que regreses conmigo. Yo rehice mi vida y me consta que tú también. Solo quería pedirte perdón por cómo hice las cosas, no porque no crea que sea lo correcto.

«Imbécil».

—Ya te has disculpado. ¿Podemos dar la charla por finalizada?

Una cosa es que fuera a escucharle y, otra muy distinta, que fuera a ser amable con él. No se lo merecía.

Sus ojos me analizaron en silencio, poniéndome nerviosa. Entonces, sacó un papelito de su bolsillo, que enseguida reconocí como uno de los vales que le había regalado por su cumpleaños hacía cientos de lunas, y me lo entregó.

—«*Vale por que te deje ganar una discusión*» —leí en voz alta, con voz histriónica—. ¡Tienes que estar de coña!

—Dijiste que no caducaban…

—Dije que podrías usarlos en cualquier momento, «mientras estuviéramos juntos».

—Técnicamente, estamos «juntos» ahora. No especificaste que tuviéramos que ser pareja.

—Sabes que no te dan superpoderes, ¿verdad? Estoy en mi pleno derecho a negarme.

—También sé que eres una mujer de honor y jamás te negarías a cumplir la voluntad de un vale.

Luché por contener una risita nerviosa, incapaz de creer que aquella fuera la emoción más fuerte entre todas las que me provocaba.

—La verdad es que me sorprende que aún los tengas, pensaba que habías quemado todo lo que tuviera que ver conmigo.

—Aún tengo algunas cosas… como el anillo, o… no sé, regalos.

—Yo no tengo el anillo —confesé abiertamente—. Lo hubiera quemado en el Monte del Destino, pero el río Hudson me pillaba más cerca. Se hundió en el fondo, llevándose con él todos mis recuerdos.

—Pues yo aún tengo tus fotos custodiadas en un disco duro que le pedí a Casper que me guardara, por si la tentación de verlas o borrarlas era más fuerte que yo.

—¿Todas las… fotos? —Tragué saliva. Él asintió con la cabeza con cierta dejadez—. ¿Me estás diciendo que Casper tiene en su poder fotos mías… en pelotas?

—Tranquila, ya no… Recuperé el disco duro —aclaró ipso facto—. De hecho, estuve viéndolas hace un par de semanas… O sea, ¡no! ¡Esas fotos no! Otras fotos… Recuerdos… ¡con ropa! Ya sabes… —¿Por qué estaba tan nervioso?—. ¿De qué estábamos hablando?

—Todavía de nada, así que empezaré yo: no sé qué quieres contarme a estas alturas que valga la pena ser dicho. Han pasado dos años y, créeme que no es rencor de ningún tipo, es que… ya no tengo nada que discutir contigo. El dolor, el resentimiento, como quieras llamarlo, ha caducado. Ahora solo siento indiferencia.

—No hace falta que hables entonces, solo escucha. Yo sí tengo mucho que decir.

Ese era el maldito problema: que no quería escucharlo y que removiera viejas cenizas. No quería que se disculpara ni que dijera que estaba arrepentido. No quería imaginar lo que podría haber sido nuestra vida juntos, porque ahora éramos un pretérito perdido.

—Sé que ya no tienes nada que ver con el caso, y creo que es la decisión correcta, así que, podemos hacer esto de dos maneras —comenzó—: puedo ahorrarme los detalles escabrosos y contarte una versión para todos los públicos, o puedo abrir la caja de Pandora, aunque levante ampollas. Porque esta mierda nos va a terminar por hacer daño a todos. —No entendía de qué hablaba, pero necesitaba respuestas—. Elijas lo que elijas, te advierto que no puedo contártelo todo. Y no es porque no quiera hacerlo o no confíe en ti, es porque no quiero ponerte en un peligro innecesario ahora que estás fuera de esto. Y, sobre todo, tienes que prometerme que, oigas lo que oigas, no vas a volver al caso.

—¿Para qué abrir la caja de Pandora, entonces?

—Porque se me acaba el tiempo y estoy harto de que creas que soy un pendejo.

—¿Te estás muriendo?

—Estoy sanísimo.

—Ajá… —respondí con indiferencia y sin entender una mierda de lo que decía—. Segunda opción. ¿Te importa si tenemos esta charla después del espectáculo? Tengo que escribir un reportaje. Y tiene pinta de que esta charlita va a llevarnos un par de horas… Además, aquí hay demasiados testigos para tratar según qué cosas.

—Me parece sensato, Caoineag.

Aquel inesperado calificativo hizo que me volviera, clavando mi mirada en la suya sin demasiada sorpresa.

—Sabía que aquel día que Gina me llamó estabas buscando a Logan. ¿Desde cuándo sois amigos?

—Me hizo mucha gracia que te llamara así, porque eres una de las mujeres más valientes que conozco.

—Si piensas que regalándome los oídos voy a olvidar lo que me hiciste…

—Prometo contártelo todo a su debido momento. Solo te diré que no hubo matanza de Glencoe. —Me guiñó un ojo con una expresión traviesa. No podía creer que se permitiera ese gesto en un momento así, ni tampoco que Logan le hubiera contado nuestras bromas privadas—. Es un gran tipo. Ya entiendo por qué os lleváis tan bien.

—«Llevábamos» —le corregí, a sabiendas de que Logan también estaba al tanto de su visita y no me había dicho nada—. Eso está a puntito de cambiar… No deja de ser llamativo que ahora seáis tan amigos, teniendo en cuenta que me acusaste de…

—Sé lo que dije, no hace falta que me lo repitas.

No respondí. Estaba a punto de empezar el espectáculo. El tema principal eran las leyendas ancestrales relacionadas con el solsticio de invierno, según la cultura de los indios americanos. La bruma y el vapor del agua le otorgaba un toque de misticismo que lo hacía todo más creíble.

Los fuegos artificiales iluminaban el rostro de mi acompañante, al igual que la fascinación contenida en sus pupilas. A Ethan le apasionaba la mitología.

—Es una pena que con todo el barullo no se escuche bien el sonido desde aquí —lamenté.

—Es la leyenda cheroqui de los dos lobos que luchan —susurró sin siquiera mirarme, pues su atención estaba ahora en el espectáculo.

—¿Los qué de qué?

—Se la cuentan a los niños para explicar la diferencia entre el bien y el mal. Dentro de nosotros habitan dos fuerzas contradictorias que nos impulsan a hacer determinados actos y nosotros debemos aprender a controlarlos.

—¿Te importa si tomo notas de lo que dices?

—Me encanta serte útil, como en los viejos tiempos. —Desvié la mirada para no ser testigo de los dos hoyitos que se dibujaban en sus mejillas cuando sonreía, aunque fuera una sonrisa tan… apagada—. Se dice que, una noche de luna llena, había un anciano con sus dos nietos alrededor de una hoguera. Los niños le miraron con preocupación. El anciano parecía inquieto, pues una dura batalla se estaba librando en su interior. «¿Qué le ocurre, abuelo?», preguntó el menor. El anciano les dijo que sentía como si tuviera dos lobos luchando en su corazón. Uno de ellos era fuerte, agresivo… Su alma estaba teñida por la rabia y el rencor. El otro, era bueno y compasivo, rebosante de amor y perdón. Los niños se quedaron mirando a su abuelo y, después de un largo silencio, le preguntaron quién iba a ganar la pelea, a lo que su abuelo respondió: «Aquel al que yo alimente».

Le escuchaba tan fascinada como los niños de su leyenda debieron escuchar la sabiduría del abuelo. Sentía los dos lobos rugiendo con fuerza en mi interior cuando se trataba de Ethan.

¿A qué lobo iba a alimentar yo?

—¿Cómo puedes acordarte de todas esas historias?

—Sabes que amo la mitología. ¿Por qué te cambiaste el pelo?

—Tenía miedo a que me reconocieran, aunque, como ya te habrán informado, no funcionó… Creo que también fue un acto de rebeldía, mi particular forma de romper con la Elena de Londres y crear un personaje nuevo para Nueva York. Empezar de cero, ya sabes… Tú también has cambiado de peinado. Te queda bien.

—No eres la única que quiere ser otra persona. ¿Por qué no vamos a un sitio más apartado? Hay demasiadas cosas que tengo que contarte y no tenemos mucho tiempo. Entre el espectáculo y la temida tormenta, los hoteles de la zona no tienen disponibilidad y tendré que conducir varias millas hasta el más cercano.

Caminamos por el parque hasta unos bancos apartados del barullo. Las condiciones atmosféricas no hacían de aquella tarde la más idónea para un paseo, pero había dispuesto no concederle más de unos minutos de mi tiempo.

El viento golpeaba los árboles con fuerza, anunciando la llegada de esa borrasca con nombre de mujer a la que todos temían.

Mi mayor temor se encontraba justo ahí, a mi lado… Una tempestad que había llegado para azotar con fuerza mi vida entera.

17

—Así que conociste a Adrián. —Le miré, asombrada por que hablara de aquella época de mi vida con tanta naturalidad. Estaba claro que había hecho los deberes antes de venir —. ¿Qué te pareció? ¿Es como te lo esperabas?

—No me lo imaginaba tan atractivo, para qué voy a mentirte… —Ethan fingió que le había clavado un puñal en el pecho y yo me encogí de hombros—. Lo siento, es cierto. Las fotos que había visto de él no le hacen justicia. Se ha puesto muy en forma. Aunque, para ser padre e hijo, no os parecéis en nada…

—Ese es el mejor piropo que me han hecho nunca.

—De nada. ¿Podríamos ir al grano? Hace un frío que pela y estoy deseando irme a mi hotel. Supongo que tú también.

—¿Quieres que vayamos a alguna cafetería o…?

—¡No! No quiero ir a ningún sitio contigo, solo quiero que digas lo que tengas que decir y te largues. —Las palabras salieron de mi boca sin pensar. Ethan tensó el rostro—. ¿Por qué has tardado tanto en disculparte si tú ya sabías que no había sido yo? ¿Por qué me retuvieron para hablar de ti y de Logan? ¿Por qué…?

—No puedo responderte a nada de eso, aún no. Ni siquiera debería estar aquí hoy.

—Pues ya me dirás de qué narices vamos a hablar si todas mis preguntas son tabúes.

—No hay nada de qué hablar, Elena, yo solo venía a pedirte perdón.

—*Solo a pedirme perdón*. Sin explicaciones. ¿En serio?

—No puedo darte otra cosa ahora mismo, lo siento. Pero lo haré… en un año, si todo va bien.

—¡Pero es que no me estás dando nada! Sigo sin entender qué pasó entonces ni por qué has venido a Nueva York ahora. ¿Qué pudo ocurrir para que volvieras al caso?

Tragó saliva. Sus ojos se oscurecieron, asemejándose al color que tiene la selva en las noches de invierno. Acababa de dar con la fuente de un sufrimiento que yo desconocía por completo.

—¿Y bien?

—¿No sabías…? Pensaba que… No sé por qué di por hecho que alguien te lo habría contado.

—Siento decirte que no eres mi tema de conversación favorito.

—Ya sé que no habláis de mí habitualmente, pero pensé que Gina habría hecho una excepción con… con mis papás.

—¿Tus padres? ¿Están bien? —Algo no sonaba como tal. De nuevo, su cuerpo se tensó y solo obtuve su silencio—. ¿Ethan?

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste, Elena.

—Te recuerdo que yo nunca me fui… ¡Tú me echaste de tu vida!

—Y está claro que tú no piensas reprochármelo.

—¿Qué ha pasado con tus padres?

—Encontraron un lugar mejor. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

A medida que mi cerebro fue digiriendo sus palabras, mis ansias de venganza aumentaron. No podía estar diciendo lo que yo había entendido. No quise preguntar qué había pasado, La Luna de Plata sabía bien cómo hacer que todas las muertes parecieran un accidente.

Tenía ganas de gritar. De empezar una guerra que, sabía, no íbamos a ganar. De darle un abrazo y prometerle que todo iba a estar bien a partir de ahora, como solíamos hacer antes de esa guerra fría. Y, sobre todo, tenía ganas de quedarme a solas para llorar la pérdida de dos de las

personas más nobles que había conocido jamás.

Aunque nunca se lo confesé a nadie, Caerlion y Marcelo me escribieron poco después de la ruptura, garantizando que encontrarían el modo de acabar con ellos y hacer justicia. No pude contestarles; después de aquellas palabras de aliento, me bloquearon.

Eché mano de mi repertorio de respuestas para este tipo de ocasiones, pero no encontré nada que pudiera hacer menos dolorosa su perdida.

—Lo siento muchísimo. ¡Joder! —Me tapé la cara con las manos, incapaz de contener el golpe.

—Ellos sabían en lo que se metían. Es solo que… Lo tengo muy reciente y en estas fechas todo se intensifica. Preferiría dejar el tema.

—¿Puedo preguntar qué les pasó? ¿Fue… en la cueva? —probé. Él asintió con tristeza, comenzando así su relato.

» Lo peor de cuando se muere un ser querido en un suceso trágico no es el momento en que te dan la noticia, sino ir a identificar los cuerpos. Todo eso que antes habías estado oyendo de fondo, como en el televisor de un bar, se vuelve real de golpe. Doloroso de un modo insoportable.

Varios miembros de la agencia me esperaban junto a la policía de costa en una morgue del norte de Gales, donde me explicaron que un pescador los encontró flotando cerca de Llandudno.

Se habían adentrado en Silfrligr Máni en una misión suicida que la agencia nunca aprobó. Ignoro qué pasó allí dentro, solo sé que no salieron con vida y alguien tiró sus cuerpos al mar. Tenían tantos hematomas que no pudieron concretar si hubo violencia física o fue culpa de las rocas. Los pulmones estaban encharcados. La piel violácea. Supongo que la marea hizo el resto del trabajo, arrastrando sus cuerpos hasta allí.

No quería seguir escuchando esa historia. Sus palabras revivieron mis fantasmas, sumadas al dolor de su muerte.

» Tras el reconocimiento, nos reunimos en un piso franco. Allí estaba Lalo, el agente que había logrado escapar con vida, recuperándose de los golpes en una camilla. Estaba traumatizado y no quería hablar de lo sucedido, al menos, no conmigo.

Me dieron el pésame, acompañado del típico discursito heroico sobre lo mucho que admiraban a mis papás. Sabían que me sentía culpable de su suerte; que, de haberlo sabido, jamás lo hubiera permitido. Pero ellos no podían acatar las reglas, había demasiado en juego; mi mamá se sentía responsable de mi destino y quería atajar el problema a su manera… y pagaron un precio muy alto por su rebeldía.

Logan me ayudó a mantener la cordura. Si me hubiera dejado llevar por mis instintos, habría ido derecho a por ellos y tal vez ahora no estaría aquí. Cuando eres un Phoenixbonder debes mantener la mente fría y dejar que las cosas no te afecten. Tienes que aprender a ser un maldito robot.

Nuestra improbable amistad llegó a oídos de Adrián y empezaron a observar a Logan desde las sombras. Supongo que también detectaron nuestras no tan discretas excursiones al yacimiento… Estaba jugando a su juego y con sus reglas, disfrazándome de Christopher para pasar desapercibido. Nuestro error fue creernos más listos que ellos.

—¿Puedo preguntarte algo? —le interrumpí—. ¿Qué te contó Logan de lo que había pasado?

Dornoch, Avión…

—Escuché todas las grabaciones, Elena. Tu testimonio. Lo que pasó en Avión, en Comillas, en la cueva… Y también vi las cámaras de seguridad de Dornoch.

Me sentí desnuda ante él al saber que estaba al tanto de todo. En esas grabaciones no solo hablaba de La Luna de Plata, sino de nosotros, de lo mucho que me había dolido nuestra ruptura. De lo perdida que estaba.

No era momento de andarme con vergüenzas. Ethan era pasado, un pasado que quería atajar cuanto antes.

—Quise contártelo todo un millón de veces, pero jamás lo hubieras aprobado.

—¡Por supuesto que no lo hubiera aprobado! Y tenía mis razones… ¿Tengo que recordarte a dónde nos llevó todo esto?

—¡Vaya! ¿De repente te importa? —le provoqué—. ¿Tengo que recordarte yo a ti que no me escuchaste cuando intenté contártelo?

—Era tantito tarde, ¿no te parece?

—¿Y veintiséis meses después no te parece «*tantito tarde*»? ¡No me jodas, Ethan! —Era la furia quién hablaba por mí, un calor que sabía que no iba a abandonarme con facilidad. Ethan se mordió los labios con rabia—. Perdona, sigue… Prometo estarme calladita. ¿Qué pasó en Dornoch?

» Un par de meses después, las cosas se complicaron… Logan no respondía al teléfono. Acababan de morir mis papás, así que a nadie le costó imaginar que Logan hubiera sufrido la misma suerte. Estábamos desesperados, tanto como para que Gina tuviera que recurrir a la única exagente que conocía bien el hotel. Gracias a ti, encontramos un sótano bajo una ermita que alguien había construido en los últimos años. En su interior, túneles que comunicaban con el hotel y el yacimiento.

Ni siquiera iba armado, pensé que no sería necesario pues eran muchas las veces que nos habíamos visto antes y habíamos mantenido las formas. Además, teníamos un acuerdo y sabía que no podían hacerme daño.

Fue mi tía Isobel quien, fingiendo un cariño que no sentía, me acompañó a la sala de conferencias. Le acepté un café solo porque dejó que yo mismo lo preparara. Estuvimos hablando de mi mamá. Me dio el pésame y lamentó no haber ido al entierro. Ni siquiera la había echado en falta.

Me dejó a solas en cuanto Adrián y Chris aparecieron por la puerta, con esa sonrisa frívola que siempre mostraban en los negocios. Me acordé de todas las horas que había pasado en el mismo despacho que ellos cuando trabajábamos juntos. Esta vez era distinto… Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlar mi rabia.

Permanecí en silencio mientras llenaban sus tazas de café y se sentaban al otro lado de la mesa con parsimonia.

—¡Junior! ¿A qué debo el placer de esta visita después de tanto tiempo? ¿Todo bien? —preguntó Adrián con una mueca burlona en el rostro—. ¿Tu hijo? ¿Tu mamá? ¿Tu mujer…? Dale recuerdos a esa putita de mi parte.

Sonreí con amargura para templarme. No podía caer tan pronto en sus provocaciones.

—Todos bien, exactamente igual que la última vez que los viste. Mi hijo en el instituto, mi mamá bajo tierra y mi mujer… No lo sé, dímelo tú. Me consta que la tenéis controlada.

—Estaba más guapa de pelirroja, aunque ahora tiene unas curvas… Las «novedades» le han sentado bien —replicó Chris.

Solo le faltó salivar cuando hablaba de ti. Sentí unas ganas terribles de partirle la mandíbula.

—Como somos hombres de negocios, apreciareis que sea breve en mi visita. Chris, sé que te has hecho pasar por mí en varios negocios de dudosa reputación, así que pensé que podría valerme de nuestro evidente parecido para vender algunos de los hoteles que están a tu nombre: Pasadena, Michigan, Oaxaca… Todos son ahora propiedad de vuestro mayor competidor, Marismas S.L. —Adrián y Chris me miraron con los ojos como platos—. Me hicieron una buena oferta que no pude rechazar. Siento no haber repartido las ganancias con vosotros, lo he donado íntegramente a las familias de algunas de las víctimas de La Luna de Plata.

—¿Qué chingados quieres, Junior? —Adrián estaba a punto de perder la paciencia. Tal vez era justo lo que yo buscaba, enfurecerlo. Llevarlo al límite.

—¿Nos estamos declarando la guerra, primo? —Chris ahogó una risita, se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro de la sala, acercándose amenazadoramente a mí—. Yo que tú no me andaría con faroles. Tenemos un acuerdo y sabes bien qué podría pasar de no cumplirlo… —Se acercó aún más para susurrarme al oído—. Fue muy tentador tenerla desnuda a mi lado en ese diván, con sus pezones oscurecidos y erectos por el frío; su pubis depilado, tan tierno como el de una niña de diez años; el miedo dilatando sus pupilas... La próxima vez no dudaré en saciar mi apetito.

Me hirvió la sangre, no sé si por él o por mí. Algo en mi interior me responsabilizaba de todo lo que te había pasado. ¿Cómo lo había permitido? ¿Cómo había estado tan ciego?

Le tenía tan cerca que podía oler un fuerte aroma a tabaco puro mezclado con perfume saliendo de su ropa. Sentí una arcada.

—Dejemos las cosas claras —continuó—. Tú cumple con tu parte del trato, deja de tocarnos la verga y de jugar al Monopoly con nuestros hoteles. No quieres que cierta personita acabe como mi tía…

De nuevo esa risa que Adrián secundó. En todo este tiempo de lucha, mi padre nunca había permitido que nadie le pusiera una mano encima a mi madre o a mi hijo, luego algo había cambiado.

Entrar al trapo fue demasiado fácil, sobre todo, cuando Chris comenzó a recordar en voz alta lo bien que olía tu piel o lo mucho que gritó mi mamá, confirmándome así que la habían matado ellos.

No podía pensar son claridad. Era todo rabia y dolor. Mi paciencia tenía un límite. Y nunca he hecho alarde de ella... Me lie a puñetazos con él. Cumplí mi sueño de partirle la mandíbula por bocazas. Después, no recuerdo qué pasó.

—¡Tiempo muerto! —Usé nuestra palabra clave para aclarar algo de su relato—. ¿A qué vino lo de la *personita*?

Ethan dudó un instante antes de responder, haciendo alarde de esa ironía que me desquiciaba.

—Sabes que tengo descendencia, ¿verdad?

«De sobra…».

—¿De veras te pegaste con Chris?

—No estoy orgulloso y tampoco voy a entrar en detalles… Lo que importa es que rescatamos a Logan, y Chris está en la cárcel, acusado de narcotráfico y proxenetismo, pagando por todas las denuncias que estaban a mi nombre y lo tenían a él por protagonista.

—¿Estás hablando con alguien de esto? —Él negó con la cabeza—. Diría que has pasado por bastante estos meses y no tienes por qué tragártelo todo tú solo…

—Tengo amigos...

—¿Saben Casper y Mike algo de esto?

—Algo…, pero hablamos más de las consecuencias en sí, mis papás, nuestra ruptura, ya sabes… Mike está viviendo conmigo porque así ahorra dinero para comprar una casa, y a mí me venía bien compartir gastos por la misma razón.

—Quién os ha visto y quién os ve.

—Volviendo al tema, supongo que esto es lo que siempre quisiste, ¿no?

—¿Yo? Te pedí que dejaras de darle la espalda a quien eres, no que te liaras a puñetazos tú solo con esos lunáticos como si fueras un maldito héroe.

—No me refería al caso, sino a… a nosotros, a que hoy esté aquí pidiendo tu perdón. Has pasado de verdugo a víctima en un instante.

Miré para otro lado, mordiéndome los nudillos con frustración. Ethan no entendía nada.

—¿De verdad piensas que esto es lo que yo quería?

—No lo sé, dímelo tú… Hasta ahora solo he hablado yo.

—No tengo nada que decir.

—Pues yo creo que sí. Eres tú quien acabas de preguntar si estoy platicando de esto con alguien para sentirme mejor. —Ethan se levantó, poniéndose a mi altura—. ¡Ándale! Dime todo lo que no me has podido decir estos dos años. Sé cruel, creativa, lo que te venga en gana. ¡Suéltalo todo!

Miré a mi alrededor, comprobando que no había nadie. No iba a volver a verlo. ¿Por qué no decirle algunas de las cosas que aún me encogían el alma?

—Yo ya sabía que era inocente, Ethan. Para mí esto no cambia el hecho de que te lo cargaste todo. Siempre presumíamos de lo que teníamos. Nos reíamos juntos, nos amábamos, compartíamos las mismas metas, el sexo era una locura, éramos felices y todos nos envidiaban. Y eso se ha ido a la mierda. —No sé por qué lo dije, solo sé que él se sintió mucho más incómodo de lo que había estado con ninguna de sus confesiones anteriores—. Saber que tenía razón no va a devolvernos lo que fuimos.

—Muy bien, ¿qué más?

Me estaba asfixiando. Puse los brazos en jarras y comencé a dar vueltas alrededor del banco.

—¡Maldito seas! Vienes aquí contándome tu historia triste para que me apiade de ti, pero… ¡Me lo arrebataste todo! Te llevaste a Gael, me quitaste a mis amigos, pusiste en duda mi credibilidad en el trabajo, arruinaste todo lo que había construido en Londres antes de que llegaras. Tú hiciste currículo a base de ser el hijo del jefe, el niño mimado y rebelde al que le llovieron las oportunidades laborales, pero a mí nadie me ha regalado nada.

Una sonrisa sarcástica se dibujó en su rostro. No pensaba molestarme en descubrir qué de todo le había hecho tanta gracia.

—Ahora vienes aquí, como si nada hubiera pasado, pero yo no puedo olvidarme de estos dos últimos años, Ethan. No puedo fingir que no me dolió que me dejaras tirada cuando más te necesitaba. Así que, lo siento, pero para mí esto no cambia nada. Tú has dejado de odiarme porque has descubierto que yo no te traicioné, pero yo no puedo dejar de odiarte a ti porque tú sí que me destrozaste.

—Lo siento, Elena, yo…

Ante la evidencia de que me estaba calentando, apoyó su mano en mi hombro para tranquilizarme, pero lo aparté. Su tacto me quemaba en la piel, incluso a través de las gordas capas de ropa térmica que me cubrían.

—¡No tienes ni idea de por lo que pasé! No comía, no dormía, y no me avergüenza reconocer que podría haber llenado el Lago Ness yo sola de tanto que te lloré. Porque tal vez tú me odiaras,

pero yo seguía queriéndote y preguntándome cada día por qué no me escuchabas, por qué no estabas dispuesto a luchar por nosotros.

—¡Porque nos tendieron una pinche trampa!

—¡Y tú caíste!

Su mirada incrédula y dolida se clavó en mi alma. Ya no era el maestro del disfraz, sino un tipo lidiando con sus propios traumas emocionales.

—Tu padre no nos hizo esto, Ethan: tú lo hiciste. Fuiste tú quien decidió caer en la trampa al no escucharme. Nunca confiaste en mí.

—¿Tengo que recordarte que me diste mil razones para ello? ¿Cuántas veces me ocultaste la verdad, Elena? ¡Eras una maldita phoenixbonder! Nunca debí enrollarme contigo, quería protegerte de ellos y acabé metiéndote de lleno en el ojo del huracán.

—¿Ahora vas a decirme que lo nuestro fue un error? —pregunté incrédula.

—No quería… No quería decir eso.

—Eres horrible en esto de pedir perdón, ¿sabes? Asume tus culpas como un adulto y deja de buscar responsables. Esta decisión la tomaste tú solito.

—¡No tienes ni puta idea de lo que pasó!

—¡Pues cuéntamelo! —le grité—. Dime una maldita verdad por una vez.

Esa no era la reacción que esperaba. Ethan le pegó una patada al banco y se alejó unos metros de mí, dándome la espalda. Nunca le había visto tan afligido y, tratándose de Ethan McGowan, impresionaba mucho.

Yo no había querido entrar en ese sincericidio, pero me sentía bien, libre de esas pesadas cadenas que había estado arrastrando tanto tiempo. Aunque otra pequeña parte de mí estaba a punto de desmoronarse.

—Si te sirve de algo, yo también lo pasé mal con nuestra ruptura. —Su voz templada a mi espalda me sorprendió. No quería enfrentarme a esos ojos que, sabía, habían vuelto a recubrirse de hielo—. Te amaba más de lo que nunca podré volver a amar a nadie.

«*Te amaba*». No sé por qué el pretérito empleado en esas palabras dolió de un modo tan agudo.

No dije nada, preferí que fuera él quien siguiera llenando los silencios con sus palabras.

—Tú empezaste de cero en Nueva York, sin recuerdos que te aten a un pasado juntos; pero yo sigo en Londres…, en la misma casa que compartí contigo una vez, con los mismos amigos, durmiendo en la misma cama que tantas veces mancillamos. Y tengo que luchar contra tu maldito fantasma porque la neta es que estás en todas partes.

—No me das ninguna lástima. Te repito que esto es tan solo una consecuencia de tus decisiones. La de haberme dejado y la de no escucharme cuando quise arreglarlo.

—Y sí, puede que le diera la espalda a todo cuando te conocí, que me olvidara del caso McGowan y rompiera un par de promesas. ¿Tan horrible fui por intentar ser feliz por una pinche vez? Solo quería tener una vida normal contigo y con mi hijo, sin leyendas, sin nadie que nos persiguiera en México, sin que te secuestraran…

—Enhorabuena: ¡ya tienes la vida que siempre soñaste! Ava se llama tu nueva novia, ¿no? Asegúrate de no perderla también a ella por tus problemas de confianza.

—No tienes ni idea, Elena…

—¡¡¡¡Pues explícamelo!!!! —rugí enfurecida.

—No he venido hasta aquí para discutir nuestros problemas maritales. Quería disculparme y ya lo he hecho. Quería que supieras que a mí también me destrozó nuestra ruptura. Asumo que soy el único responsable de lo que nos pasó. ¿Contenta? —Un silencio denso lo invadió todo, a

excepción del gruñido que salía de sus tripas, lo que me recordó que yo también estaba muerta de hambre—. Lo siento, no he comido nada en todo el día. Tal vez deberíamos dejar las cosas aquí por hoy… Tengo que conducir de vuelta y estoy bastante alterado.

—Hay un Hard Rock ahí. —No sé a quién de los dos le sorprendieron más mis palabras—. Declaro tiempo muerto. Yo también necesito comer algo. Supongo que podríamos hacer una pausa y seguir discutiendo después.

—Me encanta cómo suena lo de cenar juntos. En cuanto a lo de seguir discutiendo…, ¿podríamos firmar el armisticio?

El modo en el que se mordió el labio, creando una expresión inocente en su rostro maduro, me hizo sonreír. Y odié a ese canalla por seguir teniendo esa facilidad para provocar mis sonrisas.

18

La manera en que su mirada se posaba en mi cuerpo mientras hablábamos me incomodó.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que te veo tan… distinta. Y no sé lo que es.

—Estoy más gorda, sí. Puedes decirlo.

—No es eso… En tal caso, diría *voluptuosa*. Pero si quieres pensar que estás gorda, yo no pienso regalarte los oídos.

Voluptuosa. Curiosa elección de adjetivo. ¿No era *voluptuosa* un sinónimo de *follable*?

Aquel pequeño gesto me dio la seguridad que me faltaba e hizo que me sintiera un poquito menos culpable por encontrarlo tan atractivo. Llevaba un cárdigan de punto en color camel con botones y una camisa negra debajo. Era evidente que estaba entrenando duro, pues, aunque siempre había estado fibroso, ahora tenía músculos hasta en las pestañas. Tenía las mangas ligeramente subidas a la altura del antebrazo, mostrando que se había extendido el tatuaje hasta casi alcanzar el reloj. Me pregunté cuántos más se habría hecho en esos dos años.

Izamos la bandera blanca en el tiempo que duró la cena, llenando los silencios con charlas triviales para no caer en los reproches.

De fondo, Aretha Franklin pedía respeto en su canción.

Me contó que le habían ascendido y ahora era uno de esos hombres que tanto odiaba que estaban todo el día en reuniones de trabajo lejos de su hogar. Yo le hablé de la revista, de mi familia, de la convivencia con Siobhan…

—¿Cómo está Gael? —Le pegué un sorbo a mi batido de Oreo. Estaba delicioso.

Sacó el móvil y me lo puso sobre la mesa para mostrarme algunas fotos. Sus facciones ya no eran las de un niño, con esa barba juvenil, un cuerpo esbelto y una mirada dorada, que se había endurecido con los años. En tan solo unos meses cumpliría la mayoría de edad. Sentí que algo se rompía en mi interior, obligándome a devolverle el móvil.

—Está bien. Ya sabes…, con sus cosas de adolescente —respondió al fin—. Creciendo demasiado rápido y planteándome situaciones para las que no siempre estoy preparado. Tuvo una novia medio delincuente que no me gustaba nada y, cuando le comenté que igual no era para él, me soltó que no iba a aceptar consejitos de un tipo incapaz de salir con la misma mujer por más de dos años enteros.

—¡Qué duro! Deduzco que ya no está con ella…

—¡Qué va! Ahora mismo está… experimentando. No tiene clara su orientación, aunque yo lo veo clarísimo. ¿Te acuerdas de Richi? —Afirmé con la cabeza—. Creo que dejaron de hablarse porque mi hijo se lanzó y el otro no se lo tomó demasiado bien... Le he dicho que pruebe lo que tenga que probar, es joven y tiene derecho a hacer locuras y equivocarse, pero este chico no da pasos en falso.

—Me pregunto a quién habrá salido… —bromeé, jugando con mi pajita. Él me sonrió con timidez.

—Ahora tiene nuevos amigos, es feliz… En septiembre se irá a Bristol a estudiar veterinaria.

—¿Por qué a Bristol? También hay campus en Londres…

—Dice que necesita vivir la experiencia universitaria completa: compartir piso, buscarse la vida… y Bristol es una ciudad llena de vida para estudiantes. Está trabajando y ahorrando dinero

para no generarme tanto trastorno, ya sabes lo que cuestan las universidades en Inglaterra… Así que, mientras sea una decisión responsable, yo le apoyo.

—¿Sabe algo de su madre?

—No, aunque ya que sacas el tema, me ha contado algunas cosas que, de haberlas sabido antes, hubiera peleado duro por la custodia. Y tú no pareces sorprendida…

—Querías que nos lleváramos bien, ¿recuerdas?

—Poli bueno, poli malo. Ya hablaremos de eso…

—¿Puedo preguntarte qué le contaste cuando rompimos? Me lo encontré una vez en el metro y huyó en dirección contraria.

—La neta es que no supe cómo explicárselo, así que no le dije nada.

—¿Nada de nada? —pregunté incrédula. Él asintió con la cabeza.

—¡Yo qué sé! Era más fácil convertirte en un tabú.

Ethan cogió una patata de mi plato. Le miré sorprendida por ese gesto que me recordó a todas las veces que habíamos compartido comida antes, pero no dije nada. Por un instante, me perdí en un tiempo que ya no volvería jamás.

—Disculpa, no debería… —El rubor tiñó sus mejillas al darse cuenta de lo que había hecho —. No sé en qué estaba pensando. Creo que por un momento me he sentido como… siempre. Como si fuera algo habitual.

—No seas tonto, coge lo que quieras. Hemos firmado el armisticio —ofrecí, acercándole el plato. Él no pudo evitar una sonrisa traviesa.

—«*Coge lo que quieras*». Añoraba tus frases pornográficas.

—Sírvase lo que guste —repliqué con tonito.

Ethan me acercó sus boniatos fritos para que me sirviera, y le quité también uno, aunque ya no tuviera hambre.

¿Puede haber algo erótico en el modo en el que alguien come una patata frita? Pues juro que la mirada que me dedicó mientras me robaba otra y se la introducía en la boca me calentó las entrañas.

—Hacía siglos que no comía patatas fritas. Desde que volví a la agencia llevo una dieta bastante estricta, sin hidratos, mucha proteína vegana, verduras… —explicó.

—¿Proteína vegana? —me sorprendí—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi exmarido? ¿Qué va a ser lo próximo, Ethan, zumos détox?

—¡No te metas conmigo, güera! —«*Güera*». No quise hacer hincapié en ese mote por miedo a romper el buen rollo que reinaba. Me tiró una patata frita con una sonrisa embaucadora que me hizo olvidar lo mucho que le odiaba—. ¿Cómo están tus papás? ¿Tu hermano? ¿Tu abuela? Los extraño.

—Mis padres al borde del divorcio. Mi padre se acaba de jubilar y está volviendo loca a mi madre. Mi hermano ha dejado Texas y se ha ido a vivir a Barcelona, aunque su vida es un misterio.

—¿Solo? —preguntó malicioso. Asentí con una risita—. ¡Lo sabía!

—Lo sé… Aún no hay nada confirmado, pero la última vez que hablé con Esther, me contó que acababa de dejar a su novio... —Los dos compartimos una mueca cómplice—. Y, en cuanto a mi abuela… Digamos que el 2022 no fue mi mejor año.

No estaba preparada para sentir su mano sobre la mía mientras susurraba un «lo siento». La misma caricia que encendió todas mis células de golpe, también hizo que algo se rompiera en mi interior.

—No sé qué más contarte. Todo sigue más o menos como siempre.

—Me han dicho que ahora sales con un vaquero —añadió sin apartar su mano de la mía.

—Es veterinario, no vaquero.

—Lo que sea, me alegra que hayas rehecho tu vida. Mereces ser feliz… Porque eres feliz, ¿verdad?

¿Por qué me estaba haciendo esa pregunta, con esa mirada que siempre lograba atravesarme sin piedad el alma, y sus dedos enredados en los míos? ¿Qué esperaba que le dijera?

¿Que, después de tanto tiempo repitiéndome que ya no me importaba, en el mismo instante en que cruzó la puerta de mi despacho, me di cuenta de que todo era una mentira que me contaba a mí misma para seguir adelante?

¿Que adoraba su acento, esa delicadeza con la que parecía pronunciar las palabras cuando seseaba?

¿Que, aunque sí quería a Noah, jamás me había hecho sentir ni una milésima de lo que él me hizo sentir cuando estábamos juntos? De lo que aún me hacía sentir…

—¡Mucho! Soy muy feliz. —Me rasqué la nuca en un acto inconsciente. Cualquiera que supiera un poco de lenguaje no verbal (y me constaba que él lo hacía) sabría que estaba mintiendo—. Noah es genial, estoy segura de que te caería bien.

—Así que es el hombre de tu vida.

—Estoy divorciada, yo ya no hablo en esos términos tan absolutos. Aunque es un buen candidato: estable, cariñoso… Un tipo normal.

—«*Estable, cariñoso y normal*». A ti eso te aburre.

—¿Perdona?

—Que a ti te aburre la normalidad. Necesitas emociones, sentirte viva, que te ericen la piel con una caricia.

—¿Qué sabrás tú lo que yo necesito, Ethan?

—Tienes razón, ¿qué sabré yo? Solo ha sido una percepción… No te veo ilusionada cuando hablas de él. No veo fuegos artificiales saliendo de tus pupilas.

—Lo estoy, es solo que… vamos a distintos ritmos. Yo ahora me tomo las cosas con calma. Y ¿qué hay de ti? ¿Has encontrado por fin lo que buscabas?

—Hace mucho de eso, Elena. —Frunció el ceño, sorprendido con mi pregunta—. Y la verdad es que no me preocupa cómo irán las cosas con Ava. Me aporta paz y todo es más fácil cuando está cerca.

—Huelo campanas de boda, casa en el campo y niños. —No sé por qué bromeé con eso. No quería siquiera imaginarlo.

—¿Qué dices? Ahora que tengo a Gael criadito y he recuperado mi libertad, si Ava me dijera que está embarazada, creo que me daría un disgusto. Tengo más edad de ser abuelo que padre.

La que se llevó el disgusto fui yo. Bebí otro trago de batido, ignorando los avisos del reloj porque se me habían disparado las pulsaciones.

—¿No quieres tener más hijos? Con lo que siempre has deseado tener una niña, pensaba que…

—¡Eso era antes! Estoy viviendo una segunda juventud ahora. Voy a cumplir cuarenta años y estoy en mi mejor momento, es como si tuviera veinte otra vez, pero con el doble de experiencia y solvencia económica. No me imagino el calvario de volver a las noches sin dormir, la educación… ¡y una niña, encima! ¿En qué estaba yo pensando? —Me terminé el batido de un trago, a riesgo de sufrir un coma diabético—. Con las niñas se te acaba el dormir de por vida, pensando cada vez que sale de casa si alguien le hará daño a tu pequeña o algún capullo le partirá el corazón. ¡O si la dejarán embarazada! Quita, quita…

—Mientras tu chica esté de acuerdo con eso…

—Tiene veintitrés años, tener hijos no es su prioridad.

—¿Veintitrés años? —grité más alto de lo que pretendía, los ojos se me salieron de las órbitas —. ¡Guau! Lo bueno es que puedes pedirle consejos a tu hijo sobre cómo tratar a tu novia.

—Muy graciosa.

—¿Y cómo se lo han tomado en el grupo?

—Bueno…, les sorprendió un poco. Ava es… completamente diferente a ti, para bien y para mal, pero han acabado por aceptarla.

—Ya veo… ¿No es magnífico que los dos hallamos encontrado por fin nuestro sitio? Noah tampoco se parece en nada a ti… Cien por cien americano, sin antepasados ni familiares problemáticos o genes ultraespeciales… Un hombre la mar de corriente.

—Antes decías que eso me hacía especial… —replicó molesto.

—Hasta que te hizo especialista en meterme en líos. Ahora solo quiero una vida tranquila. ¿Qué tal lo está llevando el niño? Debe de ser muy difícil para él sentir autoridad por una madrastra que tiene casi su edad…

—¿Va a durarte mucho la broma?

—Hasta que tu novia sea mayor de edad.

—No estaba buscando una relación, ¿vale? Ni siquiera es por sexo. Simplemente, surgió. No veo su edad como un número, es una mujer agradable y me hace la vida sencilla.

La punzada de dolor que había intentado obviar con los chascarrillos se hizo insoportable.

—Me gustaría volver a hablar con Gael, tal vez por videollamada o vernos algún día en Londres… ¿Crees que querrá? Si tú estás de acuerdo, claro está.

—¿Bromeas? Si quieres, te doy la custodia compartida. A veces se me queda grande el papel de padre soltero.

—No me lo digas dos veces... Perderle fue lo que más me dolió de nuestra ruptura. Jamás te lo perdonaré.

—Podéis aliaros en mi contra: tampoco él me perdona.

No supe qué responder a eso. Agradecí que la lluvia azotara los cristales de la ventana porque cortó de golpe todo el buenrollismo que jamás debería haberse creado entre nosotros. Él también se dio cuenta, por eso cortó por lo sano.

—Creo que debería irme… El único hotel que encontré con habitaciones libres está a sesenta millas de aquí.

El camarero nos trajo la cuenta y salimos escopetados hacia su coche de alquiler. No puse demasiadas pegas porque me acercara a mi hotel, a pesar de que ambos estábamos incómodos respirando el mismo oxígeno en un espacio tan reducido. Su perfume y el mío se mezclaron en el aire, evocando recuerdos de todas las veces que habíamos acabado empañando los cristales.

De fondo, The Passenger y Ed Sheeran purgaban sus demonios a través de *Let her go*. La cosa no hizo sino empeorar cuando sonó *Start of something good*, de Daughty, seguido de *No se va*, de Morat. No fui la única que encontró el repertorio inapropiado, demasiado personal.

—¿Quieres que apague la música? —preguntó, incómodo.

—Está bien, es solo una canción…

Pero no, no era solo una canción. Hay canciones que al cerrar los ojos se convierten en personas, en recuerdos. Otras nos cuentan una historia. Y en esta selección podía ver que Ethan no estaba bien.

Aparcó el coche en el hotel y corrimos hasta la recepción, resguardándonos como pudimos de la lluvia y el viento huracanado. Nos confirmaron que no había habitaciones en ningún hotel de

la zona, lo que significaba que Ethan tendría que conducir con ese temporal.

Le acompañé hasta la puerta con una sensación rara en el estómago. Estaba deseando perderle de vista y encerrarme en mi habitación para procesar lo que había pasado y, al mismo tiempo, no quería que se marchara. No sin concretar cuándo volveríamos a vernos. Sin que me prometiera que todo iba a estar bien.

Su mirada anhelante me atravesó como la soledad en las noches de invierno.

—Siento que se te haya hecho tan tarde —me disculpé—. No debería haber propuesto lo de la cena.

—Ha merecido la pena, no te apures. —Nos quedamos mirándonos, de frente y sin saber cómo despedirnos—. Elena… Quiero volver a verte.

—¿Qué?

—Voy a estar un par de días en Nueva York. Voy a vender mi apartamento y tengo que empezar a gestionarlo, recoger mis cosas… Y Mark me ha pedido que me pase por la agencia antes de irme. ¿Te acuerdas de mi amigo Fer? —Asentí con la cabeza al oír el nombre de quien fue su mejor amigo en esa vida de la que ya poco quedaba—. Está colaborando con la agencia, el mismo rol de agente infiltrado que tenía yo antes.

—¿Es de fiar?

—Poca gente me inspira tanta confianza como él. Tiene un corazón de oro. —Aquella fue la pausa más larga de la historia. Una pausa llena de incertidumbre, de esas que ahogan—. En cuanto a lo de vernos, sé que es una pésima idea, pero… No te estoy pidiendo nada romántico, solo… —Rio nervioso, bajando la mirada—. ¡Olvídalo! No sé en qué estaba pensando para proponerte algo así. Bastante que he conseguido que me escuches hoy.

—Vale. —Si me hubiera detenido tan solo un segundo a pensar en las consecuencias de esa respuesta, no la habría dado.

—¿Cómo que *vale*? —Me miró, nervioso.

—Pues que sí, vale, hagámoslo. Aún estoy procesando que estés aquí, pero no he terminado todo lo que quería decirte, así que… vale.

—¿Aún te queda algo más dentro? —inquirió entre dientes.

—Bueno, de lo que quiero hablarte ya no está «dentro». —Me miró sin entender lo que decía —. En otras circunstancias, no querría volver a verte en varios meses. Pero soy consciente de que tienes que regresar a Londres, y quién sabe cuándo volveremos a vernos… Eso no quiere decir que te perdone, porque lo cierto es que no lo he hecho. Sé que no es lo que quieres oír, pero…

—Lo entiendo. Me conformaré con que algún día podamos tener una relación normal.

—Tú y yo hemos pasado por muchas fases y ninguna la calificaría de *normal*.

Ethan sonrió con tristeza ante mis palabras. Vivimos uno de esos momentos en los que uno no sabe si darse un beso apasionado o dar media vuelta y salir corriendo sin mirar a atrás. Yo opté por lo segundo, a riesgo de que el impulso por hacer lo primero arrasara con todo lo demás.

—Conduce con cuidado, anda. Nos vemos en la Gran Manzana.

Mi respuesta fue lo suficientemente cortante para que él entendiera que estaba lista para decirle adiós. No hubo fuegos artificiales, ni siquiera dos besos de despedida.

Le seguí en silencio, mi habitación estaba en la misma dirección. Quien diseñó ese hotel no tuvo en consideración los días de lluvia. Tenía el pelo empapado y pegado a la cara.

—¡Elena!

Su voz me detuvo justo cuando alcanzaba la barandilla de la escalera. La lluvia caía a cántaros sobre nosotros, que nos mirábamos con los ojos apretados para evitar que nos entrara el agua. Le hice un gesto para que hablara antes de agarrarme una pulmonía.

—No sabes lo que te he extrañado.

Asentí con la cabeza y no dije nada. ¿Qué podía responder a eso? ¿Que yo también le había echado de menos hasta dolerme el alma de pensarle?

¿Que me odiaba a mí misma por sentirme tan vulnerable cuando estaba cerca, a pesar de todo el daño que me causó una vez?

—Avísame cuando llegues a tu hotel.

Me di media vuelta y lo dejé allí. Con sus misterios y mis dudas. No pensaba abrirle de nuevo las puertas a mi vida, eso lo tenía claro... Escucharle ya me había parecido un tremendo acto de madurez por mi parte.

19

—¿Qué haces despierta a estas horas? —pregunté a una Gina somnolienta y con ganas de chismorreo—. Son como las… ¿tres de la mañana en Londres? Aquí son solo las nueve y ya estoy lista para una ducha caliente e irme a la cama.

—La incertidumbre no me dejaba dormir. ¿Os habéis besado?

—¡Tú estás mal de la cabeza!

—¿En serio no se te ha movido nada por dentro al verle?

Tardé un rato en responder. No habíamos tenido ningún contacto físico y, aun así, se me había quedado su esencia impregnada en la ropa; esa fragancia llena de matices que me hizo recordar lo bien que follábamos juntos. No pude evitar un estremecimiento.

—Muchas cosas, no necesariamente buenas…

—¡Anda ya! ¿Pero tú has visto cómo se ha puesto? Están los tres haciendo no sé qué dieta… Como Casper siga poniéndose cachas, va a llamar la atención más que yo en la boda, que soy la novia.

—Tranquila, que nadie te va a robar protagonismo ese día.

—Eso espero, porque no he reducido yo la lista a 750 personas para que se fijen más en el novio que en mí.

—¿750 personas? ¿Vas a casarte en el Estadio del Chelsea?

—Soy una *celebrity*, querida, tengo mogollón de contactos.

—¿Le has preguntado a Casper que es lo que él quiere? Porque toda esta parafernalia no va a gustarle, y te recuerdo que también es su día.

—Él quiere algo sencillo, como lo que tú tuviste. Sin famoseo, sin prensa…

—¿¡También has invitado a la prensa!? —pregunté alarmada—. ¿No te parece muy arriesgado teniendo en cuenta que va a estar media Phoenix Bond allí metida?

—No lo había visto así… Igual podría reducir un poco esa lista si quito a algunas de esas petardas lameculos a las que tanto odio… ¿Tú nunca echaste de menos el tener una boda más… boda?

—No la cambiaría por nada del mundo. Bueno, sí…, hubiera cambiado el final. Estoy segura de que batimos algún tipo de récord con nuestro divorcio exprés. —La mueca de Gina me recordó que ella encabezaba la lista con su matrimonio fallido en Bali.

—¿Le has contado lo de Gaia?

—Aún no. La verdad es que no pude. Lo he visto… diferente. Muy triste. No es el mismo hombre con el que yo me casé una vez.

—La palabra que buscas es *roto*. Y me temo que esto no ha hecho más que empezar para él… Supongo que te ha contado lo de sus padres.

—Todavía estoy digiriéndolo. Me siento culpable, Gina, yo les puse en contacto contigo.

—No busques culpables. No aprobamos la misión y, aun así, fueron a por todas. Caerlion y Marcelo tenían mucha rabia por dentro.

Entendí de pronto que el cuadro de Remedios Varo que había en aquella sala era una macabra representación de su huida de la cueva. ¿Quién podría encontrar placer regodeándose en algo así?

—¿Sirvió para algo? La misión… Ethan me contó que había una tercera persona que sí salió con vida.

—Lalo, otro irresponsable a quien la culpabilidad por no haber hecho más le come ahora por

las noches. Es uno de nuestros mejores agentes, un poco impulsivo. —Aproveché para desmaquillarme mientras ella continuaba su relato—. Consiguieron entrar en la trampilla, la llave de Yvaine estaba puesta y, a sabiendas de que ellos estaban dentro, se arriesgaron. Lo que realmente tiene valor en esa cueva no es el oro azteca que robaron, ni las joyas, sino los grabados que dejó un prisionero del siglo XVI.

—¿No me estarás hablando de la gruta del Salazar ese?

—¿Cómo conoces tú esa historia?

—Me lo contó Sio, pero no me lo creí mucho. Pensé que me estaba vacilando para que no siguiera hurgando en el caso.

—Pues es real como la vida misma, encanto. Y tu intuición nos ha llevado de nuevo por el camino correcto. El Valladolid que estamos buscando se ubica en la actual Morelia, ciudad que ostentó el nombre de Valladolid desde 1545 a 1824. Hemos hablado con un colaborador y… la mítica aldea ya no es la Tierra Prometida, sino algo mucho menos romántico.

—Como, por ejemplo…

—Una granja humana.

—¿El qué?

—¿Ethan no te ha contado nada de esto?

—Ethan no me ha contado nada en general, ya sabes cómo es y lo mucho que me desesperan sus ambigüedades. Puede que me haya hecho perder los papeles un par de veces…

—La entidad fiscal de Glamletics está registrada en el mismo domicilio que varios negocios tapadera de La Luna de Plata para blanquear dinero, e incluso hemos encontrado la misma dirección en algunas facturas de la antigua tabacalera Aguirre SL, esa en la que trabajaban los indianos del norte de tu país. También hay facturas de alimentación y lavandería de cantidades desorbitadas durante los últimos cuarenta años en una nave de la zona que, sin embargo, en Google maps muestra solo un solar.

—No es raro que hayan dado una dirección falsa.

—Ya, pero el lugar existe, Elena. Y la «aldea» también… Tenemos el testimonio de un antiguo trabajador. El problema es que han pasado más de treinta años desde que estuvo allí, y el acceso ha cambiado dramáticamente desde entonces.

—¿Por qué no llamamos a Indiana Jones? Si encontró el arca perdida, podrá encontrar esa aldea…

—¿Sabes que me caes fatal cuando te pones en modo zorra sarcástica?

—Pensaba que me echabas de menos. —Le lancé un beso en el aire que no hizo sino potenciar su cabreo—. Vale, recapitulemos, Malindra Stewart está metida hasta el cuello con La Luna de Plata, y su fábrica podría estar cerca del emplazamiento donde, según vuestro contacto, se situaba la aldea.

—Correcto. Y ahora por fin tenemos la certeza de cuál es el fin que persigue Helga. Por un lado, sabemos que están tratando de mantener los genes de ese mestizaje. Por otro, la misión del proyecto de «lunaplatización», como tú lo llamaste, es para…

—…clonar a Salazar usando el ADN de los huesos que encontraron en la cueva. —Gina se quedó blanca al oír mis palabras—. Pero yo pensaba que ya tenían a su descendiente, Sio me contó que habían encontrado a varios.

—¿Qué sabes tú sobre el ritual y el descendiente?

—Nada en absoluto. Deduzco que Helga cree en el poder que le concederá el ritual y espera obtener el conocimiento médico supremo que la convierta en la mejor científica de todos los tiempos.

—Exacto. El padre de Helga ya había realizado este ritual antes y no ocurrió nada.

—¡Por supuesto que no ocurrió nada!

—La máscara no era la correcta —aclaró. Era una suerte que Gina no pudiera ver mi cara de estupefacción. A veces sentía que me estaban tomando el pelo para alejarme—. Durante las últimas décadas son muchas las máscaras de turquesa que han aparecido en excavaciones y yacimientos, algunas de las cuales están expuestas en el Museo Británico. Quienquiera que custodie ese artefacto, se está cuidando bien de que ellos no lo encuentren.

—Quiero volver al caso.

—¿Qué?

«Eso digo yo, ¿qué?».

—Lo único que me detiene ahora mismo es Gaia, no quiero ponerla en peligro. Pero el hecho de que nadie haya puesto la mano encima a Gael en todo este tiempo me hace pensar que…

—¿Has hablado con Ethan de esto?

—No, ¿por qué iba a hacerlo?

—Porque no va a permitirlo.

—Ya, pero su opinión me importa más bien poco…

—La suya no…, pero la de Mark debería importarte, es quien gestiona la agencia. Si Ethan le dice que no quiere trabajar contigo, se va a posicionar, y no va a ser a tu favor…

—¡Genial! Veré cómo saco el tema mientras le comento que tiene una hija que obviamente no desea tener… Ha hecho unos comentarios bastante interesantes ante la idea de volver a ser padre.

—Dale tiempo, ya sabes cómo es… En un par de meses le tienes dando saltos de alegría con la noticia.

—Me resbala, Gina. No lo he necesitado para nada en estos dos años, no voy a hacerlo ahora.

—No seas tan dura con el chico…

Un fuerte estruendo me distrajo. El viento había arrancado una rama de un árbol cercano, que estaba dando tumbos por el corredor, azotando de forma violenta puertas y ventanas a su paso.

Mi propia imagen reflejada en la pantalla del televisor me hizo sentir culpable. El poderoso rugido de los truenos se mezclaba con los latidos incesantes de mi corazón, que me martilleaba con fuerza en el pecho. Tenía ansiedad. Comencé a dar vueltas de un lugar a otro de la habitación.

—¿Está todo bien, Elena?

No lo estaba. Porque yo estaba a salvo, bajo esas cuatro paredes que contenían los ataques de la naturaleza, mientras que…

¡No podía estar planteándome algo así! No después de lo que me había hecho. Mi plan de relajarme en un baño de espuma con uno de mis múltiples follamigos de silicona se vio truncado por el runrún que tenía en la cabeza. Necesitaba esa noche para mí, para gestionar mis propias emociones, no para ejercer de samaritana de ningún capullo rompecorazones. Pero a veces soy rematadamente idiota.

—Gina, tengo que dejarte.

Ni siquiera le di la oportunidad de despedirse o preguntar qué estaba tramando. Era una locura, pero mi sentido de la protección, ese que desarrollamos de forma exagerada al tener hijos, me obligaba a tomar cartas en el asunto.

Aún tenía el móvil en la mano tras mi llamada con Gina. Con el rostro prieto por el nerviosismo, marqué su número sin pensar bien en lo que hacía. Esas son siempre las mejores decisiones, las que no tienen mucho sentido… También las más estúpidas. Varios tonos después, oí su voz sorprendida al otro lado de la línea.

—¿Elena? ¿Te has dejado algo en mi carro? No veo nada…

—¿Cómo de lejos estás de aquí?

—Pues…, a la velocidad que voy, diría que no he recorrido más de quince millas. ¿Qué necesitas?

—Que des medida vuelta. ¿Lo ves factible?

—Ahora mismo, no… Supongo que más adelante podré dar la vuelta en algún sitio. ¿Estás bien?

—No, no estoy bien, pero eso da igual ahora… —confesé—. No quiero que conduzcas con este temporal. Mi habitación tiene dos camas enormes y solo voy a usar una. Sé que es una locura, pero me lo parece aún más que conduzcas esta noche. —Su silencio me incomodó—. ¿Sigues ahí?

—¿Tú estás segura? Porque la carretera está cortada en varios tramos por las inundaciones y el viento me está desequilibrando. Si me ofreces quedarme en tu hotel, no voy a rechazar tu oferta.

—Me voy a la ducha. Habitación 105. Pide una copia de la tarjeta en recepción.

Al igual que había hecho con Gina, colgué el teléfono sin darle opción a responderme, y me metí en el baño en busca de una ducha caliente y un orgasmo. ¿Tan terrible era por masturbarme pensando en mi ex? Probablemente sí, teniendo en cuenta que estaba saliendo con otra persona… Y hablando de Noah, no me veía con ánimo de llamarle, así que mandé un mensaje alegando que estaba cansada y recordándole que le quería.

Ya compartiría con él los detalles a mi vuelta…

—¿Te importa si me doy una ducha? —Saqué la cabeza de debajo del edredón en el que me había hecho un ovillo, sorprendida por tan estúpida pregunta—. Pensé que estabas ya durmiendo y no quería molestarte con el ruido.

—Tranquilo, solo estoy leyendo. Te aseguro que no puedes alterar mi patrón del sueño más de lo que ya lo has hecho.

—No sé cómo tomarme eso…

—Dúchate, anda.

Me centré de nuevo en mi lectura para no embobarme en cómo se le ajustaban los vaqueros mojados a las piernas. Con la poca actividad sexual que tenía últimamente con Noah, nadie podía juzgarme por estar un poco necesitada de morbo en mi vida... Y ese hombre siempre me había hecho perder la cabeza.

Tras una ducha rápida, le oí merodeando por la habitación y meterse en la cama de al lado, que, en una habitación tan grande, se sentía como a 300 metros de la mía.

—Buenas noches, Elena. Gracias por dejar que…

—¡Que descanses!

Me di media vuelta y apreté los ojos con fuerza, como si así pudiera ignorar el hecho de que quien había sido —y aún era— el amor de mi vida estaba acostado en la cama de al lado. Su presencia se hacía notar incluso en la oscuridad de la noche por ese aroma que lo inundaba todo

y solía hacerme sentir en calma cuando hundía mi cabeza en su pecho.

Tenía la certeza de que había mucho más en esa historia que Ethan no me estaba contando, no sabía si por prudencia, por miedo o por protección. Tal vez fuera porque yo ya no estaba en el caso, pero sentía que aquello me pertenecía por derecho. Ya no se trababa solo del caso McGowan, sino de la historia de Elena Fernández, mi historia, y yo merecía conocer los detalles.

Me desperté sobresaltada con el aullido del viento a través de los cristales. Tenía las pulsaciones aceleradas tras otra noche de terrores nocturnos, que empeoraron al abrir los ojos y no reconocer dónde estaba. Tardé un rato en volver en mí, al igual que tardé en darme cuenta de que Ethan no estaba allí.

¿Se habría escabullido en medio de la noche? La luz del baño estaba apagada, pero las llaves del coche y su móvil seguían sobre la mesilla. Su mochila y su abrigo también estaban allí.

La experiencia que me dieron años viviendo juntos acudió al rescate: a Ethan le afectaba muchísimo el jet lag. Me vestí, incapaz de conciliar el sueño con esas emociones que me aletargaban, convencida de que me lo encontraría en el lobby, disfrutando de un café y un libro. Lo reconsideré un instante. Ethan ya no era asunto mío, aunque ese café al que yo misma me había invitado no sonaba del todo mal…

Salir de la habitación con tremenda tormenta era de género idiota, pero yo nunca he presumido de ser la más lista cuando se trataba de Ethan McGowan. Había algo en él que seguía ejerciendo una fuerza incontrolable sobre mí, atrayéndome como un imán, a pesar de que no supiera qué estaba haciendo ni cómo iba a justificar mi arrebato.

Atravesé el corredor como pude. El repentino monzón había creado una corriente de agua que corría en dirección a las escaleras y empapaba mis botas a conciencia. Estaba sumida en una completa oscuridad que me hizo entender que se había ido la luz en el hotel. Era la noche perfecta para zombis y fechorías.

¿En qué estaba pensando para abandonar la comodidad de la cama?

La imagen que vi entonces me dejó perpleja. Ethan estaba sentado en uno de los escalones por los que el agua discurría como si fuera una cascada, descalzo, y solo llevaba un chándal gris clarito de algodón, que se había oscurecido por el agua y pegado a su cuerpo como una segunda piel.

Sus ojos solo abrían una rendija para evitar que el agua se colara en ellos. Apostaría que ni siquiera sentía el temporal, estaba sumido en una especie de trance en el que el mundo exterior había perdido importancia. Su pecho se hinchaba de arriba abajo, emitiendo sonoros suspiros. Tuve miedo de acercarme. No sabía si estaba despierto o dormido, pero sí sabía que no estaba bien.

Regresé a la habitación en busca de su abrigo y corrí de nuevo junto a él.

—¿Tú estás loco, o qué? ¡¿Es que no ves la que está cayendo?! —Le arropé como una madre hubiera arropado a su hijo—. ¡Ethan! ¿Se puede saber qué haces aquí? —No obtuve respuesta alguna. Él seguía agitado, mirando a algún lugar que no estaba realmente allí, tal vez entre el futuro y el pasado—. ¡Ethan Adrián Duarte McGowan! ¿Me estás escuchando? ¡Está diluviando!

¿Se puede saber qué demonios haces aquí sentado?

—Los encontraron flotando en el mar —respondió sin mirarme—. Ni siquiera me he permitido llorarlos hasta ahora. Tenía tanta rabia por dentro… Quería que todo fuera normal en casa, Gael ya ha pasado por bastantes pérdidas como para…

Sus palabras me devastaron. No sabía por qué había decidido confesarse conmigo, pero ahí estaba, mostrándose vulnerable por primera vez desde que lo conocía. Ethan McGowan a corazón abierto. Y algo me decía que necesitaba desahogarse tanto o más que un secador de pelo. Me senté a su lado sin importarme que la lluvia cayera como un torrencial furioso sobre nosotros.

—Ni siquiera he sido capaz de regresar a México —siguió—. Cuando estoy en Londres, no los echo tanto de menos porque no forman parte de mi día a día. Es como si no hubiera ocurrido, y tengo miedo a que, al volver a casa, todo se vuelva demasiado real.

—Tienes que enfrentarte a esto, Ethan, no puedes simplemente negar lo que pasó.

—No puedo... Tengo esta angustia, este sentimiento de culpabilidad que no me deja respirar y…

Se llevó la mano al pecho y fracasó al tratar de normalizar la respiración. A mí también me estaba entrando ansiedad por no saber qué hacer, aparte de ignorar la tiritona que contraía mis músculos para seguir escuchándolo.

—Tú no tuviste la culpa de lo que pasó.

—Sí la tuve. —Le miré sin entender lo que decía—. Yo fui la razón por la que entraron en la cueva. No aprobaban el plan. Pensaron que podrían acabar con ellos por sus propios medios, liberarme a mí de estas cadenas… Y al final, se condenaron ellos mismos.

—Si me explicaras de qué va todo esto, tal vez podría ayudarte. Ethan, yo…

—No puedo. Ni siquiera debería estar aquí. No debería haber irrumpido en tu vida, aún no. —Hizo una pausa para tomar aire. Su respiración entrecortada estaba empezando a preocuparme—. Mark va a matarme, lo estoy complicando todo. Lo estoy jodiendo todo otra vez. Te estoy jodiendo a ti.

—Olvídate de mí ahora… Me preocupas tú. Necesitas que te vea un especialista y te ayude a lidiar con todas esas emociones.

—Estoy yendo a terapia. Me he olvidado las pastillas en Nueva York… Por eso… Me cuesta respirar.

—¿Qué pastillas?

—Me ayudan a… olvidar.

Sabía de qué hablaba. Las putas pastillas con las que esos loqueros de la agencia lo arreglaban todo. Yo también las había tomado durante un tiempo y, mezcladas con alcohol, su efecto era devastador. El ginecólogo dijo que era un milagro que Gaia hubiera sobrevivido a ese coctel molotov.

—¡Joder! ¿En serio estás tomando la mierda esa que te deja grogui? ¡Tienes que dejarlas ya mismo!

—No puedo. No sabes de lo que estás hablando…

—¡Pues dímelo! Estoy aquí, ¡habla conmigo! Prometo que no voy a juzgarte ni a echarte nada en cara. Estamos en tiempo muerto.

—No puedo. Aún no. —Su angustia me estaba calando aún más que el agua que nos bañaba por completo—. Mi vida no vale mucho. Pero no quería irme sin… Solo una vez…

De nuevo, se llevó la mano al pecho y apretó los ojos.

Me sentía impotente al no saber cómo aliviarlo. El psicólogo que me atendió en mis días

grises me recomendaba tomar un vaso de agua cuando la ansiedad me oprimiera el pecho. Pero Ethan no quería moverse de esa escalera. Y yo no quería abandonarlo.

—Solo quería que supieras que lo siento mucho, Elena. Siento haber permitido que esto sucediera. Siento no haber estado ahí y siento no haberte protegido mejor cuando estábamos juntos. Nunca debería haberme casado contigo. Tendría que haber escuchado a Mark cuando decía que no podemos tener pareja. Gina no sabe lo que le está haciendo a Casper, somos dos malditos egoístas y merecemos lo que nos pase.

¿De qué estaba hablando?

Su respiración se agitó aún más mientras enumeraba todas las veces que me había fallado. Tenía los ojos enrojecidos, el dolor saliendo a borbotones por sus lacrimales. Y se me removió algo por dentro al verle así. Porque hasta ahora siempre había pensado en el daño que él me hizo, en cómo me cambió esta experiencia, pero jamás me había planteado que él también estuviera combatiendo su propio duelo. Algo muy turbio estaba pasando en su vida. Y sospechaba que tenía que ver con ellos.

—¡Ey, está bien! ¡Tranquilo! —Puse mi mano sobre la suya, con la esperanza de que el contacto físico lo trajera de vuelta de ese trance emocional—. Lamentar el pasado no va a servir de nada. Ahora tienes que encontrar el modo de seguir adelante con el futuro que estás construyendo… sin pastillas.

—¿Qué futuro, Elena? Yo no tengo futuro.

—No seas derrotista, rendirte no te pega.

—Antes me has preguntado por qué ahora, qué había cambiado… —El dolor que desprendía su mirada me estaba rompiendo por dentro—. Al morir mis papás estaba rodeado de gente preocupándose por mí, y yo me sentí solo, frustrado, perdido. Tenía tanta ira, tanto odio… —Apreté su mano y entrelacé sus dedos con los míos—. Y la única persona a la que quería llamar, la única que podría haberme dado un poco de consuelo, eras tú. Necesitaba que me dieras un abrazo y me dijeras que todo iba a ir bien, que te llevaras el dolor… ¡Yo qué sé qué chingados se me pasó por la cabeza! Solo sé que llevo meses rezándole a un dios en el que no creo para que volvieses de nuevo a mi vida. Solo una vez… Pensé que, si el mundo se fuera a acabar mañana, querría pasar cada instante que me queda a tu lado. Y, de repente, me vi subido en ese avión rumbo a Nueva York.

Tragué saliva violentamente y miré para otro lado. Sus palabras dejaban entrever muchas cosas que no alcanzaba a comprender. Le busqué con la mirada. No era momento de buscar respuestas, sino de sacarlo de allí y conseguir que se tranquilizara sin las dichosas pastillas.

—Puedo dártelo ahora si quieres… —ofrecí. Ethan se volvió a mí, desconcertado—. El abrazo.

Una débil sonrisa se esforzaba por dibujarse en su rostro. Yo tampoco pensé muy bien en lo que hacía cuando extendí los brazos, dejando que se acurrucara en mi pecho como un animal herido. A pesar de estar empapado, desprendía un calor reconfortante. Sentí sus manos en mi cintura y su cabeza apoyada en mi hombro, su respiración me hacía cosquillas en el cuello.

Entre sus brazos reviví todos los momentos felices que habíamos protagonizado juntos. Los atardeceres desde Primrose Hill. Las cenas a pie de playa con su familia en Bucerías. Los besos de improvisto. La batalla de espuma en nuestra noche de bodas. El sexo cómplice. Las risas por tonterías que solo él y yo comprendíamos. El cruce de miradas con el que comunicábamos cosas que nadie más podía intuir. Las peleas tontas que acababan con un abrazo como ese… Todo el amor que sentí una vez, el mismo que había enterrado bajo capas de sedimentos, se colaba por una rendija que amenazaba con volver mi vida del revés.

¿Iba a permitirlo?

Cuando regresé a la realidad en la que me hallaba, a aquel hombre roto y al agua que empapaba nuestros cuerpos, sentí la necesidad de fundirme con sus labios. El contacto se volvió más íntimo, más cálido. Todos mis fantasmas pasados se alejaron de pronto, y con ellos, el rencor, el odio y la rabia que tenía por dentro. Era como si todo se hubiera llenado de luz, de esa luz que solo él irradiaba, incluso en sus momentos más bajos.

Y mientras dejaba que su olor me inundara por dentro, me entraron unas ganas terribles de ser yo quien lloviese a mares.

—Lo siento, llevo tanto tiempo reprimiéndome que se me ha venido todo encima. —Se incorporó, avergonzado por su arrebato—. Estoy harto de ser otra persona.

—No pasa nada, tranquilo.

—Sí, sí pasa… Estás muy fría conmigo. Las cosas están raras. Lo he jodido todo. Y tengo que hacerme a la idea de que ya no estás ahí. Y lo cierto es que te echo de menos. Lo fuiste todo para mí. —¿Por qué me decía esas cosas? ¿Qué esperaba que hiciera con esa información?—. No es que quiera volver contigo, ni mucho menos, solo… Ya sabes, que estés presente de algún modo.

—Dame tiempo, ¿vale? —Mi mano seguía unida a la suya, nuestros dedos bailando una danza de caricias discretas que se hacían promesas en el aire—. Ahora solo quiero que respires y te tranquilices.

—No estoy acostumbrado a ser el débil.

—Todos tenemos derecho a caer de vez en cuando. Y sé de sobra que vas a levantarte… Y ahora, ¿por qué no vamos dentro y nos ponemos algo seco? Como sigamos aquí, vamos a coger una pulmonía.

—Lo siento, esto es lo que menos te conviene con tu problema…

Me sorprendió que también estuviera al día de las secuelas que me había dejado el secuestro. Esa tos crónica, que aquejaba mis pulmones cuando me resfriaba, convertía cada catarro en un drama épico.

—Nada que unas mantas y un buen secador no arreglen. ¿Te hace un descafeinado de la máquina de abajo?

—¿Descafeinado? —Enarcó una ceja y, a pesar de todo el drama que se respiraba, me hizo reír—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi Elena?

—Tienes razón. De todos modos, no voy a lograr dormir. Café, con todo su veneno.

—Elena…, ¿podrías abrazarme otra vez?

La realidad se me echó encima como una losa de trescientas toneladas cuando el reloj me avisó de que tenía que levantarme para ir a trabajar. Apenas había dormido dos horas y el fotógrafo sátiro estaría ya desayunando y listo para correr una maratón si hiciera falta. Me levanté sin hacer ruido, comprobando que no lo había soñado: Ethan estaba ahí, en la cama de al lado, y su respiración estaba serena.

Me hubiera encantado tener un bote de Fairy y un estropajo Nanas a mano para usarlos con furia en la ducha sobre mi piel. Necesitaba librarme de ese aroma que se me había quedado impregnado y secuestraba mi cordura. Algo se removió en mi interior al ver su bolsa de aseo

junto a la mía, la reminiscencia de una vida anterior que aún hacía daño recordar.

Al salir del baño, me lo encontré despierto, buscando ropa limpia en su mochila.

—Buenas —saludé, incómoda por los abrazos, en plural, que nos habíamos dado la noche anterior—. Tengo que trabajar, pero tú puedes quedarte si quieres. El hotel está pagado hasta las cinco. Te vendría bien dormir algo antes de conducir de vuelta.

—¿Quieres que te espere y te llevo yo a casa? Sabes que soy buen conductor.

—Te lo agradezco, pero voy a declinar tu oferta. Mejor dejamos las cosas como están. Aún no he tenido tiempo para procesar las últimas 24 horas y creo que necesito un poco de… soledad.

—¿Sigue en pie lo de mañana o necesitas… «*soledad*»? —dudó. Yo asentí con la cabeza.

—Te mandaré la dirección de mi casa. Tengo que irme, me están esperando. Conduce con cuidado, ¿vale? —dije desde la puerta, sin un adiós o un abrazo de despedida.

—Elena… —Me giré al oír su reclamo—. Gracias. Por todo.

Asentí con un leve movimiento de cabeza y salí pitando de allí. Pero ni la tarde de trabajo ni las nueve horas de coche de vuelta a casa consiguieron que me olvidara del hecho de que íbamos a volver a vernos, y necesitaba encontrar el modo de explicarle que teníamos una hija juntos.

La peor de mis pesadillas estaba a punto de hacerse realidad.

20

12 de diciembre de 2024 — Union City, NJ

¿Sabes cuando te pasas el día comprando ropa, pero nunca tienes nada que ponerte? Así me sentía yo mientras llenaba la cama de prendas que no me sentaban bien. No quería que me viera como una aburrida madre soltera sin ningún misterio, pero tampoco que se notara que me estaba esforzando demasiado. Tras una larga deliberación conmigo misma, en la que Gaia participó con sus muecas de aprobación, opté por ponerme unos vaqueros claros y un jersey de punto ajustado negro. Neutro e informal.

Yo no era la única que estaba nerviosa con ese encuentro. Por alguna razón que no comprendí, Siobhan se había empeñado en correr todas las cortinas de la casa como si estuviéramos haciendo algo ilegal. En cierto modo lo era, pues aún no había encontrado el momento de contarle las últimas novedades a mi novio…

El trabajo se convirtió en mi mejor aliado para no devorarme las uñas en lo que llegaba Ethan. Cuando sonó el timbre, estaba enfrascada en una apasionante discusión con el diseñador gráfico sobre la foto que iría ilustrando la portada de enero.

Desde el salón me llegaba la conversación de ascensor entre Ethan y mi compañera, quien se acercó para decirme que a «Yva» parecía gustarle Ethan.

Yva. La muy zorra lo había hecho a propósito… Nosotras nunca llamábamos a la niña por su segundo nombre.

El responsable de que mi corazón no latiera a un ritmo normal esa tarde entró en la cocina y me saludó con timidez. Se me cayó el alma a los pies al ver que llevaba a mi hija en brazos, y ella parecía encontrar sus monerías desternillantes. *Nuestra hija*, me corregí, haciéndome aún a la idea.

—Aprovechando que estás aquí, ¿puedes venir un momento?

—Tú dirás… —Dejó a la niña en la trona y se acercó a mi portátil.

—¿La portada azul o la roja?

—La azul. La roja me parece un poco agresiva. Además, estamos en invierno… —contestó, ante las protestas del diseñador, quien aseguraba que estaba amañado porque le habíamos respondido los dos lo mismo.

—Te juro que acaba de entrar por la puerta. La azul será, lo siento. Te tengo que dejar. Llámame solo si es imprescindible.

Había llegado el momento de la verdad y ni siquiera supimos cómo saludarnos. Después de un vaivén de cabezas que nos hizo parecer dos pavos reales en plena danza de apareamiento, me dio un beso en la mejilla que acepté con una sonrisa tensa.

—¿Qué tal ayer? ¿Todo bien en la agencia? —pregunté por hablar de algo.

—Sí, bueno, ya sabes… Todo lo bien que te puede ir con Mark. Tiene la empatía del tamaño de un guisante.

—Y el ego del tamaño de una sandía —corroboré, haciéndole sonreír. Me gustaba conservar ese don porque sus ojos tristes me contaban que sus sonrisas ya no eran tan frecuentes.

Entonces, se hizo el silencio… Había revivido ese momento mil veces en mi cabeza y ninguna de ellas acababa bien.

¿Cómo se empieza semejante conversación? «*¿Ves esa preciosa niña de ahí, con la piel canela y los ojos verdes? Pues bien, los ha heredado de ti. De nada*».

—¿Quieres beber algo? —ofrecí, en busca de una excusa para centrarme en otra cosa.

—Café estaría bien, gracias. —Le di la espalda y puse la cafetera italiana en la vitrocerámica. Era mucho más lenta que la máquina y me daría algo de tiempo para ordenar las ideas—. ¿Puedo preguntarte por qué Siobhan te ha mirado de ese modo cuando he entrado con la niña en brazos?

—No sé a qué te refieres.

—He visto que te hacía una seña… Es como si se estuviera disculpando por algo. —Me giré para mirarle, hecha un mar de nervios. Ethan tragó saliva y me analizó con los ojos como platos —. Espera, ¿qué? ¡Me estoy rayando un montón ahora mismo! Es tuya, ¿verdad? Por eso querías que quedáramos aquí, para decirme que tienes una hija.

Por más que busqué una señal en su rostro, no supe interpretar lo que decía sin palabras. Desde luego, no parecía cabreado… Contento tampoco…

—¡Vaya! Pues ha sido más fácil de lo que esperaba. No sabía cómo decírtelo después de tanto tiempo y… ¿No estás enfadado?

—No, aunque sí un poco sorprendido, la verdad… —Se rascó la cabeza con nerviosismo—. Conmigo nunca quisiste tener hijos y ahora me entero de que tienes una niña con ese tipo con el que ayer me dijiste que te estabas tomando las cosas con calma… Cómo cambia la vida, ¿eh?

Para ser tan inteligente, a veces podía resultar muy tonto.

—Llevo solo seis meses con Noah. Y no soy una cabra…

—¿Es alguna expresión española que desconozco? —Su torpeza me estaba desesperando.

—Escúchame y analiza lo que te estoy diciendo: llevo solo seis meses saliendo con Noah.

—Eso ya lo has dicho… —Palideció de golpe, mostrando que por fin había conectado todos los cabos sueltos—. ¡No! ¡Híjole! ¿Qué edad tiene Eva?

—Diecinueve meses. Y su segundo nombre es Yva, no Eva.

No recuerdo cuándo fue la última vez que vi a alguien haciendo cuentas con los dedos. Porque supuse que eso es lo que estaba haciendo: calcular la última vez que habíamos echado un polvo.

Entonces, puso los brazos en jarras y comenzó a dar vueltas por la cocina. Vale, pues sí que estaba cabreado…

—¡No pinches mames! ¡Es imposible que sea mía! ¡Tú tomabas la píldora!

—Perdona por no haber tenido la consideración de tomármela los tres días que tu primo y tu padre me tuvieron secuestrada —repliqué, poniéndome a su nivel. «*Cálmate, Elena, respira profundo…*»—. Aunque parece que ya estaba embarazada por aquel entonces. Sinceramente, no entiendo cómo la pobre puede estar siquiera viva con todo lo que pasé…

—¡El cumpleaños de Casper! —exclamó señalándome con el dedo y llegando a la misma conclusión que yo—. Se te olvidaron las pastillas cuando fuimos a Lake District y pensamos que, por una vez, no pasaría nada.

Los siguientes diez minutos los pasó dando vueltas por la cocina y cavilando, sin decirme nada. Gaia nos miraba con curiosidad, pero estaba lo suficientemente entretenida con un cuento que hacía ruiditos como para prestarnos demasiada atención.

—Quiero que sepas que no voy a pedirte responsabilidad de ningún tipo. Solo pensé que te gustaría saberlo… —me aventuré, pero él seguía en ese estado de *shock* del que no sabía cómo sacarle—. ¿No tienes nada que decir?

—No sé qué quieres que diga, la verdad. Si no te importó mi opinión en su momento, ahora poco puedo aportar.

—Es un poco injusto, pero lo pillo: estás molesto conmigo.

—¿Molesto? No, ¡qué va! —Rio, nervioso—. A ver, quieres que diga algo, vale… ¿Qué tal un «¡vete a la mierda, Elena!»? ¿Cómo has podido ocultármelo todo este tiempo? ¿En qué

chingados estabas pensando?

—No sé, igual habría sido más comunicativa si no me hubieras bloqueado la última vez que intenté llamarte.

—¿Y no podrías haberles pedido a los traidores de nuestros amigos que me dijeran algo? Porque doy por hecho que esa panda de malnacidos está al tanto de la situación, ¿no?

—Me bloqueaste de tu vida y a ellos les pediste que no mencionaran mi nombre. ¿Para qué iba a decírtelo? Decidí tenerla y no quería que te sintieras atrapado en un matrimonio del que obviamente tú querías huir. Estaba casi de tres meses cuando me enteré de que estaba embarazada.

—¿Tres meses? ¿Cómo pudiste tardar tres meses en darte cuenta de que estabas embarazada?

—¿Cómo pudiste tardar veintiséis meses en darte cuenta de que no había sido yo? —se la devolví. Ethan me miró con aversión. Quise quitarle hierro al asunto usando las palabras que él empleó el día que me confesó en Roma que tenía un hijo, pero erré—. Te estoy diciendo que tienes una hija, no una enfermedad terminal.

—Una hija que nadie me preguntó si yo quería tener.

—¡Y de la que nadie espera que te hagas responsable! —Desató lo peor de mí y mi lengua viperina—. Llevamos dos años sin hablarnos, por mí podemos tirarnos otros veinte más, si es lo que quieres. Esta vez no voy a echarte de menos.

—No deberías haberle puesto ese nombre a la niña. Sabías que yo quería llamar así a mi hija, si algún día tenía una.

—¿Estás de coña? ¡Precisamente por eso la llamé así! ¡Porque te guste o no, es tu hija! —Ethan seguía negando con la cabeza y yo me sentí rematadamente idiota—. Debería haber seguido la tradición de mi familia paterna y llamar a mi hija Elena, pero fui tan estúpida que pensé que te haría ilusión, si es que algún día volvíamos a hablarnos.

El sonido de la cafetera me alertó de que se estaba quemando, exactamente igual que yo.

—Esto no estaba en mis planes. Yo no vine a Nueva York para esto.

—¿Crees que yo tenía planeado ser madre soltera, cuando ni siquiera me gustaban los niños? La vida viene como viene, y luego tú decides cómo actuar sobre la marcha.

Ethan seguía negando con la cabeza mientras miraba a mi hija con rechazo. Estaba deseando que se fuera por dónde había venido.

—En serio, Elena, sabes que me mató esta situación con Gael, ser padre únicamente por Skype. ¿Cómo esperabas que reaccionara al enterarme de que voy a pasar por lo mismo otra vez?

—Ya nadie usa Skype... —Si las miradas matasen…—. Además, ahora tienes a Gael 24 horas al día para ti solo.

—¿Me estás diciendo que solo tengo que quitarte de en medio para conseguir pasar más tiempo con Yvaine? —replicó irascible.

—Se llama Gaia, y lo que quería decir es que… Bueno, que yo no voy a impedirte que la veas cuando quieras.

—¡Qué gran idea! Muchas gracias por tu generosidad. Tal vez podamos acordar custodia compartida. ¿Qué tal si paso a buscarla el fin de semana? ¡Oh, no! Espera… ¡que vives en la otra pinche punta del mundo!

—Estás siendo un poco gilipollas ahora mismo. Sé por experiencia que eres así cuando las cosas se escapan de tu control, así que voy a darte un tiempo para digerir la noticia en vez de mandarte a la mierda, que es lo que me apetece hacer ahora mismo.

—No hay nada que digerir, Elena. No es mi hija. No tengo ningún recuerdo con ella, no estuve allí el día en que nació. Como mucho, soy el tipo que se cogió a su madre, suponiendo

que sea mía…

Juro que no soy una persona agresiva, pero en esos momentos, quise abofetearle. Quise causarle el mismo dolor físico que él me estaba causando a mí por dentro.

—Lárgate, anda —pedí calmada—. Creo que no me merezco esto. Nunca te he hecho nada para que desconfíes así de mí, para que me trates de este modo. No necesito esto en mi vida.

—No hace falta que me acompañes, sé de sobra dónde está la puerta.

—¡Pues estás tardando en usarla!

Recogió el abrigo que había dejado sobre la silla y salió de la cocina. Entonces, se volvió y me miró con rabia.

—Si decido aceptarla, quiero una prueba de paternidad.

¡No podía creer lo que estaba oyendo! Le quité el juguete que mordisqueaba a Gaia —a pesar de que mi hija no tenía la culpa de las neuras de su padre—, lo metí en una bolsita para congelar comida, y se lo lancé de mala leche.

—¡Házsela tú mismo, imbécil! Yo no quiero saber nada de esto.

Siobhan nos observaba desde el *hall*, alertada por los gritos que habíamos pegado en el último momento. Sé que ella le detuvo para tranquilizarle. Yo subí a darle un baño a la niña. La única razón por la que no estaba ya acostada había sido precisamente para que conociera a su padre. ¡Menuda pérdida de tiempo!

Aquel fue mi momento de derramar las lágrimas que no me había permitido llorar desde su llegada. Necesitaba purgar mis demonios, justificando la humedad de mis ojos con el chapoteo travieso de la niña. Reía y jugaba en ese momento que era tan nuestro, pero por dentro me sentía rota en mil pedazos. Otra vez. Y de nuevo por culpa de ese hombre...

Los gritos de Siobhan y Ethan se hicieron más audibles. Pensé en intervenir, pero mi amiga era de armas tomar cuando la provocaban.

—¿Cómo podías mirarme a la cara sabiendo que mi hija vivía en la habitación de al lado? —le oí preguntar.

—¡A mí no me metas en tus líos! —protestó ella—. Soy tu abogada, mi trabajo empieza y termina en evitar que vayas a la cárcel y demostrar tu inocencia. Y creo que he hecho una labor excelsa en ambos casos.

—Después de tantos años, pensé que eras algo más que mi abogada.

—Sí, y también lo soy de ella, Ethan. Soy la persona que reparó lo que tú destruiste. Podrías agradecerme que ambas estén bien.

—Ahora mismo no me veo capaz de razonar con ninguna de las dos.

—¡Di que sí! ¡Lárgate y compórtate otra vez como el capullo que intentas demostrar que no eres! ¡Total! Solo has perdido a tu mujer y los dos primeros años de la vida de tu hija.

La respuesta llegó en forma de portazo. Siobhan había sido dura, pero no podía negar que Ethan se lo merecía. Después, me llegó el sonido de Siobhan mandando una nota de voz en un tono mucho más compasivo. ¿Estaba comunicándose con Ethan?

Mientras yo terminaba de secar a Gaia y la untaba en toda clase de lociones infantiles, escuché a mi compañera acostando a su hija. No tardó en aparecer por la puerta del baño con esa mirada que tanto odiaba, del mismo modo en que desafiaría a un criminal para sacarle de mentira a verdad.

—¿Estás bien?

—Sí, bueno…, ya sabes… Lo esperable. Hemos sido bastante civilizados las últimas cuarenta y ocho horas y era cuestión de tiempo que la cosa explotara por algún lado.

—Voy a hacer de abogada del diablo, pero creo que tiene razones más que suficientes para

estar furioso. Te lo advertí en su momento… —«¡*Ya estaba Pepito Grillo dándome por saco*!»—. Esta situación se le queda muy grande ahora mismo. Y tú puedes seguir llorando si quieres, no te cortes. A veces las lágrimas impiden que nos ahoguemos.

—Estoy bien, no pienso llorarle ni una lágrima más a ese cretino.

—No, no estás bien. Ninguno de los dos lo estáis. Igual deberíais daros un tiempo hasta que todo se ponga en su sitio.

—Tampoco tengo otra opción… No voy a verlo hasta la boda de Gina, y queda casi un año…

—Lo dudo, me ha dicho Gina que quieres volver al caso. Si convences a Mark, vas a tener a Ethan hasta en la sopa, es uno de los agentes más activos en el caso McGowan.

El timbre interrumpió nuestra conversación. Ninguna de las dos dudó ni por un instante que se trataba de él, aunque no tenía ánimo para enfrentarle de nuevo.

—Anda, ve a abrirle. Yo me encargo de acostar al bichillo.

Bajé a regañadientes y con paso lento. El timbre volvió a sonar una vez más, mostrando su impaciencia. No me sorprendió encontrármelo apoyado en la jamba de la puerta, aunque sí que tuviera los ojos enrojecidos y sostuviera en alto la bolsa con el juguete. Puse los brazos en jarras, dispuesta a no pasarle ni una.

—¿Podríamos olvidar los últimos veinte minutos, como si nunca hubieran pasado? Yo llamo a tu puerta, tú me dices que tenemos una hija juntos y yo no me comporto como un pendejo.

No contesté, aunque sí me hice a un lado para que pasara hasta el salón, y cerré la puerta tras nosotros. Chorretones de rímel corrido dibujaban tristeza bajo mis ojos, señal inequívoca de que ese idiota aún tenía el poder de hacerme daño.

—Segunda vez que te pido perdón en cuarenta y ocho horas, voy mejorando... —No le reí la gracia y él se puso más tenso—. No creo nada de lo que he dicho y no necesito pruebas de paternidad. Es clavada a mí cuando tenía su edad.

No estaba de acuerdo. Había visto fotos en Edimburgo y no se parecían tanto, más allá de la piel y los ojos. De nuevo, le castigué con mi silencio, temiendo que se me quebrara la voz, al igual que le estaba ocurriendo a él.

—Estoy un poco conmocionado ahora mismo y necesito tiempo para asimilar los dos últimos días; pero quiero estar en su vida, si tú me lo permites…

—¿En calidad de qué, Ethan?

—Soy su papá, ¿no?

—No tienes por qué serlo solo por haber echado un polvo conmigo.

Se acercó a mí y me puso las manos en la cara, obligándome a mirarle a los ojos. Quise apartarlo, pero en el fondo, ansiaba ese contacto.

—Quiero hacerlo. Sé que ahora mismo no soy capaz de ver el lado bueno a esta situación de mierda, pero Yvaine es una buena noticia. La primera que recibo en mucho tiempo. Y no quiero perderme ni un solo día más de su vida.

—Sabes que esa decisión nos va a atar de por vida, ¿lo has pensado?

—Eso tendrías que haberlo pensado tú en su momento. Pero la vida viene como viene, ¿no?

—Te advierto que no voy a pasarte ni una. Me dan igual tus traumas. No voy a dejar que me arrastres contigo.

—Tranquila.

—No, no estoy tranquila cuando se trata de ti.

—No soy el mismo que te dejó ir. Ya aprendí la lección al perderte.

—Aún no me lo has demostrado. Y, por cierto, se llama Gaia, Gaia Yvaine. Tierra y Estrella de la Mañana.

—Gael y Gaia. Me gusta cómo suena. ¿Puedo verla?

—Sube. Está ya acostada, pero no creo que se haya dormido aún.

—Tus papás deben de pensar que soy un auténtico cabrón.

—Nunca les hablé mal de ti, así que sospecho que me culpan a mí de todo… Como siempre.

Entré sin hacer ruido en la habitación que compartía con Karishma, saqué a Gaia de la cuna y la bajé de nuevo al salón. Ethan la cogió en brazos, sin disimular las lágrimas que corrían por sus ojos.

No estaba preparada para esta versión de él tan humana. Y ahora tenía que hacerme a la idea de compartir con él esa vida que creía solo mía, y al ser que más quería en este mundo, que reía y balbuceaba como si se conocieran de toda la vida.

—Así que Gaia, ¿eh? ¿Sabes que apenas te conozco y ya eres la mujer de mi vida? —La niña reía feliz ante todo lo que él decía—. ¿Te importaría tomarnos un par de fotos? Gael se va a poner como loco cuando sepa que tiene una hermanita. —Aquella no fue la petición más rocambolesca que saldría de sus labios esa noche—. Me gustaría conocer a tu novio.

—Claro, en la boda te lo presento.

—No, me refiero a… ahora. Esta noche.

Siobhan, que estaba despatarrada en el sofá con su portátil, comiéndose una manzana, se desternilló de risa con la propuesta.

—Pero…, ¿por qué quieres conocerle? No lo veo necesario.

—¿Qué hay de raro en querer conocer al tipo que está cuidando a mi hija?

—Veré si se quiere pasar hoy a cenar... Pero que te queden claras dos cositas, Ethan. La primera, como se entere de que anoche tú y yo dormimos juntos, no vuelves a ver a tu hija en la vida. ¿Queda claro?

—¿Hola? ¿Me explica alguien lo que acabas de decir? —rogó Sio.

—Dos, que no se te olvide que quien cuida de tu hija soy yo.

—¡Qué carácter! —se burló con una sonrisa malévola.

—En serio, ¿cómo habéis conseguido estar cuatro años juntos sin mataros el uno al otro? —intervino Sio.

—Porque lo arreglábamos todo en la cama, y… *Bye, bye, drama!*

Me estaba sacando de quicio.

—Porque esa era la única manera de acceder mínimamente a ti —le recordé—. Te vuelves vulnerable cuando estás cachondo.

—Discrepo. Contigo siempre me abría…

—Después de correrte.

—No estoy de acuerdo —insistió él.

—Tú nunca estás de acuerdo con nada.

—¡Eso no es cierto!

—¿Ves?

—Estoy deseando descubrir cómo vais a criar a una niña juntos —provocó Siobhan—. Va a ser muy, pero que muy divertido…

—Antes de que lo sugieras, lo de la cama está descartado —advertí.

Lo único que obtuve por respuesta fue una mueca maliciosa que potenció aún más los hoyuelos que se dibujaban en su rostro.

Me sofoqué, lo reconozco. ¿Por qué tenía que ser tan condenadamente guapo?

21

Sin saber cómo, me vi sentada en la misma mesa que mi novio y mi exmarido, compartiendo un *takeaway* de un restaurante mexicano de la zona, y con mi compañera de piso partiéndose de risa con los puñales que iban de un lado a otro de la mesa.

De fondo, música country. Si alguien quiere saber mi opinión, creo que estaban jugando a ver quién la tenía más grande, o al menos, Noah lo hacía. Si Ethan había marcado territorio con el restaurante, él tenía derecho a hacerlo con la música, ¿no?

Desde el mismo momento en que le conté que mi ex había regresado a mi vida, ya la noche apuntaba maneras. Y lo que terminó de arruinarle el buen humor fue que le invitara a cenar para que se conocieran en calidad de… ¿padre biológico y futuro padrastro, si la cosa iba bien?

El drama estaba servido.

—¿Y tú, Ethan, sales con alguien?

Esa fue la primera pregunta que se le ocurrió a Noah para confraternizar y demostrar que NO estaba celoso. Su mano descansaba en mi muslo, en un gesto forzadamente íntimo que buscaba marcar territorio. Le faltaba mearme encima o sellarme como a las vacas.

—Sí, eh… Es recepcionista en la empresa donde trabajo, además de una conocida influencer. —Casi me atraganto con la noticia—. Tiene un canal de moda y trucos de belleza con tropecientos seguidores.

—Curioso. Siempre pensé que los de tu generación no estabais tan afectados por el *boom* de las redes. Debes de rondar los… ¿cuarenta y tantos?

Ethan emitió una sonrisa nerviosa, pero no quiso darle fuerza al estúpido hecho de que Noah estaba intentando usar su juventud como un punto a su favor en esa competición inexistente.

—Treinta y nueve. No debo de conservarme tan mal si tengo una novia de veintitrés, ¿no crees?

—Lo preocupante es que tengáis temas de conversación en común. —Iba a matar a Noah cuando nos quedáramos a solas—. Y hablando de novias, cuéntame algún secretito de Elena que nadie más conozca.

—¡Uy, si quieres yo puedo contarte cientos! —intervino Siobhan para relajar el ambiente—. ¿Sabías que colecciona libros que luego nunca tiene tiempo para leer? ¿O que le encanta comerse las esquinitas de las pastillas de Avecrem?

—Prefiero que me las cuente él —insistió Noah—. Habéis estado viviendo juntos tres años, ¿no? Algo podrás decirme.

—Cuatro, en realidad. Aunque siento decirte que no tengo mucho que compartir contigo. Yo conocía a la Elena de Londres. La de Nueva York es una mujer completamente nueva para mí… Y muy misteriosa.

—Así que el hombre que odia las redes sociales ahora sale con una influencer —recordé con tonito—. Tú tampoco eres el mismo hombre al que conocí en Londres.

—Eso tendrás que descubrirlo tú.

Su mirada se clavó en la mía como una lengua de fuego que me recorría entera, abrasándolo todo a su paso.

—Es curioso, después de lo que le pasó a mi amigo John, pensaba que iba a ser incapaz de llevarme bien con ningún mexicano… —interrumpió Noah. Todos nos quedamos mirándole

expectantes, especialmente yo, incapaz de creer que fuera a soltar un comentario racista—. ¡Oh! Perdonad, no pretendía sonar xenófobo ni nada de eso... Es que un amigo mío en Texas, que en paz descanse, descubrió que su novia se estaba follando a un mexicano y la cosa acabó bastante mal.

—¿Por qué? ¿La chica se quedó con el mexicano?

Ethan se esforzaba por ser un caballero y no sucumbir a los ataques de Noah, pero a mí, la situación empezó a generarme ardores.

—¡No! ¡Por supuesto que eligió al americano! Es porque al tipo le entró un ataque de celos y se cargó a mi amigo en una… ¿Cómo lo llamáis por ahí abajo? ¿*Balacera*? Los mexicanos lo arregláis todo así, ¿no? Plata o plomo.

—¡Noah! —Yo sí que iba a darle *plomo*…

—¿No fue en Texas donde ocurrió la famosa matanza? —replicó Ethan, sin inmutarse por las absurdas acusaciones de mi novio.

Mi cara debía de estar mandando señales de socorro, porque Sio me apretó el muslo por debajo de la mesa para que me contuviera.

Las pullas no cesaron con mi silencio, al igual que no cesaron esos comentarios racistas que no hacían sino crearme rechazo hacia mi novio. Los celos no podían justificarlo todo.

Subí el volumen de la música a ver si así amansaba a esas fieras. No sé si realmente funcionó, pues Noah siguió hablando de fondo sin que nadie le prestara atención. Porque, aunque jamás había escuchado esa canción, *What could've been*, de Gone West, su letra sacó a relucir unas emociones que ni siquiera sabía que estaba conteniendo. De repente, todo se desdibujó a mi alrededor y lo único que podía percibir era el modo en que mi mirada se encontraba con la de Ethan en el silencio, como si estuvieran comunicándose sin palabras.

Como si fuéramos presos de un sentimiento que no comprendíamos.

Como si él también estuviera rememorando nuestra historia con cada verso:

«No he podido dejar de pensar en ti.
¿Realmente ha pasado tanto tiempo?
Dos años y un océano entre nosotros
y aún no sé en qué momento se torcieron las cosas».

—¿Alguien me pasa la sal?

Aquella petición fue, más bien, un ruego por salir de ese trance en el que me hallaba, acalorada por unos recuerdos inoportunos, que no mejoraron cuando Ethan acarició mi mano con sutileza al pasarme el salero. Levanté la vista y me encontré con sus ojos hambrientos y esos labios entreabiertos que dejaban una duda en el aire.

¿A qué estaba jugando? ¿Por qué siempre conseguía dejarme exhausta con una simple mirada?

Me di cuenta de que Ethan apenas había probado bocado. Y no era el único… Yo también tenía el estómago cerrado.

Noah debió de encontrar el gesto inapropiado, pues apagó de golpe la música, y nos miró a los dos con recelo, rompiendo ese momento que nunca debería haberse creado.

—¿Cómo estás llevando la noticia? Tiene que ser muy duro para ti saber que tienes una hija a la que solo verás una vez al año.

—¿De qué vas? —reprendí, ¿qué demonios le pasaba?

—¿Qué? Me parece una pregunta lógica.

—Entiendo tu preocupación —intervino el aludido, con una sonrisa falsa y cierto tonito—. Por suerte, tengo un piso en Williamsburg y puedo teletrabajar, así que podré ver a mi hija siempre que quiera.

—¡Mira qué bien! Supongo que te veremos mucho por aquí, entonces. Más me vale encontrar temas de conversación contigo. ¿Qué te gusta hacer en tu tiempo libre? ¿Pescar? ¿Jugar al beisbol? ¿Bailar rancheras?

—Me temo que no, pero podemos hablar de libros, medio ambiente, viajes o crossfit…

—Pues parece que lo único que tenemos en común es que te tiraste a mi novia.

—¡Noah! —Me levanté de la mesa, incapaz de contener el cabreo que tenía encima.

—Ese es un gran punto en común —susurró Ethan, sardónico e inalterable.

—¿Alguien quiere café? —Sio seguía con sus intentos por establecer la paz, sabiendo que las cosas podían irse de madre.

Me llevé las manos a la cabeza, Noah no era así habitualmente. Mis únicas quejas con él tenían que ver con su falta de apetito sexual o su dieta hipercalórica, y saber que se comportaba como un auténtico crío cuando estaba celoso, le restó muchos muchos puntos.

—Agradezco la cena, pero yo debería irme. Mi vuelo sale a las ocho de la mañana y aún no he preparado el equipaje.

Ethan comenzó a recoger los platos, pero Sio le detuvo con un gesto. Les vi ir juntos a la salida y despedirse con un fuerte abrazo. ¿Desde cuándo eran tan… cercanos?

Supongo que Ethan estaba esperando que yo hiciera lo mismo, pero seguía sin moverme de la silla, observando la escena como una mera espectadora que no se atrevía a reaccionar. Porque muchas cosas habían cambiado esa noche… y aún no entendía hasta qué punto.

Las náuseas volvieron, esas que siempre me acompañaban en el peor momento posible, puñetera herencia genética del carácter nervioso de mi padre. ¡Ya podía haberme dejado los ojos azules de mi abuela!

—Espera, que te acompaño —me oí decir. Mi novio me taladró con la mirada y fingí que no me había dado cuenta—. Noah, ¿podrías ayudar a Sio a recoger la mesa?

Él asintió, aunque lo de colaborar en la casa no era su fuerte. A veces me preguntaba cómo sobrevivía solo. Si no fuera por la chica que iba a limpiar su lujoso apartamento tres días a la semana…

Ethan y yo caminamos en silencio un par de calles hasta donde había aparcado el coche.

—Es aquí —susurró dando por finalizada la noche.

Sacó las llaves del coche y, por un instante, temí que no fuera a despedirse. Y también temí que fuera a hacer lo contrario.

—¿Tienes cinco minutos? Podríamos dar un paseo hasta el muelle de Weehawken…

—Eso no son cinco minutos. —Había algo en su expresión que me indicaba que iba a aceptar mi propuesta—. ¡Ándale!

De camino al parque, lo único que se oyó fue el tráfico y nuestras pisadas en el asfalto. ¿Por qué le había hecho ir hasta uno de los paseos más románticos de Nueva Jersey? Ni siquiera sabía qué iba a decirle…

Cuando llegamos, se detuvo a observar el juego de luces que Manhattan dibujaba en el río Hudson. Viéndole así, con los codos apoyados en la barandilla y el cuerpo reclinado sobre esta, no era tan evidente que me sacaba casi veinte centímetros.

—Tú dirás.

—No voy a preguntarte qué te ha parecido Noah. Siento muchísimo cómo te ha tratado, normalmente no es así.

Ethan torció el gesto con una sonrisa burlona que le hacía parecer aún más atractivo. Sé que se estaba mordiendo la lengua y las ganas para no responderme.

—No te lleves malos ratos, güera. Te tiene que gustar a ti, no a mí.

—Traducción: te ha caído fatal.

—¿Dije yo eso?

—No con palabras, pero… —Sus intentos por disimular lo contrario me divirtieron—. ¡Anda ya! Te he investigado, he vivido contigo y hemos estado casados. No tiene secretos para mí, señor McGowan.

Conseguí que se relajara y me sorprendió comprobar que yo también me sentía menos tensa en su presencia, un poquito más yo.

—No me creo con derecho a opinar, pero, si insistes… —Me miró con esa profundidad que antaño conseguía penetrar mi alma—. No te veo feliz, pero no es asunto mío.

—¿Que no me ves feliz?

—No. Te veo… conforme, acomodada, tal vez…, pero no feliz.

—Habría sido mucho más *feliz* esta noche si no me hubiera sentido analizada constantemente, mientras os sacabais los ojos el uno al otro en ese diálogo absurdo para medir quien tiene los huevos más grandes.

—Tal vez fuera eso entonces… También creo que está loco por ti y que va a hacer lo imposible por complacerte, ¿te sirve esa respuesta?

—Sigues sin ser honesto.

—No puedo serlo. Si te dijera lo que realmente pienso, pensarías que tengo algo en contra de todos los idiotas con los que has salido.

—¡Lo sabía! Recuerdas que también salí contigo, ¿verdad? Eres uno de esos idiotas.

—Hasta un reloj estropeado da la hora bien dos veces al día.

—Muchas gracias por la comparación —respondí picajosa—. Te digo que normalmente no es así. Creo que se ha puesto celoso al verte.

—¿Celoso, él? —Cabeceó de un lado para otro y perdió la mirada en la urbe para que no percibiera sus verdaderas emociones—. Te aseguro que yo no he sabido lo que significaba esa palabra hasta que he visto hoy a ese tipo con mi hija en brazos. Él va a estar ahí cada día mientras yo me pierdo cómo crece. Es él a quien llamará *papá*, quien le leerá cuentos al acostarse… Yo solo soy el tipo ese raro al que verá de vez en cuando por videocámara.

—Nadie va a quitarte tu puesto si quieres ocuparlo.

—En otras circunstancias, lo dejaría todo y me vendría a Nueva York a huevo, ya viví aquí antes, pero… ahora no puedo. Ya arrastré a Gael al otro lado del charco una vez, tiene su vida en Londres, no puedo pedirle que ahora se venga aquí a empezar de cero pagando por mis errores. Me odiaría por ello.

—¿Moverte a Londres conmigo fue un error? ¿O el error fue dejarme embarazada? —No sé por qué le provoqué de ese modo, ni si quería oír su respuesta—. Perdona, no tienes por qué responder a eso.

—El error fue dejarte. —Tragué saliva sin comprender el alcance real de su respuesta—. Igualmente, te agradezco que me lo estés poniendo tan fácil después de todo.

—¿*Fácil*? No me hagas reír, Ethan… ¡Esto no va a ser fácil! Sacarla adelante yo sola fue lo fácil. Añadirte a ti a la ecuación va a ser lo más difícil que he hecho jamás. Vamos a tener que ponernos de acuerdo, y tú y yo nunca hemos sido buenos en eso.

—Tienes razón: acabaremos tirándonos de los pelos. ¿Crees que algún día podremos volver a ser amigos?

—Lo dudo, pero no veo por qué no íbamos a tener una relación cordial. No sé si es lo que estabas esperando oír, pero es lo que puedo ofrecerte ahora mismo.

—Tendrá que valer por ahora. —Suspiró, perdiendo la vista en el horizonte para no mirarme a mí—. Estoy hecho un pinche lío, Elena. Lo único que tengo claro es que no quiero subirme a ese avión mañana. Apenas he tenido tiempo para estar con mi hija… ni contigo.

—Si alguna vez quieres llevarte a Gaia de vacaciones o a México, podemos legalizar los papeles y hablarlo, ¿vale?

—Gracias, aunque no creo que haga falta de momento… No sé cuándo volveré a México. Ya no tengo nada allí.

—Tienes tu hogar, tus raíces, tus recuerdos, tu esencia… Un montón de gente que te quiere y quería a tus padres —le recordé—. Entiendo que ahora mismo te duela, pero tienes que enfrentarte a esto, no puedes borrar México del mapa. —Ethan negó con la cabeza—. Pon un altar a tus ancestros, ¡yo qué sé! Tienes que procesar el dolor de un modo sano y no atiborrándote a pastillas.

—Si no te importa, prefiero gestionar esto a mi manera. —Un suspiro fue todo cuanto hizo falta para darme cuenta de lo grande que se le quedaba ese traje. Al menos, esta vez estaba mirándome de frente—. Elena…, sabes cómo soy. Quiero que sepas que voy a desaparecer un tiempo y no espero que lo entiendas, solo que lo respetes y que no te enfades conmigo cuando vuelva. Hace 48 horas ni siquiera nos hablábamos y, de repente, hemos compartido habitación, cena, una hija y un puñado de abrazos. Sabes que no soy un mal padre, pero no creo que ahora mismo pueda dar lo mejor de mí si yo no estoy bien. Aunque sigo aquí si me buscas… Para las dos, siempre. Es solo que, ahora mismo, necesito…

—…espacio —completé. Él asintió apesadumbrado—. Tómate el tiempo que necesites. Y si finalmente decides que…

—Deja de pedirme que me aleje. Sí os quiero en mi vida, ¿vale? Por eso he vuelto a pesar de todo lo que esto vaya a acarrearme. No sé cómo voy a gestionarlo, pero no pienso alejarme de vosotras nunca más.

No supe a qué se refería con eso. Solo sé que su piel olía a primavera y su calor consiguió derretir el hielo que recubría mi corazón, mostrándome el camino de vuelta a casa.

—Será mejor que me vaya. Ya hablaremos cuando tenga las cosas más claras, ¿vale? —dijo al final.

—Claro, buen viaje —respondí, algo chafada por ese desencuentro.

¿Era yo la única que se quedaba con ese amargo sabor en los labios por culpa de esa despedida?

Oteé el horizonte en busca de la ruta más larga de vuelta a casa. Necesitaba caminar a solas y pensar. Yo también estaba confundida. Y no quería regresar con Noah.

La presión de una mano apoyándose en mi espalda hizo que me diera la vuelta. Y le vi, con sus inseguridades y sus miedos, sus anhelos, y esos ojos cargados de enigmas que me había prometido que nunca más me molestaría en descifrar. Quería alejarme de él y, al mismo tiempo, ansiaba rozar sus labios. No desde un punto de vista romántico, sino porque confiaba en aclarar todas mis preguntas con ese beso.

Y en ese juego de miradas imprevistas, Ethan me abrazó. Con fuerza. Uno de esos abrazos que esconden tantas dudas que jamás serán respondidas. Y yo me quedé inerte, sin poder reaccionar por miedo a que todos esos pensamientos salieran por los poros de mi piel en forma de lágrimas.

—Deja de hacerte la dura, güera. Sé que tú también necesitas esto, aunque los dos sepamos

que es una pésima idea.

Cogió mis brazos inertes y me obligó a rodear su cintura. A pesar del rencor, se sentía bien, como antes de la tormenta. Al ver que yo no reaccionaba, me soltó, avergonzado.

—Perdona, no quería incomodarte. Es que…, estoy aquí contigo y… es como si nada hubiera pasado. Aparte de esa maldita noche, no tengo malos recuerdos juntos. Todos mis tormentos ocurrieron cuando tú no estabas. Y te he echado tanto en falta…

¿Qué *tormentos* eran esos que Ethan aún estaba enfrentando? ¿Por qué no era claro conmigo?

—Lo mejor que puede pasarnos ahora mismo es que estés en la otra punta del mundo. —Mi voz apenas fue un susurro en el frío de la noche. Ethan me miró con los ojos como platos—. No eres el único que necesita espacio ahora mismo.

—OK, ¡guau! —respondió chafado con mi reacción—. Deberías irte, te están esperando y yo tengo que hacer la maleta. Ya nos veremos algún día… o no.

Lo malo de las palabras es que, una vez pronunciadas, ya no puedes volver atrás. Sobre todo, cuando salen de lo más profundo de tu alma… Esta vez fue él quien emprendió la marcha, dejando esa conversación a medias y muchas cosas sin decir. Tal vez algún día lográramos estar en la misma habitación y aclarar nuestros asuntos pendientes sin reproches, pero, en esos momentos, el simple hecho de compartir el mismo aire… dolía. Dolía hasta la médula.

Y también dolía saber que no iba a volver a verlo hasta el verano. Idiota de mí, esa vez fui yo quien caminó a buen paso para alcanzarle.

Y todo sucedió como en las películas: yo le toqué el hombro, él se giró, nos miramos en silencio, y me lancé a darle un abrazo que, sabía, si me lo guardaba dentro, se me iba a enquistar junto a todos los secretos y miedos que me estaban asfixiando. Si me iba a arrepentir de algo, que fuera por lo que había hecho y no por lo contrario.

Sus manos rodearon mi cintura y me estrechó contra su cuerpo, hundiendo la cabeza en mi pelo. Cerré los ojos y aspiré su aroma, sintiendo que respiraba de nuevo. Por un instante, me olvidé de todo. Volvimos a ser los que éramos antes de la guerra. Y sentí unas ganas locas de besarle.

Tenía que ponerle freno antes de que las cosas se complicasen. Antes de cruzar esa línea en la que el pasado se mezclaba con la nostalgia y el presente se desdibujaba. Yo no quería olvidar lo que me había hecho. No quería perdonarle. Pero…, ¡ay!

—Avísame cuando llegues a Londres. No es que a mí me importe si se estrella tu avión, pero, ya sabes… Gaia.

—Claro, claro. Seguro que con diecinueve meses que tiene estará pendiente del celular hasta que os llame —se burló.

Hundió su cabeza en mi cuello para prolongar ese momento, que sabía a poco. Su cálido aliento erizó mi piel, creando una corriente eléctrica en todo mi organismo que humedeció mi ropa interior. ¡Maldito el lío en el que me estaba metiendo!

—Sé que todavía no confías en mí, pero…, voy a ganarte de vuelta. Asumo que he perdido a la mujer de mi vida, pero me niego a perder a mi mejor amiga.

Su determinación me asustó. Le veía capaz de eso y mucho más. Y yo sabía que, por mucho que me esforzase en luchar contra él, ese hombre era mi talón de Aquiles.

—Ethan…

—Te prometo que tengo las mejores intenciones. No quiero joderte la vida, respeto el camino que has escogido y no voy a interceder en tu relación con Lucky Luke. Solo amigos, lo juro.

—Tú y yo no sabemos cómo se hace eso.

—Igual no se nos da tan mal después de todo.

Ni siquiera recuerdo cómo regresé a casa. Con su olor grabado en la pituitaria, más que caminar, iba flotando en una nube de incertidumbre.

Amigos. ¿A quién se le había ocurrido una idea tan absurda? ¿Por qué tuve que aceptar? ¡Yo no quería ser su amiga! Yo quería… ¿Qué diablos quería?

Fue Noah quien abrió la puerta con una mueca impaciente.

—Has tardado mucho, ¿no?

Entré de malos modos y dejé el abrigo en el perchero. Tenía ganas de discutir con él, pero no energías para más drama.

—Nos hemos quedado un rato hablando en el parque.

—¿Debería preocuparme por ese tipo? —Me encogí de hombros sin saber a dónde quería llegar—. ¡Oh, vamos! Nunca me habías dicho que fuera tan guapo.

—¿Debería preocuparme yo? —pregunté con una mueca burlona.

—Hablo en serio, Elena. ¡Es el padre de tu hija! Ese amor imposible que toda mujer tiene y contra el que no se puede competir. Míster perfecto y maravilloso. El mejor amante del mundo.

—Yo jamás he hablado de Ethan en esos términos.

—¡No hace falta! Me siento constantemente comparado con él cuando no cumplo tus expectativas. Es tu maldito punto de referencia.

—¿Puedes hacer el favor de pensar por un momento dónde está él y dónde estás tú? ¡Estoy contigo! Tú eres mi presente, y él mi pasado.

—¿Y quién es tu futuro, Elena?

—¡Dame una bola de cristal y ahora te lo digo! —Me estaba cansado de su comportamiento —. ¿Por eso has estado haciendo el capullo toda la noche? ¿Estás celoso de él?

—Espero que no seas tan ingenua de creer que ha venido hasta aquí solo para pedirte perdón. No puede presentarse, de repente, y quitarme lo que es mío, ¡no es justo!

—¿*Lo que es tuyo*? —repetí, convencida de que no lo había escuchado bien—. Esta conversación está yendo muy mal… ¡Yo no soy tuya, Noah!

El dolor de su mirada me indicó que el hombre que consideraba romántico darme su apellido no lo entendía. Y para explicárselo, íbamos a tener que enzarzarnos en una larga conversación para la que no tenía ni tiempo ni ganas.

—Estoy cansada y mañana tengo una reunión a primera hora. Me gustaría irme a la cama y, dado que esta charla no va a llevarnos a ninguna parte, propongo que te vayas a casa y ya hablaremos, ¿sí?

Se relajó, me pidió perdón por su comportamiento de esa noche y, finalmente, se largó.

Y yo, lejos de sentirme en calma, comencé a dar vueltas como una loca por la habitación, incapaz de pegar ojo. Porque, en la oscuridad de la noche, la casa se llenó de fantasmas.

22

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—Me cuesta imaginar que hubiera otros hombres en tu vida antes que mi tío.

Levanto la mirada y observo que mi público ha crecido. ¿En qué momento se ha unido Oliver a la conversación? Gala ejerce de muro infranqueable entre Jack y él, y mi otra hija se ha despatarrado en uno de los sillones dobles en una pose muy poco femenina.

—Eso lo dices porque no has leído los relatos eróticos de mi mamá —añade Gaia. Eidan me mira horrorizado. ¿También han leído eso?—. A mí lo que me cuesta creer, es que haya habido tan pocos hombres en su vida con las cosas que escribe…

—La golfa del grupo siempre ha sido Amber —recuerda Brit con una sonrisita. La aludida le hace burla por lo bajo con una mueca de hartazgo—. Estuvo con Casper y Mike, que también eran dos golfos de cuidado, antes del BBB.

El BBB o *Big Bang Bruce*, como llamamos a su fallido matrimonio con Bruce, fue un evento que puso su vida patas arriba. Bruce fue el único hombre del que mi amiga estuvo tan enamorada que quiso el kit completo: casa, boda y niños, un estilo de vida que no le pegaba en absoluto, y del que pronto se cansó. No sé qué fue antes, si el huevo o la gallina, pero con la rutina, su relación se convirtió en un ir y venir de infidelidades, discusiones y mentiras, que acabó en una demanda por malos tratos y uno de esos divorcios peliagudos donde al final, los que pagan el pato son los niños. Ignoro qué pasó realmente, solo sé que nuestra amiga es mucho más feliz ahora, más ella, sobre todo, desde que ha descubierto el sexo con treintañeros, lo que le ha hecho ganarse a pulso el apodo de MILF en el grupo.

—¡Habló de puta la Tacones! —exclama Amber, con una versión mucho menos sofisticada del famoso «*Le dijo la sartén al cazo*»—. ¡Tú saliste con Jamie, Támara y Mike a la vez! E incluso tuviste una cita con Ethan… ¿Cómo le llamas a eso?

—¡Indecisión! —aclara una Brit ofendida—. Además, solo estuve con dos a la vez… ¡Jamás me lie con Mike mientras vivimos juntos!

—Mamá, ¿tuviste una relación lésbica? —Jack está en *shock*.

—¿Tuviste una cita con mi padre? —pregunta Gaia.

—¿Podemos volver a lo que pasó con mi padre? —ruega Gaia.

—Preciosa la historia de esta familia —sigue Jack, mostrando que se ha pasado con los mojitos—. Dos de tres fueron hijos no deseados. Bueno, y Oliver también… Diría que solo Gala y yo hemos sido hechos con amor. Igual me he equivocado al escoger hermana…

—¿Pero qué barbaridad es esa? —protesta Gina—. Aquí no hay hijos no deseados, solo circunstancias desfavorables.

—¿Cómo puedes ser siempre tan gilipollas? —ruge Gaia, mucho menos diplomática.

—No te quejabas tanto aquella noche.

Nadie dice nada por no darle fuerza a un comentario del que todos ansiamos averiguar más. Bueno, yo no…, porque no quiero que confirme mis sospechas. No es que tenga nada en contra del hijo de Brit, pero no es alguien con quien me gustaría ver a mis hijas.

Oliver suspira y se pone a jugar con su llavero smartphone, el dolor tiñendo sus pupilas. Siento lástima por el pobre chico.

—Un momento… —interrumpe Gala—. Lo último que nos has contado fue exactamente un año antes de… ¿Verdad?

Sus palabras tienen el poder de hacer que todos guardemos silencio, mientras intercambiamos miradas cargadas de recuerdos. Aquella fue la peor noche de nuestras vidas. El final y el comienzo de todo.

—Así es —confirmo con lentitud—. El 21 de diciembre de 2025 fue el día en que todos volvimos a nacer.

—Os lo puedo resumir yo rápido —interviene Gina—: A pesar de nuestras advertencias y de todo lo que luchamos por mantener a Elena al margen, se saltó las normas y volvió al caso McGowan.

—¡Mira que lo sabía! —exclamó Gaia, apuntándose un tanto.

—Como bien ha dicho Gina, aquella Navidad tomé una decisión que no fue bien aceptada por todos, especialmente por Ethan, quien cada día me repetía que no me quería en la agencia. Mark fue mucho más pragmático: admiraba mi capacidad para ver cosas donde los demás agentes no parecían verlas, y pensó que sería un buen fichaje…, siempre y cuando siguiera sus normas y me expusiera a duros entrenamientos físicos. Porque esa vez no estaba investigando si Ethan McGowan había cambiado o no de bando. Ni siquiera cuáles eran las intenciones de La Luna de Plata… Nos estábamos preparando para la gran guerra.

21 de diciembre de 2024 — Manhattan, NY

Había comenzado una cuenta atrás de la que yo no tenía constancia. De haber sabido lo que pasaría en apenas un año, habría hecho las cosas de otro modo. Me habría aferrado al *Carpe Diem* para justificar los impulsos que no me atrevía a cometer. Habría dicho más «*te quiero*». Tal vez hubiera pedido un año sabático para viajar y disfrutar de mis seres queridos.

Sé que habría gastado cada segundo que me quedaba en la tierra… con él.

Porque, un año después… Un año después, sería demasiado tarde.

Ignorante de todo lo que estaba pasando a mi alrededor, lo único en lo que podía pensar ese veintiuno de diciembre de dos mil veinticuatro es en que volvía a casa por Navidad y tenía que hacer malabares en la oficina para cerrar artículos antes de coger mi vuelo. Ese era el plan, pero la realidad fue que no pude hacer absolutamente nada porque mi teléfono no paró de sonar.

Hacía nueve días que no sabía nada de Ethan, cumpliendo a rajatabla su promesa de desaparecer por un tiempo. Nueve días en los que podría haber pensado que lo había soñado todo si no fuera porque Noah se había obsesionado tanto con complacerme en la cama y la cocina, que estaba saturando mi entrepierna y mis papilas gustativas. No es que tuviera nada en contra de que me hicieran el amor y me preparasen la cena —si es que se podía calificar con esos dos verbos a lo que él hacía—, pero no soportaba saber que esa actitud la habían provocado los celos.

Otro de los eventos de mi vida que me tenía sin dormir era aquella decisión meditada de volver al caso. Aunque sabía que Gina había filtrado la información antes de entregármela, me había puesto en bandeja un resumen del caso para que lo digiriese antes de hablar con Mark. Mi mente no paraba de sacar conjeturas, sumadas a la creciente sensación de que todo el mundo me estaba ocultando algo.

> ¡Bienvenida al caso, querida!
> Espero que sepas apreciar el excelente trabajo que he hecho sintetizando años de investigaciones sin sentido en este informe para tontos.
> Cualquier duda que tengas, me escribes con nuestro lenguaje en clave.

EL CASO MCGOWAN PARA DUMMIES por Gina Dillan
(la sexy y descarada agente Mandy, para los phoenixbonders)

- Los USB que robaste en Avión contenían grabaciones donde se veía a Helga hablando con pacientes en una sala médica con un desconcertante fondo rojo. Da escalofríos. ¿Sabes que los nazis usaban ese color en las enfermerías de sus campos de concentración para que el personal sanitario no se impresionara al ver la sangre tras los fusilamientos?

En fin, que me desvío del tema… Gracias a esos vídeos, encontramos a nuestro colaborador estrella, ¿quién iba a decirnos que él estaría de nuestro lado? Ya te daré los detalles…

Los videos más interesantes nos sirvieron para relacionar la leyenda de Salazar con sus experimentos médicos, y, de ahí, enlazarlo todo con esas desapariciones en las Highlands y el norte de tu país.

- La llave que encontrasteis en Kyoto Garden abre una trampilla en Silfrligr Máni, en el interior de The Skerries. Aparte de los restos mortales de un desmejoradísimo Salazar por culpa de la humedad y los años (llevar siglos muerto no le sienta bien a cualquiera), sabemos que hay unas placas con inscripciones y fórmulas para hacer brebajes naturales, escritos en un lenguaje hasta ahora desconocido para los historiadores. Nuestras pesquisas nos han llevado a creer que pertenecían a un pequeño templo que erigieron en honor a esa religión que crearon. Ignoramos dónde está. Tal vez lo hayan destruido para eliminar las pruebas. Así que ahora no solo tenemos que encontrar una aldea, sino también un templo perdido.

- En la zona de cotilleos calentitos de los lunaplatenses, tenemos que Malindra ha usado en su última campaña a la cantante Carla Morrison, quien, a su vez, mantiene un romance mediático con el actor Charlie Dawn (si te digo la verdad, yo creo que él es gay…). Rompetechos y Christopher encabezan la lista de romances más deseados, aunque él está en la cárcel, al igual que Aguirre y Claire. Y Wendy, alias la pánfila, es la nueva mujer florero de tu exsuegro.

- En resumen, los afamados hoteles SilverMoon y Luna de Plata, la glamourosa Glamletics, así como las cadenas de restaurantes veganos y las fulminantes carreras artísticas y políticas de sus miembros, e incluso otras actividades menos lícitas, pero con generosos beneficios, como la prostitución y el narco, todo nos lleva a la misma finalidad: financiar los laboratorios Elden y su proyecto más ambicioso, Valladolid. Volveremos a este punto más adelante…

- Por otra parte, las desapariciones de mujeres, los bebés robados… todo eso tiene dos explicaciones: o bien fueron usados en rituales, o bien secuestrados para su proyecto. Esta actividad comenzó en la Edad Media, pero en aquella época era fácil esconder este tipo de incidentes sin que nadie hiciera preguntas. Una caída tonta en el río, un mal catarro… ya me entiendes.

- ¿Qué buscan? Controlar el mundo con el poder de los dioses. Desdibujar la delgada línea entre la vida y la muerte, crear vida a su antojo... Y, para ello, necesitan llevar a cabo el ritual.

- ¿Nuestra misión? Que EDLM salga adelante. ¿Cómo? Ya te enterarás…

- ¿Recuerdas a Freya, nuestra momia de cabellos dorados encontrada en Dornoch? No voy a hablarte más de Salazar, pero te diré que comparten parentesco lejano por la parte nórdica. Te adjunto algunas fichas para que estés al día de este culebrón. Ethan y yo somos parientes de la rubita; Logan, en cambio, comparte genes con Astrid. Y en cuanto a nuestra momia pelirroja, Helga… Supongo que no hace falta que te dé más pistas.

- LUGARES RELEVANTES:

a) La **cueva Silfrligr Máni**, en el interior de The Skerries. En esta cueva galesa se realizan la mayoría de los rituales, ya que está apartada de ojos curiosos y, además, es donde estuvo prisionero Salazar.
   Allí encontraron algunos de los tesoros que los primeros lunaplatenses trajeron consigo al regresar a Europa. Si recuerdas, intentaron formar una nueva colonia allí, pero la escasez de agua y comida dificultó su existencia. En algún momento, lo adoptaron como lugar de reuniones y, finalmente, de sacrificios.
b) La **aldea de *Valladolid***, *en Morelia*, que, según nuestras últimas fuentes, se trata de un proyecto, una ciudad artificial creada en el mismo emplazamiento donde estaba la aldea original, y es la prueba evidente de que los vikingos habrían convivido con los pueblos prehispánicos. Todavía no lo hemos encontrado.
c) El **yacimiento de Dornoch**, donde hallaron los restos de un poblado hiberno-nórdico del siglo XI, otra evidencia de ese mestizaje.

El resto de los detalles escabrosos los irás descubriendo en las reuniones semanales de la agencia. Espero que este pequeño resumen te haya servido para ponerte al día.

Y eso era todo. ¿Me estaba tomando el pelo?

Echaba en falta saber qué había encontrado Logan en la pata de la cama de Caerlion, en Edimburgo, o saber más sobre aquel incidente de Dornoch del que Ethan y Logan salieron tan mal parados.

Me había dado hasta año nuevo de tregua para pensar en las implicaciones de volver al caso y había tomado una decisión drástica: en el momento en que sintiera que Gaia estaba en peligro, la enviaría a Barcelona con mi hermano. Cualquiera pensaría que era una madre horrible, pero lo hacía por ella, para que creciera en un mundo mejor que solo sería posible cuando su familia paterna al completo se encontrara entre rejas.

De nuevo en mi oficina, me encerré en un despacho para ultimar presupuestos y reuniones antes de Navidad.

La primera interrupción del día llegó en forma de llamada de mi amiga Brit, con quien había decidido pasar la Nochevieja en Londres en honor a los viejos tiempos. Mis padres estaban encantados de tener a la niña para ellos solos un par de días mientras yo dejaba de ser la madre de Gaia para volver a ser Elena, esa mujer caótica a la que había abandonado en algún lugar de mi pasado.

—Se ha apuntado una amiga de la universidad a la que hace siglos que no veo. ¡Nos lo vamos a pasar de escándalo! —informó Brit—. Mike también quiere unirse, pero le he dicho que este plan es solo para chicas.

—Ya sabes que no tengo problema con que venga Mike.

—¿Qué parte de «solo chicas» no entiendes, Elena? Como tú ya tienes novio…

«Mejor no me recuerdes esa parte…».

—Como quieras. Oye, ¿puedo preguntarte algo? —Me hice la distraída por no reconocer que llevaba nueve días comiéndome la cabeza—. ¿Has visto a Ethan últimamente? No he sabido nada de él, aparte de que su avión no se ha estrellado.

Siobhan sí había recibido noticias suyas pidiéndole fotos de la niña y haciéndole preguntas que, obviamente, no quería formularme a mí. Y no sabía cómo tomarme eso…

—Está mal, Elena —respondió tras un largo silencio—. No debería contarte esto, pero…, montó en cólera con nosotros, especialmente con Casper y Mike. No se ha tomado demasiado bien que te hayamos guardado el secreto.

—Siento haberos metido en este embrollo.

—A ver…, que lo has gestionado mal, sí. Que él nos lo puso a todos muy difícil, también. Pero deja que corra el tiempo, sabes que lo cura todo. —*Discrepo*—. De todos modos, ya estaba bastante raro desde aquel accidente…

—¿Te refieres a lo de sus padres?

—No, al accidente. —Mi cara de perplejidad le dio toda la información que necesitaba—. ¿Tampoco a ti te lo ha contado? Ya sabes cómo es, que se cierra como una ostra… Y, desde que no estás, se ha vuelto incluso peor.

—¿Qué sabes tú del… «accidente»?

—No demasiado, solo sé que se fue unos días a Escocia y tuvieron que intervenirle de urgencia. Mike y Casper fueron a verle al hospital. —Mucho me temía que ese *accidente* estaba relacionado con el altercado en Dornoch—. Dale tiempo. ¿Sabes cuando a los cactus no los riegas, pero siguen vivos? Pues Ethan es así, a veces es mejor no regarlo demasiado… —*Ethan era como un cactus*—. ¿Te has planteado que igual sea él quien esté esperando a que le escribas tú?

—Me pidió espacio y lo estoy respetando. Además, no me quita el sueño… Solo es el padre

de Gaia, mi relación con él acaba ahí.

—¡No seas así! ¿Qué es lo peor que puede pasar si le escribes? ¿Que no te conteste?

Lo peor que podía pasarme era justo lo contrario. No me dio tiempo a detenerme en ese pensamiento, pues mi madre me estaba cosiendo a mensajes con algún drama de primer orden mundial, como si quería la tortilla de patata con cebolla o sin ella.

Me despedí de mi amiga y respondí a la segunda llamada del día, que no hizo sino alejarme aún más de mis objetivos laborales prenavideños.

—Cariño, ¿no tienes nada qué contarme?

Mi madre, como siempre, directa a la yugular. ¿Estaría al tanto de mis trapicheos con la agencia?

—¿Cómo te has enterado? —No, aquello no tenía sentido—. Espera, ¿de qué estamos hablando?

—La foto de perfil de Ethan en Facebook: su mano con la de un bebé. ¿No tienes nada que decir?

—Sí, lo primero, que tengo que enseñarte a usar Instagram y TikTok; ya nadie usa Facebook, mamá. Lo segundo, ¿qué haces cotilleando a Ethan? —Mi madre me contó que él le había mandado una solicitud de amistad—. No hay mucho que contar… Vino hace unos días y aprovechamos para hablar de lo que pasó.

—¿Que fue…? Porque, hija, no soltabas prenda de aquella… Nos moriremos todos sin saber por qué narices os distanciasteis.

—Eso da igual ahora. La cosa es que ya sabe que tiene una hija, fin del gran secreto de Estado.

—¿Vais a volver?

—Sigo teniendo un novio encantador al que te niegas a conocer. ¿Recuerdas?

—Bueno, hija, a los novios se los deja, igual que dejaste a tu marido.

—Creo que estás llegando a esa edad en la que no tienes filtro. Me recuerdas preocupantemente a la abuela…

—Hasta ayer no tenía esperanza de que mi nieta algún día conociera a su padre —respondió con dramatismo.

—¿Podríamos hablar de Jorge y su crisis existencial? Le veo muy perdido desde que está en Barcelona.

—¿Qué dices? ¡Si yo estoy encantada de que haya dejado a la yanqui esa y esté de nuevo en España! A ver si se lía con Esther de una vez y me dan nietos, que se les va a pasar el arroz. Y alguien tiene que seguir la tradición familiar de llamar a su hija Elena, porque si dependo de ti... Menuda tristeza tiene tu padre con el nombre extraño ese que le has puesto a mi nieta.

—¿Qué sabes tú de Esther y Jorge?

—Una madre siempre lo sabe todo, incluso antes de que vosotros mismos os deis cuenta. Con el tiempo, tú también desarrollarás este superpoder, cariño. Y ahora estoy preocupada por ti, allí tan sola en el pueblo ese en el que vives donde todo el mundo lleva pistola.

—Nueva Jersey no es un pueblo, mamá. Y no estoy sola. Tengo amigos, a Sio, a mi chico…

—Ya le he dicho a Ethan que son bienvenidos en casa. Les he invitado a pasar las Navidades aquí, así pasa más tiempo con su hija, pero me ha contado que ya tenían planes.

—Un momento, ¿también has hablado con él? ¡Acabas de decir que solo estabas cotilleándole en Facebook! —Me iba a volar la cabeza.

—Nada, unos veinte o cincuenta minutos por el Zoom ese… Oye, ¡está guapísimo! Como más sereno, más maduro… Más hombre, es la palabra.

—Mamá, no me siento cómoda con que hables con mi exmarido…

—No es tu exmarido, es el padre de mi nieta, y estoy en mi pleno derecho de…

Desconecté y me dejé caer sobre la silla giratoria. No podía luchar contra la bestia.

—Tengo que volver al trabajo. Aquí aún son las dos de la tarde y, en vistas de que no querías hablar de nada importante, nos vemos cuando vaya a casa. Te quiero, *bye.*

Intenté centrarme en el trabajo, pero ¿a quién quería engañar? Tenía un mosqueo monumental. ¿Por qué Ethan podía hablar con todo *mi* mundo y a mí no me había mandado ni un triste mensaje en nueve días?

Y lo más importante, ¿por qué me preocupaba, si no nos debíamos nada?

Así que la tercera llamada del día la provoqué yo, sin pensar en que igual estaría liado con su novia a esas horas de la noche o si querría escuchar mi voz (me parecía demasiado obvio que no o ya me hubiera llamado él mismo...). Tan solo le mandé una foto de Gaia que había tomado la noche anterior visitando a Santa Claus en un centro comercial con el mensaje «*Pensé que te gustaría tenerla*», a lo que él respondió con una videollamada para la que no estaba preparada.

Tomé aire, me bebí el café de un trago, me recompuse, me metí un chicle de menta en la boca —¡como si él pudiera olerme el aliento!—, le quité importancia, me agobié. Sonreí con los labios apretados antes de responder.

—¡Benditos los ojos! ¿A qué debo el honor?

«Elenita, guárdate el genio en la lámpara».

—Te pedí tiempo y tú lo aceptaste.

—Todo el que quieras tomarte, a mí me da igual si me escribes o no… Solo quería disculparme por la paliza que te haya podido dar mi madre. A veces se pone muy intensa.

—No te preocupes, güera, siempre es un placer platicar con ellos.

—Te advierto que no va a parar hasta que averigüe por qué lo dejamos. Cuando te interroga, es peor que la Gestapo.

—¿No se lo explicaste?

—Nunca me creí tus excusas.

—Mis razones… —me corrigió.

—Nunca me creí tus *como-quieras-llamarlas*.

—¿Tú cómo estás? La niña ya veo que hermosa…

—Sorprendida. Hace un par de días recibí una generosa donación en mi número de cuenta británico y estaba esperando saber algo del misterioso donante, pero… nada. ¿No sabrás por casualidad quién fue mi benefactor anónimo?

—Estoy siendo un padre responsable. Ya que no puedo estar allí para malcriarla, al menos me aseguraré de que no le falta de nada.

—Nunca le ha faltado de nada, Ethan, trabajo duro para ello. No necesitamos la caridad de nadie.

—No es caridad, ¡soy su padre! Aunque ahora mismo me estés haciendo sentir como un banco de esperma.

—Lo siento, no estoy acostumbrada a que existas… —Su mueca me hizo saber que no estaba eligiendo las palabras más acertadas—. Quiero decir… Gracias en nombre de Gaia. Le meteré el dinero en una cuenta de ahorros para que, cuando sea mayor, se lo gaste en la universidad, dar la vuelta al mundo o seguir los pasos de su padre y tatuarse como una presidiaria. ¿Cuántos te has hecho desde la última vez que te vi?

—Solo me extendí el que tenía en el brazo, dramática. Y bien que te fijaste…

—Ojos tengo.

—Y bien bonitos. —Me quedé cortada con el piropo y la sonrisa, aunque no tanto como él, que me cambió drásticamente de tema—. Oye…, voy a seguir incomunicado estas Navidades. Estaré bien, no he cambiado de idea en cuanto a Gaia, pero hay algo que necesito hacer. Te pido un poco más de tiempo y mucha paciencia hasta enero, ¿sí?

—¿Te llevas a tu influencer zillennial a algún paraíso tropical?

—Frío, frío. Me voy a México con mi hijo. Creo que es hora de salir de mi escondite y exponerme al dolor.

—¿Ethan McGowan va a hacerme caso por primera vez en la vida?

—No te emociones, que son Gina y Mark quienes me están obligando a ello… Además, mis papás estuvieron investigando algo y la agencia cree que podría encontrar pistas que nos sirvan para el caso… No sé si estoy preparado para hurgar en sus cosas, como terapia de choque está bien cabrona.

—¿Qué opinas de lo de la máscara?

—Que es rocambolesco, pero no menos que el resto. A estas alturas, me lo creo todo. Al final no se trata de si la máscara tiene o no poderes mágicos, sino de lo que ellos crean y les mueva a actuar. No es tan diferente a hacerlo por una idea política o religiosa.

—No lo había visto así, pero tienes razón.

—Espera…, ¿qué has dicho, güera? —preguntó llevándose la mano a la oreja, como si no me hubiera oído—. Creo que se ha debido de cortar la comunicación, porque no lo he escuchado bien… ¿Que tengo razón, puede ser?

—Apúntalo en el calendario porque no se va a repetir. —Me reí antes de adoptar un tono mucho más serio. De algún modo, charlar con él me relajaba—. Tenemos que hablar… No sé si Gina te ha contado algo, pero voy a volver al caso.

—No, no vas a hacerlo.

—No me estás entendiendo… No te estoy pidiendo permiso.

—No, eres tú la que no lo entiendes, Elena. ¿Recuerdas lo que te pasó en esa cueva? Tuviste suerte; mis padres, no tanta. No voy a permitir que mi hija se quede huérfana. No es discutible.

—No se va a quedar huérfana mientras aún tenga un padre —observé. Algún pensamiento que no compartió conmigo endureció sus facciones—. Solo quiero ayudar.

—Ayudas más estándote quietecita y sin darme dolores de cabeza. No puedes sumarme otra preocupación ahora mismo, no es justo.

—No voy a ir al campo de batalla, pero sabes que soy buena atando cabos. Puedo hacer trabajo de campo, desde mi sofá…

Ethan resopló, bajando la mirada antes de contestar.

—Intentas convencerme como si no te conociera. —No estoy orgullosa de la colección de pucheros que exhibí—. No sé para qué me molesto. Si no conseguí retenerte cuando estábamos juntos, ahora te vale madres lo que yo diga. Haz lo que gustes. Pero que sepas que no lo apruebo. Purita investigación de mercado, quietecita y online, ¿sí?

—Sí, cariño, lo que tú digas.

—Ándate con cuidado, que solo tengo que decirle a Mark que estoy locamente enamorado de ti y que no puedo ser objetivo contigo cerca para que te corra de la misión. Y hablo en serio, Alba Elena…

«Alba Elena. Pues sí que iba en serio la cosa, sí…».

—Nadie te creería después de la facilidad con la que te deshiciste de mí, Ethan Adrián.

Incluso a través del móvil, pude ver que mis palabras le habían dolido, lo que mostró con un tono cortante y la severidad de su rostro

—Llama a Mark. No tengo tiempo para tus juegos ahora. Mándame alguna foto de mi hija cuando estés en España. Aunque esté ausente, me acuerdo de ella. Y feliz Navidad.

Asentí y le deseé felices fiestas a él también con un nudo en el estómago. Ser amigos sin que salieran los reproches iba a ser misión imposible.

La última llamada del día ocurrió varias horas después, cuando ya estaba despidiéndome de Noah en el aeropuerto. Como no conocía el número, decidí no contestar y centrarme en los abrazos de mi chico.

—¡No te haces ni idea de lo que te voy a echar de menos! —Noah decoró mi rostro con besos rápidos que dieron pie a un morreo de película—. Mi morenaza, cuento los días para volver a verte.

—Yo también te voy a echar de menos, vaquero —confesé—. Tal vez el próximo año podamos pasar las Navidades juntos, ya sea aquí o allí…

—Seguro que se nos ocurre algo… Aunque te advierto de que a mis padres les da un soponcio si no voy a Texas por Navidad.

Dejé el tema a riesgo de cabrearme por esa incapacidad por ceder un poco. Aún teníamos un año para trabajar en las negociaciones…

Me dio un cariñoso azote en el culo y se despidió de Gaia. En las últimas semanas, se había volcado mucho con ella, o tal vez yo hubiera dejado de ponerle tantos límites.

Cuando me quedé sola en la puerta de embarque, cogí el móvil para leer el mensaje que me había dejado el número misterioso. Era Mark. Le devolví la llamada, un poco sorprendida.

—No tengo tiempo para ti ahora. Dime qué has decidido y te mandaré instrucciones —saludó con la simpatía que le caracterizaba.

—Voy a hacerlo, pero tengo dos condiciones. —Oí a Mark protestando al otro lado del teléfono—. Le prometí a Ethan que no me mancharía las manos, pero tú y yo sabemos que eso no va a pasar. Mi condición es que me garanticéis la seguridad de Gaia dentro de lo posible. Ella sigue siendo lo primero.

—Hecho. ¿Qué más?

—Quiero estar en las mismas misiones que Logan. Sabes que somos el mejor equipo.

—Denegado. Logan es el compañero de Ethan y te quiero a años luz de tu exmarido. Con que jodierais la misión dos veces, hemos tenido todos bastante. Esta vez nos jugamos demasiado.

—Todavía no alcanzo a entender cómo *jodimos* la misión solo por enamorarnos.

—Para empezar, perdimos de vista el diario que él tenía que conseguir de los Farrell. Después, abandonó el caso y a La Luna de Plata para empezar una relación contigo, cuando era nuestro mejor agente infiltrado. ¿Qué más, qué más, qué más? —Mark era borde incluso en sus silencios—. ¡Ah, sí! Se enfrentó a su padre y a Christopher. Y ahora tenéis una hija juntos, lo que ha terminado de desestabilizarle emocionalmente. ¿Quieres que siga? Porque tengo más munición contra vosotros.

—Ethan está destrozado. No sé qué habéis hecho con él estos dos años, pero no es el hombre que recuerdo.

—Ethan está donde tiene que estar. Mantén las distancias y todo irá bien. No te lo voy a decir dos veces, Elena. Necesito soldados objetivos con los que no tengas ningún vínculo. Te asignaré tu propio escuadrón con unos tíos muy bordes y muy feos de los que no te vayas a enamorar jamás.

—¿Vas a estar tú en mi escuadrón, Mark? —repliqué burlona. Me hizo una peineta a través de la pantalla y me miró con asco.

—Feliz Navidad a ti también, preciosa. Nos vemos en enero.

23

18 de febrero de 2025 — Phoenix Bond, NY

Jamás olvidaré la primera vez que entré en las oficinas de la agencia Phoenix Bond. Era principios de enero y las calles estaban congeladas. Camuflada de agencia especializada en infidelidades, se situaba en la decimoctava planta de un rascacielos de Manhattan por el que la luz entraba a raudales. La decoración era minimalista, y todo aquel que trabajaba de cara a los clientes lucía una radiante sonrisa de oreja a oreja.

Adentrarse en las profundidades era otra historia, y a veces me preguntaba si el resto de los empleados de esa idílica oficina eran conscientes de lo que se cocía en la trastienda —que, en realidad, abarcaba varios apartamentos del bloque—, a la que se accedía a través de un archivador gris que parecía abandonado a su suerte en la pared.

Su interior era una mezcla entre una comisaría de policía y un almacén. Con varias salas insonorizadas que servían para practicar lucha y tiro, un gimnasio, una extensa biblioteca de criminología, salas de reuniones, zona de recreo y una habitación repleta de ordenadores donde un grupo de hackers extraían información a toda prisa de cualquier dispositivo del mundo.

El caso McGowan se desarrollaba en una sala más modesta donde había una máquina de café, una mesa con sillas de cuero marrón, un proyector y un panel de delitos. En él encontré rostros desconocidos, nuevos lugares y las mismas dudas. Al final, daba igual que fuéramos descubriendo, el problema seguía siendo el mismo: cómo acabar con algo tan abstracto como una idea que llevaba siglos cultivándose.

Se me encogió el alma al ver mi foto con una chincheta en la cueva junto a las de Caerlion McGowan, Marcelo Mendoza y Lalo Rodríguez. En algún momento, había dejado de ser solo investigadora para ser víctima. Los nombres de Gina Dillan y un agente al que no conocía, también estaban escritos junto a esa cueva. ¡Extraño! Gina no me había dicho nada de que hubiera estado allí…

Un dibujo de una máscara sin definir, un calendario que marcaba el 21 de diciembre del 2025 y una foto del diario nos acompañaban. Ni rastro del descendiente.

Había pasado más de un mes desde que tomé la decisión de unirme al caso y mi vida había cambiado por completo. En esa obsesión por ponerme en forma en tiempo récord, los batidos de proteínas y la avena se convirtieron en mis mejores aliados cuando salía a correr cada mañana.

Gracias a la flexibilidad de horario que me daba la revista, trabajaba solo un par de horas desde la oficina, y el resto lo completaba desde casa. Los mediodías eran para el caso McGowan y las tardes para mi hija.

Y así, me vi entrenando cinco días a la semana con una *personal trainer* psicópata que se había propuesto matarme de hambre y dejarme para el arrastre a base de HIIT y crossfit. Gracias a ella, había perdido casi seis kilos en seis semanas y me notaba músculos en zonas donde antes solo había grasa.

Me sentía más sexy, más fuerte y más segura de mí misma. Ilusa de mí, pensé que ese cambio físico se traduciría en una mejora en la cama, pero Noah no parecía impresionado por mi anatomía; al contrario, se quejaba de la «mierda hipocalórica» que comía cuando cenábamos juntos y protestaba con que, con cada gramo que perdía, dejaba también atrás un poquito de mi esencia. Con esa excusa barata, nuestra vida sexual comenzó a ser inexistente.

Que volviera a mi pelo cobrizo natural tampoco contribuyó a aumentar su libido. El muy

obtuso estaba convencido de que todos esos cambios tenían algo que ver con la llegada de Ethan, y yo no podía contarle la verdad.

¿Y cuál era esa *verdad*, aparte de que me había convertido en un agente secreto de pleno derecho y con unos honorarios más que generosos? Mi verdad era que, de algún modo, todos esos cambios me habían devuelto a la Elena que fui una vez, a esa que había camuflado bajo cuentos infantiles y música country. Me sentía más yo. Más viva. Más auténtica.

Lo que me movía era la misma rabia que llevó a Yvaine a recorrer el mundo en busca de su hijo perdido. La idea de acabar con ellos era una utopía por la que merecía la pena arriesgar la vida.

Desconocía cual era el famoso plan de la agencia que respondía a las siglas EDLM; y, cuando le preguntaba a Mark, sus respuestas eran tan escuetas como ambiguas:

—¿Conoces la historia del caballo de Troya? —me preguntó en una ocasión—. Pues ese es nuestro plan, usar un caballo.

—¿De verdad vais a colar un caballo dondequiera que ocurra el ritual? —inquirí alarmada, pues no me parecía un plan seguro ni discreto. Él asintió orgulloso de su genialidad.

—Nuestro *caballo* o *yegua* puede caminar sin ayuda. Es nuestra mejor oportunidad para que caigan. El día del ritual estarán todos reunidos. El problema es que, si nos salimos un milímetro del plan…, todo se irá a la mierda. Además, —añadió Mark misterioso— el o la descendiente está de nuestra parte.

Recuerdo perfectamente el modo en que le miré, entendiendo que, fuera quien fuese esa persona, era consciente de su fatal destino y del plan de la agencia.

—¿Y es de fiar?

—Completamente —asintió sin un atisbo de emoción en la voz.

—¿Y ellos no sospechan nada?

—Lo saben —Torcí el gesto, incapaz de seguir lo que decía.

—¿Lo saben? —reiteré—. ¿El descendiente juega a dos bandas y ambas partes sois conscientes de ello?

—Nos hemos cuidado mucho de guardar las apariencias. Y los lunaplatenses fueron muy convincentes en sus métodos… Es evidente que esa persona no ha escogido sacrificarse por voluntad propia, pero no tiene mucha más opción. Pusieron en peligro lo que más quería y tuvo que pactar con ellos: la vida de su familia a cambio de ser parte del ritual cuando llegara el momento. Así que ahora vive tiempo prestado. Por eso debemos asegurarnos de que esté todo planeado para cuando ocurra… No habrá más oportunidades.

—¡Pero eso es horrible! ¿Y qué pasa si el plan sale mal y no llegáis a rescatarlo? ¿Qué ocurrirá con todos los agentes que estén en esa misión?

Me estaba mareando. El fulgor que tiñó su mirada de sombras me indicó que el destino de todos estaba ya marcado, y no había una manera pacífica de solucionar las cosas. Era una misión a vida o muerte, y solo quedaba rezar a los dioses que adoraban porque estuvieran de nuestra parte.

—No tenemos opción, Elena. Es la única forma. No es el plan ideal… Incluso aunque tuviéramos éxito, nadie puede garantizar que el o la descendiente salga de allí con vida. Esa persona está condenada de todos modos y ha accedido a esto. Tenemos que intentarlo, ¿no crees?

—¿Quiénes van a ir?

—Aún no está decidido, pero no serás tú, tranquila.

Aquella conversación me dejó inquieta. Desde aquel día, observaba cada detalle a mi alrededor tratando de descubrir quién podría ser ese caballo de Troya que estaba jugando a dos

bandas. Mark jamás había dicho que fuera uno de los nuestros, pero tampoco que fuese uno de los suyos. ¿De quién se trataba entonces?

Me encantaría decir que nuestra relación mejoró con el trato diario, que descubrí un lado amable en Mark que hizo que congeniáramos, pero sería mentira: me seguía pareciendo el capullo más grande de la historia. Odiaba los días que me tocaba entrenar con él porque acababa exhausta física y mentalmente. Y es que Mark disfrutaba recordándome que me había vuelto una «mami» aburrida y carente de atractivo, que era débil y estaba fofa.

«*¿Dónde está la furia, Elena? El odio, tu garra…*», me repetía. Sé que lo hacía para provocarme. Y, uno de los días, dio el resultado esperable y le asesté un puñetazo con el que ninguno de los dos contábamos. Aquel día me apodaron Elena Balboa.

Pero no todo era trabajo y estrés en la agencia. A menudo se nos alargaba la jornada y los phoenixbonders —como nos hacíamos llamar— compartíamos pizza y refrigerios en esa misma sala.

Encontré un aliado en quien menos lo esperaba, Lalo Rodríguez, cuyo nombre era en realidad Eduardo. Originario del León mexicano, era un policía afincado en Brooklyn que se había metido en el caso después de que una compañera suya del colegio —que trabajaba en uno de esos hoteles— desapareciera diez años atrás.

Lalo tenía mi misma estatura, la piel bronceada y unos penetrantes ojos negros que siempre parecían estar burlándose de todo. Resultaba atractivo con ese pelo oscuro rapado al uno, la nariz aguileña y un cuerpo digno de un anuncio de ropa interior.

Además de su eterna sonrisa, lo que más me gustaba de él era que sentía que era la única persona de este mundo que realmente entendía mis traumas con esa cueva, ya que el dolor y los recuerdos nos unían a los dos con ese sitio.

A veces flirteaba conmigo, aunque era difícil saber cuándo hablaba en serio y cuándo no. Yo estaba convencida de que lo hacía solo para provocar a Mark, que insistía cada día en la importancia de no crear vínculos sentimentales que pudieran nublarnos el juicio.

Después de una dura jornada de trabajo en la que me había enseñado a manejar una Glock 19, me di una ducha rápida y regresé a la sala de reuniones. Tocaba una de esas videoconferencias que hacíamos todo el equipo dos veces por semana, a las que yo ya había acudido desde Londres alguna vez. Se me hacía raro estar al otro lado de la pantalla, en esa oficina; y, sobre todo, tener que lidiar con Gina —más conocida como agente Mandy en esas cuatro paredes—, Ethan y Logan en un ambiente tan hostil. A mi lado, tenía a Mark, Lalo y Marina.

No fueron pocos los bostezos que se dejaron oír en el bando británico, pues allí era ya medianoche, mientras aquí apenas eran las seis de la tarde. Por suerte, Mark era único acortando las charlas banales para ir directamente al grano.

—Comenzamos con el bando Manhattan. Seguimos buscando esa máscara y puedo garantizaros que ya tenemos algunas pesquisas… Por otro lado, Morelia. Marina y Lalo se van este fin de semana a ver si encuentran algo por dónde tirar, mientras Elena está perdiendo el tiempo con el envío masivo de unos ratopines rasurados de Kenia hasta México. ¿Alguien tiene algo en el bando Reino Unido?

—¿Qué demonios es un ratopín depilado? —preguntó Gina.

—¿De verdad vamos a hablar de ratas ahora? —protestó Mark.

—Es un roedor que se está usando en varios estudios científicos y que se cree que podría tener la clave para encontrar la cura contra el cáncer y la infertilidad —expliqué, ignorando su hostilidad—. Son prácticamente invencibles, se recuperan fácilmente de cualquier tumor, hablan distintos dialectos en función de la colonia con la que se junten y pueden procrear hasta el final

de sus vidas. ¿No es fascinante?

—¡Apasionante! Ratas barbilampiñas, ninfómanas y políglotas. ¿Podemos volver al bando Londres? ¡Gracias! —Mark me agotaba.

—A mí me parece una teoría bastante interesante —intervino Logan—. Al fin y al cabo, es justo lo que está intentando alcanzar Helga en sus laboratorios, ¿no? Longevidad y fertilidad. Y sus experimentos no deben de estar dando los resultados esperados si creen que el ritual será la respuesta a sus plegarias.

—Lo que no consiga la ciencia que lo hagan los dioses —completó Marina con retintín.

—A mí también me parece interesante —reconoció Ethan. ¿Me estaba dando la razón? ¡Qué tiemble el mundo!—. Y sabemos por experiencia que las teorías rocambolescas de Elena siempre nos han llevado a algún lado, por absurdas que nos parecieran al principio.

«*Por absurdas que nos parecieran al principio*». ¿Quería eso decir que Ethan había discutido en esa misma sala todas mis *teorías rocambolescas*, incluso cuando juraba que ya no era parte de ello? Parece que yo no era la única que estaba de mentiras hasta el cuello…

Sentí un estremecimiento al oírle discutir con Mark tan apasionadamente. No me acostumbraba a tener a Ethan de nuevo en mi vida; mucho menos, participando en el caso McGowan. La de agente era una faceta que no conocía y con la que me costaba lidiar. No podía simplemente tratarle como a cualquier otro phoenixbonder cuando teníamos un pasado juntos que nos echábamos en cara tan pronto abandonábamos esas reuniones. No sé en qué momento nuestra relación se convirtió en eso, en reproches, si jamás nos habíamos reprochado nada estando juntos. Las cosas siempre nos fueron bien como pareja.

Decidí intervenir al darme cuenta de que seguían hablando de mi descubrimiento.

—He encontrado una granja en Kenia que se dedica a abastecer de estos roedores a una empresa que opera a nombre de Stewart S.L., y… adivinad quién está detrás… —pregunté a nadie en concreto—. ¡Glamletics! ¿Para qué necesitaría tantos roedores una fábrica de ropa?

—¿Sabemos dónde está la fábrica —intervino Gina—. ¿Vietnam, China?

—Eso es lo mejor de todo —aseguré—. No está tan lejos de aquí…

—Morelia —adivinó Ethan al otro lado de la pantalla, recostándose sobre un sofá que yo conocía bien.

Su perro salchicha, Frankfurt, apareció en un plano muy simpático que le robó protagonismo al dueño. Hacía no mucho que Gael lo había rescatado de ir a la perrera tras la defunción de su anterior dueña, una vecina de su calle.

—Está bien, Elena, te autorizo a que sigas investigando a esos ratones anoréxicos —se rindió Mark—. ¿Logan? ¿Mandy? ¿Ethan…? ¿Tenéis algo?

—Yo sigo tratando de salvar mi propio pellejo después de la que mangamos, jefe —agregó Logan—. Estaré un tiempo desaparecido de la vida pública.

—Yo creo que podría tener algo, pero no puedo confirmároslo aún —añadió Ethan misterioso. Mark frunció el ceño. No le gustaban las sorpresas.

—¿Vas a andarte con secretitos a estas alturas, McGowan?

—En absoluto, Wasilowska —respondió Ethan, entrando en el juego de los apellidos—. Es solo que necesito un poco de ayuda antes…

—¿Cuántos agentes necesitas?

—Con uno bastará... Esta es una misión distinta.

A eso de mis ocho, ya estaba en casa preparando la cena y acostando a la niña. Me conecté al ordenador, sorprendida de que Ethan quisiera hablar conmigo a sus dos de la mañana. En las últimas semanas, se había integrado poco a poco en mi vida hasta crear nuevas rutinas que le incluían y a mí me partían la tarde en dos por la diferencia horaria.

Lo que empezó como dos llamadas semanales para ver a su hija, terminó convirtiéndose en cuatro y varios mensajes al día con cualquier pretexto, a pesar de que no nos soportábamos y siempre acabábamos discutiendo por alguna tontería. Ignoraba cuál era la excusa de esa noche. Nuestras conversaciones se limitaban al caso McGowan por el día, y las rutinas de Gaia por la noche, lo que no nos daba mucho juego si teníamos en cuenta que no tenía ni dos años…

—Necesito que vayas a mi departamento —dijo sin dar más rodeos.

—¿Para? ¿Tienes algún comprador? Pensaba que tu amigo Fer se estaba encargando de eso…

—No, es otra cosa… —Cuando se rascaba la nuca yo ya sabía que iba a ser potente—. Encontrarás la llave de repuesto dentro de una cajita. Te daré el código cuando estés allí.

—¿Puedes explicarme qué se me ha perdido a mí en tu apartamento?

—Antes de venirme a Londres, escondí algunas cosas que podrían sernos útiles algún día. Y creo que ha llegado el momento de usarlas.

—¿Por qué no se las diste a la agencia?

—Porque ellos no eran los únicos que desconfiaban de mí. Yo también tenía mis reservas en cuanto a ellos… Esto es importante de un modo… personal. Tú ve y ya te platicaré después.

—¿Por qué yo? ¿No podrías haber mandado a Marina o a Lalo?

—No me apetece que la agencia ande en mi departamento, me fío más de ti.

—¿No habrá nadie vigilando?

—Lo dudo, hace más de seis años que ya no vivo allí. Puedes llevarte a Lalo si te sientes más segura. He visto que tenéis buena onda…

—No empieces tú también… Con Mark tengo bastante.

—No lo decía en ese sentido. Aunque la neta es que te pega más que Lucky Luke... Lalo es un genio. No me importaría veros juntos.

Arrugué el gesto, aunque no sé si él lo percibió.

—Paso, Lalo fuma demasiado para interesarme.

—Saliste con Anděl…

Su insistencia en buscarme otro novio me molestó.

—Bien, le diré a Lalo que me acompañe, si es lo que quieres. ¿Qué más necesitas, Ethan Adrián?

—Que rompáis una pared, Alba Elena. —Le miré con los ojos como platos—. Llevad un mazo y bolsas resistentes para los escombros.

—Perdona, ¿qué? Por un momento me ha parecido que me estabas dando vía libre para destrozar tu apartamento. Es el sueño de toda exmujer resentida.

—Sabía que te encantaría la idea, pero me temo que solo será una pared, no te pases… La de mi dormitorio, concretamente.

—La cosa mejora por momentos...

—No puedo explicártelo ahora. Platicamos cuando estés en la agencia, sabes que por aquí no es seguro… —Se apartó el auricular de la oreja y miró hacia otro lado—. ¿Me puedes esperar ahí tantito? No me tardo. Creo que Gael está despierto.

Ethan desapareció de la pantalla, mostrando un gran angular de ese salón-cocina que fue el escenario principal de mi otra vida. Era como ver una temporada de tu serie de televisión favorita, sabiendo que te habías saltado varios capítulos. Me entró cierta morriña y, a la vez, todo parecía tan lejano…

Vi aparecer a Gael para servirse una pinta de zumo mientras charlaba con su padre. Tenía la voz más grave de lo que recordaba y medía casi tanto como Ethan. Eran muchas las veces que me había quedado con ganas de hablar con él cuando le oía de fondo, pero Ethan me había advertido de que no se había tomado demasiado bien la noticia y que estaba molesto con los dos por habernos separado, privándole de su única hermana.

Esperé pacientemente a que terminaran de hablar, y cuál fue mi sorpresa cuando Gael se acercó a la cámara para saludar. Se me encogió el corazón. La emoción que sentí mientras me ponía al día de sus cosas, como si el tiempo no hubiera pasado, fue indescriptible.

—¿Quieres que hagamos videollamada un día de estos y así conoces a tu hermana? —Ethan tanteó el terreno, aun sabiendo de antemano que Gael negaría con la cabeza.

—¿Por qué no quieres conocerla? —Su rechazo hacia mi pequeña me entristeció—. Pensé que te haría ilusión tener una hermanita…

—Sí, doy saltos de alegría, ¿no me ves? —El sarcasmo lo había heredado de su padre, de eso no cabía duda—. ¿Por qué no venís a cenar mañana y me la presentas? ¿Cómo? ¿Que mi hermana está en Nueva York y no la veré hasta el siglo que viene?

—En serio, Ethan, no puedes negar que es hijo tuyo… —repliqué conteniéndome. Él se encogió de hombros con orgullo.

—Yo solo quería saludarte, Elena, pero me voy ya a dormir, que mañana tengo un examen. Y tú deberías hacer lo mismo, que luego sobrevives a base de café y no hay quien te aguante —reprendió a su padre.

Supuse que parte de la razón por la que Ethan sobrevivía a base de café eran esos malditos antidepresivos que me constaba que aún no había dejado, y le aletargaban por el día.

—Dale tiempo, ¿vale? —me pidió, una vez su hijo estuvo de nuevo en su habitación—. No podemos pedirle que reaccione bien a una situación que a mí me ha costado tanto digerir.

—Sigues sin digerirlo, cariño.

—Bueno, no podemos negar que lo que ha dicho es totalmente cierto, he visto a mi hija una vez en tres meses. Y aunque te agradezco las videollamadas y las fotos, no podemos construir una relación así. —Suspiré y miré para otro lado—. No te estoy reprochando nada, es solo una observación.

—Ya me conozco yo tus *observaciones*… En vez de quejarte tanto, podrías darme una fecha e intentamos cuadrarnos.

—¿Para? —preguntó, atusando a su mascota, que acababa de subirse a su regazo—. Creo que a Frankfurt le gustas, siempre viene a saludarte cuando hablamos.

—¿Cómo que *para*? ¡Para vernos, Ethan, para vernos! Aquí o allí… O sea, tú y yo no, la niña y tú…, pero mientras sea menor de edad, entro de algún modo en el plan.

—Ya veremos, porque entre el trabajo y el caso, estoy hasta arriba; y no es como si pudiera escaparme a Nueva York un fin de semana…

—¿Otra de tus… *observaciones*?

—Oye, ¿puedo pedirte algo?

—¿También quieres que destroce tu coche?

—Preferiría que no… Era rentado. —Sonrió. Aún a través de la cámara, esa maldita sonrisa seguía causándome estragos—. La neta es que me aburre mortalmente la relación que tenemos

ahora mismo en la que solo hablamos de pañales y juguetes infantiles. Extraño tener una conversación adulta contigo, discutir de política o de cine, que me cuentes cómo te fue el día en el trabajo o que me mandes a… ¿cómo era? «A hacer puñetas».

Su semblante se tornó burlón. A Ethan siempre le había encantado esa expresión que en México significaba algo muy diferente al valor que le habíamos otorgado los españoles.

—¿Quieres que hablemos de *puñetas*?

—¿Te lo estás imaginando?

La conversación se estaba volviendo peligrosa. Por desgracia, sí podía imaginármelo al detalle, y la visión de Ethan masturbándose para mí resultaba demasiado tentadora. Me acaloré al instante.

—No lo veo apropiado, dadas las circunstancias. —Me aclaré la garganta, ruborizada por mis turbios pensamientos.

—¿Lo de las puñetas o lo de tener conversaciones adultas? Ahora mismo estamos teniendo una y no puedes negarme que es mucho más divertido.

—Lo veo inapropiado porque solo nos hablamos por la niña o por trabajo… De otro modo, no nos llamaríamos cada día.

—Claro que no, porque a ti no te gusta platicar conmigo.

—Sabes que no.

—Pues… si seguimos llamándonos cada día, solo y exclusivamente por la niña y por trabajo —matizó con socarronería—, no creo que haya nada malo en mi propuesta. Te estoy pidiendo que platiquemos de cosas triviales, no que echemos un polvo… todavía.

—¡Eso sí que ha sido inapropiado!

—Puede, pero los dos sabemos que nos lo íbamos a pasar mejor que hablando de la consistencia de las digestiones de Gaia. —Iba a protestar, pero me sobrevino un ataque de risa inesperado. ¿Por qué aún tenía esa habilidad para hacerme reír? ¿Por qué me gustaba tanto el sonido de su risa cuando se unía a la mía?—. ¿Tenemos trato o no, güera?

—No te prometo nada.

No me di cuenta de que llevábamos casi dos horas hablando hasta que Noah estuvo detrás de mí comiéndome el cuello sin importarle que estuviera en medio de una videollamada. Supe al instante que lo estaba haciendo adrede, él no era tan efusivo en la intimidad.

Y, lejos de sentirse incómodo, Ethan le saludó con la mano y se despidió de los dos, como si fueran amigos de toda la vida. Como si estuviera despidiéndose de su hermana y su nuevo ligue. ¿Sería yo capaz de actuar con la misma naturalidad cuando tuviera a su novia delante?

Por desgracia, iba a descubrirlo antes de lo que me pensaba…

24

26 de febrero de 2025 — Williamsburg, NY

¿Quieres hacer los honores?

—¿Lalo me cedió el mazo con una mueca maliciosa. Porque, seamos realistas, ¿quién no soñaría con destrozar el apartamento del idiota que una vez te partió el corazón?

Habíamos cubierto los muebles y el suelo con unas mantas que alguien regalaba en Marketplace, además de mover la mesilla para que los escombros no la dañaran.

Ethan me había llamado unas trescientas veces esa semana para explicarme cómo teníamos que proceder. La misión era simple: destrozar un trocito de la pared que había tras una enorme lámina de Kandinsky, en el lado izquierdo de su cama. Había aprovechado el espacio aislante que había tras la pared para colocar una caja fuerte, reconstruyéndola de nuevo para no levantar sospechas cuando la policía entrara a revisar su apartamento.

Cuanto más tiempo pasábamos juntos en la agencia, más claro tenía que no conocía nada a mi exmarido.

Lalo no dudó ni un instante en acompañarme cuando le propuse tan descabellado plan. Y allí estábamos, mazo en mano, listos para destartalar la pared de una habitación que rezumaba Ethan McGowan por todas partes. El armario estaba cubierto de espejos de pared a pared frente a la cama —de los que prefería no pensar de qué habrían sido testigo—; una cama de madera maciza con un cabecero rectangular simple, un cuadro de Kandinsky a cada lado y dos mesitas de noche con unas originales lámparas led que parecían dos corrientes entrelazadas.

Sobre una de las mesillas, alguien había olvidado una tira de fotos de un fotomatón en el que faltaban dos de ellas. La sostuve en las manos pensando que iba a encontrarme un vestigio de su romance con Claire. Al fin y al cabo, nadie usaba esas máquinas desde la popularización del *smartphone*; pero la realidad me golpeó con una foto reciente con una morena guapísima y superjoven, que deduje sería su nueva novia. Tenía las cejas pintadas para que parecieran más gruesas, unos bonitos labios carnosos y la nariz perfecta, ambos mejorados a base de talonario. Si me hubieran dicho que era la hermana gemela de Dua Lipa, me lo habría creído.

¿Cuándo habían estado en Nueva York juntos? ¿Cuándo había compartido con ella esa faceta de su vida de la que yo nunca había formado parte?

Algo se agrietó en mi interior. Quería destrozar, no solo la pared, sino el piso entero, empezando por esas fotos... Quería liberar el vacío que me generaba su recuerdo y desquitarme de la puñetera semana que me había dado mi novio por culpa de sus llamaditas fuera de horario. Pero viéndome allí, en una estancia en la que no teníamos vivencias juntos, pero gritaba su nombre por todas partes… no pude. Y me sentí patética por dejar que su fantasma aún me hechizara de ese modo.

—¿Me das un minuto?

Dejé el mazo sobre la cama y me fui a la terraza en busca de un poco de aire. Aunque ya había superado a Ethan, estar allí removía cosas en mi interior. Eran tantas las veces que me había hablado de ese lugar, de ese espacio que nunca había compartido con Claire… A pesar de su miedo a las alturas, había escogido el ático porque tenía unas vistas increíbles. Y allí estaba yo, comprobándolo… sin él; invadiendo su espacio personal y resistiéndome a oler su perfume en el cuarto de baño porque me haría parecer *creepy* y obsesiva.

—¿Estás bien?

A mi espalda, Lalo lucía preocupación y me ofrecía apoyo, aún con el mazo en la mano.

—Sí, es solo que… ¿puedes creerte que nunca he estado aquí? Le veo en esas fotos del salón con su hijo y sus padres, y sí, es él, pero… al mismo tiempo, es como si desconociera esta parte de su vida, como si no supiera quién es. El Ethan agente… no lo conozco.

—Un día deberíais sentaros a hablar con calma de todo lo que pasó. Él se sintió del mismo modo cuando vio las cámaras de seguridad de Dornoch o cuando oyó tu testimonio.

—¿Y qué es lo que pasó, Lalo? Ethan no suelta prenda y yo no me creo nada de lo que dice.

—No ha llegado el momento de soltar verdades, Elena, aún no.

—Eso quiere decir que sabes algo que yo ignoro. ¡Todos sabéis el gran secreto de Ethan! —exclamé con fastidio—. ¿Desde cuándo os conocéis?

—Ocho o nueve años. Además de trabajar juntos en la agencia, estuve infiltrado en el hotel SilverMoon donde él trabajaba, y ya sabes que el roce hace el cariño… No se lo digas a Mark —bromeó, tendiéndome de nuevo el mazo—. Toma, anda. Creo que va siendo hora de que empieces a romper muros para que entre la luz.

—Qué profundo te ha quedado eso.

No lo pensé demasiado cuando elevé el mazo y, haciendo acopio de una fuerza que no sentía, me ensañé con la pared como si tuviera la culpa de los traumas que yo creía superados. Lalo debía de saber cuánto lo necesitaba, porque ni una sola vez insistió en entrar en el juego, y prometió que sería él quien se quedara restaurando los daños después.

Descubrimos la caja fuerte y la abrimos sin problema gracias a que Ethan nos había facilitado la combinación. Entre varios enseres personales y una generosa cantidad de dinero —que podía hacerme una idea de cómo había obtenido—, encontramos un USB en forma de tarjeta RFID del hotel SilverMoon Manhattan y un pesado ordenador portátil negro bastante anticuado.

—¿Esto es todo lo que necesitamos? —preguntó Lalo.

—Eso creo.

A pesar de que eran cerca de las tres de la mañana en Londres, Ethan y Gina no faltaron a esa reunión intempestiva. El bando Manhattan, como nos llamaba Mark, estábamos reunidos alrededor del portátil a una distancia prudente, como si este fuese a explotar de un momento a otro. Supongo que, vistos desde fuera, resultábamos bastante cómicos.

—¿Qué se supone que vamos a encontrar aquí? —se adelantó Mark.

A Ethan le costó arrancar. No sabía si era el cansancio o que aún no tenía todas consigo en cuanto a compartir ciertos datos con nosotros.

—Información del proyecto —escupió en un tono de voz apenas audible.

—¿De qué proyecto? —Mark se quedó blanco como la nieve—. ¿Te refieres a…? Un momento, ¿has tenido todo este tiempo en tu poder información del proyecto y no nos habías dicho nada?

—No pensé que fuera seguro —se justificó con un mohín—. Bastantes cabezas rodaron ya en su momento por culpa de ese trasto, no quería sumar la mía al crimen… En el portátil debería

haber fichas médicas de algunos ciudadanos del proyecto. La tarjeta del hotel es un USB que contiene videos de las cámaras de seguridad del hotel SilverMoon de Manhattan donde trabajé. Hubo una fiestecita en la sala de actos. No sé si a estas alturas tiene mucho sentido, porque tenemos fichados a la mayoría de miembros, pero… Cerraban el hotel al público una vez al año y ocupaban todas las habitaciones. El hotel se convertía entonces en una bacanal donde todo estaba permitido. Absolutamente todo. Y la mayoría de las veces no acababa bien para los invitados…

—¿Fuiste testigo de esas fiestas? —inquirió Marina, salvándome de ser yo quien hiciera la pregunta. Ethan asintió con la cabeza.

—Yo trabajaba allí y era el hijo del jefe —confesó con lentitud—. Podréis relacionar algunos de los rostros de las «víctimas» con las fichas y fotos del portátil.

—¿Cómo conseguiste el portátil? —quiso saber Mark.

—La chica que limpiaba la habitación de Christopher se lo robó en esa fiesta. Estaba drogado, pensamos que no se daría cuenta hasta que el portátil estuviera en buenas manos. Con lo que nunca conté fue con que, días después, insistirían en revisar las cámaras del hotel. La única persona que había entrado en su recámara, además de «los invitados», fue ella. En uno de sus turnos mostraba una inusual preocupación por llegar a los baños de la planta baja, y dedujeron que ese fue el modo en el que se deshizo del portátil. Las cámaras exteriores creaban un ángulo muerto que no cubría esa ventana.

—Igual la chica tuvo un apretón… —observó Lalo.

—De ser así, hubiera usado el baño de la habitación, ¿no crees?

—¿Y no pudieron robarlo los invitados? —me arrepentí al instante de hacer la pregunta.

—Nunca salieron del hotel, Elena. Al igual que no lo hizo esa muchacha… —confirmó Ethan con voz afectada—. No tengo ningún interés en quedarme a ver lo que hay en ese trasto, aquí es tarde y estoy cansado… La última vez que vi uno de esos ordenadores contenía videos de los científicos charlando con los pacientes, fichas, fotografías… Era una de sus herramientas de trabajo. Os aviso que algunas imágenes podrían ser… perturbadoras.

—¿Ya los has visto antes? —indagó Marina. Ethan asintió con la cabeza.

—Algo así, sí. Y no quiero repetir la experiencia...

Mark preparó el proyector para poner las imágenes e insertó el USB en un equipo que no estaba conectado a Internet, tras analizar con un programa que era seguro.

—Hay un montón de archivos de tu papaíto y tu ex dándose el lote en horas de trabajo —replicó con sorna mientras veíamos el romance a través de las cámaras de seguridad del hotel.

Mark abrió una carpeta llamada Proyecto, donde había cientos de imágenes con fotos de niños tristes, que posaban sentados en una camilla, con la cabeza rapada, y vistiendo tan solo una camiseta de tirantes de algodón blanco y bermudas. Sostenían un cartel en las manos con un nombre y un número: María89765, Sergio32456, Esmeralda12358, David34532, Mandy35643 y un largo etcétera de nombres que se repetían, únicamente diferenciadas por el número que les seguía.

—¿Y esos niños? —Me consoló saber que Marina estaba tan perdida como yo.

—Son niños del proyecto, ¿verdad? —dedujo Lalo.

Ethan asintió con la cabeza. Trabajar en esos hoteles le había dado pase directo a un montón de información que no había revelado hasta entonces. Aquel descubrimiento me hizo sentir incómoda, llegando a maquinar toda clase de conjeturas que hacían a Ethan culpable de muchos delitos, o víctima de todos ellos. ¿En qué lado estuvo, antes de ser un phoenixbonder?

De nuevo, secuencias de las cámaras de seguridad del hotel comenzaron a desfilar ante nuestros ojos. Un festival de disfraces, brebajes alucinógenos y jóvenes de ambos sexos, que

parecían atemorizados, los cuales deduje eran esos «invitados». La impotencia de no poder hacer nada me encogió el corazón.

—¿Sus familias nunca denunciaron las desapariciones? —inquirió Marina.

—Hoy estás preguntona, ¿eh? —reprendió Mark. Yo estaba encantada de que fuera ella quien solventara las dudas que yo no me atrevía a formular.

—No denunciaron nada porque no tienen familia —respondió Ethan—. Como ya has visto en esas fotografías, son meros números en una base de datos, material de laboratorio. Esos humanos se criaron con una finalidad y son prisioneros de una ideología, nadie sabe de su existencia.

—¡Me cago en la puta, Ethan! —exclamó Mark—. ¿Por qué te has guardado todo esto hasta ahora?

—Un momento, yo a ese tipo lo he visto antes… —interrumpí sin estar muy segura de lo que decía—. ¡San Cristóbal de las Casas! Es uno de los hombres que nos vino a buscar a aquel hotel. Ethan, ¿te suena?

—¿Puedes darle zoom, Mark? —pidió, analizando la imagen con un gesto afirmativo—. Sin duda, son ellos.

—Se están intercambiando algo —observó Lalo.

—¡La máscara! —exclamamos Gina y yo al unísono.

—No os emocionéis, que todos sabemos ya que no es la verdadera —continuó Mark—. No es la primera vez que encuentran una máscara.

—¿Cómo podemos estar tan seguros? —pregunté.

—Porque no tenía la marca lunaplatense grabada por detrás —explicó Ethan—. Recuerdo perfectamente esa máscara y no llegaron a utilizarla.

—¿Qué están esperando que pase cuando el o la descendiente se ponga la máscara? —proseguí, tratando de que no se me notara mucho el sarcasmo—. ¿Que Salazar se personifique ante ellos y le entregue a Helga la varita del conocimiento eterno? Todos sabemos que eso no va a ocurrir, con lo que, ahora que tienen el diario, podrían estar repitiendo el ritual con distintas máscaras eternamente, porque con ninguna de ellas va a ocurrir nada.

—Supongo que eso lo descubriremos pronto… —replicó Ethan con un mohín de disgusto.

—¿Y cómo es el descendiente? —proseguí, un poco harta de ese secretismo, pues a veces sentía que todos conocían la identidad de esa persona divina menos yo.

—Es… especial —replicó Gina jocosa.

—Ya, pero ¿qué aspecto tiene? —insistí—. ¿Le brilla la piel con los rayos del sol, como a los vampiros de *Crepúsculo*? ¿Tiene unas artes amatorias tan potentes que hacen que te corras con solo mirar sus ojos?

Pese al dramatismo de la situación, algunos de mis compañeros rompieron a reír, incluido Mark, quien era un hueso duro de roer.

—No brilla, no. En cuanto a lo segundo… —Mark me guiñó un ojo— me interesa ese tema. Estoy deseando que algún día me despejes la duda.

—¿Yo? —Me señalé con un dedo, incrédula—. Ah, ya entiendo por dónde vas. Como soy oficialmente la zorra de la agencia… Matas a un gato…

—Tú lo has dicho, no yo —se cachondeó Mark.

—¿Podemos volver a los videos? —imploró un Ethan molesto y receloso, sabiendo que el comentario le afectaba también a él como parte implicada en el error que cometí «cargándome la misión»—. Mirad la otra carpeta, Celda. Es la misma hacienda donde aquel youtuber denunció que encerraban a las chicas y Malindra exhibió esas fotos diciendo que era su hogar.

Se sucedieron varios videos del mismo estilo que conformaban un triste testimonio de la

realidad de esas mujeres que ya no tenían voz.

Algunos rostros conocidos como los de Claire, Adrián Duarte, Aguirre, Christopher o la propia Helga desfilaron difusos en pantalla, metiendo provisiones en un almacén que había junto a la hacienda.

La saliva se me volvió espesa. Estaba convencida de que podríamos relacionar a las mujeres de esos vídeos con las fichas de Dornoch y Avión.

Sabíamos qué era ese lugar, porque había sido el enfoque inicial de esa investigación: prostitución y narcotráfico. Conocíamos su negocio millonario con el que financiaban las costosas prácticas científicas de los laboratorios de Helga. Pero verlo en primera persona… era una historia diferente. Encontrar ese lugar sin más pistas que esas grabaciones antiguas sería como buscar una aguja en un pajar.

A mi lado, Lalo parecía traspuesto. El hombre que siempre estaba en manga corta porque su temperatura corporal se asemejaba a la de un volcán en erupción, tenía el vello erizado y la piel de gallina. No necesitaba hacer preguntas para saber que algo en esa historia le afectaba de un modo muy personal.

—¿Todo bien?

—Si esa grabación tiene diez años, llego un poco tarde para hacerme el héroe. —Sus palabras confirmaron mis temores.

—¿Esa es…?

—Mi amiga Karla —confirmó con profundo dolor.

Saltándome todas las reglas que nos obligaban a mantener las distancias, le abracé, haciendo que todos los phoenixbonders comenzaran una ronda de protestas y cuchicheos. Me traía sin cuidado.

—¿Podríamos ver otra vez la fachada del almacén? —Marina se acercó a la pantalla con un halo de misterio—. ¡Joder! ¿Estamos ciegos o qué? ¡Esta grabación es oro! ¿Es que no estáis viendo lo mismo que yo?

Todos nos quedamos mirándola entre la estupefacción por su entusiasmo y el dolor que nos provocaban las imágenes.

—¿Podrías elaborar, Martinita? —pidió Mark.

—¡Vamos, Lalo! Esperaba más de ti… —Marina aún no había detectado el sufrimiento de mi amigo—. Ese almacén es el mismo que hemos visto decenas de veces antes, la fábrica de Glamletics en Morelia.

—¿Tú estás segura? —preguntó Lalo—. Muchos almacenes parecen iguales, especialmente en esa zona…

—Mira la puerta roja… Hay un desconchón en la pared que, a día de hoy, nadie se ha molestado en reparar. Han pintado la fachada de la hacienda de azul, pero si te fijas, hay dos agaves justo a la derecha del porche, aunque ahora hayan triplicado su tamaño.

—Supongo que no perdemos nada por volver a Michoacán a comprobarlo —dedujo Mark—. Lalo, Marina, ya tenéis plan para esta semana.

—Sería buena idea llevarnos a Elena, está ansiosa por su primera misión —propuso Marina.

—Elena tiene una misión más importante asignada, así que… no —anunció Mark.

Le miré estupefacta. Conociéndole, sabía que no iba a gustar…

—¿Y cuál es esa misión, Mark? ¿Quedarme de brazos cruzados y mover el culo en la oficina?

—Reconoce que es un planazo. Tienes un buen culo. —A veces la violencia estaba MUY justificada—. No te ofusques, preciosa. Cuando acabe todo esto, tu misión es reconstruir los daños.

—¿*Reconstruir los daños*? —repetí incrédula—. ¿Qué soy yo ahora, arquitecta y no me había enterado?

—Todo cobrará sentido… después de la próxima Navidad.

Me abstuve de comentar nada, aparte de que cada día entendía menos cuál era ese plan del que nadie quería hablarme y que, por lo poco que había extraído, me parecía una locura sin pies ni cabeza.

—¡Genial! Pero para eso queda casi un año. He dicho que voy a Morelia con Lalo y Marina, así que vete pensando en cómo me vas a meter en esta misión…

—Chicos, chicos… —comenzó Gina—, admiro la efusividad, pero tenemos que ser conscientes de que han pasado diez años de esos videos y os estáis olvidando de que, en efecto, la mayoría de las fábricas son muy similares. Puede que ese lugar ya ni exista.

—Nos estamos desviando y os recuerdo que, para el bando Londres, son las tres de la mañana y algunos entramos a trabajar en apenas unas horas —urgió Ethan—. ¿Podemos ir al grano?

25

8 de marzo de 2025 — Union City, NJ

Estuve casi diez días sin pisar la agencia por culpa de una bronquitis que no me dejaba levantar cabeza. Ya me había acostumbrado a que fuera una nueva rutina cada año, un recordatorio de que había sobrevivido a esa cueva, sumado a un invierno que se negaba a dar paso a la calidez de la primavera.

Noah se estaba quedando por las noches en casa para ejercer de buen novio, atiborrándome a insípidos platos precocinados que compraba a granel en el supermercado y que, no solo no me ayudaban con el catarro, sino que dañaban mi estómago.

Estaba viendo un thriller con Siobhan en el sofá, haciendo tiempo hasta que llegara Noah del trabajo. Mi compañera disfrutaba viendo esas películas porque le ayudaban a arrojar una luz distinta sobre los casos que llevaba. Yo tenía la secreta esperanza de que a mí también me sirvieran para descifrar la mente criminal de los líderes de La Luna de Plata.

Estábamos tan enfrascadas en la historia, que ambas pegamos un bote cuando llamaron al timbre. Puse un puchero para recordarle que estaba enferma y le tocaba abrir la puerta a ella. Tardó apenas un instante en regresar con un paquete de una conocida tienda online bajo el brazo.

—Para ti. —La caja cayó ruidosamente a mis pies.

—Yo no he pedido nada… —aseguré, pero no por ello dejé de abrirlo. Si hubiera sido un paquete bomba, habríamos saltado las dos por los aires.

Pues no…, no había bombas, aunque sí probióticos, jarabe y caramelos para la tos, miel de hanuka, la novela *Blackwood*, de M. M. Ondicol, una caja de galletas de mantequilla escocesas, canela en rama, una botella de whiskey y… limones. Mogollón de limones.

—Curiosa selección de artículos. —Sio torció el gesto y sujetó el licor con sorpresa—. ¿Desde cuándo le das al whiskey? ¿No tendrás otra vez problemas con el alcohol?

—Vives conmigo, ¿cómo puedes preguntarme algo así?

—Tienes razón, perdona… Parece un kit para preparar *hot toddy*, lo cual tiene mucho sentido con el catarrazo que tienes.

—Ya, pero… ¿quién ha comprado todo esto?

—Mmm… ¿El whiskey es de Texas… o de Edimburgo? —preguntó con malicia, sosteniendo las galletas escocesas en alto.

Cuando leí la tarjeta del remitente, no tuve que confirmarle que el regalo venía de Ethan. Debería haberlo imaginado: solía prepararme esa bebida ancestral cuando estaba enferma, una de las muchas tradiciones que había heredado de su madre.

—Supongo que está preocupado porque llevo días sin ponerme al teléfono —me excusé, mientras ella me arrancaba la nota y la leía con mucha guasa.

—«*Nada que un hot toddy y un buen libro no sanen. Que conste que hago esto por mí y no por ti… Extraño platicar contigo*». ¡Por favor! ¿Se puede ser más mono? —La nostalgia me hizo sonreír con los labios apretados.—. Si no fuera por lo enamoradísimo que está de su novia, cualquiera podría pensar que está intentado reconquistarte. Seguro que a ella también la cuida tanto cuando está enferma…

Su voz no pudo contener la burla. Ella encontraba divertidísima una situación que a mí me incomodaba.

—Odio que sea tan atento conmigo.

—¿Verdad? ¡A quién se le ocurre!

—Me refiero a que… No quiero comparar, pero es que siempre parece saber exactamente lo que necesito, que, en este caso, es un maldito té caliente y un buen libro. Noah me está cebando a platos precocinados, flores y películas de acción.

—Eso es culpa tuya, que no eres clara con él y esperas que él interprete tus señales por ciencia infusa. —Odiaba ese rol de Pepito Grillo que se había autoadjudicado—. En cuanto a Ethan, la solución es más fácil de lo que piensas. Ser amiga de tu ex no te va a funcionar por mucho tiempo, pero como no me escuchas…

—Pues yo creo que lo estamos bordando.

—¿Le has preguntado a tu otro novio qué opina él? El de carne y hueso, ese con el que no hablas tanto por teléfono, pero que se pasa por aquí por las tardes para ver cómo estás.

—No hay nada que preguntar, sus celos son injustificados. ¡Ethan ni siquiera está aquí! Siendo optimistas, nos veremos una o dos veces al año.

—Ethan está en todas partes. Y a no ser que esto sea lo que tú realmente quieres, deberíais establecer algunos límites antes de que se os vaya de las manos.

—Está bien, voy a demostrarte que no tienes razón cortando esta situación de raíz. Le mandaré un mensaje haciéndole saber que no puede seguir mandándome detallitos, ni llamando cuando le dé la gana ni… ¡Mierda! Me está llamando. ¿Qué hago?

—Decirle todo eso que me acabas de soltar a mí, que te estaba quedando genial el discursito —se cachondeó de nuevo.

No sé por qué me quedé mirando el teléfono, alelada y sin atreverme a responder. Fue ella quien descolgó por mí y puso el altavoz.

—Ey… —titubeé con voz ronca. Iba a matar a Sio.

—¡Güera! ¿Cómo estás? Tu voz sigue sonando horrible.

—Me siento horrible —confirmé—. Y tú tienes que dejar de ser tan detallista o me voy a malacostumbrar.

—No seas tan gruñona que te salen arrugas. Ponme la cámara, anda.

—Ni de broma, estoy espantosa.

—Tú nunca estás espantosa.

Ante mi negativa, Ethan me envió una foto con un «*Vale por una videollamada*» que había escrito rápidamente en un post-it.

—Yo nunca te di ese vale, te lo acabas de inventar.

—¿Estás segura? Yo creo que no te acuerdas bien de lo que había en esa caja…

—¡Expiraron, Ethan! Ya no estamos juntos ni revueltos, y tampoco te sirve la excusa del mismo espacio físico como en Niágara, porque estamos a miles de kilómetros de distancia.

—No me lo recuerdes… Si no me pones la cámara, te voy a bombardear a paquetes hasta que te rindas. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

Me rendí y ese acto de debilidad me costó bien caro, pues Siobhan se burlaba desde el sofá contiguo, haciendo corazoncitos con las manos mientras tarareaba una canción de Carmen de León que hizo que me sintiera aún peor.

—…*Tengamos mala memoria, olvídate que tengo novio y tú novia; que, antes de ella, tú y yo teníamos historia…*

—¿Tú no tenías una reunión importantísima a la que atender?

—Acabo de posponerla. Podéis seguir hablando, no os cortéis…

Le tiré un cojín con saña para mostrar mi protesta, ignorando que Ethan estaba esperando al

otro lado de la cámara.

—¿Sabes que estoy cogiendo un montón de ideas del *thriller* que estábamos viendo? Cómo descuartizar un cuerpo y deshacerse de él, por ejemplo…

—Está bien, me iré a la cocina a prepararte la bebida mágica. —Me guiñó un ojo y se llevó el paquete.

Cuando regresé con Ethan, me arrepentí enormemente de haber cedido a sus deseos. En una esquinita del teléfono veía mi rostro ojeroso y esos ojos empequeñecidos por la congestión.

—Lo que yo decía, preciosa —aseguró meloso. Un ataque de tos interrumpió sus mentiras piadosas—. ¿Estás tomando medicinas?

—Sí, pero no son la pulga Benito.

—No sé quién fue esa pulga, pero debió de ser bien *chida*[5].

Me fijé en su camisa con pequeñas flores azules estampadas, muy al estilo inglés, y arrugué la frente, extrañada.

—¿De qué vas disfrazado?

—He estado en un *afternoon tea* con Ava. No te rías.

—No puedo, reírme empeora mi tos, aunque ganas no me faltan… ¡Qué sofisticado te me has vuelto desde que sales con veinteañeras influyentes! Antes eras más de nachos con cerveza.

—Sigo siendo más de nachos con chela, no te confundas: esto son cosas de Ava.

—Espero que la próxima vez que nos veamos te pongas esa camisa. Es muy floripondiosa, pero te queda hasta bien…

—¿Se supone que eso es un cumplido?

—No estoy muy segura... —Lo que pretendía ser una risita se transformó en un ataque de tos incontrolable. Ethan puso mala cara—. Siento ser cortante, pero no tengo muchas ganas de hablar.

—Ya veo… Iré al grano, entonces. Quería pedirte algo, aunque sé que vas a decirme que no…

—Si quieres que destroce tu cuarto de baño, tendrás que esperar al lunes. Hoy no estoy de servicio.

—Ya te gustaría a ti… La neta es que quiero irme de vacaciones este verano con los niños. —Supe que me había cambiado la cara por cómo se desarrolló la conversación—. Sé que vas a decirme que Gaia es muy pequeña, pero… este viaje es muy importante para mí. No quiero complicarte la vida, iré a buscar a la peque a Nueva York y la traeré de vuelta para que tú no tengas que mover un dedo, ¿sí?

—¿Te importa si tenemos esta conversación cuando no esté ardiendo en fiebre? No quiero decirte que no, pero, en efecto, es muy pequeña y preferiría esperar un par de años…

—No tengo un par de años, Elena.

—¿Piensas morirte mañana?

—No lo sé. ¿Te imaginas que así fuera? El cargo de conciencia que tendrías de por vida… Y ninguno de los dos queremos eso, ¿verdad?

—Esto que estás haciendo se llama chantaje emocional.

—¿Prefieres hechos empíricos? Tengo un hijo de dieciocho años que prueba que puedo hacerme cargo de Gaia sin que temas por su vida.

—Vale —me rendí—. Al fin y al cabo, eres su padre…

—Justo ahí quería yo llegar… Legalmente no lo soy y no quiero que me detengan por rapto de menores en el aeropuerto. ¿Crees que podríamos arreglar el papeleo cuanto antes?

—Claro, hablaré con el bufete de Sio para que lo vayan gestionando.

—Firmamos en mayo —añadió entre dientes—. Mi abogado ya lo está tramitando. Gael me

va a matar porque está de exámenes en esa fecha, pero los boletos estaban baratos y quería ir para el cumpleaños de Gaia.

Quise protestar, pero una pierde autoridad cuando está afónica y suena como Darth Vader.

—Pues nada, ya que lo tienes todo tan organizado, ya me dirás dónde tengo que presentarme. O, si quieres, firma tú por los dos…

—No te enojes, Alba Elena, solo agilizo el trámite.

—Vuelve a llamarme así y eres hombre muerto, Ethan Adrián.

—¿Te gustaría cenar conmigo? —Pese a la congestión, abrí tanto los ojos que él mismo se contestó—. Estaba pensando que podríamos ir a algún lado a cenar y tomar una copa… Nada romántico, solo…, ya sabes, platicar.

—¿Los dos solos?

¿Tan horrible era por estar deseando que me dijera que sí?

—Puedes traerte a Lucky Luke si quieres, pero va a ser un poco raro…

—Ya, o sea…, vale.

—¿Vale? —corroboró—. ¿Vale que sí o vale que te traes a Lucky Luke y cenamos los tres? Porque tenía preparado un discurso muy bueno por si me decías que no y ahora se va a echar a perder. ¿No vas a decirme que es…?

—¿Inapropiado? Lo es, mucho.

—Ajá. Pero…

—No hay *peros*. Me apetece tener un plan de adultos para variar y ponerme al día con los cotilleos de Londres. Has dicho que no es una cita romántica…, ¿no?

—¡No, no, para nada! Padrísimo, a mí también me apetece… O sea, yo tengo muchos planes de adultos, me refiero a… contigo. Me apetece hacerlo contigo.

—¿Te apetece *hacerlo conmigo*?

—¡Cenar! Me apetece *cenar* contigo —se corrigió.

¿Por qué estaba tan nervioso? Me mordí el labio, encontrando su verborrea desternillante. Y no fui la única, Siobhan estaba escuchando la conversación desde la puerta sin perder detalle.

—Tengo que dejarte, acaba de llegar mi *hot toddy* directamente desde Edimburgo. —Le mostré la bebida que Siobhan me había preparado—. Muchas gracias por el kit de primeros auxilios catarrales, estoy deseando hincarles el diente a esas galletas.

Una expresión tímida que no le pegaba fue lo último que vi antes de colgar, provocando esa sonrisa bobalicona en mi rostro que Siobhan me reprocharía durante las próximas semanas.

—No digas nada —rogué.

—Vale, pero no puedes callar mis pensamientos.

26

22 de abril de 2025 — Manhattan, NY

Mi abuela era una sabia. Si hubiéramos prestado atención a sus discursos y refranes apolillados, seguramente nos habría ido mejor a todos los nietos. Y ella siempre me decía que lo que mal empieza…, peor acaba.

La semana empezó con un ataque de celos por parte de Noah debido a las continuas llamaditas de Ethan fuera de horario, que acabó de la peor manera posible cuando esa esperada cita de dos se convirtió en una de cuatro.

Pero ya hablaré de eso más adelante…

Aquel veintidós de abril me desperté en el apartamento de Noah, algo que cada vez era más habitual a medida que afianzábamos la relación. Era uno de esos rascacielos diáfanos, donde las paredes brillaban por su ausencia, y unas enormes cristaleras recorrían la fachada exhibiendo unas gloriosas vistas de la Gran Manzana.

La decoración, tan escasa como cara. Masculino, funcional, un follódromo. En resumen: nada acogedor.

Aunque todo allí destilaba esa sensación de «rollo de una noche», tenía que reconocer que el chico lo estaba intentando. Todavía me costaba creer que hubiera dedicado un rincón para poner una alfombra de juegos a Gaia y algunos peluches, aunque Siobhan bromeara con que trataba a mi hija como a uno de sus perros.

Me sorprendió que se colara en el baño mientras me duchaba, pues él no era mucho de arrebatos pasionales inesperados. El sexo era vainilla, lento y… poco frecuente. Supe que esas no eran sus intenciones por el ceño fruncido que vestía, con sus ojos azules clavándose en mí con cierto reparo.

—¿Dónde está la niña? —El instinto de madre entró en acción al imaginarla sola en ese apartamento tan poco diseñado para una mocosa a punto de alcanzar los temibles dos años.

—Tranquila, está desayunando en su trona y poniéndolo todo perdido… —replicó algo molesto porque la cría siempre le manchara su espacio—. Te acaba de llamar el susodicho… otra vez.

Dejó caer mi teléfono junto al lavabo. Poco le faltó para escupirlo.

—Supongo que querrá concretar algo antes de venir, ya sabes que está gestionando él todo el papeleo de Gaia…

—Me lo has dicho mil veces. Pero digo yo que puede hablarlo con su abogado, ¿no? No tiene por qué estar mandándote mensajitos a ti las veinticuatro horas del día.

—No me manda tantos *mensajitos*.

—Cierto, normalmente te llama.

—No empieces… —protesté melosa—. ¿Me alcanzas la toalla?

Me hubiera gustado que aprovechara mi desnudez para negociar en otros términos, pero Noah salió del baño y esperó a que estuviera completamente vestida para retomar la conversación.

—Antes de que él apareciera en tu vida, tenías una foto nuestra de perfil en el WhatsApp y ahora…

—Ahora tengo una foto con mi hija, exactamente igual que antes de conocerte —respondí tranquila, preparándome el café en su máquina con diez mil botones que hacían de todo menos

café.

De fondo, seguía protestando por el tema de la foto. Me acerqué a él y saqué un *selfie*, con deditos en uve incluidos. A veces era un puto crío.

—¡Ala! Ya tengo nueva foto de perfil. ¿Contento?

—¡Borra eso! Salimos fatal —pidió molesto—. ¿Por qué tengo la impresión de que no me estás tomando en serio?

—Precisamente por eso: porque no te estoy tomando en serio. ¿Cómo puedes tener celos de un tipo que vive en la otra punta del mundo y tiene por novia a una *top model* de veinte años?

—Tú también eres guapa.

—Soy mona, te aseguro que jugamos en distintas ligas. Yo siempre llevo la trenza mal hecha y manchas de puré de Gaia en la camiseta, mientras que ella parece recién salida de una revista de moda.

—Tampoco entiendo que le hagas regalitos a su otro hijo por su cumpleaños… Ese chico ya no es asunto tuyo. —Puse los ojos en blanco. Lo que yo hiciera con Gael tampoco era asunto suyo—. ¡Empiezo a cansarme de que juegues a la familia feliz con ellos! Cuando no estás al teléfono con el padre, lo estás con el hijo. Cuando salimos a cenar por ahí, siempre te pita el móvil con algún mensaje que no dudas en contestar. ¿Cuándo piensas cortarle?

—¡Es el padre de mi hija! Y mientras sea menor de edad, soy la única forma que tiene de relacionarse con ella.

—No te estoy pidiendo que no le dejes ver a Gaia, sino que, si te llama y estamos cenando o echando un polvo, no le cojas el maldito teléfono. ¡Que se espere! Demuéstrale que tienes una vida más allá de él y sus horarios. ¿Crees que estoy pidiendo demasiado?

Pensé que la probabilidad de que Ethan nos pillara echando un polvo era más bien remota teniendo en cuenta lo poco que follábamos, pero no era momento de echarle en cara nuestra falta de actividad sexual.

Me miró con ojos de gatito indefenso, mientras sacaba a Gaia de la silla para ayudarme a prepararla para ir a la guardería.

Sabía que tenía razón porque era algo que Sio ya había mencionado antes. No quería arriesgar la estabilidad que estaba consiguiendo con Noah por nada ni por nadie; mucho menos, por Ethan.

—Vale, hablaré con él.

—¿Lo harás por mí?

—Le pediré que distancie las llamadas. Dos o tres días a la semana como mucho bastará mientras la niña sea pequeña. O también puede llamar a Sio…

—¿Te he dicho alguna vez que estoy loco por ti? —susurró, besuqueando mi cuello.

Saberse vencedor en esa guerra inexistente activó su también inexistente apetito, que rara vez hacía acto de presencia fuera del horario estipulado.

—Me están llegando señales confusas… ¿Estás intentando *ya-sabes-qué* en medio de tu cocina? ¿Con los ventanales despejados y mi hija correteando por todas partes?

—Igual no es la mejor idea… —reconoció. Yo negué con la cabeza.

Sabía que había trenes que solo pasaban una vez. Y esa erección… tardaría mucho en volver a hacer acto de presencia.

Como era de esperar, Ethan no se tomó nada bien la noticia.

—Barajeámela más despacio. ¿Quieres que deje de llamarte? Eres la única forma que tengo de relacionarme con mi hija hasta que aprenda a manejar un pinche celular.

—No te he pedido que no la llames, sino que distancies un poco las llamadas. Tiene menos de dos años, tampoco es que se vaya a enterar…

—Como gustes. Lo último que deseo es molestarte. ¿Tres veces a la semana le parece mucho a la señorita? —indagó con retintín.

—Mejor dos. Tengo una vida, ¿sabes? Y con la diferencia horaria, me obligas a estar siempre disponible cuando a ti te viene bien.

—Perfecto. Ya le pasas las citas a mi secretaria por email para que me las apunte en el calendario. ¿Querías algo más?

—¿En serio te has cabreado?

—¡En absoluto! Lo que el viento a Juárez, Elena.

Ni siquiera se despidió de mí. Me quedé mirando la pantalla del teléfono como una idiota, con el texto de «llamada finalizada» brillando en ella.

Lo que el viento a Juárez. Traducción a mi modalidad de español: le importaba un pimiento. Casi cuatro años viviendo juntos en los que creía que ya me sabía todos sus mexicanismos, y estaba convencida de que había aprendido expresiones nuevas solo para fastidiarme.

—¿Esta decisión la has tomado tú o con ayuda? —Me giré para mirar a Sylvia, que, a pesar de no saber español, había deducido el contexto por la reacción de Ethan.

—Era lo mejor para todos.

—Y yo que pensaba que te gustaba hablar con él… —No contesté a su provocación—. Chica, ese hombre te va a volver la vida del revés. Y no me digas que es agua pasada… Puedes desviar el caudal de un río, pero siempre acaba volviendo a su cauce original.

—Es una suerte que este río desemboque a 5.570 kilómetros de aquí. ¿Podemos centrarnos en el trabajo? Me gustaría que te encargaras del reportaje 30 aniversario de la muerte de Selena Quintanilla. Yo he quedado con Zoe, una reportera *freelance* que va a vendernos un artículo increíble sobre lunas de miel de ensueño.

Los días siguientes transcurrieron en una relativa tranquilidad a la que no estaba acostumbrada. El no tener que condicionar mis planes a que Ethan pudiera ver a la niña me permitió volver a mis antiguas rutinas, acostarla antes para disfrutar de una cena romántica con mi chico y un vaso de vino, quedarme entrenando con Lalo hasta tarde o incluso leer un buen libro antes de que Noah volviera del trabajo. Como ahora pasaba más tiempo en su apartamento que en el mío, Noah compró un robot de cocina que revolucionó nuestra dieta.

Salíamos a cenar por Little Italy con la satisfacción de que no hubiera interrupciones telefónicas y, al llegar a casa, me hacía el amor de manera torpe y desapasionada. Me gustaba Noah, su sentido del humor y lo cariñoso que era con nosotras, pero llevábamos casi un año juntos y a veces me preguntaba si no necesitaría un mapa para encontrarme el punto G. Y el sexo

oral era… peor. Ejercía tanta presión con la lengua que a veces me daban calambres en las piernas, que él interpretaba como que estaba llegando al orgasmo. Quería decírselo, lo juro; el problema es que no sabía cómo hacerlo sin herir su hombría. Así que me había vuelto una experta en fingir orgasmos y terminar yo sola en el baño.

Pasaban los días y yo estaba conforme con mis nuevas rutinas, hasta que dejé de estarlo. Gaia me preguntaba por qué papá no la llamaba y lo cierto es que yo también echaba de menos oír su voz y que me hiciera reír al finalizar el día.

Estábamos a finales de abril, lo que significaba que Ethan nos visitaría en poco más de una semana y no habíamos vuelto a hablar del tema. Me sorprendí molesta por la facilidad con la que parecía ignorarme en las videollamadas de la agencia, mientras yo esperaba ansiosa a que se atreviera a marcar mi número para discutir algo en privado.

Mark comenzó la reunión más breve de la historia hablándonos de la visita de Lalo y Marina a la fábrica de Glamletics, que nos confirmó que sus sospechas eran ciertas: los videos que habíamos encontrado en esa falsa tarjeta de hotel fueron grabados en una hacienda que había junto a la fábrica. Ignorábamos qué había pasado con esas muchachas; por desgracia, la mansión parecía llevar tanto abandonada como los hierbajos que crecían a su alrededor. Ni rastro de la ciudad Valladolid.

A mí esa victoria me supo agridulce, pues, aunque era un cabo menos que atar, no estábamos ni remotamente más cerca de hundir a esos lunáticos.

Esa noche llegué tarde a casa por quedarme a tomar algo con Lalo y Marina. Estábamos un poco emocionales, hablando de aquellos que ya no estaban con nosotros.

Ese ataque de nostalgia fue lo que me llevó a acabar con esa guerra absurda en la que estaba convencida de que yo lo estaba pasando infinitamente peor que Ethan, aunque no fuera a reconocerlo en voz alta, pues eso implicaría cosas que no quería siquiera plantearme…

Era algo tarde, pero su WhatsApp me chivó que aún estaba despierto. ¿Era muy mezquino utilizar el encanto de mi hija para obtener su atención? Le mandé un video de Gaia preguntándome con su lengua de trapo cuando iba a ver a su papá, que provocó el efecto esperado, pues Ethan me llamó al instante.

—Estoy fuera de cita, ¿te pillo mal? —preguntó con soberbia.

—No seas tonto, ¿cómo estás?

—Tirando. ¿Tú?

—Tirando y tirante, por lo que veo. —Torcí el gesto—. Oye, siento lo del otro día… Puedes llamar a tu hija cuando quieras, no sé qué me pasó.

—No te preocupes, si lo pillo… Últimamente estamos platicando más que cuando estábamos juntos y te he agobiado.

—No me agobias. Y entiendo que este es el único modo para…

—Puede que también lo hiciera porque me gusta hablar contigo —confesó sin mirarme realmente—. Había algo en esas llamadas que me hacía sentir en paz. Así que me ha venido bien desintoxicarme de ti unos días, el nuevo convenio funciona para mi salud mental.

—Tal vez yo no quiera que te desintoxiques.

—Sabes que me estás volviendo loco, ¿verdad?

—Tú ya estabas loco de serie, no me culpes a mí. —Ethan seguía tenso pese a mis intentos por relajar el ambiente—. Necesito que tengas un poco más de paciencia conmigo. Estoy intentando hacerme a la idea de que vuelves a ser parte de mi vida, pero… me cuesta. Nunca hemos sido solo amigos, y Noah lo está llevando mal, me está presionando…

—Debería haber imaginado que ese güey tenía algo que ver en esto —respondió con fastidio

—. Disculpas aceptadas, nos vemos en unos días. Tengo cosas que hacer. Un gusto.

Aquella no fue, ni de lejos, una reconciliación, pero esperaba que asentara las bases para ello.

Mentiría si dijera que agradecí que no me llamara la mañana siguiente, ni la de después…, aunque, con su silencio, las cosas con Noah estaban mejor que nunca.

Tras un largo día en la oficina en el que todo lo que podría salir mal, salió, me fui a la agencia. Lalo no había llegado todavía, y Mark se ofreció voluntario a entrenar conmigo, algo que no ocurría desde que le había asestado el famoso puñetazo.

—No sabía que tu exmarido pensara venir a verte. —Mark era un inconsciente que aún no intuía que comenzar esa conversación cuando teníamos los guantes de boxeo puestos y la creatina corriendo veloz por nuestras venas podría traernos más de un problema. O igual sí…

—Viene a ver a su hija —le corregí—. Es su cumpleaños y tenemos que solucionar los papeles.

—Me resulta admirable la buena relación que tenéis. Sois como Chris Martin, Gwyneth Paltrow y Dakota Johnson. —*«¿De qué coño estaba hablando?»*—. Aún más admirable teniendo en cuenta cómo te abandonó sin escucharte ni luchar por ti, y estando embarazada de una hija que tú ni siquiera deseabas tener. En serio, Elena, *chapeau,* eres una mujer diez. Cualquiera en tu lugar se hubiera vuelto una zorra manipuladora e incluso utilizado a la niña en su contra.

Me lie a puñetazos con el saco por no liarme a golpes con él, pues sabía que era justo lo que él estaba buscando: provocarme, probar mi autocontrol y mi gestión de emociones en cuanto a Ethan. Malas noticias, Mark: la vida me había entrenado bien.

—Somos todos adultos como para diferenciar que, una cosa es que haya sido un marido horrible, y otra muy distinta, que no sea un buen padre.

—¡Cuánto me alegra oír eso! Porque reconozco que, cuando regresaste al caso, tenía mis dudas sobre si podríais trabajar juntos. —Mark estaba golpeando el saco peligrosamente cerca de donde yo me hallaba, violando mi espacio vital—. Aunque después de ver a su novia lo entendí todo… ¡Fiu! ¡Vaya pibón! Veintipocos añitos, todo en su sitio y muy guarra. Las mujeres de hoy en día no tienen problema en reconocer que les va el rabo. En mi época leían a Jude Deveraux y soñaban con llegar vírgenes al matrimonio. Como ha cambiado la película, ¿no?

Le miré con aversión mezclada con el más puro asco. No es que habitualmente le mirase de un modo diferente, pero es que se estaba coronando con el discurso.

—¿Cómo puedes llegar a ser tan… tú? —Nueva tanda de puñetazos con furia al saco, pensando que se trataba de la cara de Mark—. No sabía que conocieras tan bien a Ava.

—Con el historial de exnovias lunaplatenses que tiene ese cabrón, es mejor tener a todas fichadas, por si acaso…

—¿Está limpia?

—¡Limpísima! Es tan egocéntrica que dudo que sea capaz de idolatrar a nadie, aparte de a sí misma. Otra cosa es que no cambie de bando a última hora, como hizo Wendy; pero mientras Ethan sepa tenerla satisfecha… Ya me entiendes.

—¡Genial! Recemos por que así sea.

Sentí un calor repentino en los puños que me incitaba a liberar esa fuerza contra su cara.

—Pero bueno, ya intercambiaremos opiniones… —Esta vez sí me paré en seco, algo sorprendida por lo que había implícito en sus palabras—. Viene a Nueva York con ella, ¿no te ha dicho nada?

27

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—¿En serio este cabrón se llevó a Ava a Nueva York a verte?

Miro a Casper consternada, sin saber en qué momento mi relato ha atraído también la atención de los mayores hasta el punto de que mi hermano y su mujer se han unido a la fiesta. Yo sé qué parte les interesa en particular… Se están poniendo tibios a sangría aprovechando que mis sobrinos están de campamento.

—Quiero escribir esta historia.

Todos nos quedamos mirando a mi hija mayor con su petición. Eidan es el primero en pronunciarse al respecto.

—¿Lo ves? Digna hija tuya y solo tuya. Yo me lavo las manos.

—¿Qué pasa? ¿Qué he dicho? —se sorprende Gaia al ver el impacto que sus palabras ha causado entre los adultos.

—Creo que lo que papá quiere decir es que aquí nadie puede escribir nada —traduce su hermano.

—Siempre podría hacer una novela de ficción o… ¡Mierda! —Gaia cabecea de un lado a otro, como si se acabara de dar cuenta de algo—. ¡Ostras! *La Piedra del Sol*, *La Luna de Plata* y *Estrella de la Mañana*. ¡Todo es cierto! Lo que narras en esos tres libros… ocurrió de verdad.

Los adultos nos miramos los unos a los otros, sorprendidos por esa acusación, pero nadie se atreve a pronunciar palabra.

—Eso quiere decir que las partes pornográficas también son ciertas… —lamenta Gala con una mueca de asco.

—Vosotras dos sabíais que no os trajo la cigüeña, ¿verdad? —se burla su hermano.

—¿Es que nadie se ha dado cuenta todavía de que mi mamá nos está tomando el pelo? —Gala adopta ese tono de abogada seria y repipi que tanto nos hace reír a todos; aunque me temo que, esta vez, sus conjeturas no van a resultarnos tan divertidas…—. Gaia, ¿quieres hacer los honores?

Mi hija mayor desaparece por la puerta que da al salón. Los adultos nos miramos los unos a los otros sin entender qué está pasando.

—¿De qué va todo esto? —Gina alza la voz y busca una explicación en mi mirada, que se desvía a la de Gaia.

Mientras que yo siempre me sentí cómoda refugiándome tras mis escritos, sin que nadie realmente pudiera ponerles voz ni cara a las palabras, mi hija es de esas periodistas que han nacido para estar en el foco mediático, lo que muestra levantándose del sillón y situándose en el centro del grupo con un ejemplar en la mano de la última edición de *Estrella de la Mañana*, firmado por Yvaine Selena, con todo lo que ello implica…

—Todo lo que nos estás contando está ocurriendo exactamente igual que en esos libros que escribiste —me acusa—. Luego, o nos estás soltando un rollo patatero para no decirnos qué pasó realmente o…

—…o la historia es cierta —completa Oli en un susurro.

Su mirada se encuentra en el espacio con la de Gaia y por un instante, parece que han logrado detener el tiempo. Entonces, mi hija la aparta con tristeza, generándome tantas preguntas que no

sé ni cómo empezar a ordenarlas. Intuyo un sentimiento entre ellos mucho más profundo de lo que había juzgado en un primer momento. Tal vez su padre tenga razón al decir que llevan enamorados desde niños sin siquiera saberlo.

—Si nuestra teoría es cierta… —insiste Oli.

—Mi teoría —le corrige Gaia.

—Nuestra teoría, te recuerdo que fui yo quién lo sugirió mientras leíamos *La Luna de Plata* —responde Oli con una sonrisa tímida.

¡Caray! La indomable Gaia no le replica, ¿a ver si este chico va a ser justo lo que necesita para calmarse un poco?

—Espera, jovencito, ¿has leído todos los libros que escribió Elena y no has sido capaz de leer los de tu madre? —Gina parece realmente ofendida.

—Mamá, es que lo que tú escribes…. —Oli no sabe por dónde seguir la conversación. Su padre le advierte con la mirada de que no va por el camino correcto—. La verdad es que me incomoda enormemente pensar que tú has escrito esas cochinadas…

—Y yo que pensaba que tenía un hijo más moderno...

Haciendo honor a su nombre, Gina se levanta para recargar su copa con *gin tonic*.

Para entender por qué Gina dejó su vida de phoenixbonder para convertirse en una reconocida escritora de novelas eróticas habría que retroceder varios años atrás, a esa noche que lo cambió todo…

—¿Y bien, mamá? —retoma Gala, libro en mano—. ¿Algo que decir en tu defensa o vas a reconocer que te hemos pillado?

—No diré una palabra si no es en presencia de mi abogado.

—¡Denegado! —responde una Gala demasiado metida en el papel—. Todo está ocurriendo tal cual sale en tu novela. Apuesto a que, si abro el libro por el capítulo veintisiete, nos hablarás del cumpleaños de Gaia, el siete de mayo de 2025. ¿Me equivoco? Le cambiaste el nombre a los personajes, pero no me cabe duda de que ese día ocurrió tal y como lo cuentas aquí, y el bebé de dos años es mi hermana.

—¿Pero cuántas veces lo habéis leído?

—¡Bingo! —Gala lo abre y se lo muestra a todo el mundo con orgullo antes de leer unas líneas—. «*Habían pasado dos años desde que esa mocosa se había convertido en todo mi mundo. Dos años de noches sin dormir, preocupaciones constantes, tediosas sesiones de dibujos animados y fiestas infantiles los fines de semana. Dos años sintiendo el amor más grande y puro que nadie pudiera experimentar jamás; de orgullo por cada pequeño logro, de levantarme cada día con una razón para querer hacer de este mundo un lugar mejor para cuando ella lo heredase*».

—¡Ja, lo sabíamos! —se enorgullece Gaia.

—En ese caso, será mejor que regresemos la música y la paremos aquí, porque ya conocéis el final de la historia… ¿Para qué seguir perdiendo el tiempo? —A mi marido le encanta provocar a los adolescentes, y prueba de que lo consigue es el «*¡No!*» que exclaman todos al unísono.

—Voy a por otra jarra de sangría y seguimos. ¿Alguien quiere? —ofrece Jack, a quien le basta una mirada de su padre para entender que esa no es una buena idea.

He perdido la cuenta de cuantas veces le he visto rellenar su vaso, pero sí sé que está bastante perjudicado, lo que ha influido en la trifulca que ha tenido con Oli.

—Aunque estoy segura de que mi…, nuestra teoría es cierta —se corrige Gaia, mirando con complicidad a Oliver—, prefiero que seas tú quien nos cuente esta historia con todos los detalles que omitiste en la versión comercial, mamá.

No me pasa inadvertido que Oli ha aprovechado para sentarse con ella en el sofá, los dos solos, con esa tensión sexual no resuelta que se hace tan evidente a ojos de todos…, menos a los de ellos.

—¿Queréis la versión para todos los públicos o la pornográfica? —pregunto solo para incomodarlos.

—Mamá, que hemos leído la novela… —recuerda Gala con una sonrisita—. Ya no tienes secretos para nosotros, y sabemos de sobra que, esa noche…, no pasó nada de nada.

7 de mayo de 2025 — Union City, NJ

Habían pasado dos años desde que esa mocosa se había convertido en todo mi mundo. Dos años de noches sin dormir, preocupaciones constantes, tediosas sesiones de dibujos animados y fiestas infantiles los fines de semana. Dos años sintiendo el amor más grande y puro que nadie pudiera experimentar jamás; de orgullo por cada pequeño logro, de levantarme cada día con una razón para querer hacer de este mundo un lugar mejor para cuando ella lo heredase.

Mientras Gaia soplaba las velas sobre un *cupcake* en el desayuno, ansiosa por abrir los regalos que familiares y amigos le habían hecho, yo me puse un poca ñoña. Porque ese cumpleaños no iba a ser como yo lo había planeado, con una merienda con mis amigos y sus hijos correteando por el jardín… El plan tendría que esperar hasta la próxima semana porque Ethan y su novia secuestrarían en breve a la niña para llevarla a su otra fiesta de cumpleaños —en la que yo no pintaba nada— en casa de sus amigos Fer y Paulina. La idea me generaba cierta desconfianza, pues, aunque Fer era el gran amigo de Ethan, no podía obviar que aún trabajaba en SilverMoon.

La oleada de festivales y eventos de la ciudad me dio la excusa que necesitaba para no tener que verlo en varios días. Sio me debía unas cuantas por todas aquellas veces que me había quedado en casa de canguro mientras ella disfrutaba de su soltería, con lo que no tuvo problema en ser quien lidiara con Ethan y Ava cuando venían a casa a buscar a la niña.

Tampoco es que él se hubiera molestado en comunicarse conmigo, a excepción de cuatro mensajes para preguntar cosas concretas a los que yo respondía de forma precisa y sin gracia.

Sé que otra de las tareas que lo mantuvo ocupado fue empaquetar sus pertenencias y enviarlas a Londres, pues ya tenía comprador para el apartamento que tan gustosamente yo le había destrozado.

Ava había sabido mantenerse entretenida en eventos sociales, que después posteaba en las redes. Aún no la conocía en persona, pero la seguía en el ciberespacio por morbosa curiosidad.

Con el cambio de planes, ninguno de los dos volvió a pronunciar una palabra sobre esa cena que nos prometimos, aunque sí organizamos una comida con Lalo y Siobhan, ya que iban a ser los testigos en el juzgado.

Así que mi plan el día del cumpleaños de mi hija era no ver a mi hija. Saldría a tomar un *brunch* con Siobhan y Karishma y, por la noche, tenía una cita romántica, aprovechando que Gaia dormiría con su padre. Para el primer plan me había puesto un vestido corto boho veraniego y unas botas camperas, dejando que la brisa primaveral me secara los rizos.

Esta vez me aseguré de ser yo quien abriera la puerta cuando Ethan y Ava vinieron a buscar a Gaia, seguida muy de cerca por una Sio maruja, que estaba muerta de expectación. Conocer a Ava no podía ser peor que aquel encontronazo con Wendy en mi cocina, cuando Ethan y yo manteníamos un romance a escondidas.

Ethan se presentó en mi puerta con una camisa informal negra, vaqueros rotos y varias pulseras de cuero en la muñeca. Parecía una maldita estrella de rock. Gaia se echó a correr donde él y este la elevó en el aire, permitiéndome a mí recobrar la cordura para fijarme en ELLA.

Su novia era un bonito saco de huesos adornado con unos pantalones rosas de campana, con aperturas a la altura de las caderas, mostrando un cuerpo tonificado y bronceado, decorado con una cadenita alrededor de su cintura. Llevaba una americana del mismo color y un *croc top* asimétrico negro —que dejaba al aire un vientre plano—, y unos zapatos con unos tacones altísimos, como si no le doliera llevarlos. Tenía el pelo negro y sedoso, la piel tersa y sin un signo de expresión —¿acaso sonreía?—, y unos bonitos labios carnosos que incitaban a querer

besar. Y sus uñas…, perfectas, con una manicura francesa de gel, y tan largas que, si las alzaba al cielo, podría rayar el sol, como en esa vieja canción de Maná.

Y por un instante, me sentí celosa de su juventud, algo que tantas horas de gimnasio y cremas hidratantes no me iban a devolver jamás. No ayudó el hecho de que ese modelito lo hubiera llevado yo, en una versión más modesta, en mis tiempos de instituto… hacía la friolera de veinte años.

—Deja de mirarla así o la vas a disolver —me susurró Sio, que no perdía un detalle de tan incómodo encuentro.

—Ya que no nos presentan, soy Elena —saludé, rebosando simpatía y falsedad—. Encantada, he oído hablar mucho de ti.

—El gusto es mío.

¡Ostras! ¿Había dicho *gusto* o *disgusto*? Ava no se esforzó por esbozar una sonrisa y se apartó incómoda cuando me acerqué, rechazando los dos besos que le ofrecí para darme la mano en su lugar. Me diseccionó con la mirada, de arriba abajo y, por la mueca que dibujó en su bello rostro, sé que no pasé su filtro, aunque no estaba muy segura de en qué categorías se me juzgaba.

Revisé rápidamente mi vestimenta: aprobado raspado, aunque al menos no había rastros de comida ni pintura infantil por ningún lado.

—Perdona, nunca me acuerdo de que a los ingleses no os gusta el contacto físico —me disculpé.

—No lo veo necesario.

Y, sin embargo, aparecía en su canal repartiendo besos y sonrisas a sus miles de fans. Muy lógico todo.

De verdad que quería llevarme bien con ella y probarle al mundo —y a mí misma— que es posible la amistad con la pareja de tu ex, pero es que la moza me lo estaba poniendo francamente difícil…

Era tanta la tirantez que reinaba en el ambiente, que estaba deseando que cogieran a mi hija y salieran los tres por la puerta para no tener que seguir fingiendo que estaba cómoda con esa situación.

—Hola, Elena, ¿qué onda? —Esta vez fue Ethan quien se acercó a darme dos besos. A pesar de que ese era mi nombre, aún se me hacía raro cuando él lo usaba—. Pensé que te vería estos días, pero me dijo Sio que tenías mucho trabajo.

—Ya sabes que la ciudad se llena de eventos en estas fechas. Tengo un montón de reportajes que preparar y el cuatro de julio está a la vuelta de la esquina.

—Lo recuerdo. He traído un regalo a la niña, ¿puedo dárselo?

—Mientras no sea una muñeca… No quiero que mi hija se críe pensando que su misión en esta vida es traer niños a este mundo.

—Mmm…, ¿en qué estaría yo pensando al querer regalarle una muñeca a mi hija? Debería haberle comprado una pistola para que vaya aprendiendo el negocio familiar.

—No me hace gracia, Ethan Adrián…

—Es solo un juguete educativo y sí, también hay una muñeca, pero es de Guatemala y perteneció a mi mamá. Unisex, no mea y no llora, solo velará por sus sueños. ¿Contenta, Alba Elena?

—Muchísimo. Me encanta la idea —respondí con sarcasmo—. Ten cuidado en la fiesta, anda…

—Tranquila, nada de alcohol ni strippers.

—¡Hablo en serio! Gaia está en esa edad en la que necesita tocarlo y probarlo todo, y hay que

estar con mil ojos sobre ella.

—Estará jugando con los hijos de Fer y Pau, no te preocupes…

—¿Estará segura en esa casa, teniendo en cuenta que Fer es un espía? —Ethan me miró atónito con la pregunta.

—Es hija de dos agentes, descendiente directa de lunaplatenses y vive con la abogada que está llevando el caso. ¿Me lo estás preguntando en serio?

Había algo en sus sarcasmos que me ponía muchísimo. Estaba rematadamente mal de la cabeza.

Nos volvimos al oír la escandalosa risa de Ava desde la puerta. Pues sí que sabía sonreír la chica, sí… Estaba haciendo un directo en Instagram y contando lo maravillosas que estaban siendo sus vacaciones en la gran ciudad. Al parecer, una firma la había contratado para que promocionase sus prendas deportivas.

—He oído que Malindra está buscando representantes para Glamletics… No sería la primera de tus novias que se pasa al lado oscuro —le provoqué.

Por su gesto, sé que a Ethan no le hizo ninguna gracia mi comentario.

—Malindra ya se lo ha pedido. Gina tuvo que mover hilos para que otra marca deportiva le ofreciera un contrato mejor a cambio de su exclusividad por dos años. —Bajó la mirada un instante y volvió a subirla para clavarla en la mía, de ese modo que siempre conseguía derretir el hielo que recubría mi corazón. Esa mirada era un mal augurio—. Te… ¿te apetece venir a la fiesta?

—¿Te refieres a… con vosotros dos?

—Bueno, eres su mamá… Me siento mal quitándotela el día de su cumpleaños. Podrías pasarte con Sio y Karishma.

—Ya, pero…, soy tu exmujer y vas a ir con tu novia. Es un poco… raro. Quizá en unos meses todo se vuelva normal y seamos amiguísimas, pero ahora mismo tengo que acostumbrarme a la situación. No te lo tomes a mal, es solo que… —Me devolvió un gesto despreocupado que mostraba cierto alivio con mi decisión—. Además, Siobhan y la niña estarán fuera esta noche y yo tengo una cita en uno de esos restaurantes pecaminosos a los que normalmente no puedo ir.

—Que te diviertas, entonces. Nos vemos mañana, ¿sí?

Necesitaba sentirme deseada, irresistible. Me puse una minifalda roja de polipiel con un top negro con transparencias —que dejaba entrever un sugerente sujetador de encaje—, zapatos negros de tacón, y labios rojos. Las braguitas… me las había olvidado en casa. Esperaba que Noah se lanzase sobre mí como un animal y me arrancara la ropa con los dientes, pero solo dijo un insípido «qué mona» y me dio un casto beso en los labios que me dejó fría.

Lo que también me dejó fría fue la elección de restaurante, Eleven Madison Park, uno de los mejores de la ciudad y, por ende, de los más caros. La cena nos iba a costar la renta que le pagaba a Sio en un mes, y el ambiente era tan pomposo que me sentía fuera de lugar con mi atuendo de *femme fatale*, que pedía a gritos que alguien me empotrara contra la puerta de los lavabos. Aunque era un camaleón que se adaptaba a todo, nunca me había sentido cómoda en ese

tipo de lugares. La comida, sin embargo, fue la experiencia más cercana a un orgasmo que tuve con Noah esa noche.

El vino no faltó en la mesa, al igual que las provocaciones, que no surgieron el efecto deseado. Cuando regresamos a mi casa, preparé la escena perfecta de seducción en mi sala de estar. Un par de copas de Malbec, Marvin Gaye en el hilo musical, un video de una chimenea crepitando en el televisor y mis zapatos a un lado del sofá, mientras yo me contoneaba sensual y algo achispada para él.

Noah reía y me seguía el rollo sin mucho énfasis, con lo que pasé al plan B, mucho más agresivo: sentarme a horcajadas sobre él. Cogí su mano y la llevé debajo de mi falda para que se diera cuenta de que no llevaba nada puesto. Mi novio pareció activarse y se apoderó de mi boca, acariciando mi culo desnudo con ambas manos. El ambiente empezó a caldearse. Los besos se convirtieron en gemidos, lo que me daba la señal que necesitaba para comenzar con las caricias más íntimas. Fue entonces cuando me di cuenta de que él llevaba un rato masturbándose. Eran muchas las veces que me había excitado viendo cómo mis anteriores amantes se complacían en mi presencia, pero esta vez era distinto... Porque no estaba haciéndolo para liberar el placer que le provocaba mi compañía, sino justo por lo contrario: porque necesitaba algo que lo estimulase, y yo no era suficiente.

Reconozco que me vine abajo al ver que aquello no se endurecía ni con sus manos, ni con las mías, ni con las húmedas caricias con las que intenté despertar a la bestia. Me detuve de golpe, sin saber muy bien cómo reaccionar ante su rechazo, y le miré expectante.

¿Debería haber seguido intentándolo? Porque en esos momentos me sentía como si le estuviera forzando a acostarse conmigo, como si le obligara a empalmarse cuando no le excitaba lo más mínimo.

¿Qué quedó de aquel jovenzuelo que me empotró contra el rancho de sus padres en una noche de lujuria?

—Lo siento, Elena, no tengo demasiada sensibilidad… No es por ti, solo estoy cansado. —Me regaló esa frasecita tan odiosa, palmeando el sofá para que me sentara a su lado.

—¿Seguro que es solo eso? Porque empiezo a pensar que el problema soy yo, que no te pongo nada…

—¡No digas bobadas! Tengo la novia más sexy del mundo. Es solo que… —Se recostó en el sofá mirando al techo—. El trabajo me tiene tan absorto que mi apetito sexual es inexistente. Mañana tengo programada una operación de emergencia a un Chihuahua que tiene un tumor en el hígado. En la última intervención que hice de ese estilo, el pobre no aguantó el postoperatorio. El sufrimiento de sus dueños, el dolor en sus rostros era…

—A riesgo de que creas que soy un ser horrible e insensible, ¿de verdad crees que es el mejor momento para hablar de esto?

—Lo siento, pero no puedo desconectar el día antes de una operación, y dudo mucho que pase nada ahí abajo esta noche…

—De acuerdo, si necesitas hablar de animales enfermos, estoy aquí para escucharte. Dame un minuto, voy a llenarme la copa…

En realidad, no quería más vino. Necesitabaa estar a solas en la cocina con mis pensamientos, que en esos momentos eran bastante autodestructivos. No sé por qué me estaba culpando cuando él ya me había dicho que estaba agobiado en el trabajo, pero eran demasiados meses sin disfrutar de la intimidad juntos y empezaba a desesperarme. Igual solo tenía que empezar a asumir que había parejas en las que el sexo era una montaña rusa, y otras en las que era algo secundario. El único problema era que yo en Noah tampoco terminaba de encontrar ese *algo* que necesitaba en

mi vida.

Mi mirada se perdió a través de la ventana mientras me preguntaba qué estaba haciendo mal para que mi novio no quisiera echarme un maldito polvo. Me sentía patética por mis continuos intentos de seducirle.

Regresé de nuevo al sofá con él y fingí que no me había chafado la noche. Supongo que el vino tuvo algo que ver en que mis emociones estuvieran a flor de piel. Me acurruqué a su lado para escucharle hablar de todos esos animalitos que habían emprendido el camino hacia el cielo. Un timbrazo repentino me hizo darme cuenta de que me estaba quedando dormida.

—¿No dijiste que hoy se quedaban a la niña? —Noah dio por hecho que, a esas horas, solo podía tratarse de Ethan y Ava.

Y no falló, cuando abrí la puerta, aún con mi copa de vino sin beber en la mano, me encontré a Ethan hablando con su novia y a Gaia durmiendo plácidamente en su carrito.

—Pensaba que esta noche te la quedabas tú…

—Gaia tuvo una pataleta y buscaba a su mamá. No quería forzarla a venir con nosotros. Al final, se ha quedado dormida con el traqueteo del metro —explicó—. ¿Puedo pasar o me vas a tener en la puerta a contarte toda la historia?

—Sí, claro, pasa…

Me hice a un lado y dejé que metiera el carrito en el recibidor. Ava se quedó en la puerta haciendo una videollamada con alguien que estaba en algún lugar soleado. La vida de esa chica me daba mucha pereza.

Pensé que Ethan me daría a la niña y regresaría con ella, pero se quedó allí plantado, en mi *hall*, observándome y alternando la vista de mis piernas desnudas a las transparencias de mi top de un modo un tanto pervertido que, sin embargo, a mí me excitó muchísimo. Noah nunca me miraba de esa forma que tanto me encendía.

—¿Te ha dado mucha guerra la enana? —pregunté.

—¡Qué dices! Es adorable. Y se ríe con todo el mundo. Estaban todos enamoraditos con ella. Aunque sospecho que va a darnos más de un quebradero de cabeza, ¡menudo carácter tiene la mocosa! Me pregunto a quién habrá salido…

—Lo bueno es que tú ya tienes experiencia… —le provoqué—. ¡Tu novia! Cuando Ava salga de la adolescencia, Gaia estará entrando.

—Qué chistosa estás tú hoy, ¿no?

—Con lo que te reíste de cierto amigo australiano por haber salido con la *influencer* Leah Madison, y mira tú por dónde… digno discípulo.

—¿No fue ese mismo amigo quien dejó a la *influencer* para volver con su ex española?

Me guiñó un ojo que me hizo ruborizarme. Tener como ex a un tipo que le gustaba tanto flirtear era la peor de las maldiciones.

—¿Queréis pasar a tomar algo?

—No creo que sea buena idea. Y el simple hecho de que me lo propongas es perturbador.

—Tú me has propuesto hoy ir a esa fiesta con vosotros.

—Estaba siendo educado, pero tenía la esperanza de que me dijeras que no.

No supe cómo tomarme eso. Sentí como si alguien me hubiera golpeado con fuerza en la boca del estómago. Era la segunda vez que un hombre me rechazaba esa noche.

—La próxima vez que no quieras que me una a un plan, deberías ser más claro. Podría haberte dicho que sí…

—Solo comprobaba si estábamos en la misma página, y ahora no sé ni qué pensar… Ni siquiera sé si estamos en el mismo libro.

—Te diría que hoy estás muy raro, pero eres tan impredecible, que ya no sé cuál de tus seiscientas personalidades es la original.

—¿De verdad quieres que Ava y yo entremos a tomar una copa?

—Solo estoy intentando hacer las cosas más fáciles para todos.

—¿Sí? Pues yo siento justo lo contrario, que las estás liando un chingo. ¿Sigue en pie lo del viernes?

—¿Lo del registro? —dudé sorprendida—. ¡Pues claro!

—No, lo otro… La cena… Los dos solos.

No entendía nada. Ni entendía por qué su mirada se posaba de ese modo sobre mis labios, como si quisiera…

—Pues no, Ethan, ¡claro que no sigue en pie! Me pediste que cenara contigo hace tres semanas y lo último que supe de ti fue que venías con tu novia, y no hemos vuelto a hablar del tema.

—¡Porque tú me pediste que dejara de llamarte! Pensé que era lo mejor para todos.

—¡Pues no pienses tanto! Que sepas que habría aceptado tu oferta si hubieras venido solo. Dadas las circunstancias, podemos cenar los cuatro si quieres, pero sé que vas a decirme que no es un planazo.

—Es una idea horrible, pero es mejor que nada. No sé si quiero saber qué tal te ha caído Ava…

—No, no quieres saberlo. —Oculté mi sonrisa tras mi copa de vino, pero él me pellizcó la cintura con una familiaridad que no sabía cuándo habíamos recuperado. Me retorcí bajo sus dedos, dando un paso atrás. Ethan estaba peligrosamente cerca de mí—. Está bien, está bien… Creo que es muy guapa.

—¿Y?

—Y… creo que como sigas bajando la edad de tus novias, vas a poder intercambiártelas con tu hijo. A esta casi le doblas la edad.

—Espera…, ¿qué edad dices que tiene tu vaquero? ¿Ya le has pedido permiso a sus padres para desvirgarlo?

Le regalé una expresión misteriosa que escondía mi insatisfacción sexual. No era algo que quisiera discutir con él.

—Me gustan jóvenes, así me duran más.

—¿Tenías alguna queja con mi… duración?

—Mis quejas contigo expiraron el día en que me pediste el divorcio.

—¡Uh! No me digas que estás celosa…

—Ese ego que tienes un día te va a matar.

—Creía que era inseguro, ¿en qué quedamos, güera?

¿En qué momento se había acercado tanto a mí que me había arrinconado contra el espejo? Sentía el calor voluptuoso que emanaba su cuerpo cerca del mío, y lamenté que la piel tuviera memoria. Porque ardía de imaginarme sus caricias, su olor. Mi boca había comenzado a salivar al recordar el sabor de sus besos. Mis zonas más sensibles se humedecieron al sentir su mirada sobre mi cuerpo, devorándome en silencio. Daba igual lo mucho que le odiara, había algo en Ethan que provocaba una reacción química instantánea en mi organismo, despertando algo salvaje y primitivo.

—Pero ¿qué ven mis ojos? ¿Te has hecho otro tatuaje, güera?

Ethan me levantó el brazo por encima de la cabeza para poder ver el dibujo que tenía en un lateral, justo debajo del sujetador. Parecía haber olvidado los modales. Le aparté de un manotazo,

sin demasiado énfasis.

—¿Quieres hacer el favor de estarte quieto?

—¡No manches! Déjame verlo.

Volvió a elevar mi brazo, aunque esta vez lo posó sobre su hombro para que no le molestara mientras examinaba con detenimiento una zona tan privada de mi cuerpo. Mis dedos rozaban su cuello con delicadeza; los suyos, me hacían estremecer en su recorrido por mi piel casi desnuda.

—¿Has terminado ya de meterme mano?

—Aún no. ¿Qué significa? Es… raro.

—No voy a decírtelo.

—¿Por qué?

Mi piel reaccionó de nuevo cuando le sentí acariciando la tinta que decoraba mi cuerpo.

—Porque es privado.

—Pinche aburrida. ¡Dímelo, ándale!

—No puedo. Además, para que realmente entendieras lo que significa, tendría que quitarme la ropa.

—¿Quieres hacerlo aquí o vamos a un sitio más privado?

Le pegué un manotazo sin poder evitar la sonrisa que escapó de mis labios, obligándole a apartarse de mi piel tatuada. Su sonrisa volvió a deslumbrarme, haciendo que mi corazón latiera con fuerza y mis ojos se llenaran de unas chispas que no supe apagar.

Que dejase el tema no implicaba que fuera a alejarse de mí. Ahora que no tenía tatuaje con el que entretenerse, pareció encontrar mis labios igual de apetecibles. Su dedo índice se paseaba por ellos sin permiso, como un guerrero explorando nuevas tierras. Las ganas de besarlo se acentuaron hasta hacerse insoportables. Notaba los pechos duros y sensibles bajo el encaje que me arañaba.

—Antes no te pintabas los labios —susurró tan cerca de ellos que se sintió como una caricia.

—Recuerdo que no te gustaba.

—Alteraba el sabor de tus besos. —Quise decirle que mis besos sabían incluso mejor con ese brillo melocotón, pero me contuve. Su mano acarició mi mejilla, deslizándose suavemente hasta mi cuello, alterando mis hormonas—. ¿Qué te ocurre? Te noto algo triste.

—Solo estoy cansada.

Me aparté un poco. Él negó con la cabeza, incapaz de creerme.

—Se trata de mí, te conozco bien, ¿recuerdas? Un matrimonio, tres confinamientos… Hemos vivido demasiado juntos para que me sueltes ese rollo.

Dudé un instante antes de responderle. Sabía que tenía que medir mis palabras cuando se trataba de él, pero estaba harta de jugar a que todo estaba bien. Harta de fingir que no me dolía saber que él compartiría su cama con alguien más esa noche.

Harta de renunciar a las emociones que Noah no me hacía sentir.

—¿La verdad? No sé si algún día llegaré a acostumbrarme a esta situación que tenemos. Lo estoy haciendo por ti y por Gaia, pero…

—La odio, pero supongo que no hay más opciones…, ¿no?

—Ahora mismo no se me ocurren demasiadas.

—Pues dale una vueltita, anda. —Dio un paso atrás para recomponerse, llevándose la mano a la nuca con nerviosismo. Su camisa se arremolinaba a la altura del codo, dejando entrever esos tatuajes que tantas veces había recorrido a besos—. No te entretengo más, no quiero que le hagas esperar. Estás arrebatadora, sin zapatos, copa en la mano… Está claro que he interrumpido algo.

—¿Acabas de decir que estoy… arrebatadora?

—Perdona, no debería... Pero te veo así, con ese top transparente, el pelo alborotado y… es imposible no recordar… ciertas cosas. —Sacudió la cabeza de un lado a otro, como si estuviera aturdido o acalorado. Sus labios entreabiertos avivaron mi deseo. Deseaba morderlos más que nada en este mundo—. Disculpa, no sé qué me pasa… Creo que las *chelas* me fundieron los plomos.

Y esa mirada… No podía evitar pensar en cómo habíamos acabado todas las veces que me había mirado así antes.

¿De verdad tenía que renunciar a sentirme así de nuevo con alguien?

—¿Crees que aún soy sexy?

No sé por qué mis labios lanzaron esa pregunta sin mi permiso. Él levantó la cabeza y me sonrió de ese modo que acentuaba los hoyuelos de sus mejillas, acercándose a mí para susurrarme al oído:

—Por respeto al güey ese con el que sales, me voy a guardar lo que estoy pensando. Solo te diré que llevas mucha menos ropa…

Una risita nerviosa se escapó de mis labios. Estaba convencida de que, si hubiera metido las manos en el interior de sus vaqueros, me habría llevado una grata sorpresa. Me moría de ganas por acariciarle íntimamente, comprobar si todo estaba tan duro y caliente como yo lo recordaba.

—No sé por qué pareces tan sorprendida, estoy segura de que tu chico te lo dice de continuo… —Esperaba una respuesta que yo no quería darle, porque eso solo complicaría más las cosas.

—Bueno, él… es poco dado a las demostraciones erótico-festivas desproporcionadas.

—¿Me lo puedes repetir en español internacional?

—No es tan evidente como tú —confesé, desafiándole con la mirada. Estaba tan excitada que no sabía mirarle de otro modo—. A veces lo echo de menos.

—Espera, ¿acabas de decir que…? —inquirió, con una mueca nerviosa—. ¿Qué demonios acabas de decir?

—Deberías irte, tu chica te está esperando en la puerta.

—No tires la piedra y escondas la mano, Elena. Odio que hagas eso.

—Tú eres el rey de ese juego.

Ni siquiera entendía a qué estábamos jugando. Solo sabía que era peligroso.

—Sigues odiándome, ¿verdad?

—Odio lo que hiciste, no te odio a ti. No podría… Creo que eres un juguete roto.

—Vaya, gracias por el piropo.

—No es tarde para remediarlo. ¿Has oído hablar de esa técnica japonesa en la que cogen jarrones rotos, los reparan y los convierten en algo más hermoso de lo que era inicialmente? Tal vez tú puedas hacer lo mismo y usar todo ese dolor y rencor para reconstruirte.

—Kintsugi, he oído hablar de ello, pero no soy un trozo de cerámica, y dudo que un poco de purpurina y unas flores vayan a repararme.

—Pues busca lo que tú necesites para repararte, igual se trata de paciencia y cariño…

¿Por qué me sonreía con la mirada, como siempre que tenía alguna idea loca en la cabeza que me involucraba? Era la sonrisa de los planes, de las noches sin dormir plagadas de estrellas. Ethan cogió mis manos, que colgaban a la altura de las caderas, y entrelazó sus dedos con los míos, acortando la distancia entre nosotros. Y yo, estúpida de mí, no le aparté. Había algo en su tacto que me reconfortaba y, al mismo tiempo, encendía todas las células de mi organismo que hacía años que estaban dormidas. El olor de su perfume me intoxicó las neuronas, evocándome recuerdos de su cuerpo moviéndose rítmicamente con el mío.

—Lo estoy haciendo lo mejor que puedo, güera. Solo necesito un poco más de tiempo... Paciencia y cariño, tú lo has dicho.

¿Me estaba pidiendo que…? ¿Qué me estaba pidiendo exactamente?

La susodicha le apremió desde la puerta para que volvieran a casa. Por suerte, ni ella ni Noah fueron testigos de cómo nuestras miradas se acariciaban en la oscuridad ni de cómo nuestros labios casi se rozan en ese abrazo de despedida. Nuestros cuerpos seguían encajando como dos piezas de un puzle imperfecto, se complementaban y se echaban en falta cuando estaban separados.

—Elena…, ¿me puedo llevar tus ligas?

¿Qué? El cerebro se me hizo serrín. ¿Cómo se había dado cuenta de que me había puesto medias de liguero? ¿Acaso quería llevárselas de recuerdo?

—¿Quieres mis… ligas?

—Para el cabello —corrigió con un carraspeo incómodo—. O sea, no para mí, Ava necesita una y a estas horas…

—¡Oh, sí! Claro, me estás pidiendo gomas para el pelo.

Me quité las dos gomas que tenía en la muñeca y se las di.

—Gracias. Buenas noches, Elena.

El beso en la comisura me pilló por sorpresa, y mis caderas se sintieron huérfanas cuando sus manos me soltaron. Ni siquiera me había dado cuenta de que se había apoyado en ellas.

Metí a la niña en la cama y, cuando regresé al salón, Noah ya estaba dormido en el sofá. Le acompañé a la habitación y esperé a que su respiración se relajara para empezar mi propia fiesta privada.

El sexo se había vuelto mejor en solitario porque me permitía darle rienda suelta a la imaginación. Encerrada en el cuarto de baño, me regalé las caricias que nadie me había dedicado esa noche, estimulando con fuerza mi clítoris, espoleada por el fuego de su mirada en mi piel. Me introduje dos dedos, sin dejar de acariciarme con la otra mano. Me dejé llevar por la imaginación, presa del deseo y la locura. Su voz me susurraba al oído, sus manos recorrían mi piel sensible, apresando mis pechos en ellas.

Y, después de alcanzar el orgasmo, cuando el mundo de fantasía comenzó a desvanecerse y me encontré sola y medio desnuda en el suelo del baño; después de que mi novio me rechazara, y de masturbarme pensando en un hombre que ya no me quería y a quien yo había creído ya olvidado, me sentí patética. ¿Por qué le había abierto de nuevo las puertas de mi vida, si sabía que no iba a ser capaz de manejarlo? ¿Por qué aún me faltaba el aire cuando me sonreía de ese modo?

Me hice un ovillo en el suelo y dejé que la confusión saliera a raudales, que me empapara de un agua mojada en recuerdos que, lejos de refrescarme, me ardía en la piel.

Había rehecho mi vida con Noah, se suponía que era feliz y le quería… igual no tanto como lo había querido a él, pero nuestra vida tampoco era tan complicada.

¿Por qué tenía ese sentimiento de pérdida entonces? ¿Por qué me sentía tan… vacía?

28

9 de mayo de 2025 — Tribunal de Familias de la Ciudad de Nueva York, Manhattan

—¿De verdad vas a ponerte esos vaqueros, que no te dejan ni respirar, para ir al Tribunal de Familias?

Sio me reprobaba con la mirada, mientras yo me cambiaba de ropa por enésima vez delante del espejo. Los había combinado con una elegante blusa de seda negra cruzada, zapatos de tacón y una cadena de oro blanco finita que se perdía por el generoso escote en uve.

—¿Demasiado informal?

—¡Demasiado sexy! No puedo dejar de mirarte el culo.

—¡Perfecto! Me da igual quien me mire el culo con tal de que alguien lo haga.

—¿Todavía no…? —Negué con la cabeza sin pronunciarme al respecto—. ¿Cuándo vas a hablar con Noah?

—¿Más? ¡Si es lo único que hacemos! Hablar, hablar y hablar. No sé cómo no se cansa de oír su propia voz. ¡Es desesperante!

—Bueno, eso es que está a gusto contigo sin necesidad de…

—Ya, pero yo sí tengo necesidad de… Y, cuando menciono el tema, prácticamente me acusa de ser ninfómana. Dice que ya no tenemos quince años para estar pensando todo el día en *eso* y que una relación adulta consiste en apoyarle cuando me habla de animales moribundos. ¡Te juro que consiguió que me sintiera un ser horrible! ¿De verdad crees que no le apoyo lo suficiente?

Sio torció el gesto con mi relato.

—Cada relación es un mundo, Elena. Lo que creo es que eres muy joven para renunciar al sexo. Si no te da lo que buscas…, ¡puerta!

—No renuncio exactamente… Más bien, no le invito a la fiesta.

—¡No me refería a eso! Aunque me queda claro que no es en él en quién piensas en tu soledad, ¿me equivoco?

La seriedad de su mirada me perturbó. No supe negarle de lo que fuera que me estaba acusando.

—No es mi primera opción cuando quiero ponerme cachonda, las cosas como son.

—¡Por todos los dioses, Elena! ¿Y cómo piensas solucionarlo?

—Pensé que unas vacaciones nos vendrían bien, pero estoy muy limitada con los días libres teniendo en cuenta que también tengo que visitar a mi familia y él no quiere venir a España conmigo. Y la idea de ir a uno de esos hoteles con encanto le resultó ofensiva, como si a él le hicieran falta artificios para empalmarse.

—No me refería a Noah... Me parece maravilloso que te masturbes pensando en tu ex, pero… ¿cómo vas a solucionarlo?

—¿Quién ha dicho que yo…?

—¡Corta el rollo! ¿Quieres? —me interrumpió—. Me preocupa que aún sigas teniendo sentimientos por Ethan.

—¿Te preocupa? —repetí incrédula.

—Me preocupa que no hagas nada al respecto.

—No hay nada que hacer, Sio. Lo de la otra noche fue un pequeño desliz producto de la falta

de sexo y las dos copas de vino que me tomé en la cena, mientras Noah me enumeraba todos los animales que se le habían muerto en consulta.

—¿De verdad eres capaz de mojarte con ese tío?

—¿Por qué crees que tengo más juguetes que Gaia? —Sio puso los ojos en blanco—. Me voy a vestir a la niña…

Ubicado en el número 60 de la calle Lafayette, el Tribunal de Familias era un edificio gris e insípido donde unas filas de diminutas ventanas eran lo único que contrastaba con los azulejos que recubrían la fachada.

Ethan y Lalo ya estaban allí, esperándonos junto a una de las columnas que había en el vestíbulo. Sonreí al ver que Lalo se había puesto camisa y pantalones chinos para la ocasión, pues jamás le había visto prescindir de sus vaqueros ni sus estridentes camisetas de manga corta.

Ethan estaba imponente, con camisa entallada azul marino, zapatos deportivos del mismo color y unos pantalones chinos beige, que le hacían un culo de infarto. Me había prometido calmar mi calenturienta mente, pero ¿cómo culparme? Ethan tenía el mejor trasero que había visto nunca.

Llevaba una cazadora de polipiel negra que hacía juego con la mía. Ni adrede.

Saludé a Lalo mientras Ethan se deshacía en carantoñas con su hija, que se volvía loca cada vez que lo veía.

Necesitaba echar un polvo con urgencia. Verle allí, con esos hoyitos que se dibujaban en los laterales de su boca cuando sonreía, y ese aroma cítrico y especiado que me aletargaba, traía de vuelta recuerdos que ya creía enterrados en el fondo de mi memoria. Esos abrazos, tan capaces de quitarle importancia a cualquier mal de este mundo como de empotrarme contra la ducha mientras el agua caía sobre nosotros. Esos labios que sabían bien cómo transportarme a una realidad paralela donde solo existíamos nosotros. Su habilidad para que llegara siempre tarde al trabajo cuando me sorprendía en la cocina…

Ya estaba sofocada y él ni había abierto aún la boca.

Todas ellas eran sensaciones que no volvería a experimentar jamás si seguía con Noah. Quizás tuviera razón y fuera una egoísta por limitarlo todo al contacto físico, pero para mí era algo importante. Ya tenía demasiados amigos con los que hablar hasta altas horas de la madrugada sin ningún deseo de quitarles la ropa. Y ese era precisamente el maldito problema: que a Ethan sí quería arrancársela, y me estaba desquiciando tenerlo tan cerca.

El rey de Roma se acercó a mí con la niña en brazos y me dio un beso en la mejilla, que me acaloró por lo osado de mis pensamientos. ¿Sería capaz de descifrarme cuando le miraba de ese modo?

—Estás rechula, güera.

Ya está, se me cayeron las bragas al suelo.

—Tú tampoco estás nada mal.

Me agarró de la cintura para estrecharme contra él y fundirnos en un rápido abrazo. Pude comprobar que él también se había pasado con el perfume. Temiendo que los nervios me

traicionaran y me hicieran sudar como un aspersor, me había echado todo lo que pillé por casa y oliera bien, ya fuera colonia infantil o ambientador. No sé en qué momento aquel encuentro había dejado de ser un acto oficial con el padre de mi hija para sentirse más como una cita… Una cita que iba a acabar compartiendo cama con Noah y mi última adquisición literaria. Planazo.

Siobhan no pudo evitar una mueca cómplice con Lalo mientras se ponían al día de sus cosas y, muy seguramente, cuchicheaban sobre nosotros. Sabía de sobra que nuestro culebrón era la comidilla de la agencia, aunque me traía sin cuidado.

—¡Elena, querida! ¡Yuhuuu! ¿Cómo tú por aquí?

Me giré al oír a la última persona del mundo a la que quería saludar: Lindsay Hoover. Era una de las mamás a las que había conocido en la guardería y estaba en pleno proceso de divorcio de un famoso jugador de beisbol al que le estaba sacando los cuartos. Dudo que alguna vez se hubieran querido, pero él le pagaba las operaciones de cirugía estética y mantenía su alto tren de vida, y ella le complacía dentro y fuera de la cama. Un pacto que a los dos les había cuadrado hasta que él se fue con otra más joven. Y lo peor es que no podía culparle: a mí tampoco me gustaba Lindsay.

Se acercó a mí en compañía de su hija mayor y una mujer que tenía pinta de ser su hermana, pues, a pesar de los retoques que ambas tenían en la cara, aún mantenían cierto parecido.

—¿Cómo estás, Lin? —saludé por cortesía.

—Aquí, recargando fuerzas para enfrentarme a mi ex. Hoy tenemos el quinto juicio. ¡Te juro que estoy harta de tener que pelear tan duro por lo que me corresponde! Menos mal que he traído refuerzos… —Levantó una taza de café isotérmica, encogiéndose con una sonrisita—. Tiene un chorrito de licor. ¿Y tú…? —No pude obviar el modo en el que las dos miraron a Ethan, con una mezcla de curiosidad de maruja mala y deseo contenido. A lo último ya estaba acostumbrada porque era el efecto que causaba en todas las mujeres—. Tú…, tú no eres Noah.

—Buena observación —respondió el aludido, tendiéndole la mano y metiéndosela en el bolsillo con su buen porte—. Soy Ethan, el padre de Gaia.

Lindsay no disimuló su sorpresa.

—Lin, la mamá de Oscar. Nuestros hijos van juntos a la guardería. —Le guiñó un ojo—. *El padre de Gaia*. Eso lo explica todo… Sabía que me sonabas de algo.

—Lo dudo. Vivo en Londres —la contradijo.

—¡Imposible! Yo nunca olvidaría un rostro tan atractivo como el tuyo.

Lo que más me perturbó no fue que coqueteara descaradamente con él en mi presencia, sino su obstinación con que le había visto antes, porque eso solo podría significar una cosa…

—Te habré confundido con alguien —se retractó Lindsay—. Es un placer conocerte, querido. No sabíamos que Gaia tuviera un padre…, ni que fuera tan carismático.

—¿No? —Me encantaba cuando Ethan usaba ese tono, porque podía adelantar que había calado a esa harpía al instante—. Siento haberos arruinado la hipótesis de la Virgen María, pero Gaia fue engendrada al método tradicional: Elena, yo, mucha tensión sexual… Una cama o, tal vez, fue una pared, una ducha o un coche…

—Creo que ya lo han pillado —repliqué entre dientes. Las dos mujeres estaban mirándole embobadas, como si fueran un dibujito animado al que le salían corazones por los ojos—. Tenemos que irnos Lindsay, que vaya bien el divorcio.

En las últimas semanas habíamos discutido varias veces cuales serían los nuevos apellidos que llevaría Gaia —ante la reticencia de ambos porque se convirtiera en una Duarte—, aunque ese apellido creara algún vínculo legal con ese hermano al que aún no conocía. Fue Ethan quien dio con la clave: uniríamos nuestros apellidos para que no se perdiera ninguno, aunque eso condenara a nuestra hija a tener un nombre más largo que el de una infanta. Y así, Gaia pasó a ser Fernández-Duarte McGowan-Soler, una decisión que mi hija me hubiera reprochado de adulta si no fuera porque, años después, adoptó el apellido de Eidan.

Estábamos firmando los papeles finales para reconocerle como padre y tutor legal de Gaia cuando el notario hizo aquel desafortunado comentario que lo propició todo.

—Tiene que firmar aquí y aquí, señora Duarte.

—Señorita Fernández —le corregí sin apenas mirarle—. Nunca renuncié a mi apellido de soltera y, en cualquier caso, ahora estoy felizmente divorciada.

—Separada, tal vez… Divorciada, créame que no.

—Desde el 2022 —reiteré con soberbia—. Lo tramitamos en Londres, así que, igual todavía no se ha actualizado en el sistema estadounidense...

—Elena, es cierto que no es automático —intervino Sio—, pero de ahí a tardar tres años…

No sé qué tienen los abogados que cuesta entenderlos tanto cuando hablan. Y a mí me estaba costando procesar lo que mi compañera y el notario me estaban intentando decir, porque, lo que yo estaba traduciendo, no tenía ningún sentido lógico. Al igual que no tuvo lógica que Ethan mantuviera el silencio. ¿Acaso no pensaba contradecir al tipo?

—¿A qué esperas para decir algo? ¿Un redoble de tambores? —apremié—. Fuiste tú quién gestionó el divorcio, tendrás alguna copia de los papeles para aclararlo, ¿no?

—Seguro que es un error, güera, ya lo solucionaremos —replicó con una calma que yo sabía era fingida. Odiaba conocerle tan bien, porque ese gesto encendió todas mis alarmas.

—No, no creo que haya ningún error —insistió el notario—. No sé quien os gestionó el divorcio, pero os recomendaría que cambiarais de abogado. En vuestros perfiles aparecéis aún como casados. Quizá os faltara algún papel o los entregaríais fuera de plazo y se anuló el proceso… ¿Firmasteis el acta de divorcio ante un notario?

Mi mano seguía sosteniendo el boli en el aire y mi mirada la de Ethan, que me evitaba con cualquier excusa.

—Dame el boli, que ya voy firmando yo en lo que te decides —respondió de malas maneras, arrebatándome el boli.

—¡No entiendo nada! —Sio ojeaba los papeles que Ethan había entregado para el trámite—. ¡No estáis divorciados! ¿Quién os gestionó esta chapuza? ¿Es que no hicisteis un seguimiento del proceso?

—¡Pues no, Sio, no hice un maldito seguimiento! —repliqué alterada—. ¿Tú de verdad crees que yo estaba en ese momento para preocuparme por estas cosas? ¡Ni siquiera quería divorciarme! Me limité a firmar lo que mi marido me envió.

Mi mirada invitaba a Ethan a redactar testamento. Porque podía refugiarse en leer esos papeles lentamente si quería antes de firmarlos, pero, antes o después, iba a tener que enfrentarse a mí.

—Pero digo yo que irías al juzgado a firmar —insistió mi amiga. Yo negué con la cabeza.

—¡Yo qué sabía! ¡No me había divorciado antes!

—¡Pues es igual que una boda, pero a la inversa! —Siobhan soltó los papeles sin dar crédito

—. Enhorabuena, chicos: en unas semanas celebráis vuestras Bodas de Cuero.

—Eso es a los tres años de casados, ¿no? —intervino Lalo con una mueca chistosa en el rostro que no procedía.

No podía creerme que Ethan estuviera allí, leyendo los papeles con parsimonia como si la discusión no fuera con él.

—¿De verdad no piensas decir nada al respecto?

—Es tu turno de firmar —replicó, señalándome los huecos donde me correspondía poner mi rúbrica—. Platicamos más tarde, ¿sí?

¡Ya lo creo que íbamos a *platicar*! Igual incluso iba a necesitar los servicios de Sio como abogada criminalista después de *platicar* con él…

—Cariño, ¿eres consciente de que nunca firmamos separación de bienes? —Dado que él no pensaba pronunciarse, yo estaba lista a hacerlo por los dos—. Calculo que me corresponde al menos el 50% de los beneficios cuando vendas el piso de Brooklyn.

A pesar del silencio sepulcral que se habían autoimpuesto por miedo a echarle más leña al fuego, Siobhan y Lalo no pudieron contener la risa por lo absurdo de la situación. Hubiera matado por saber qué diantres se le estaba pasando por la cabeza a mi todavía MARIDO, quien solo me miró tras la amenaza de arruinarle, permaneciendo inalterable y sin modificar ni un ápice la expresión de calma congelada en su rostro.

Me estaba DESQUICIANDO.

—Lo hablamos en privado, ¿sí? Hay cosas que no entiendes.

—Mira, en eso te doy la razón: cuando se trata de ti, nunca entiendo una mierda. —No puedo describir con palabras todo lo que se me cruzó por la cabeza en esos momentos. Solo sé que tenía unas ganas terribles de tocarle la moral a mi MARIDO—. Oiga, ¿cuánto tiempo se tarda en gestionar un divorcio exprés? —le pregunté al notario—. Mi novio me ha pedido matrimonio y no contaba con este pequeño contratiempo…

Esta vez, Ethan no pudo mantener la pose mientras el tipo me explicaba nuestras opciones. ¿Era dolor lo que asomaba de sus ojos, ahora más grises que verdes?

—¿En serio te vas a casar con ese imbécil? ¿En tan poco tiempo?

—¿En serio no entregaste los papeles del divorcio? ¿En todo este tiempo?

—Firma y ahora platicamos en privado.

Odiaba ese tono autoritario, como si se creyera con derecho a darme órdenes, igual que odiaba que saliera de la sala sin darle explicaciones a nadie, mientras yo fingía leer los papeles en silencio. De fondo, Siobhan y Lalo buscaban temas triviales de conversación y aguardaban su turno para firmar como testigos. No me quedé a ver cómo lo hacían. Necesitaba encontrar a Ethan.

Tras recorrer el pasillo, los baños y varios tramos de escaleras, me lo encontré sentado en un banco de Collect Pond Park, con la mirada perdida en el estanque y una expresión rabiosa que no se molestó en contener al verme aparecer.

—Tenemos que hablar. Ahora —ordené, poniendo los brazos en jarras.

Ethan se giró al escucharme y me hizo un gesto para que me sentara a su lado. Estaba claro que a él la noticia no le había pillado tan de sorpresa como a mí.

—¿Qué demonios está pasando, Ethan? ¡Fuiste tú quien solicitó el divorcio! ¡Yo firmé los malditos papeles y se los envié de vuelta a tu abogado!

—¡Yo qué sé, Elena! Estaba furioso contigo y pensé que era la mejor opción; pero, cuando mi abogado me los entregó ya firmados, todo se volvió demasiado real y… no pude, ¿vale? No pude. —Su mirada suponía un enigma para mí, como todo en ese maldito hombre—. Era como

perderte definitivamente, sin ninguna posibilidad para nosotros.

—¡Tú ya me habías perdido, Ethan! ¡Tú elegiste perderme! —repliqué furiosa—. Te recuerdo que yo intenté arreglarlo. Te llamé, te escribí… y tú me bloqueaste de tu vida, ¡joder!

—¡Ya lo sé! No hace falta que me lo recuerdes de continuo.

—¡Has tenido dos putos años para entregar esos papeles o, en su defecto, contarme que le habías puesto tres puntos suspensivos a nuestra separación!

—¡Es que nunca imaginé que tú fueras a borrarle dos! —exclamó, elevando también la voz para ponerse a mi nivel—. No pensé que fueses a rendirte tan pronto.

—¿Que yo qué? —le grité. Me levanté y comencé a dar vueltas, tratando de tranquilizarme—. ¡No puedes estar hablando en serio! Te di lo que tú querías. ¡Te dejé libre para escoger!

—Esto no es lo que yo quería, Elena, ¡ni de lejos! Pero no tuve más opción que aceptarlo.

—¿Cómo que no es lo que tú querías? ¡Esto fue decisión tuya! ¡Tú nos buscaste un abogado! No comprendo por qué no seguiste adelante con el proceso. ¡Es que no tiene ningún sentido!

—Solo quería tener un vínculo contigo al que aferrarme cuando cambiaran las cosas. Jamás pensé que, dos años después, seguiríamos en este punto… Ni que estarías lista para casarte de nuevo.

—¡Es que eso no es problema tuyo! ¡No tenías ningún derecho a hacerme esto! ¿No te das cuenta de que tu decisión me afecta también a mí?

—¿De verdad quieres usar ese argumento? —Sus ojos verdes asemejaron una selva en llamas —. ¡Mira dónde estamos hoy, por Dios! ¡Tuviste una hija sin consultármelo! Y no digo que no la quiera, porque estoy loco por ella, solo que, si llamamos a las cosas por su nombre, eres tú quien nos está obligando a estar atados de por vida, y tú tampoco tenías ningún derecho a hacerlo.

—¡Yo no te he pedido nada! Ni dinero, ni responsabilidades, ni que te ates a mí de ningún modo. Lo de venir aquí hoy ha sido idea tuya. Eres libre de hacer lo que te plazca al respecto.

—¿De veras? Porque no sé hasta qué punto soy realmente libre de elegir si, en el momento en el que negara a mi hija, me convertiría en un ser humano horrible.

—Si no quieres nada con ella, no te vamos a echar de menos. No estuviste durante sus primeros meses de vida, así que no va a suponer ninguna diferencia. Aunque podrías haberlo decidido antes de pagar un dineral en abogados. Como si coges un vuelo y no regresas nunca más. ¡Me das igual, Ethan!

—¡No estás entendiendo una mierda de lo que estoy diciendo!

—Igual es por esa famosa facilidad de palabra que tienes.

—¡Adoro a mi hija! Lo único que digo es que, te guste o no, la neta es que tú también me has obligado a tener un vínculo contigo de por vida.

—Vínculo que obviamente tú querías tener, ¡por eso aún seguimos casados!

—Dime una cosa: si tú no querías ese vínculo, ¿por qué le pones a TU hija el nombre de MI abuela, entonces? ¡Reconócelo, Elena: tú también querías ese pinche vínculo conmigo!

—Vale, somos dos gilipollas con un maldito vínculo de por vida. ¿Y ahora qué? —Estaba tan alterada, tan confundida con sus razones, que no me salían las palabras, aunque sí los gritos—. ¡Joder, Ethan! Te juro que sacas lo peor de mí.

—No seas dramática, que tiene fácil arreglo; al menos, la parte de seguir casados... Le pedimos al bufete de Siobhan que lo gestione y en tres meses podrás casarte con el imbécil ese.

—¿Tú de verdad crees que me han quedado ganas de repetir después de lo que viví contigo? —Sarcasmo a flor de piel y muchas ganas de hacerle daño. Al menos, había conseguido reducir el volumen—. Tampoco entiendo por qué has reaccionado de ese modo…, no es como si te afectase.

—¿Eso crees, que no me afecta? —Odiaba ese tono neutro, acompañando una expresión que tanto podría indicar que estaba dolido como la más absoluta indiferencia—. Te recuerdo que tenemos una hija en común a la que apenas veo. Me intento convencer de que es algo temporal, y que, a largo plazo, tu lugar está en España o en Londres; pero, si te casas con ese güey, no regresarás nunca a Europa. Y puede que esta vez fuera un chiste para provocarme, pero algún día pasará. Si no es él, será otro quien te ponga un pedrusco en el dedo. Y, ese día, créeme que no voy a alegrarme por ti, Elena; estaré dándole puñetazos a un saco de boxeo hasta que me sangren los nudillos.

Sus continuas contradicciones eran un enigma con el que pensé que nunca más tendría que volver a lidiar. Estaba librando una batalla que no comprendía y sin armas para defenderme.

—Puedes estar tranquilo por eso: me has quitado las ganas de volver a casarme. Desde el maldito día en que Gina te metió en mi piso, no has parado de joderme la vida.

—¿Cómo puedes decir eso? Yo solo tengo buenos recuerdos contigo. Tal vez por eso me agarré a ese clavo ardiendo, porque una parte de mí no estaba preparada para dejarte ir. Y puede que no fueras tú quién escribió ese maldito libro, pero te recuerdo que rompiste la promesa que me hiciste de no involucrarte. Parece que yo soy el malo en esta historia y tú la víctima, pero, de algún modo, tú también me fallaste.

—Pensaba que era un requisito para ser tu novia: estar metida hasta el cuello en La Luna de Plata —provoqué—. Además, tu madre me pidió ayuda.

—Y yo te pedí que no lo hicieras y, aun así, lo hiciste —reprochó calmado—. Si tú no hubieras metido las narices en Dornoch, no estaríamos en esta situación.

Sus palabras fueron un dardo envenenado directo a mi corazón, que comenzó a bombear con fuerza, a medio camino entre la sorpresa y la culpabilidad. ¿Se estaba refiriendo solo a nuestro «*divorcio*» o a… sus padres? Quise creer que no me estaba responsabilizando de algo tan horrible, pero una parte de mí se sentía de algún modo culpable y no pude evitar que mis ojos se empañaran de lágrimas.

El llanto fue a más, al igual que la frustración, la ansiedad y la rabia. Ese vacío en el pecho que no sabía cómo calmar. Le di la espalda para que no viera mi rostro aquejado de esa angustia tan profunda.

—¡Ey! —Ethan se acercó a mí, obligándome a quedar frente a él, pero le pegué un manotazo para que no me tocara—. No quería decir eso. Estoy un poco desquiciado ahora mismo.

—Si tienes toda la razón. Yo también tengo parte de culpa y… ¡Joder!

Me sorbí los mocos y me llevé las manos a los ojos. Debía de tener un aspecto horrible, pero las lágrimas me estaban ahogando. Ethan se saltó mis advertencias y me estrechó entre sus brazos. Esta vez, no solo no le aparté, sino que yo también me abracé a él. Necesitaba tenerle cerca, sentirme de nuevo en calma con el mundo y, por alguna extraña razón, él aún conseguía transmitirme esa falsa sensación de seguridad. Sus cálidos brazos eran un bálsamo que aliviaba cualquier dolor, incluso el que él mismo había ocasionado.

—Tranquila, cielo… No me gusta saber que estás llorando por mi culpa, ya te he causado bastante sufrimiento.

Mi cabeza se hundió en su pecho, él inhaló el olor de mi pelo y me besó en la frente. Afortunadamente, su camisa era lo suficientemente oscura para no mostrar los restos de rímel que le había dejado en ella. No sé qué me pasaba, yo no era de las que lloraban, pero esa situación me estaba desbordando. Siobhan tenía razón: no podía ser su amiga, no cuando aún seguía sintiendo tanto por él.

—Lamento haberte mentido. No debería haberte ocultado que estaba en el caso —comencé—.

Pero hay algo en mí que sabe que, si volviéramos atrás, haría lo mismo de nuevo. Tú no sabes lo que sentí en esa casa de Galicia, Ethan… Todas esas mujeres, los niños…

—Lo sé, lo sé… Ahora estamos en el mismo bando, ¿recuerdas? —Levantó mi rostro y secó mis lágrimas—. No llores más, por favor. Se supone que hoy iba a ser un día alegre. Prometo que solucionaré lo del divorcio en cuanto regrese a Londres, si eso es lo que tú quieres…

—Eso es lo de menos ahora… —Me aparté un poco de él y de esa sensación hogareña que me proporcionaban sus brazos—. Te odio porque ni siquiera puedo odiarte en condiciones. Siempre consigues que me sienta…

—¿En casa? —adivinó, yo asentí extrañada porque hubiera elegido justo las palabras que yo tenía en mente—. Así es como me siento yo cuando estamos juntos. Y sé que las cosas están un poco raras ahora mismo, pero…

Cuando nuestras miradas se encontraron, percibí una grieta de calor abriéndose en mi corazón de hielo, amenazando con derretir todo lo demás. Quería salir corriendo. Me sentía expuesta, desnuda en medio de una multitud. Me sequé los restos de agua salada del rostro.

—Me mata saber que estás tan triste por mi culpa.

—Se me pasará. Como bien has dicho, tiene arreglo. Creo que los dos nos hemos calentado un poco —Me llevé la mano al pecho, incapaz de respirar con normalidad. Ethan me miró con preocupación—. Estoy bien, solo tengo este estúpido nudo en el pecho…

—¿Quieres que te desnude? —Estoy segura de que en su cabeza no había formulado la pregunta tal cual salió de sus labios—. Quiero decir… aliviarte. —Mi mirada sarcástica no solo no desapareció, sino que le sumé una sonrisita—. Ayúdame, tú eres la de las palabras…

—No, si a mí me ha quedado clarísimo que quieres desnudarme y aliviarme —me burlé.

—No voy a responder a eso, aunque tendrás que reconocerme que las reconciliaciones eran mucho más divertidas cuando estábamos juntos. —Me dio un suave empujón con el hombro que borró de golpe mi cara mustia. Y le odié por tener esa facilidad para llenar de sol un día de lluvia —. Solo te estaba ofreciendo un abrazo para desatar tus «nudos», pero podemos seguir negociando si quieres…

—Quiero ese abrazo.

Sabía que, lejos de «desnudarme», su abrazo lo iba a liar todo aún más, pero lo necesitaba tanto como el aire para respirar.

Su gesto se torció en una mueca incómoda cuando vio el nombre de nuestro jefe parpadeando en su reloj inteligente.

—¿Todo bien, Mark? Estoy en un lugar público y no tengo los audífonos.

—Oficina. Ahora. —Cada vez era más fan de los saludos de Mark.

—Estoy ocupado. Ahora.

—Me la suda. Ahórrame una llamada, que sé que estás con tu exmujer. Os quiero a todo el equipo aquí. ¡YA!

—¿Nos estás espiando? —pregunté sin asomarme a saludar.

—Siempre, Elenita, siempre. ¿Aún no te habías dado cuenta?

29

Cancelamos la comida en el restaurante y los tres phoenixbonders nos plantamos en la agencia en tiempo récord, mientras Siobhan se llevaba a la niña a casa.

Al ver a todo el mundo reunido en torno a un rostro nuevo, nos quedó claro al instante a qué venía tanta urgencia. ¿Qué hacía William Farrell allí? Busqué una respuesta en el rostro de Ethan, que parecía aún más consternado de lo que yo lo estaba.

Farrell se saltó las formalidades para estrecharle la mano, pues ya se conocían de cuando Ethan salía con su hija. Recordar aquella época me provocaba ardores. Quien no supo cómo tomarse el gesto fue el propio Ethan, pues todos sabíamos que Wendy era ahora una lunaplatense, además de la última conquista de Adrián Duarte.

—¿Qué hace él aquí? —No tuve reparos en señalarle con cierta inquina cuando le pedí explicaciones a Mark.

—Dejar de ser un cobarde —respondió el propio Farrell—. Puedes llamarme Will, encantado. Tú debes de ser la famosa Elena. —Dudé cuando me estrechó la mano—. Antes de nada, quiero que sepas que estoy al tanto de lo que te hicieron, y lo lamento.

—Ya… —repliqué incrédula.

—No sabes lo que duele perder a una hija.

—No sabía que le hubiera ocurrido nada a Wendy.

—¿Algo peor que unirse a ellos? —preguntó con un mohín—. Llevo años refugiándome en la bebida, incapaz de salir del pozo de miseria en el que me hallo por culpa de ellos. Incapaz de perdonar mis pecados… Lo único que quería era que mi pequeña tuviera una vida normal, y enterarme de que ahora forma parte de esto…, me duele más que si ya no estuviera en este mundo. Ni siquiera puedo llorar su pérdida con el cariño y respeto que un padre debería profesarle a su única hija. No sabéis lo que es querer y odiar a alguien al mismo tiempo.

Farrell estaba equivocado: yo conocía bien ese sentimiento porque hacía latir mi corazón con fuerza cada vez que Ethan andaba cerca. Por mucho que pudiera odiarle, aún quedaba algo de ese amor en mi corazón, y sabía que cualquier mínima chispa podría hacer que se desatase un incendio. Y las consecuencias podrían ser… imprevisibles.

—Sentaos todos, por favor. Tenemos mucho que discutir esta tarde —comenzó Mark. Según pasé por su lado, me miró de arriba abajo sin mostrar un solo gesto en su rostro de acero—. Elena, estás… diferente. ¿Dónde habías escondido ese culazo todo este tiempo?

—No sé cómo lo haces para que cada vez te tenga más asco, en serio. Creo que tienes un don.

—¿Y ahora qué he dicho? ¡Si estaba siendo un caballero! —se disculpó—. Ni siquiera he dicho en voz alta lo que le haría a ese culo…

—¡Mark! —No sé si fue su tono de voz o la mirada que le lanzó, pero Ethan consiguió que el jefe cerrara el pico.

—Tranquilito, McGowan. Solo era una observación. —*«¡Lo que me faltaba!»*—. ¿Y esas cazadoras? Venís muy conjuntados, Pimpinela.

Cuando Mark se alejó de nosotros, me volví a Ethan en un susurro que no ocultaba que estaba molesta con él, aunque lo último que buscaba era dejarle en evidencia.

—No necesito que nadie me defienda.

—No es a ti a quien estaba ofendiendo —respondió cortante.

Ni siquiera me miró, tenía demasiada prisa por sentarse al lado de Marina, a quien le regaló dos besos y una de sus seductoras sonrisas que, sin embargo, no parecía causar ningún efecto en ella.

Como cada día, me senté con Lalo al otro lado de la mesa, analizando la situación en silencio. Gina y Logan aparecieron bostezando en la pantalla del ordenador, quejándose de que Mark no podía organizar llamadas de última hora a no ser que fuera algo realmente importante.

—Lo es —aseguró Mark—. Ahora que estamos todos, dejaré que sea el señor Farrell quien os cuente su historia.

Farrell se apoderó de la escena como si fuera un actor interpretando un papel, situándose delante de la pantalla para que todos pudiéramos verle bien.

—Creo que todos me conocéis ya, lleváis tiempo observándome, así que me ahorraré las presentaciones —comenzó—. Como soy de esos que creen que una imagen vale más que mil palabras, no voy a andarme con rodeos…

Cogió el mando con el que accionaba el proyector y cambió la diapositiva, mostrando una de esas máscaras de turquesa que los lunaplatenses estaban buscando. Realizada con la técnica del mosaico, alternaba piezas de turquesa con otras de una piedra dorada, creando formas geométricas en la nariz y las mejillas, que asemejaban la pintura de un guerrero azteca. Lucía un gran medallón en la frente con la famosa Piedra del Sol lunaplatense, y a su alrededor, un penacho realizado con las propias piedras, que similaba los rayos del astro rey. A pesar del paso del tiempo, se conservaba en perfecto estado, a excepción de algunas piezas que faltaban.

Nadie se pronunció al respecto. Mis compañeros llevaban años siendo testigos de la sucesión de máscaras que pasaban por manos lunaplatenses sin que fueran la de Salazar. ¿Por qué esa iba a ser diferente? ¿Y si era una trampa? Si nosotros teníamos dobles agentes, ¿quién nos decía que Farrell no era un lunaplatense infiltrado?

—Seguro que os estaréis preguntando si es la original —adivinó Will—. Dudo mucho que tenga poderes mágicos, pero sí puedo garantizaros que esta es la pieza que están buscando.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Dónde se encuentra? —Gina fue la primera en pronunciarse.

—Porque fui yo quien escondió la máscara cuando hui de Morelia.

Los cuchicheos no tardaron en hacerse oír.

—Will puede ayudar a encontrar la máscara y el proyecto Valladolid —resumió Mark, ante nuestras miradas de desconfianza, que todos sabíamos que escondían las mismas dudas. Estaba claro que la agencia nos había entrenado bien.

—¿Es allí dónde tienes la máscara? ¿En Valladolid? —Lalo no pudo evitar sus reticencias a confiar en él.

—Al contrario, la llevé lo más lejos posible que se me ocurrió de ese lugar. La magia que desprende ese objeto es incontrolable y, en las manos incorrectas… —expuso con calma.

—Háblanos de Valladolid —pedí—. No me interesa la magia.

—Valladolid… Bueno, no sé qué creéis que hay en ese sitio, pero os aseguro que no es lo que tenéis en mente. Estáis buscando una aldea exótica con gente de rasgos bellísimos que han estado apartados de la sociedad, y puede que en un principio fuera así, pero hoy día… Yo trabajaba con Helga, era su mano derecha. Os estoy hablando de hace tres décadas, ignoro qué puede haber allí ahora. —Hizo una pausa antes de seguir hablando—. Perdonad, ¿cuánto sabéis de Valladolid?

—Nada en absoluto —aseguró Logan con cierta indiferencia.

—Bien, empezaré por el principio entonces… Cuando era joven pensaba que tenía todas las respuestas. Era arrogante, altivo y me creía superespecial por proceder de una familia adinerada

británica que podía complacer todos mis caprichos. ¡Qué iluso fui! Había estudiado genética en la mejor universidad del Reino Unido. —Farrell paseaba de un lado a otro de la habitación, enfatizando sus palabras con gestos con los brazos—. Helga se aprovechó de mi prepotencia y mi ambición para ponerme al mando de un proyecto al que no pude negarme. Era algo personal en lo que llevaba tiempo trabajando. Cuando me mostró Silfrligr Máni, el diario, los grabados, los restos mortales de un Salazar a quien habían adorado como un dios y cuya esencia habían sabido mantener imperecedera en esa cueva… sentí fascinación. Ver las instalaciones del experimento y saber que yo mismo era parte de ello, fue lo que terminó de convencerme. Pertenecía a esa élite exclusiva. Mis principios morales me traicionaron, solo podía pensar en las posibilidades que tenía aquel poblado que Helga había creado con sudor y esfuerzo. En todo lo que podría aprender, en cómo nuestros avances modelarían el mundo de la medicina moderna y la tecnología, que nos traerían cuantiosos ingresos y un aún mayor aumento de ego. Queríamos ser recordados, eternos.

—¿De qué estamos hablando? —pregunté, sintiendo que me había perdido varios capítulos.

—De Valladolid, por supuesto… —aclaró, dejándonos como estábamos—. Veréis, con los años, el modesto laboratorio que Helga había fundado en esa aldea se transformó en toda una ciudad donde llevar a cabo sus experimentos de manera discreta. Los ciudadanos se convirtieron en pacientes y prisioneros de una especie de campo de concentración. Quien se rebelaba no vivía para contarlo. Con el tiempo, las nuevas generaciones, que nacieron allí, no conocieron otro estilo de vida, desconocían que había un mundo más allá de los muros de esa ciudad ficticia a la que habían llamado *Valladolid*, en honor al nombre que una vez ostentó el territorio purépecha, azteca y vikingo sobre el que se asentó el proyecto.

Me costaba procesar lo que decía. ¿Era la famosa granja de humanos de la que ya había oído hablar antes?

—¿Siempre supiste dónde estaba ese lugar? —Will me asintió con la cabeza—. Pensaba que tu padre, Murray, se había desviado a Yucatán.

—Estuvo en Yucatán, sí, pero nadie dijo que fuera allí donde encontró la aldea. Al igual que vosotros, pensó en ese Valladolid como primera opción… Lo cual es curioso porque… al final, todo está relacionado. ¿No es fascinante que haya al menos tres Valladolid en el mundo, y que dos de ellos tengan tantísima historia en común?

—¿Qué hacíais allí? ¿Cuál era tu labor? —preguntó Logan, sin paciencia para sus enigmas.

—La ciudad artificial estaba habitada por descendientes de este linaje. Se les racionaba la comida, se controlaba lo que bebían y se les hacían exámenes médicos exhaustivos. Probábamos medicamentos con ellos, experimentábamos y, cuando algo salía mal... —Sus ojos se tiñeron de angustia—. Nadie los echaba de menos, era gente que no existía realmente. No estaban registrados en el censo, nadie notificaba su nacimiento ni su defunción. Vivían al margen de la ley en ese modelo de vida perfecto en el que les garantizábamos comida y trabajo, una existencia sencilla para quien no quisiera hacer preguntas, con la garantía de una vida sexual tremendamente activa. ¿Habéis visto *El show de Truman?* Pues sumadle una ganadería de vacas conectadas a máquinas para producir leche sin límite y tenéis el concepto.

» Eran muchos los tratamientos que ensayábamos en Valladolid, desde simples medicamentos para la gripe hasta los más sofisticados y costosos fármacos contra el cáncer. Helga soñaba con pasar a la historia como la científica que consiguió erradicar enfermedades que ellos mismos causaban y encontrar una solución a la infertilidad, un problema que cada vez afectaba a más

parejas en las nuevas generaciones. Comparándolos con otros grupos poblacionales, los lunaplatenses más puros mostraban una alta resistencia a los tumores y una increíble recuperación. Tenían una longevidad envidiable y eran superfértiles hasta muy avanzada edad.

—Como los ratopines —observé en voz alta.

—Exacto —confirmó Farrell—. Están estudiando a esos roedores para reproducir las mismas condiciones en humanos. Los ratopines podrían tener la solución a muchos de los problemas que sufrimos nosotros.

—Tengo una pregunta… —interrumpió Marina—. ¿Es cierto que se ha estado intentando implantar ese genoma en personas que no tienen nada que ver con ese linaje?

—No exactamente… Cuando yo dejé Morelia, estábamos intentando crear al descendiente perfecto de Salazar a base de tratamientos para replicar su secuencia genética en seres que compartían un mínimo porcentaje con el colonizador.

—Pero ¿por qué? ¡Tiene que haber miles de descendientes de ese tipo hoy día! —repliqué ilusa—. De hecho, ya tienen uno, ¿no es así?

—Lo tienen, pero estamos hablando de una persona que existió hace cientos de años, los genes se han manchado… El porcentaje que esas personas comparten con Salazar es ínfimo —explicó Farrell—. Si queréis conocer mi opinión, yo tenía la esperanza de que no llegaran a usar a ese descendiente en concreto… Siempre confié en que su crueldad tuviera límites, en que lo hacían porque era más fácil sacrificar a la oveja Dolly que a una que has criado desde bebé, pero supongo que para ellos todo es igual: material de laboratorio. —No entendí la comparación con la oveja, pero sus palabras me dejaron mal sabor de boca. Un fuerte presentimiento crecía en mi interior, rezando por estar equivocada—. Por eso han desarrollado ese medicamento que altera los genes para replicar la secuencia genética de Salazar. Han sido muchas las personas que han dejado su vida por el camino por culpa de esa droga. Ignoro en qué punto están ahora, pero, sospecho que ha funcionado y por eso están listos para encontrar la máscara.

—¿Por qué quieres ayudarnos? —Logan tampoco se fiaba de él.

—Porque da igual cuántas veces hagan ese maldito ritual, ni si la máscara es o no la auténtica —explicó, mostrando que estaba más cuerdo de lo que parecía—. Los que no creemos en la magia de los dioses sabemos que no va a cambiar nada, pero ellos lo tomarán como un fracaso, que los llevará a repetir el ritual… eternamente.

—¿Dónde está la máscara? —quiso saber Lalo.

—Permitidme que os hable primero de María, la madre de Wendy, pues fue su familia quien custodió la máscara desde tiempos ancestrales.

» Había una muchacha en Valladolid cuyos cabellos negros brillaban a la luz del sol como el ébano más puro, María García y, aunque creíamos que nadie en la aldea sabía nada de sus orígenes, ella era más lista que nosotros.

Las continuas visitas a mi consulta se tradujeron en un romance que fue forjándose a fuego lento y que, meses después, me dio a Wendy. María se ganó a pulso mi confianza al contarme las barbaries que Helga y sus hombres le estaban haciendo a su gente desde hacía varias generaciones. Hasta que un día, me contó que sabía todo sobre la leyenda de Salazar y que su familia tenía la máscara desde hacía muchos muchos años.

María quería saberlo todo sobre mi trabajo. No me atreví a contarle lo que realmente

hacíamos allí, lo que hacíamos con ellos. Aquel proyecto por el cual dejé mi vida en Londres y hasta entonces había sido mi orgullo, empezó a avergonzarme.

Todo se torció cuando ocurrió ese accidente en el que los hijos del patrón perdieron la vida. Una auténtica desgracia que temía que algún día me salpicara, pues aquel hecho me mostró que los lunaplatenses no tenían escrúpulos ni cuando se trataba de su propia sangre.

—¿De qué estamos hablando? —quise saber.

—¿Podrías dejar de interrumpir? —me reprendió Mark con ojeriza.

» Así que tracé un plan: María, el bebé y yo nos iríamos de allí antes de la primavera, aprovechando el camión que venía trayendo suministros a gran escala. Tenía que ser ese día. El acceso al campo estaba muy restringido y eran pocas las veces que entraba alguien del exterior.

Pero las cosas nunca salen como uno las planea. Helga no tardó en darse cuenta del delito que habíamos cometido; supongo que alguien le informaría de mis escapadas nocturnas para ver a mi hija. A los trabajadores nos estaba permitido divertirnos con los prisioneros, pero nunca involucrarnos emocionalmente y, menos aún, contaminar la sangre de la aldea. Porque yo era lunaplatense por derecho, pero mi sangre había sido mezclada con la de mortales vulgares a lo largo de generaciones.

Aprendí la lección de la peor manera posible… Aún no había amanecido cuando emprendí el camino de vuelta al laboratorio. Creía que la noche me resguardaría de ojos curiosos, pero tuve un mal presentimiento. No sé por qué decidí regresar a buscarla de nuevo. Cuando estuve cerca de su casa, los gritos me alertaron. Se llevaron a María a rastras en un coche negro blindado. Tal vez actué como un cobarde, pero había visto la facilidad con la que se deshacían de un “mal proyecto”, y sabía que, evitarlo, solo propiciaría un destino similar para mí.

Los llantos de un bebé me sobresaltaron cuando estaba a punto de abandonar el lugar. Alguien le había dado el chivatazo a María y, aun así, había decidido dejar que las cosas siguieran su curso para salvarnos a nosotros; solo eso explicaría por qué había escondido a nuestra hija en unos sacos de maíz para librarla de la ira de Helga, dispuesta a acabar con el fruto de nuestro romance.

No me quedé a descubrir qué había pasado con el amor de mi vida. Cogí a la niña, el diario y la máscara —que escondía en un almacén secreto que había bajo la vivienda—, y me largué de allí en mi propio coche. Ni siquiera hice las maletas, dejando todas mis conclusiones y descubrimientos científicos a su disposición.

Regresar a Londres con mis padres no fue la idea más inteligente, pero me sentía solo y perdido, y no tenía la más mínima idea de cómo cuidar a un bebé. La vida a mi vuelta tampoco fue como esperaba… Hartos de mis desplantes antes de irme a México, los que yo creía mis amigos me dejaron de lado y tuve que empezar de nuevo.

Después, conocí a Lorraine Farrell, una mujer cuya fortaleza y amor me sacaron del pozo de miseria y autodestrucción en el que me hallaba.

Lo que todo el mundo pensó que era un viaje romántico a Italia para declararme fue en realidad una huida a una isla remota con otros fines…

Cuando regresé a Londres, entendí que no puedes huir de La Luna de Plata. No sé si me buscaban a mí, a Wendy, el diario, la máscara o todo el conjunto, pero, en mi ausencia, entraron en casa y asesinaron a mis padres. Fue Eva, nuestra empleada doméstica, quien me narró los

hechos. Hice las maletas y nos instalamos en la casa de verano de Bath como los Farrell y, durante unos años, viví en paz y sin saber de ellos.

—Me parece sorprendente que tu hija se haya unido a la causa de forma voluntaria, sabiendo que ellos mataron a su madre, y conociendo todas las prácticas que se llevaron a cabo en ese campo de concentración lunaplatense —me oí decir—. Porque puedes llamarlo «aldea» o «ciudad artificial» si quieres, pero para mí tiene otro nombre muy distinto…

—Yo nunca se lo conté, creía que así la mantendría a salvo y… logré justo lo contrario. Ignoro qué es lo que sabe o cree que sabe mi hija, igual es el joven McGowan quien debería responder esa pregunta.

Un Ethan frío y cortante reaccionó al momento ante esa provocación encubierta, mostrando una versión de sí mismo que poco tenía que ver con el hombre protector y cariñoso que me había abrazado horas antes.

—Yo nunca hablé de esto con tu hija, me limitaba a follármela por el bien común.

Aún me chocaba esa faceta de él que me era tan extraña, su otra realidad de la que siempre me había mantenido apartada. ¿Cuál era el verdadero Ethan? ¿El que conseguía dejarme extasiada con solo una mirada o el que parecía no tener alma?

—Ese siempre fue tu objetivo, ¿verdad? —replicó Farrell con una mueca condescendiente—. Siempre supe que estabas con mi hija por ese maldito diario, al igual que ahora lo hace tu padre; aunque reconozco que me sorprendió descubrir que tú jugabas en el bando contrario. Eso te ha hecho ganar algunos puntos.

Observé a Ethan de soslayo, que bajaba la mirada con resquemor. Aunque nunca había estado realmente enamorado de ella, sabía que ese tema aún levantaba ampollas.

—Me trae sin cuidado caerte bien, Farrell. Si sentía un mínimo remordimiento por lo que le hice a tu hija, creo que ya lo estoy pagando con creces.

—No estoy aquí para reprocharte nada, sino para unirme a la causa… en vuestro bando. Quiero asegurarme de que el sacrificio no sea en vano.

Los murmullos comenzaron a oírse en la sala y al otro lado de la pantalla. No éramos muchos, pero nuestros pensamientos hacían demasiado ruido.

—¡Orden en la sala! —pidió Mark—. Os he reunido para que escuchéis a Farrell y tracemos un plan entre todos, me importan un carajo vuestros motivos personales. Yo me creo su historia y soy vuestro jefe. No hay mucho más que decir al respecto.

—Me encanta la democracia que se respira en esta agencia —me burlé.

Sé que me respondió alguna grosería que no me molesté en escuchar. Si no fuera uno de los mejores agentes y estuviera dando la vida por ese caso, probablemente todos hubiéramos dimitido hace tiempo. En nuestra lealtad también influía el hecho de que los que trabajábamos allí teníamos motivos personales.

—La máscara la tienes tú, ¿verdad? —analizó Logan en voz alta. Farrell negó con la cabeza.

—Jamás sería tan estúpido de tener un objeto así en mi poder.

—Veo que eres de esas personas a las que hay que formularles las preguntas correctas —siguió Logan—. No tienes la máscara, pero sabes dónde está. ¿Me equivoco?

—Un momento… —interrumpió una Marina escéptica, que se atrevió a dar voz a los pensamientos que todos compartíamos—. Llevas años en silencio, ¿por qué ahora? ¿Por qué deberíamos creer una sola palabra de lo que nos digas?

—Porque no tenemos otra opción —analizó Lalo, ante la mirada recriminatoria de Mark.

—La única razón de mi silencio fue proteger a mi hija. Ahora… —Las palabras le ahogaron la voz a Farrell—. Ahora no tengo mucha más opción que luchar. No puedo seguir escondiéndome, ha llegado el momento de tomar partido y solo hay dos bandos: con ellos o contra ellos. Los dioses no dan algo a cambio de nada. Se necesita mucha sangre inocente para llevar a cabo esos rituales, una auténtica masacre. Y os aseguro que ninguno de nosotros quiere ser testigo de algo así.

—¿Sabes en qué consiste el ritual? —pregunté sin saber qué opinión formarme respecto a él. Farrell asintió con un leve movimiento de cabeza—. Tiene que haber alguna manera de evitarlo.

—Lo único que podría acabar con el ritual es la diadema.

—¿Qué diadema?

—Salazar tenía su máscara y Sara su diadema. Los primeros lunaplatenses creían que Sara era una poderosa hechicera que concentró todo su poder en ese objeto y sería lo único que podría contrarrestar la magia del ritual, ocasionando consecuencias irreversibles. Jamás se atreverían a seguir adelante si supieran que tenemos la diadema.

—¿Y vosotros os lo creéis? —repliqué irónica—. El único poder que tenía Sara era amor y venganza.

—¿Te parece poco? ¿Acaso esos sentimientos no son la fuerza que mueve este mundo?

—Lo que creamos es lo de menos, Elena —interrumpió Mark—. Si se mean encima al ver la puta diadema, es un punto a nuestro favor. Necesitamos encontrarla como sea.

—Bien, ¿y quién la tiene? ¿También la robaste tú, Farrell? —indagué sarcástica. Toda esa historia me resultaba surrealista.

—La diadema lleva desaparecida desde el siglo XVI —confirmó este—. Agentes…, aprecio vuestro entusiasmo, he oído que sois los mejores y sé que tenéis un plan, pero espero que no seáis tan ingenuos de creer que va a funcionar. Hay demasiada gente metida en esto. Podéis matar a la abeja reina, pero no vais a matar una ideología. El cristianismo no acabó con la muerte de Jesús. Al contrario, surgieron los fanatismos.

—Entonces, ¿qué se supone que haces tú aquí? —preguntó Ethan, levantándose de la silla para caminar de un lado a otro de la sala—. ¿Has venido a decirnos que estamos malgastando el tiempo?

—He perdido a la mujer de mi vida y a mi hija, no puedes reprocharme que no me quede fe.

—¿Qué propones? —insistí—. Rendirnos no está en nuestro ADN, así que espero que tengas un discurso mejor en la manga que decirnos que no vamos a lograr acabar con ellos.

Farrell me sonrió. Pero no era una de esas sonrisas arrogantes o sarcásticas, era como… ¿de admiración?

—Quiero ayudaros con EDLM, y la idea es seguir adelante con el ritual. Para eso necesitáis la máscara, ¿no?

El silencio se hizo en la agencia. ¿Qué sabía Will del plan?

—Esto… —Ethan titubeó nervioso—. Si el plan sale bien…, sabes lo que eso significa para tu hija, ¿verdad?

—Ya la he perdido, Ethan —replicó tajante—. ¿Quién se quiere ir de vacaciones a Gili T. en busca de una máscara perdida?

Como dos imanes que siempre volvían a encontrarse, Ethan y yo nos miramos a través de la sala. Los cabos sueltos comenzaban a atarse solos.

—Lalo, Ethan, Logan… ¿Os estáis ofreciendo voluntarios para la misión Maíz Azul? —asignó Mark.

—¿De qué vas? —protesté enérgica, olvidando por un instante que Mark era mi jefe—. ¡Fui

yo quien os dijo lo que significaban esas malditas coordenadas! Yo también quiero ir.

—Está fuera de toda discusión —respondió Mark—. Os quiero a Ethan y a ti en diferentes planetas. Pero, como la ciencia no ha avanzado aún tanto, tendré que conformarme con haceros un *Tú a Londres y yo a California*. O a Nueva York, en este caso…

—Si Elena no va, yo tampoco voy. —Me giré con sorpresa al ver que había sido precisamente Ethan, el mismo que siempre me quería lejos de todas las misiones, quien sacaba la cara por mí —. No voy a negar que me cuesta horrores lidiar con ella fuera de la agencia, pero ya hemos demostrado que juntos abarcábamos mucho más que por separado.

—Iba a decir justo eso —intervino Logan—. Yo he trabajado con Elena y la necesitamos en Gili T. Tal vez no sea la más experimentada en el campo de batalla, pero es la más deductiva.

—No está preparada —insistió Mark—. He entrenado con ella y sé de lo que hablo.

—Pues ¿qué mejor oportunidad para entrenarla que con nosotros tres? —agregó Lalo, encogiéndose de hombros—. Yo también he entrenado con ella y te digo que Elena está más que preparada física y mentalmente para esta misión.

Mark se cruzó de brazos ante el desafío que le estaba suponiendo su equipo.

—Está bien. Id haciendo las maletas que en un mes os quiero volando hacia Bali. Y ahora…, comencemos a hablar de la misión Maíz Dorado: nos vamos a Morelia.

30

—¿Qué piensas de todo esto?

Removí nerviosa el café mientras trataba de obtener una respuesta a través de su lenguaje no verbal, pero Ethan se había puesto la careta de indiferencia. Se incorporó incómodo en el sofá y me miró sombrío.

—Aún no he decidido qué postura tomar al respecto. Solo puedo decirte que no voy a dejar que me influya el quién sea su hija.

—Pues a mí me parece un punto en su contra bastante importante.

—¿Lo es? —inquirió—. Porque yo estoy hasta la madre de que a mí me juzguen por quién es mi papá. Yo no lo elegí, y cada uno debería responsabilizarse por sus actos, no de los de su sangre.

—Buen punto. —Dejé el café sobre el posavasos y me levanté del sofá—. ¿Crees que Christopher está espiando a Gaia? Me preocupa la convicción con la que Lindsay ha asegurado que te había visto antes por la guardería.

—Lo dudo bastante. Además, está en la cárcel, ahorita ya no puede molestarte.

Quise creer en sus palabras por mi propia salud mental.

—¿Por qué has sacado las uñas por mí con Mark?

—¿Por qué piensas que siempre tengo un motivo para hacer las cosas?

—Porque te conozco. —Ethan no ocultó esa sonrisa que era mi debilidad—. ¿Y bien?

—Me pareció lo más justo, fuiste tú quien descubrió ese lugar antes de que Farrell nos facilitara la información. Además, Logan y Lalo confían en ti.

—¿Y tú no?

—Yo… —Su expresión fue un misterio más que añadirle a todo lo que no entendía de él.

—¡No me jodas!

—Confío en tu inteligencia, no confío en que realmente sepas a qué te estás enfrentando, ni EN que seas capaz de endurecerte si las cosas se ponen feas. Tienes demasiada bondad en ese corazón tuyo.

—¿Ser bondadosa es malo? Gracias a eso, tú y yo estamos aquí hablando cuando debería haberte mandado a la mierda hace tiempo.

—Lo es cuando te impide tomar decisiones drásticas.

—¿Tengo que recordarte que salí de esa maldita cueva por mis propios medios?

—No, no lo hiciste. Tuviste suerte y ayuda del exterior.

—¡Tú no estabas allí! No sabes una mierda de lo que me pasó. Ni siquiera me escuchaste…

—Tienes razón —se rindió—. Aun así, me quedaría más tranquilo si entrenaras conmigo en Gili. Quiero asegurarme de que estás lista para lo que venga.

Como siempre, no me dio más explicaciones y yo tenía dos opciones: mandarle de una vez al lugar donde merecía estar, o tragar con todo y evitarnos el drama. Y como ya había cubierto el cupo de cabreo por ese día, decidí dejar el tema.

—¿Has pensado qué vamos a cocinar esta noche? —preguntó.

—Pensaba pedir un *takeaway*, pero, si insistes en cocinar… Veré qué tenemos en el frigo. Igual podemos hacer algo rápido, como un pollo a la Coca-Cola.

—¿*Takeaway*? ¿*Pollo a la Coca-Cola*? —repitió con una mueca incrédula que me hizo reír—. Alba Elena de mis amores, te estás volviendo una pocha[6]. Solo por sugerir algo así ya mereces

que te quiten la nacionalidad.

—Decidido: cocinas tú. ¿Te apetece una copa? A mí me hace falta una después de hoy…

—No te diría que no.

Me acompañó hasta la cocina, donde empecé a preparar dos *gin tonics* bien cargados. El modo en que su mirada se posaba en mi piel me obligó a echarle unas gotitas más de alcohol a cada copa.

—Del uno al cien, ¿cómo de enojada estás por lo de esta mañana?

—Mil, pero no quiero hablar de eso ahora… Me gustaría tener un poco de paz antes del apocalipsis, porque te adelanto que Noah y tú en la misma habitación va a ser un desastre. Seré cordial y, en cuanto salgas por esa puerta, te odiaré de nuevo hasta la próxima vez que tenga que volver a lidiar contigo.

—Yo no quiero que me odies.

—La verdad es que no paras de darme razones.

—Solo si tú las buscas. En verdad, lo que ha pasado hoy es hasta romántico si lo piensas fríamente…

—Ethan…, No aclares que oscureces. —Le entregué la copa con un gesto divertido—. Chin chin.

—Chin chin —brindó él, acercándose a mí de un modo seductor mientras canturreaba una canción de Andrés Suárez que me pilló desprevenida—. *«Pongamos entre los dos dos gin tonics, en lugar de tu abogado…»*.

«…Pongamos que él te llama y no lo coges, y se nos juntan los labios…», completé mentalmente, sosteniéndole la mirada.

A veces al destino le gusta jugar con nosotros a su antojo, mandar señales confusas, porque el teléfono tuvo que sonar en ese preciso momento. Sus ojos se posaron en los míos con una petición silenciosa que yo decidí ignorar, y la magia se disolvió tan pronto pronuncié el nombre de Noah y me alejé a hablar con él en privado sobre los planes de esa noche.

De nuevo en la cocina, me encontré a Ethan revolviendo en mi frigo para organizar la cena.

—Tú como en tu casa, eh… ¡no te cortes!

—Lo siento, es la costumbre. No sé cómo estar contigo en estos nuevos términos —se disculpó, cerrando de nuevo la puerta de la nevera y metiendo las manos en los bolsillos. Las mismas manos que antaño solían acabar en mi cuerpo cuando cocinábamos juntos.

—Solo bromeaba. Ya que estás, saca el brócoli para las niñas. —Le miré atónita mientras sacaba huevos, jamón de York y queso. ¿Acaso esa palabra no significaba lo mismo en mi español que en el suyo?—. Eso no es brócoli…

—No, no lo es… Me niego a ser el tipo que le da asquerosidades a la niña. Poli bueno, poli malo, ¿recuerdas? Teníamos un pacto y, en lo que a mí respecta, sigue vigente.

Lo recordaba. Al igual que recordaba la noche de desenfreno que tuvimos después entre sus sábanas. Cuando estábamos juntos, él era el que ponía las normas a Gael y yo quien le permitía ciertas licencias. Ethan me juró que algún día daríamos la vuelta a la tortilla, y ahí estábamos.

—Hablo en serio, Ethan… A las niñas les toca brócoli. ¿Crees que serás capaz de dárselo?

—Sí, mami, y hasta de comérmelo yo, si me lo pides así… —No me di cuenta del tono tan sugerente que había usado hasta que oí su respuesta melosa—. ¿Qué te parece si hacemos tacos y tortilla española? Echo de menos esa tortilla que hacías…

Al final cocinamos juntos y preparamos comida para un regimiento. Odiaba la facilidad que tenía para hacer que me olvidara del mundo con un acto tan cotidiano como ese.

—Prueba el mole. —Me acercó la cuchara de madera a traición para que probara la salsa, que

era francamente orgásmica.

—¡Madre mía! —gemí, poniendo los ojos en blanco—. Iba a pedirte que te casaras conmigo, pero…

—Puedo no divorciarme, si quieres…

—No sé qué le parecerá el plan a tu novia. El desamor en la adolescencia es muy duro de superar.

—Es joven, vendrán otros.

Me reí y le azoté con el trapo de cocina. Con él nunca sabía si se trataba de un flirteo inocente o estaba hablando completamente en serio. ¿Hasta qué punto le importaba su novia, si aún no había solucionado lo del divorcio conmigo? ¿Qué planes de futuro tenían juntos? ¿En qué posición nos dejaba eso a… nosotros? ¿Había un *nosotros*?

Supongo que la situación, vista desde fuera, daba lugar a muchos malentendidos. Por eso, cuando Siobhan nos vio riendo en la cocina, Ethan manchándome la nariz en salsa y yo tratando de zafarme de él, escondió una mueca malévola.

—En serio, ¿cuándo os vais a enrollar? —me susurró, aprovechando que Ethan había ido al baño a limpiarse—. Tanta tensión sexual me agota. No hay quien respire en esta cocina.

—Tienes que probar esta salsa. Es algo fuera de este mundo…

—Sí, sí…, tú cámbiame de tema, pero que sepas que estoy viendo a una Elena distinta, y esta me gusta mucho más.

—Solo somos amigos. Creo que lo estamos haciendo muy bien, dadas las circunstancias.

—¿De veras? Pues yo creo que lo estáis haciendo todo fatal.

El reloj del salón marcaba las siete cuando Noah entró por la puerta, besándome de un modo tan intenso e impropio de él, que hizo que me tensara. Y no fui la única… Ethan decidió que ese era el mejor momento para llamar por teléfono a su novia, quien llegaba tarde por estar haciéndose fotos en un bar de moda.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció Ethan cuando acabó la llamada. Noah sonrió de manera despótica.

—Por supuesto; pero, si no te importa, te lo sirvo yo a ti, que estoy en casa de mi novia. ¿Tú qué tomas, *babe*[7]?

Babe. ¿Desde cuándo me llamaba *babe*? Y con ese tono tan… Era como si estuvieran comunicándose de algún modo no verbal que solo comprendían los machos, como si estableciera su rol en un territorio conquistado.

—No hay necesidad de ser groseros con los invitados, Noah. Yo misma le he dicho que podía coger lo que quisiera del frigo.

—No estoy siendo grosero… Solo se me hace raro que vengan de fuera a invitarme en mi propia casa.

—Bueno, es que esta no es tu casa, es la de Sio. Y mía, desde que le pago el alquiler.

—Está bien, me da igual quien la traiga, pero aceptaría una cerveza, gracias. —En un absurdo intento por relajar el ambiente, Ethan cortó la tensión de la peor manera posible—. Noah… Creo

que no hemos empezado con buen pie y quiero que sepas que no tienes motivos para estar receloso… Entiendo perfectamente cuál es mi lugar en esta casa.

La poco acertada elección de palabras no hizo sino despertar una risa sardónica en mi novio.

—¿*Receloso*? ¿Y por qué iba a estar yo *receloso*? Tú eres el tipo que consiguió que a Elena se le quitaran las ganas de volver a enamorarse, y yo el hombre por quien las recuperó. —Me aparté de él y lo miré cabreada—. ¿Qué? ¿He dicho algo que sea mentira?

—¡Para nada! Si estoy de acuerdo contigo —replicó Ethan, con esa fingida inexpresividad que le caracterizaba—. Tú eres el príncipe azul y yo el cabrón que la dejó. Si me disculpáis, mi novia está fuera.

La llegada de Ava fue como una aparición divina, dándome la excusa que necesitaba para ir a buscar yo misma las bebidas: una cerveza americana para Noah, una mexicana para Ethan (con sal y lima) y un té helado para mí, para no posicionarme.

Ava no quiso beber nada más que agua. Venía cargada de energía y de productos de belleza que le habían regalado por patrocinar un evento. Su minifalda negra con lentejuelas, acompañada de esos tacones de infarto, le hacían unas piernas kilométricas. Llevaba una bonita camisa sin espalda y con escote abierto y pronunciado, que solo alguien de su edad e índice de masa corporal podría lucir sin sujetador. ¡Maldita ley de la gravedad!

Nos sentamos a comer los cinco en la mesa. Ava hablaba de todos los lugares que había visitado en Nueva York y de todos los posts que iba a poder publicar en las redes en los próximos meses. Y hablando de posts…, estaba fotografiando cada uno de los platos que había en la mesa, impidiéndonos a los demás echar mano de ellos.

—¿Cómo dices que se llama esto? —le preguntó a su amorcito, buscando el filtro perfecto para el plato de mole—. Solo será un segundo, lo juro.

—Tómate tu tiempo, mujer, no es como si los demás tuviéramos hambre… —Tenía que aprender a morderme la lengua.

—No funciono bien bajo sarcasmo, Elena.

—¿Te han reformado, Ethan? —bromeé, pues hasta donde yo recordaba, el hombre que compartíamos era el rey del sarcasmo.

Como respuesta, el aludido me tiró un nacho, acompañado de una de esas miradas que me costaba tanto descifrar, pero que siempre provocaba una humedad entre mis piernas. Nuestra complicidad pareció molestar a Noah, no así a Ava, quien me miró con una sonrisa ingenua, a la vez que decía:

—Me parece muy maduro que podáis estar aquí juntos, con vuestras nuevas parejas, y llevaros tan bien.

—Estamos ya acostumbrados… Los dos teníamos pareja cuando nos conocimos —respondí sin pensar.

—No sé si me gusta cómo suena eso. —Noah entrecerró los ojos. Ava tampoco pareció entender bien mis palabras.

—Me ha dicho Ethan que eres la autora de esos relatos de vampiros que lo petaron hace unos años, mi madre estaba enganchadísima.

No sé si lo dijo con buena o mala intención, pero a mí me sonó como un cruel recordatorio de que, por nuestra diferencia de edad, yo podría ser su madre.

—Se supone que Yvaine Selena era mi identidad secreta como escritora, pero ya veo que Ethan no ha podido cerrar el pico…

—Perdona, no pretendía crear mal rollo.

Siobhan me pellizcó por debajo de la mesa para que me calmara, sabedora de que había

reaccionado fatal a su inocente comentario.

—¿Habéis estado alguna vez en México? —Ante el apasionante silencio que reinaba en la mesa, Ava intentó sacar un nuevo tema de conversación sin saber que estaba sembrando la semilla de una tragedia griega—. Estoy intentando convencer a Ethan para que me lleve, pero está un poco reacio a volver después de…

—¿Es la primera vez que vas? —interrumpí, pues traer a colación la muerte de sus padres no era la mejor idea.

—Estuve en Riviera Maya con mis amigas hace unos años, pero jamás he ido a Bucerías.

—Te va a encantar. Nayarit tiene unos lugares increíbles.

Algo en mis palabras no terminó de cuadrarle.

—¿Has estado en Bucerías?

—He estado en muchos sitios de México. Cuatro años de relación dan para mucho, aunque fueran durante la pandemia…

—¿¡Cuatro años!? —Ava miró acusadoramente a su novio. Siobhan y yo intercambiamos una mirada de desconcierto—. Creo que me estoy perdiendo algo…

—Yo también… —susurró Noah.

—¿Alguien quiere postre? He preparado unas delicias indias para chuparse los dedos… —ofreció Sio, por temor a que comenzara el baile de las dagas voladoras.

—¿Por qué tengo la impresión de que no soy la única que no sabía que estábamos casados? —Mis palabras en español buscaban un solo interlocutor, que se volvió a mí en el mismo idioma.

—Elena, este no es el momento…

—¿Os importaría hablar en un idioma normal y así todos nos enteramos de la conversación? —demandó Noah de malas maneras.

—¿El español no es lo suficientemente *normal* para ti? —debatió Ethan, molesto.

—Tranquilito, espalda mojada[8], que ya no estáis casados, así que dirígete a mi novia en el idioma oficial del país. Sabes hablarlo, ¿verdad?

Aquellas palabras fueron las que provocaron que todos nos levantáramos de la mesa por una u otra razón. ¿La mía? Mi novio había mostrado su verdadera cara, y no me gustaba lo que veía. No pensaba tolerar algo así.

Ava fue la primera que inició ese fuego cruzado, incapaz de procesar la buena nueva. Si hubiera sabido que la situación todavía seguía vigente…

—Un momento, ¿habéis estado casados? ¡Tú me dijiste que…!

—¡No me puedo creer que le hayas llamado *espalda mojada*! —le grité a Noah—. ¿Eres consciente de que yo también soy inmigrante? ¿De que mi hija también es mexicana?

—¿¿¿¿ESTUVISTEIS CASADOS???? —Ava intentó hacerse oír por encima de todas las demás voces—. ¡Me aseguraste que la madre de tu hija era una cualquiera a la que le habías echado un polvo en un baño!

—¡Apaga y vámonos! —exclamó Noah, divertido con el giro dramático de los acontecimientos—. Saca el móvil, que esto es material de primera para tu canal.

Un momento…, ¿QUÉ?

Si creía que estaba furiosa con Noah, ese sentimiento no alcanzaba a describir una milésima parte de cómo me sentí en esos momentos hacia Ethan. Como si alguien me hubiera extirpado el corazón y aún siguiera latiendo fuera de mi cuerpo.

—¿Cómo voy a haber dicho algo así? —se defendió él—. Lo que dije fue que Gaia fue fruto de un polvo en un baño, lo cual, según mis cálculos, es cierto. ¡Nunca dije nada de quien fuera la madre!

—¡A mí me sonó igual! —reiteró Ava.

—Soy responsable de lo que he dicho, no de lo que tú has entendido.

—Desde luego, se te olvidó mencionar que estuvierais casados.

—¡Bienvenida al club! —Metí el dedo en la llaga de puro furiosa que estaba con él.

—¿Cómo que…? —adivinó Noah—. ¿No seguiréis casados? ¿Elena…?

No quise responder. Había empezado el día divorciada de uno y saliendo con el otro, y lo iba a acabar casada con el primero y separada del segundo, además de a punto de asesinar a los dos…

Fue tal el barullo que se formó en el salón, que yo ya no sabía quién estaba discutiendo con quién ni por qué razón. Solo sé que Ava no dudó un instante en hacernos cómplices de sus problemas de pareja:

—¿Es ella la razón por la que no te quieres casar conmigo? ¡Me dijiste que no significaba nada para ti!

—¡Yo nunca dije eso! Lo que dije fue que era mi pasado, y que ahora estaba contigo, lo que técnicamente es cierto —se defendió el rey de los juegos de palabras.

—Tranquila, mujer, que solo fui un mal polvo en un baño. En una casa rural de Lake District, para ser más precisos —reproché con tonito.

Esa fue mi contribución antes de coger los platos e irme a la cocina a hacer ejercicios de respiración para no dejar que el malestar se manifestara en algo que no podía gestionar.

Noah apareció detrás de mí y me agarró de la cintura, con la seguridad de que no era con él con quien estaba cabreada. Me volví con una espátula en alto en un gesto amenazante. Estaba convencida de que mis ojos imprimían fuego.

—Si me conocieras lo más mínimo, sabrías que este no es el momento.

—¿Por qué pagas conmigo lo que te ha hecho ese impresentable?

—¡Le has llamado *espalda mojada*, Noah! ¿Qué demonios te pasa? Desde el mismo momento en el que le conociste, no has hecho otra cosa que hacer comentarios racistas. ¿Alguna vez te has planteado cómo me siento yo al respecto?

—¿Tú?

—¡Yo también soy inmigrante! ¿O es que al ser europea y caucásica me has metido en otro saco? ¡Eres un maldito racista!

—¡Yo no soy…! ¡Joder! Se me ha ido de las manos, ¿vale? ¿De verdad crees que a mí me preocupa de dónde sea ese gilipollas? ¡Solo estoy cabreado por el espectáculo que ha montado esta noche! El muy imbécil ni siquiera le había contado a su novia que…

—Sus problemas de pareja los pueden resolver en privado. A mí me preocupa cómo te has comportado tú: como un auténtico cretino.

—¿Vas a defender a Ethan McHuevos? —Ya estábamos con los motes ofensivos…

—¡No le estoy defendiendo! Estoy intentando que mi hija crezca sin hostilidad y sabiendo que sus padres tienen otras parejas, y es cierto que su novia no es la persona más simpática de este planeta, pero sabe comportarse, a diferencia de ti.

—Tú ex me toca mucho la moral, Elena. Su sola presencia despierta lo peor de mí. Y debes de estar muy ciega si no eres capaz de ver el modo en el que te desnuda con la mirada. Es obsceno y ofensivo. Irrespetuoso. Cuando os veo juntos, no puedo evitar imaginaros follando como animales.

—¿Tú has visto bien a su novia? ¡Es una puñetera modelo de Victoria Secret? ¡Hasta yo quiero tirármela!

—¿Acaso estamos en los noventa? A nadie le gustan ya las modelos de Victoria Secret. Y

dudo que a ella esté todo el día mandándole mensajitos como a ti.

—Tenemos una hija en común.

—¿Y a tu hija de dos años le enseñas los *selfies* de su padre tomando café en Estocolmo o visitando el muro de Berlín?

Sus palabras me hicieron frenar en seco. Ethan me mandaba fotos desde los lugares que visitaba por trabajo, y siempre iban justificadas con alguna historia interesante detrás. Pero eso Noah no lo sabía.

—Yo no te he enseñado esas fotos. —Se quedó rígido con mi acusación, incapaz de responder nada—. ¿Me estás espiando el móvil?

—¡No! Yo…

No había nada que hiciera parecer más culpable a un novio celoso que cuando intentaba robarte tu propio móvil cuando querías descubrir en qué dispositivos estaba abierta tu sesión de WhatsApp. Y desde luego, yo no tenía un Mac…

—No es lo que parece… Confío en ti, plenamente, ¡lo juro!

—¿Antes o después de leer nuestras conversaciones? Teniendo en cuenta que no hablas español, debes de tener el Chat GPT echando humo.

—*Okay*, *babe*, ha sido un movimiento absurdo por mi parte, pero te juro que… —Negué con la cabeza mientras él me regalaba sus excusas baratas.

—Lárgate, por favor. Y ni se te ocurra volver a llamarme.

—¿Estás cortando conmigo por un malentendido? ¿Por ese capullo?

—¿Un malentendido? Eres racista, celoso y controlador. ¿Dónde ves tú ahí el malentendido?

—Te prometo que no volveré a hacerlo. Tu ex…

—¡Que te largues! —Esta vez no iba a ser tan educada.

—OK, lo pillo: necesitas tiempo.

No pillaba nada. No necesitaba tiempo, necesitaba alejarlo de mí antes de que nuestra relación se volviera aún más tóxica.

¿Es que no quedaba ningún hombre normal en el mercado?

—Elena…

—Se acabó. No me lo pongas más difícil.

Noah tardó más de lo que me hubiera gustado en desaparecer de mi cocina, cruzándose con Ava, que entraba en la cocina con el rostro encogido en una mueca tensa. Y sentí cierta simpatía hacia ella porque no tenía culpa alguna de ese circo en el que se había visto envuelta.

—Solo venía a por mi chaqueta.

Me aparté para que pudiera cogerla, dando por hecho que los tortolitos se irían a seguir discutiendo a otra parte, pero todo parecía indicar que Ava se iría sola esa noche. O esa impresión me dio cuando se cruzaron en la puerta de la cocina sin apenas mirarse. Yo tampoco quería ver a Ethan, así que me puse a fregar las cazuelas que no cabían en el lavavajillas, luchando por ignorar que estaba a tan solo unos centímetros detrás de mí, generándome un calor intenso en la espalda.

—Dame cinco minutos y te dejo libre. No pido más. —Ni siquiera me giré para mirarle, aunque sí incrementé la furia con la que meneaba el estropajo—. ¿De verdad vamos a despedirnos así?

31

¿De verdad vamos a despedirnos así?

—¿—No puedes negarme que hoy te estás coronando.

—Si lo analizas, yo *hoy* no te he hecho nada.

—¿Vamos a ponernos técnicos? —Esta vez sí me giré, secándome las manos con un trapo. Había calculado mal las distancias y su cuerpo estaba peligrosamente cerca del mío—. Justo cuando consigues que te tolere de nuevo, vuelves a ser el mismo capullo de siempre. Y yo sigo siendo la gilipollas que te lo permite.

—Si de verdad crees que yo diría algo así de ti es que, después de tantos años, aún no me conoces.

—¡Pues claro que no te conozco, Ethan! Siempre estás con tus misteriosos juegos de palabras, y yo me canso de intentar descifrarte continuamente. ¡Eres una maldita pérdida de tiempo! Hemos pasado por un montón de etapas y a veces siento que, en cada una de ellas, eras una persona diferente.

—Para ti sigo siendo el cabrón que te dejó, ¿verdad?

—Aún no me has demostrado lo contrario.

Suspiró, miró hacia el techo, se mordió el labio… Todas esas expresiones que no significaban nada sin un contexto que él no iba a darme. O tal vez me equivocaba…

—Independientemente de lo que yo pueda sentir por ti, eres la madre de mi hija. Te admiro, te respeto y creo que eres una mujer increíble. No sé si eso es realmente lo que quieres oír o para ti es más fácil seguir refugiándote en lo horrible que soy.

—¿*Refugiándome*? ¿Qué gano yo *refugiándome*?

—Distancia. Porque está claro que tú también estás acojonada con todo esto y te viene muy bien que esté lejos.

—¿Y por qué iba a estar yo acojonada?

—Lo sabes muy bien. Estamos en un punto en el que vamos a tener que tomar decisiones no tardando mucho. Podemos intentar descubrirlo juntos o fingir que no nos damos cuenta y enterrarlo, eso es cosa tuya. Yo, personalmente, estoy harto de dejar pasar la vida por miedo.

¿De qué me estaba hablando?

—Por favor, vete… Necesito estar sola y, entre los dos, me estáis agobiando ahora mismo. Ya hablaremos en unos días cuando…, no sé, se me pase el cabreo o me laves otra vez el cerebro con tus medias verdades que yo finjo que me creo.

—Pues tenemos un conflicto de intereses, porque yo no voy a largarme hasta que lo arreglemos. Hemos estado dos años sin hablarnos en contra de mi voluntad y no pienso pasar así ni un segundo más.

—¿En contra de tu voluntad?

—Eso he dicho, pero no espero que lo entiendas.

—Hace tiempo que no entiendo nada de lo que haces o dices. No sé si algún día llegaré a comprender por qué me dejaste realmente.

—Las parejas a veces salen mal, no hay que darle más vueltas.

—Ya, pero sabes tan bien como yo que a nosotros no nos iba mal, Ethan. ¡Éramos jodidamente felices! —Alguien tenía que poner las cartas sobre la mesa—. Y nadie deja a su pareja de un día para otro sin una muy buena razón para ello.

—Ya te di mis razones.

—No, me diste tus excusas. ¿Crees que soy idiota?

—¿Acaso piensas que hay algo más que no te estoy contando?

—O eso o no me querías tanto como decías, lo que contradice que no hayas entregado los papeles del divorcio y que no te quieras casar con tu novia. —Su rostro permanecía inalterable, como si aquello fuera ajeno a él—. Algo no me cuadra, pero sé que tú no me lo vas a contar. Por mi parte, puedes irte tranquilo. No estoy enfadada, solo… confundida. Mucho.

—¿Te… confundo?

No pude evitar contemplar sus labios con hambre. Su mirada descansaba en la mía, implorando respuestas.

—¿Me lo estás preguntando en serio? Hace unas semanas me pediste que cenáramos los dos solos, como si fuera una maldita cita; y, de la noche a la mañana, cambias de idea, te presentas aquí con ella y apenas te he visto el pelo hasta hoy, que he tenido una sobredosis de emociones que no sé ni cómo gestionar. ¡No te equivoques! A mí me parece genial que vengas con Ava. Es tu novia, es lo correcto, lo respeto… Pero, entonces, hoy…

—¿Querías tener una cita conmigo?

—Lo de esta mañana contradice un poco todo lo demás. —Suspiré. No quería responder a su pregunta—. ¿Es qué no te importa que sigamos casados? ¡Tienes novia, joder! Deberías estar como loco por dar pasos con ella y cortar lazos conmigo cuanto antes.

—No tengo por qué responderte a eso.

—¡Ese es el problema, Ethan, que tú nunca respondes a nada! Y yo estoy harta de hacerle preguntas al viento.

—¿Acaso crees que tú no me confundes? —Con un paso al frente quedó tan cerca de mí que me sentí acorralada contra el fregadero—. Tan pronto me pides que no te llame como que me buscas con cualquier pretexto. Dices estar enamorada de ese imbécil, pero es conmigo con quien platicas por las noches mientras él está en tu cama.

—Te he sido clara desde el principio: la única razón por la que aún te hablo es porque tenemos una hija en común. Ahí acaba mi compromiso contigo. Ni siquiera somos amigos. Tenerte cerca me hace daño.

—¿Es eso cierto? ¿Es solo por Gaia? —Asentí, aunque no estaba siendo honesta ni con él ni conmigo misma—. Entonces no hay confusión posible. Voy a despedirme de mi hija, que para eso vine a Nueva York: únicamente a estar con ella.

Me quedé en la cocina como una cobarde mientras él se despedía de las niñas y de mi compañera de piso. No tardé en escuchar la puerta anunciando su partida. Suspiré y moví el cuello de un lado para el otro, notando la tensión que se me había acumulado en los hombros. Por fin finalizaba un día de mierda.

Mi compañera entró sigilosa en la cocina, con esa mirada de madre metomentodo con la que me miraba algunas veces.

—No voy a preguntarte cómo estás, pero si necesitas hablar… —Asentí con la cabeza, aún con la mirada perdida en el suelo de la cocina, que necesitaba que alguien lo barriera con urgencia—. ¡Vaya nochecita, eh! El polvo de reconciliación va a ser brutal.

—¡Pues qué lo disfruten!

—No me refería a ellos… En serio, Elena, estaba cantado que esta situación iba a acabar explotando antes o después.

—¿Podrías gestionarme tú el divorcio? Sé que no es tu especialidad, pero estoy a punto de cometer un crimen, así que igual me puedes hacer un dos por uno cuando lo asesine.

—¿Eso es lo que realmente quieres? —La miré como si estuviera mal de la cabeza—. Haz el favor de poner el móvil en silencio porque me está volviendo loca con tanta notificación.

Miré de reojo el móvil. Tenía al menos cinco llamadas de Noah y tres mensajes, de los cuales, uno era de Ethan.

—¿Puedes leerlo tú? Ahora mismo ver su nombre en la pantalla me pone enferma. El de cualquiera de los dos… —La muy chismosa no dudó ni un segundo en leer el contenido para sí. No sé qué ponía, pero se le iban a salir los ojos de las órbitas—. En alto, si no te importa, que soy yo quien tiene que enterarse de lo que pone.

—«¿*Quieres verdades?*» —leyó con ese acento venezolano que le había pegado su ligue —. «*Cuando le conté a Ava que tenía una hija, me hizo un montón de preguntas que no quise contestar. ¿Qué podía decirle?*». ¡Uy, esto se pone interesante! —Sio siguió leyendo el mensaje en silencio para provocarme, tapándose la boca con la mano por la sorpresa—. ¡Por todos los dioses!

—¿Quieres hacer el favor de seguir?

—Pensaba que no te interesaba… —Esquivó con maestría la lima que le tiré de malos modos —. Está bien, está bien… *«¿Qué podía decirle? ¿Que eres todo mi mundo? ¿Que, si de mí dependiera, aún estaría contigo?*». —Tuve que mirar la pantalla para comprobar que realmente había escrito eso—. «*Fue más fácil decirle que solo fuiste un polvo en un baño, que confesarle que, cuando me sonríes, se me sigue poniendo el mundo un poquito del revés. Que espero ansioso que llegue la noche para oír tu voz al teléfono, aunque solo me llames para quejarte del metro. Nunca quise hacerte daño, pero mi vida siempre estuvo escrita en las cartas*».

—¿De qué está hablando?

—Calla y escucha, que no he terminado: «*A la pena añadida de no saber cuándo volveré a ver a mi hija, me voy con la sensación de que me ha faltado un abrazo de despedida, que sé que tú también querías darme. Porque me niego a creer lo que me has dicho en la cocina…*». Espera, ¿qué le has dicho al pobre chico?

—¿*Pobre chico*? —repetí incrédula—. ¿Pero tú de qué lado estás?

—De los finales felices, siempre. ¿Qué le has dicho?

—¡Yo qué sé! ¡Estaba cabreada! He dicho muchas cosas… ¡Lee!

—«*No todas las máscaras son de turquesa, y yo ya estoy harto de llevar la mía puesta. Postdata: Te he dejado algo en tu cuarto cuando subía a despedirme de Gaia. No es un regalo, solo un resumen de mis últimos años sin ti*». ¡Por todos los dioses! ¿Subes o subo? —preguntó sin darme opción a responder—. Subimos las dos, que yo esto no me lo pierdo…

Si Sio no me hubiera obligado a subir, esa noche habría dormido en el sofá por no tener que enfrentarme a lo que fuera que me esperaba arriba.

Me sorprendió encontrarme una cajita de madera con una bonita imagen del Callejón del Beso de Bucerías, que enseguida supe que la había pintado Marcelo. Los recuerdos de aquel lugar me golpearon con fuerza.

En su interior, me encontré un cardo y un montón de marcapáginas de distintos lugares del mundo, todos ellos con la fecha en la que habían sido adquiridos escrita por detrás. No quería más regalos materiales. Quería una puta verdad. Solo eso.

—¿Por qué todo el mundo te regala flores con pinchos, compi?

—Es la flor de Escocia —respondí encogiéndome de hombros.

—Ya, y el cactus es de México, ¿qué tendrá que ver? Llámame tradicional, pero sigo prefiriendo las rosas.

También encontré el mecanismo de una cajita de música que, al girar la manivela, hacía sonar

el estribillo de *Temple of Thought*, de Poets of the Fall. Me vinieron de golpe todas las veces que habíamos hecho el amor con la desgarradora voz de Marko Saaresto de fondo, entonando esa promesa que definía el más puro amor. Todas las veces que Ethan me la había tocado en la guitarra. Esa canción… era jugar muy sucio.

¿Por qué irrumpía en mi vida, presentándose en mi casa con su nueva novia y una cajita de música con la que fue nuestra canción escondida en el bolsillo?

—Ese idiota tiene clase. —Sio sostenía uno de los marcapáginas en la mano. Era de Islandia, sabía por Mike que habían ido juntos poco después de romper conmigo—. Elena, no quiero ser la típica amiga moralista, pero pienso que deberíais aclarar en qué punto estáis, porque os estáis metiendo los dos en un jardín… Y lo peor es que creo que no os estáis dando ni cuenta.

Era cierto: no me estaba enterando de nada. ¿Por qué había seguido comprándome marcapáginas si ya no estábamos juntos?

Las emociones contenidas fueron transformando mi cara, desde la añoranza hasta la frustración. Odiaba sentir que no era capaz de seguir el argumento de la película que yo misma estaba protagonizando.

—¿Vas a contestarle? —preguntó, yo negué con la cabeza.

—Esto no cambia nada. Solo son un puñado de marcapáginas y una caja de música.

—Pues a mí me parece una declaración de intenciones. Esa canción es una promesa: siempre estará ahí para secar tus lágrimas y alejar tus miedos.

—Muy loable, teniendo en cuenta que él es el responsable de la mayoría de las lágrimas que he derramado en los últimos años.

Escondido entre los marcapáginas, había una nota que había garabateado rápido usando la libreta de mi mesilla:

Fuiste un polvo en un baño, sí, y también los mejores despertares de mi vida. Sé que tengo una habilidad impresionante para fastidiarla contigo, pero espero que no me apartes de tu vida. Prefiero ser el segundo violín, a no estar en la orquesta.

Me senté en la cama con la nota en la mano, y me la llevé al pecho. Siobhan me la arrebató para leerla en silencio.

—¿Estás bien?

—¡No, joder, claro que no estoy bien! ¡Estoy de nuevo en una puñetera montaña rusa desde que Ethan apareció en mi vida! Y ni siquiera soy capaz de ver el recorrido. ¿Qué se supone que tengo que hacer yo ahora con todo esto? ¿Darle las gracias? —Estaba colérica—. ¡Han pasado dos malditos años! Está saliendo con esa chica; yo tengo mi vida en Nueva York. No puede venir

ahora, después de cómo me dejó, dándome a entender que no ha dejado de pensar en mí… Si es que eso es lo que tengo que extraer de todo esto.

—No sé qué decirte, cariño. Entiendo que estés confundida y abrumada, y…

—¡Furiosa es lo que estoy! ¿Por qué cojones me dejó, Sio? ¿Por qué me ha dicho hoy que ha estado sin hablarme «*en contra de su voluntad*»?

—Me temo que eso tendrás que descubrirlo tú.

A veces solo hace falta una gota para colmar un vaso. No sé cuál de todas las gotas fue la que propagó ese tsunami emocional, pero en las semanas siguientes me vi sumergida en un vaivén de contradicciones constantes.

Luchaba cada día por que la razón dominara a cualquier otro instinto, pero no podía. Me sentía de nuevo como cuando tenía veintitantos y Ethan se convirtió en mi obsesión, esa relación tóxica que me hacía gemir por las noches y de la cual no podía decir palabra por el día porque era un amor prohibido. Solo que, esta vez, los gemidos me los arrancaba un trozo de silicona morado.

A Ethan le gustaba jugar al despiste, tantear sus posibilidades y dejarme con la duda. Soltarme pildoritas en forma de esas verdades a medias de las que él era un maestro, y yo una mera aprendiz.

Nuestros encuentros siempre me dejaban hecha polvo. Me sentía enferma, celosa, abrumada, aterrada, asfixiada... ¿Y todo para qué? Porque él seguía actuando como si nada, como si no me hubiera mandado un mensaje amenazando con darle la vuelta a nuestra historia —si es que quedaba algo de ella—, como si no me hubiera mandado esa maldita canción.

Cuando llamaba para hablar con su hija, lo hacía manteniendo las distancias, y yo actuaba en consecuencia. Era por la noche, en la soledad de mi habitación, cuando releía mil veces la maldita nota que me había dejado sobre la cama.

—Toc, toc, ¿se puede? —Sio llevaba un precioso vestido de seda fucsia que le sentaba de infarto—. Hoy tengo una cita, ¿puedes quedarte con Karishma o llamo a la niñera?

—Lo siento, tengo que pasarme por la agencia y no llegaré hasta las ocho. ¿Con quién has quedado, compi? ¡Estás despampanante!

—No me hagas decirlo. —Se contoneó como una quinceañera.

—Y luego dices que no te interesa el venezolano…

—Sí me interesa, no quiero ataduras. Son conceptos distintos. Nos va bien así: cada uno en su casa y nuestros respectivos dioses en la de todos. Y hablando de ataduras… Ethan ya ha firmado los papeles del divorcio. Esta vez, de verdad. —Dejó un sobre en mi mesita, desafiándome con la mirada—. Ya solo faltas tú, ¿quieres hacerlo ahora o prefieres leerlos con calma antes?

¿Por qué me dolió tanto volver a pasar por todo ese proceso si yo creía que ya estábamos divorciados? Si esta vez era yo quien lo había sugerido…

—Déjalos por ahí, ya les echaré un vistazo…

—Firmar son solo cinco minutos, mujer —insistió con el boli en la mano. Sabía que me estaba provocando.

—Tengo prisa. Mark me está esperando. —Como excusa, era bastante pobre, aunque fuera cierto.

Sio miró la nota de papel que sostenía en mis manos, pero no dijo nada al respecto.

—¿Estás lista para el viaje?

—Prefiero no pensarlo. No me hace gracia separarme tanto tiempo de mi hija.

—No te preocupes por ella, no pienso quitarle el ojo de encima.

—Tampoco me fío de Farrell. No podemos olvidar que, en cierto modo, es un criminal…

—Presunto. ¡Cómo me gusta esa palabra! ¿Sabías que significa jamón serrano en portugués? —A veces me costaba seguir sus cambios de conversación—. ¿Qué más te preocupa?

—No sé qué me voy a encontrar en cuanto al caso ni en cuanto a Ethan… Es géminis y nunca sé a cuál de los dos gemelos voy a encontrarme, si al príncipe azul o al dementor que me absorbe la energía…

—Sabes que eso de los horóscopos son tonterías, ¿verdad?

—Dijo la que le pone velas a un elefante.

—¡Un respeto! No te burles de Ganesha.

—Me estoy burlando de ti, no del elefante…

—¿Te has planteado que harás si intenta algo contigo en Gili? A mí su mensaje me pareció bastante claro: «*No todas las máscaras son de turquesa y yo estoy harto de llevar la mía puesta*».

—Sabes que Mark me sacaría del caso si ve el más mínimo tonteo.

—No es eso lo que te estoy preguntando… ¿Qué quieres tú?

—¿Quieres la versión de mujer feminista con mucho amor propio o la realidad?

—Estás colgada por él. ¿Por qué narices me pides que te gestione el divorcio entonces?

—Intento odiarle, recordar el daño que me hizo, pero, cuando estamos juntos…, te juro que se me olvida todo. Es como si conectara mis puntos cardinales y, de repente, todo tuviera sentido otra vez. Me excita con solo una mirada. Y, cuando hablamos, es como si…, como si viera a través de mi alma. Pero luego lo pienso y… me aterra lanzarme porque sé que, cuando se trata de él, el paracaídas podría no abrirse. Y no quiero volver a pasar por eso otra vez. No puedo arriesgarme al dolor. Igual debería conformarme con otro como Noah, que me ofrezca una relación convencional y vainilla y…

—¿Pero tú estás escuchando lo triste que suena eso? ¿De verdad renunciarías a alguien que te provoca todas esas emociones por miedo al final?

Sio se acercó a mí y apoyó sus manos en mis hombros, obligándome a quedar cara a cara con ella.

—Y sé que debería haberle olvidado ya, han pasado más de dos años…

—Uy, cariño, estas cosas no funcionan así. Hay amores que duran toda la vida.

—¡Qué bien! —Me llevé la mano al pecho, notando una sensación de vacío que lo llenaba todo—. Voy a tener que vivir con esta congoja para siempre.

—Nadie ha dicho eso. Apuesto a que este viaje no solo va a darte pistas para el caso McGowan… Ethan está siendo bastante evidente contigo, solo que tú no quieres verlo. Dime una cosa: si supieras que el destino está escrito y no os quedara mucho tiempo para estar juntos, ¿seguirías perdiéndolo con discusiones absurdas o aprovecharías cada instante para dejaros sin aliento?

No supe qué responderle a eso. Afortunadamente, yo no creía en esas cosas. Solo yo era dueña de mi destino.

—¿Eres consciente de que no vas a poder hablar con tu hija en quince días? —Que Mark dudara tanto de mí a esas alturas rozaba lo ofensivo.

—Me lo has repetido diez mil veces, al igual que me has repetido que no puedo enamorarme de ninguno de los tres agentes con los que voy, porque, por alguna extraña razón que todavía no comprendo, sigues pensando que no puedo tener las piernas cerradas.

—Yo no he dicho eso. Solo quiero asegurarme de que lo de tu hija queda claro porque va a ser muy duro para ti, Elena. Yo también tengo hijos y sé lo que es echarlos de menos, aunque a mí me queda la tranquilidad de que están con su madre.

—Estará con Siobhan —recordé—. Gaia no podría estar en mejores manos. Y habéis jurado mandar vigilancia.

—En cuanto a lo otro…, puedes enrollarte con Lalo si quieres, el chico está muy solo últimamente, pero a Logan y a Ethan me los dejas tranquilitos. Concentrada y sin gilipolleces. Me importa una mierda la relación que tengas con tu exmarido fuera de la agencia, en Gili sois agentes y, si se plantea una situación de riesgo, mente fría, evalúas tus opciones y te lanzas a por quien tenga más posibilidades de sobrevivir. ¿Me estás entendiendo por dónde voy, Elenita?

—Sí, Markitos. Y te aseguro que adoro a Lalo y a Logan por igual, pero, si Ethan está en peligro, voy a saltar a por él. Es el padre de mi hija.

—¡La madre que te parió! Te quiero a dos metros de tu exmarido, como si estuvieras en el 2020 y tuvieras el puto Covid. Demuéstrame que puedo volver a confiar en vosotros.

—¿Por qué te preocupa tanto que Ethan y yo volvamos juntos?

—No quiero que jodáis la misión de nuevo.

—¿Cómo? Repetís lo mismo una y otra vez, y te juro que no lo entiendo. Ya hemos probado que juntos somos invencibles.

—No me hagas vomitar. O lo que es mejor, cancelar tu billete de avión. Porque razones me estás dando más que de sobra… ¿Estáis follando otra vez?

—¡Claro que no! Solo intento entender qué problema tienes con nosotros.

—Que sois un dolor de cabeza. ¿Te importaría centrarte en la maldita misión? Ahora eres una agente en nómina y, como tal, tienes que ceñirte a las normas. Os he comprado unas pulseras para que os las pongáis los cuatro. Parecen un mero accesorio, pero, cuando pulsáis la placa central, envían señales luminosas y vuestra localización a todos los móviles conectados. Tiene un micro y una pantallita donde podréis leer mensajes, como si fuera un busca. Os hemos asignado un color a cada uno.

—¡Qué sofisticado! ¿Es esto un procedimiento de seguridad estándar o es que tú tampoco te fías de Farrell?

—No he llegado donde estoy por fiarme de la gente.

—¡Pues qué triste todo, Mark! ¡Qué triste!

32

24 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

Íbamos listos para la aventura, preparados para cualquier contratiempo, inseguros e inciertos, con temor a que el plan que habíamos trazado con ayuda de Farrell no fuera sino una trampa; pero aquel viaje a Indonesia rebeló secretos y armas para nuestra guerra.

Escondidas entre las islas de Bali y Lombok se encontraban tres islitas de menor tamaño llamadas Gili. La más grande de ellas era Gili Trawangan, cuyo nombre procedía de la palabra indonesia *terowongan*, que significaba *túnel*, haciendo referencia a los túneles construidos por los japoneses en la Segunda Guerra Mundial.

Durante años, habíamos intentado descifrar qué significaban las palabras que Yvaine McGowan repetía como un mantra y Ethan se había tatuado en el brazo para no olvidar: Grandeza, Inocencia, Lujuria, Isla y Tiempo. Las pistas siempre estuvieron ahí, pero nosotros nunca les dimos importancia. Por ejemplo, el colgante que Yvaine regaló a Ethan antes de morir contenía una secuencia de números y letras en el reverso, muy similares a los que posteriormente encontramos escritos en los márgenes de su diario.

No fue hasta mi despedida de soltera, cuando conocí a unos jóvenes que se estaban tatuando las coordenadas de Ibiza, que comprendimos que todas esas pistas nos estaban llevando a un mismo lugar.

Hacía menos de un mes que Farrell nos había guiado en esa dirección, aunque se había negado a compartir los detalles, pues quería poner a prueba nuestra intuición antes del siguiente paso, que nos llevaría directamente a Morelia.

Yo seguía sin fiarme de él. ¿De verdad iba a ser capaz de luchar contra su hija cuando se desatara la gran guerra?

Después de un vuelo interminable, al que sobreviví a base de películas y la inagotable conversación de Lalo, llegamos al aeropuerto de Denpasar, en Bali. Cogimos el equipaje y un taxi nos llevó al puerto de Serangan, donde un pequeño barco nos transportó hasta Gili T.

Estaba nerviosa. Apenas había cruzado palabra con Ethan en las últimas semanas, más allá de la misión Maíz Azul en la agencia, y no sabía qué me iba a encontrar. Le habíamos jurado a Mark que ya no había nada entre nosotros, pero todos sabíamos que aún había mucho pendiente por resolver.

Las doce horas de diferencia con Nueva York me pasaron factura. Si conseguí mantener los ojos abiertos fue porque sustituí la sangre de mis venas con café de civeta, uno de los más caros del mundo, ya que el grano que utilizaban había pasado antes de tostarlo por el tracto digestivo de un bicho muy simpático y cagón. Prefería no pensarlo…

Desembarcar en Gili T. no fue tan glamouroso como esperaba. El barco atracó en la orilla y tuvimos que bajar de un salto y con la maleta en brazos para que no se mojaran nuestras pertenencias. La experiencia de llegar al hotel no fue mucho mejor… A falta de taxis, tuvimos que montar en un diminuto carro de colores vibrantes donde a duras penas cabía una persona sentada. Si Lalo y yo, que no llegábamos al metro setenta, nos íbamos dando de cabezazos con el techo en cada bache de esa carretera sin asfaltar, no quería ni imaginarme la experiencia que habían tenido Logan y Ethan con su casi metro noventa de estatura...

Aunque estaban construyendo infinidad de complejos turísticos, la isla todavía se mantenía

bastante virgen, lejos de las aglomeraciones de otros lugares como Ko Phi Phi o Santorini. El aire olía a pescado a la parrilla y a frutas tropicales, y las aguas azul turquesa con fondo de coral blanco creaban un paisaje casi irreal.

Llegamos al alojamiento a eso de las cinco de la tarde. La agencia había alquilado una villa con cuatro mini bungalós acristalados con baño individual y varias zonas comunes privadas, entre las que se incluían un salón de ocio, una cocina, una piscina y un pequeño gimnasio.

El recepcionista nos informó de que la isla era musulmana y nos habló de algunas normas sociales básicas a seguir. A Lalo se le hicieron los ojos chiribitas al descubrir que su religión no les impedía servir *chelas* a los turistas. ¡Increíble! Yo solo podía pensar en darme una ducha y echarme una siesta de veinticuatro horas, y él ya estaba pensando en divertirse en nuestra primera noche de trabajo…

Pero mis deseos de algo tan simple se vieron truncados cuando un Logan sin camiseta nos vio aparecer y dejó de hacer ejercicio en el jardín para correr hacia mí y cogerme en brazos.

—¡Caoineag! ¡Qué ganas tenía de verte! ¿Cómo estás?

Pasaban los años y él seguía llamándome por el nombre de esa *banshee* escocesa que lloraba y predecía la muerte de los clanes. A mí me daba mal fario.

Me uní a su abrazo, a pesar de que estaba tan empapado de sudor como yo. La maldita humedad de la isla había puesto cada poro de mi cuerpo en modo aspersor, además de encresparme el cabello.

—Yo también tenía ganas de verte, *highlander*.

Así que eso es lo que escondía Logan bajo la camiseta… Me impactó un poco verlo por primera vez pues, con esos ojos verde grisáceo caídos, que no llamaban mucho la atención, y su cara de niño, jamás pensé que tuviera un cuerpo en el que hasta sus músculos tenían músculos. ¿Qué eran esas cicatrices redondas que tenía en la espalda y el abdomen?

—Hemos decidido que esta noche nos la vamos a tomar de relax y mañana nos centramos en el caso. Hagamos algo loco, ¿qué te apetece hacer que normalmente no puedas en Nueva York?

—¿Dormir? —respondí abatida—. ¿Qué? Soy madre soltera. Las horas de sueño están muy cotizadas en mi vida.

Detrás de él, Ethan se secaba con la toalla y se ponía una camiseta antes de acercarse a nosotros. Esos dos hombres sin ropa parecían un puñetero anuncio de colonia con tanto abdominal y tatuaje a la vista. Me estaba poniendo enferma.

—Perdona que no sea tan efusivo como Logan, pero es que estoy hecho un asco —se disculpó con una sonrisa encantadora. Él no parecía tan nervioso como yo lo estaba por ese reencuentro —. ¿Qué tal el vuelo? Nosotros llegamos ayer y no he pegado ojo. El *jet lag* me está matando, y el café, todo llenito de posos, no termina de convencerme…

—He fichado un local donde lo ponen estilo italiano, si te apetece que probemos…

—Me temo que será mañana —interrumpió Lalo también en español, dándole un abrazo a Ethan—. ¿Café o chelas, *cuate*[9]?

—Eso ni se pregunta… Una ducha y soy todo vuestro.

Mi habitación era espaciosa y bien iluminada, gracias a que las paredes habían sido sustituidas por una cristalera que daba a la piscina. Unas pesadas cortinas concedían la intimidad y oscuridad necesaria para la noche. Y, después de gritar como una loca para ver si alguien acudía en mi auxilio, entendí que estaba bien insonorizada, algo que resultaría muy útil si tuviera pareja, y no tanto si alguien me descuartizaba en plena noche.

El baño era otra historia… Precioso, con piedras pulidas y orquídeas por todas partes, velas y un jardincito zen, pero… estaba al aire libre. El váter —que además de papel higiénico, tenía un

sofisticado sistema de chorritos de agua a presión— estaba entre paredes acristaladas; la ducha era una cascada artificial al aire libre y la bañera estaba bajo una techumbre de madera maciza, todo ello sin paredes de ningún tipo. Después de comprobar desde todos los ángulos posibles que nadie podría verme mientras disfrutaba de esa pecaminosa cascada artificial, dejé que el agua se llevara por delante el cansancio y el sudor.

Aunque el sentido de la vista estaba cubierto, nada podía evitar que en ese baño se escuchara todo lo que pasaba alrededor. Oía con claridad la ducha de mis compañeros, a Lalo cantando a Christian Nodal a voz en grito y a Logan pidiéndole que le dejara ducharse en silencio, pues era bajo el agua donde tenía las mejores ideas.

A pesar del jaleo, estaba tan cansada que tuve que abrir los ojos a riesgo de quedarme dormida. Y entonces lo vi; lo vi y él me miró a mí, y me sacó la lengua con un gesto indiferente. Y yo pegué un grito que alertó a todas las islas de la zona.

Me anudé la toalla en el pecho y salí de allí cagando leches. Mis tres compañeros no tardaron en presenciarse en mi cuarto de baño; Logan ya se había vestido, pero Ethan y Lalo estaban igual que yo, con una toalla cubriendo esos cuerpos de infarto. Y una no es de piedra…

—No me digas que estabas gritando por el gueco —adivinó Lalo, señalando al simpático réptil con traje de lunares que abría y cerraba la boca cuando él lo acariciaba—. ¿Vosotros dos estáis seguros de que Elena está lista para la misión?

—Ahí donde la ves, sobrevivió a la selva de Palenque —informó Ethan, haciéndole partícipe de nuestros recuerdos.

—Os agradecería mucho que os largarais los tres para terminar de arreglarme —rogué avergonzada—. Y podéis llevaros al bicho ese, si tanto os gusta…

Dicho y hecho, Lalo cogió al animalito y lo sacó de mi ducha, aunque mucho me temía que el gueco no atendía a razones y volvería a entrar en ella cuando le diera la gana.

Me puse un top negro, unos *shorts* beige cortitos y unas sandalias de *trekking*. Con el calor y la humedad había prescindido de usar perfume ni maquillaje que atrajera a los mosquitos, a excepción del rímel, y mi pelo había cobrado vida propia.

Me encontré a mis compañeros charlando en las tumbonas de la piscina. Ethan estaba tan… salvaje. Sofocante. Llevaba una camiseta negra ajustada, pantalones cortos cargo caqui y deportivas. Se reía ante alguna de las burradas de Lalo, ajeno al influjo que tenía sobre mí.

Aquel viaje iba a ser una tortura…

Perdí la cuenta de cuantas cervezas cayeron tras la cena en un chiringuito de playa. Estábamos descalzos y tirados en un *pouf* en la arena. El sol se bañaba en el mar. De fondo, música para turistas, mezclando ritmos latinos con *hits* internacionales.

Jamás pensé que acabaría bailando *Suavemente*, de Elvis Crespo, en Indonesia con Lalo en una improvisada pista de baile en la arena.

—¿Por qué no me habías dicho que sabías bailar? —pregunté con sorpresa—. Podríamos haber salido algún día después del trabajo…

—Porque no quiero cabrear ni a tu novio ni a tu exmarido. Uno me da pena y el otro respeto.

—He dejado al primero y en cuanto al segundo… Al parecer, mi todavía marido lo aprobaría. —Lalo arqueó una ceja, antes de hacerme una pirueta—. Me lo dijo él mismo.

—¿Y tú te lo has creído? —se burló con esa expresión traviesa que siempre tenía en el rostro.

A esa canción la siguieron varios temas de merengue y salsa que no dudé ni un instante en bailar con él, e incluso una bachata, en la que mantuvimos un poco las distancias.

Sentía la mirada de Ethan calentándome la piel. La inquietud que se reflejaba en sus ojos de selva me animó a acercarme a Lalo, sugerente.

Este no pareció sorprendido por mi actitud, sobre todo, cuando siguió la dirección de mi mirada y se topó con un Ethan receloso, que desviaba la suya hacia la playa.

—Elenita, que te quemas…

—Prefiero quemarme a morirme de frío.

No sabía qué estaba haciendo. La idea de quedarme a solas con Ethan se me antojaba deliciosa.

Rihanna comenzó a cantar *Wild Thoughts*, y decidimos regresar con nuestros compañeros. Demasiado inapropiada para sentarme al lado de Ethan, era como si esa canción describiera en voz alta cómo me sentía: «*cuando estoy contigo, solo tengo pensamientos salvajes*».

Mark nos hubiera matado al saber cómo estábamos pasando la primera noche de misión, pero necesitábamos un poco de diversión antes de meternos de lleno en el caso.

Una camarera extranjera llegó con una nueva ronda de cervezas y me miró con curiosidad, después de pegarles un repaso a los tres especímenes que me acompañaban. Estaba convencida de que todas las mujeres de la isla me envidiaban en secreto.

—¿De qué estabais hablando? —Lalo quiso incorporarse a la conversación.

—Nos estábamos preguntando cómo serán las indonesias en la cama —soltó Logan sin tapujos.

—Me interesa —agregó Lalo, frotándose las manos—. ¿Tenéis pensado hacer alguna comprobación? Porque yo tengo el Tinder echando humo…

—¿Quién me mandaría a mí venir con tres hombres? —suspiré.

—La conversación tiene una explicación, más allá de que somos unos pervertidos —se justificó Ethan—. Los tipos de la mesa de al lado estaban hablando de un *ranking* de mejores amantes clasificados por nacionalidades, y lo hemos mirado en internet. Al parecer, los británicos, los americanos y los alemanes encabezan la lista de peores amantes del mundo. Y entre los mejores…, España, México e Italia.

—Lo siento, Logan. —Lalo le puso una mano en el hombro, mostrándole su apoyo.

—Vale, tú eres cien por cien mexicano, te admito la chulería; pero este es un engendro, ¡no me jodas! —protestó Logan, señalando a Ethan.

—¿De verdad te crees esas chorradas? —rio el aludido—. Esas cosas van en la práctica y el interés, no en la genética.

—¿En serio habéis usado el móvil de la agencia para mirar rankings sexuales? —pregunté alarmada.

—No es lo peor que van a encontrar en mi historial… —Lalo escondió una mueca tras su botellín de cerveza.

—Elena, tú que has estado con él…, ¿tira más a británico o a mexicano? Ya me entiendes… ¿arriba o abajo del *ranking*?

Miré a Logan sin terminar de creer que se sintiera acomplejado por lo que una página de Internet pudiera decir sobre sus dotes sexuales.

—¡Por Dios, no respondas! —pidió Ethan, poniendo los ojos en blanco y retirándole la cerveza a su amigo.

—Creo que la respuesta es bastante obvia, teniendo en cuenta que sale con una de veinte… —No sé por qué dije eso, tal vez el alcohol me puso celosa, pero Ethan se volvió a mí con el ceño fruncido.

—Yo no podría con una veinteañera, tío. Algunos días no tenía fuerzas para satisfacer a mi mujer, imagínate con una a la que le doblo la edad —afirmó Logan, visiblemente perjudicado.

—¿Cómo está Claudia? ¿Sigue en Lisboa con los niños? —preguntó Lalo. Logan asintió con

tristeza.

—Eso creo, últimamente no hablamos demasiado... Dice que le hace daño.

—¿Qué me he perdido? —Me incorporé en el *pouf* con cierta sorpresa.

—Es una larga historia, era lo mejor para todos.

No quise hacer más preguntas, pero no me cuadraba. Logan y Claudia habían tenido un bebé hacía no mucho y me constaba que él estaba enamoradísimo de su mujer. ¿Qué habría pasado? Encontré en Lisboa la excusa perfecta para cambiar de tema.

—Lisboa sería un bonito lugar para empezar de cero. ¡Mataría por un *«creampie»*[10] ahora mismo! —aseguré en inglés, recordando esas deliciosas tartitas de crema típicas de Belém.

Las conversaciones cesaron de golpe y tres pares de ojos saltones se dirigieron a mí.

—¿Nos estás proponiendo algo, Caioneag? —preguntó Logan con tonito.

—¿Soy la única que se ha quedado con ganas de postre? —repliqué ingenua.

Lalo se llevó las manos a la cara, sofocado; Logan buscó una explicación en el rostro de Ethan, que tampoco daba crédito a lo que oía. Yo, sinceramente, no sabía qué les había escandalizado tanto, si siempre había sido de estómago agradecido…

—Con *«creampie»*… ¿te refieres a los « pasteles de nata»? —probó Ethan en un susurro en español que me hizo cosquillas en el cuello.

Le miré como si me estuviera haciendo la pregunta más obvia del mundo. ¿De qué color era el caballo blanco de Santiago? De pronto, él echó a reír, aclarándoles a todos el malentendido, incluida a mí misma.

—¡También se dice «pastel de nata» en inglés, Elena! Lo del «*creampie*» es… otra cosa. Y dudo que sea algo que quieras probar esta noche con nosotros… Mark nos degollaría a todos.

—¡Dios mío! —Esta vez fui yo quien se llevó las manos a la cabeza, recuperando la lucidez que había perdido con las cervezas—. ¿Cómo podéis pensar que os estaba proponiendo algo así?

—No sé, Ethan siempre decía que eras muy abierta en la cama, así que… —respondió Lalo.

Asesiné a Ethan con la mirada, ¿qué les había contado a sus amigos?

Los dos phoenixbonders reían a mandíbula batiente y nosotros dos nos poníamos de todas las tonalidades de rojo.

—Creo que necesito ponerme al día con las cervezas para cogeros el ritmo. ¿Por qué no vais a por una ronda? —rogué.

Esperaba que la cola los mantuviera ocupados durante un buen rato, que yo iba a emplear en hablar con Ethan de lo que había pasado en mi casa, pues hacía semanas que me evitaba cuando sacaba el tema. Iba a por todas en ese viaje, a corazón abierto, aun sabiendo que el riesgo a que me lo partiese era elevado.

—¿De verdad llevas tres años comprándome marcapáginas? —La expresión de su rostro se congeló al oírme—. ¿O has sobornado a algún coleccionista para que te los venda todos por un módico precio?

—¡Órale, me pillaste!

—Mentiroso, he hecho la prueba del Carbono-14 y las fechas coinciden con las que escribiste por detrás.

—Estás loca. —Su sonrisa se perdió en el botellín de cerveza.

—¿Vas a decirme lo que significa o prefieres seguir evitando el tema?

—¿Qué significa el qué? —Desvió la mirada mientras hablaba, perdiéndose en la barra donde esperaban nuestros amigos.

—Los marcapáginas, el cardo, la nota, el mensaje, la cajita de música con nuestra canción… No sé qué extraer de todo esto.

—No pierdas el tiempo descifrándome, güera: solo era una disculpa.

No le creí. Ni siquiera fue capaz de mirarme a los ojos cuando me hablaba. Lalo y Logan regresaron a la mesa cargados de cerveza y frutos secos recubiertos de wasabi. No, gracias.

Los tres se enzarzaron de nuevo en una conversación de coches deportivos en la que no tuve mucho que añadir.

No me pasó desapercibida la curiosa amistad que habían creado Logan y Ethan, cuando hacía apenas tres años, este había echado a aquel de su casa con amenazas e insultos tras acusarle de acostarse conmigo. No tenía sentido.

—¿Se puede saber cómo es que Logan ha pasado de ser la causa de nuestro divorcio a tu *partner in crime*[11]?

—Meterse en líos une mucho —respondió de manera vaga e imprecisa, mientras Lalo reclamaba de fondo saber a qué me refería.

—Ethan me acusó de acostarme con Elena. —Logan se desternillaba él solo de la risa. ¡Benditas cervezas!—. ¡Y con Duarte!

—¿Te acusó de acostarte con Duarte? —Lalo casi se atraganta.

—¡A mí no, idiota! ¡A ella! —Los dos rompieron a reír de lo absurdo de la conversación.

—¿Os importaría dejar de hablar de nuestra vida privada como si no estuviéramos delante? —intervino Ethan.

—Lo sorprendente no es que vosotros dos seáis ahora amigos, sino que Elena aún te siga hablando —rio Lalo.

—No me des ideas… —repliqué.

—Eso, no le des ideas… —agregó Ethan con una de sus sonrisitas.

—Supongo que eso es lo que queda cuando se va el amor, ¿no? —Mi mirada le buscó en silencio, provocándolo con mis palabras—. Ahora somos buenos amigos.

Me dio la callada por respuesta. A algunos el alcohol les vuelve divertidos, como era el caso de Logan y Lalo. Otros, como Ethan, reforzaban esa capa de acero con la que se enfrentaban al mundo. Y otras, como yo, se vuelven sinceras, un poco guerrilleras incluso, pues yo había ido a esa isla con la intención de esclarecer varios hechos, y no pensaba errar en ninguna de mis misiones.

Nuestras tardes de agencia habían llevado a Lalo a conocerme lo suficientemente bien como para saber que necesitaba alejarme de Ethan y su hostilidad que me estaba desquiciando. Por eso me sacó a bailar de nuevo a ritmo de *Hands on me*, de Jason Derulo y Meghan Trainor. Después, participé en una rueda de salsa y fui de mano en mano. Solo estábamos bailando, no había nada malo en ello.

Estaba algo borracha, muy cansada y me sentía perdida. Quizás por eso no le vi acercarse. Esperó paciente hasta que terminara una canción de Juan Luis Guerra y me tendió la mano para que bailara la próxima con él.

No me pareció buena idea bailar *La Bachata*, de Manuel Turizo, pero tampoco pude negarle el baile porque no se lo había negado a nadie en toda la noche.

Mi corazón se saltó un par de latidos al tenerlo tan cerca. Ese hombre exudaba sexo por cada poro de su piel y yo no quería privarme de nada. Cuando vi esa sonrisa provocadora en su rostro, mi boca se hizo agua y me acaloré como una adolescente, avecinando problemas. Debería estar prohibido que un exmarido fuera tan sexy.

Guiada por su mano y la voz de Manuel Turizo, nos perdimos entre el gentío y nos dejamos llevar por la música, desinhibidos, libres. Tras un par de pasos de baile, me dio una vuelta que me situó de espaldas a él, con su pecho pegado a mi espalda, y sus manos calentando mi cintura.

Yo le seguía el ritmo, pensando que, como siguiera moviendo las caderas así contra mi trasero, con el cuerpo en llamas, no iba a responder de mis actos.

Ethan tenía el don de potenciar al máximo todos mis sentidos, hacer que una simple caricia se convirtiera en un volcán que me abrasaba entera. Por eso percibí con tanta intensidad los granos de arena bajo mis pies descalzos y su deseo endureciéndose contra mi culo mientras Turizo lamentaba *«te diría que volvieras, pero eso no se pide»*.

—¿Vas a seguir perreándome mucho tiempo? —le provoqué con voz entrecortada.

Me estremecí al sentir su aliento en mi cuello mientras me susurraba al oído:

—Es para que mires al frente, mujer. Me ha dado la impresión de que no parabas de mirarme el culo y es una pena que te pierdas el atardecer.

—No es culpa mía… Es que esos pantalones te quedan muy bien.

—¡Qué onda esto de ser «amigos», eh! Puedo confesarte que me estás volviendo loco con esos *shorts* sin que creas que soy un salido.

—Creo que eres un salido de todos modos...

Ethan me giró de nuevo para quedar frente a él cuando acabó la canción, dando paso a una que era aún más comprometida, *Quitémonos la ropa*, de Dani J. Sin preguntar si quería seguir bailando o no, me apretó fuerte contra su cuerpo y me marcó el paso. A pesar de las innumerables veces que habíamos bailado bachata en esa otra vida que compartimos una vez, me volví torpe.

Paso lateral derecho, paso lateral izquierdo, contoneo de caderas. Paso lateral… ¿Cómo podía mantener la coordinación y la cordura cuando nuestras caderas se rozaban exigiendo más, y su mano en mi espalda se aseguraba de que mi pecho quedara tan pegado al suyo?

Eché de menos mis sandalias de cuña que me hubieran situado más cerca de sus labios, pero para él no pareció obstáculo, pues incluso con la diferencia de altura, se las ingenió para provocarme, perdiendo su mirada en mi boca entreabierta o desafiándome cuando me lo comía con los ojos. Su olor corporal me intoxicó, desatando mis feromonas y mis deseos más prohibidos.

Estaba tan borracha de él, que me pilló desprevenida cuando me hizo un giro con el que quedé rodeando su cuello con mis manos. Nuestras caderas volvieron a entenderse, la tela comenzó a sobrar, y yo resoplé, acalorada, al imaginarme que finalizábamos ese baile en la cama.

—Ethan…, te estás pegando mucho, ¿no crees?

—Lo creo. ¿Por qué no cierras los ojos y te dejas llevar?

Le seguí el rollo sin saber adónde nos iba a llevar la noche. ¿Qué pensaba hacer con esa abultaba entrepierna que no paraba de restregar contra mi pubis? ¿Acaso íbamos a culminar por fin lo que tantas veces había deseado?

Cerré los ojos y me limité a sentir, sin pensar demasiado. Se me había olvidado lo bien que encajaban nuestros cuerpos. Éramos dos piezas de un complejo puzle, que estaban destinadas a encontrarse.

—¿Y qué queda cuando…?

No conseguí oír cómo seguía la frase. La música estaba demasiado alta y él me hizo un giro que me alejó momentáneamente de él.

—¿Qué?

Como respuesta, me apretó más contra su cuerpo caliente, haciéndome cómplice del deseo que ya no podía contener en los pantalones. El calor me nubló la mente. Iba a perder la cabeza.

—¿Que qué queda cuando aún no se fue el amor?

No sé si fue el ruido, las cervezas, Dani J cantando «*ven, devórame, y dime de tus labios que*

quieres volver» o mi propio bloqueo mental, pero tardé un buen rato en darme cuenta de que me estaba respondiendo a la provocación que le había lanzado antes de que me sacara a bailar: «*Supongo que eso es lo que queda cuando se va el amor, ¿no? Ahora somos buenos amigos*».

Me separé un poco de él y le miré sin entender.

—¡No me jodas, Ethan!

—Perdona, no debería haber dicho…

—Volvemos a la conversación de Nueva York que nunca quieres retomar… ¡Fuiste tú quien decidió romper!

Con un estiloso paso de baile, me obligó a girar para quedar de espaldas a él y no tener que mirarme mientras su alma se vaciaba en mi oído. Movía las caderas contra mi cuerpo, pero yo ya era incapaz de percibir su urgencia, aletargada como estaba por sus palabras. Desde su zona de la playa, Lalo y Logan nos observaban a cara perro.

—Fui yo quien tomó la decisión, pero nunca dije que fuera porque no te amara —confesó—. Tampoco estoy diciendo que lo haga ahora…

—¿Y qué carajos estás diciendo, entonces?

No pude oír su respuesta. En los altavoces se oían los primeros acordes de otra bachata, *Por lo menos te tuve*, que provocó que Logan y Lalo se acercaran de frente de un modo muy teatral. El primero, se contoneaba torpemente con dos botellines de cerveza en la mano, dispuesto a sacar a Ethan de la pista. El segundo, tenía los brazos listos para robarme como pareja de baile.

¿Qué problema tenían todos con la idea de vernos juntos, aunque solo fuera bailando?

La escena se tornó desternillante cuando Ethan obligó a Logan a seguirle en una bachata sensual mientras este trataba de regresar a la mesa y pasaba el peor rato de su vida. Ni Lalo ni yo fuimos ya capaces de seguir nuestra coreografía: observar el apuro que tenía Logan cuando Ethan le restregaba las caderas, era mucho más divertido.

—Enhorabuena, *highlander:* has hecho un uso maravilloso de tus dos pies izquierdos en la pista —se cachondeó Lalo cuando acabó la canción.

—Me quitaste a mi pareja de baile, lo menos que podías hacer era bailar conmigo —se defendió Ethan todo digno.

—¡Cabrón! ¿Pero qué manera de bailar es esa? ¡A Elena no le estabas metiendo mano de ese modo! —protestó Logan acalorado.

—Por respeto, no por falta de ganas…

—Cuida tus palabras… Un día te voy a seguir el rollo para ver cómo reaccionas —advertí. Estaba cansada de sus insinuaciones que nunca nos llevaban a ningún lado.

—Hazlo, así lo descubrimos juntos.

—Haced lo que os dé la real gana, pero aseguraos de que sea cuando acabe la misión —matizó Logan.

—Tranquilo…, después de una semana aquí, Elena me acabará odiando.

En ese momento no imaginaba cuánta razón tenía. Me bastaron tres días con Ethan en esa isla para odiarle con todas mis fuerzas. Pero esa noche…, yo aún no lo sabía.

Porque esa noche le deseaba con todo mi ser.

Tampoco recuerdo cómo ni cuándo llegamos a la villa; solo sé que, a pesar de no haber bebido tanto, tenía una generosa borrachera y un calor que me consumía las entrañas. Si Logan y Lalo no hubieran interrumpido ese baile, creo que la noche habría acabado de manera muy diferente… Ethan había amenazado con «*quitarse la máscara*» en Gili. Y yo lo que quería quitarle era la ropa…

Necesitaba una ducha bien fría que me ayudara a desprender su recuerdo de mi piel. Cuando

me vi desnuda bajo esa cálida cascada, mis manos se dirigieron solas a mis zonas más íntimas. Cerré los ojos y me imaginé que era él quien me tocaba, quien acariciaba mis pechos sensibles y me penetraba. Saber que podían oírme en una noche en la que solo sonaba el canto de las cigarras, me excitó aún más, invitándome a llegar más lejos con mis caricias. Me puse de cara a la ducha mientras me imaginaba que tenía su cuerpo desnudo pegado al mío, como cuando habíamos bailado antes. Le deseaba tanto que resultaba doloroso; incluso más que la primera vez que nos acostamos en Roma. Porque jugaba con una cruel ventaja: yo ya sabía lo que podía esperar de él…, y era muy bueno. Juntos éramos puro fuego.

Temblaba. Controlaba la respiración por miedo a que escucharan mis gemidos mientras me acercaba al orgasmo. Recordaba su olor cítrico y amaderado, sus ojos verdes, que a veces parecían dorados, su voz susurrándome al oído esa pregunta inconclusa, un canto a la esperanza: «¿*Qué queda cuando aún no se fue el amor?*».

Me froté el clítoris aún más deprisa, con energía, con rabia y con unas ganas de liberarme que me tenían prisionera de mi propio deseo. ¡Lo que hubiera dado por tenerlo en carne y hueso en esa ducha conmigo!

Sofoqué un grito, mordiéndome la mano cuando llegué a un potente orgasmo.

Y aquella noche, entre sábanas de algodón blanco, dormí como un bebé soñando que él estaba a mi lado.

33

25 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

Mi primer día como agente en Gili T. fue una completa pérdida de tiempo. Me levanté con la resaca de mi vida y solo solté la taza del váter para abrirle la puerta a Logan, quien había estado escuchando mi sufrimiento gracias a ese baño *open-air*. Romanticismo 2.0.

Sus «buenos días» fueron un vaso de cerveza rojiza a la altura de los ojos. El olor casi me hace vomitar.

—¿No es un poco temprano para que andes bebiendo? —pregunté.

—Yo ya me he tomado el mío. Los mexicanos insisten en que esta mierda hace milagros.

Entendí al instante que se trataba de un curacrudas, aquel brebaje ancestral mexicano que remediaba cualquier noche de excesos .

—¿Cómo han encontrado clamato en esta isla?

—¡Yo que sé! Bébetelo y sal a comer algo. Estamos preparando huevos revueltos. Hoy nos lo tomaremos de relax, pero como Mark sepa que estamos perdiendo el tiempo, nos cruje a todos. No nos pagan para esto…

Cuando me sentí mejor —que no *bien*—, me di una ducha rápida, comí los huevos y me planté con las gafas de sol en la tumbona. Tenía tal dolor de cabeza que la luz y el ruido me irritaban. Me consoló comprobar que Logan estaba tan hecho mierda como yo, pero Lalo y Ethan estaban dándole duro a esos cuerpos serranos en el gimnasio como si fueran inmunes a las resacas. El simple hecho de sostener mi vaso de zumo ya me parecía un esfuerzo inhumano y ellos levantaban pesas como si estuvieran rellenas de algodón.

Echaba de menos horrores a mi hija y solo llevaba cuarenta y ocho horas sin verla. No quería caer en la tentación de pedirle a Mark que me mandara noticias, pues sabía que eso solo me haría parecer más débil.

El resto del día lo pasamos en la playa, a excepción de Logan, que nos esperaba en un café cercano, releyendo notas del caso en busca de esa pista que nos ayudara a localizar la máscara. Lalo y Ethan se bañaban con tortugas, y yo hacía la fotosíntesis en una tumbona. Que mis compañeros me reprocharan de continuo que era un muermo por no querer meterme al agua, no cambió ni un ápice mi actitud. Tenía miedo al mar. Puede que hubiera salido con vida de aquella cueva, pero me había dejado varios traumas a los que no quería enfrentarme a no ser que fuese estrictamente necesario. Y con la resaca que tenía… estaba fuera de toda discusión.

Ethan salió del agua para acercarse a mí. Con el bañador rojo parecía uno de esos *Vigilantes de la Playa* que se hicieron tan populares en los noventa. Las gotas de agua resbalaban por su pecho creando reflejos dorados; tenía el pelo revuelto por el salitre y los ojos verdes brillando con fuerza por el sol.

—¿No piensas bañarte, güera? —Se sentó a mi lado, empapándome con las gotas que desprendía su bañador al moverse.

Le miré con más curiosidad que deseo. Estaba notablemente más musculoso que cuando estábamos juntos y también tenía más tatuajes. Además de extenderse el que ya tenía hasta el antebrazo, se había escrito algo en las costillas, que quería tapar una cicatriz que tampoco tenía antes.

—¿Elena? —preguntó chascando los dedos—. Te he hecho una pregunta.

—Ambos son nuevos. ¿Cuál es su historia?

—¿Cuándo vas a decirme qué significa el tuyo? —preguntó, acariciando con un dedo la línea irregular que se escondía en un lateral de mi sujetador. Me estremecí.

—Yo he preguntado primero. E^2Ga^3. ¿Es alguna contraseña, coordenadas…? ¿Una fórmula química, tal vez? —Él negó con la cabeza sin darme una respuesta—. ¿Y la cicatriz? ¿Cómo te la hiciste?

—Entrenando. No es nada —me mintió a la cara—. Deberías darte un baño. Como Mark se entere de que tienes debilidades, te echa de la agencia. —Me quité las gafas y le miré con sorpresa. ¿Cómo sabía él que…?—. Quiero que sepas que mañana vamos a empezar los entrenamientos al alba. Y tienes que estar preparada porque no te van a gustar.

—¿Qué vamos a hacer? —Ethan dudó si responderme o no.

—Apnea, espeleología, lucha libre…

—Gracias, pero no. Ya estoy entrenando con Lalo y me va bien así.

—No es opcional.

—¿Desde cuándo me das órdenes?

—Desde que estoy al cargo de la misión, ¿no te lo ha dicho Mark?

—Pues mira, no, se le olvidó compartir ese pequeño detalle. —Me incorporé con fastidio—. ¿Así que aquí eres mi jefe?

—Siempre lo he sido. Estoy al cargo de lo que pasa en Europa, Mark en América.

—O sea, que sois iguales y tú supervisas todas las misiones que ocurren en Europa —resumí. Él asintió con la cabeza—. ¿Como mi excursión con Logan a Avión y Comillas, por ejemplo? ¿O mi infiltración en Dornoch?

Ethan profirió un largo suspiro que pensé que lo dejaría exhausto. Sabía bien que había una pregunta implícita en mis palabras. Seguían sin cuadrarme los motivos de nuestra ruptura y eso lo volvía todo aún más ilógico.

—Sabía que Logan tenía una compañera de misión, no que fueras tú.

—Ya, pero conocías a Logan… Aquella noche en Edimburgo parecía que no supieras su nombre. Zanahorio lo llamaste, ¿no es así?

—¿Podríamos dejar los asuntos privados a un lado y actuar con profesionalidad? Mañana a las cuatro te quiero arriba, tenemos un largo paseo en barca por delante antes de llegar a nuestro destino.

—Como siempre, evitando mis preguntas —repliqué con fastidio—. Está bien, jefe, no tengo problema con la lucha, pero sabes que no puedo meterme en una cueva y, mucho menos, practicar apnea. Mis pulmones no volvieron a ser los mismos después de…

—Precisamente por eso —atajó con autoridad—. Yo que tú, iría practicando en la orilla. ¿Quieres empezar ahora?

—No me apetece mojarme con esta resaca, Eth… jefe.

Al ver que no decía nada, se dio por vencido y se recostó en la tumbona a mi lado.

—La neta es que yo también estoy bastante perjudicado después de lo de ayer. Me disculpo si hice o dije algo inapropiado. Ni siquiera recuerdo cómo llegué a la habitación.

—Tranquilo, no hiciste nada de lo que tengas que arrepentirte, aparte de tirarme los tejos descaradamente mientras bailábamos.

—¿Quién dijo que me arrepienta de eso? —Tenía una expresión severa y la mirada perdida en el horizonte, en esas playas de ensueño.

Le miré algo perpleja, pero no dije nada porque Logan apareció de repente, con las gafas puestas y una cara muy seria.

—¿Interrumpo algo?

—Por desgracia no —replicó Ethan. Me estaba empezando a mosquear con las frasecitas con doble sentido y sus silencios convenientes cuando no quería responderme—. ¿Cuál es la urgencia?

—Mejor lo discutimos en el hotel…

Los tés helados se habían convertido en nuestro mayor aliado para combatir el calor de la isla. Habíamos añadido un par de latas de refrescos cafeinados que nos hicieran posible seguirle la conversación a un Logan que nos llevaba varios RedBull de ventaja.

Me dejé caer en uno de los sofás, junto a Lalo. Frente a mí, Logan y Ethan compartían sofá e inquietudes. Me fijé en las cicatrices que lucía Logan en la cara interna del brazo, unas quemaduras pequeñas y circulares, como si alguien le hubiera utilizado para apagar cigarrillos. No recordaba haberlas visto cuando trabajábamos juntos.

—Mientras vosotros os divertíais en la playa, yo he estado hablando con Mark —anunció con cierto tono de reproche—. Farrell les está ayudando a localizar el campo de concentración. Está llevando más tiempo del previsto porque el área ha cambiado con los años, así sus recuerdos. Marina y Mark van a ir en una primera misión de reconocimiento de la zona y, una vez tengamos la certeza de que hemos encontrado el sitio correcto, el plan es colarse en los camiones de suministros e inspeccionar un poco antes de preparar el gran ataque. Farrell recuerda unos túneles para acceder de forma directa desde el laboratorio, escondido en un centro médico de la aldea, a varios kilómetros de allí.

—Tengo una duda, chicos… —interrumpí—. ¿Qué tiene que ver Mark con el caso?

—¿Qué es el jefe de la agencia? —se burló Lalo, como si fuera algo obvio.

«Tan solo uno de ellos, al parecer…».

—Me refiero a… Todos tenemos algo personal; incluso yo misma me he convertido en una de sus víctimas y en la madre de una lunaplatense. Pero, por más que lo pienso, me faltan datos… ¿Cuál es la motivación de Mark?

—Mark y Helga fueron novios —escupió Ethan. Parpadeé dos veces.

—¡Muy gracioso! Ahora en serio…

—El padre de Mark tenía un raro tipo de cáncer terminal —prosiguió él—. Vieron en un periódico que había un laboratorio en Massachusetts que buscaba voluntarios para someterse a un tratamiento experimental. Puesto que no tenían nada que perder, Mark le llevó desde Polonia hasta Massachusetts. Fue así como entró en contacto con los laboratorios que, en ese momento, estaban al cargo de su padre, Ansgar Elden-Johansen, y una jovencísima Helga. Mark pasó tantas horas en esa clínica, que acabó intimando con Helga más de la cuenta, iniciando un romance que finalizó cuando él detectó ciertas cosas que no terminaron de cuadrarle.

—Cuando Mark fundó la agencia para luchar contra el crimen, únicamente trataban asuntos menores que no tenían relación entre sí —aclaró Lalo—. Prostitución, narcotráfico, secuestro… Pero este caso era distinto, su proyecto personal; lo llamábamos Proyecto Massachusetts y

consistía en seguirle los pasos a Helga. Por otro lado, teníamos el proyecto Luna de Plata, en el que investigábamos los tejemanejes de la cadena hotelera más famosa de México, pero no sabíamos que ambos estaban relacionados hasta que entró Ethan.

¿No fui yo quien descubrió la relación entre todos esos elementos? ¿Por qué sentía que habían estado llevándome por una línea de puntos a su antojo, para que descubriera lo que ellos querían?

—¿Cuándo pasó lo de Mark?

—Pues, teniendo en cuenta que tiene cincuenta y tantos años ahora…, igual fue hace más de treinta —observó Logan.

Me desanimó comprobar que treinta años después, aquel caso seguía abierto y cada vez parecíamos más lejos de darle un final.

—Mi abuela estuvo en la agencia —confesó Ethan, provocando que centrara toda mi atención en él.

—¿Yvaine conoció a Mark?

—¡Oh, ya lo creo! —completó Lalo—. Ella es la idea pensante detrás de Estrella de la Mañana. Es una pena que los lunaplatenses hayan tardado tanto en encontrar la máscara y el diario, porque la pobre murió sin conocer el resultado de un plan brillante.

—Como os decía —siguió Logan—, Farrell ha confesado que hay un foso dentro de ese campo de concentración donde tiran y queman los cadáveres. Aunque impactante, necesitaríamos acceder a ese lugar, es una fuente inagotable de material genético e histórico.

—¿Cómo van a entrar ahí? —preguntó Lalo.

—No lo sé. También están estudiando el plan de rescate; el *shock* que le va a suponer a esa pobre gente descubrir el mundo real va a ser…

—¿De cuánta gente estamos hablando? —intervine.

—No se sabe, pero Farrell dice que antaño tenía capacidad para más de ocho mil personas —aseguró Logan. Cuando llevaba esas gafas de intelectual, me imponía tanto como mi profesor de Historia de la universidad.

—¡Hostia puta! —exclamó Lalo.

—Y nosotros, ya podemos ponernos las pilas con la misión Maíz Azul, porque siento lanzaros un jarro de agua fría, pero no tenemos ni puta idea de por dónde empezar a buscar esa dichosa máscara. Me he recorrido la maldita isla seis veces mientras vosotros buceabais con tortugas y no he visto nada más que puestos de setas alucinógenas y columpios para turistas.

—Igual deberíamos empezar la investigación con esas setas… —sugirió Lalo bromista.

—¿Creéis que podría estar en esos túneles de guerra? —osé. Los tres chicos negaron con la cabeza.

—Estuve esta mañana echando un vistazo y no encontré nada llamativo. Deberíamos repartirnos la isla —sugirió Lalo—. Peinar cada puto centímetro que hay en ella.

—¿Y si es peligroso? —lamenté en voz alta.

—Bienvenida a Phoenix Bond.

34

26 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

A nadie le sorprendió que Ethan y yo saliéramos de madrugada para entrenar a solas. Excepto a mí… Mark era muy estricto e insistía en que todos éramos iguales y teníamos que pelear duro en los entrenamientos, pero, la única vez que habíamos coincidido en uno en Nueva York, Ethan se las había ingeniado para no tener que pelear conmigo. Tal vez creía que no era lo suficientemente buena para enfrentarme a él, tal vez no quisiera hacerme daño. Por eso había algo en esa salida que no me encajaba. Albergaba la ilusión de que aquella excursión no fuera sino una excusa para estar a solas conmigo... ¡Cuánto me equivoqué!

Lo que comenzó como un romántico paseo en lancha motora, se tornó una pesadilla cuando Ethan paró en lo que parecía la entrada de una cueva paradisiaca.

—El entrenamiento de hoy será en esta cueva —confirmó mis temores con voz tranquila. A mí me temblaron las piernas—. Practicaremos combate y, si veo que aguantas bien, nos adentraremos en el tramo más oscuro.

—No creo que sea buena idea…

—Si no puedes entrar ahí, no estás lista para ser una phoenixbonder —replicó con dureza—. Ellos conocen tus puntos débiles y te atacarán donde más te duele.

—Ni que fueran dementores…

—¿Podrías tomártelo en serio?

Entendí entonces por qué se había mostrado tan flexible con la idea de que fuera a Gili con ellos: quería torturarme, que me largara por voluntad propia. Pero yo no era tan débil ni tan cobarde. Si quería que lucháramos en esa maldita cueva, iba a mostrarle mis mejores movimientos.

Me sentí patética por haber creído que las cosas entre nosotros iban a ser distintas en ese viaje. Tenía ante mí al Ethan agente, al hombre frío y calculador al que no sabía cómo enfrentarme y, desde luego, no quería llevarle la contraria. A ese Ethan le veía capaz de muchas cosas, y había dejado claro desde el principio que no me quería en el caso.

Armándome de un valor que no sentía, le seguí por pasillos de roca bañados por las sombras. El aire era frío y húmedo; la luz cada vez más escasa. El orgullo y las ganas de salir exitosa de esa prueba me obligaron a bloquear mis recuerdos más dolorosos, sin poder evitar que a veces me golpearan con fuerza en el corazón. Porque, alumbrado solo por una linterna que llevábamos en la cabeza, Ethan me recordaba demasiado a Christopher como para no inquietarme.

Christopher sujetando mi mano y llamándome *baby*.

Christopher drogándome.

Christopher follándose a esas menores…

Veía con claridad el ritual de apareamiento, a esos hombres que querían darme caza, explicando al detalle cómo moriría ahogada.

Veía las paredes del estrecho túnel llenándose de agua hasta asfixiarme.

Me faltó el aire. Tuve que sujetarme a una pared para recomponerme de ese trance, que distorsionaba lo que estaba pasando a mi alrededor.

¿Cuándo había colocado Ethan las colchonetas hinchables y esterillas en el suelo? A un lado, me encontré también varias cantimploras de agua en forma de granada, una broma de Lalo que la agencia había permitido con tal de que nos mantuviéramos hidratados.

Nos encontrábamos ante un tramo de la cueva muy distinto donde la luz se filtraba a raudales a través de una ventana natural que había en el techo. Me llegaban voces difusas desde la superficie. Estábamos debajo del terreno de algún recinto vacacional, una especie de pozo, aunque la probabilidad de que alguien nos oyera bajo tierra era remota. Sentí claustrofobia.

—¿Estás lista?

El juego de sombras que se dibujaba en su rostro hizo de su sonrisa algo desconcertante.

—¿De verdad vas a luchar conmigo? —Yo estaba flipando.

—Sin ninguna duda. Tienes que trabajar tus debilidades.

—¿Y necesitamos estar en una cueva para eso?

—¿Se te ocurre un lugar mejor para combatir tus miedos? Además, un poco de oscuridad puede ser... interesante.

No me pasó inadvertida la carga sexual que venía implícita en su comentario. Luchar cuerpo a cuerpo podría no ser tan mala idea después de todo…

Dejé la mochila en el suelo y trabajé un poco los músculos, pero él me detuvo.

—Nada de calentamientos. Quiero que la lucha sea lo más real posible. Si te toparas con ellos y tuvieras que defenderte, no tendrías tiempo para ensayos, ¿no?

—Está bien, jefe, como gustes…

—Deja de llamarme así.

—¿Te molesta?

—Al contrario... Tiene algo morboso. —Me guiñó un ojo y se preparó para pelear—. Y ahora, concéntrate en tus puntos fuertes. Quiero que pelees conmigo a muerte, como si fuera uno de ellos. No sufras por mí, sabré parar los golpes.

No sabía cómo íbamos a hacerlo, pegarle no estaba en mis planes y, dada la naturaleza de nuestra relación, estaba segura de que se consideraría violencia doméstica.

—No puedo hacer eso.

—Pues más te vale poder… Apaga la linterna.

En la oscuridad, sentí su presencia acercándose. Un escalofrío me recorrió la espalda. Era imposible ignorar la atracción que todavía existía entre nosotros.

—¿Vas a golpearme o qué?

Su provocación dio como resultado un leve puñetazo en el abdomen, que me dolió a mí más que a él, al que le siguieron una ristra de golpes mal dados que él supo esquivar con maestría. No veía ni torta, pero incluso en el lugar más iluminado de la tierra, yo sabía bien que no iba a ser capaz de hacerlo.

—Estás malgastando tus fuerzas, Elena. Soy más fuerte y grande que tú, necesito que te concentres en tus habilidades. ¿Cuáles son tus ventajas frente a mí?

—¿Qué no tengo testículos?

Ethan esquivó un nuevo asalto y yo acabé otra vez tirada en una esterilla que había puesto en el suelo para frenar las caídas. Me levanté con rabia y me lancé a por él, forcejeando un poco antes de que volviera a hacerme una llave, que me dejó K.O no solo física sino también emocionalmente.

—Jaque mate. —¿Cómo podía ser tan… frío?—. Esta vez empiezas tú. ¡Y concéntrate! Busca mis puntos débiles. Sé que puedes hacerlo.

—No me toques los ovarios, Ethan. He peleado mil veces contra ti y te he ganado antes.

—¿A qué esperas para demostrármelo? Te estoy dejando fuera de juego todo el rato y te aseguro que estoy siendo compasivo. A ellos les durarías mucho menos.

Odiaba perder contra él porque esa pelea tenía poco de entrenamiento físico y mucho de personal.

Todos mis intentos por vencerle fueron en vano, al igual que fue en vano mantener la cordura cuando me inmovilizó contra el suelo, con sus manos sujetando las mías por encima de la cabeza en la colchoneta encharcada. Su rodilla descansaba entre mis piernas y su cuerpo sobre el mío, acalorándome.

Pero, si hubo algo en esa situación que me hizo sentir indefensa fue el modo en el que su mirada se posaba en mis labios, aún perceptible en las sombras, como si quisiera comerme viva, como si fuera a...

Me sentía exhausta; mi sexo reaccionó al instante a su cercanía, hinchándose, humedeciéndose, anhelando sus caricias.

—Jaque mate.

Su voz fue apenas un susurro débil, que no hizo sino potenciar el morbo de la situación. Estaba empapada en sudor por el esfuerzo y la humedad. ¿Por qué no probábamos a luchar sin ropa?

Ethan me regaló un golpe de realidad cuando se incorporó para pelear de nuevo conmigo. No me quedaban fuerzas para seguir luchando. Mis mejores batallas las había ganado siempre con las palabras, y sabía que de poco podrían valerme si algún día me enfrentaba a un lunaplatense. Pero se trataba de él, de quien siempre había sido mi punto débil, y no podía… No podía.

—No estás concentrada —me delató con fastidio, dejándome de nuevo inservible para el combate. Arremetí contra él, pero me resbalé en un charco y acabé cayendo al suelo otra vez—. Tiempo muerto, Elena. ¿Qué demonios te pasa hoy?

—¿Que qué me pasa a mí? ¿Qué te pasa a ti? ¡Está claro que no puedo contigo! ¿Por qué me machacas de este modo?

—¡Porque quiero que pelees como si tu vida dependiera de ello! Hasta ahora solo me has dado cuatro golpes tontos que un niño hubiera frenado sin esfuerzo. Quiero que saques toda la rabia que tienes dentro. ¡Hazme daño! —Yo seguía negando con la cabeza—. Golpéame como si fuera uno de ellos. Acuérdate de lo que te hicieron en una cueva como esta. Piensa en Christopher, en Adrián, en esos tipos acariciándote en un callejón. ¡Joder, Elena, pelea! Dame tu mejor golpe.

—¿Tú estás mal de la cabeza? ¡No puedo hacer eso!

—¡Sí puedes!

—¡No puedo, no puedo, no puedo! —le grité, poniéndome a su nivel—. Y no pienso seguir luchando contigo. Esto es una completa pérdida de tiempo. Yo me vuelvo a la lancha. Te espero allí.

Hice un amago por recoger mi mochila, pero su voz me detuvo. Sonaba desapasionada y carente de vida, como si no saliera realmente de él sino de algún ser siniestro que moraba la cueva.

—Nunca te he amado.

Me quedé paralizada, con un paso a medio dar, sin atreverme a volverme a él por no ver lo que decía su mirada, que nunca era capaz de mentirme.

—La única razón por la que me casé contigo fue porque te necesitábamos en el caso —prosiguió ante mi silencio—. Por eso no me costó dejarte. Por eso no te escuché y por eso me daba igual si tenías o no un romance con Logan. Es mi amigo, y tú solo… trabajo.

Me estremecí al oír su testimonio. Sentí que, de todos los golpes que me había dado, aquel era el más duro.

—Cuando salía contigo y con Wendy a la vez, me volví loco. Coger con Wendy era mi vía de escape, porque compartir intimidad contigo me desquiciaba. Odiaba tus besos. Odiaba tener que complacerte. Tenía que tomar viagra porque, cuando estábamos juntos…, no podía… Ya me entiendes.

—No lo dices en serio. —La voz se me quebró.

—Si te es más fácil así, cree lo que quieras. Yo ya te advertí de que iba a quitarme la máscara. Estoy harto de aparentar, harto de callarme cuando me preguntas por qué rompimos. ¿De verdad quieres saberlo? Rompí contigo porque no podía más. Porque estaba harto de fingir que me importabas. Solo fuiste un negocio, parte de mi proyecto para acabar con ellos. Y dejaste de servirme.

—¿Por qué…? ¿Por qué has vuelto entonces?

—Porque… —carraspeó—. Porque Mark y Gina querían que regresaras al caso. Eres inteligente y analítica, aunque luchando seas una patata… Me pidieron que volviera a seducirte, pero…, no puedo pasar por eso otra vez. Y es mejor dejar las cosas claras desde el principio, porque estoy viendo cómo me miras, y sé que estás deseando arrancarme la ropa. No va a pasar nada entre nosotros, Elena. No hay viagra en este mundo que haga que me empalme esta vez con el asco que te tengo.

Tenía los ojos anegados en esas lágrimas que el orgullo me impedía derramar. La sinceridad está sobrevalorada. No entendía por qué me contaba todo eso, qué necesidad tenía de hacerme daño, pero sentí una corriente de dolor y rabia recorriéndome el cuerpo, unas terribles ganas de golpearle. Necesitaba herirle. Confesarle que conocerle había sido lo peor que me había pasado en la vida.

—Espero que mi arrebato de honestidad no influya en mi relación con Gaia. Una cosa es lo que haya entre nosotros y, otra, que no sea un buen padre, aunque yo no lo haya elegido...

Su reclamo fue combustible en la hoguera de mi ira. Ni siquiera pensé en lo que hacía cuando cogí impulso y cargué mi peso contra él. Lo golpeé con fuerza para compensar todas las palabras que no pude decirle por no revelar lo mucho que me dolían sus confesiones. La prueba de que las lecciones de Mark habían sido inútiles fue que apliqué contra Ethan todas y cada una de las llaves que me había enseñado, y él supo esquivarlas, mientras seguía soltando una retahíla de reproches que resquebrajaron mi alma.

—Estás en baja forma, ¿eh? —Se estaba ganando una buena hostia, así que, ¿por qué no dársela?—. Así es, ¡pégame! Vamos, güera, encuentra mi punto débil.

Güera. Como volviera a llamarme del modo en que lo hacía cuando estábamos juntos, le iba a abrir la cabeza contra una roca. No podía pensar con claridad. Era todo emoción y furia.

Cogí aire antes de seguir peleando, la inteligencia y la calma eran algo muy necesario en la lucha y yo me había olvidado ambas en algún rincón de esa cueva.

El forcejeo nos desplazó más allá de las colchonetas de seguridad, más allá de los límites que Ethan había establecido para el entrenamiento. Me entregué con todo lo que tenía: rabia, puños, patadas y mordiscos. Ethan daba dos pasos atrás por cada uno que yo avanzaba y me costaba enfrentarle.

—¿Esto es todo lo que puedes darme? Te crees una agente y no eres más que un saco de emociones y músculos fofos.

Mis puños respondieron por mí sin mirar hacia donde iban proyectados. Me hubiera encantado partirle esa cara tan ridículamente atractiva que tenía. No se merecía menos.

—¡Eres un puto gilipollas! ¡Maldito sea el día en el que Gina te metió en mi casa! —Fue todo cuanto dije hasta entonces.

Ethan dio otro paso atrás. Su cuerpo quedó pegado a una pared rocosa sin escapatoria posible. Y entonces, un exceso de confianza jugó en mi contra. Creyendo que había ganado la partida, me despisté, y él aprovechó para hacerme una llave que me dejó inmovilizada.

Tal vez fue rastrero por mi parte, pero, incapaz de salir de esa, me aproveché de la cercanía de su cuerpo para pegarle un codazo en sus partes nobles que le hizo tambalear un instante. Me valí de su descuido para ser yo quien le hiciera una llave a él que, al esquivarla, se convirtió en un fuerte puñetazo en las costillas.

—Jaque mate, imbécil.

Ethan se apartó de mí y levantó las manos en señal de derrota, para después llevarlas donde le había asestado el golpe. Me di cuenta de que ese era su punto débil en la lucha, el lugar donde tenía la cicatriz. Quizá ya no le doliera realmente, pero tenía un recordatorio en la piel que, de algún modo, activaba un dolor fantasma, como cuando te amputan un miembro y te sigue doliendo a pesar de que ya no está ahí. No sabía cómo se lo había hecho ni cómo de reciente era, pero estaba claro que aún le dolía por dentro. No sentí pena por él. En esos momentos le deseaba tanto mal que pensé en la mala suerte de que, quienquiera que lo hubiera hecho, fallara con el golpe. Yo, que era incapaz de matar a una mosca, deseaba que Ethan desapareciera de la faz de la tierra.

Lo que pasó después, no lo vi venir. Estaba tan distraída celebrando mi victoria que no analicé el entorno. Error de principiante. Por eso me sorprendió tanto cuando, tras darme un fuerte empujón para librarse de mí, mi cuerpo cayó en una piscina natural que parecía no tener fondo. Todo se volvió oscuro bajo el agua. No podía nadar. Me había puesto tan nerviosa que mi cuerpo siguió cayendo hacia el fondo sin que yo pudiera bucear hasta la superficie.

El miedo es una emoción ridícula que nos bloquea. Y yo estaba tan concentrada en darle fuerza a mis temores, que me olvidé de que sabía nadar para comenzar a ahogarme. Pataleé nerviosa. Ni siquiera fui consciente de las manos que me sujetaban por la cintura ni del aire que llegaba a mis pulmones. Estaba de nuevo en la superficie.

El movimiento de nuestros cuerpos creó una ola que nos pasó por encima. Los nervios me traicionaron y me aferré a él, temblando de miedo y por la gelidez del agua.

Cuando conseguí reaccionar, comencé a golpearle en el pecho con los puños. Odiaba con todas mis fuerzas a Ethan McGowan. Le odiaba como nunca antes había odiado a otro ser humano, ni siquiera a su padre o a Chris. Porque aquellos que creen que el odio es lo contrario al amor, están muy equivocados. Lo contrario es la indiferencia. El odio no se lo gana cualquiera. Es un sentimiento muy fuerte y voluble, que puede desequilibrar la balanza de tu bienestar en cualquier momento.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte? —gritó autoritario, sujetándome las manos con fuerza para que dejara de golpearlo.

—¿Cómo has podido hacerme esto? ¡Sabes que tengo talasofobia!

—¡Precisamente por eso! Si no eres capaz de meterte en una piscina natural paradisiaca, más te vale replantearte la profesión. No puedes tener miedos y, menos aún, pánico.

—¡Podría haberme ahogado!

—¡No, si te tranquilizas! Sabes nadar y bucear.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué me odias tanto?

—Porque te quiero más fuerte y libre que nunca. Y a ese estado no se llega por ningún camino de rosas. —¡Idiota, idiota, idiota!—. Creo que deberíamos dejarlo por hoy. Te daré el día libre

para que analices lo que ha pasado y mañana pelearemos de nuevo al alba. Te recomiendo que descanses.

—¡Eres un maldito enfermo!

Cuando logró salir de la piscina, me tendió la mano para ayudarme.

El orgullo me impedía aceptar su ayuda, aunque salir de allí por mis propios medios fuera a costarme unos cuantos arañazos en la tripa.

No me quedé en la cueva a ver cómo recogía las colchonetas. Necesitaba estar sola y respirar aire puro. Dejar que la luz del día bañara mi piel.

Sin embargo, fracasé en mi intento por huir de esa cueva por mi propio pie. Tan pronto vi el agua colarse por una estrecha ranura de la pared, inundando ligeramente un camino que antes estaba seco, me sentí morir. Los recuerdos me ahogaron de nuevo. Tuve que apoyarme en la pared de roca y dejar que mi cuerpo resbalara hasta tocar el suelo. Estaba bloqueada. Me sentía débil e indefensa. A pesar de que Ethan se había cuidado bien de no hacerme demasiado daño con los golpes físicos, no recordaba haber estado tan destrozada en mi vida.

Las paredes de la cueva se estrecharon hasta comprimirme los pulmones. Estaba reviviendo todo lo que me ocurrió en Silfrligr Máni, mis recuerdos con Christopher, pero en Gili T. y con Ethan.

Me abracé las rodillas y perdí la cabeza entre las piernas. Necesitaba un pensamiento alegre que me sacara de ese trance emocional. Quise pensar en mi hija, pero el dolor que me producía echarla tanto de menos fue combustible para aumentar mi angustia. Ni una maldita foto me había mandado el neurótico de Mark, siempre poniéndome a prueba como agente. Tal vez tenían todos razón y no era más que una mujer fofa y traumatizada, que supondría más una carga que un beneficio en una misión real. Ni siquiera sería capaz de apretar el gatillo si los tuviera delante.

Era un fracaso.

¿Por qué cojones me había empeñado en formar parte de esa misión? ¿Por qué había tenido que confesarle a Ethan que Gaia era suya? ¿Por qué tuve que acostarme con él en Roma?

¿Cómo había sido capaz de hacerme algo así? ¿Por qué me odiaba tanto, si yo se lo había dado todo?

Unos pasos sobre la piedra húmeda me indicaron que Ethan estaba cerca. No me molesté en incorporarme. Necesitaba un momento para mí, aunque sabía que, el verme tan hundida, podría hacerle sentir cierto regocijo.

Tenía que ser fuerte. Estaba preparada para que me recordase lo débil y patética que era antes de regresar a la lancha, pero nunca pensé que tiraría todo al suelo y correría a mi lado de ese modo.

Yo juro que a veces no entendía nada.

No me di cuenta de que temblaba de pies a cabeza hasta que vi que sacaba una manta de su mochila y me envolvía en ella, apretándome contra su cuerpo para darme calor.

—Ey, cielo, tranquila… Estoy aquí contigo. —Le castigué con mi silencio, aunque no rechacé el abrazo por pura supervivencia. Iba a darme una hipotermia—. ¡Joder, Elena! ¡Di algo!

Estaba tan en *shock*, tan absorta en esos recuerdos que me atormentaban, que me costó reaccionar ante la incoherencia de sus actos.

—Respira, despacio... ¡Maldita sea, Elena, me estás asustando! —Sujetó mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarle. En sus ojos verdes vi la angustia reflejada… o era un actor de primera—. Lo siento, ¿vale? Se me ha ido de las manos. Prometo que mañana seré más suave. —Nuevo silencio—. ¡No mames, Elena! ¡Respóndeme!

Al ver que seguía ausente, sacó de su mochila de Mary Poppins unas barritas energéticas.

¿Cuántas cosas llevaba ahí dentro?

—¿Pero tú estás mal de la cabeza? —Rechacé el *snack* y me incorporé. Él hizo lo mismo, dándome la oportunidad de arremeter contra él con todo lo que tenía—. ¿Es que no recuerdas lo que ha pasado hace un momento? ¿Tan jodidamente bipolar eres, además de gilipollas?

—Elena, lo de ahí dentro…

—Lo de ahí dentro, ¿qué? ¿Es que aún te ha quedado algo más por decirme, maldito cabrón? ¿No me has hecho suficiente daño? ¡Eres un auténtico hijo de puta! Me da igual que te lo pidiera Gina o San Pedro, ¿cómo pudiste hacerme creer que me querías solo para utilizarme? ¿Cómo pudiste casarte conmigo? ¡Qué tenemos una hija juntos, maldito seas!

Me di cuenta de que le estaba golpeando con fuerza en las costillas y él me estaba dejando, a pesar de que era obvio que le estaba haciendo daño.

—Nada de esto es real, Elena. Tienes que aprender a…

—¡Pues a mí me ha parecido muy real! Solo tienes que ver la sangre que brota del arañazo de tu pierna para ver que ha sido real.

Bajó la mirada con sorpresa. ¡Por fin una emoción en su maldito rostro de hielo! Apostaría que ni siquiera se había dado cuenta de la herida que se había hecho durante nuestro forcejeo.

—Te estaba poniendo a prueba física y mentalmente, y has fallado en ambos casos.

—¿*Poniendo a prueba*? —repetí incrédula—. ¿¡Pero quién cojones te crees que eres para ponerme a prueba, bastardo de mierda!?

—¿Aparte de tu jefe, dices? —replicó con tonito y yo dejé de golpearle—. Te dije que no querías meterte en el caso. Te advertí que había cosas que no te iban a gustar y esto solo es el principio. Aquí no soy tu amigo, tu exmarido, ni el tipo que sigue loco por ti, Elena. Aquí somos agentes y estás a mi cargo. O me muestras tu versión más fuerte o no pienso permitir que sigas. No voy a arriesgarme a perderte en una misión porque no puedes herir a una mosca.

—¡Qué te jodan! Conocerte ha sido lo peor que me ha pasado en la vida. Si pudiera volver a Roma, me follaría a ese italiano repipi en vez de quedarme contigo.

—Sigues haciéndolo mal, Elena. Tienes que aprender a bloquear la mente y no dejar que nadie te haga daño con sus palabras.

—¡Me niego a ser un puto robot como tú! Aunque claro, para ti es fácil mostrar frialdad cuando me tienes tanto asco. Y no te preocupes por no haber traído suficiente viagra a esta puta isla, lo llevas claro si crees que voy a tirarme a tu cuello, creído de los cojones.

Ethan cabeceó, descontracturando la tensión del cuello, y profirió un largo suspiro.

—Lo que he dicho ha sido parte del entrenamiento, sabes que yo jamás…

—¡No, Ethan! ¡No sé nada! ¡Lo único que sé a ciencia cierta es que eres un hijo de puta lleno de traumas que me está amargando la vida!

—Elena… —Sus manos se posaron en mi cintura para atraerme a él y en su mirada vi una tristeza densa que lo nublaba todo.

—¡Ni te atrevas a tocarme! Y si de verdad quieres volver a ver a tu hija, te recomendaría que tampoco me dirigieras la palabra en todo el viaje. Estoy segura de que, después de hoy, un juez me daría la razón si te denuncio por malos tratos. Para mí estás muerto.

—No soy un maldito robot, a mí todo esto me duele más que a ti.

—¿No es esa la frase que usan todos los maltratadores?

—¿Cómo puedes decir eso? ¡No te estoy maltratando! Al contrario… Quiero que te fortalezcas, que seas capaz de enfrentarte a cualquier peligro que te aceche estando sola. Ya te secuestraron una vez, nadie puede garantizar que no vaya a volver a ocurrir. Y yo no puedo protegerte eternamente.

—¡Mark y Lalo ya me han entrenado!

—¡No te están entrenando para la guerra! Mark cree que solo te vas a encargar del trabajo de oficina, pero está claro que no te conoce como yo.

—¿Qué tú me conoces? ¡No me hagas reír!

—Te conozco lo suficiente para saber que no vas a seguir las normas cuando llegue el momento. No vas a quedarte de brazos cruzados. Está en tu naturaleza. Y si te pasara algo en esa misión, yo… Yo me muero, Elena. ¿Me oyes? Me muero.

—¡Maldito cínico! —En mi vida había perjurado tanto.

—Mañana practicaremos en el agua. La cueva a la que iremos está oscura y hay que bucear para acceder a ella. Vete preparándote psicológicamente porque no va a ser fácil.

—¡No pienso ir a ningún lado contigo, cabrón neurótico!

—¡Genial! Pues ya sabes dónde está el aeropuerto de vuelta a Nueva York. Cuando aceptaste ser una phoenixbonder…

—¡Yo no he firmado para esto! Jamás pensé que fueras a torturarme.

—Ya, por no firmar no firmaste ni los papeles del divorcio. —Pillada y hundida—. ¿Qué? Tenemos al mismo bufete, ¿recuerdas?

—Lo solucionaré en cuanto llegué a Nueva York.

—Por mí no lo hagas, me encanta seguir casado contigo.

No le contesté. Al igual que no contesté a ninguno de sus intentos por entablar conversación de vuelta al hotel. Para él, era como si no hubiera pasado, como si no le afectaran las cosas tan horribles que nos habíamos dicho. A mí me dolía el alma.

Cuando llegamos, Lalo y Logan estaban esperándonos en el salón, intercambiando anécdotas sobre su mañana en busca de la máscara. No parecieron sorprenderse al ver la cara de derrota con la que regresábamos los dos, ni por los golpes que teníamos por todas partes.

—¿Lo conseguiste? —susurró Logan, buscando su complicidad. Ethan asintió con la cabeza.

—Voy a darme una ducha y a descansar un rato. Os veo en la cena.

Mi mirada se clavó en Logan con resquemor antes de encerrarme en la habitación y dejarme caer en la cama, donde derramé todas las lágrimas que no había sido capaz de llorar en su presencia. Me molestó que el escocés estuviera al tanto de la hazaña y lo hubiera permitido, sabiendo el suplicio que pasé en esa cueva y lo mucho que me estaba costando superarlo.

La única razón por la que abandoné mi habitación fue porque quería hacer yoga en la playa al atardecer. Necesitaba estar con desconocidos y dejar atrás los problemas por unas horas.

Me uní a los chicos a la hora de la cena. Aunque estaba enfadada con los tres en diferentes grados, en algo tenía que darle la razón a Ethan: no podía dejar que las emociones me afectaran en el trabajo. Ya tendríamos tiempo de lidiar con nuestros problemas personales cuando saliéramos de allí.

No me sorprendió descubrir que Ethan no estaba cenando con ellos.

—Ignoro qué ha pasado hoy, pero, si te sirve de algo, diría que Ethan está mucho más desquiciado que tú —informó Lalo—. Él también está purgando sus demonios en esta isla.

—Os digo yo que está mal de la cabeza…

—Puede que no apruebes sus métodos, pero solo te está protegiendo, Elena —intervino Logan en un silencio quedo—. Ethan no ha hecho otra cosa desde que te conoce.

—¿En serio? ¿Recuerdas lo bien que me *protegió* cuando me echó de su casa en Edimburgo?

—Yo estaba contigo para asegurarle que no te pasaba nada.

—¿O cuando estuve enganchada al alcohol con antidepresivos? ¿O cuando estaba pariendo a su hija, sola en esa habitación de hospital?

—Hay cosas que no sabes… —insistió él, intercambiando una mirada turbia con Lalo.

—Os juro que como alguien me vuelva a soltar la frasecita, se la va a meter por el orto.

—Lo que ha pasado hoy… —siguió Logan— puedes tomártelo como algo personal, si quieres, o aprovechar el entrenamiento para curtirte. Algún día se lo agradecerás.

—Reconozco que sus métodos son poco convencionales, pero… —siguió Lalo—, Ethan sabe lo que hace. Y confía en ti de un modo… retorcido.

—¡Déjate de rodeos, que Elena no es ninguna niña! Ethan te está entrenando porque está convencido de que vas a saltarte el plan —resumió Logan.

—¿Qué plan?

—Estrella de la Mañana.

—Yo no soy parte de ese plan. ¿Cómo podría saltarme unas reglas que nadie me ha impuesto?

—Lo serás, tú solita te meterás de lleno —aseguró Logan, como si fuera una premonición—. Y después de lo que viví contigo en Avión… Los tres estuvimos de acuerdo en que teníamos que romperte para que siguieras adelante. Mañana es demasiado tarde. No puedes evitar eternamente lo que te hace daño. Y esto también va por él… Este entrenamiento ha sido para los dos. Necesitabais llevaros al límite. Tenéis demasiadas emociones acumuladas.

—Así que creéis que me voy a saltar el plan y me estáis castigando.

—Te estamos preparando para una situación hipotética en la que no vas a aceptar un no por respuesta —corrigió.

Me estaban aturullando a información imprecisa que no nos llevaba a ninguna parte.

—Decidme que vosotros no vais a ir a esa misión…

—Nadie en su sano juicio se uniría voluntariamente si tuviera otra opción, Elena.

Me hubiera encantado encontrar en sus palabras la certeza que andaba buscando, pero no me gustó el modo en el que mis dos compañeros se miraron. Como si hubiera un secreto flotando en el aire que no pensaban compartir conmigo.

35

27 de mayo de 2025 — Gili T., Indonesia

Mi profesor de yoga en Nueva York siempre me decía que la mente es un instrumento del cual deberíamos aprender a ser jefes y no esclavos. Descubrí el verdadero valor de esa frase en un momento de mi vida en el que no me quedó otra que aplicármela.

Desde que llegué a la Gran Manzana, el yoga se había convertido en mi bálsamo reparador. Mi cura mental. Mi equilibrio y lo único que podría despejar los nubarrones en ese día gris que amenazaba tormenta.

Me levanté antes del amanecer para unirme a una clase de yoga que tenía lugar en un precioso templo de madera a pie de playa. Ni siquiera desayuné antes de irme. Ethan había amenazado con llevarme a entrenar a otra de las muchas cuevas que rodeaban la isla y yo me había negado en rotundo a volver a dirigirle la palabra. Conflicto de intereses que lo llaman.

¿De veras estaba haciendo todo eso POR MÍ y no porque era un psicópata narcisista?

El nivel de concentración que alcancé con el sonido de las olas del mar y la grabación con ondas gamma fue indescriptible. Mi cuerpo estaba en total armonía con mi alma, en un estado de serenidad casi cósmico.

El instructor saludó a la última incorporación de la clase mientras practicábamos la postura del guerrero de paz. Fue cuando hice la pluma del pavo real que me di cuenta de que el alumno misterioso de la última fila era el mismo que siempre decía que el yoga no era un deporte de verdad, sino un pasatiempo para abuelas. Diría que el machito de gimnasio lo estaba pasando francamente mal con los estiramientos…

Cerré los ojos y dejé que el ejercicio me trasladara muy lejos de allí. No quería hablar con él, aunque estaba claro que su repentino interés en el yoga tenía segundas intenciones.

Ni siquiera me di prisa por recoger cuando acabó la clase. Al ver que era nueva, el instructor se me acercó para preguntarme cuánto tiempo estaría en la isla y mendigar una reseña. Sonreí como si estuviera diciendo algo interesantísimo para obviar que, desde un pilar apoyado, Ethan me observaba pacientemente. Tan pronto me quedé sola, no tardó ni un instante en recorrer la distancia que nos separaba, a pesar de cómo habíamos dejado las cosas el día anterior.

—Tienes la flexibilidad de una escoba —le informé, sin mirarle.

—Está bien… Me gusta trabajar en mis debilidades. ¿Desayunaste? Encontré un sitio donde hacen unas crepas de papaya para morirse.

—Estás mal de la cabeza si crees que voy a malgastar la comida más importante del día en tu compañía.

Ethan metió la mano en el pantalón y sacó un «Vale por un desayuno». No podía creerme que los hubiera traído.

—Así que encima, me toca invitarte a desayunar… —protesté.

—Paga la agencia. Y te recuerdo que soy tu jefe, así que no te puedes negar a una orden directa de tu superior.

—¿No se le llama a eso abuso de autoridad?

—Puede, y a lo que tú me haces a mí de continuo, desacato, así que estamos en tablas. —

Incluso estando cabreada me costaba resistirme a su embrujo—. Ándale, me muero de hambre.

—La palabra *odio* no alcanza a describir lo que siento por ti, Ethan.

—*Enemies to lovers*, un clásico. —Sonrió de medio lado, pronunciando los hoyuelos de sus mejillas.

—Lo digo en serio…

—¿Te cuento un secreto? —No sé por qué le seguí el rollo cuando se acercó a mi oído—. La última vez que me odiaste, acabaste casada conmigo.

—No pienso caer dos veces en el mismo error. ¡Oh, cierto! Se me olvidaba que seguimos en la primera ronda, cariño.

—¿Lo fue? Un error…

—Y de los grandes, pero lo bueno de los errores es que se aprende.

—¿Y qué has aprendido tú de este?

—Que no voy a volver a cometerlo.

Sé que balbuceó algo mientras yo recogía la esterilla de yoga y la dejaba en su sitio, pero no quise oír su respuesta.

Aun así, decidí aceptar el café de la paz por el bien de la misión. Caminamos en silencio hasta un local de madera cercano, nos quitamos los zapatos y subimos a la planta de arriba, con la suerte de pillar sitio en una mesita en el balcón. No tardaron ni quince minutos en traernos las crepes y el café con posos al que aún no me había acostumbrado.

—Dime una cosa, ¿este desayuno es en calidad de amigo, de exmarido o de… jefe cabronazi?

—Ya me disculpé por lo de ayer e insisto en que era necesario.

—Como disculpa, da mucho asco. —Miré para otro lado—. Podrías haber tenido más tacto con tus métodos de… entrenamiento.

—Ellos no van a tener tacto si te capturan. Necesito que reacciones a las adversidades inesperadas, no que te prepares para ellas. No es natural, no serías tú.

—No, si encima tendré que estarte agradecida por la noche sin dormir que me has dado…

—No es el modo en el que me gustaría tenerte toda una noche sin dormir, pero me alegra saber que has estado pensando en mí.

—Más que en ti, en cómo matarte y fingir que ha sido un accidente. Estoy aprendiendo mucho últimamente…

—Qué cosas tan bonitas me dices, ¿qué voy a hacer contigo?

—Amarme y respetarme hasta que la muerte nos separe. Lo juraste en el juzgado y, por lo visto, sigue vigente.

—Esta vez yo me lavo las manos, güera…

—¿A qué has venido, Ethan?

—¿Has hecho alguna vez yoga bajo el agua?

—No, y así seguirá siendo por mucho tiempo. Con lo de ayer tuve bastante terapia de choque, gracias.

—Tenemos que trabajar en nuestras debilidades. Todos sin excepción.

—¿Y cuál es tu debilidad? ¿Parecer humano?

—Tú.

—Yo, ¿qué?

—Déjalo anda…

Ethan no me tomaba en serio, solo eso justificaría la sonrisa discreta que se dibujó en sus labios. A pesar de lo cabreada que estaba con él, aún sentía el corazón a diez mil revoluciones por minuto.

La escena me traía recuerdos que preferiría olvidar, aquellos despertares en Bucerías compartiendo besos y desayuno que, al parecer, nunca habían significado nada para él. Sentí un fuerte pinchazo en el pecho. Tal vez ese café no hubiera sido tan buena idea…

Tras un rifirrafe de pullas y reproches que no nos llevaron a ninguna parte, dejé que el encantador de serpientes me convenciera para entrenar de nuevo con él. Si en algo tenía que darle la razón era en que me iba a hacer más fuerte. Y una nunca sabía a lo que tendría que enfrentarse cuando se trataba de La Luna de Plata.

—No puedo hacerlo.

La bocanada de aire que tomé no llegó con la suficiente fuerza a mis pulmones cuando vi la entrada a la cueva. Ethan estaba mal de la cabeza si de verdad creía que lo iba a intentar siquiera. De hecho, se trataba de un ejercicio de una confianza ciega que no sentía, pues él insistía en que esa ranura nos llevaría a un paraíso oculto, y yo solo veía una grieta que cubría el agua. Lo dicho: de locos.

—Sí que puedes, Elena. Sabes bucear, lo has hecho antes para salir de esa cueva en Gales. La distancia no es tan larga, pero tienes que concentrarte en respirar y no dejar que el pánico te invada.

La simple idea de bajarme de la lancha ya estaba haciendo que mi corazón se encogiera.

—No puedo pasar, Ethan, ni siquiera sé lo que hay al otro lado.

—Te he dicho que hay un lugar precioso. Confía en mí.

—¿Después de decirme que te doy asco?

—También dije que estoy loco por ti, pero, al parecer, eso no lo escuchaste…

Tampoco lo quise escuchar esa vez. Todo lo que podía pensar es que, una vez me tirara al agua, las cosas podrían cambiar en cuestión de segundos. Más que tirarme al mar, me dejé caer, temerosa y sin soltar la barandilla metálica. Ahora que tenía la ranura frente a mí, las piernas comenzaron a temblarme.

Ethan me observaba en silencio. En algún momento, se había metido conmigo en el agua, aunque me estaba dando espacio suficiente para que tomara mis propias decisiones.

—Cuanto menos lo pienses, más sencillo resultará hacerlo.

¡Qué fácil era decirlo! No era él quién tenía terror al mar abierto y a las cuevas, y estaba a punto de enfrentar mis dos pesadillas en el mismo lugar; tres, si contábamos que él también era una herida que aún escocía…

Introduje la cabeza bajo el agua solo para comprobar que era cierto lo que decía: la ranura era en realidad una amplia cavidad que creaba un túnel natural. Era difícil calcular la distancia con la poca luz que había bajo el agua. Por suerte, Ethan había traído las linternas sumergibles.

—¿Quieres que lo hagamos juntos? —ofreció con una ternura que distaba mucho de la actitud dominante del día anterior—. Puedo bucear detrás de ti por si te da confianza.

Sé que quería tocarme por el modo en que sus manos hicieron un amago por acercarse a mí, contradiciendo sus propios gestos cuando se las llevó a la cabeza, como si se hubiera arrepentido.

—No, jefe. Tengo que hacer esto sola.

—Como gustes. Hazme una señal luminosa con la pulsera si necesitas ayuda. Haz tres seguidas cuando llegues, y me reuniré contigo al otro lado.

Decidí no pensarlo demasiado. Cogí aire y me sumergí bajo el agua, buceando a un ritmo constante en línea recta. No quería pensar en el hecho de que tenía un techo de roca sobre mi cabeza y ninguna posibilidad de salir de allí con vida si me quedaba sin aire. Cuando pasé de los cuarenta segundos sin llegar al otro lado, empecé a angustiarme. ¿Y si Ethan estaba intentando librarse de mí? ¿Y si…?

No podía dejar que mis pensamientos me hicieran esclava de mi mente. Tenía que confiar. Tenía que liberarme del miedo.

Una repentina claridad me hizo saber que no estaba lejos de la superficie. Nadé a buen ritmo en esa dirección y mis pulmones me obligaron a toser con fuerza tan pronto mi cabeza alcanzó la superficie. Lo que vi a mi alrededor superó con creces mis expectativas. Debía de estar soñando. Estaba en una hermosa piscina natural cuyas aguas se veían turquesa gracias a la luz que se filtraba por una amplia apertura en el techo. Era como un cenote al que fácilmente podríamos haber llegado saltando al vacío desde arriba, ahora que sabía que aquellas aguas estaban libres de rocas.

Las estalactitas tenían un brillo dorado que se asemejaba a la purpurina. Al fondo se divisaban cavidades más oscuras, que deduje eran donde Ethan quería entrenar.

—¡Me has dado un susto de muerte! Te pedí que me hicieras tres señales cuando llegaras.

Ethan acababa de aparecer a mi lado, mirándome con preocupación. Yo había olvidado por completo la angustia que me había producido llegar hasta allí.

—Este lugar… tiene algo de mágico.

—Aún no has visto nada. ¿Se te ha pasado un poco el cabreo conmigo?

—Vas a tener que currártelo un poco más, jefe.

—¡Qué bien! Porque hemos venido aquí justo para lo contrario… Quiero que luchemos en esa cavidad de ahí.

Señaló con la linterna un hueco por el que no entraba ni un rayito de luz.

—No se ve nada.

—Precisamente por eso… Sé que también te aterra la oscuridad. —Sus palabras me hicieron sentir débil. ¿Quién le había revelado todos mis traumas?—. Me lo dijo Sio.

—Debería buscarme una compañera de piso que no me vendiera al enemigo con tanta facilidad.

—Te adora y está preocupada por ti. ¡Ándale! —Ethan salió del agua y me tendió la mano para ayudarme. No la rechacé—. Prometo ser menos brusco que ayer si te portas bien. Olvídate de quién soy y de la relación que nos une, no sufras por hacerme daño. Lo soportaré.

—No te preocupes, jefe, estoy deseando hacerte daño.

—No lo dices en serio.

—Tú ponme a prueba…

—Ponte esto. —Me entregó unas gafas protectoras—. No quiero que nos saquemos un ojo en medio del combate. Hay daños que son irreparables.

A diferencia del día anterior, no estaba nerviosa. Había algo en ese sitio que me hacía sentir en calma, tal vez el arrullo de las gotas que se filtraban por las rocas y dibujaban círculos concéntricos al caer al agua. La claridad se reflejaba en la piscina, creando destellos azulados en su piel morena.

Le ayudé a cubrir el suelo de una moqueta de gomaespuma que amortiguara las caídas, aunque había demasiados salientes que podrían hacer que nos abriéramos la cabeza en un

descuido.

Me sentía incómoda con la ropa mojada, pegada a la piel, pesando tres toneladas y haciendo que mi cuerpo se estremeciera con la humedad y el frescor de la cueva. No eran las mejores condiciones para luchar.

—Mantente en todo momento cerca de la colchoneta —avisó como leyéndome el pensamiento.

—¿De dónde ha salido la mochila con tus cosas?

—La tiré anoche desde arriba. No podía bucear con todo esto, ¿no crees? Hay una especie de polea en uno de los claros.

No pasó demasiado tiempo hasta que comenzamos a pegarnos. Yo le atacaba con fuerza y él paraba cada uno de mis golpes sin esfuerzo. No quiso contraatacar por temor a hacerme daño, lo que no hacía de ese un entrenamiento muy justo, pero dejé que fuera él quien marcara las pautas.

No había ni un triste rayito de luz que me diera alguna pista de sus facciones, tan solo sentía su respiración agitada cerca de la mía, y ese olor tan embriagador que desprendía su cuerpo.

Era injusto. Mientras que él estaba concentrado en la lucha, yo no podía evitar el deseo que me provocaba tenerle en una situación así, preguntándome cómo reaccionaría si apresara sus labios… No, yo ya sabía cómo iba a reaccionar. Me había confesado el día anterior que le daba asco besarme. Y dolía. ¡Joder, cómo dolía!

—Te estás despistando de nuevo —me delató, haciéndome una llave que me dejó inservible.

—Perdona, es que me cuesta concentrarme cuando no veo nada.

—Pues usa los otros sentidos. Escucha el eco de mis pisadas, mi respiración… —susurró en mi oído, estremeciéndome.

Me giré a ciegas para asestarle un golpe, con la clara sensación de que Ethan danzaba a mi alrededor solo para provocarme. Cuando creía que por fin lo había localizado, me giré y no sé cómo terminé haciéndole la zancadilla. Él se precipitó contra mi cuerpo, haciendo que cayera dolorosamente en la esterilla.

Se deshizo en disculpas que no atendí. El calor que desprendía su aliento en mi cara era más intenso que el dolor que me pudiera haber provocado la caída. Su rodilla había caído entre mis piernas, separándolas casi a la altura de mis muslos; tenía un brazo a cada lado de mi cuerpo y sospechaba que su cara debía de estar a muy pocos centímetros de la mía.

—¿Seguro que estás bien?

—Tranquilo —respondí ante sus ruegos.

¿Eran cosas mías o tenía su respiración entrecortaba casi rozando mi boca?

A menudo solo pensamos en las lesiones físicas, pues Ethan nunca me preguntó por los efectos mentales que aquel entrenamiento me estaba causando. Mis pezones se endurecieron al imaginar que me arrancaba el top y se los metía en la boca, tirando suavemente de ellos. Me estremecí de placer, humedeciéndome al instante. No podía verle, pero sí sentirle… muy cerca, y duro como una roca contra mis muslos.

—Diría que alguien se ha pasado hoy con la viagra…

—No pienso disculparme.

—¿Y piensas levantarte o… prefieres seguir restregándote?

—Sí, claro, perdona…

Respuesta incorrecta. Ethan parecía tan cohibido con su repentina erección que se levantó como un Sputnik.

—¿Qui… quieres que…? ¿Quieres que sigamos luchando?

—La verdad es que preferiría regresar al hotel antes de que acabemos los dos magullados.

Creo que ya puedes darme esta prueba por superada.

—La jornada de hoy ha sido mucho más productiva que la de ayer.

—Pues yo prefiero la de ayer… —A pesar de que no podía verle, sé que Ethan se volvió para mirarme con sorpresa—. Me pareció… esclarecedora. Las dudas matan más que los puñales, y a mí por fin me quedó todo claro.

—Elena, yo… —Tragó saliva con dificultad, como si le costara encontrar las palabras—. Lo de ayer… Quería hacerte daño para que reaccionaras, pero yo nunca…

—Está bien, no tienes por qué justificarte.

—Si me casé contigo fue porque estaba jodidamente enamorado de ti. Siempre lo he estado. Y sé que, en otras circunstancias, aún seguiríamos juntos. —Percibí su calor en mi espalda mojada, acercándose a mi cuerpo, aunque sin rozarme—. Y tú también lo sabes, pero te da miedo siquiera planteártelo. Por eso sigues convenciéndote a ti misma de que estás enamorada de Lucky Luke, aunque desde fuera sea tan obvio que ese tipo no sabe hacerte feliz. Conmigo brillabas más.

—Lo que tú llamas brillo eran las putas lágrimas, Ethan.

—No te lo crees ni tú. Te hice feliz, Elena. Juntos éramos invencibles.

Su mano se posó en mi cintura sin permiso y a mí se me olvidó el sencillo acto de respirar. ¿Por qué seguía alterándome los sentidos de ese modo? Percibí sus dedos descendiendo lentamente hasta llegar al hueso de la cadera, rozándome casi a la altura del pubis. Un estremecimiento se apoderó de mí.

—Despiertas lo peor de mí —susurré exhausta.

—Y tú despiertas mi caos. Y aquí seguimos…

Sus manos siguieron descendiendo por mis muslos, apretándome contra su cuerpo, listo y caliente. Tal vez no fuera el mejor momento para excitarse, pero eso díselo tú a la cordura cuando tenía sus caderas pegadas a mi culo, sintiendo cada centímetro de su enorme deseo.

No podía verle, pero sabía que esos ojos verdes como el océano me miraban con hambre.

«¿Y ahora qué?», me pregunté. Si me giraba, iba a darme de frente con sus labios y una generosa erección que, sabía, era una mala idea. Me resultaba fácil mentirle en la oscuridad, pretender que no me enloquecía y moría por besarle cuando estaba deseándolo con cada célula de mi piel.

Quizá tuviera el Síndrome de Estocolmo porque, a pesar de que ese hombre era mi castigo terrenal, anhelaba todos y cada uno de los momentos que habíamos pasado juntos, esos que el día anterior él me había garantizado que no significaban nada para él.

¿Cuál era el verdadero Ethan? ¿El que ahora fingía desearme o el que había dicho que estar conmigo le daba asco?

—Deberíamos irnos —propuse—. Logan no para de mandarnos destellitos con la pulsera, deben de estar preocupados.

Ethan no opuso resistencia. Se separó de mí y retomamos la marcha hacia la barca.

Tras una generosa mariscada picante a pie de playa, regresamos al hotel a darnos un baño nocturno en la piscina. Estaba exhausta y fui la primera en retirarme. Me crucé con Ethan en la cocina cuando iba a por una botellita de agua.

Tenía el pelo asqueroso por el cloro y la piel erizada por el frescor de la noche, algo que Ethan me hizo notar cuando sus ojos se posaron con poco disimulo sobre el top de mi bikini.

—¿Ya te acuestas?

—Estoy cansada —confesé, algo nerviosa por lo que estaba a punto de hacer.

Lo había discutido conmigo misma en infinidad de ocasiones desde que, tres semanas atrás, mi hermano nos había dado la repentina noticia que había llenado a la familia de júbilo e incertidumbre. A veces era mejor no tratar de entender los asuntos del corazón... Ni los de Jorge ni los míos. Por eso yo estaba ahí, dispuesta a proponerle una idea rocambolesca a quien una vez fue el amor de mi vida, a pesar de que un día antes me había mostrado su desprecio… por la razón que fuera.

—Mi hermano y Esther van a casarse.

La expresión de perplejidad de su rostro fue indescriptible.

—¡Guau! ¿Tan rápido? Ni siquiera sabía que estaban oficialmente juntos…

—Ya ves… Han decidido hacerlo por la puerta grande.

—Me alegro. Sabes que siempre creí que entre ellos había una historia que no le habían contado a nadie. ¿Por qué las prisas? ¿Está embarazada?

—Dicen que ya han perdido demasiados tiempo haciendo el capullo y… mi hermano ya tiene cuarenta años y quieren plantearse ciertas cosas.

—¿Hablamos de Jorge, de ese tipo que dijo que nunca querría ser padre? —Me encantaba el modo en que se elevaba su ceja izquierda cuando ponía esa mueca de sarcasmo.

—Supongo que con Esther es diferente… Además, desde que nació Gaia se le ha despertado el instinto paternal, yo qué sé.

Odiaba que la piel tuviera memoria. Mientras yo me agarraba con fuerza a la encimera, como si esta pudiera elevarse del suelo, él clavaba su mirada de fuego en mi piel, exactamente igual que solía hacer cuando estábamos juntos. En otra vida, me hubiera recostado en la encimera para hacerme el amor apasionadamente.

—Me alegro, güera. Mis mejores deseos para la pareja. Supongo que tener a tu mejor amiga como cuñada es también una buena noticia para ti.

—Mucho, estoy muy feliz. —Allá iba… Me mordí el labio, nerviosa, antes de dejar que las palabras se escaparan de mi boca—. Va a ser algo íntimo y exprés, irán a firmar al ayuntamiento y luego iremos a comer a un restaurante. Nada ostentoso y solo los más allegados. La cosa es que… —Me detuve, insegura de lo que iba a proponerle. Ethan se cruzó de brazos y me interrogó con la mirada—. Bueno que… Si quieres venir a la boda, estás invitado. Gaia va a llevar los anillos, pensé que te gustaría verlo.

—¿De quién procede la invitación?

—Ah…, bueno, ya sabes… Son cosas de Jorge —respondí nerviosa, lo cual no era mentira—. Creo que va a invitarte formalmente cuando tengan una fecha oficial.

—*Son cosas de Jorge* —repitió con el ceño fruncido—. Entonces, supongo que puedo llevar acompañante, ¿no? A quien yo quiera… Es Jorge quien me invita, así que… no habrá problema.

Si buscábamos *gilipollas* en el diccionario, estaba segura de que venía mi foto. Además, reincidente.

—Sí, claro, puedes llevar a quien te dé la gana. Asegúrate de decírselo con tiempo para que puedan incluir a Ava en la lista del restaurante.

¿Era una sonrisa de satisfacción lo que asomaba de su rostro?

—Lo tendré en cuenta. ¿Cuándo es el gran día?

—En enero.

—Enero… No puedo comprometerme hasta después de Navidad, pero intentaré ir. Ya te digo algo más adelante, ¿vale?

—A Jorge… —le recordé picajosa.

—Claro, claro… a Jorge —repitió él con tonito guasón—. Me voy a la cama, güera. Que descanses.

—Tú también.

—Elena… —Ethan extendió la mano para entregarme una flor de papel—. Esta no es de las que se marchitan. Feliz aniversario.

Ni siquiera esperó respuesta antes de cerrar la puerta de su bungaló. Me llevé la flor a la nariz para aspirar su aroma, sabiendo que la había rociado con su perfume.

Se me formó un nudo en la boca del estómago. Aunque técnicamente ya no estábamos casados, llevaba todo el día pensando en ello, con la seguridad de que Ethan no se había acordado.

Y ese detalle…, ese detalle lo cambiaba todo.

36

1 de junio de 2025 — Gili T., Indonesia

Día uno de junio o, lo que es lo mismo, llevábamos ocho días en esa puñetera isla. Hasta el paraíso acaba por cansarle a uno cuando la frustración hace mella. Porque Mark nos iba a matar por esa pérdida de tiempo que tan cara le estaba costando a la agencia. Nos habían soltado allí sin pistas ni más información que el hecho de que buscábamos una máscara, y aunque habíamos recorrido la isla de norte a sur, aún no habíamos encontrado nada.

¿Por qué Farrell no podía dejar los jueguecitos y decirnos dónde estaba la maldita máscara?

Y luego estaba Gaia... La única razón por la que no había perdido la cabeza era porque Ethan recibía algunas fotos que compartía conmigo en privado después de los entrenamientos más duros y rocambolescos. Ese hombre iba a ser mi ruina.

Las cosas con él estaban… raras. A pesar de que me había jurado que aquellas horribles palabras solo habían sido una parte más del entrenamiento, la tensión entre nosotros era palpable.

Esa mañana me encontré a Ethan y Logan cocinando en una sartén algo muy carnívoro y con mogollón de proteínas, hartos como estaban de los desayunos del hotel a base de crepes de frutas y tortillas francesas, mientras Lalo revisaba las notas del caso en busca de esa pequeña pista que hubiéramos pasado por alto.

Me jugué la vida para robar un trocito de pollo de uno de los platos y Logan me pinchó la mano con un tenedor: odiaba que le descuadrásemos las cantidades. Le lancé un beso al aire, mostrándole que me importaba un bledo si desbarajustaba en diez calorías su estricta dieta de cachitas.

—La próxima misión voy a pedir que me envíen con Marina —anuncié—. En esta villa sobran proteínas y testosterona.

—¿Qué dices? Si somos el sueño erótico de cualquier mujer. Dos tíos cocinándote el desayuno… ¡te quejarás! —se burló Logan.

—Nah, lleváis demasiada ropa para eso —repliqué divertida, sentándome con Lalo en la mesa.

—Que todos los problemas de este mundo sean como ese…

Ethan se quitó la camiseta y me la lanzó, ante la mirada atónita de todos los presentes. La tentación de olerla fue demasiado fuerte. Aunque lo veía sin esa prenda cada día en la playa, me dio tanto morbo que me lo comí con los ojos, recorriendo su anatomía sin reparo desde su pecho desnudo hasta la fina línea de vello de su ombligo que se perdía en su...

«*Elena, ¿qué demonios estás haciendo?*».

—¿Sigo? —me provocó, con esa mirada que pedía guerra.

Y si quería guerra, iba a encontrarla… Porque estaba muy harta de sus continuas bravatas que me dejaban sofocada y con ganas de más. Harta de que no cruzáramos la línea de las palabras. Y ni siquiera sabía si seguía con Ava o no porque no la había mencionado ni una puñetera vez en todo el viaje… El único comentario que había hecho de su vida privada era sobre lo mucho que echaba de menos a sus hijos.

Cogí las llaves que había dejado previamente sobre la mesa y se las lancé. Él las cogió al vuelo, enarcando las cejas sin entender.

—Si vas a seguir quitándote ropa… Mi habitación. Ya sabes dónde está.

Ethan sonrió sin abrir los labios, besó las llaves y se las guardó en el bolsillo del pantalón, antes de seguir preparando el desayuno con Logan, quien no paraba de mirarnos a los dos con antipatía. No sabía qué tripa se le había roto al escocés, pero estaba claro que jugaba en el equipo de Mark y no quería ni imaginarnos juntos.

Lalo fue el primero que se posicionó al respecto cuando me susurró al oído:

—A Mark no le va a gustar nada esto…

¡Qué le jodieran a Mark! Se trataba de mi vida privada, de la nuestra. ¿Por qué todos se creían con derecho a opinar?

El calor apretaba más que de costumbre. Era la tercera vez que recorríamos la isla en bicicleta, parándonos en cada hotel, en cada bar, en cada farola, hablando con los locales y preguntando donde podríamos encontrar antigüedades, pero ninguno de los sitios a los que nos destinaron nos sirvió de gran ayuda.

Estábamos exhaustos y necesitábamos resguardarnos del sol durante las horas fuertes antes de que nos diera un soponcio.

Un pequeño restaurante de playa hecho con tablones de madera de colores, procedente de varias embarcaciones, sillas metálicas roñosas y una decoración estrambótica nos dio el cobijo que ansiábamos. Ni siquiera les pregunté a los chicos cuando me acomodé en la barra, dispuesta a agenciarme algo que me mantuviera hidratada y me devolviera las ganas de vivir. Estaba al borde del síncope.

Señalé la pérgola con sofás *chill out* con la cabeza, para que entendieran que no pensaba moverme de allí en varias horas. Accedieron sin protestar demasiado, pues ni las viseras que habían comprado en un mercadillo de la playa parecían hacer su trabajo en un día así.

La barra del bar era un gran cubículo de madera decorado con tablas de surf, *souvenires* de viajes y banderas. Destacaban los alebrijes y banderines de papel picado, una fuerte influencia mexicana que Lalo señaló con orgullo. Otro de los elementos decorativos que nos llamó la atención fueron unas monstruosas máscaras tribales de madera que parecían pintadas a mano. En su mayoría, rojas y marrones, recreando animales, dragones y otros seres mitológicos; pero había una que llamaba la atención por ese azul brillante que le concedían las turquesas.

Me quedé petrificada. ¿Cuánto tiempo llevábamos recorriendo la isla y leyendo inútilmente, sin saber que aquel artilugio diabólico había estado todo el tiempo delante de nuestras narices?

No sé si fue eso lo que hizo que Logan y Ethan se acercaran más a la barra, o fue la camarera, una beldad rubia que debía rozar el decalustro, con unos ojos tan azules como los de la máscara. Tenía buena altura, cintura estrecha y un buen par de razones para quedarse prendado de ella.

Siempre me había reído de esas escenas de las comedias románticas en las que el tiempo se detenía cuando los protagonistas conocían al amor de sus vidas. Pero juro que eso fue exactamente lo que pasó cuando la camarera se acercó para atendernos e intercambió una mirada con Ethan. Tampoco es que fuera la primera vez que era testigo de cómo las mujeres se quedaban sin neuronas al verle, aunque me sorprendió que él la mirara del mismo modo, mientras los demás observábamos en la distancia cómo se comunicaban sin palabras.

Me sentí enferma de celos. Busqué en el rostro de mi jefe alguna emoción que me ayudara a comprender qué se le estaba pasando por la cabeza, pero Ethan permanecía tenso de un modo hermético, como cada vez que algo le hacía sentir de más. Mala señal.

—¿Qué diablos…? —balbuceó, incapaz de acabar la frase.

Estaba tan absorto con la rubia que ni siquiera era consciente de que la máscara de turquesa estaba ahí, al alcance de nuestras manos. Igual no era tan mala idea que engatusara a la rubia, después de todo…

—¡¡¡Junior!!! —El modo en que la mujer pronunció ese apodo me hizo entender que estaba malinterpretando la escena: no acababan de enamorarse. De hecho, tampoco parecían particularmente felices de verse—. ¡Cómo estás! O sea…, pregunto, no afirmo, que también… —Comprobado: la rubia que salivaba al verle había cortocircuitado—. ¡Vaya! Has cambiado mucho desde la última vez… ¡Híjole! ¿Qué haces aquí? —Hasta que no vi la confusión de Logan, no reparé en que la rubia estaba hablando en español—. ¿Cómo está…? ¡Cuéntamelo todo! Quiero ver fotos, yo…

—¿Qué chingados haces aquí, Ana?

¿¡*Ana*!?

Entonces, fui yo quien sufrió un cortocircuito. ¿Acaso esa belleza madura era Analisa, la exnovia de Ethan y madre biológica de Gael? ¿El amor verdadero de Adrián Duarte? La misma que jugó durante años a ser una lunaplatense y, cuando la descubrieron y Duarte no pudo protegerla más, fingió su muerte y huyó a un lugar ultrasecreto. ¿La misma por la cual Gael llevaba años sintiéndose culpable por no haber hecho lo suficiente cuando desapareció? ¿Esa Analisa?

Tragué una saliva que se había vuelto espesa con los nervios. No sabía si su presencia era una trampa de Farrell o eran buenas noticias, porque ya no me quedaba claro en qué lado de la historia estaba esa mujer… A veces dudaba incluso de mí misma.

—Pues…, ¿queréis algo? —ofreció.

—Respuestas —exigió Ethan—. No las veo en el menú del día.

—¿Qué quieres descubrir, Junior?

—La verdad.

—*La verdad* —rio con sarcasmo—. Eso es tanto como decir que intentas descifrar el universo.

—Me basta con saber qué hay en esta puñetera isla y por qué tienes la máscara que ellos están buscando colgada en este chiringuito. Es un pelín sospechoso, teniendo en cuenta que salías con Adrián, ¿no te parece? Además, un objeto así no es para exponerlo al público como si fuera una baratija.

—Precisamente, quien lo puso ahí pensó que era la mejor manera de conservarlo, restándole valor. —Algo cambió en su rostro—. Yo lo veo arriesgado. Si por mí fuera, hubiera lanzado esa puñetera máscara al fondo del mar, donde nadie la pudiera encontrar jamás. No me digas que habéis venido por esto. —Ethan confirmó con la cabeza—. ¿Para qué la necesitas… precisamente tú?

—No es asunto tuyo.

—¡Tú estás loco! ¿No estarás pensando en…? ¡No pienso permitirlo!

La mirada de advertencia de Ethan fue suficiente para que Ana no terminara la frase. ¿Qué sabía ella que nosotros ignorábamos?

De nuevo, tenía ante mí a otro Ethan que no conocía. Esta vez no era ni mi jefe, ni el agente, ni mi exmarido. Era… ¡Qué sabía yo! Un hombre a quien el rencor le oscurecía la mirada.

—¿Podríamos hablar en privado? —preguntó en tono autoritario, sin dejar mucho espacio para la negociación.

Analisa asintió, fue a buscar a su encargado y le avisó de que se tomaría el resto del día libre. El beso que se dieron para despedirse nos hizo saber que no iba a tener problemas para negociar con su jefe.

—¿Es tu ex? ¿Esto qué significa? —preguntó Lalo, confuso por el giro de los acontecimientos —. ¿Qué hace ella aquí, con la máscara?

—Eso es lo que intento averiguar.

Ethan fingía tenerlo todo bajo control con una mueca contenida. Yo sabía que estaba mintiendo como un bellaco por el modo en que se tensaron los músculos de su cuello, tonterías en las que te fijas cuando compartes tu vida con otra persona.

Analisa no tardó en aparecer con su bolso y, dirigiéndose a nosotros, dijo:

—Podéis tomar lo que queráis. Invita la casa.

Lalo, Logan y yo nos miramos incapaces de creer que Ethan realmente fuese a largarse con ella, dejándonos fuera del caso, pero pronto comprendimos que tenían mucho de lo que hablar, más allá de aquella máscara y del caso McGowan.

Entender las cosas no las hacía más fáciles… ni menos dolorosas. Aún me seguía costando contener mis emociones cuando se trataba de él. Si mis compañeros lo notaron o no, fueron lo suficientemente prudentes para no decir nada al respecto, mientras jugaba con la pajita de mi zumo y me mordía el labio inferior con nerviosismo.

Nos aprovechamos de la hospitalidad del dueño para pedir un arsenal de platillos mexicanos y agua de Jamaica. Apenas pude probar bocado.

—¿Os la imaginabais así en persona? —preguntó Logan a nadie en concreto.

—Más o menos —respondió Lalo—. Ya sabíamos que hace treinta años fue su belleza lo que le dio un pase VIP a La Luna de Plata.

—Apuesto a que ese cabrón de Duarte sigue pensando en ella. Se dice que es la única mujer a la que ha querido de verdad.

—¿Creéis que podemos fiarnos de Ana? —intervine.

—Pues…, espero que sí —respondió Lalo, encogiéndose de hombros—. Por su reacción cuando Ethan le ha preguntado por la máscara, diría que sabe bastantes cosas del ritual… Podría sernos útil.

—¡Por supuesto que sabe muchas cosas! Era una lunaplatense —observé sin sorpresa—. Pero no sabemos en qué bando juega, ni si sigue en contacto o no con ellos.

—Pues yo sí me fío de ella —agregó Logan, ajustándose las gafas de sol sobre el puente de la nariz—. Si estuviera con ellos, ya tendrían la máscara. Está claro que ella sabe que todos la andamos buscando y, aun así, la está protegiendo.

—¿Y si es una imitación y les ha dado la original a ellos?

—No la tienen, Elena —garantizó Logan—. Solo espero que Ethan sepa tomar la decisión correcta. Ahora mismo estamos vendidos a su criterio.

—Voy a darme un chapuzón en la playa. ¿Alguien se apunta? —propuso Lalo. Logan y yo negamos con la cabeza.

—Hasta que no baje el sol, a mí no me vuelves a ver en la arena —sentenció el escocés.

Yo sabía que el sol no era lo único que le preocupaba, pues se cuidaba mucho de que no le viéramos sin camiseta para evitar preguntas sobre esas extrañas cicatrices que decoraban su piel.

El silencio que dejó Lalo al marcharse fue tan pesado que podía tocarse. A Logan le pasaba algo conmigo. Pero ¿el qué?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El escocés apenas se volvió para mirarme.

—Claro, Caoineag, lo que quieras.

—He visto la cara que has puesto esta mañana en la cocina… —Como dándome la razón, Logan profirió un largo suspiro que no me pasó desapercibido—. Sabes que no hay nada entre nosotros. Solo estábamos jugando.

—Esos juegos son peligrosos, Elena. Podría llegar a más.

—¿Y qué si llega a más? Sabes lo que sentía por él, fuiste el primero que me pidió que le escuchara cuando yo me obcequé en que había sido él quien me secuestró. ¿Por qué de repente te molesta tanto vernos juntos?

—Las cosas han cambiado. —Resopló y cabeceó, mirando para otro lado—. No puedo responderte a eso.

—¿Por qué?

—Porque no es a mí a quien tienes que hacerle esa pregunta.

—¿A Mark? Porque me la sopla lo que piense ese capullo.

—Esto no es asunto mío, ¿vale? Hay cosas que tenéis que discutir entre vosotros. Ignoro qué sabes y qué no, así que no quiero hablar del tema.

—No me estás hablando de Mark entonces… —Logan negó con la cabeza—. Ethan sigue siendo un puto misterio para mí. Empiezo a pensar que todos sus secretos son solo una excusa para encubrir que me dejó porque es un capullo inseguro.

—Puedes bajar la guardia si lo que te preocupa es que te parta el corazón. Ethan te adora, eres todo su mundo. Si hoy estás aquí, no es por lo que tú te crees.

—¿Aquí, en Gili? ¿En la misión? Me imagino que si accedió a que me uniera fue para poder torturarme a su antojo en esas cuevas… —Logan negó con la cabeza—. ¿No, el qué? ¿Podrías ser un poco más específico? ¿A qué te refieres con que *si hoy estoy aquí*…?

—Aquí, viva. Y en Gili también, dicho sea de paso. Sabe que vas a hacer lo que te dé la real gana, pero, al menos, él se asegura personalmente de entrenarte y consigue dormir mejor por las noches.

—¿Podrías volver a lo de que, si estoy *viva*, no es por lo que yo me creo?

—Si estás buscando mi aprobación, no la tienes. Pero tengo mis propios motivos que no puedo compartir contigo. Toda esta situación me genera más ansiedad que a ti. Es una puta mierda, pero no es como si tuviéramos otra opción.

—¿Me puedes dar una puñetera respuesta con algo de sentido, Logan? Tengo la impresión de que estoy hablando con Yoda.

—Tal vez deberías empezar por formular las preguntas correctas, Caoineag. Mis labios están sellados, pero no voy a mentirte si tú sola sacas conclusiones. ¿Te has preguntado alguna vez por qué Lalo se está follando a toda la maldita isla? ¿Por qué ninguna mujer le llena lo suficiente?

—Siempre he pensado que era un picaflor. No me ha llamado la atención, la verdad…

—Mira a tu alrededor entonces. Abre más los ojos.

—¿Está enamorado de… ti? —inquirí ojiplática perdida.

—¡No, idiota! ¿Cómo va a …?

—No sé, con eso de que has dejado a tu mujer y tampoco me quieres explicar qué ha pasado… —tanteé. El dolor que vi en su mirada me dejó hecha polvo. Había algo que se me escapaba, algo muy traumático que los unía a los tres, y sospechaba que iba a tardar en comprender—. ¿De quién está enamorado Lalo?

—De Marina.

—¿De Marina? ¡Pero si están todo el día juntos y no he notado nada!

—Porque son muy profesionales: nada de líos en la agencia, cero emociones. Nunca sabremos si ella le corresponde o no, este amor secreto morirá con él.

—¿Tanto miedo le tenéis a Mark? La vida privada de cada uno no debería afectarle a nadie…

—Y, sin embargo, nos afecta a todos.

—¿Cómo? —Obtuve su silencio a cambio de mi pregunta—. ¿Qué pasó con el chico sin pelos en la lengua que se pasaba el día metiéndose conmigo?

—Ese chico murió contigo en la cueva, Caoineag. Aquel día cambió todo. Celebramos que saliste con vida de allí, y a cambio, todos morimos un poco… Empezó la cuenta atrás e hice una promesa que no puedo romper.

—¿Qué tipo de promesa? ¿A quién le hiciste una promesa?

De nuevo, ese silencio espeso acompañado de un largo resoplido.

—¿Qué te contó Ethan de la detención de Christopher? ¿Te habló de cómo se hizo la cicatriz? —Le miré con los ojos entreabiertos, de nuevo sin saber de qué me hablaba—. Si quieres saber cómo nos hicimos tan amigos, me temo que tendrás que conseguir que tu amorcito te dé algo de información. Mis labios están sellados.

—Ethan no es mi…

—¡Venga ya, Elena! Actuáis fatal, todos vemos cómo os coméis con los ojos. Si no quieres llevarte malos ratos, deberías alejarte de él: esto no va a acabar bien para ti.

—Estoy harta de que todos me digáis lo mismo.

—Igual deberías empezar a escuchar…

—¡Pero si acabas de decir que soy *su mundo*! ¿Si tanto dices que me *adora*, por qué me haría daño? ¿Por qué tendría que alejarme de él?

—De nuevo, estás haciendo las preguntas incorrectas.

—¿Te has levantado en modo Oráculo de Delfos hoy o qué?

—Hagamos un pacto: si no te lo cuenta él antes de Navidad, prometo que lo sabrás.

—¿Por qué en Navidad? —esperaba que él me ayudara a esclarecer el gran misterio—. Habláis tanto de esa fecha que estoy esperando a que nos invadan los ovnis, el fin del mundo según el calendario maya o que baje el Mesías y acabe con los problemas de este mundo.

Algo en mis palabras pareció hacerle gracia.

—Es una época de milagros, ¿no? Pues reza para que este año ocurra uno.

37

“Los celos, como las fronteras, aparecen para justificar un dominio sobre lo que nunca se ha poseído”

Adrián Triglia.

Las horas pasaban sin que Ethan diera señales de vida.

Lalo y Logan ahogaron su nerviosismo con cervezas mientras yo quemaba mi ansiedad con la bici, recorriendo la isla al atardecer. Ni siquiera podía regresar a mi habitación porque Ethan tenía mis llaves.

Nunca me he considerado una persona celosa, pero esa situación que teníamos estaba acabando conmigo. Lo último que me faltaba por añadirle a la ecuación era una exnovia con la que compartía un hijo adolescente.

Regresé a la villa poco antes de la cena, aunque ni siquiera tenía hambre. Me encontré a los tres chicos charlando y bebiendo té helado en el salón. El olor a comida me hizo volver la vista a la mesa.

—Llegas justo a tiempo para las pizzas y el cotilleo. Ethan nos estaba hablando de su encuentro con Analisa —informó Lalo.

—¿Descubriste algo útil? —pregunté recelosa.

—Pues… sí, bastantes cosas. Espero que tengas ganas de conocer a Viggo, porque nos hemos citado mañana con él.

Me quedé paralizada al oír sus palabras.

—¿Viggo? ¿Te refieres a…?

—Al hijo que le robaron a mi abuela, sí —confirmó en tono afectado—. Ya sabemos por qué no quería olvidar este lugar…

—¿Por qué Gili? ¿Qué relación tiene con La Luna de Plata original?

—Ninguna. Recuerda lo que me dijiste una vez: este sitio no tiene nada que ver con los «malos». Estas islas están habitadas por aquellos que huyeron de La Luna de Plata.

—Vamos, que Gili es un refugio para cobardes —resumió Lalo con una sonrisita malvada.

—Cobardes con un montón de información —recordó un Logan más pragmático.

Me senté junto a Ethan y le acaricié el hombro para mostrarle mi apoyo, a sabiendas que ese encuentro le había afectado también de un modo emocional. A veces no entendía cómo no se volvía loco.

—¿Y tú cómo estás? Imagino que Ana querrá que olvidéis el pasado y volver a la vida de Gael…

Cerró los ojos y apoyó la cabeza en mi hombro en busca de consuelo, yo acaricié su pelo sin importarme las miraditas de Logan y Lalo.

—Sé que no puedo prohibírselo, pero acordamos que no iba a reclamarme nada con Gael. Fingió su muerte y anda por la vida con un pasaporte falso, al margen de la ley. Me da igual que sea su mamá, es tóxica. Le he pedido que espere a ver qué pasa y, si todo sale bien, hablaré con Gael y… —Aquel suspiro no fue suficiente para vaciar su alma de la presión que sostenía—. No necesito esto ahora mismo. Y mi hijo me va a odiar en cuanto se entere.

—No es culpa tuya.

—Eso explícaselo tú a un adolescente que lleva años culpándose de la muerte de su mamá. Y explícale también que, la misma madre que le abandonó, ahora tiene una familia nueva.

—¿Tiene otro hijo? —pregunté. Ethan asintió con la cabeza.

—Dos. Se ha casado con el periodista que la rescató y han montado un restaurante. El cuento de hadas. Te juro que es otra persona diferente. Una mejor, eso sí… Al menos, el exilio le ha sentado bien.

—No tengas prisa por contárselo a Gael… —propuso Logan—. Analisa no va a salir de su escondite hasta que esos tipos caigan, y, si las cosas no fueran bien, no querrías irte de este mundo de malas con tu hijo.

—Me estáis empezando a dar muy mal rollo con esa filosofía *Memento Mori* que tenéis últimamente… —Enarqué una ceja con fastidio.

—¿Qué va a pasar con la máscara? —quiso saber Lalo—. ¿Cómo vamos a convencerla para que nos la dé?

Ethan sustituyó su cara por una mueca de triunfo y sacó la máscara de la mochila. Le miramos con asombro, observando aquel artilugio que tenía una base de madera maciza grabada con el emblema de La Luna de Plata. No quería saber cómo la había conseguido.

—¿Te la has probado? —Lalo fue el primero en ponérsela sobre la cara con una mueca escéptica, antes de devolvérsela a su nuevo propietario.

—Sí, pero no he notado nada.

—¡Es una máscara! —recordé con sarcasmo, pues se estaban dejando llevar demasiado por la emoción—. ¿Qué esperabais que pasara? Además, se supone que solo responde ante el descendiente de Salazar. O eso dice la leyenda…

—Quienquiera que sea ese tipo —soltó Logan, dándoles una palmadita en la espalda a sus dos

compañeros—. Voy a darme una ducha y a ver la tele un rato. Mañana nos espera un largo día repleto de aventuras.

—Otro que se pira —anunció Lalo—. He quedado con una alemana que… ¡Buff! Como sea la de la foto, mañana voy de empalmada.

—Yo también me acuesto ya… —Estiré mi mano hacia Ethan, quien malinterpretó el gesto y la cogió para hacer manitas conmigo—. Te agradecería mucho que me devolvieras mis llaves.

—¿Cómo así? Pensaba que me habías invitado a usarlas esta noche… ¿Solo te pusiste brava?

—Úsalas si te da la gana. Mientras me abras para darme una ducha... El calor de esta isla me está matando.

Escondió una duda en su mirada, pero no me respondió. Tan solo me acompañó hasta la habitación, abrió la puerta y me devolvió las llaves. ¡Lástima! Yo ya no podía ser más evidente en cuanto a mis intenciones y él seguía sin hacer nada al respecto. Cada centímetro de mi piel ansiaba su cuerpo con auténtica desesperación.

—Bueno, pues… Hasta mañana.

—Ah…, yo… La neta es que pensaba quedarme.

—¿Sí? —carraspeé—. Claro, pasa si quieres…

Me hice a un lado, dedicándole una sonrisa nerviosa cuando su cuerpo rozó el mío. A pesar de lo amplia que era la estancia, se volvía pequeña con su presencia. Ethan lo llenaba todo.

—¿Quieres tomar algo? Creo que hay bebidas en el minibar…

—Estoy bien. En realidad, solo quería darte las gracias y… —Se sentó en la cama, a unos metros de mí. Le miré rígida e insegura—. ¿Te importa si apago la luz?

—No, claro…

¿Qué estaba pasando?

Las cortinas estaban corridas, tan solo un leve rayo de luz me permitía reconocer sus facciones. Las emociones se intensificaron. Percibía su aroma como una provocación. El calor que desprendía su cuerpo aumentó un par de grados la temperatura de la sala, aunque mi piel se puso de gallina ante lo inesperado.

—Antes, cuando estaba con Analisa…, se me han venido un montón de cosas a la cabeza. —Tras una pausa para ordenar sus pensamientos, siguió hablando—. Lo único en lo que podía pensar era en ti.

—¿En mí?

—Bueno, en nosotros… El hecho de que estés aquí, escuchándome, que me dejes ser parte de la vida de Gaia… Querer a alguien en las buenas es fácil. Lo jodido viene en las malas, cuando comienzan los reproches y las discusiones sin sentido. —Torcí el gesto, sin entender—. Hay algo que no te dije el otro día en la cueva…

—¿De verdad te dejaste algo por decir?

Como volviera a soltarme que le daba asco, aunque fuera uno de sus retorcidos entrenamientos, le iba a faltar isla para correr.

—Lo que no te dije fue que… —Un nuevo suspiro que me desquició— …sigues siendo el amor de mi vida.

«¿Qué?». Mi corazón dejó de latir. Me crucé de brazos incapaz de hacer o decir nada.

—Ethan…

—Y sé que para ti esto se ha acabado —me interrumpió—, y que me odias porque crees que te estoy dando miles de razones, pero…, mis hijos y tú sois el motor de mi vida. Cuando me sonríes se aleja todo el dolor y vuelven las tardes de verano. Vuelven las risas. Los recuerdos haciendo el amor en la playa hasta quedarnos sin aliento. —Yo sí que me había quedado sin

aliento—. Y sé que te debo muchos buenos momentos y, en otras circunstancias, te los pagaría con intereses, pero… —«¿A dónde quería llegar?»—. Te sigo extrañando. Se que habrá otras mujeres, pero…, lo que tú y yo teníamos… Eras mi mejor amiga, mi amante, mi compañera. Lo tenía todo contigo.

Sentí que la caja torácica disminuía su tamaño, y mis ojos amenazaron con comenzar un monzón tropical.

—No espero que digas nada. Solo quería que lo supieras, por lo que pueda pasar. Ya sabes…, el *Memento Mori* ese, que nos ha pegado fuerte. Y no quiero volver a hablar del tema porque, aún en el hipotético caso de que tú aún sintieras algo por mí, más allá de ese odio atroz que dices tenerme, ni siquiera podemos estar juntos. Y, ahora, voy a enseñarte una cosa, y después voy a regresar a mi habitación y te dejo tranquila. ¿Puedo agarrar tu *tablet*?

—¡Pero es que tenemos que hablar del tema! —Me senté a su lado en la cama, protegida por la oscuridad de la noche—. No puedes soltarme este discursito pretendiendo que no sienta nada, que no me afecte de algún modo... Para empezar, ¡tienes novia! Y yo no pienso repetir los errores de cuando nos conocimos.

—Ava no es mi novia.

—¿Cómo que…?

—Ava es una agente que me ayuda a mantener las apariencias y proteger a Gael. Cuando rompimos, todo se volvió un caos… Pasaron cosas…, cosas feas.

—Cosas que no vas a contarme.

—No puedo hacerlo, no es seguro.

Empezaba a cansarme del tema, pero no era momento de reproches.

—Entonces, aquella discusión que tuvisteis en mi casa…

—Puro paripé, aunque se le fue de las manos la actuación. Ella es mi tapadera cuando quedo contigo. Mientras Ava esté en mi vida y Noah en la tuya, ellos tendrán la certeza de que tú y yo no estamos juntos y mi vida será mucho más fácil.

Eran tantas las preguntas que no sabía cuál formular primero.

—¿Por qué necesitas una tapadera para verme? ¿Qué les importa que estemos juntos?

—No puedo responderte a eso esta noche. Pero lo haré si tienes un poco de paciencia conmigo, te lo juro.

—Entiendo que Ava sigue y seguirá en tu vida por un tiempo indefinido… —La manera en la que asintió me llenó de rabia—. ¿Estáis…? No hace falta que respondas, no es asunto mío.

—¡En absoluto! Ella está loca por una chica a la que no quiere declararse hasta que pase la misión, y yo… Yo ya he dicho bastante esta noche.

—¿Pretendes que me crea que no has estado con nadie en estos dos años?

—Eso no es lo que tú has preguntado ni lo que yo he dicho… —Odiaba sus ambigüedades—. He tenido un par de desahogos físicos, nada reseñable.

Si lo que me estaba contando era cierto, daba igual que los dos siguiéramos locamente enamorados: él no iba a dejar a esa chica. Volvíamos al año 2019, y yo me negaba a ser *la otra*… y con mi propio marido. Era absurdo.

—¿Has dicho que Gael está en peligro?

—No…, es por precaución. Tenemos un pacto, pero ¿quién puede fiarse de ellos?

—¿Tienes un pacto con… ellos? —Yo estaba flipando. Él asintió lentamente.

—También incluye a Gaia, si te quedas más tranquila…

—¿Tranquila? ¿Tienes un pacto con ellos sobre Gaia y quieres que esté tranquila? —repetí, incapaz de creer lo que me estaba diciendo—. ¿Qué está pasando, Ethan? ¡Cuéntamelo! Si hay

algo que pueda hacer para ayudar…

Sus manos se apoyaron con delicadeza en mis mejillas.

—La mejor manera de ayudar es asegurándome que harás lo posible por proteger a los niños. Ahora que sabemos qué es este lugar, podrías dejar el caso y venir aquí con ellos hasta que las cosas se normalicen.

—¿Me estás pidiendo que huya?

—Te estoy pidiendo que os pongáis a salvo. Si EDLM sale mal, no puedo prever las consecuencias, pero no van a ser favorables para nadie.

Lo que había comenzado como una declaración de amor, ahora era un plan de evacuación en caso de emergencia.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—Escucha, Elena… Todo va a salir bien. Necesito que confíes en mí. Te lo explicaré todo cuando llegue el momento.

Me sujetó con fuerza las manos para infundirme una confianza que sé que él tampoco sentía. Solo entonces vi una fracción de lo que me había estado ocultando todo ese tiempo. Decidí confiar en él, tal y como me había pedido, y abandonar un tema por esa noche al que tardaríamos en dar solución.

—Podrías haberme dicho desde el principio que no estabas con ella.

—¿Va a cambiar algo ahora que lo sabes? —preguntó tan cerca de mis labios que sentía su aliento erizando mi piel.

Esta vez fui yo quien dejó pasar el momento por seguir dándole vueltas a EDLM. Se había ido. Lo supe, porque él cogió mi *tablet* y se puso a buscar algo. Cuando vi su foto en la revista *Forbes*, casi me da un vuelco al corazón.

—Pero esto… ¡esto es increíble! ¿Qué haces en la portada de *Forbes*?

—Me entrevistaron la última vez que fui a verte. Estoy liderando uno de los proyectos de turismo sostenible más ambiciosos del momento a nivel mundial —explicó orgulloso—. No hace falta que te la leas, solo quería compartirlo contigo.

—¡Pues claro que me la voy a leer! Estoy superorgullosa de ti y… también decepcionada.

—¿Decepcionada? ¿Por qué?

—Sabes que trabajo en una de las revistas más importantes de los Estados Unidos, ¿verdad? Entrevisto cada día a tipos como tú. ¿Cuál es mi credibilidad como periodista si ni siquiera puedo conseguir una exclusiva de mi *todavía-marido*?

—Güera…, ¡es *Forbes*! Uno no les dice que no a nada.

—Sí, sí, ya me vengaré por esto… Lo añado a la lista.

—¿Sí? ¿Y qué vas a hacer para vengarte: tener otro hijo sin decírmelo? —Aún en la oscuridad, pude ver que se tapaba la boca, avergonzado por lo que había dicho—. ¡Lo siento! Sonaba mejor en mi cabeza. ¡Perdón, perdón, perdón!

—Eres un capullo —reí.

Porque me lo había tomado como lo que era, una de esas bromas entre ex que siempre esconden un puntito de reproche. Le golpeé con uno de los cojines y él empezó a hacerme cosquillas para defenderse. En el pasado, estas peleas siempre habían acabado muy mal…

Entre mis ataques y sus defensas, terminé tumbada en la cama con su cuerpo encima del mío y nuestras piernas entrelazadas. Ya no había vuelta atrás. Me tenía inmovilizada contra el colchón, sujetando el peso de su cuerpo con esos brazos musculosos. La boca entreabierta por el deseo, y esa mirada penetrante que a menudo me dejaba sin dormir por las noches.

Hay cosas que no pueden esconderse. Del mismo modo que yo noté la abultada sinceridad de

sus pantalones endureciéndose contra mi pubis, si él hubiera metido la mano debajo de mi vestido, habría sido testigo de mi humedad. Sentí su respiración jadeante y cálida encima de mí, esperando a que alguno de los dos se atreviera a dar un paso que parecía no llegar nunca.

Mi cuerpo comenzó a temblar de deseo. El más leve roce y todas mis alteraciones nerviosas cobraban vida propia. Mis pezones, erectos e indiscretos, le mandaban señales urgentes. Hacía tanto calor en esa habitación, y él estaba tan cerca… exudando feromonas y ese aroma que me nublaba los sentidos.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

—Sí —susurré—. Y, precisamente por eso, deberías irte antes de que hagamos una locura.

—¿Qué tendría de locura si los dos morimos por hacerlo?

Pegué un respingo al notar su mano caliente en mi muslo, subiendo la tela de mi vestido lentamente. Me estremecí. Llevaba semanas deseando que pasara y, llegado el momento, se me vinieron todas las dudas encima. Me aterraba lo mucho que me hacía sentir en un instante.

Su mano siguió avanzando despacio hasta mi ingle. Bajó la cabeza y se perdió en mi cuello, aspirando mi perfume, dedicándome pequeños mordisquitos que me erizaron la piel a su paso. De mis labios se escapó el primer gemido. Su mano había ganado terreno y se paseaba con libertad por la braguita del bikini, acariciándome, enloqueciéndome.

—No quiero seguir usando el pretérito cuando hablo de nosotros, Elena. —Su aliento me hizo cosquillas en la clavícula—. Dime que no sientes nada por mí. Que no te pones nerviosa cuando estoy cerca ni se te eriza la piel cuando te toco. Dime que no me amas y te juro que te dejaré en paz.

Mi cuerpo me delató, contorsionándose cuando introdujo sus dedos con delicadeza en mi interior, pidiéndole más.

—Es difícil mantener la cordura cuando estás… tan dentro de mí —gimoteé. Sus dedos seguían entrando y saliendo de mi cuerpo a su antojo—. Resulta imposible no pensar en follarte.

—¿Eso es lo único que piensas cuando estás conmigo? Porque sabes que puedo ofrecerte más que eso. Te hice muy feliz cuando estábamos juntos.

—Y me dejaste hecha polvo cuando te fuiste sin una explicación. Sigo hecha polvo —confesé, apartando su mano con suavidad, a riesgo de volverme loca.

—Yo nunca quise irme, pero no espero que lo entiendas aún. —Tenía razón: no lo entendía —. Sabes que puedo dártelo todo, y no solo en la cama. Estoy loco por ti. Y puedes seguir haciéndote la dura si quieres, pero sabes tan bien como yo que no vas a encontrarme en otros brazos. Los dos hemos intentado pasar página y no funciona. Lo que tú y yo tenemos, esta conexión… es magia.

Me estaba aturdiendo. Estaba cayendo de nuevo ante su palabrería, aun sabiendo que acabaría haciéndome daño de nuevo. Había intentado odiarle con todas mis fuerzas y había fracasado estrepitosamente. Tampoco lo de olvidarle me había dado mejores resultados… Y ahí estaba, dejándome llevar por esa marea revuelta, esperando que hubiera algún puerto cercano al que anclarme, porque, cuando Ethan estaba cerca…, no era coherente.

—He dejado a Noah.

38

—He dejado a Noah. —Como si hubiera pronunciado las palabras mágicas, se detuvo al escucharme—. He intentado que las cosas funcionaran, convencerme de que tenía que olvidarte, pero…, cada vez que hablamos por teléfono, cada vez que te veo, yo… me muero.

—Yo también me muero por ti.

Sus labios buscaron los míos para fundirse en un beso apasionado, al que pronto le siguieron las manos y nuestras prendas de ropa deslizándose hasta el suelo. Ignoraba en qué consistía ese pacto que le obligaba a alejarse de mí, pero los dos sabíamos que ya no había marcha atrás. Compartir el mismo aire no era suficiente. Queríamos tocarnos, besarnos... Queríamos promesas. Lo queríamos todo.

Con sus besos recorrió todo mi cuerpo, erizando mi piel con sus húmedas caricias. ¿Cómo era posible que consiguiera excitarme de esa forma que… dolía? Esa angustia por estar juntos que ahogaba y solo su cuerpo rimando con el mío podía aliviar.

—Te quiero dentro de mí —susurré entre besos, el deseo nublándome la razón—. No puedo esperar más.

Me encantaba verle sonreír de ese modo, toda su cara se trasformaba, emitiendo una luz difícil de eclipsar. Sus ojos verdes brillaban como auroras boreales en el cielo nocturno. Adoraba esa frescura desenfadada que con los demás reprimía constantemente.

Nuestros labios exigentes demandaron encontrarse, recuperar todos los besos perdidos durante ese tiempo en el que habíamos jugado a ser infelices. Mis manos le arañaron la espalda en un descenso hasta su trasero, atrayéndolo contra mi pelvis, que le esperaba ansiosa; él prefirió matarme de placer, restregando su sexo en mi entrada sin adentrarse en ella, humedeciendo mis ganas. Mis caderas se movían reclamando eso que él no pensaba darme tan pronto. Eran tantos los anhelos por estar juntos, que la intensidad de los besos se nos fue de las manos. Sentía los labios hinchados y ligeramente irritados, pero no quería dejar de besarlo.

La fuerza con la que su miembro se hizo paso en mi interior me hizo pegar un brinco. Apretaba sus caderas contra las mías para aumentar la fricción de nuestro contacto, tan solo un instante, y después, volvía a salir de nuevo para restregarse contra mi sexo y matarme de deseo.

—¿Te has propuesto volverme loca? —gemí algo ida.

—Quiero que lo desees tanto como yo.

—Como te desee más, voy a perder el conocimiento.

Él seguía restregándose, mirándome de ese modo que me consumía, acrecentando mi apetito. Estaba tan excitada, tan sensible, que cualquier mínimo roce podría haber conseguido llevarme al clímax sin esfuerzo.

Mi amante volvió a hundirse en mí, con delicadeza, llenándome de él. Su mirada anhelante imprimía fuego en mi piel. Pero esta vez, le rodeé con las piernas, impidiendo que saliera de mí y siguiera torturándome con su juego. Ya no tenía escapatoria. Nuestros sexos se encontraron en una danza frenética de sudor compartido y arañazos en la piel. El Nuevo y el Viejo Mundo fusionándose con cada caricia, vibrando a un mismo son en cada embestida, lenta y profunda. Queríamos sentirnos despacio, disfrutarnos.

Cuando Ethan volvió a jugar conmigo, saliendo de mi cuerpo para prolongar el deseo antes de volver a penetrarme de nuevo, apreté mis músculos para controlar su erección y él protestó con

una mueca tan sexy, que podría haberme corrido solo con mirarle. Me encantaba tener ese control sobre su placer.

—Como sigas haciendo eso, no voy a ser capaz de durar mucho… —me advirtió. Me lo tomé como una invitación para apretar aún más su miembro. Era mi momento de jugar, de domar al salvaje Ethan McGowan—. Cielo, para… Tengo demasiadas ganas de ti. Esto no es justo…

Al ver que yo seguía gobernando sus sensaciones, retozamos sobre la cama y me colocó encima de él. Ilusa de mí, creía tener el control, moviendo mis caderas al ritmo que yo deseaba, pero Ethan sonrió satisfecho al haber logrado su objetivo, un total acceso a mi clítoris para acariciarme mientras le cabalgaba. Juro que perdí la cabeza con sus caricias, sus besos en mi cuello, ese modo en el que solo él sabía follarme el cuerpo y el alma al mismo tiempo.

Mis piernas comenzaron a temblar y las contracciones de mi orgasmo le invitaron a vaciarse dentro de mí, susurrando lo mucho que me amaba con voz trémula.

Nos quedamos mirándonos en silencio, las pulsaciones aceleradas por la excitación. El cielo había tomado forma en esa habitación y yo me veía incapaz de poner los pies en la tierra ni despegarme de su cuerpo. Mi refugio. Mi lugar seguro. Mi éxtasis.

—¿Estás bien, cielo? —dudó, jugueteando con mi pelo enredado.

—Eso creo… —reconocí. Mi respuesta oscureció sus facciones y sus ojos formularon una pregunta—. Cuando estoy contigo siento que me falta el aire y, a la vez, es como si volviera a respirar de nuevo. Como si me lo dieras todo y me lo quitaras al mismo tiempo.

—No sé cómo tomarme eso.

—Quiero repetir. —Le regalé una sonrisa que ya no iba a desaparecer de mi rostro—. Muchas veces. ¿Te sirve?

—No, si solo me ves como un pasatiempo.

Ethan me bajó con suavidad de su cuerpo para incorporarse en la cama, visiblemente dolido por mis palabras. De nuevo, solo mostraba su vulnerabilidad cuando nos acostábamos juntos, era como si perdiera su colección de caretas, además de la ropa.

—No eres un pasatiempo. Quiero estar contigo, pero sigues rodeado de enigmas que no entiendo y me hacen daño. Necesito que me des razones y algunas respuestas para volver a confiar en ti.

—Y yo necesito que me des tiempo hasta que pueda explicártelo.

—Me estás pidiendo que confíe a ciegas.

—No puedo pedirte absolutamente nada ante estas circunstancias. Aunque yo muera por estar contigo, te pondría en un peligro innecesario y ni siquiera puedo ser honesto cuando me hagas preguntas.

—¿Me pondrías en peligro? —repetí como una mema—. Deduzco que… te han amenazado con hacerme daño si… —probé, él me analizaba en silencio, incitándome a seguir—. Estás haciendo algo que… No puedo pensar ahora mismo. Ese pacto que tienes con ellos, ¿tiene que ver con EDLM?

—Por favor, no hagas preguntas. No puedo decirte la verdad y no quiero mentirte.

—¿Entonces…?

—Pues, entonces… Quiero dártelo todo, pero no tengo nada que ofrecerte ahora mismo, con lo que no espero que lo entiendas ni lo aceptes. Si nos diéramos una oportunidad, nadie podría enterarse de esto. Volveríamos al principio, a vernos a escondidas y fingir que solo somos amigos. Yo tengo que seguir con Ava para que el plan siga su curso, no puedo cargarme otra vez la misión, ya viste lo que pasó cuando dejé a Wendy… No la amo. No hay nada entre nosotros, pero entiendo que no te fíes de mí. Y entiendo que lo que te estoy ofreciendo es una mierda. Yo,

en tu lugar, me volvería loco.

—Mentiría si te dijera que es lo que tenía en mente. —El chasco era perceptible en mi voz—. Si aceptara lo que me estás pidiendo…, ¿hasta cuándo?

—No lo sé. Hasta Navidad, si todo va bien.

—Navidad está a la vuelta de la esquina…

—Elena, ¡esto es una locura sin pies ni cabeza! Si alguien se enterase…

—No tendrían por qué enterarse si todo sigue como hasta ahora, tú con Ava y yo soltera, resentida con los hombres y con el corazón roto. Podría tener algunas citas para olvidar a Noah…

—¿En serio te lo estás planteando? —Asentí, sabedora de que aquella decisión iba a ser mi ruina—. ¿Tú estás segura? Porque estar juntos bajo estos términos no va a ser fácil.

—¿Te parece más fácil seguir fingiendo que no pasa nada?

—Nos va a doler, vamos a discutir por malentendidos, la distancia va a destruirnos, vas a desconfiar de mí y yo no voy a poder responder a tus preguntas, eso en el mejor de los casos… Igual deberíamos esperar a que pase la tormenta y empezar de cero, con las cartas sobre la mesa. No quiero volver a engancharme a ti y pasar por otra ruptura traumática cuando te des cuenta de que esto no es lo que buscabas.

¿Otra ruptura traumática? ¿Así fue como lo vivió él?

—Irá bien —aseguré tajante—. *Memento mori*, ¿recuerdas? Nadie puede garantizarnos que haya un mañana. Me has dejado claro lo que hay y, por ahora, lo acepto. Si después de Navidad todo sigue igual…, se acabó, Ethan. Para siempre. Sin importar tus excusas ni tus promesas.

A pesar de mi ultimátum, sus ojos se llenaron de miles de estrellas y besó mis labios con tanta pasión que pensé que me desharía.

—Estás loca. Y me vuelves loco a mí.

Lo estaba, completamente, desde el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron por primera vez.

—Todo va a ir bien —aseguré, cogiendo sus manos para transmitir una confianza que no sentía—. EDLM va a salir según lo esperado, acabaremos con ellos y seremos libres.

Hubiera pagado cuanto poseía por saber qué se le estaba pasando por la cabeza cuando me miraba de ese modo que contenía tanta luz y tanta oscuridad a la vez.

—¿Te he dicho alguna vez cuánto te amo?

Sus susurros se perdieron por mi cuerpo. Ansiaba morder sus labios; él prefirió regalarme un reguero de besos desde mi pecho hasta mi monte de Venus. Yo tiraba de su pelo cuando su lengua se hundía en mi interior, un movimiento que acompañó con sus dedos. Quería volverme loca. Quería recordarme lo que me había perdido sin él por si aún tenía dudas de que esa era la decisión correcta.

—¿Te has propuesto matarme a orgasmos? —gemí, mordiéndome los labios para no gritar como una loca.

Él respondió con su lengua sobre mi piel, creando una nueva oleada de calor que me recorrió como lava.

No quería pensar en nuestro pacto porque sabía que traía consigo infinidad de noches sin dormir. Ansiaría acostarme a su lado y despertarme oliendo a él tras una noche entre sus brazos. Echaría en falta nuestras rutinas domésticas después de un día horrible de trabajo. Y yo estaba dispuesta a aceptar sus condiciones a pesar de que no podía darme un porqué.

A riesgo de venirme abajo por la tristeza, me incorporé y sujeté su sexo con firmeza y mirada lobuna, devorando mi propio sabor, que aquella noche de pasión había dejado impreso en su piel.

Ethan cerró los ojos y se abandonó a mis atenciones sobre su miembro. Esa era otra de las cosas que echaba de menos: complacerle. Me encantaba verle disfrutar, el juego de emociones que invadían su siempre inexpresivo rostro; sentir que, por unos minutos, era él mismo, sin reprimirse. Pura sinceridad y sentimiento.

Acarició mi pelo y apretó mi cabeza contra su cuerpo con suavidad, exigiendo más. Saboreé la gotita que escapaba de su punta, para luego volver a introducírmela en la boca para desatar su placer.

El modo en que pronunciaba mi nombre, con la respiración entrecortada, era un potente afrodisiaco que me incitaba a darle más, quería dárselo todo, llevarlo al extremo de la locura. Su propio gozo desataba el mío, potenciando mis sentidos hasta volverme vulnerable.

—Espera, cielo…

Me apartó un instante con voz trémula. No supe qué pretendía hasta que se incorporó y me extendió la mano para que le siguiera a la ducha. El frenesí le ganó a la cordura.

—Sabes que pueden oírnos, ¿verdad?

—¿Acaso no te da morbo? —Lo hacía, y él lo sabía bien—. Quiero besarte, tragarme tus gemidos. Y quiero estar toda la noche dentro de ti, no pido más que eso.

—No quiero que salgas de mí en toda la noche.

—¿Es posible que esta sea la primera vez que nos ponemos de acuerdo en algo? —Adoraba esa sonrisa, conseguía que todo lo demás perdiera valor.

Aún no me había recuperado de los primeros asaltos cuando me cogió en volandas y me llevó hasta esa cascada artificial al aire libre, reprimiendo los suspiros para no alertar a todo el hotel de nuestro arrebato. Para mí ya no existía nada más en este mundo que esos labios de pecado que habían prometido no dejar de besarme en toda la noche. Unos labios capaces de obrar milagros entre mis piernas.

El agua caía sobre nosotros, llevándose por delante los miedos, las dudas y los reproches. Comenzó a enjabonarme con mimo, dedicándole atenciones a cada centímetro de mi piel. La tarea de enjabonarle yo a él se volvía difícil si sus labios no querían despegarse de mi cuerpo. De fondo, tan solo se escuchaba la tranquilidad de la isla y el coro de chicharras cantando en la noche.

—No sabes la de veces que he soñado con tenerte conmigo en esta ducha —confesó, mordiéndose los labios para contener el placer.

—Yo ya te he tenido en esta misma ducha, solo que tú no lo sabías…

—No me digas… ¿Y qué te hacía? —Me puso de cara a la pared como si estuviera castigada. Con una mano me acariciaba justo donde él sabía que conseguiría enloquecerme, y con la otra apresaba un pezón entre sus dedos—. ¿Te tocaba por aquí…? O quizás… ¿te lo hacía así?

Deslizó la mano para acariciarme el ano, introduciendo un dedo con delicadeza. A él le dejaba hacer cosas que no le permitía a nadie más. Ese era el nivel de confianza que teníamos.

Un escalofrío me recorrió entera mientras se apoderaba de mi cuerpo a su antojo. Me tenía arrinconada, con esa actitud dominante que solo me mostraba en la cama porque sabía que me enloquecía.

—Vas a acabar conmigo —protesté, contorsionándome ante sus caricias.

—Me pasaría el día tocándote. Me vuelves loco, cielo.

Estiré la mano hacia atrás para alcanzar su pene y comencé a masturbarlo. Estaba tan duro y resbaladizo que me costaba abarcar su erección con una sola mano. Me encantaba que sus gemidos se perdieran en mi oído, sentir su respiración entrecortaba por el placer directamente en mi piel. Perdí la cabeza cuando percibí su semen caliente derramándose sobre mi mano,

probablemente aquello siempre me excitaba a mí más que a él.

Entonces, apartó mi mano con suavidad y, obligándome a reclinarme, me introdujo su miembro aún erecto, penetrándome con fuerza. Sus manos descansaban en mis caderas mientras me embestía, las mías buscaban un punto de apoyo en la pared. Quería gritar. Me invadieron las ganas de confesarle que había perdido la fe en volver a amar a nadie como lo amaba a él. Que era la brisa fresca que llenaba mis inviernos de veranos.

—Cambio de planes: quiero besarte.

Me obligó a darme la vuelta y, con sus manos en mi trasero, me elevó para empotrarme contra la pared de la ducha, con mis piernas rodeando su cuerpo y mi lengua invadiendo su boca sin descanso. Estábamos tan calientes que el agua se evaporaba al contacto con nuestra piel desnuda.

Me iba a morir de placer. ¡No! Ethan me estaba matando. Sus manos, su boca, su polla, y esa mirada que abría las puertas del paraíso con solo cruzarse con la mía. ¡Era demasiado!

Compartimos besos, gemidos, aliento, sudor y lágrimas en esa carrera frenética hacia el clímax. Me dejé ir, y él se derramó de nuevo dentro de mí, sin parar ni un instante de besarnos.

Había tenido tres orgasmos y no me parecían suficientes. Nunca me saciaba de él.

Esa noche volvieron las risas, las confesiones, las mariposas alzando el vuelo, los escalofríos acariciándonos la piel y el alma. Las promesas de un mañana que los dos sabíamos que tal vez no nos llegaría... Pero yo quería creer que sí. Estaba harta de vivir con miedo. ¿Y qué si todos estaban en lo cierto y Ethan me partía otra vez el corazón? Me negaba a quedarme con esa duda por no atreverme a sentir. Por no arriesgarme.

—Te amo, Elena. Gracias por regalarme la mejor noche que he tenido en tres malditos años.

—Habrá más..., muchas más —prometí, justo antes de quedarme dormida entre sus brazos.

39

2 de junio de 2025 — Gili Air, Indonesia

Me desperté flotando en una nube de algodón de azúcar e incertidumbre. Después de una noche de pasión, siempre me asaltaba la misma pregunta: «Y ahora ¿qué?». Se trataba de mi Ethan, sí, pero la realidad era que seguía habiendo demasiados kilómetros entre Nueva York y Londres para considerar una relación a distancia. Había demasiadas dudas flotando en el aire y, aunque le había prometido no hacer preguntas, sus besos no habían conseguido que me olvidara de que había muchas cosas sobre él que aún no entendía.

—Buenos días, preciosa. —Remoloneó a mi lado y me dio un beso en los labios—. Hacía siglos que no dormía tan bien.

—¿Estás de coña? Mi reloj dice que hemos dormido menos de tres horas… Yo estoy muerta.

—Pero fueron tres horas muy bien aprovechadas. —Acarició mi pelo y se montó sobre mí. Sonreí como una lela, aún adormecida—. ¿Te sientes bien?

—Aún estoy soñando. ¿Y tú?

—¿Tú qué crees? Eres como el agua que borra las marcas sobre la arena, me curas las cicatrices del alma. —Bajó un poco la sábana y dejó mis pechos al descubierto, aunque su mirada se fue directamente al tatuaje que me había hecho poco después de nacer Gaia, acariciándolo con delicadeza—. ¿Cuándo vas a decirme lo que significa?

—Cuando tú me cuentes cómo te hiciste eso…

Mi mano tomó rumbo a la cicatriz que cubría su nuevo y misterioso tatuaje. Ethan la interceptó en el aire, sujetándome la muñeca con fuerza en un gesto que no entendí. Sus ojos se tiñeron de sombras.

—Perdona, no pensé que fueras a reaccionar así…

—Soy yo quien debería disculparse, no… —Bajó la mirada, avergonzado por su reacción—. Lo siento, es solo que…

—Acabas de decir que te curo las cicatrices del alma. Deja que también te cure las de la piel.

En esos momentos, Ethan era un mar de dudas y confusión. Ignoraba contra qué monstruos estaba luchando, pero sabía que esa cicatriz era la respuesta a muchos de sus enigmas.

Esta vez fue él quien cogió mi mano para acariciar su piel tintada, ahogando un quejido que yo sabía le causaba un profundo dolor que no era físico. Pasé las yemas de mis de dedos con delicadeza por cada centímetro de esa marca que me mataba de curiosidad. Bajo las grafías E_2Ga_3, una línea rosada en relieve en la que se intuían puntos de sutura. Ethan no era de los que se metían en peleas, así que esa opción quedaba descartada, aunque no pensaba preguntar hasta que él estuviera listo para contármelo.

—Veamos qué tenemos por aquí… E_2Ga_3 podría ser un código postal de Londres, pero me falta algo más…

—Frío, frío.

—Dame una pista.

—Es mi plan de vida, un recordatorio de aquello por lo que vale la pena luchar. Mis coordenadas vitales.

—Tú siempre tan misterioso.

—Eres parte de mi plan, así que espero que no sigas diciendo que solo me hablas por la niña…

—¡Por supuesto! Y porque follas bien.

—¡Vaya por Dios! Y hablando de eso…

Se coló por dentro de las sábanas, manteniendo el contacto visual con esa mirada traviesa. Aunque estuviera viendo sus intenciones, me sobresalté cuando noté su lengua entre mis piernas, dándome los mejores «buenos días» que alguien podría soñar. Que te lleven el desayuno a la cama, comparado a eso, estaba sobrevalorado.

Las conversaciones de Lalo y Logan al otro lado de la cristalera nos cortaron el punto.

—¿Qué tal si lo dejamos para esta noche? —sugerí—. Bastante mal rollo me da ya que no aprueben lo nuestro como para que encima lleguemos tarde por estar echando un polvo.

—Tienes razón, pero esta noche no te me escapas. —Volvimos a besarnos para sellar la promesa y se levantó para ponerse la misma ropa que había llevado el día anterior—. Voy a colarme por el baño hasta mi habitación. Nos vemos en… ¿quince minutos? No quiero que cante mucho que hemos pasado la noche juntos.

—¡Que tengamos que estar así a nuestros años…!

—No voy esconderme con ellos, me da igual lo que opinen. Solo quiero contárselo yo mismo para que no les pille por sorpresa. Creo que es lo más justo.

Me despedí con un beso fugaz, quedándome de nuevo a solas en esa habitación que apestaba a sexo desenfrenado. Me puse unos *shorts* vaqueros con una camiseta de algodón roja, y fui al salón con mis cascos en la mano, fingiendo que llevaba un rato escuchando música.

Desde allí, oía a Lalo y Logan preparando el desayuno y charlando de sus cosas. Me sentí un poco culpable. Yo aún no había cocinado nada para ellos, aunque también era cierto que me conformaba con lo que proporcionaba el hotel y ellos necesitaban ingerir un montón de mejunjes proteínicos por las mañanas.

Se hizo el silencio en la cocina cuando unos pasos lentos se acercaron. Enseguida escuché la voz de Ethan saludándoles y lamentando que se le hubieran pegado las sábanas.

—¿Solas o acompañado? —bromeó Lalo.

—Solo estábamos… solucionando nuestros dramas personales —se justificó él.

—Y entiendo que esa «solución» no va a gustarle a Mark, ¿me equivoco? —De nuevo, ese tonito jocoso que le divertía—. No sé para que os molestáis en fingir, te recuerdo que la ducha no tiene puertas ni paredes…

—Lo habéis oído —afirmó Ethan.

—TO-DO. —El tono de Logan no fue tan juguetón como el de Lalo.

—A mí, personalmente, me resbala que te folles a Elena. Somos todos ya mayorcitos… —agregó Lalo.

—¡Pues a mí no me resbala, joder! —explotó Logan, mostrando un lado de él que yo desconocía por completo—. ¿En qué cojones estabas pensando?

—No voy a disculparme por hacer por una puñetera vez en mi vida lo que realmente quiero y no lo que todos esperáis de mí.

—¿Acaso no estamos los tres en las mismas? Me encantaría que las cosas fueran diferentes, pero te recuerdo que esto contradice la decisión que tomaste hace tres años. ¡Nos estás condenando a todos! ¿Qué crees que van a pensar si se enteran? ¿Qué crees que va a decir la agencia? Darán por hecho que se la estás jugando otra vez, que estás con Elena por…

«¿Por qué?».

—¿Crees que no lo sé? —interrumpió Ethan.

—Se supone que ibas a dejar que rehiciera su vida, ¿por qué has tenido que meterte por medio? ¡Ella era feliz con Noah antes de que tú llegaras! Aceptaste el plan y sabías que esto pasaría tarde o temprano. ¿En qué estabas pensando?

—¿De verdad eres su amigo? —se burló—. ¡Elena no era feliz con él! Sigue enamorada de mí. Y yo de ella…, perdidamente, por si no os habíais dado cuenta aún.

—¿Acaso para mí es fácil renunciar a mi mujer y a mis hijos? ¡Esto ya lo habíamos hablado! ¿Qué piensas que pasará después?

—¡Que ya lo sé, joder! Pero ¿qué esperabais? Me habéis encerrado en una puta isla paradisiaca con ella. Y, por si no os habéis dado cuenta, sigo siendo humano.

—Tú pediste expresamente que os pusieran juntos en esta misión sabiendo el riesgo que corrías. Mark quería manteneros separados, pero tú te saltaste el plan metiéndola de nuevo en el caso.

—¡Me vale madres el plan! Y os recuerdo que los dos estabais de acuerdo con esto. Alguien tiene que asegurarse de que sabe defenderse cuando no estemos para protegerla... —¿De qué estaba hablando?—. Vosotros no conocéis a mi mujer, EDLM va a ser un desastre como no esté preparada.

—Oh, sí…, la conozco muy bien y sé de sobra lo mucho que le gusta saltarse las reglas, te recuerdo que he trabajado con ella en varias misiones —espetó Logan.

—Voto por contarle el plan y que ella decida —agregó un Lalo, que, hasta el momento se había mantenido al margen—. En esto estoy con Ethan: Elena no va a parar hasta que lo descubra.

«¿Descubrir el qué?».

—¿Podéis bajar la voz? —rogó Logan—. Nadie va a decirle nada a Elena. Seguiremos el plan manteniéndola al margen. Es lo que acordamos con Mark y es lo que vamos a hacer.

—Yo tampoco quiero que sepa el plan, solo que esté preparada por si le salpica —concluyó Ethan—. En cuanto a nosotros…, he hablado con ella y sabe lo que hay. Seremos discretos, pero no me privéis de lo único que me mantiene cuerdo ahora mismo. Después de todo lo que he sacrificado por el caso, creo que me lo he ganado. Y no os preocupéis por mi lealtad: sigo firme en lo que decidí hace tres años, con todas las consecuencias…

—¡Esto es un puto desastre! —Un golpe siguió a su quejido, como si Logan le hubiera pegado una patada a algo—. ¡Ni siquiera deberíamos estar teniendo esta conversación! Me pone los pelos de punta.

—¿Os habéis planteado por una sola vez que saliera bien?

—Si lo hubiera hecho, no habría abandonado a mi familia en Lisboa.

«¿Era esa la razón por la que había roto con Claudia?».

Decidí dejar de espiarles y hacer acto de presencia, usando los auriculares como excusa para fingir que no me había enterado de nada.

—¡Qué serios os veo hoy a los tres! ¿Habéis dormido bien?

—No tan bien como tú, *milady* —se cachondeó Lalo, dándome un beso en la mejilla. Estaba claro que nadie pensaba fingir.

—Tranquila, ya lo saben… —me confirmó Ethan con la jarra de café en la mano—. ¿Café?

—Triple, por favor.

Logan apenas abrió la boca durante el desayuno, a diferencia de Lalo, que no paraba de parlotear sobre lo emocionante que le parecía la excusión a Gili Air para conocer a los que habíamos bautizado como «los cobardes».

Yo estaba con la mosca detrás de la oreja. Cada vez tenía más claro que los tres

phoenixbonders tenían mucho que ver con EDLM, y mucho me temía que no me iba a gustar el dichoso plan…

Famosa por sus esculturas subacuáticas, Gili Air era la más pequeña y virginal de las tres islas, aunque mantenía las buenas vibraciones que había popularizado Bali.

Analisa y su marido, Enrique, vinieron a buscarnos a la playa y nos guiaron hasta un pequeño café que regentaban en la isla. Me sorprendió la facilidad con la que aquel periodista mexicano había cambiado la prensa criminalista por el agua de coco a pie de playa.

Enrique y Analisa se habían conocido cuando ella era prostituta y él investigaba un caso de trata de blancas que acabó salpicando a la cadena hotelera Luna de Plata. Poco después, Enrique la rescataba de una relación complicada con Adrián Duarte, que había derivado en varias amenazas de muerte. Y así, Analisa se había visto obligada a huir de México, fingiendo su muerte y dejando a su único hijo a cargo de Ethan. Un cuento de hadas con final feliz en el que ella alardeaba de libertad, sin admitir que, en realidad, no era más que otra prisionera de La Luna de Plata. Otro juguete roto.

A pesar de que sentía lástima por ella y sus malas decisiones vitales, no podía evitar el rencor que anidaba en mi interior por todo el daño que le había hecho a su hijo antes y después de su desaparición.

Nos llevaron hasta una hermosa vivienda, situada en la parte trasera del café, donde no faltaron los jugos de frutas ni las pastas de mango. En un amplio salón decorado con alegres motivos mexicanos, había otras siete personas de distintas edades y procedencias, aunque todas ellas tenían una cosa en común: habían dejado atrás un pasado dañado por los lunaplatenses. No eran los únicos; había docenas de familias repartidas por las distintas islas del sudeste asiático, huyendo de esa historia.

Un señor que rondaba los setenta se levantó y nos tendió la mano. Tenía la piel curtida por el sol; el pelo canoso, con algunos vestigios de lo que una vez fue una cabellera oscura, y unos ojos verdes que yo ya había visto antes en otros cuerpos. Ignoraba quién era, pero la sangre McGowan que corría por sus venas le delataba. Pronto se presentó como Viggo, y entendí de golpe el fuerte parecido con ese ángel que nos observaba desde su cielo.

Su mujer, nativa de Gili, se acercó con unas jarras de café recién hecho. También su hija estaba allí, una belleza exótica de edad similar a la de Ethan, que no paraba de comerse a mis tres acompañantes con los ojos. Aunque no podía culparla, empezaba a cansarme de la situación.

—Quiero que sepáis que no me interesan vuestros planes —comenzó Viggo con voz severa —. Ni siquiera estaba de acuerdo en reunirme hoy con vosotros, pero mi mujer cree que es mi obligación de superviviente contaros lo que recuerdo, por si pudiera serviros de algo.

—Se lo agradecemos —respondí, cohibida por todos esos extraños que nos observaban—. ¿Qué sabe de la máscara y el ritual?

—¿No estaréis pensando en devolverles la máscara? —interrumpió Analisa—. He leído en qué consiste ese ritual y puedo garantizaros que es… una salvajada.

—¿Qué? —preguntamos los cuatro phoenixbonders al unísono.

—¿De qué estás hablando? —Para haber compartido tanto con ella, Ethan era el principal

sorprendido—. Acaban de conseguir el diario. Tú no puedes saber lo que hay escrito en él.

—Cariño, te pedí que buscaras esas cartas en mi casa. Me hiciste caso, ¿verdad?

—Encontré muchas cartas, Ana, y la verdad…, no es que tuviera ningún interés en leer la telenovela que te traías con Adrián.

—¿Las tienes o no? —insistió—. Estaban dentro de la cisterna del baño.

Ethan frunció el ceño y buscó en mi rostro alguna confirmación de lo que decía, preguntándose qué narices hacía yo rebuscando en su cisterna. Yo asentí con la cabeza.

—Pues parece que sí las tengo. ¿Qué hay en esas cartas?

—Tu abuela Yvaine tenía un resumen del ritual. Ignoro de dónde lo sacó, deduzco que tendría alguna charla con Farrell al respecto.

—Eso no responde a cómo acabó en tu poder… —El esfuerzo de Ethan por mostrarse sereno me decía mucho más que sus palabras.

—Chico, ata cabos —respondió la rubia con soberbia—. Tu padre lo encontró en Edimburgo cuando aún estaba casado con Caerlion y me lo contó en una de sus cartas. Me pareció una barbaridad, una locura sin pies ni cabeza. Les he visto hacer cosas horribles en sus ceremonias, pero ese ritual es…

—¿De repente tienes escrúpulos? —Logan se aventuró a decir en voz alta lo que todos pensábamos.

—Estáis siendo ilusos si piensas que vais a vencerlos. Me da igual lo que os hayan prometido a cambio de esa máscara, yo he visto cosas que jamás imaginaríais. Cosas terribles.

—¿Con o sin ayuda de la ayahuasca? —arremetió Lalo.

—Os recomendaría que echarais un vistazo a esa carta —insistió ella—. No me veo capaz de reproducir su contenido.

—Prefiero que no nos hagas *spoilers* —concluyó Ethan—. Podemos hacernos una idea... Ya hemos visto alguno de esos rituales.

—No, no podéis… No sé qué habréis visto, pero esta es la magia más pura, ancestral y oscura que existe y… —hizo una parada, mirando a Lalo y Logan, que no cesaban en sus sarcasmos—. No importa lo absurdo que os parezca: si tiene consecuencias reales, es real. Y yo he visto cómo quemaban cuerpos y los tiraban a un lago para no dejar huella después de que un experimento, un negocio o un maldito ritual saliera mal. Si yo descendiera de ese tipo, me escondería aquí sin dudarlo.

—¿Tú también has colaborado en eso?

Que fuera Ethan quien la atacara nos pilló a todos por sorpresa. Incluso el hombre de hielo tenía sus límites.

—¿Qué quieres que responda a eso, Junior? —Analisa no dudó en usar ese mote que él tanto odiaba—. En Indonesia creen mucho en el karma, y yo estoy esperando a que me llegue mi castigo.

Pensé que no podría haber nada peor en esta vida que tener que renunciar a un hijo, pero esa mujer parecía estar viviendo en una realidad paralela. Tal vez solo fuera un mecanismo de negación del cerebro, o tal vez supiera que Gael tendría un futuro mejor sin ella.

—Os interesará saber que Viggo escapó de un campo de concentración lunaplatense —añadió, cambiando de tema.

—Morelia —agregué con seguridad.

—No se os escapa una. —Esta vez fue Viggo quien habló—. Nosotros lo llamábamos Valladolid. Hoy día sé que nací en Highlands fruto de un amor adolescente, y sé que mi padre biológico me llevó a Valladolid, donde crecí y viví hasta casi la mayoría de edad.

» Vivía en una habitación con otros quince niños más de edad similar, en literas, con normas estrictas y comidas racionadas. Nuestra infancia no tenía cariño, dulces ni juguetes. Nos inculcaban que habíamos venido a este mundo con la única misión de servirles en sus experimentos y que nuestra muerte sería para honrar a los dioses. Nunca pensamos que hubiera nada trágico en ello porque no conocíamos otra cosa. Esa era nuestra realidad. Tampoco a nadie se le pasó jamás por la cabeza la idea de huir. Eran muchas las historias que rondaban sobre aquellos que habían osado atravesar el bosque… y no regresaron para desmentirlo.

» Nunca salíamos de Valladolid, a excepción de los días de control médico en los que nos llevaban a un laboratorio exterior al que accedíamos por unos largos túneles. En resumen: no conocíamos la luz del sol que nos baña en esta isla, aunque esa ciudad artificial tuviera unos focos solares tan potentes, que crecían las frutas más sabrosas bajo sus rayos.

» Al igual que en el cristianismo, teníamos un Mesías, Salazar, quien se reencarnaría en un descendiente cuando llegara el momento. El elegido sería un conductor de carne y hueso entre el poder de los dioses y aquellos que invocaran su magia a través de un ritual, lo más probable, un descendiente de Gudrun que hubiera heredado su conocimiento y sus artes oscuras.

» Todos estábamos afiliados a algún experimento médico. A algunos les daban pastillas que hacía que se les cayera el pelo; a otros, les aumentaba o disminuía el apetito sexual, o les modificaban el ADN a su antojo… Ignorábamos qué eran todos esos fármacos que nos suministraban, solo conocíamos sus efectos porque los sufríamos en la piel, en los cambios de humor, en el deseo… Después, Ansgar y Helga nos llevaban a una enfermería de paredes rojas para que contáramos nuestras experiencias frente a una cámara. A muchos de mis amigos no volví a verlos.

» La economía se basaba en el trueque y el sexo era un medio reproductivo sin lazos afectivos, éramos terneros que les garantizaban un suministro de carne y leche continuo. Una granja humana. No éramos nadie.

Había un selecto grupo de individuos que tenían un tratamiento especial, los elegidos, aquellos que portaban en sus venas la sangre de Salazar. Todos los envidiábamos porque tenían la mejor comida y el privilegio de tener relaciones con quien quisieran sin límites. Lo que entonces no sabíamos es que ellos no se sentían privilegiados, sino violados, atiborrados, como un pavo al que estuvieran engordando para comérselo en Navidad. Lo sé porque tuve ocasión de entablar conversación con uno de esos chicos, Antonio, y vivía atemorizado. El lavado de cerebro al que le habían sometido durante años no había conseguido sembrar en él la idea de que morir en un ritual era algo positivo. Sufría terrores nocturnos que se traducían en brotes de agresividad por el día, que ellos combatían a base de más pastillas.

Antonio me contó que, desde muy temprana edad, le administraban hierbas que potenciaban su virilidad. Se sentía prostituido. Como digno descendiente de Salazar, querían esparcir su semilla para garantizar suficiente materia prima en caso de que el ritual saliera mal o a él le pasara algo.

» Un día decidí seguir a los tipos que traían las provisiones hasta la entrada, camuflándome en la vegetación que crecía cerca del muro. Iban riéndose y charlando, escuchando cumbias en ese

viejo carro. Tardé en decidirme. ¿Y si las leyendas eran ciertas? ¿Y si me mataban al cruzar el muro?

Lo bueno cuando ya sabes que tu vida no vale nada es que no tienes nada que perder. Iba a morir de todos modos. Así que me lancé. Llevaba tan solo una mochila con dos prendas y algo de comida que había robado de la cocina. No llevaba dinero ni sabía de su existencia.

Me colé en el maletero, entre sábanas sucias y bolsas de basura, y dejé los asientos de atrás a medio anclar para huir por ahí cuando tuviera oportunidad.

» El mundo exterior no tenía sentido. La luz del sol me dañaba. El agua sabía diferente. Me entraron ganas de volver a lo que yo creía mi refugio, mi zona de confort, pero sabía que ellos me matarían.

Una casa de comidas me ofreció alojamiento a cambio de mi trabajo, una situación que no duró demasiado, pues ellos estaban buscándome en cada casa, en cada restaurante. Si no dieron conmigo fue gracias a que me escondí en el establo. La familia me pidió que me largara al alba porque no querían líos.

» Estuve dando tumbos de un pueblo a otro, valiéndome de mi atractivo para ganar un plato de comida o una cama; pero ellos siempre acababan acercándose. Mi fortuna no iba a durar mucho más… Tenían a toda Morelia amenazada de muerte. Ofrecieron cuantiosas recompensas a quien me localizara. Pasé de ser una víctima a ser moneda de cambio, mis amigos pasaron a ser posibles capturadores, y empecé a temer por mi vida.

En algún momento de mi peregrinaje por Ciudad de México encontré a unos españoles dispuestos a ayudarme. Me consiguieron trabajo en una fábrica de tabaco, Aguirre S.L. Allí fue donde oí hablar por primera vez de La Luna de Plata y lo que hacían en Valladolid. Hice algunos amigos inadecuados que, afortunadamente, no me reconocieron; y otros que, como yo, querían huir de allí. Mi historia les era conocida porque ellos mismos la habían vivido. Me hablaron de las fiestas, de los hoteles que empezaban a hacerse un nombre en el panorama nacional…

Buscaban venganza. Estaban dispuestos a todo por acabar con ellos, mientras que yo solo quería encontrar un hogar, un lugar donde despertarme cada mañana sin tener que preguntarme dónde dormiría al día siguiente. Alguien me habló de esta isla y no lo dudé un instante. Tal vez era una trampa, pero estaba harto de huir, de vivir con miedo a que me encontraran. Y no me importa que me tilden de cobarde. Los héroes nunca escriben las batallas de las que los ensalzan; son los cobardes los que vivieron para contarlo.

—Mi abuela estuvo en esta isla, ¿verdad? —quiso saber Ethan.

—¿Yvaine era tu abuela? —Viggo no parecía particularmente impresionado—. Una anciana agradable. Supongo que eres hijo de alguna de sus dos hijas… Lo siento, no recuerdo sus nombres, nunca quise conocerlas después de lo que hicieron. —¿De qué estaba hablando?—. Al final, la sangre no crea los vínculos. Mi gente está en esta isla. No necesito más para ser feliz.

—Caerlion, mi mamá, murió luchando por un imposible. Mi tía Isobel sigue viva. Es una lunaplatense.

—Siento oír eso… Ambas cosas.

—¿Te has planteado alguna vez volver? —intervine. Viggo negó con la cabeza.

—Ni una sola vez. Cuanto más lejos esté de esos tipos, mejor. Y vosotros deberíais hacer lo mismo. Ni siquiera sé por qué Ana os ha dado la máscara. Tenerla en vuestro poder es un

suicidio.

—Ese es el plan —confirmó Logan—. Queremos negociar con ella.

—Esos tipos no negocian, toman lo que quieren por la fuerza. Si se enteran de que la tenéis, empezarán las masacres con descendientes.

—Tienen un plan para acabar con ellos, están convencidos de que podría funcionar. —Esta vez fue Analisa quien habló.

—¿Puedo reírme ya? No vais a acabar con ellos nunca, por muy sofisticados que sean vuestros métodos.

—Precisamente por eso va a funcionar: vamos a ser rudimentarios —rio Lalo.

Las conversaciones siguieron durante un buen rato en el que no sacamos demasiado en claro, pues Viggo no estaba dispuesto a ayudarnos, a no ser que mis compañeros compartieran con él el plan, algo que estaba fuera de toda discusión. Yo también empecé a cabrearme, pues me sentía en una clara desventaja frente a ellos.

El calor y la humedad, sumado a la información que me iba llegando a cuentagotas y mis propias conclusiones, hicieron que me mareara. Me disculpé para ir al aseo a refrescarme un poco, aunque lo único que quería era hacerme un ovillo en el suelo y pensar en silencio. Iba a vomitar, no sabía si pensamientos o galletas de mango, pero de pronto, se me formó una bola en la boca del esófago que quemaba como ácido.

¿En qué consistía realmente EDLM? ¿Quién era el caballo de Troya? ¿Iba a morir alguien en ese ritual? ¿Cómo podía haber sobrevivido Viggo a las cosas tan horribles que vivió en Valladolid?

Desde una pequeña ventana abierta me llegaron voces del exterior, que enseguida reconocí como Ethan y Analisa teniendo una acalorada discusión en el jardín. Escuchar a través de puertas, cortinas y ventanas se estaba convirtiendo en mi hobby favorito.

—¡Maldito seas, Ethan! La vida te dio una segunda oportunidad cuando eras niño, ¿por qué desperdiciarla así?

—Precisamente por eso, para que no haya más como yo.

—¿Por qué no te olvidas de esta historia? Tráete al niño a Gili y comienza una nueva vida aquí, sin preocupaciones.

—¿Y dejar que ellos ganen? Mi mamá no me educó para que me escondiera como un cobarde.

—Pero ¿tú estás loco o qué? ¡No tenéis ninguna posibilidad! Os doblan en número, en conocimientos y en medios. No tienen escrúpulos y me consta que a ti te sobran. Ignoro en qué consiste vuestro plan, pero si todos son como tú…, no vais a ser capaces de hacerlo. Esta guerra solo se gana con sangre, con cientos de vidas sesgadas. ¿De verdad vas a poder vivir con eso sobre tus hombros?

—El fin justifica los medios. Lo conseguiremos.

—¿Cómo? Vosotros vais a esta guerra con la idea de detenerlos y encerrarlos en una prisión. Ellos van dispuestos a llevarse por delante a quien haga falta.

—Las cosas han cambiado. Y hay otras formas…

—¡No las hay! ¿Es que no te das cuenta de que no ven más allá? ¡Esperan un pinche milagro procedente de esa momia decrépita! Tú y yo sabemos que Salazar no va a resucitar, pero esos tipos son unos fanáticos.

—Te recuerdo que tú también creías en La Luna de Plata. Seguirías con ellos si no fuera por…

—¡Es distinto! Yo estaba enamorada de Adrián.

—¡Y lo sigues estando! Ese es el pinche problema, Ana, ¿cómo puedo siquiera fiarme de ti?

—Porque ahora tenemos un mismo objetivo. Da igual lo mucho que yo le pueda amar, eso no significa que no sepa que el mundo sería un lugar mejor sin él. —Tras un incómodo silencio, prosiguió—. Piensa en nuestro hijo. Si el plan sale mal, ninguno de los dos podrá estar con él. Yo seguiré eternamente escondida y tú… ¡quién sabe dónde estarás tú! Hazme caso y vente con nosotros. Podrás empezar de cero con Elena aquí.

—¿A qué viene eso?

—¡No manches! Te conozco desde hace veinte años... No me digas que solo sois compañeros de trabajo. Deberíais disimular mejor esas miraditas.

Ethan profirió un largo suspiro, seguido de un montón de palabras malsonantes.

—Si sale mal, mi papá me mata. Si sale bien, lo hará mi hijo en cuanto sepa que estás viva. En cualquier caso, estoy bien jodido.

—Si sale bien, estoy segura de que Gael te acabará perdonando. A mí, sin embargo, me va a odiar de por vida.

—Tú elegiste, Ana. Y has cometido un chingo de malas decisiones.

A esas alturas de la conversación, yo ya estaba sentada en el suelo, abanicándome con una revista que encontré en un taburete, al borde del desmayo. ¿Por qué hacía tanto calor en esa casa?

Y es que no me daba miedo lo que decían… sino todo lo que callaban.

40

7 de junio de 2025 — Gili T., Indonesia

Y así, entre reuniones clandestinas, clases de yoga y noches de pasión, nos acercamos al siete de junio, la última noche en la isla los cuatro juntos. El final de ese paréntesis en nuestras vidas.

No volvimos a reunirnos con los cobardes. Ahora que teníamos la máscara y la información que necesitábamos, Mark nos había dado permiso para disfrutar como si fueran unas vacaciones… Si él supiera que no habíamos hecho otra cosa desde que llegamos.

En cuanto a Ethan…, Logan había dejado de reprocharnos nuestro romance, lo que evitó que tuviéramos que escondernos como dos criminales por el hecho de seguir amándonos.

El futuro era todavía un enigma que resolver.

—Por nosotros —brindó Logan elevando su botellín de cerveza—. Porque hacemos un equipo de puta madre.

—El mejor —confirmó Ethan levantando su bebida—. Dentro y fuera de la agencia.

—Y eso que no me querías en el caso… —le provoqué.

—Sigo sin quererte en el caso, pero eres indomable, y yo te quiero libre como el viento. —Intercambiamos una de esas miradas cargadas de fuegos artificiales, y Lalo hizo un gesto como que vomitaba.

—¿Os importaría fingir por una sola noche que no estáis nauseabundamente enamorados? —suplicó—. Dais mucho por culo a los que estamos a dos velas…

—¿Tú a dos velas? Cabrón, pero si ya no te quedan fuerzas para complacer a nadie después de haberte tirado a toda Gili —protestó Logan.

—Y a media Nueva York… —corroboró Ethan—. Excepto cierta mexicana con la que últimamente pasas mucho tiempo… ¿Qué onda tú con Marina?

—Lo mío con Marina es platónico. Somos compañeros de trabajo y ya sabéis que los dramas unen mucho y generan… cierta tensión sexual.

—Díselo a Mark, que estuvo tirándose a Gina por años —se burló Logan.

—Además, no podría hacerle eso a Marina…

—¿Hacerle el qué? —El ambiente se enrareció con mi pregunta.

—Pues el qué va a ser, empezar una relación con este ya es bastante desgracia para la pobre chica, ¿no crees? —concluyó Logan.

Gili T. tenía uno de los atardeceres más bonitos que había visto jamás. Los hoteles y restaurantes, sabedores del tirón que eso tenía en las redes, habían instalado columpios para que la gente se fotografiara haciendo promoción de sus negocios, aunque era difícil disfrutar del atardecer cuando cada día decenas de *influencers* hacían cola para conseguir la captura perfecta.

Pero esa noche se juntaron los astros y Ethan y yo conseguimos sentarnos a charlar en uno de esos columpios mientras Lalo y Logan acababan con las reservas de cerveza de la isla.

—¿Qué se supone que va a pasar ahora que tenemos la máscara? —Expuse una de las dudas que me rondaban la mente—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—La idea es que el infiltrado se la haga llegar.

—¿Crees en el ritual?

—A mí no me preocupa la magia ni que los dioses se rebelen, a mí me dan miedo los seres humanos, que son quienes interpretan la ley divina a su antojo y hacen atrocidades en nombre de su dios. La Santa Inquisición fue un claro ejemplo de esto y no podemos culpabilizar a ningún poder divino. —No me gustaba cuando su mirada estaba tan ausente—. La realidad es que da igual que el plan salga bien o mal: va a morir mucha gente en uno u otro bando.

—La idea es acabar con ellos; que muera gente es parte del plan, nos guste o no… Son criminales, y ellos no dudarían un instante en hacerte lo mismo a ti.

—Lo sé, lo sé…, pero igualmente va a ser un genocidio. Y si en algo nos diferenciamos de ellos, es que nosotros no somos así —confesó taciturno para después mirarme con ternura—. Y hablando de cambiar, me preocupa que este caso te esté apartando de tus sueños.

—¿Mis sueños?

—Tú siempre quisiste trabajar en un gran medio de Nueva York y, ahora que lo tienes, tengo la impresión de que estás dejándolo de lado por algo que no sabemos cómo acabará.

—Los sueños cambian —aseguré. Él negó con la cabeza.

—No cuando lo tienes tan claro. Escribir es tu pasión y no puedes dejar la revista por el caso.

—Habrá otras oportunidades. Tal vez…, en España o en Londres.

Ethan rodeó mi cintura con un brazo y me apretó contra él, besando mi pelo con ternura.

—Sé que Mark te ha pedido que vayas a Morelia, y ya sabes lo que opino al respecto. Acordamos que harías puro trabajo de investigación. Que estés aquí hoy es una excepción.

—No se te escapa una, ¿eh?

—Tengo oídos en todas partes.

—Estaré bien.

—¿Has pensado en Gaia?

—Sio cuidará de ella. Serán solo un par de días y no voy a meterme en líos, solo vamos a ver qué se cuece por allí…

—¿Por qué será que no te creo? Elena, si te pasara algo, yo…

—¡No pienses en eso! Me has entrenado bien, ¿recuerdas? Se supone que hacemos esto precisamente por ella, para que crezca en un mundo mejor. La pregunta es, ¿tú estás bien? —Ethan tenía la mirada perdida en el horizonte. El débil sol del atardecer matizaba los destellos dorados de sus ojos—. Hasta ahora no se me había pasado por la cabeza lo que todo esto iba a suponer para ti. Si ellos caen, no solo estamos hablando de criminales…, también es tu familia.

—No estoy bien, pero hace mucho que dejé de estarlo, así que estoy acostumbrado. Tenerte estos días a mi lado me ha ayudado más de lo que te imaginas. —Sonrió con tristeza—. Me cuesta creer que mi abuela dedicara su vida entera a encontrar a ese cobarde. Después de una semana viendo a Viggo cada día, sospecho que le corre puro atole por las venas.

—No podemos culparle con lo que vivió en Valladolid… Tuvo que ser horrible.

—Todos tenemos una mochila cargada de traumas a nuestra espalda. Al final, lo que nos diferencia es cómo lo gestionamos.

—Piensa en todas las cosas que nos ha contado de ese lugar. Imagínate despertar cada día de tu vida sabiendo que tu destino es morir a manos de esos lunáticos. Cualquiera en su lugar

hubiera salido huyendo. —Ethan apretó los labios y no dijo nada. Supongo que le tenía tanta tirria que no podía estar de acuerdo conmigo—. Oye, cuando dijo todo eso de los medicamentos…, no pude evitar acordarme de algo que dijo tu madre… Cuando eras pequeño, a ti también te atiborraron a pastillas. ¿Qué recuerdas de todo eso? ¿Alguna similitud con lo que ha contado Viggo?

—Era solo un niño. ¿Te apetece un cóctel?

—Pero tu ficha estaba entre sus archivos… No me creo que no hayas investigado qué te inyectaron.

—Te lo creas o no, complejos vitamínicos. Tuve anemia infantil.

Se encogió de hombros. No decía que me estuviera mintiendo, porque estaba segura de que también le habían inyectado esas vitaminas, pero sabía que tampoco me estaba diciendo toda la verdad.

—Al menos, sé que nadie tuvo relaciones sexuales contigo no consentidas porque me dijiste que perdiste la virginidad con Analisa, y ya eras mayorcito…

Ethan fingió estar ofendido por mi observación.

—Delante de nuestra hija, los veinte no será considerado «ser mayorcito» para tener relaciones, sino la edad propicia y madura. ¿De acuerdo?

—Viendo cómo es con dos años, me da a mí que esta niña nos va a dar más de un problema… —temí en voz alta. Apoyé mi cabeza en su hombro. Ver el atardecer así era uno de esos momentos que uno mataría por poder inmortalizar—. La echo de menos, es la única razón por la que estoy deseando regresar a Nueva York. Ojalá pudieras venir con nosotras.

—Pronto, te lo prometo, mi amor. —Me besó el pelo—. Tú al menos puedes verla cada día, yo tendré que conformarme con unas pinches horas en agosto cuando vengas a la boda. Odio esta situación. Llevo meses aguantando que otro güey disfrute de mi hija, conformándome con un par de llamadas y un puñado de fotos por no complicarte la vida.

—«*Un par de llamadas y un puñado de fotos*» —repetí irónica—. ¡Pero si estamos todo el puñetero día colgados al teléfono, Ethan!

—No es suficiente.

—Es temporal. —Se giró para mirarme con curiosidad—. Quiero hacer las cosas bien, nada de decisiones precipitadas, pero voy a solucionarlo.

—¿Cómo?

—Independientemente de que las cosas entre tú y yo vayan en una dirección u otra, lo cierto es que mi familia no está llevando bien esta situación, y… —¿Se asustaría cuando le dijera lo que estaba pensando?—. Quiero que Gaia esté cerca de su familia… De su padre y su hermano, en particular.

¿Era ese resoplido una buena o una mala señal? Me estaba abrazando, no podía significar nada malo…

—¿En qué dirección quieres que vayan las cosas?

—Apreciaría si por una vez me dieras tú las respuestas en vez de generar nuevas preguntas.

—¿Sabes que me haces jodidamente feliz?

De nuevo, esa ambigüedad que me desquiciaba, aunque la usara besándome los labios.

—Eso sigue siendo una pregunta...

—Anda ven, creo que esa parejita de ahí se quiere hacer una foto y hemos monopolizado el columpio.

Nos metimos en el agua sin cuidado por no mojarnos, a pesar de que no teníamos bañador. La camisa blanca se adhería a su cuerpo, marcando su musculatura de un modo… pervertido. Mi

camisa celeste también se había pegado a mi ropa interior, revelando más de lo que me hubiera gustado mostrar, aunque a él pareció excitarle. Su mirada hambrienta me dejó claro que no pensaba regresar a la orilla, así que seguimos caminando de la mano hasta una zona escondida detrás de unas rocas, que nos proporcionaba algo de intimidad.

Sobraron las palabras. Mis labios acudieron al encuentro de su boca, y nuestros dedos se unieron en una danza de caricias indiscretas bajo el mar, que, pronto, serían solo un recuerdo. Sentí sus manos colándose por dentro de la braguita del bikini para acariciar mi trasero, apretándome contra su deseo, duro como una roca.

Quería complacerle y saciarme de él; besarle me parecía insuficiente. Metí las manos por dentro de su bañador y le acaricié con suavidad mientras las olas del mar nos mecían. Él gemía en mi oído, erizándome la piel con su cálido aliento, o mordía mis labios, extrayendo de ellos cada suspiro. La luz de la luna dibujaba enigmas en sus pupilas, mostrando que ese hombre era tan misterioso como la noche que nos cobijaba.

Quería más. Cuanto más gemía él, más me excitaba yo. Ethan sujetó mi pierna derecha con una mano contra su cadera, mientras con la otra removía mi bikini para allanar el camino. Sentirle dentro de mí con la fricción del agua dolió… de un modo placentero. Con una mano se aferraba a mi cadera para embestirme y, con la otra, acariciaba mi botón del placer. Necesitaba ese contacto con urgente desesperación. Todo era magia y estrellas. Risas y emociones. Amor y deseo.

Gimoteamos. Suspiramos. Reímos. Gritamos. Perdimos la cabeza al llegar juntos al orgasmo. Nos Rendimos. Nos besamos.

—Te amo, te amo, te amo. —Apoyó su frente en la mía, vaciándose en cuerpo y alma.

—¿Vas a responder de una vez a mi propuesta?

—Mark me va a matar. Se supone que estábamos poniendo a prueba nuestras debilidades y he fracasado. ¿Responde eso a tu pregunta?

—La verdad es que no, si me cambias de tema… Además, ¿qué debilidades tienes tú? Te aterran las alturas y, que yo sepa, hemos estado todo el rato en tierra firme.

—A veces eres tan inocente que me resultas adorable.

—¿Te estás riendo de mí?

—Vamos a mi habitación. No voy a parar de besarte en toda la noche.

Llegó el momento de las despedidas. Lalo y yo mirábamos con tristeza cómo los que habían compartido nuestra vida por quince días nos abandonaban rumbo a Londres. Regresábamos a casa con la máscara en nuestro poder, una valiosísima información sobre Morelia y la certeza de que había un lugar en el mundo que daba cobijo a los cobardes.

«*Cobardes*». No me gustaba esa palabra para designar a aquellos que habían decidido vivir. Yo también me sentía *cobarde*.

Acompañamos a Ethan y Logan hasta la playa donde cogerían el barco de regreso a Bali. Les esperaba un largo día de viaje que nosotros replicaríamos en breve.

Aquella amarga despedida se plasmó en un abrazo grupal en el puerto, con la firme promesa de que algún día, cuando todo acabase, organizaríamos un viaje por puro placer, al que se unirían nuestras respectivas parejas. Soñar era demasiado difícil cuando había tantas vidas en juego, pero no por ello nos privamos de ese pequeño y efímero placer. Me consolaba pensando que vería de nuevo a Ethan y Logan en la boda de Gina en tan solo dos meses; aunque, en el caso de Ethan…, dos meses sin vernos era mucho tiempo.

Nos quedamos mirándonos sin saber qué decir, sobre todo, porque teníamos espectadores analizando cada uno de nuestros movimientos. Adiós a los arrebatos pasionales. Le di un sobre para romper el hielo y él me miró con curiosidad.

—¿No me digas que me escribiste una carta de amor, güera?

—Más quisieras… Feliz cumpleaños, cuarentón.

Su mueca me divirtió. Sabía que Ethan odiaba su cumpleaños.

—*Cuarentón*. ¡Cómo duele eso! —Se llevó una mano al pecho, como si le hubiera clavado un puñal con mis palabras—. Te has acordado.

—¡Por supuesto que me he acordado! Que tú no quieras decirlo, no quiere decir que los demás no sepamos que hoy es tu día.

—Sabes que no me gusta celebrarlo. Lo más que pensaba hacer era salir con Gael a cenar a algún sitio, pero estoy seguro de que no voy a librarme de la fiestecita sorpresa...

—Te lo confirmo, así que vete ensayando la cara de sorpresa… Siento no poder acompañarte. El próximo año será diferente.

No dijo nada, aunque la simple idea de hacer planes más allá de Navidad siempre le cambiaba el gesto.

Cogió el sobre y sacó de él una pulsera de cuero con una estrella y un planeta Tierra de plata. El regalo tenía un doble significado, más allá de que a él le gustaran ese tipo de alhajas, que esperaba que él entendiera.

—Kyoto Garden, mi primer cumpleaños en Londres…, aunque esta es mucho más bonita. —Confirmado: se acordaba—. Y el diseño es el nombre de nuestra hija, ¿no? La Tierra por Gaia, y la estrella por Yvaine.

—¡Bingo! Yo también tengo la mía en casa. Pensé que te gustaría.

—Pues has acertado de lleno. Ayúdame a ponérmela.

Al igual que en aquel primer cumpleaños juntos, en el que aún no éramos más que duda y anhelo, sentí su deseo saliendo a raudales por sus pupilas cuando me miraba. Si tan solo nos hubieran dejado un minuto a solas…

—Hay algo más en el sobre…

Metió la mano con curiosidad y sacó un pequeño papel manuscrito. No pudo evitar reírse al ver que había decidido entrar en su juego.

—«*Vale por un viaje a Grecia para dos*». Mmm… Gael se va a poner muy contento cuando se entere de que nos has comprado unas vacaciones —me provocó. Le pegué un codazo amistoso —. Que sepas que pienso canjearlo, al igual que unos cuantos vales que tengo pendientes de la última vez... Había uno de un striptease que sonaba muy, pero que muy tentador…

—Estoy deseándolo.

—Te voy a echar de menos, güera.

—Y yo a ti.

—No puedo hacerte promesas, pero intentaré ir a veros antes de la boda, ¿vale?

Nos fundimos en un abrazo que supo a nada. Porque sus caricias con fecha de caducidad no lograban saciarme: yo quería tenerlo siempre a mi lado. Pensé que iba a besarme, pero Logan apremiaba para que cortáramos esa despedida.

—Logan, ¿me das cinco minutos?

—Cinco, ni uno más —respondió este a regañadientes.

De la mano, me guio hasta la parte de atrás de un restaurante que daba a un hermoso jardín zen. Y entonces, me besó. Con pasión, cariño y deseo. Con lujuria entremezclada con miedo.

—Esto no es sano —lamenté, degustando el sabor de sus labios—. No quiero seguir despidiéndome de ti, cada vez me cuesta más decirte adiós. Estoy deseando que acabe esto…

—Lo conseguiremos, te lo prometo. Y si en algún momento cambias de opinión en cuanto a nosotros…, lo entenderé, ¿vale?

—No voy a cambiar de opinión, Ethan. No te he olvidado en casi tres años, no voy a hacerlo por unos meses separados.

—Elena… —Cuando suspiraba de ese modo me entraban los siete males—. Necesito que me escuches. No sabemos cómo van a salir las cosas, así que quiero que me prometas que, si a mí me pasara algo…

—¡No sigas por ahí!

—Si a mí me pasara algo… —repitió—, quiero que rehagas tu vida. Quiero que encuentres a alguien que os haga felices. Y quiero que te asegures de que Gael está bien. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Mis sospechas se volvieron demasiado reales, pero no pensaba permitirlo. Si estaba tan seguro de que iba a descubrir el plan como para haberme entrenado a conciencia en esas cuevas, es porque había alguna pieza en ese rompecabezas que aún no estaba viendo y dependía de mí. Pero ¿el qué?

—Prométemelo —urgió, sujetando mi cara entre sus manos.

—No pienso hacer tal cosa. Vamos a acabar con ellos, juntos. Dentro de un año, esto no será más que un mal recuerdo.

Volvimos a besarnos, a abrazarnos, a sentirnos…, aunque, esta vez, sus besos traían el amargo sabor de la incertidumbre.

—Debería irme antes de que Logan nos cuelgue a los dos. Te aviso cuando llegue a Londres, ¿vale?

Me sorprendió comprobar que la mueca de Logan era más compasiva que de enfado. Nos

dimos un último abrazo y me fui antes de que Lalo notara que me había quedado hecha polvo. No era la primera vez que nos despedíamos, pero, esta vez, su ausencia me dolía en cada hueso.

No pude disimular la sonrisa que se dibujó en mi rostro tan pronto vi el mensaje que me mando al móvil de la agencia, el único que nos habían autorizado a tener operativo en la misión. Estaba claro que a Ethan ya no le importaba que Mark nos monitorizara el móvil.

Había un enlace a una canción de Ed Sheeran, *Collide*, y una frase del final de la canción subrayada:

> **Ethan:** Perdiste tu anillo de boda, pero no me importó. Porque, cariño, tengo la sensación de que nos irá bien.

Lo que empezó como una estampida de mariposas en mi estómago transformó mi cara, dando lugar a una expresión idiota que a Lalo no le pasó desapercibida. Aunque se mostrara más prudente que Logan, sabía que él tampoco aprobaba nuestro romance. De nuevo, se limitó a suspirar y negar con la cabeza.

—No pienso decir nada —aseguró, cruzándose de brazos.

—Mejor.

—Vamos anda… Me apetece un último baño y una limonada.

Una calesa destartalada de caballos, un barco, tres taxis y un avión después, llegué a mi casa. Eran las ocho de la tarde y Siobhan estaba esperándome con las niñas. Fue tal el abrazo que me dieron mis tres chicas, que no tuve que cuestionarme por qué las vecinas a veces dudaban de si éramos pareja.

—¡Ven aquí, bichito mío! —Estrujé y besé tanto a mi hija que pensé que iba a desdibujarle la preciosa cara que tenía—. ¿Le has dado mucha guerra a la tía?

—La verdad es que se ha portado muy bien, pero echaba de menos a mamá —confirmó Sio entre los balbuceos de Gaia, que me estaba contando la película a su manera—. Y a papá… Ha preguntado varias veces por él.

—¿Y qué le has dicho?

—Que estabais de vacaciones juntos. —Rio ante su genialidad, ignorando mis protestas—. Te veo más morena, más delgada y con más brillo en los ojos, así que estoy segura de que tienes muchísimo que contarme...

—Voy a leerle un cuento y darle los regalitos que mamá y papá le han comprado por ser tan buena, y después te pongo al día.

—¿Ahora hay un «mamá y papá»? —Sio no iba a parar hasta que le contara toda la historia.

—Ahora vuelvo, prepárame un de té verde, porfi…

Dormir a mi hija después de dos semanas sin verla fue imposible. Ninguna de las dos queríamos separarnos, pero yo estaba deseando poder hablar con alguien y sentía que Sio era la única persona que me apoyaba. Gina estaba en el caso, y Brit… Odiaba volver a tener secretos con ella, pero el vínculo con la agencia era demasiado corto.

Me encontré a Siobhan con dos copas de *gin tonic* en la mano y una sonrisa picarona.

—Eso no es té verde…

—¡Oh! Has dicho *green tea*… te entendí *gin t*[12]. —Usó mis problemas hablando inglés para colarme el cóctel—. ¿Qué tal el caso McGowan y el caso Ethan McGowan?

—Se me había olvidado lo que era estar realmente cachonda.

—Por favor, dime que eso responde a la segunda pregunta…

Me reí por la ocurrencia.

—El caso McGowan bien: tenemos la máscara de turquesa y he conocido a Viggo, el hijo que le robaron a Yvaine al nacer. Y también a Analisa…

—¿Analisa, la madre de…? ¿La ex de…? ¿La amante de…?

—Sí, todas esas… Y prefiero que no me preguntes por ese tema porque no soy exactamente objetiva. En cuanto a Ethan…, tenías razón: sigue enamorado de mí.

—Lo supe desde el primer momento en que os vi juntos en esta misma cocina. ¡Quiero todos los detalles! ¿Te lo has tirado? —Me tapé la cara con un cojín como una quinceañera—. O sea, que sí… ¿En qué habéis quedado? Porque no es que tengáis las cosas fáciles ahora mismo…

—Seremos prudentes. Los dos queremos estar juntos, pero sin que afecte al caso.

—Traducción: en dos días te mudas a Londres y Ethan te pone un anillo en el dedo. ¡Ah, no! Que todavía no has firmado los papeles del divorcio… —me delató con retintín.

—Ni los pienso firmar. Dime lo que tengo que pagarle al bufete por las molestias y quémalos después.

—¡Lo sabía! Menos mal que los imprimí desde Internet. No tienen ninguna validez legal.

—¿Que hiciste qué? ¡Serás zorra!

—¡Sabía que no queríais divorciaros! Si me los hubieras firmado, te habría gestionado el divorcio de verdad, no te preocupes. Estaba todo controlado.

¿Quién podía fiarse de una abogada criminalista?

41

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—Jack, ¿estás bien?

La preocupación que asoma en la voz de Gala, que está sentada junto a su amigo, hace que todos nos giremos para mirar al hijo de Brit, que está de color verdoso. Con lo que ha bebido, es lo menos que podía pasar.

—¿Jack? —insiste mi hija, dándole palmaditas en la cara para que espabile—. ¿Por qué no te vas dentro a dormir la mona?

—¿Y dejaaar a la zoooorrrra de tu herma-na con ese perrr-de-dorrr? ¡Tú sueñaaaas! —ruge, tan afectado por la sangría como por una repentina rabia.

Los adultos nos miramos incómodos, pero no queremos darle importancia ni hacer un drama de esto. Por eso mantenemos la calma y el silencio, a pesar de que mi hija mayor está hecha un mar de lágrimas y Oli mantiene el tipo como puede, sujetando su mano para tranquilizarla. Nunca he visto a Gaia así. En circunstancias normales, se hubiera levantado y le hubiera dicho cuatro cosas a Jack, pero es Gala quien actúa, soltándole un guantazo que, aunque no puedo justificar, sí reconozco que se lo ha ganado a pulso…

Sus padres se ven en la obligación de intervenir. Brit está muy avergonzada y se debate entre disculparse con Gaia y Oli o echarle la bronca a su hijo, algo en lo que fracasa, pues Jack no atiende a razones y no son pocas las faltas de educación que muestra en cuestión de segundos. Hace tiempo que Eidan y yo comentamos que ese chico les iba a traer problemas porque estaba demasiado consentido, pero, meterse en la educación que tus amigos les dan a sus hijos, no suele dar buenos resultados…

Por suerte, su padre es mucho más tajante y le basta una voz para que Jack deje de desmadrarse.

—He dicho que te disculpes ahora mismo con los dos o te quedas castigado un mes sin salir.

—Venga, que sí, que lo siento.

—No ha sonado sincero. No sé qué cojones os pasa hoy a los tres, pero habéis sido amigos desde pequeños y os debéis un respeto.

—¿Me puede explicar alguien qué está pasando? —ruega Casper, buscando respuestas en su hijo, que sigue consolando a Gaia, ahora con un sentido abrazo.

—¿De verdad queréis saber lo que ha pasado? —No me gusta el modo en que Jack formula la pregunta, dispuesto a soltar barbaridades de un momento a otro.

—¡Sí! —responden Casper, Gina y Brit al unísono.

—¡Ni se te ocurra abrir esa bocaza que tienes! —le amenaza Gala, tapándole la boca con furia.

Jack le pega un mordisco y Gala aparta la mano, quejándose del dolor. Este chico está fuera de control.

—Para empezar, vuestra adorable niña modelo va a dejar la carrera para irse de mochilera a Vietnam siguiendo a ese vejestorio al que se tiró en Brighton… varias veces.

Bueno, esa más o menos me la esperaba…

—¡Serás imbécil! —Gala está a punto de ahogarlo y Oli se ha puesto de pie y en tensión, a la espera de que le salpique a él—. ¡A Jack lo han echado del equipo de futbol por posesión de

sustancias ilegales!

—¡Eran para consumo propio! —se defiende el susodicho, ante las quejas de sus padres—. ¿Por qué nadie se fija nunca en lo que el perfecto de Oliver hace mal? Ha contactado con su madre biológica y van a quedar para verse. Parece que prefiere a esa yonqui que a sus verdaderos padres.

—¡No fue…! No ha sido así, ¿vale? —Oliver busca a sus padres con la mirada, que reaccionan bastante bien a la noticia—. A uno siempre le surgen dudas cuando es adoptado. Quería saber…

—Cariño… —Los preciosos ojos verdes de Gina muestran una comprensión de la que jamás la creí capaz—. Es perfectamente comprensible. Si nos lo hubieras contado, nosotros mismos te habríamos ayudado a encontrarla.

—No quería haceros daño. Pensé que no lo entenderíais.

—Yo también soy adoptada. ¿Cómo no iba a entenderlo? —Gina y su hijo se abrazan, lo que parece enfurecer más a Jack, que arremete de nuevo contra Oliver y, de rebote, contra mi hija.

—Cuéntales también que por fin has tenido los cojones de decirle a Gaia que llevas enamorado de ella desde que éramos críos. Ha sido patético ver cómo todos estos años te quedabas en el banquillo mientras otros la besaban. Yo me he mantenido al margen por no hacerte daño, pero me cansé de esperar, y tú has tenido que declararte justo cuando estaba conmigo, mamón.

—¡Yo no estaba contigo! —Gaia sigue llorando sin consuelo desde los brazos de su hermana —. ¡Fue solo una vez y estaba borracha!

—Aquí dónde veis a vuestra encantadora Gaia, ha pasado el verano de su vida y ahora no sabe quién de los dos es el padre.

De repente, todo son silencios y frases entrecortadas. Eidan y yo nos buscamos con la mirada, manteniendo un complejo diálogo sin palabras. De todos los escenarios a los que pensé que me enfrentaría esta noche, este es el último de todos ellos.

Y no sé qué decir. Sé que mi hija espera algo por nuestra parte, ya sea comprensión o un rapapolvo por no habernos hecho caso todas las veces que le hemos soltado el rollo del sexo seguro, pero es que la situación se me queda grande. No estoy preparada para ser abuela. ¿Está ella preparada para ser madre, tan joven, y con todos los planes que tiene por delante? ¿O querrá abortar, como ya se me pasó a mí por la cabeza cuando me vi en su misma situación? Los recuerdos acuden al rescate, sabiendo que aquella hubiera sido la peor decisión de mi vida. Esa cría y sus hermanos son todo mi mundo.

—¡Te voy a matar, gilipollas!

Conociendo a Gaia, cualquiera esperaría que esa frase la dijera ella; pero no, es el pacífico de Oliver, conocido mundialmente por tener horchata en las venas, quien se lanza a por su viejo amigo. Yo no puedo reaccionar, me he quedado atascada en algún momento de las acusaciones, procesando aún que mi hija menor quiere dejar la carrera para seguir a un mujeriego y la mayor está embarazada de uno de sus dos amigos de la infancia.

Caos absoluto. La reunión se disuelve. Lo que empezó como un empujón de Oli a Jack ha llegado ya a los puños, y sus respectivos padres —y Amber— han tenido que intervenir, llevándose algunos golpes en el proceso.

¡Un desastre!

Aprovechando el barullo, mis tres hijos han desaparecido discretamente. Móvil en mano, recorro todas las habitaciones de la casa. Necesito hablar con Gaia y que entienda que no estamos enfadados con ella, que puede contar con nosotros para lo que sea, decida lo que decida.

Ni rastro de ellos.

—Coged el maldito teléfono. ¿Dónde os habéis metido?

Me sobresalto al sentir una mano en mi cintura, un gesto que pronto se convierte en un abrazo de ternura, apoyo y comprensión.

—No te preocupes, cielo, estarán en la playa. Gaia siempre va a allí cuando está agobiada, es su lugar seguro.

«Mi lugar seguro es tu cuerpo», pienso, apoyando la cabeza en su pecho.

—¿Han llegado a las manos?

—Sus padres los han separado y Brit ha obligado a Jack a pedirme perdón por lo que había dicho de Gaia. Oliver también ha venido a disculparse, pero los dos estábamos más preocupados por encontrar a Gaia que por aclarar lo que ha pasado.

—A mí me parece muy claro lo que ha pasado.

—¿Por qué no dejamos que nos lo cuente ella?

—Porque no estoy preparada para ser abuela. Acabo de envejecer treinta años de golpe justo cuando estaba rememorando mi juventud.

—Te recuerdo que ya tenemos una edad… —Le pego un manotazo. Que me llame vieja, con lo mal que llevo cumplir años, no es lo que necesito en estos momentos—. Lo importante ahora es que sepa que estamos aquí para lo que necesite.

—La playa ¿eh? —pregunto. Eidan asiente con la cabeza, demasiado seguro de sus palabras —. Luego dice esa niñata que no es hija tuya y eres quien mejor la conoce. Anda, vamos.

Tan pronto llegamos a la playa norte, no nos cuesta divisar a los tres sentados sobre una colorida sábana con mandalas. Gaia dibuja formas en la arena con el dedo, mientras su hermano dice algo que parece tranquilizarla. Gala está sentada a su lado, acariciando la mano que tiene libre.

—Solo se me ocurre a mí acostarme con ese gilipollas —oímos a Gaia cuando nos acercamos a ellos.

—Todos cometemos errores, no te fustigues —responde Gala—. Y los tres nos estamos luciendo este verano…

—¿Podemos hablar? —interrumpo la charla entre hermanos. Los tres levantan la cabeza con sorpresa. Apuesto a que estaban tan concentrados, que ni siquiera nos han oído llegar—. Creo que, después del interrogatorio al que me habéis sometido hoy, yo también tengo derecho a saber que está pasando en la vida de mis hijos. ¿Desde cuándo nos andamos con secretos en esta familia?

—Desde que nosotros mismos no aprobamos lo que hemos hecho, mamá —responde Gala con soltura—. Somos una vergüenza de hijos.

—Jamás podríais avergonzarnos, ni aunque quisierais —aseguro—. De momento, no he oído nada tan terrible… Una no encuentra su camino y la otra se ha quedado embarazada siendo mayor de edad, ¿dónde está el drama?

—No usamos condón, mamá. Estábamos borrachos…

—Yo también estaba un poco perjudicada cuando me quedé embarazada de ti.

—Ya, pero tú estabas enamorada de mi padre… Lo de Jack fue por venganza.

—Has sido muy irresponsable —le regaña su hermana—. Teniendo en cuenta que a Jack lo llaman Míster Ladillas en el equipo, quedarte embarazada de él es lo menos grave que podría pasarte.

—¡Repito que estaba borracha! —se defiende Gaia—. Sabes que nunca bebo de ese modo, pero necesitaba olvidarme de Oli.

—¿Qué ha pasado con Oli? —inquiere su padre—. Yo os he visto bien esta noche…

Eidan se sienta a su lado, algo nervioso. Sé que teme que Gaia vaya a rechazar sus caricias de padre protector. Yo también la temo porque mi hija a veces es impredecible, y sé que la charla que hemos tenido sobre mi pasado le está afectando de un modo muy personal. Empiezo a entender por qué, más allá de esa necesidad por saber quién es su padre…

Soy la primera sorprendida al ver que Gaia apoya la cabeza en el pecho de Eidan y se deja querer. Me siento al otro lado, entre mis dos hijas, y cojo la mano de las dos con ternura.

—Sobra que te diga que tu madre y yo vamos a apoyarte en lo que decidas.

—Lo sé, papá. —Gaia cambia de punto de apoyo, buscando mi cariño, aunque sin soltar la mano de Eidan—. No los matéis, esto ha sido culpa mía. ¡La que he liado!

—Aquí no hay culpables —dice él—. Bastante tienen los dos con el rapapolvo que les están echando sus padres. Lo realmente importante es, ¿qué quieres hacer tú?

Gaia niega con la cabeza. Entiendo que la alarmante pérdida de peso que ha tenido este mes se ha debido a que ha estado dándole demasiadas vueltas a la situación.

—¡Yo qué sé! Si ni siquiera me gustan los niños… Tampoco sé por qué me acosté con Jack si a mí quien me gusta es Oli. Bueno, sí lo sé… estaba harta de que Oli me rechazara y necesitaba sentirme querida.

—Oli nunca te ha rechazado —interviene Gala—. Lo que pasa es que el chico ha estado toda la vida centrado en su carrera, viéndote como algo inalcanzable, y cuando ha querido enterarse de que tú le correspondías, no sabía ni por dónde empezar…

—¿Oliver es virgen? —pregunta mi hijo extrañado.

—Lo era, nuestra hermana se encargó de solucionarlo.

—¿Qué pasó con Oli? ¿Estabais ya juntos cuando Jack y tú…? —indaga su padre.

—¡Qué va! Nos estábamos mandando mensajes desde hacía mucho, en plan amigos, pero estos dos me animaron a lanzarme porque veían cierto tonteo. Yo esperaba que, cuando fuera a Londres, por fin pasara algo entre nosotros, pero él nunca se lanzaba, así que lo convencí para que viniera con nosotros a esa fiesta de Brighton y…

—Gaia se lanzó y Oli fingió no enterarse de nada para darle calabazas y regresar a Londres porque tenía que madrugar para estudiar —resumió Gala. Su padre y yo torcemos el gesto a la vez, pues sabemos de sobra que Oli bebe los vientos por ella.

—Pues eso, que tenía el orgullo herido, empecé a tomar tequila y acabé enrollándome con Jack en una caseta de la playa. Los dos estábamos bien perjudicados y no recuerdo lo que pasó... Al día siguiente, me moría de vergüenza y decidí pasar de Jack, así que él se fue con otra. Cuando regresé a Londres, hecha un puto lío, Oli me estaba esperando en la escalera de casa para disculparse y decirme lo mucho que le gustaba.

—Le llevó rosas moradas y todo —completó su hermano—. Más mono el pobre…

—Me contó que nunca había estado con nadie y por eso se acobardaba, porque no sabía cómo complacerme. Y que siempre fui yo, desde niños. Y fue tan bonito… Empezamos a tener citas y todo era pausado y superromántico y… De repente me entero de que estoy embarazada de ese capullo, pero no quiero decírselo porque Jack ahora quiere que seamos novios y cuidemos a ese bebé juntos.

—Yo ya le he dicho que no tiene por qué tenerlo. Imaginaos que sale con media neurona, como el padre —remata Gala—. Lo siento, sé que es hijo de vuestros amigos, pero Jack es imbécil. La única que le soportaba era Gaia y porque se hablaría hasta con un lápiz.

—Y porque le consigue chupitos gratis en la discoteca —recuerda su hermano—. A mí me parece buen muchacho, solo está en la edad del pavo. Ya se tranquilizará… si no le mata su

padre antes.

—¿Se lo has contado a Oliver? —interviene Eidan.

—Sí, y no sabe ni qué decir porque todo esto le ha pillado por sorpresa. Ha tardado quince años en pedirme un beso y ahora resulta que estoy embarazada del tipo al que más odia en el mundo.

—¿Tú estás segura de eso? Porque a mí me ha dado otra impresión esta noche… Oli no se ha apartado de tu lado ni un momento —asegura su padre—. Y teniendo en cuenta que es adoptado, si realmente quiere estar contigo, no creo que se ponga muy moralista con quién sea el padre biológico de ese bebé, te lo digo por experiencia... La cuestión es si tú quieres o no tenerlo.

—¿Estás usando mi drama personal como argumento a tu favor en nuestro propio conflicto, Eidan?

Mi chico resopla. Pillado y hundido.

—Ahora que ya sabéis todo —prosigue Gala—, la razón por la que empezamos a leer tu diario fue esa, tú estuviste en la misma situación cuando te quedaste embarazada de Gaia, así que pensamos que igual había algún pensamiento superprofundo que le hiciera tomar una decisión como por arte de magia…

—Y en lugar de eso, descubro que quien siempre pensé que era mi papá, en realidad no lo es… —añade la mayor con dramatismo—. Por eso ayudé a Oli con lo de su madre, porque, de algún modo, entendí cómo se sentía.

—Espero que el tema de tu padre quede zanjado esta noche —replico tajante—. En cuanto al bebé…, puedes preguntarme lo que quieras sin necesidad de hurgar en mis diarios. Yo jamás me arrepentí de tenerte, pero debes tener claro que tu vida va a cambiar por completo. Ese bebé va a ser tu prioridad absoluta y dejarás de ser solo Gaia para ser también la mamá de alguien. Es una experiencia maravillosa, pero tienes que estar preparada para todos esos cambios. Y, si de verdad quieres intentarlo con Oli, deberías exponerle la situación y ver qué opina. Igual hasta te sorprende… Como bien ha dicho tu padre, lleva enamorado de ti desde que erais dos mocosos y dudo que lo que decidas vaya a echarle atrás.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? —Gaia esconde la cabeza entre las piernas.

—Todo lo difícil que tú quieras que sea —asegura Eidan, obligándola a levantar la cabeza y mirarle—. ¿Tú le quieres?

—No podemos estar juntos. Él tiene una beca en Londres y mi vida está aquí, en Peñíscola.

—No te he preguntado eso… ¿Le quieres? Porque aquí no tienes nada que te ate.

—¿Cómo que no? Mi familia, mis amigos, las prácticas no remuneradas que empiezo en septiembre…

—Tu familia va a seguir estando aquí, cariño. También tienes amigos en Londres, a tu hermano…

Miro a Eidan con los ojos como platos. ¿Está incitándola a irse a Londres? Con un hijo viviendo fuera de España ya tenía suficiente... y ahora me veo con los dos mayores en Londres y la pequeña dando tumbos por Vietnam. Está claro que el karma las devuelve todas, y yo estoy pasando por todo lo que sufrió mi madre con mi hermano y conmigo, cuando él se fue a Texas, y yo a Nueva York, recién divorciada y embarazada de Gaia.

Al menos, Londres está a la vuelta de la esquina y tendrá a su hermano cerca. Y a nosotros, como se nos cruce el cable… Nunca nos ha costado nada hacer las maletas y crear un nuevo hogar en otro sitio.

—¿Me estáis animando a… irme a Londres? —Gaia busca una respuesta en mí, que sigo callada—. ¿Embarazada?

—Sería muy hipócrita por nuestra parte no animarte a que hicieras lo mismo que ya hicimos antes tu madre y yo —sigue Eidan—. Si de verdad queréis daros una oportunidad, uno de los dos tiene que dar el paso y, seamos realistas, tú tienes más posibilidades de encontrar un buen trabajo en Londres que él en España.

Gaia tuerce el gesto, como valorando su propuesta. Su hermano interviene.

—Va a ser divertido volver a tenerte por casa, enana.

—¿Mamá? —Gaia sabe que yo no estoy del todo de acuerdo con el plan.

—Puedo mover algunos hilos para encontrarte trabajo —me oigo decir—, o si no, siempre puedes trabajar en la revista de Gina…

—Si no tenías suficiente con tener a Gina como suegra, imagínate tenerla también como jefa —se burla su hermana.

—Gina está jubilada, no te dará mucha guerra. Y a esa revista le vendría bien tu frescura. Y… ya que hemos abierto la caja de Pandora, Gala, cariño, ¿me puedes explicar eso de que vas a dejar la carrera para ir detrás de un hombre al que acabas de conocer? Entiendo que necesitas un tiempo para descubrir lo que quieres, pero…, ¿no lo descubrirías mejor… sola?

—Iván me quiere.

—¿Cómo lo sabes? Los hombres a esa edad son muy embaucadores, y nosotras a la tuya unas ingenuas románticas.

—Mi hermano dice que, si un hombre sigue pensando en ti después de correrse, es que es amor verdadero.

Eidan y yo buscamos al susodicho con la mirada, reclamando más de una explicación.

—¡A mí no me mires! Papá, te lo oí decir a ti una vez y se me ha quedado grabado a fuego…

—Vaya cosas que le enseñas al niño… —le recrimino—. Y tú, ¿qué tenías que decirnos que era tan importante?

—Ya os lo contaré más adelante, no era tan urgente y creo que esta noche tenéis mucho que procesar.

—¿Podemos seguir hablando del caso McGowan? —urge Gala—. Me encantaría saber cómo sigue lo del ritual. La magia no existe, me pregunto cómo salisteis de esa…

—No me puedo creer que sea yo quien se fije en estos aspectos tan banales, pero…, mamá, ¿cómo lo hicisteis para tener una relación a distancia? ¿No te generó… dudas o celos o…?

—Confianza y creatividad —resumo.

—¡Oh, no! No quiero oír esta historia… —lloriquea mi hijo, que ya sabe exactamente qué es lo que vamos a contar.

42

29 de julio de 2025 — Agencia Phoenix Bond

Aquel verano se me fue de las manos en interminables jornadas de trabajo en la revista que se solapaban con reuniones en la agencia. Me perdí muchas tardes de piscina con mi hija, muchas fiestas infantiles. Y todo ¿para qué? Los sueños van cambiando con el tiempo, y yo estaba a punto de renunciar a aquello por lo que siempre había luchado por seguir esa utopía que cada día ardía con más fuerza en mis entrañas: acabar con La Luna de Plata. No quería pensar en las consecuencias. ¿Acaso me hacía eso tan diferente a ellos?

Había otra razón por la que renunciar a esa vida que había fabricado en Nueva York no me sonaba tan descabellado… Aunque Ethan y yo habíamos probado que cinco mil quinientos kilómetros no iban a acabar con nuestra historia, lo cierto es que le echaba de menos, al igual que añoraba a mis amigos, mis lugares favoritos de Londres, coger un vuelo de última hora para ver a mis padres o… ¡la comida! Aún no me había acostumbrado a la comida de ese país.

Esperaba ansiosa su llamada para tener una cita virtual que nos llevara a nuestros respectivos restaurantes favoritos de Londres y Nueva York. Comíamos pizza en el Little Venice londinense y su equivalente, el Little Italy neoyorkino, o paseábamos por nuestros diferentes ChinaTowns, antes de llevar a Gaia a los columpios de Hyde o Central Park.

Cocinábamos y entrenábamos juntos, y el sexo se convirtió en un acto creativo para complacernos a través de la cámara que, aunque no era comparable a estar piel con piel, era mucho mejor que hacerlo solos.

Había pasado poco más de un mes desde nuestras «vacaciones laborales» en Gili, y volvíamos a estar tan compenetrados como lo habíamos estado tres años antes.

Eran las seis de la tarde, el calor apretaba de un modo asfixiante, y yo arrastraba los pies hacia una de las muchas reuniones de última hora convocadas por Mark esa semana, que Marina y yo habíamos catalogado de broma como «la búsqueda de la tierra prometida». Y en esa misión tan delicada, habían decidido mandarnos a nosotras como la doctora Susana Gómez y… ¿Cuál sería mi identidad secreta?

Mi madre puso el grito en el cielo cuando descubrió que volvía a irme de viaje por trabajo —de la revista, claro está— y dejaba a la niña con mi compañera de piso. Me recordó infinidad de veces que era una madre horrible y que las jóvenes de hoy en día no estábamos preparadas para los sacrificios que conllevaba la maternidad. Si ella hubiera sabido que lo más seguro para mi pequeña era mantenerla lejos de mí…

Tampoco Ethan estuvo conforme con esa decisión y no dudó ni un segundo en expresarlo abiertamente en la reunión, aunque, esa vez, Mark no tuvo sus opiniones tan en cuenta, lo que me hizo entender que al fin me respetaba como phoenixbonder.

—¿Os importaría mucho si Elena y yo discutimos esto en privado antes de tomar una decisión?

—¿Cómo agentes? ¿Cómo padres? ¿O como…? —se burló Mark, buscándole las vueltas.

A pesar de nuestra profesionalidad y sus silencios, sospechaba que estaba al tanto de ese romance reincidente. Y estaba claro que Ethan se había saltado el entrenamiento de autocontrol ese día, pues no tuvo reparos en entrar al trapo.

—Como lo que nos dé la puta gana, Marquitos. Esta misión es a ciegas, y un poco suicida, si se me permite recordarlo. Más allá de lo laboral o del cariño que pueda profesarles a las dos agentes infiltradas, si algo sale mal, afectará directamente a mi hija, así que preferiría discutirlo con su madre en privado…

—La madre de tu hija tiene boca… —repliqué molesta.

—Y espero que la uses… en privado. —Estoy segura de que en su cabeza no sonaba tan mal como realmente lo hizo, pues las risas no tardaron en hacerse oír—. No voy a dar más explicaciones. Todos me habéis entendido.

—A la perfección, jefe —se burló Lalo con una risita—. Seguro que la boca de Elena es muy… convincente.

—Y esta, queridos míos, es la razón por la que las relaciones dentro de la agencia, sean del carácter que sean, están estrictamente prohibidas —recordó Mark mirándome de reojo—. Volviendo a la operación Maíz Dorado o, lo que es lo mismo, el plan para desmantelar el chiringuito de Morelia, tenemos algunas novedades. Marina, te cedo la palabra.

—Gracias, Mark. Durante los últimos meses, he participado en una misión ultrasecreta de la que posiblemente no hayáis sabido hasta hoy.

—Confirmo tus palabras —acusó Lalo, guiñándole un ojo.

—¿Qué hemos dicho del tonteo? —reprendió Mark.

A mí me dio la risa floja. Yo también empezaba a ver señales por todas partes que me indicaba que no eran tan discretos como creían.

—Para vosotros soy Marina Esmeralda López, una phoenixbonder, pero para Helga soy la Doctora Susana Gómez, una prestigiosa científica especializada en genética, que está trabajando en el tratamiento contra el cáncer más revolucionario de todos los tiempos.

Caras de póker y pánico se dejaron ver a ambos lados de la pantalla.

—¿Estás trabajando mano a mano con Helga? —Lalo parecía aterrado con la idea—. ¿Pero estamos locos?

—Helga no aparece mucho por allí, pero sí. De hecho, acaban de confiarme un importante proyecto que están llevando a cabo en Valladolid.

—¿Y cómo has podido infiltrarte para un cargo como ese? —Logan estaba alucinando—. Una cosa es aprender a ser recepcionista de hotel y otra muy distinta, a ser científica en dos días.

—¿Aún estamos así, Logan? —Marina fingió sentirse ofendida—. ¡Nadie ha aprendido nada en dos días! Soy doctora en Genética y Biotecnología por la Universidad de Nuevo México, y Gómez es el apellido de mis antepasados españoles. Mi familia materna procede de Guanajuato, pero mis raíces paternas son gallegas. De ahí me viene la sangre lunaplatense, pero mis apellidos se perdieron…, por suerte.

—Los detalles para después —apremió Mark—. Prosigue.

—El señor Farrell me ha ayudado a convertirme en una buena lunaplatense. Mi tapadera es inmejorable: uno de mis antepasados trabajó en la tabacalera Aguirre S.L, cosa que es cierta, aunque nunca llegué a conocerlo. Era la oveja negra de la familia. En un principio, estuve trabajando en el laboratorio con ratopines para desarrollar una cura contra el cáncer e imprimiendo órganos en 3D, pero poco a poco, me han ido confiando otras tareas.

—¿Están imprimiendo órganos? —se escandalizó Gina.

—Van a realizar el primer trasplante en unos meses. Os sorprendería la cola de voluntarios que hay cuando no encuentras un donante compatible y tu vida pende de un hilo —explicó Marina.

Lalo observaba en silencio con una mueca de disgusto. Sabía que odiaba ver a su amiga

metida en algo tan turbio, pero no tenía ningún derecho a opinar. Allí todos estábamos haciendo cosas que nuestra moral no aprobaba.

—Entre los experimentos que estamos realizando actualmente destaca un imposible, que a mí me parece fascinante —prosiguió Marina—: lograr que los hombres se queden embarazados.

—Un sueño hecho realidad —confesé con un tono cómico.

—Pues te diré que no estamos tan lejos de lograrlo, compañera. —Marina me guiñó un ojo y detuvo a Mark antes de que saltara—. ¡No voy a acostarme con Elena! Era un simple gesto de camaradería, no un flirteo.

—Dados los últimos acontecimientos y tu estrecha relación con Helga, uno nunca puede estar seguro… —Sus palabras dejaron implícito más de lo que ninguno quisimos entender.

—Tienes una habilidad pasmosa para conseguir que ignorarte sea un placer —replicó Marina —. La idea de infiltrarme era averiguar dónde estaba esa ciudad mítica, pero no he tenido mucho éxito… Trabajo desde un centro de salud que está a varios kilómetros del polígono industrial donde se encuentra Glamletics. Farrell insiste en que la fábrica está en el punto exacto dónde se encontraba Valladolid, aunque he paseado varias veces por allí y puedo aseguraros que allí no hay nada, lo que significa…

—…que tiene que estar bajo tierra —adivinó Lalo—. La ciudad está construida bajo ese polígono industrial y no en la superficie. Por eso no puede verse desde el cielo y por eso no la encontramos en la última expedición.

—Pero eso sería imposible… —Logan entrecerró los ojos para expresar su duda—. Necesitarían luz solar para vivir. Además, uno de los pacientes de esas grabaciones que encontramos en casa de Ethan hablaba de un lago, que debe de ser el mismo donde María, la madre de Wendy, apareció muerta. ¿Cómo va a haber un lago bajo tierra?

—Podría ser un cenote. —Lalo se encogió de hombros.

—Ya pero… ¡el sol! —insistió Logan—. Si vivieran bajo tierra, tendrían una falta terrible de vitamina D. Las analíticas de esa gente son como para enmarcarlas.

—A no ser que tengas un sofisticado sistema de potentes lámparas solares. —Hasta ese momento no había reparado en el dueño de esa voz que se hizo notar entre los murmullos. Desde el despacho de una casa victoriana, Farrell confirmaba nuestras sospechas a través de la pantalla —. Lo que hay ahí abajo es algo que jamás podríais imaginar si no lo ven vuestros propios ojos. Hay vida exenta de contaminación, un ecosistema perfecto creado tras años de avances tecnológicos. Mientras el mundo estaba preocupado por la llegada de la Inteligencia Artificial, ellos iban mil pasos por delante.

—Me estoy imaginando una mezcla de Wakanda con Avatar —se burló Logan.

—Ignoro cómo ha evolucionado todo en los últimos treinta años, pero diría que no vas mal encaminado, muchacho.

—Aparte de haber creado un mundo multicolor e intentar embarazar hombres, lo que considero francamente grotesco —expuso Lalo—, ¿hay alguna novedad respecto al ritual o sus planes?

—Aún no —clarificó Marina—. Solo tengo acceso a las fichas de algunos habitantes del campo de concentración, aunque sus nombres no sean más que una mera manera de identificarlos dentro de una base de datos. Es todo muy triste.

—¿Alguno de ellos está emparentado con Salazar? —quise saber. Marina negó con la cabeza.

—No los de mi proyecto… Esa información es confidencial y solo unos pocos privilegiados tienen acceso al Proyecto Salazar.

Me pareció que Gina suspiraba aliviada al otro lado de la cámara.

—Bien, hecha la introducción, hablemos de cómo os vais a infiltrar en Valladolid… —comenzó Mark—. Elena, serás la compañera de piso de Marina que no hace preguntas ni fisga nada. Tan simple como eso. La idea es que merodeéis por allí en busca de alguna pista, no que os metáis en líos. ¿Queda claro?

—Pretendes que Elena no se meta en líos… Esta misión va a ser muy divertida —se pronunció Gina con sarcasmo.

—¿Es que nadie se da cuenta de que esto no tiene ni pies ni cabeza? —protestó Ethan en voz alta—. ¿De verdad vamos a mandar a dos agentes novatas, y solas, a descubrir cómo acceder a ese lugar?

—Sí, eso es justo lo que estamos diciendo —concluyó Mark.

Apenas me dio tiempo a llegar a casa antes de que Ethan estuviera petándome el teléfono a mensajes reclamando hablar conmigo. Y mucho me temía que no iba a ser una de nuestras llamaditas para complacernos…

—Sé que vas a hacer lo que te dé la gana, como siempre, pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo con que vayas a esa misión. No tenemos suficiente información, por no mencionar que Gaia necesita a su madre. Cada vez llevo peor que seas una phoenixbonder, Elena, dormía mejor por las noches antes de que estuvieras en el caso.

—Eso es mentira, te estabas poniendo ciego a ansiolíticos…

—Hablo en serio. No quiero que vayas a Morelia. Es peligroso.

—Nos ha quedado claro a todos, justo antes de que insinuaras que iba a usar mi boca contigo en privado para otros menesteres.

—No he estado muy fino ahí…

—Bueno, la cuestión es que quiero ir con Marina y voy a hacerlo, te pongas como te pongas.

—A ti se te olvida que soy tu jefe, ¿verdad? Me vale[13] lo que tú quieras.

—¿*Te vale*? ¿En español de dónde, Ethan? —Sonrió. Pillado y hundido—. Ya hemos hablado de esto antes y no voy a cambiar de opinión, así que será mejor que cambiemos de tema. ¿Cuándo es la despedida de Casper?

—Mañana. He quedado dentro de una hora con Mike para secuestrarle.

—¿Qué va a ser? ¿Ámsterdam? ¿Strippers, marihuana y alcohol?

—No podrías haberte congelado más… El plan es botas de montaña, barro, hamburguesas y cerveza. Nos vamos a una casa rural en Gales, a uno de esos sitios de deporte y aventuras que tanto le gustan. *Hiking*, *karting* y la tirolina más rápida del mundo, cien millas por hora durante más de kilómetro y medio de trayecto. ¡Yuju!

—¿En serio vas a tirarte? ¿Qué quedó de tu miedo a las alturas?

—¡No manches! Es posible que me entren unos terribles ardores cuando llegue mi turno, ya veremos… A Casper le vendrá bien quemar adrenalina, está saturado con la boda. Gina lo tiene todo organizado al milímetro. Menos mal que tú fuiste una novia fácil…

—Para complicado ya estabas tú, cariño.

—Dame un segundo… Ava me está llamando.

Me contó que su novia estaba en el salón, viendo telebasura mientras Gael hacía los deberes. Aún no me había acostumbrado al hecho de tener una relación con alguien que ya tenía otra relación de cara a la galería. Tocaba morderse la lengua cada vez que otros me hablaban de ella y hacer callo en el corazón cuando veía sus fotos en las redes sociales. Ethan era el perfecto novio florero que exhibir en su canal, lo suficientemente atractivo como para desatar la envidia de todas sus *haters*, y no tenía perfil en las redes, con lo que aquel circo no le quitaba el sueño.

«Es temporal», me repetía a mí misma. Al fin y al cabo, Ethan había sido honesto conmigo desde el principio y yo había aceptado sus reglas.

—Perdona, solo necesitaba un cargador. Ya estoy contigo en cuerpo y alma.

—Ojalá estuvieras conmigo en cuerpo… —lamenté, notando los efectos que la abstinencia tenía sobre mi organismo—. ¿Por qué tu novia nunca está en las reuniones, si es de los nuestros?

—Ella tiene sus propias misiones y es mejor que nadie esté al tanto de su doble vida. Sería peligroso y podría mandarlo todo al traste. Hablando de lo cual…, tengo malas noticias.

—Dispara.

—Viene a la boda de Gina… como mi novia. —Mi entrenamiento para ser una harpía insensible fue un rotundo fracaso—. Aunque ha reducido la lista de invitados a los más allegados, no podemos olvidar que muchos somos phoenixbonders, y… se rumorea que el descendiente estará allí, así que es posible que haya lunaplatenses infiltrados entre el personal del hotel.

—¿En serio?

—Toda precaución es poca. Pero no quiero que esto te arruine el día: ella sigue siendo lesbiana y yo sigo estando loco por ti.

—No es ideal, pero… es lo que hay. Aunque sigo sin entender por qué pueden verte con ella, pero no conmigo…

—¿Qué dijimos de hacer preguntas?

Bajé la mirada, sintiendo un estremecimiento. ¿Hasta cuando iba a ser capaz de tolerar la callada por respuesta? ¿Tanto merecía la pena ese hombre como para justificar ese acto de confianza ciega?

—¿Es de fiar? Dado tu historial de novias lunaplatenses, no puedes culparme por tener mis reservas…

—Está todo bajo control, no te preocupes.

—¿Y por qué pareces tan… nervioso?

—¿Nervioso? ¡Lo que estoy es cachondísimo! —Su mueca de fastidio me hizo reír—. Llevo un rato mirando ese top y te juro que me encantaría atravesar la pantalla para arrancártelo. Y, para vernos, aún queda… ¿Cuánto? ¡Dos pinches meses, Elena! Habré muerto por combustión espontánea para entonces.

Creo que Ethan no esperaba que fuera a ceder a sus deseos tan fácilmente. Incluso a través de la pantalla, percibí su respiración agitándose, su mirada calentando mi piel cuando me quité el top y dejé a la vista un bonito sujetador lencero esmeralda. Se llevó las manos a la cabeza, visiblemente excitado, con la boca entreabierta por el deseo. Me moría por besarlos.

—No me hagas esto… No sabes las ganas que tengo de tocarte.

Me quité el sujetador, despacio, liberando mis pechos. Su expresión lobuna me estaba poniendo como una moto. Se mordió el labio en un gesto muy erótico y negó con la cabeza.

—Tócate —pidió—. Como yo lo haría… Acaríciate los pechos.

Seguí sus deseos con una mueca de hambre dibujada en el rostro. Lo siguiente que vi fueron esos marcados abdominales sin camiseta, su brazo tatuado acercándose a cámara para bajarla y

darme una visión mucho más placentera de su cuerpo. Su mano se perdió por dentro de los vaqueros y comenzó a tocarse para mí. Apenas veía la punta de su miembro erecto y ya bastaba para estremecerme.

Me recosté sobre la cama, con las piernas abiertas hacia la cámara del ordenador. Llevaba una falda corta que dejaba mis braguitas a la vista en esa pose. Ethan también se alejó un poco para ofrecerme una imagen completa de su glorioso cuerpo semidesnudo. Aunque aún llevaba los pantalones puestos, su mano abarcaba ahora toda su polla, agitándola con movimientos lentos de arriba abajo.

—Quítatelo todo —susurró muy serio—. Imagina que te arranco yo las bragas con los dientes… —Hice lo que me pedía, muy despacio, manteniendo el contacto visual aún en esa postura—. ¿Tienes algún juguete cerca?

—¿Te vale este?

Saqué del cajón a quien había sido mi compañero más fiel durante mis noches de abstinencia con Noah, un miembro viril hiperrealista —exceptuando el color morado y los diez tipos de vibración—. Cuando me lo introduje en mi apertura, Ethan también incrementó el ritmo de sus sacudidas sobre su miembro, extasiado.

—Quiero que te acaricies con una mano y con la otra… ya sabes lo que tienes que hacer. Cierra los ojos y escucha mi voz. Imagina que soy yo quien está dentro de ti.

Un gemido ansioso se escapó de mis labios cuando introduje el juguete hasta el fondo. Él me iba indicando qué hacer y yo, sumisa, me entregaba a la lujuria.

—Ponte a cuatro patas. Quiero tener acceso a todo tu cuerpo —ordenó. Su miembro estaba tan duro que pensé que podría sentirla si tocaba la pantalla—. Me encanta verte así, abierta y dispuesta. Mira qué mojada estás… Lo que daría por pasar mi lengua por tu culo prieto.

—Quiero comerte. Quiero tener tu sabor en mi boca.

—Como sigas diciéndome esas cosas tan bonitas, voy a explotar.

—¡¡¿¿Papá??!!

¡¡¡¡¡¡HORROR!!!!!!

Volteé la pantalla del ordenador con un pie al reconocer la voz de Gael al otro lado, catatónico perdido, y comencé a vestirme con prisas. Cuando estuve visible, apagué la cámara y el micrófono para ser testigo en la sombra de cuanto acontecía en ese piso. Cuando vivíamos juntos, le había insistido en la necesidad de poner un pestillo, pero a Ethan no le gustaba sentirse encerrado.

¡Ay, si me hubiera escuchado entonces…!

Gael le dio la espalda a su padre, fingiendo un repentino interés en la puerta, aunque no se animó a cruzarla. Ethan se había puesto la camiseta deprisa y corriendo, y tenía la etiqueta por fuera.

—No es lo que parece.

¿Se podría decir algo más ridículo cuando alguien te pillaba en una situación así?

—Lo siento, yo… Neta no pensé que estuvieras… —El apuro que tenía mi amante no era nada comparado con el de su hijo—. ¿Con quién demonios estás…? Si Ava está… ¡Híjole!

—Te lo explicaré todo en unos meses.

—Da igual lo que me expliques, el trauma me va a durar de por vida. —Bajó la voz, y le susurró en un tono apenas audible, aunque bastante afectado—. ¡Tu novia está en el salón, papá! ¡Eres toda una inspiración, en serio!

Gael no dio opción a más explicaciones. Tan pronto cerró la puerta de la habitación, a mí me dio un ataque incontrolable de risa y volví a encender la cámara.

—Mira que siempre he sido bien prudente cuando entraba en su habitación por temor a descubrirlo en una situación parecida. Jamás pensé que sería él quien… —Ethan se debatía entre la risa y el apuro.

—Ahora va a estar con la mosca tras la oreja creyendo que eres un cabrón infiel.

—Esto no me ayuda a limpiar la imagen que tiene sobre mí. Está convencido de que te puse el cuerno y por eso me dejaste. No veo el momento de contarle la verdad…

—¿Que es…? Porque te recuerdo, que yo sigo sin saber por qué me dejaste…

—Sí lo sabes, fue un malentendido.

—¿Cuánto tiempo piensas seguir soltándome ese rollo?

—Hasta que dejes de preguntarme por ello.

Salvado por la campana. Gael volvió a aparecer en escena, aunque, esta vez, llamó debidamente a la puerta.

—Ya no hace falta que anuncies tu llegada, hijo, no es como si fueras a pillarme haciendo algo que no has visto antes.

Admiraba su capacidad para burlarse de las cosas que a mí me habrían hecho morir de vergüenza, pero la relación que tenían era así, de confianza plena, tratando los problemas con humor y naturalidad. Además de padre e hijo, eran muy buenos amigos.

Apagué la cámara tan pronto vi a Gael poner un pie en la habitación.

—Solo quería mandarle saludos a Elena.

«Tierra, tráganos».

—¿Has estado escuchando a través de la puerta?

—¡Ja, acerté! —Gael rompió a reír. Algo en la idea de que su padre estuviera teniendo sexo virtual conmigo parecía ponerle de buen humor—. ¡Mira que lo sabía! Estaba escuchando puro acento español.

—Podemos explicarlo…

—¡Pues claro que quiero que me lo expliquéis! Me muero por saber cómo habéis pasado de platicar de pañales a estar haciendo vete tú a saber qué a través de la *webcam*. —Gael adoptó un tono más moralista—. Tienes que hacer algo con esta situación, jovencito. Y, por cierto, yo venía a decirte que Mike te está esperando abajo. Pásala bien en Gales. Sigo sin entender por qué me has puesto una niñera cuando ya soy mayor de edad, pero bueno… Aguantaré estoicamente a tu otra novia hasta que decidas dejarla, lo que espero que ocurra pronto…

Gael cerró la puerta de nuevo y yo rompí a reír con la cara que se le quedó al padre.

—Yo tampoco entiendo por qué le has dejado a cargo de Ava —confesé.

—Toda precaución es poca.

—Es adulto, no lo va a entender hasta que se lo expliques. ¿Sabrá guardarnos el secreto? Me preocupa que llegue a oídos de la agencia.

—No te inquietes por eso, es muy discreto. Ahora tengo que buscar el modo de convencerle de que tú y yo nunca vamos a volver y que esto fue un… desahogo. —Le vi metiendo el cargador del móvil en una mochila e inspeccionando que tenía lo necesario para ese fin de semana—. Tengo que dejarte, cielo. Los chicos me esperan.

—Diviértete, mándame alguna foto y usa la tirolina. Recuerda todo ese rollo que me soltaste en Gili sobre las debilidades.

—Yo soy un fraude como jefe. Mi debilidad eres tú y he fallado en mi intento por superarte.

—Zalamero.

Después de una despedida edulcorada, le dejé marchar. También era la despedida de soltera de Gina, aunque el plan era muy diferente: cuatro días en Mallorca a base de spas, cócteles en la

playa y buena comida. Aún me sorprendía que esos dos, que no tenían absolutamente nada en común excepto que ambos respiraban CO_2, estuvieran a punto de darse el «*sí, quiero*».

43

12 de agosto de 2025 — Proyecto Valladolid, México

¿Alguna vez os habéis levantado con una canción en repetición continua en el cerebro? Daba igual que la letra fuese horrible o lo pretenciosa que fuera la cantante, había algo en esa melodía, un ritmo oculto que hacía que se me movieran solas las caderas con tan solo oír los primeros acordes. Odiaba tanto esa canción como odiaba a su intérprete: la lunaplatense, ídolo de adolescentes, Carla Morrison.

Y ahí estaba, camuflada como la señorita González, compañera de piso de la doctora Susana Gómez, una tapadera simple y creíble, nada estrambótica, excepto por el *look* que me habían puesto: ojos muy azules, pelo cortito de un tono rubio tirando a rosa, tatuajes en los brazos y pantalones cargo militares con top negro ajustado. Si yo misma miraba al espejo y no sabía quién era, dudaba de que alguien pudiera reconocerme.

A mi lado, Marina conducía ese 4x4 rojo que había comprado meses atrás con una identidad falsa que nadie cuestionó. Ese trasto que alguien había creído una vez inservible estaba recorriendo sin problema los más de doscientos kilómetros que separaban Guanajuato del laboratorio de Morelia donde Marina llevaba meses trabajando.

Mi compañera subió el volumen en la radio para tararear la cancioncita de marras, demasiado concentrada en la carretera para tratarse de una línea recta.

—¿Alguna vez has analizado la letra? Lalo y yo estamos convencidos de que están mandando mensajes encriptados a través de esta canción.

—¿Lalo y tú? ¿Ahora hablamos en plural? —la provoqué.

—No empieces tú también con eso… Solo somos buenos amigos.

—Por supuesto. ¿Y por qué Lalo y tú creéis que Carla mandaría mensajes a través de sus canciones? No es como si no tuvieran los medios más revolucionarios para comunicarse…

—¡Y yo qué sé! ¿Por qué se comunican a través de cuadros de Remedios Varo?

—Creo que eso es más bien una reinterpretación enfermiza y morbosa del arte…

—O… tal vez tengan miedo a que alguien les pinche las líneas, como ellos te hicieron a ti. —Arrugué el morro—. Hay una canción en concreto, *Noches de luna llena*, que habla sobre un ritual de amor, como una especie de amarre. Dice algo de que algún día se pondrán las máscaras y el poder del amor más puro los poseerá.

Me encogí de hombros, sin saber a dónde quería llegar.

—¿No es ese el mensaje del 90% de las canciones de amor?

—¡Híjole! Eres dura de pelar… En el amor se supone que tienes que quitarte la máscara, no ponértela. O, por ejemplo, el tema que está sonando ahorita… En una estrofa menciona lugares sin ton ni son.

—De nuevo, no veo nada raro en ellos. Es un recurso muy usado en la música latina. Que se lo digan a Gente de Zona con su famosa *Gozadera*… «¡*Miami me lo confirmó*!» —canturreé—. «¡*Puerto Rico me lo regaló*!»

—«*…Con México, Colombia y Venezuela. Y del Caribe somos tú y yo…*». —Mejor dejábamos de cantar mientras Marina estuviera al volante… Quería conservar los dientes—. Sí, ya sé que es típico, pero ninguna de esas canciones habla de Silfrd… como se llame la pinche isla esa.

—¿Menciona Silfrligr Máni en una canción?

Le dediqué toda mi atención y ella a mí un bache por girarse para mirarme, que hizo que casi

acabáramos estampadas contra el cristal.

—Perdona, la amortiguación está un poco dañada… Búscala en Spotify y dale volumen. Hay un momento en el que parece que está hablando en élfico.

—Tienes razón, está cantando en gaélico —reconocí el idioma de Logan tan pronto escuché los versos que decía Marina, y a mí también me pareció identificar el nombre de aquella cueva —. Voy a mandarle un mensaje al *highlander* para que nos saque de dudas.

—También puedes preguntárselo a Ethan… —sugirió con retintín—. Es medio escocés, ¿no?

—Sí, pero no me consta que hable gaélico…

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Marina me miró son sorpresa, apartando de nuevo la vista de la carretera. No era la primera vez que un comentario evidenciaba que los phoenixbonders sabían cosas de él que yo ignoraba por completo.

—Conduce, anda.

Mi compañera subió aún más el volumen, bailando el estribillo de *Mexico*, de Dimitri Vegas con Lique Mike, Ne-Yo y Danna Paola. Esa mujer era un peligro al volante.

—¿Te gusta mi país?

—¿Tú qué crees?

—Te he preguntado por el país, no por los mexicanos… Eso me queda claro que sí. —De nuevo esa sonrisita que me obligaba a interrogarla con la mirada—. He visto cómo miras al jefe…

—No es lo que piensas.

—¡Anda ya! Todo el mundo sabe que habéis tenido una aventura… Es el papá de tu hija, ¿no? —Guardé silencio—. Reconozco que me sorprendió un poco… No sabía demasiado de su vida privada hasta que tú apareciste en la agencia.

—No tengo ganas de hablar de mi exmarido ahora.

—¿¡Qué!? ¿¡Estuvisteis casados!? ¿Y por qué rompisteis? No me da la impresión de que fuera por falta de química precisamente…

—¿Qué sabes de EDLM?

—Bonito cambio de tema. —Marina torció el gesto con guasa—. No sé más que tú. Ese plan solo se lo han confiado a un puñado de personas entre las que, por desgracia, no me encuentro.

—¿*Por desgracia*? ¿Acaso irías a una misión suicida si te lo ofrecieran?

—¡A huevo! Daría mi vida gustosa por este caso. A mí no me queda nadie aquí por quien luchar, no tengo lazos afectivos más allá de la agencia. Si mi muerte sirve de algo, bienvenida sea. Estoy lista para ser una mártir si esa es la voluntad de Dios.

—¿Eres creyente?

Marina levantó el brazo para mostrarme la pulsera de plata y abalorios que llevaba con una pequeña medallita de plata.

—La Virgen de Guadalupe siempre me acompaña. ¿Acaso tú no crees en algo? Llámalo dios, llámalo… fuerza divina. ¡Qué se yo! Algo que te dé fuerzas en los días como hoy.

Sus palabras no escondían solo un mensaje de fe. Eran una manera encubierta de asumir lo mucho que nos jugábamos en esa misión. Para mí no había ningún dios que mantuviera mis ganas de luchar, aunque sí el amor a mis seres queridos. Mi familia, la que me había tocado por nacimiento y la que yo había escogido, aunque esta última estuviera un poco desbarajustada por las circunstancias…

—Mi hija —dije al fin, sin entrar en detalles. No era plan de confesarle que me había saltado todas las normas de la agencia para acostarme (otra vez) con el jefe—. Ella es mi amuleto.

—¿Quieres que dé media vuelta? —Paró el coche en seco.

Sabía por qué lo decía, pero los mismos motivos que me incitaban a decirle que sí, eran los que me obligaban a seguir adelante.

—Lo que más deseo en el mundo es que todo esto acabe. Y, por suerte o por desgracia, soy parte de ello desde que conocí a su padre. —Mi voz fue apenas un susurro. Marina retomó la marcha, volviendo a centrarse en la carretera—. ¿Tienes alguna idea de quién podría ser el o la descendiente?

—Se cuidan muy bien de que nadie sepa nada, por eso de que es un doble agente… —explicó —. Lo único que sé de seguro es que secuestraron a su familia para demostrarle que le tenían cogido por los huevos… o por los ovarios.

Hasta ahora jamás se me había pasado por la cabeza que el elegido fuera uno de los nuestros, alguien a quien veía cada día. Algo se arrugó en mi interior. Tenía todo el sentido del mundo.

—¡Logan! —Oí un clic en mi cabeza y todas las piezas de ese enigma encajaron de golpe—. Mandó a su mujer con sus hijos a Portugal y no quiere hablar del tema. También sé que a su madre la mataron cuando él tenía cinco años.

—¿Tú crees que podría ser Logan? —Marina arrugó la cara y negó con la cabeza—. Mis apuestas estaban en Mark, fíjate…

—Mark tiene familia.

—Eso dice, pero ¿alguna vez les has visto juntos desde que vives en Nueva York?

—No sé, Nueva York es muy grande… Una vez me contó que habían tenido una crisis porque ella le acusó de ser infiel, cuando su única amante era la agencia —recordé—. Pero eso fue hace más de tres años…

—Tengo otro candidato… —La incité con un gesto a que siguiera hablando—. Tu exmarido.

Me quedé en blanco. Mentiría si dijera que esa posibilidad no me martirizaba cada día.

—¿Ethan? Supongo que lo dices por lo de sus padres…

—No solo por eso. Piénsalo, los dos están muy implicados en el caso.

—Son los jefes…

—Aun así… Hay que tener muchos huevos para seguir despertándote cada día sabiendo lo que te espera, y esos dos son dos malditos muebles que ni sienten ni padecen. —No era momento para decirle cuán equivocada estaba—. No sé por qué te confío mis sospechas… La agente infiltrada podrías ser tú y haberte montado todo ese rollo de madre soltera para que nadie sospeche de ti. ¿Hay alguien en la agencia que pueda corroborar que de verdad tienes una hija y no es una tapadera para tu personaje?

—¿Aparte de su padre, Gina, Mark, Lalo y Logan? —pregunté con retintín—. Tal vez la agente doble seas tú y este numerito de desconfianza sea una mera maniobra de distracción.

—Vale, lo siento. Desconfiar la una de la otra no nos va a llevar a ningún sitio. En cualquier caso, mi vecina me leyó el maíz el otro día y me aseguró que me iba a casar con un hombre guapísimo, así que puedes estar tranquila: no vamos a morir en esta misión.

—¿El maíz se puede leer?

—¡Por supuesto! Es un arte de adivinación que ya practicaban los aztecas, en el códice Tudela del siglo XVI se habla de esta práctica. Algún día te llevaré a que te lo lean, es toda una experiencia.

—Estoy bien así, gracias. A veces es mejor no saber qué te depara el futuro.

—¿No desearías saber si hay alguien por ahí interesado en ti? —No quise analizar si su pregunta tenía dobles intenciones—. Lo que peor llevo de este trabajo es lo de no poder tener pareja, aunque la mayoría os lo habéis pasado por el forro… Gina va a casarse; Mark se supone que está casado; Logan lo estaba; por lo visto, tú estuviste casada con el jefe, y Lalo… ¿Crees

que Lalo tiene algún rollete? Oficial, me refiero…

Entendí de pronto las reticencias de Ethan a responder mis preguntas incómodas sin mentirme. Me hubiera encantado no ser consciente de que Lalo había hecho buen uso de su atractivo en Bali. No era asunto mío.

—No lo sé, tú eres su mejor amiga, ¿no? —Me encogí de hombros en esa perfecta maniobra de distracción—. ¿Qué sabes del ritual?

—Bastantes cosas, ¿acaso tú no? —se extrañó. Empezaba a cansarme de su actitud de sabelotodo—. ¡Híjole! Y yo pensando que eras una enchufada siendo la exmujer del jefe…

—*Exmujer*, ¿te dice algo esa palabra? —repliqué cansina—. ¿Cómo es que a ti te lo han confiado?

—Por las buenas no, desde luego… Me colé en la oficina y saqué unas fotos. —Marina era de esas personas a las que les costaba seguir órdenes. Por eso nos llevábamos tan bien—. ¿Qué? A ver si te crees que eres la única que hace esas cosas... Mientras ellos se lían a puñetazos, yo me escabullo en los sitios.

—¿Puedo verlo?

—Aún no tienes los micros conectados, ¿verdad? No quiero que estos sepan que estamos divagando sobre quién va a ser el pavo en Navidad…

—Me admira y horroriza a partes iguales que seas tan chistosa con el tema.

—No me queda otra que sobrevivir a base de sarcasmo. Si me pusiera a pensar en lo que se nos viene encima, me tiraría por un barranco. —Tenía razón, yo también sobrevivía a base de humor negro—. Agarra mi móvil, desbloquéalo con una M y mira en una carpeta llamada *Fotos de gatitos*.

—¿*Fotos de gatitos*?

—¿Qué? Es perfecto para que nadie cotillee. Tienes todo lo que encontré sobre el ritual ahí. ¡Disfrútalo! Solo espero que no seas de estómago sensible…

—Y yo espero que tengas a mano bolsas para vomitar…

Las primeras capturas de pantalla procedían de unas cartas, que deduje eran las de Analisa, y detallaban de manera gráfica cómo debían realizarse los cortes para extraer los órganos vitales para ponerlos en vasijas, una técnica similar a la que hacían en el antiguo Egipto con los vasos canopos en el proceso de momificación. Para llevar a cabo el complejo ritual, debía arrancarse el corazón de los sacrificados, dejando que su flujo vital se apagara sobre los vientres de las vestales, purificándolas, llenándolas de vida. La sangre del descendiente serviría para invocar los poderes sagrados de Salazar que aún residían en la cueva.

—Primera captura de pantalla y ya estás pálida, compi —se burló Marina—. Sigue leyendo, se pone aún más interesante.

Tenía que tratarse de una broma. Solo eso podría explicar que alguien quisiera beberse la sangre o ingerir la carne de otro ser humano, por mucho que ellos creyesen que así iban a conseguir que Salazar se reencarnara en el descendiente para que la persona invocadora —en este caso, Helga—, obtuviera el conocimiento supremo a través de los «alimentos» ingeridos.

Sentí una náusea que casi me hace rogar porque parase el coche.

—Esto no puede ser verdad…

—No es la primera vez que se registran prácticas semejantes en la historia de mi país. Acorde a unos escritos de los misioneros jesuitas en Durango existía una población, conocida como los Xixime, que creían que comiendo los cuerpos de sus enemigos y usando los huesos en rituales, absorberían sus almas, garantizando así la prosperidad de sus cosechas. —No necesitaba esa información que no hacía sino reforzar tan macabra práctica—. Tienes suerte, los Xixime no se

comían a los españoles porque los consideraban inferiores a ellos. Los historiadores creían que los jesuitas se habían inventado estas historias, pero los huesos encontrados en la Cueva del Maguey confirmaron que en México se practicaba el canibalismo.

—Ya, pero estamos hablando de gente medianamente civilizada y en el año 2025. Imagino que adaptarán el ritual a la cultura moderna… Si han conseguido sacar pollo sintético para los vegetarianos, podrán hacer sucedáneo de carne humana, digo yo…

—Tu teoría tiene menos consistencia que mi tarta de tres chocolates, que siempre acababa convertida en natillas.

—¡Por Dios, Marina! ¿Pero tú has leído esto? Aquí dice que, para completar el rito, tienen que comer una parte de su cuerpo para que su alma quede atrapada, y será ahí donde se guarde el conocimiento eterno, ¡como si se tragasen un maldito disco duro!

—¿Por qué te crees que estaban tan obsesionados con clonar a Salazar? Si el ritual sale mal, y todos sabemos que va a salir mal porque la magia no existe y no va a pasar absolutamente nada, lo repetirán una y otra vez. —Sentí una nueva náusea—. Mis estudios en el laboratorio me han hecho llegar a mis propias conclusiones…

—Que son…

—Llevan décadas cruzando descendientes entre ellos, ¿sí? Cuanto más alto sea el porcentaje de parentesco con Salazar, mayor será el conocimiento adquirido. Necesitaban al menos 33,4% y sospecho que el descendiente actual apenas llegaba al 3%. El medicamento que están probando en ese proyecto modifica los genes para conseguir una población de descendientes perfectos. Por eso no todos valen, solo unos pocos han alcanzado ese porcentaje en común a base de años de tratamientos.

—Entonces, el descendiente forma parte de su proyecto —adiviné. Ella asintió con la cabeza —. Si consiguieras acceder a las fichas…

—No serviría de nada. Los pacientes tienen una referencia al lado de un número, son sujetos de laboratorio sin identidad propia. Podrías estar tú en esas fichas y jamás lo sabría porque tu nombre sería algo como Teresa76452.

Las otras fotos las conocía bien, pues pertenecían al cuaderno negro de Ethan que una vez tuve en mi poder, una recopilación de dioses invocados en esos rituales, así como su simbología, finalidad, atrezo y un largo etcétera, que completaban la puesta en escena de tan grotesca ceremonia. Estaba claro que Marina era una ladronzuela de primera.

Si volví en mí fue solo porque el frenazo que pegó mi compañera para estacionar el vehículo junto al centro de salud fue suficiente para hacerme salir disparada del asiento, con cinturón de seguridad incluido. Ahora entendía por qué se habían deshecho de ese trasto…

—¡Ups! Lo siento, compi, aún no me manejo muy bien con esta carcacha. ¿Estás bien?

—No gracias a ti… —Le reprobé con la mirada—. ¿Qué hacemos en un centro de salud?

—Trabajo aquí. —A veces soy demasiado expresiva, no puedo evitarlo, y mi mueca delató mi sorpresa—. No estarías esperando un laboratorio con las letras «Luna de Plata» impresas en un neón fluorescente, ¿no?

Mi asombro no venía por ahí sino porque todo este tiempo había esperado que los laboratorios donde trabajaba operaran bajo el mismo nombre que el de Massachusetts, Elden, y no como parte de un complejo médico local. Desde luego, sabían bien cómo camuflarse.

—Pensaba que el plan era ir a la fábrica de Glamletics, no a tu trabajo. Lalo y Mark están esperando a que conectemos los dispositivos de seguridad para empezar a dar órdenes.

—Lo sé, pero… algo en nuestra conversación me ha hecho darme cuenta de una cosa. Te prometo que no tardaré mucho ni me desviaré del plan… demasiado. Solo estamos a quince

kilómetros de la fábrica.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar a mañana?

—Creo que aún no eres consciente de que igual no hay un mañana, Elena.

Admiraba la valentía con la que asumía su destino, como si no fuera su propia vida la que estaba en juego.

—Mark nos va a matar.

—Deja que yo hable con él. Colócate el micrófono, la pulsera de localización y ese pañuelo de ahí. Mis gafas llevan cámara integrada que retransmite en directo, así que no hagas nada raro y estaremos cubiertas.

—¿Para qué es el pañuelo?

—Para darte invisibilidad. —Mi cara se burlaba por mí sin necesidad de palabras—. Está hecho de nanocristales que reflejan los *flashes* de vuelta a la cámara, reduciendo la exposición ante las cámaras de seguridad. Lo usan todas las *celebrities* para evitar a los paparazis. En otras palabras…

—Me veré como un negativo.

—Exacto. Mark y Ethan no aprobaron su uso, pero yo lo he probado con Lalo y… —Carraspeé, tratando de no resultar muy evidente con mi risita—. Su amigo tiene un bar, ¿vale? Nos dejó jugar un poco con las cámaras. Lalo se quedó desnudo, llevando solo el pañuelo, y te aseguro que no le vimos nada de nada.

—¡Qué desperdicio! —me burlé, pegándole un codazo.

Entendí entonces por qué Marina había optado por ir a esa misión a piel desnuda. Si alguien la veía en las cámaras, era imposible que reconocieran mucho más que una sombra.

Llevando las credenciales adecuadas era fácil colarse en cualquier lugar. Y a Marina no le costó burlar a los de seguridad para acceder al centro donde trabajaba tres veces por semana. Su excusa era demasiado peligrosa para ponerla en duda: se había dejado abierto un compuesto de alta toxicidad que, si no se manipulaba siguiendo el protocolo correcto, podría causar importantes daños en las instalaciones y en la salud del personal.

A mí me dejaron acompañarla con la pobre excusa de que no era seguro que una mujer anduviera sola a esas horas en un polígono como aquel, lo cual tampoco era mentira, y solo tras firmar doscientos formularios como visitante y hacer la firme promesa de que bajo ningún pretexto accedería al interior del laboratorio. Solo me faltó encomendarme a la virgen de Guadalupe y rezarle tres *Ave María* para que me dejara pasar.

44

Seguí a Marina por pasillos angostos y mal iluminados hasta el sótano donde se encontraba su laboratorio y, tal y como me habían advertido, me quedé esperándola en una silla de plástico que alguien había tenido el detalle de olvidar en el pasillo. Además de antiestéticas, eran incómodas como ellas solas.

Tenía el corazón en un puño. Bastante me costaba ya recordar que no podíamos llamarnos por nuestros nombres reales como para sumarle un cambio de planes como ese. La bronca que nos iba a echar Mark pasaría a la historia de la agencia… Era muy tajante con seguir los planes a rajatabla y, a la primera que nos dejaban a las dos solas, reiterábamos que no éramos capaces de acatar una simple orden.

Las quejas no se hicieron esperar demasiado y las dos pulseras que llevaba comenzaron a emitir destellos como locas. Una era la que proporcionaba la agencia en cada misión, en la que, además de un sofisticado código de colores para identificar a cada agente, podían enviarse mensajes desde el exterior como si fuera un busca.

La otra, mucho más estética y menos tecnológica, lucía una luna y un sol, y estaba conectada con una pulsera gemela que llevaba Ethan, emitiendo señales luminosas de varias intensidades y colores sin importar la distancia, una idea que había tenido tras nuestra aventura en Gili para comunicarnos en las situaciones más inesperadas. Habíamos asignado un significado a cada color, que iban desde un simple «Te quiero», hasta un «estoy en peligro» que, por suerte, nunca habíamos tenido que usar.

La insistencia con la que esta segunda pulsera acompañaba los destellos de la primera me hizo sospechar que Ethan estaba pendiente de nosotras, a pesar de que me había asegurado que Mark le había prohibido supervisar la misión por no ser objetivo.

En la pulsera de la agencia apareció un mensaje con el color azul que representaba a Mark:

Mark: ¿Qué cojones hacéis ahí?

Sabiendo que podía oírme, aunque yo no lo oyera a él, decidí contestarle en un susurro que camuflé ante las cámaras como un ataque de tos repentino. Por si acaso el pañuelo mágico no funcionaba…

—Estoy en el pasillo. No me ha dado explicaciones.

Mark: ¡¡¡¡LA MADRE QUE OS PARIÓ A LAS DOS!!!!

Aunque el color de texto seguía siendo azul, estaba escrito en español, así que solo podía tratarse de Lalo. A pesar de los años que llevaba en el caso, Mark seguía siendo un negado para los idiomas.

Mark: Quiero que vayas ahora mismo a buscarla y os ciñáis al plan a rajatabla, ¿lo has entendido? Podéis echar la misión a perder. ¡YA!

No me quedé a discutir con el jefe, a mí también me daba mal rollo estar allí sola. Ni corta ni perezosa, entré en el laboratorio.

—¡La Virgen, eres tú! —Marina se llevó una mano al pecho, aliviada—. ¿No te he dicho que

me esperases fuera?

—Quien tú ya sabes está hecho un basilisco.

—¿Voldemort ha llamado? —se burló. Definitivamente, Marina no le tenía miedo a nada. Un mensaje azulado llegó de nuevo a las pulseras, con un emoji con una peineta—. Tranquilízate, jefe, que esto es por el bien común.

Y yo que empezaba a dudarlo…

Nos encontrábamos en un laboratorio sin demasiada personalidad. Microscopios, probetas y demás utensilios se distribuían cuidadosamente en vitrinas de cristal a lo largo de las paredes, complementadas con armarios de alta seguridad que recorrían la pared de techo a suelo. Una tercera pared daba a las cámaras frigoríficas donde guardaban muestras y compuestos químicos. Y la cuarta, cubierta de la mitad hacia arriba con unos cristales que se oscurecían a conveniencia, daba a una sala con una camilla, un escritorio, dos sillas y varios armarios blancos cerrados con llave. Todo parecía indicar que era una sala de consulta o una enfermería, pero había que tener mal gusto para pintar las paredes de un rojo tan violento.

Un momento…, yo había visto esa sala antes.

—Así que aquí es donde trabajas…

Más que romper el hielo, lo derretí con un tono que sonaba algo seductor. Fueron puros nervios. Pero Marina no me escuchaba, enfrascada como estaba en unas fichas que había sacado de uno de los archivadores en los que se leía «Lunaxavan». No sabía para qué servía ese medicamento, pero Mark estaba venga a mandarnos mensajitos a la pulsera para pedir que regresáramos.

—Dame un minuto, pesado —susurró Marina.

—¿Qué es esa sala de allí?

—La enfermería. Es donde realizan los controles rutinarios. Normalmente ahúman los cristales para dar intimidad y yo solo me encargo de examinar las muestras y jugar al Quimicefa.

—Pero la pared es roja…

Un silencio y una mirada triste fue todo lo que necesité para adivinar sus pensamientos.

—No hagas preguntas si no van a gustarte las respuestas. Acércate, quiero que le eches un vistazo a algo.

Lo último que esperaba encontrarme era la ficha de Gina en ese laboratorio. Marina movió los labios sin emitir sonido alguno, era la manera en la que nos comunicábamos cuando no queríamos que ni un bando ni otro se enteraran, y me daba la impresión de que no quería que la agencia supiera qué estábamos haciendo allí. ¿Sería ella también una agente infiltrada o solo necesitaba respuestas que, como a mí, le estaban negando?

—Es amiga íntima tuya, ¿verdad? —insistió—. Quería comprobar algo, pero no esperaba encontrarme con esto. Lunaxavan. ¿Te suena de algo?

—No lo había oído jamás. ¿No decías que los pacientes usaban referencias y no sus nombres propios?

—Parece que hay excepciones…

El móvil volvía a vibrar con impaciencia, y la pulsera emitía tantos destellos que era imposible que no los vieran desde el espacio. Sabía que estaban nerviosos por el cambio de planes y, sospechaba que, si podían ver a través de las gafas de Marina lo mismo que yo podía ver, Mark tendría más de un improperio destinado a nosotras. Aquello me alentó más. Si no querían que supiéramos tanto, tenía que haber una buena razón para ello…

Lo leí por encima sin entender nada. Gina estaba en tratamiento hormonal para potenciar la fertilidad desde el 2018. Había una lista de otros medicamentos en esa lista de los que jamás

había oído hablar —y mucho me temía que Internet no iba a ayudarme esta vez—, además de suplementos vitamínicos ultrapotentes y… quimioterapia. Cuando Gina me contó que tuvo cáncer de mama, jamás mencionó que se hubiera sometido a uno de los tratamientos experimentales de Helga.

Retrocediendo varias décadas en su ficha, hasta los años ochenta, encontré que Gina había formado parte de un experimento de exposición a sustancias cancerígenas como cadmio, bencidina o asbesto, y los efectos habían sido contrarrestados con medicamentos experimentales que habían fallado. Así que, años después, le curaron el mismo cáncer que muy posiblemente ellos habían provocado.

—No sabía nada de esto —reconocí al fin.

—Pues mira esta otra ficha, te va a encantar. No hay nada como saber que una tiene razón…

—¡No me jodas!

Mis ojos se toparon con una realidad que ahora empezaba a tener sentido. Las horas extras. Su obsesión porque nadie tuviera familia dentro de la agencia. Sus exigencias. Su lucha…

Mark era positivo en Astrid, uno de los cuerpos disecados que habíamos encontrado en el yacimiento de Dornoch, y en Salazar, con quien compartía menos de un 1% de genes.

Un sentimiento agridulce me agrietó el alma. Jamás pensé que sentiría tanto respeto y tanta comprensión por el que siempre me había parecido un capullo integral. ¿Cómo sería despertarte cada día sabiendo que podría ser el último? ¿Que, tan pronto los lunaplatenses tuvieran esa máscara en su poder, serías víctima de un grotesco ritual?

—Aún hay más, compi…, ¿estás lista?

Me iba a marear con tanto flashazo y mensajes en las pulseras, así que, dispuesta a ignorar la urgencia de mis dos jefes, la cubrí discretamente con la manga de la sudadera para centrarme en la ficha de otro phoenixbonder, que también había sido sometido a distintos tratamientos de fertilidad desde el 2003. Podía decir por experiencia que habían dado resultado.

Las últimas anotaciones eran recientes, mencionando ese medicamento que, por lo visto, tomaba desde 1988. ¿Para que serviría el Lunaxavan?

En su ficha también constaba ese potente antidepresivo que Gina llevaba eones tomando, y al que él se había enganchado en octubre del 2022.

¿Cuánto de verdad había en esas fichas? ¿Y si eran otra trampa, como la que encontré en Avión, preparada para hacernos dudar si Marina las descubría?

—¿Sabías algo de esto?

Negué con la cabeza. Más que leerme los labios, Marina fue capaz de oír mis lamentos. Nada tenía sentido.

—Encontré una ficha antigua en los archivadores de Avión que databa de los noventa, él jura y perjura que no recuerda nada. Pero esta vez es distinto, su firma aparece en la mayoría de estos experimentos con ese compuesto. ¿Sabes para qué usan el Lunaxavan?

—Helga me dijo que se usaba para curar el cáncer y que aún estaba en fase muy inicial, pero no me lo trago. Con ese nombre, puedo sacar mis propias conclusiones… Y pienso llegar hasta el fondo de esto. No me gusta pensar que hay al menos tres agentes guardándose información.

—¿Crees que han estado alguna vez aquí?

—En estas fichas pone que los medicamentos los reciben en una dirección postal de sus respectivas ciudades, donde también tienen las revisiones periódicas en centros privados. No hay indicios de que hayan estado en Valladolid.

—¿Quién más está tomando esa mierda?

—No lo sé, pero Mark lo está controlando todo a través de estas gafas y va a matarnos tan

pronto nos reunamos con ellos.

Aún a sabiendas que todo cuanto fotografiáramos iba directo al ordenador que Lalo y Mark monitorizaban a tiempo real, fotografié las fichas para investigar por mi cuenta. Aunque Ethan no pudiera decirme la verdad, había prometido no mentirme…

El móvil de ambas seguía vibrando con fuerza, las pulseras volviéndose locas con los destellos.

Apenas nos dio tiempo a ver en pantalla las primeras líneas del mensaje que Lalo había dejado: «La reina está cerca».

Solo un cruce de miradas bastó para que el pánico se apoderara de nosotras.

—¡Escóndete! —rogó Marina, recogiendo todos los archivos y sacando pociones que solo ella sabía para qué servían.

—¿Dónde?

A mi alrededor no había nada, excepto varias mesas de trabajo, armarios y cámaras frigoríficas. Marina inspeccionó la sala, decantándose por un armario de seguridad donde se leía *Radiactivo*, que ella me juró que no contenía nada. Mi preocupación no era tanto lo que pudiera albergar como la sensación de saberme encerrada en un espacio tan reducido.

—Quietecita y sin mover ni una pestaña.

¿Era mal momento para mandarla a la mierda? ¿Cómo quería que me moviera, estando enclaustrada en un armario de torre de esas dimensiones?

Empecé a marearme, un sabor a bilis instalándose en mi boca. Si le hice caso fue porque no tenía más opción. ¿Cómo iba a justificar su presencia allí, fuera de horas de trabajo? ¿Y si Helga había estado espiándonos en las cámaras y sabía que estábamos husmeando en los archivos lunaplatenses?

El clic que oí cuando me cerró con llave dio la nota de salida para que empezara a hiperventilar, una sensación que solo empeoró cuando escuché la voz de una mujer saludando a mi compañera.

La pulsera de la agencia dejó de vibrar tan pronto envíe una señal anunciando que estaba a salvo. La de Ethan también estaba echando humo. ¿Acaso Mark y Lalo le estaban informando a tiempo real de nuestros movimientos?

Me consolaba saber que, si estaban siguiéndonos a través de las gafas de Marina, mis compañeros sabrían cuando intervenir si fuera necesario.

Me mataba ser testigo ausente desde ese armario sin poder ver las emociones que acompañaban esa voz grave y masculina que vestía Helga. Por las fotos que había visto de ella, se me vino a la cabeza una réplica nórdica de Glenn Close.

—Jefa, ¡qué susto me has dado!

Una Marina risueña saludó a Helga. Me aturdía su capacidad para mantenerse firme en su papel, sin alterar ni un ápice sus constantes vitales.

—Hola, Suzie. —Su voz penetró mis oídos como una broca de puro acero. Me sorprendió lo bien que hablaba español, a pesar de su fuerte acento escandinavo—. ¿Qué haces aquí a estas horas? Pensaba que no volverías hasta el jueves…

—No podía dormir. Estaba convencida de que me había dejado la muestra de uno de mis pacientes fuera de las cámaras. —Los silencios parecen más largos en la oscuridad—. Ya, lo sé… Es lo menos profesional del mundo, dice poco de mí, pero…, tenía ese runrún que no me dejaba pegar ojo.

—En realidad dice mucho de ti, Suzie. —La calma que percibí en sus palabras me tranquilizó, como un arcoíris tras una terrible tormenta—. Diría que eres constante, responsable y… que

estás realmente implicada en este proyecto.

—Mi novia no estaría muy de acuerdo con eso… —Su tono se volvió algo triste. ¿Qué demonios estaba haciendo?—. Bueno, sería más adecuado llamarla exnovia. Cree que le dedico demasiado tiempo a este trabajo y…

—¡Oh, no! No sabía que… Lo siento, Suzie.

—Estoy bien —respondió Marina firme—. Llevamos tanto tiempo discutiendo que esto es lo mejor que podía pasarnos. Ahora tengo que pensar en mí, en lo que yo quiero y… seguir hacia adelante. Sin desperdiciar lo que el futuro me depare.

Helga mostró un lado humano que ignoraba que tuviese. Su voz se volvió cálida, cercana, como supuse que también lo habían hecho sus manos sobre el cuerpo de mi amiga. Y solo se me ocurría una razón por la cual Marina hubiera podido venderle que era una mujer con el corazón roto, y era para usarlo en situaciones como esas, con lo que me quedaba clara una cosa…

¿De verdad ese era el punto débil de Helga: las rubias? ¿Estaría su marido al tanto de sus… preferencias?

—Me alegra oír eso. La vida es muy corta para desperdiciarla con la persona incorrecta.

—Va a ser difícil encontrar a la persona adecuada siendo una friki adicta al trabajo —siguió ella, camelándose a Helga—. Me cuesta conocer gente fuera del laboratorio, aunque sea para… un desahogo.

—Cualquiera estaría encantada de ayudarte con… tus desahogos. Eres una mujer fascinante.

—¿Tú crees? —susurró Marina con su tono más sensual—. Porque, ahora mismo, me vendría muy bien… desahogarme.

Como me tocara ser testigo de otro polvo lunaplatense, y encerrada en ese armario en el que apenas corría el aire, me iba a dar un telele. Me consolé pensando que la posición de Marina era infinitamente peor.

—Estás muy tensa, Suzie, puedo notarlo en tus hombros. ¿Me permites que te dé un masaje?

—Nada me gustaría más… Voy a quitarme las gafas.

—Déjatelas, estás preciosa con ellas.

—No, pero…, me relajaría más sin…

—Insisto.

Sabía de sobra por qué mi amiga quería quitarse esas gafas, eran una butaca en primera fila para que Lalo y Mark vieran lo que estaba a punto de pasar.

¿Cómo estaría llevándolo Lalo? ¿Se resquebrajaría su corazón en mil pedazos con cada gimoteo o habría transformado los celos en morbo por tratarse de una mujer?

Una nueva oleada de destellos me puso en alerta. Esta vez eran solo de Ethan. Le confirmé que estaba bien, antes de que un estruendo en el laboratorio me pusiera en tensión a mí, aunque poco podía hacer desde mi armario.

—Será mejor que cubramos las cámaras de seguridad. —La urgencia en la voz serena y madura de Helga me hizo entender que Marina la tenía comiendo de su mano. O más bien, de su…

Unos pasos se perdieron por el laboratorio. Lo siguiente que escuché fue un juego de risas, susurros y respiraciones entrecortadas, que me pusieron la piel de gallina.

—¿Te gusta así? —Aprecié la inseguridad de Marina en su voz.

—¡Así! Ah… ¡Cómetelo todo! Pienso compensarte por esto, Suzie. Voy a llevarte a las estrellas.

El ruego de Helga me dio un escalofrío. De haber estado en esa situación, yo no habría sido capaz de hacer lo mismo. Ya me había sentido acorralada una vez por Duarte y me quedé inerte

de la impresión. Además, la tapadera se me habría ido por el desagüe pues no tenía ni idea de cómo complacer a una mujer. Y a juzgar por los gemidos que se escapaban de los labios de Helga, diría que Marina estaba haciendo un excelente trabajo.

Lo que pasó en los siguientes cuarenta y cinco minutos es irrelevante, pero mi imaginación siempre ha sido poderosa. Si la idea de estar encerrada en un armario ya me parecía bastante traumática, aquella experiencia fueron palabras mayores. El laboratorio aumentó como diez grados con ese derroche de pasión, y mi estómago empezó a hacer de las suyas, amenazando con una sesión de náuseas que supe cómo controlar a tiempo. A pesar del calor, yo tenía frío. No podía parar de temblar.

—¿Quieres que te lleve a casa? —Una pregunta susurrada con cariño fue lo que me despertó de mi letargo. Supe entonces que la función había terminado.

—Aún me queda trabajo que hacer aquí —respondió Marina—. No me eches la bronca, jefa, creo que estoy cerca de encontrar el antibiótico contra las superbacterias que me pediste.

Podía imaginar los ojos de Helga haciendo chiribitas.

—¿Crees que lo tendrás listo antes de diciembre?

—Si me dejas trabajar esta noche, es posible que sí.

—Como quieras, preciosa. Pero recuerda descansar de vez en cuando, no hace falta que te conviertas en la empleada del mes.

Aquella despedida fue más larga de lo que me hubiera gustado, al igual que lo fue la espera hasta que Marina recibió órdenes de Mark indicando que era seguro sacarme del archivador. Había pasado encerrada cerca de dos horas y estaba rígida y pálida como la pared.

El desconcierto que vi en la mirada de mi amiga me hizo entender que tendría que abstenerme de preguntas. Pero no podía…

—¿Desde cuando tienes tan buen rollo con…?

—No quiero que volvamos a hablar del tema, ¿sí? ¿Tienes un chicle extrafuerte? Necesito quitarme su sabor de la boca.

Negué con la cabeza, arrepintiéndome de viajar tan ligera de equipaje, pero no había esperado que la misión para descubrir los cimientos de Morelia acabara con mi compañera haciéndole un cunnilingus a la lunaplatense reina.

—Estoy deseando largarme de aquí. ¿Tienes lo que buscabas?

—Sí, pero no te va a gustar… Será mejor que regresemos al polígono. Mark nos va a matar como no descubramos nada útil, más allá de quién sea el descendiente…, aunque sospecho que eso él ya lo sabe.

45

¿Esto es todo? —La decepción asomaba en mi voz.

—¿—Te lo dije. Vengo aquí cada día y no hay nada más que un par de fábricas, una gasolinera y esa hacienda abandonada.

La hacienda… La reconocí de inmediato como el lugar que aparecía en esos videos de Youtube, el mismo donde habían tenido prisioneras a esas mujeres cuyo desenlace no quería imaginar. La misma hacienda que Malindra había llamado hogar en uno de sus posts de Instagram.

Eran cerca de las nueve de la noche. A nuestro alrededor reinaba la calma más absoluta, a excepción de los coches de los trabajadores que salían de la fábrica. Con la oscuridad, apenas se alcanzaba a ver un frondoso bosque de coníferas a lo lejos.

El plan era sencillo. No eran pocas las prostitutas que habían cruzado las puertas de Glamletics para satisfacer los deseos carnales de los seguratas. Mark nos dijo que esperásemos una señal para entrar, y tan pronto vimos a dos mujeres entrando de extranjis por la puerta trasera, supimos que era cuestión de tiempo que desactivaran las cámaras y nos dieran luz verde.

La señal luminosa roja de Lalo llegó seguida de un mensaje.

Lalo: Adelante.

Recuerdo que cuando estaba en la universidad trabajé en una fábrica de botones para sacar un dinerillo. Estaba llena de máquinas, pallets, cintas transportadoras y un sinfín de pósteres con medidas de seguridad, al contrario que la fábrica de Glamletics, que parecía más un almacén de Costco que un lugar donde poder fabricar nada. Estanterías repletas de alimentos no perecederos, artículos de higiene y limpieza se distribuían de arriba abajo, además de medicamentos y… camisetas básicas de algodón.

—Esto no es una fábrica de ropa —susurró Marina, no sé bien si para mí o para que ellos lo oyeran.

—No, no lo es —confirmé—. Parece el almacén donde guardan las provisiones para abastecer la ciudad.

—¿Dónde queréis que vayamos? Según el plan de evacuación, tenemos las oficinas, las cámaras frigoríficas y un sótano… gigante,

Un mensaje en rojo apareció al instante en la pulsera, «oficina», contradiciendo al azul, que nos pedía que fuéramos a las neveras.

—Lo siento, el jefe manda.

A veces la imaginación me juega malas pasadas. A medida que nos acercábamos a la zona de cámaras frigoríficas, aumentaron los temores de encontrar una colección de cuerpos sin vida. Y sí, los encontramos…, aunque no los que tenía en mente, porque, afortunadamente, allí no había más que pescado, fiambres, carne de ave y diversos alimentos congelados.

—Solo hay comida —susurró Marina—. ¿Deberíamos ir a las oficinas?

Verde: No encontrareis gran cosa tan al alcance de los trabajadores .

Miré a Marina extrañada. ¿Quién diablos era la luz verde?

—Revisaremos el almacén de provisiones. Igual encontramos algo de utilidad —respondió mi

amiga.

Verde: Esperad… ¿Qué hay en las otras cámaras?

—¿Qué otras cámaras? —Busqué respuestas en el rostro de Marina, que se encogía de hombros.

—Creo que están viendo algo a través de mis gafas que nosotras no hemos visto aún.

En efecto, había más de diez puertas gemelas que daban acceso a otras cámaras frigoríficas. En dos de ellas encontramos más comida, frutas y verduras congeladas principalmente. La tercera contenía una importante colección médica de muestras de diferentes fluidos de pacientes de Valladolid, debidamente etiquetados con su número de paciente. La siguiente cámara escondía un arsenal de compuestos químicos que Marina no dudó en pararse a curiosear.

—¡Me encantaría poder examinarlo todo! —me susurró Marina.

—No tenemos tiempo… —recordé, antes de que llegaran las protestas en la pulsera.

—Tranquila, yo me llevo a este pequeñín conmigo y sacio mi curiosidad desde casa…

Abrió la mano lo suficiente para que yo viera que se trataba de una muestra de Lunaxavan, sin que lo detectara la cámara de sus gafas. No pude regañarla por algo que yo hacía de continuo. Además, me moría por saber qué era lo que Gina, Mark y Ethan llevaban años inyectándose.

—Aquí no hay nada relevante —anunció Marina, al entrar en una cámara que estaba vacía.

Las paredes estaban recubiertas por una franja de azulejos con relieves que mostraban distintos dioses llevando a cabo sus sacrificios, una excentricidad que hacía de aquella cámara un lugar hermoso. Aunque frío al tacto, había algo en la textura que invitaba a acariciarlo, como si fuera una tela exquisita, ligeramente aterciopelada. Paseé mis dedos a lo largo de esos azulejos que parecían contar una historia, hasta que se toparon con algo, una especie de botón oculto tras la tela. ¿Sería otra llave, como la que ya me había encontrado en Edimburgo? No, esto era redondo y parecía un botón. ¿Y si…?

Entonces, oímos un chasquido, que provocó un terremoto en la sala, del mismo modo que el aleteo de una mariposa en México podría haber causado un tsunami en el sudeste asiático.

—¿Qué está pasando? —preguntó mi amiga.

Negué con la cabeza, aunque sí sabía que yo era la responsable del acontecimiento.

Mi madre siempre decía que de pequeña tenía una habilidad innata para meterme en líos. Treinta años después, no había perdido ese don, pues ahí estaba, cruzando la delgada línea que separaba la curiosidad del miedo, cuando una puerta se abrió de repente ante nosotras, revelando una escalera que se perdía en las profundidades de la tierra, y las dos sabíamos con solo mirarnos que estábamos deseando saber a dónde nos conduciría.

—Eh… ¿estás viendo lo mismo que yo? —preguntó. Asentí, incapaz de negar mi curiosidad —. ¿Y vamos a…? —Repetí el gesto con la cabeza—. ¿Tú estás segura? Porque dudo que guarden conservas ahí abajo…

—No lo sabremos hasta que no estemos dentro.

El «¡no bajéis!» de quienquiera que fuera el color verde se cruzó con el «adelante» del rojo, y ambos nos llegaron demasiado tarde, pues Marina y yo habíamos decidido seguir nuestros instintos. La orden ya la habíamos incumplido y solo nos quedaba esperar que aquella decisión fuera la correcta.

Comenzamos a descender a las profundidades de esa fábrica con el miedo como fiel acompañante.

—Se me va a salir el corazón. —Marina se llevó la mano al pecho—. Me va tan rápido que

siento como si tuviera un colibrí aleteando en su interior.

Lo que también vibraba con esa intensidad fue la pulsera de la agencia, que comenzó a llenarse de notificaciones, al igual que la de Ethan, que me mandó luces para expresar ansiedad, cabreo y miedo.

¿Dónde narices estaba para no perderse detalle?

Sin dudarlo un instante, Marina pulsó el botón y las puertas metálicas se abrieron, dando lugar a un espacioso cubículo con una pantalla en el techo, y paredes decoradas con motivos indígenas en tonos dorado y turquesa. Era francamente hermoso. La alfombra del suelo tenía un elaborado diseño de la Piedra del Sol lunaplatense. No cabía duda: aquel ascensor nos llevaría a las entrañas de la organización. ¿Sería allí donde se realizaría el ritual?

—Hemos llegado al final de la escalera —pronuncié más para mí que para que nadie lo oyera —. Hay un ascensor de carga, solo eso. No dice a donde lleva…, aunque es lo suficientemente grande para que quepa una furgoneta.

—Hay una única parada…, y es bajo tierra. —El susurro de Marina se perdió en su garganta,

Verde: NO. Es una orden.

El color verde fue el más tajante, llegando a amenazarnos con sacarnos del caso por desobediencia a la autoridad. ¿Acaso…?

Mark: Pensémoslo un instante

Lalo: ¡A huevo! No vamos a tener una oportunidad como esta.

Verde: Es posible que perdamos la señal bajo tierra. No es prudente. Propongo que abortemos misión y pensemos en un plan B.

Mark: No seas aguafiestas. Tal vez hoy sea lo único que tenemos.

—No podemos esperar a que os pongáis de acuerdo —protestó Marina, quien ya había tomado la decisión por todos mucho antes de que iniciaran la conversación—. Yo voto por entrar.

Marina levantó la mano. Aunque no los veíamos, podía imaginar a Mark y Lalo haciendo lo mismo, y al verde negándose en rotundo. Estaba segura de que era Ethan, ¿quién si no? Yo también levanté la mía.

—¡Decidido! —exclamó mi compañera—. Os mandaremos señales luminosas en la medida de lo posible. Si no sabéis de nosotras de aquí a doce horas, buscad refuerzos.

No quise analizar sus palabras porque la simple idea de cruzar la puerta del ascensor, ya me aterraba. No quería ni imaginar el estar doce horas allí abajo. Mandé una última franja de destellos a Ethan que fue como una despedida, mi manera de decirle que le quería con locura y que, si no salíamos de allí, le buscaría en el cielo, el infierno, el Valhalla o donde quisiera que fuéramos después de la muerte.

Verde: DAD MEDIA VUELTA. ¡¡¡¡ES UNA ORDEN!!!!

Ignoro el tiempo que estuvimos descendiendo, haciendo de nuestros latidos el único sonido que se oía en ese brutal silencio.

¿Cuántos pisos habíamos bajado? ¿Veinte, treinta, tal vez…? ¿Quinientos?

Nuestras sospechas se confirmaron tan pronto salimos del ascensor e intentamos

comunicarnos con los agentes para explicarles que nos habíamos topado con una enorme tapia que llegaba más arriba de lo que la vista podía alcanzar. No obtuvimos respuesta, y sí un silencio que resultaba aterrador. Nunca antes había experimentado la más absoluta nada de ese modo, esa presión en los oídos a la que el cuerpo tardaba en acostumbrarse. El aire era cálido y húmedo, y se sentía… diferente, como más denso.

Probé a enviar una señal luminosa a Ethan y tampoco recibí nada a cambio. Si las avanzadas pulseras que usaba la agencia habían perdido cobertura, era de esperar que esa baratija romántica sufriera la misma suerte.

—¿Y ahora qué? —inquirió Marina.

—¿Y me lo preguntas a mí?

—Tú eres la de las grandes ideas, yo la de la acción. Descubriste ese ascensor toqueteando algo en la pared, ¿no? Prueba a hacer lo mismo aquí. Tiene que haber algún mecanismo o…

—¿Por qué no probamos a usar la puerta?

Marina me miró con incredulidad ante ese arrebato de chulería que me permití porque acababa de encontrar el pomo, camuflado entre la falsa vegetación que se advertía en las paredes. Lo que jamás pensé es que, al girarlo, la puerta se abriría sin dificultad.

¿Qué clase de lugar era ese?

En algún momento del descenso a los infiernos, habíamos muerto en ese ascensor. Solo eso explicaría lo que vieron mis ojos. El intenso aroma a bosque que detectó mi nariz, como a madera mojada. El verde de la hierba resplandecía con las gotas plateadas del rocío bajo una luna llena que brillaba con fuerza en el cielo. La luna más grande que había visto jamás.

—Creo que estoy soñando.

Miré a Marina sin saber si realmente había pronunciado esas palabras o eran también fruto de mi imaginación. ¿Acaso no era eso lo que cualquiera diría en un sueño para hacerte creer que estabas despierto? La pellizqué para comprobar que era ella, y sí, el manotazo que me dio me dolió tanto como a ella le dolieron mis pellizcos. Al menos, descartaba que ella fuera un agente doble porque parecía tan perpleja como yo lo estaba.

—¿Por qué has hecho eso?

—Comprobaba que no estamos soñando ninguna de las dos.

—Creo que hemos encontrado la mítica Valladolid lunaplatense.

Me di la vuelta para ver con detenimiento el muro que dejábamos atrás. El viento me traía susurros lejanos. Reconocía la voz de Viggo en mis recuerdos, hablándome de ese bosque que nadie se atrevía a cruzar por miedo a morir fulminado. No andaba tan desencaminados, pues no me costaba imaginar a una extensa guardia esperando al otro lado del muro para castigar a los rebeldes. ¿Por qué no había nadie allí?

—¿Deberíamos…? —Tragué saliva. Era tanta la curiosidad que lideraba mis pasos como el miedo que me anclaba al suelo—. No tenemos cobertura. Estamos vendidas. Igual deberíamos regresar…

—¿Es eso lo que quieres?

Ella sabía bien que no. Mandé otra señal luminosa antes de adentrarme en ese bosque artificial que olía a paraíso, con la esperanza de que Ethan la recibiera, seguida de la reglamentaria que ambas emitimos a la agencia desde nuestros dispositivos.

Creo que esa fue la primera vez que vi a Marina asustada. Lo sé por cómo cogió mi mano para adentrarnos en ese camino de tierra mojada.

Dejábamos detrás árboles frutales en flor, agaves y palmeras, una colección de plantas que normalmente no crecían en un entorno común pero que allí, en Valladolid, eran factibles. No sé

el tiempo que pasamos recorriendo esos caminos, estaba demasiado maravillada con lo que veía a mi alrededor para preocuparme de algo tan banal como el tiempo.

—¿Cómo es posible que crezca todo esto bajo tierra?

—Farrell mencionó las lámparas solares —recordé—. Sospecho que también tienen un potente sistema de calefactores y aire acondicionado… Solo eso explicaría por qué el aire se ha vuelto frío y húmedo al adentrarnos en el bosque, o por qué hay una luna sobre nuestras cabezas. —Si no había flipado lo suficiente hasta ahora, observar a Marina comiendo bayas terminó de desubicarme—. ¿Qué haces, insensata?

—Tengo hambre —se excusó, limpiándose los restos de fruta del rostro.

—¿Cómo se te ocurre ingerir nada que crezca aquí? ¿Y si es tóxico? ¿Acaso quieres morirte en este bosque?

—La inanición también mata, compi. Llevamos cerca de dos horas recorriendo este bosque y no hemos encontrado una salida. Sospecho que estamos caminando en círculos.

—¿Dos horas? Eso no puede ser verdad… —Bajé la mirada a mi reloj de pulsera para comprobar con cierta rabia que se había detenido.

—Se paró tan pronto cruzamos la puerta —explicó Marina—. Creo que el tiempo funciona de otra manera aquí abajo. Sea la hora que sea, estoy muerta de hambre.

No podía negarle que yo también tenía hambre, pero no pensaba tocar nada de ese sitio.

Miré a mi alrededor en busca de algo que hiciera aquel paisaje diferente al que habíamos visto hasta el momento, pero mi compañera estaba en lo cierto: ya habíamos pasado antes por allí. Excepto por un pequeño detalle… No tenía sentido.

—No estamos caminando en círculos… ¿Escuchas eso?

Una corriente de agua quiso darme la razón. Ignoraba de dónde procedía. Haciendo alarde de su famosa impulsividad, Marina aligeró el paso en dirección al agua. Me costó seguirle el ritmo —aunque no escucharla—, ya que sus gritos de emoción cuando encontró una pequeña cascada hubieran bastado para que Mark y Lalo detectaran nuestras posiciones desde tierra firme.

—No pienso quedarme aquí por ti como te intoxiques por tu mala cabeza —le advertí al ver que llenaba su cantimplora-granada con el agua del río.

—Ni yo por ti como mueras de hambre y sed, a eso lo llamo yo compañerismo… —replicó jocosa—. Tranquila, tengo las pastillas para purificar el agua. Si no morí al beber de aquel río de Tailandia, puedes estar segura de que esta agua no me matará.

Tenía mis serias dudas al respecto, pero decidí imitar sus pasos y llenar mi botella.

Perdí la noción del tiempo en ese bosque donde el cántico de las aves nos tenía hipnotizadas y el rugir de los animales salvajes en vilo.

En algún momento del trayecto, empezamos a oír el inconfundible sonido a vida que desprende una ciudad… Una donde, en vez de coches, había carros de caballos y bicicletas, y nadie parecía tener prisa.

El aire de pronto olía a frescor azul, como en uno de esos anuncios de detergente para ropa.

¿Qué hora sería en el inframundo? Yo seguía fascinada con ese sitio.

Un puente de estilo japonés invitaba a cruzar al otro lado de un río que discurría sereno. En la otra orilla, una gran avenida con coches a caballo conducía hasta una concurrida plaza.

—¿Hemos viajado en el tiempo? —temí en voz alta.

—Chist, ¡calla! —Marina escondió su rostro tras mi cuello, aunque yo no era tan grande para ocultarla a ella—. A esos chicos que están cruzando la calle los he visto antes. El más alto viene de continuo a la enfermería.

—Me consuela saber que su sangre no es la que tiñe esas paredes…

—¿De veras crees que…? —No llegó a formular la pregunta. Tal vez yo no fuera la más ilusa de las dos—. Así que esta es la famosa Valladolid, su tierra prometida.

—Yo más bien lo llamaría *cárcel de lujo*.

—Cárcel o no, este lugar tiene algo que… Siento una energía, como un magnetismo que me atrae al instante. Podría llegar a entender por qué esos pirados arriesgan su vida por mantener algo tan exclusivo, tan único.

—¿No me digas que estoy asistiendo a tu conversión? —bromeé, sin tomarme demasiado en serio a mi compañera.

—¡No manches! ¡Ándale, mueve el culo! Quiero ver qué hay en ese zoco…

Seguimos caminando hasta adentrarnos en la plaza principal de la ciudad. Me dio un vuelco al corazón al reconocer la plaza como la misma que aparecía en las fotos de Malindra y James, una réplica casi exacta de la Plaza Valladolid de Morelia, también conocida como Plaza de San Francisco en honor al templo franciscano y al edificio del Antiguo colegio de San Buenaventura, de los siglos XVI y XVII respectivamente, ambos presentes en esta plaza. Uno de los elementos que la hacían diferente a la original era una estatua del guerrero Salazar sobre un barco vikingo cuyas velas eran una media luna bañada en plata. Las farolas lucían estandartes con el emblema lunaplatense sobre el nombre de la ciudad, al igual que los parterres, que recreaban el monolito con un juego de flores amarillentas y rojizas.

No muy lejos de allí, una fuente no paraba de manar un agua que parecía plata por el fondo que se reflejaba en la superficie. Un pájaro de hermosas plumas verdes, con la pechera roja, cresta azulada y una larga cola, se posó en la fuente para beber agua.

—Es un quetzal —explicó Marina, a quien le faltaban ojos para mirar en todas las direcciones, tratando de encontrarle un sentido lógico a aquel lugar—. No es típico de esta zona.

—Todo en este lugar es improbable —observé en voz alta—. Esa señal de ahí advierte de una selva tropical al otro lado. Es como si hubieran creado una ciudad idílica para sus necesidades. Apostaría que también tienen una playa.

—¿Has visto todas esas casas? ¿Cuánta gente crees que vive aquí abajo?

—No lo sé, pero tenemos que encontrar el modo de liberarlos.

—Te recuerdo que ni siquiera tenemos cobertura. —Odiaba que a veces fuera tan realista—. O puede que sí… —Su mirada se detuvo con fijeza en la pulsera que descansaba en mi muñeca —. ¿Qué es eso? ¿Por qué no deja de brillar, mientras que la mía está muerta?

—Esta no es de la misión, es… otra cosa. Igual hay algún campo magnético aquí que hace que se vuelta loca o…

Estaba tan bloqueada con ese lugar, que lo de improvisar excusas no se me dio demasiado bien

—¡Virgen de Guadalupe! ¡Tú te estás comunicando con el jefe! Ya sabía yo que seguías colgada por él como una colegiala.

—¿Por Mark? ¡Tú estás mal de la cabeza!

—¡Por el otro jefe, idiota! —Mi silencio me delató—. Al final Mark va a tener razón al decir que los vínculos afectivos te vuelven débil.

—Estoy aquí, ¿no? He dejado atrás todos mis vínculos para unirme a la misión.

—Bueno, eso tú… Ethan se ha cogido un avión desde Londres para monitorizar personalmente la misión. Pensaba que era porque no se fiaba de nosotras, tenemos cierta fama de saltarnos las normas, pero ahora lo entiendo todo.

¡Ethan era la dichosa luz verde! ¿Por qué no me había dicho nada?

—¿Me estás diciendo de veras que Ethan ha estado escuchándonos todo el rato con los

micrófonos?

—Sí, cariño, y los tres se habrán puesto las botas viendo el numerito lésbico con Helga. Espera…, ¿no lo sabías? —Negué con la cabeza—. Me queda claro que no eres la enchufada del caso, entonces, aunque te estés tirando al jefe…

—¡Yo no me estoy…! —No era momento de discutir con ella—. Voy a comprobar si esta pulsera funciona o simplemente se ha vuelto loca por el campo magnético que hay aquí abajo. Dame un minuto.

Le mandé una secuencia de señales luminosas a Ethan, que era nuestro propio código Morse.

Luz verde larga, luz roja corta, luz azul corta, luz verde corta.

La respuesta llegó de inmediato con dos moradas largas y una verde corta, que significaba que lo había recibido y que él también estaba bien.

—¿Cómo funciona esa pulsera? —Marina no era la única que observaba con cierta incredulidad la luna de mi pulsera brillando.

—Pues es una chorrada para enamorados que encontró en internet. Tiene cinco colores y dos intensidades de onda a los que les asignas un significado. Nosotros, además, hicimos nuestro propio código para comunicarnos sin que nadie lo interceptara, pero no pensé que funcionara en el inframundo.

—Sois tan monos que dais asco. ¡Qué lástima que el mundo se vaya a la mierda en unos meses! —Adoraba su optimismo—. Manda huevos que una pulsera de bisutería dé mejores resultados que una creada para espías. Y bien…, ¿por dónde quieres empezar? Hay una iglesia, un centro de ocio, una enfermería, una discoteca, el museo de la ciudad, la biblioteca…

—Por ese edificio de ahí. A tus nueve.

Le obligué a volverse. Una réplica del hotel Luna de Plata de Morelia se erigía imponente ante nosotras.

—Entrar allí sería un suicidio. Está lleno de cámaras y sospecho que no tenemos demasiado tiempo hasta que alguien sepa que hemos burlado la seguridad de la fábrica —me dio un golpe de realidad—. No creo que esos hombres aguanten más de dos asaltos con las señoritas de compañía…

—Ya que estamos aquí, yo creo que vale la pena arriesgarse.

46

Marina era la cabeza loca, y aun así, era ella quien me seguía a mí a regañadientes, lo que me probaba que aquella no había sido mi mejor idea.

Nos adentramos en la recepción fantasma de un hotel de cinco estrellas, donde las puertas electrónicas se abrían con nuestra cercanía, sin que nadie saliera a recibirnos.

Aquel lobby era una muestra más del poder de aquella organización secreta y la megalomanía de Helga Elden-Johansen. Una enorme estatua de mármol blanco mostraba a una diosa fusionándose con un guerrero. Cuando me acerqué, reconocí el rostro de Helga y deduje que el guerrero no era otro que el aclamado Salazar. Ambos lucían un extraño maquillaje tribal en la mitad superior de la cara, en tonos azules y dorados.

Llevaba una corona con plumas, un bikini adornado con piedras semipreciosas y en su mano sujetaba un bastón con el emblema lunaplatense. En la base se veían varios hombres ilustres fundidos con la tierra, cuyos nombres estaban perfectamente indicados debajo de cada figura: Ansgar Elden-Johansen, Adrián Duarte, Pedro Aguirre Lozano, Steve Rogerson y Peter McGowan, entre otros.

En un pequeño reservado con sofás de piel de melocotón de un azul vibrante, había un mural en el que se destacaban algunos hitos históricos, como la llegada de los primeros pobladores de esas tierras en el siglo XI, su fundación, el hallazgo de Dornoch, la llegada del Mesías a ese Valladolid, además del reencuentro, anunciado como el Día del Gran Poder Universal, el 21 de diciembre del 2025.

—Vámonos de aquí, este sitio me da escalofríos —rogué—. Deberíamos intentar regresar a tierra firme.

—¿No tienes curiosidad por descubrir algo más aquí abajo? Tal vez nunca más logremos poner un pie en este lugar.

—Eso, seguro… Si seguimos jugando con fuego, tal vez lo que no logremos sea salir de aquí con vida. —Sentía ser la aguafiestas…—. ¡Mira a tu alrededor! Los ordenadores están apagados, los archivadores cerrados con llave…

—¿Desde cuándo ese ha sido un problema para nosotras?

—Esto no estaba en nuestros planes. Queríamos encontrar la ciudad y lo hemos hecho. El resto forma parte de otra misión más elaborada y con el equipo adecuado. Al menos, tenemos una muestra de ese compuesto que podrás analizar en el laboratorio, y un montón de información sobre esta ciudad.

Marina lo pensó un segundo, o tal vez ponía esa cara de circunstancias para provocarme.

—Tú ganas. Pero solo porque no quiero morir virgen.

—¿Eres…? —No podía creerme que la agente más descarada y dicharachera nunca hubiera disfrutado de los placeres carnales, sobre todo, después de lo que había presenciado esa misma tarde—. ¿De veras nunca…?

—¡No me mires como si fuera un bicho raro! Soy católica, ¿vale? No es que esté esperando a que me pongan un anillo en el dedo, pero… no sé, me gustaría que fuera especial, con la persona correcta… Tengo veinticinco años y los últimos seis los he pasado en este caso. Mark es muy estricto con ese tema, casi tanto como el párroco de mi iglesia, así que…

—¿El magreo de hoy con Helga era tu primera vez? —Pensé que no había nada más triste que

compartir tu primera experiencia sexual con alguien que no te gustaba.

—Por desgracia, no. Ya había compartido lecho con ella para conseguir el trabajo, aunque eso no os lo conté nunca…

—¿¡Qué!?

—¿Cómo crees que logré infiltrarme, guapi? En la entrevista noté cierto interés y lo usé en mi beneficio. Pero a mí me gustan los hombres y nunca he estado con uno. Me imagino que tiene que ser bien distinto.

—No puedo comparar, yo nunca he estado con una mujer… Cuando salgamos de aquí, olvídate de la misión y date un homenaje. No sabes si habrá un mañana.

—Quiero que sea con alguien especial.

—¡Pues pídeselo a él! Te aseguro que no va a decirte que no… —Marina me miró con los ojos como platos—. A ver si vas a llevar toda la noche tirándome pullas con el jefe y yo tengo que morderme la lengua ahora… Lo sé todo, cariño.

—Da igual… Sé que podría conseguir una noche de su tiempo, cualquier mujer podría, pero yo no busco eso. No voy a ser una muesca más en su cinturón.

Decidí ir al grano con ella, con la esperanza de que mis compañeros tuvieran su final feliz, aunque no supiéramos si fuera a durar para siempre.

—Deberías hablar largo y tendido con él… Toda historia tiene dos puntos de vista.

—¿Por eso perdonaste tú a Ethan, aunque te dejara tirada con un bombo y sin darte explicaciones? ¿Por qué te convenció ese «punto de vista» que aún no ha compartido contigo?

No entendí el qué de mis palabras provocó esa reacción, pero lo dejé estar, al igual que dejé estar que Marina supiera más sobre nuestra historia de lo que me había dicho antes. Pelear entre nosotras no nos iba a llevar a buen puerto.

—Será mejor que busquemos el modo de salir de aquí. Empiezo a estar cansada y hambrienta, y sospecho que tenemos un largo camino de vuelta a casa.

—Lo siento, compi, no quería… —En su rostro, veía que su arrepentimiento era sincero, que sus palabras solo eran un modo de protegerse—. Estoy segura de que el jefe está loco por ti.

Asentí, pero dentro de mí, sabía que tenía razón.

Valladolid parecía no tener fin. Iluminados por unas farolas halógenas, nuestros pasos nos llevaron de un lado a otro de la ciudad sin saber muy bien qué estábamos buscando. Tenía la impresión de que las calles se movían y cambiaban de sitio, pero eso no tenía sentido… ¿O sí?

—Vas a creer que estoy loca, pero juraría que ya habíamos pasado por aquí antes. —Marina rompió el silencio con la misma duda que a mí me rondaba la mente.

—Eso es imposible, estamos caminando hacia el bosque…

—¿Tú crees? Porque esa casa blanca que vamos a pasar ahora tiene un ladrillo roto junto a la ventana… —Tenía razón, pero con una de las dos que estuviera en pánico, ya era suficiente—. Te lo dije… Lo he visto al menos tres veces. Es como si…

—Como si las calles cambiaran de dirección.

—Sería posible, ¿no? Al fin y al cabo, esta es una ciudad prefabricada. Ignoramos los mecanismos que la controlan. Y ahora mismo me siento como una marioneta en un teatro.

—Si tu teoría es cierta, la ciudad no es tan grande como parece. Las calles cambian de sitio para dar esa impresión. Diría que el bosque por el que hemos entrado está en esa dirección. —Señalé un bloque de viviendas rojo que yo también estaba segura de que habíamos atravesado ya varias veces.

—¿Lo oyes? —Marina se llevó una mano al oído, exagerando sus gestos—. Es la misma canción de Carla Morrison que hemos escuchado cinco calles atrás, sale de una discoteca llamada The Jungle, cuya entrada parece la boca de un león. —Yo también me había fijado en ese local. Lo reconocería al instante porque me recordaba a un parque infantil al que iba mucho de pequeña—. ¿Te apetece comprobarlo? Echemos una carrera a ver quién llega primero.

Marina consiguió provocarme. Por suerte, yo estaba en bastante buena forma, con lo que no me costó alcanzarla y llegar a ese club de moda antes de que ella lo hiciera.

Un grupo de jóvenes hacía cola para que un gorila revisara sus pertenencias antes de dejarlos entrar. Sus ropas distaban mucho de lo que podía verse en cualquier discoteca del país un fin de semana, más extravagantes y… sensuales.

Marina y yo nos miramos confundidas. La teoría de estar encerradas en una especie de bola de nieve empezaba a cobrar fuerza. Hubiera puesto la mano en el fuego porque el bosque estaba en esa dirección y alguien lo había cambiado de sitio. Estábamos atrapadas en un lugar que ni siquiera existía.

—¿Y si… entramos?

No podía estar hablando en serio.

—¿De verdad tienes ganas de fiesta ahora?

—No, pero una idea rocambolesca me ha venido a la cabeza, si es que algo puede considerarse rocambolesco en este lugar de locura.

—Ilústrame.

—Los túneles. Si conectan con el laboratorio, la entrada tiene que estar en algún sitio.

—¿Tal vez en otra planta? —propuse—. ¿Bajo el hotel, quizá? ¿O en el templo?

—¿Qué templo?

—Hace rato vi una especie de pirámide llena de símbolos. Sé que suena muy loco, pero, cuando me volví, ya no estaba… Es como si la hubieran cambiado de sitio.

—OK, te voy a contar algo, pero no quiero que entres en pánico y, sobre todo, no te des la vuelta. —¿Por qué cuando alguien te pide que no entres en pánico, eso es justo lo que ocurre?—. Hay un tipo que lleva siguiéndonos más de quince minutos. Me ha parecido reconocer su rostro, pero no sabría decirte quién es. Solo sé que no es un paciente, así que…, aunque encontrar el templo suena mucho más excitante, sugiero que entremos en el bar e intentemos pasar desapercibidas hasta que tengamos un plan mejor.

—Vale, pero te advierto que me niego a enrollarme contigo por exigencias del guion.

—Oye, que no beso tan mal… —se ofendió—. Ahora en serio, igual encontramos una salida de emergencia por algún sitio. Si ese tipo nos ha reconocido, eso explicaría que cada vez estemos más perdidas.

—Jamás nos dejarían entrar en un club de moda con estas pintas.

—Déjamelo a mí…

Cuando Marina sacó una llave del bolso, lo último que imaginé es que me rasgaría la camiseta, dejando mucho más en exposición de lo que yo quería mostrar.

—¿Qué demonios haces?

—Convertirte en una joven de este lugar. No te reprimas, compi: la ropa interior ya no se esconde, se luce —respondió orgullosa de su plan. La gurú de la moda juvenil me hizo sentir

vieja—. Cárgate los ojos de maquillaje, mucha purpurina en pómulos y labios, y ábrete los vaqueros. Ya nadie se los abrocha.

—¿Me puedes explicar para qué traes maquillaje a una misión?

—Nunca sabes cuando te puede hacer falta tunearte un poco.

Marina se quitó la camiseta deportiva de manga larga y la transformó en un atrevido top asimétrico, atando las mangas al cuello, trabando la camiseta en el sujetador por delante y dejando la espalda al descubierto. Labios rojos, un tatuaje improvisado con *eyeliner* en la cintura, y los pantalones abiertos.

Yo no tenía mucho mejor aspecto… No quería mirarme al espejo. Si a mi hija se le ocurriera salir de casa así vestida, le rogaría que reconsiderara el atuendo, pero Marina me aseguró que nuestro *look* estaba de rabiosa actualidad.

La ola, de Daddy Yankee, nos dio la bienvenida a ese bullicioso local plagado de lunaplatenses, víctimas y verdugos. Era la más pura definición de un antro de perdición, donde todo el mundo tenía alguien con quien divertirse; más de un alguien, en la mayoría de los casos…

Todas las miradas se centraron de pronto en nosotras, no sé si porque éramos carne fresca o porque alguien nos había identificado. En el caso de Marina, era un riesgo, pues era la doctora de la mayoría de los habitantes de ese lugar; en el mío… Con el pelo rosa, los ojos azules y los tatuajes, me sentía menos yo que nunca.

—Sigue bailando —le susurré a mi compañera, que no dudó en perrear al ritmo de la música con unos movimientos que pronto atrajeron la atención de varios hombres, que comenzaron a moverse cerca de nosotras. Justo lo que NO queríamos. —He dicho *bailando*, no que te conviertas en Beyoncé.

—Perdona, es que cuando escucho esta música, me vengo arriba.

—Pues baja un poco, anda… Tenías razón: el hombre que has mencionado antes está entrando por la puerta.

—Helga también está aquí —gimió nerviosa—, a tus tres, enrollándose con una rubita. No sé cómo le quedan energías después de lo de hoy… Y parece que la está compartiendo con… ¿Es ese…?

Tan pronto me giré, mis peores temores se hicieron realidad. Las pesadillas más tenebrosas me apresaron de golpe. El dolor. La angustia. Temía pronunciar su nombre por temor a que todo se volviera más real.

Que Adrián no era la clase de hombre que se quedaba en casa viendo la tele con su esposa, estaba claro, pero pensaba que la adoración por Wendy le iba a durar un poco más…

¿Cómo íbamos a salir de ese local, rodeadas de lunaplatenses, y con un tipo pisándonos los talones? Malindra Stewart también estaba allí con su novio James, lo que aumentaba el riesgo de ser reconocida.

—¿Quieres una copa? —Marina se hizo oír a través de la música electrónica.

—¡Por supuesto que no! ¿Cómo se te ocurre…?

Con un gesto con la cabeza, señaló la puerta que había al otro lado de la discoteca. No entendía nada. Y tampoco entendía cómo era posible que la pulsera de Ethan siguiera emitiendo señales. Le respondí que estábamos bien para tranquilizarle. Lo último que quería es que mandaran a un batallón a esa misión suicida que nos habíamos montado Marina y yo saltándonos todas las normas. Si salíamos con vida de allí, estaba segura de que nos matarían ellos…

—¿Recuerdas que te he dicho antes que Helga estaba a tus tres? —me susurró al oído, acariciando mi cintura con la mano para que pareciera una charla entre amigas—. Nosotras no

nos hemos movido de aquí, ni ellos de la barra, pero ahora están a tus siete.

Hice un leve movimiento con la cabeza para comprobar lo que decía.

—O sea, que el suelo se está moviendo también aquí dentro. En algún momento hemos girado —asumí. Ella asintió con la cabeza.

—Creo que esa puerta da a la parte trasera del local. No tengo ni idea de qué nos encontraremos, pero no puede ser peor que estar aquí dentro.

—Así que la puerta, ¿eh? —Mi mirada no estaba puesta en Marina, sino en un par de ojos que me analizaban fijamente desde la lejanía—. Espero que tengas razón, porque creo que ya no somos bienvenidas aquí...

Marina siguió la dirección de mi mirada para toparse con el tipo que nos había seguido desde el hotel, y ahora les susurraba algo a Adrián y Helga.

—¡Mierda! Sé que no crees en nada ni nadie, pero igual va siendo hora

de que empieces a practicar tu fe, porque como no haya una salida al otro lado…

—Aunque la hubiera…

Marina no me dejó acabar la frase.

Agarrar la mano de tu acompañante y echarte a correr a empujones hacia la puerta, en medio de una multitud, no parece el movimiento más prudente, pero no teníamos mucha más opción. Sin plan, sin recursos, sin mapas… solo nos quedaba fiarnos de nuestro instinto y jugar al prueba y error, con la esperanza de que aquel fuera el camino correcto.

Porque en ese juego no había segundas oportunidades. No había un botón para reiniciar la partida después del *Game Over*.

El final de la partida significaba el final de todo.

47

Dicen que cuando una persona tiene una experiencia cercana a la muerte, toda su vida se le pasa por delante en un solo instante. Los momentos felices con tus seres queridos. Los arrepentimientos. Todas aquellas palabras que quedaron por decir. Las preguntas cuyas respuestas nunca obtuvimos. Mi hija. Los mejores atardeceres. La sonrisa de Ethan.

Aquellos que ya no están con nosotros vienen a tendernos una mano para ayudarnos a despedirnos del mundo terrenal y hacer más ameno el camino.

En mi caso a quien vi fue a mi abuela Elena, tendiéndome la mano y pidiéndome que me levantara. No había luces de ningún tipo ni túneles que me llevaran al más allá. Al contrario, solo veía oscuridad y una nube de polvo que lo invadía todo, incluso mis pulmones. Tosí hasta que estos se quejaron por el esfuerzo. No podía respirar.

—No estoy lista, abu. Aún no… —rogué.

La mano seguía ahí, y no mostraba una expresión amable. Se movía con furia y acompañaba sus gestos de unas palabras nerviosas que me urgían a hacer algo. A seguir su voz... Yo no quería ir a ninguna parte. Me negaba a abandonar este mundo tan pronto. A no volver a ver a mi hija. A…

—¡Tenemos que salir de aquí! ¡Maldita sea, despierten!

Abrí los ojos cuando sentí que alguien me abofeteaba. Lo que vi no tenía sentido. Había escombros por todas partes. Polvo. Y mucho ruido. Un ruido de esos que te taladra el cerebro. Gritos, llantos, sirenas de emergencia.

¿Qué demonios había pasado?

—Señorita, ¡vuelva conmigo! ¡Despierte!

Una linterna me enfocó directamente a la cara. Cerré los ojos con fuerza y me llevé una mano al rostro para resguardarme.

—¿Compi, eres tú? —La voz de Marina me llegó a lo lejos—. ¿Qué está pasando?

—No tenemos tiempo para explicaciones.

Cuando mis ojos se acostumbraron a la intensidad de la linterna que me alumbraba, conseguí ver las facciones del chico que la sujetaba. Tendría unos quince años. El pelo rubio oscuro se le arremolinaba en las sienes, creando un peinado curioso. Tenía los ojos pardos, la piel morena, y el cuerpo desgarbado. Estaba condicionada a sentir simpatía hacia él por el lejano parecido que guardaba con Gael. No pude evitar preguntarme qué grado de parentesco compartirían, pues era obvio que existía.

—¿Quién eres? —De todas las dudas que tenía en la cabeza, esa fue la primera que escapó de mis labios—. ¿Qué ha pasado?

—Reconocí a la doctora Suzie tan pronto las vi entrando en la discoteca. Y no soy el único… Esos tipos iban tras ustedes.

Marina se acercó a nosotros con los ojos entrecerrados. Su peluca rubia estaba en el suelo y tenía su pelo natural negro lleno de polvo gris. Me llevé la mano a la cabeza para comprobar que no quedaba rastro de la mía, dejando al descubierto mi llamativo cabello cobrizo.

Marina señaló al muchacho en un signo de reconocimiento.

—Yo a ti te conozco. Eres uno de los pacientes con síndrome de Marfan.

—Así es, señorita Gómez. Tenemos que irnos, no tardarán en darse cuenta de que estamos aquí abajo.

—¿Qué es este lugar?

—El sótano de la discoteca. Y creo que eso de ahí es lo que estabais buscando… —señaló un oscuro pasadizo cuyo final no alcanzábamos a ver.

Marina y yo intercambiamos una mirada de incertidumbre.

—¿Has provocado tú la explosión? —pregunté. El chico asintió con la cabeza—. ¿Por qué? ¿Por qué nos… ayudas?

—Porque quiero que le contéis al mundo lo que está pasando aquí abajo.

La tristeza de su mirada se me clavó en el corazón de manera dolorosa. Ignoraba qué sabía él de ese lugar, pero no vivía ajeno al mal que les estaban causando.

—¿Sabes cómo salir de aquí? —preguntó mi compañera.

—Solo hay una manera. Igual habéis percibido que las calles parecen cambiar de sitio o las cosas están más lejos de lo que uno cree. Esto se debe a que los túneles que han construido no son estáticos, se mueven para conectarse con las diferentes salidas en función de las necesidades de cada momento.

—¿Hay más de una salida? —inquirí.

—¡Docenas!

Aquella noticia era tan buena como mala. Me mordí el labio. Incluso si conseguíamos salir de allí, la probabilidad de que la agencia nos encontrara antes que ellos, en medio de vete tú a saber dónde, era más bien remota.

Busqué algo en la mirada de Marina que me confirmara que confiar en ese chico era nuestra mejor opción. Ella pareció entender mi pregunta pues asintió con la cabeza y me susurró con voz quebrada:

—Tampoco tenemos otra. ¡Ándale!

—Por aquí… Lo que van a ver es un laberinto. Cuando vean unas balizas rojas, tendrán que esperar a que los túneles se alineen para seguir caminado. Si las balizas están en azul, es seguro continuar.

—¿Cómo sabes tú de la existencia de estos túneles? Se supone que los mantienen alejados de… vosotros.

El joven se ruborizó.

—Yo solo estaba… buscando un lugar íntimo para… ¡Esa chamaca me tenía loco! Encontramos los túneles de casualidad. Oímos voces y tuvimos que escondernos. Entonces, los vimos salir de la nada, como si hubieran venido de otra dimensión y… —Hizo una pausa. Podía intuir que iba a confiarnos algo dramático que prefirió callar—. Cuando se la llevaron, regresé acá abajo cada día con la firme promesa de que iría a buscarla. He recorrido esos túneles mil veces, pero, tan pronto estoy a punto de salir, no me atrevo a cruzarlo. No quiero saber la verdad. No sé si podría soportarlo.

Me acordé con tristeza del mito de la cueva de Platón.

—¿Sabes por qué se la llevaron? —preguntó Marina.

—¡Por supuesto! Nunca debí haberme enamorado de una diosa. Ella sabía cuál era su destino y jamás lo rechazó.

¿Acaso esa chica también era descendiente?

—¿Te refieres a…? ¿Qué sabes tú de…?

—En Valladolid todos venimos a este mundo con una función. Desde pequeños, Hunab nos

habla de nuestro destino. Algunos venimos para servirle a la ciencia, otros, para ser usados como conductores de energía en el Día del Gran Poder Universal. Solo unos pocos tendrán el privilegio de ver la luz divina y reunirse con Salazar y Gudrun en un mundo mejor.

Sus palabras me dieron tanta lástima que solo pude generar nuevas preguntas para saciar mi curiosidad.

—¿Hunab?

—Es nuestro guía espiritual. Ignoro su verdadero nombre. Es un tipo calvo con un tatuaje de Hunab Ku en el brazo, por eso se hace llamar Hunab…

Me saltaron las alarmas al oír la descripción de aquel hombre que nos había seguido en Chiapas.

Las voces se oyeron más cercanas. Alertados por nuestra conversación, estaban tratando de remover los escombros para acceder a donde nos encontrábamos.

—¡Corran! No hay tiempo que perder. —El chico se quitó la sudadera y se la entregó a Marina, que estaba casi en pelotas y tiritando de frío. Después, me miró a mí con lástimas—. Lo siento, señorita, solo tengo una.

—Sobreviviré. ¿No vienes con nosotras?

El chico negó con la cabeza.

—Si huyo, sabrán que las he ayudado. Yo no tengo futuro, mi vida será como así lo deseen ellos. Confío en que ustedes le cuenten al mundo lo que han visto acá abajo.

Quería creer que iba a estar bien. No podía permitirme pensar lo contrario. Un emotivo abrazo se me escapó sin permiso, al igual que se escaparon las lágrimas que empañaron mis ojos al entender la triste realidad a la que estaba encadenado. El incierto camino que teníamos nosotras por delante. Quise convencerle de que nos acompañara, pero cada segundo era oro, y sabía que él podría mantenerlos distraídos con cualquier excusa para ganarnos algo de tiempo.

—Tenemos que irnos —apremió mi compañera.

Nunca la había visto tan afligida. Su característico sentido del humor, que a menudo rozaba lo macabro, fue sustituido por una preocupación tan palpable en su rostro como en su voz. Sus ojos mostraban el abismo de confusión e incertidumbre al que se asomaba su alma, ahora que no teníamos más opciones que adentrarnos en esos túneles.

—¿Puedes mandarle una señal a Ethan para indicarle que estamos bien?

—Llevo un buen rato mandándole señales y no obtengo respuesta —lamenté—. O hemos perdido señal o…

—Seguro que solo están echando una cabezadita —me cortó en seco—. Están bien. Tienen que estarlo.

Asentí con la cabeza. Si a esos tres les hubiera pasado algo por nuestra rebeldía, no podría soportarlo.

Las voces se hicieron cada vez más cercanas, sin dejarnos otra opción que escoger uno de los túneles que se abrían paso a derecha o izquierda.

—El de la izquierda —susurré—. La baliza de la derecha está temblando ligeramente, sospechó que está a punto de volverse roja.

Marina no cuestionó esa decisión que había dejado puramente al azar. Nos adentramos a paso ligero, pero sin correr por no gastar energías. Si esos túneles estaban en constante movimiento, los quince kilómetros podrían convertirse en cincuenta con demasiada facilidad.

No sé el tiempo que permanecimos caminando en silencio. Ignoraba en qué iba pensando Marina, pero yo no podía dejar de darle vueltas a que todo podría torcerse en un instante. En cómo una caída tonta podría arruinar la carrera de un deportista de élite, o tocar un relieve en un

azulejo hacer que descubrieras una ciudad artificial, escondida por siglos bajo tierra. Bastaba un paso en falso para decirle adiós a todo. A mis sueños. A mis recuerdos. A mi futuro.

Ethan seguía sin contestar. Quería creer que de verdad era por falta de cobertura o por exceso de sueño, y no que hubieran decidido seguirnos y se encontraran atrapados en esa locura sin sentido o, peor aún, que los hubiesen capturado por nuestra culpa.

Un leve temblor de tierra nos indicó que los túneles estaban a punto de cambiar de posición cerca de nosotras.

—Es una lástima no tener nada con lo que dejar miguitas de pan para saber cuántas veces antes hemos pasado por aquí. —El lamento de Marina me dio una idea.

La posibilidad de encontrar una piedra en un túnel artificial de hormigón no parecía viable, pero tal vez podríamos hallar algo con lo que dejar una pequeña señal que nos ayudara a identificar aquellos túneles que ya habíamos recorrido.

—Dame tu lápiz de ojos.

Marina entendió al instante lo que pretendía y fue ella misma quien dejó una discreta marca junto a una de las luces de emergencia, justo antes de emprender de nuevo la marcha.

No estaba acostumbrada a una Marina tan silenciosa. Ignoraba cuántas horas llevábamos en ese lugar donde el tiempo se había detenido, pero el cansancio y el hambre empezaban a causar estragos, y las fuerzas escaseaban.

La baliza azul con la que nos topamos fue una buena noticia que trajo consigo la incertidumbre de qué vendría después. Con cada nuevo cambio de rumbo temíamos que hubiera alguien al otro lado esperándonos, estábamos siendo demasiado afortunadas.

—¡Fiu! —pronunció Marina con un suspiro de alivio—. Este es cuesta arriba, supongo que son buenas noticias.

—Me está empezando a mosquear que nadie nos esté siguiendo —confesé en voz alta—. A estas alturas, deberían habernos dado ya caza. Saben que alguien se ha colado en la ciudad, y, si ese chico te ha reconocido con estas pintas, ellos también lo habrán hecho.

—¿Tú ves cámaras por algún lado? —Negué con la cabeza, aunque ignoraba qué tipo de tecnología habían desarrollado en ese lugar—. Nadie conoce de la existencia de estos complejos túneles y el mejor método de seguridad que tienen es que son cambiantes. No creo que necesiten cámaras. Si no los conoces como ellos lo hacen, es cuestión de tiempo que…

Desconecté. No quise oír sus pensamientos sobre cuántas posibilidades había de que fueran los propios túneles los que acabaran con nosotras. Llevábamos horas dando vueltas y, exceptuando ese ascenso, no teníamos ningún indicio de estar yendo por el camino correcto. A cada túnel que iniciábamos, surgía la duda de si no se abriría de nuevo la puerta de la discoteca ante nosotras. Nos habíamos perdido en un bucle infinito.

—¿Te importa si paramos cinco minutos? —Marina se llevó la mano a los riñones, exhausta —. No sé cómo puedes aguantar el ritmo con tus problemas respiratorios.

—Porque no tengo otra opción. Sé que estás cansada, pero no podemos demorarnos…

—Solo serán dos minutos para tomar aire, lo prometo.

—¿Qué encontraste en el laboratorio? —No pensaba andarme por las ramas. Tal vez no tuviera otro momento para descubrirlo—. Dijiste que no me iba a gustar…

—¿Cuál es el apellido del jefe?

—Wasilowska.

—Del otro…, tu exmarido. ¿Duarte McGowan?

—Sí, ¿por qué? —Marina no contestó a mi pregunta—. ¿Y bien?

—No es nada, compi. Seguro que ese compuesto me da algunas respuestas, no tanto para el

caso como para mi paz personal.

—¿Para tu paz personal?

—No eres la única que se hace preguntas.

—Crees que Lalo podría ser el descendiente, ¿verdad?

—No lo descarto, y tampoco voy a esperar a que sea demasiado tarde para descubrirlo. —Esa chica nos iba a meter en un buen lío—. ¿Acaso tú no harías lo mismo si pensaras que Ethan está en peligro? Porque podéis vendernos ese rollo de expareja que se tira los trastos a la cabeza, pero si él ha cruzado el pinche océano para estar aquí hoy es porque no soporta la idea de estar sin ti.

No tuve que pensarlo ni un instante.

—Iría al maldito infierno por él.

—Mide tus palabras, puede que te toque cumplirlas. —Un nuevo temblequeo nos inquietó—. Deberíamos seguir con esto. Mientras vayamos en ascenso parece el camino correcto.

Los gruñidos de nuestro estómago eran el único reloj que funcionaba en ese laberinto. Si los chicos estaban bien, tenían que haber entrado en pánico hacía tiempo al no saber nada de nosotras, especialmente Ethan.

—¿No hueles eso?

Marina comenzó a olisquear el aire. Era cierto que algo había cambiado, había… como más humedad, y un nauseabundo olor a agua estancada que nos invadió las fosas nasales.

—Igual hay alguna tubería rota…

Ojalá ese hubiera sido el motivo del olor que se intensificaba con cada centímetro recorrido.

—¡Joder! —Me llevé una mano a la boca para ahogar un grito que Marina no dudó en manifestar.

—¿Quién… es… to-da… es-ta… gente?

No esperaba que, precisamente ella, acostumbrada a manipular cuerpos y órganos cada día, pudiera reaccionar de ese modo.

—Es difícil saberlo, no queda de ellos más que los huesos. —Mi voz fue apenas un lamento —. Creo que este es el famoso foso del que nos habló Farrell, donde tiran los experimentos que salen mal, lo que significa que…

—Que este lugar conecta con el exterior por algún sitio. Estamos cerca de la superficie, ¿pero por dónde?

—Tiene que haber una escalera, una trampilla, algo que nos dé una pista. ¿Oyes eso?

Nos quedamos en silencio. Las gotas que discurrían por una grieta provocaban un gran estruendo gracias al eco del foso. Y en ese silencio que lo envolvía todo, se oyó otro eco muy distinto, uno que traían las voces enemigas, anticipando problemas, dolor y sangre.

—¡No podemos quedarnos aquí intentando descubrir cómo llegar al exterior! —urgí, aterrada ante la idea de que ellos nos capturaran. Sabía bien lo que podrían hacer con nosotras—. Tenemos que elegir un camino.

—He tenido una idea. Es arriesgada, así que no me hago responsable de cómo salga… ¿Ves ese túnel de ahí? —Mis ojos siguieron la dirección de su dedo—. Apuesto a que ellos van a tomar ese camino.

—Claro, no hay otra opción… Es el mismo que vamos a coger nosotras.

—Sí la hay… Esta agua está aquí por alguna razón, tiene que haber una cañería o un río, algo que cree esta poza. Propongo que nos adentremos en esta ciénaga y lo descubramos.

—Eso nos va a ralentizar mucho.

«Eso por no mencionar que ni en mis peores pesadillas me metería en un foso de agua estancada con restos óseos por todas partes...».

—Pues tendremos que ser rápidas.

Marina no lo pensó dos veces. Besó la medalla de Guadalupe que colgaba de su pulsera y se lanzó a caminar en esas aguas pantanosas que le cubrían hasta la cintura. Si me detenía a pensar en todas las bacterias, enfermedades y almas que había en esa ciénaga, no iba a lograr salir de allí. Besé mis dos pulseras, la que tenía una estrella en honor a mi hija, y la que tenía una luna por el padre: ellos eran mi propia religión.

Mis pies se toparon con toda suerte de obstáculos que me impidieron seguir avanzando. Guiadas por la luz que había en los laterales, caminamos a oscuras, protegidas por las sombras. Marina fue la primera en adentrarse en ese túnel de un salto, tendiéndome la mano desde arriba para ayudarme a coger impulso. Estábamos empapadas hasta los huesos. Me sentía sucia y estaba agotada hasta la extenuación. Mi suerte no hizo más que mejorar cuando vi el lugar donde nos adentrábamos: una alcantarilla. Una rata corrió a contracorriente, rozándome los pies.

Un destello de linternas me hizo girarme para ver que esos hombres estaban a punto de toparse con el foso. Seguimos corriendo sin mirar atrás. Me temblaban las piernas. Cada vez estaba más débil. No sabía cuánto más iba a soportar antes de que el cansancio me derrotara.

Pronto, dejamos de oír las voces y decidimos aminorar el paso. Marina tenía razón: habían escogido el otro camino.

Estábamos tan concentradas en huir de ellos, que ni siquiera reparamos en que llevábamos tiempo corriendo en ascenso.

—No puedo más.

Esta vez fui yo quien se tuvo que apoyar en una pared para recobrar el aliento. Me sentía mareada, nauseabunda. Me dolía la cabeza y empezaba a ver doble por el agotamiento.

—No podemos rendirnos ahora, Elena. Tenemos que estar cerca.

—¿Cerca de dónde, exactamente? ¿Quién estará esperándonos al otro lado? Sería muy estúpido pensar que esos tipos no tienen todas las salidas cubiertas. ¡Llevamos horas aquí abajo!

—Ten un poco de fe.

—¡No me queda de eso! Necesito una maldita señal… y un Big Mac con patatas fritas. Te juro que estoy a punto de desfallecer.

—El Big Mac tendrá que esperar, pero si estabas buscando una señal… —Bajó la mirada hacia mi pulsera, que emitía señales desesperadamente, preguntando en nuestro código secreto si estaba bien. Marina me puso las manos en los antebrazos para infundirme ánimos—. No podemos rendirnos ahora, estamos muy cerca.

Esa pequeña señal hizo que me incorporara con unas fuerzas que no sé de dónde saqué. Le devolví al menos seis señales blancas para garantizarle que estábamos bien, y una roja que él bien sabía lo que significaba.

—Chicos, ¿nos recibís? —Marina intentó a la desesperada comunicarse con ellos por los micrófonos de la pulsera de la agencia, pero no nos llegó respuesta alguna—. Parece que lo único que funciona son las pulseras de Ethan y Elena. Si nos recibís, ¿podríais mandar una señal luminosa morada seguida de una verde?

Nada, tan solo la señal blanca de Ethan seguida de una roja, en respuesta a mi mensaje anterior. Tal vez estuviera cabreadísimo conmigo por esa aventura, pero seguía queriéndome.

—Tendremos que seguir caminando —asumí—. No pares de hablar con la pulsera, a mí no me quedan fuerzas.

—¿Nos recibe alguien? —intentó Marina—. Estamos caminando a ciegas. Necesitamos un poco de ayuda del exterior. ¿Nos recibís? —Señal amarilla—. ¿Qué significa eso, compi?

—No estoy segura… Si nos oís, mandad una secuencia morada y verde.

Señal verde.

—¿Eso significa algo?

—Creo que nos están oyendo, pero hay interferencias. Seguimos caminando, ¿nos recibís? Señal verde y morada. Repito, verde y morada.

—Elena… —Marina comenzó a saltar de júbilo, agotando las pocas fuerzas que le quedaban al ver que mi pulsera emitía destellos de esos dos colores—. ¡Nos escuchan! Virgencita de Guadalupe, muchas gracias. Chicos, no sabemos por dónde vamos a salir, necesitamos que nos localicéis tan pronto cojamos señal.

Señal blanca afirmativa en la pulsera, seguido de un aluvión de mensajes de texto que colapsaron la de la agencia. Marcamos todos como leídos para empezar de cero.

—Repetimos —comenzó Marina—. No sabemos dónde estamos. Pero hemos recibido vuestros mensajes, así que debemos estar cerca de la superficie. Dudo que salgamos por la fábrica, ni siquiera sabemos qué habrá al otro lado… Necesitamos una señal que nos garantice que es seguro.

> **Mark:** Os tenemos localizadas.

Jamás me había alegrado tanto de leer un mensaje de Mark. Las lágrimas resbalaron por mis ojos hasta la comisura del labio, arrastrando con ellas toda la purpurina que maquillaba mi rostro.

> **Mark:** Quedaos donde estáis y os avisaremos cuando sea seguro salir. Vamos hacia allí.

—¿Y si no son ellos? —Marina negaba con la cabeza, presa de un ataque de pánico—. ¿Y si alguien ha interceptado el sistema y se está haciendo pasar por ellos?

Tranquilizarla, cuando yo estaba igual de nerviosa que ella, hubiera sido inútil. Solo se me ocurrió seguir mandando mensajes luminosos a Ethan, en busca de una respuesta coherente que solo él y yo entendíamos. Y su respuesta me hizo sonreír al instante.

—¿Quieres dejar de mandarte cursiladas con tu novio?

—Le he pedido que me mande nuestra secuencia de seguridad, y ha acertado todos los colores y la duración. Son ellos, Marina. El problema ahora es qué van a encontrarse cuando lleguen.

A escasos metros de dónde nos hallábamos, una escalera subía a la superficie hasta una tapa de alcantarilla. No nos atrevíamos a usar la escalera, mucho menos a cruzarla.

Aquellos fueron los veinte minutos más largos de mi vida, esperando a que los phoenixbonders nos dieran luz verde para salir de allí.

Angustia. Miedo. Decisiones.

> **Mark:** ¡Ahora!

Marina, que estaba sentada en el suelo con la cabeza escondida entre las piernas, levantó la mirada para buscar una decisión en mi rostro. No me gustaba sentir ese peso sobre mis hombros, que la vida de ambas dependía de mi buen o mal criterio.

> **Mark:** ¿Nos recibís?

Misma mirada. Misma duda en el aire. Me encogí de hombros y comencé a dar vueltas por la

alcantarilla. Tan pronto vi la secuencia de colores, supe que la virgen de Guadalupe estaba escuchando las plegarias de mi amiga.

Luz larga blanca. Corta azul. Larga roja. Larga verde. Larga blanca. Corta azul. Larga morada.

Marina buscó en mí la confirmación de que aquello tenía algún sentido lógico.

—Son ellos.

48

La luz del sol nos golpeó con fuerza en la cara. Tuve que cubrirme con las manos, olvidando por un instante que aún seguía fuertemente agarrada a la escalera.

—¿Dónde estamos? ¿Los ves?

Negué con la cabeza. Estaba tan cansada que ni siquiera reparé en que alguien nos había abierto la tapa de la alcantarilla desde fuera.

—Estamos en medio de una carretera comarcal, pero no veo señales ni elementos identificativos. —Mis ojos aún se estaban acostumbrando a la luz tras quién sabe cuántas horas en la más absoluta oscuridad—. No veo a los chicos… Solo hay una camioneta de pollo frito.

—No digas eso, que me muero de hambre.

—¡Mierda! Creo que nos han visto. Hay un tipo regordete y con bigote apoyado en la camioneta, fumándose un cigarro.

Mi pulsera vibró con un nuevo mensaje que no pude leer. Me faltaban manos para mantenerme al mismo tiempo agarrada en la escalera y apoyada en la superficie.

—«Somos nosotros. ¿A qué chingados esperáis?», dice Lalo. Encantador —leyó Marina, quien seguía en la escalera a unos pies bajo tierra.

Ese mensaje fue la confirmación que necesitaba para salir de nuestro escondite. Cuando ya tuve todo el cuerpo fuera, Marina asomó la cabeza, protestando por la fuerza del astro rey.

A esa distancia era fácil advertir que el tipo que fumaba no se había llevado el cigarro a la comisura de los labios ni una sola vez. Sonreí al caer en la cuenta de que era Mark, camuflado con un tupido pelo negro y los ojos azules ocultos tras unas lentillas oscuras. Tenía la piel teñida de un nada atrayente moreno anaranjado que cantaba que era artificial.

—Tenéis un aspecto horrible.

Mark nos miró de arriba abajo. Marina llevaba la sudadera de nuestro salvador anónimo, pero yo solo vestía una camiseta hecha jirones, con el sujetador a la vista y un maquillaje que cualquier drag queen envidiaría.

—Al contrario que tú, jefe. Te sienta muy bien ese rollo Pablo Escobar que llevas… ¿De qué va vestido el conductor?

Me costó reconocer a Ethan con ese peluquín, la barriga cervecera bajo una camisa de cuadros y sus característicos ojos verdes opacados por unas lentillas marrones, ocultos tras unas gafas de pasta. Aún camuflado, la manera de mirarme era inconfundible… y no escondía nada bueno. Cuando estuve cerca del coche, volvió la cabeza a la carretera para no tener que mirarnos. Sabía que íbamos a tener más que palabras cuando nos quedáramos a solas…

—¡Qué desastre! ¿Dónde chingados estamos? Tengo el coche en la puerta de la fábrica —lamentó Marina.

—¿Te crees que no nos hemos encargado ya de eso? —A Lalo le faltó tiempo para abrazarnos, invitándonos a subir a la parte trasera de la furgoneta, donde tenía montado su equipo de espionaje—. ¡Casi nos da un ataque, pendejas!

—No tenéis ni idea de lo que hay ahí abajo, es… fascinante —replicó Marina.

—No me toques los huevos, Marinita —interrumpió Mark, con un tono de voz mucho más grosero del que solía mostrar—. Tenemos que hablar muy seriamente de lo que ha pasado hoy. Habéis infringido tantas normas que no sé ni por dónde empezar a echaros la bronca.

—¿Estás de coña? —protestó mi amiga. Yo estaba tan cansada que solo oía ruido de fondo—. ¡Hemos descubierto más en una sola noche que vosotros en meses de investigación!

—Ya hablaremos con calma, tenemos que llegar al refugio lo antes posible. Y, no sé vosotras, pero por aquí no hemos pegado ojo en toda la maldita noche. ¡En marcha!

Me recosté en el asiento para echar una cabezadita, pero estaba tan agotada, que no podía dormir. Estaba destemplada, algo ida. Ni siquiera reaccioné cuando Ethan me tiró su sudadera desde el asiento delantero. Olía tanto a él que me sentí al instante en casa. Le mandé una luz de agradecimiento a la pulsera que él prefirió obviar. Estaba claro que no iba a ponerme las cosas fáciles. Quise creer que la severidad de su rostro era porque estaba enfocado en la carretera y no porque me odiara. A mi parecer, conducía demasiado rápido.

De fondo, Mark y Lalo interrogaban a una Marina espídica y ansiosa por compartir con ellos cada detalle de ese lugar.

Mis silencios estaban cargados de pensamientos. No podía dejar de darle vueltas a si alguno de ellos podría ser el descendiente. Todos tenían varias cosas que los delataban y, a la vez, una buena tapadera para no sospechar de ellos.

—Había un tipo siguiéndonos —prosiguió Marina—. Tuvimos que tunearnos un poco para entrar en esa discoteca. Allí fue donde se desató el caos…

—¿Creéis que os reconoció?

Mi compañera hablaba y hablaba. Se notaba que era diez años más joven que yo en que nuestros niveles de energía eran muy diferentes.

Tampoco me ayudaban esos ojos —ahora marrones— llenos de tormentos que me observaban con dureza por el retrovisor. Aquel no era mi chico ni el agente, sino la peor versión de ambos, una que había acumulado tensión y miedo durante toda una noche y sabía que iba a explotar de un momento a otro.

—¡Llevamos todo el maldito día con esta canción en la radio! —protestó Lalo cuando la voz de Carla Morrison se coló por nuestros oídos.

—¡Súbele! —rogó Marina—. ¡Justo ahí! Escucha con detenimiento, Ethan.

Unas palabras en una lengua inventada hicieron eco en el coche. Por el retrovisor, vi el entrecejo de Ethan arrugarse mientras sus labios se movían en silencio.

—Parece lengua náhuatl, mezclado con gaélico y… puede que alguna lengua nórdica.

Las palabras que salieron de sus labios no eran mentira, pero tampoco confirmaban si había entendido el mensaje. Sospechaba que sí.

—¿No teníamos unos agentes que entendían náhuatl a la perfección? —preguntó Marina.

—*Teníamos* —susurró Ethan casi en silencio. La emoción le había hecho olvidar a Marina el trágico accidente de sus padres.

—Si de verdad hay una pista oculta en esa canción, daremos con ella —resolvió Mark, cambiando de tema—. ¿Qué más habéis visto?

—Hay un templo en algún lugar entre la fábrica y la ciudad —siguió Marina—. No pudimos llegar hasta él.

—¿Un templo? —Los ojos de Mark brillaron de expectación.

—¿Ves, jefe? A veces saltarse las normas está bien.

Ethan seguía recorriendo millas en silencio y a una velocidad que sobrepasaba los límites legales de México. Si no caí dormida fue por la agitada conversación que mantenían mis compañeros, el cansancio y el volumen indecoroso de la radio. En esos momentos sonaba *Mañana,* una dramática canción de Lola Índigo y Álvaro de Luna, que había pegado fuerte hacía unos años.

«Lola: Niño de la luna, yo que fui tu sol, me dejaste sola en mi planeta.

Álvaro: Sabes que yo soy un desastre, que soy peor novio que amante.
Miedos tatuados en la piel».

¿Eran cosas mías o la mirada de mi «niño de la luna» se había ensombrecido, aun con las lentillas?

—¿¡Se puede saber qué demonios haces, McGowan!?

Si fui capaz de reaccionar tras aquel frenazo que tensó todos los cinturones de seguridad del coche, fue porque Mark le pegó un grito a Ethan que acalló las demás voces, incluyendo las que salían por la radio.

Sin darle explicaciones a nadie por su arrebato, Ethan aparcó el coche en la cuneta y se desabrochó el cinturón de seguridad, respirando con fuerza para coger un aire que parecía no llegarle a los pulmones.

—Solo necesito un minuto. Ahora regreso.

Su voz fue apenas un susurro que costó oír desde el asiento de atrás.

Abrió la puerta y salió del coche, paseándose de un lado a otro de la carretera, con los brazos en jarras y un evidente estado de ansiedad que no le había visto nunca en su siempre inalterable rostro.

Cometí otra imprudencia al dejarme llevar por mis emociones. Si Mark no me apretaba las tuercas, lo haría el propio Ethan, pero necesitaba saber qué le atormentaba. Me desabroché el cinturón y salí corriendo tras él, sin detenerme a escuchar los improperios que Mark soltaba por la boca mientras seguía mis pasos.

Haciendo alarde de una complicidad espléndida, Lalo y Marina lo detuvieron antes de que abandonara el coche, sabiendo cuánto nos hacía falta ese minuto de intimidad.

Me encontré a Ethan apoyado en el quitamiedos, a varios metros de la furgoneta, y con la mirada perdida en el horizonte. Me daba igual que estuviera furioso: si discutir conmigo era lo que necesitaba, no había nada en ese mundo que yo deseara más.

Me acerqué, algo insegura. Sabía cómo lidiar con él cuando estaba furioso, pero no tenía ni idea de cómo enfrentarme al Ethan de la agencia. A mi jefe.

Tan solo un roce en el hombro bastó para que él se diera la vuelta y, sujetando mi cara entre sus manos, acallara con sus labios todas mis dudas. Tal vez estuviera enfadado, pero no había olvidado ni por un instante que me quería.

Nos abrazamos, liberándonos de esas emociones que habíamos contenido durante horas. Ansiedad, miedo, añoranza, frustración, amor, deseo… No veía el día en que nuestros besos solo le gritaran al mundo lo mucho que nos amábamos.

—¡La madre que os parió! ¿¡Delante de mis narices!?

La protesta de Mark fue aplacada con la peineta que le hizo Ethan sin apenas mirarle.

—No me vuelvas a hacer esto, ¿me oyes? ¡Nunca! —Ethan separó sus labios de los míos, lo

justo para pronunciar esas palabras, y volvió a besarme con la misma fuerza que lo hubiera hecho si el mundo fuera a acabarse mañana.

—Lo siento, lo siento, lo siento. Teníamos que hacerlo. No sabíamos si tendríamos otra oportunidad como esa.

—Pensé que te perdía otra vez. —Su beso arrastraba tanta angustia que me mordió el labio. Nuestras lenguas se enlazaron en un baile de saliva y sentimientos—. No quiero hacerlo, pero voy a tener que penalizarte.

—¿Vas a azotarme en el culo por desacato? —propuse en un tono más seductor del que pretendía. No podía tomarlo en serio después de cómo me estaba besando. Me dejaba exhausta.

Ethan me respondió con más ternura de la que probablemente debería mostrar un superior.

—Hablo en serio, cielo. En casa haces lo que quieras conmigo, pero aquí soy tu jefe y tengo que ser justo. No puedo tratarte de manera diferente a Marina, y habéis desobedecido una orden. Os dije que no entrarais. Os habéis puesto en peligro y nos habéis dejado sin saber de vosotras por casi dieciocho horas. Si no llega a ser por la pinche pulsera esta…

—Lo entiendo. Haz lo que tengas que hacer, ¿vale? Sin piedad.

Asintió con la cabeza, solo un instante, antes de volver a buscar mis labios para paliar su sed.

—¿Puedo sacarte del caso?

—¿Tan grave ha sido?

—¡Casi se me sale el corazón del pecho! ¿Tú qué crees?

Me encantaba cuando me acariciaba el pelo y me miraba de ese modo, capaz de hacer que la Tierra dejara de girar por un instante. Que mi corazón se olvidara de latir.

—No pensé que fuera para tanto, no es la primera vez que infrinjo una orden directa.

—No lo estás arreglando… —Sus labios volvieron a encontrarse con los míos mientras los rayos del sol nos calentaban la piel—. No voy a sacarte del caso, si eso es lo que tú quieres, pero preferiría que lo dejaras. De todas las cosas a las que me he enfrentado nunca, tú sigues siendo la que más me duele.

—¡Aún no puedo creerme que hayas venido! —No podía despegarme de él. Lo necesitaba tanto… tanto—. Estás loco.

—Tú me vuelves loco. Igual todavía no te has dado cuenta, pero iría al pinche fin del mundo por ti.

—Igual todavía no te has dado cuenta, pero iría contigo sin dudarlo.

Ethan posó sus manos en mi trasero y, elevándome un instante, me sentó en el quitamiedos, con mis piernas rodeando su cuerpo para llegar más lejos en ese encuentro de lenguas y caricias. Éramos todo nervios y sentimientos a flor de piel. Besos fundidos con necesidad y deseo. Manos ansiando encontrarse a solas para cumplir con las promesas que reclamaba la piel.

—¡Se acabó! ¡Suficiente! —Mark nos separó, aunque no parecía enfadado—. Dejad el romance para la primavera del 2026.

—¡Anda, ven aquí!

Jamás pensé que iba a abrazar a Mark por voluntad propia, pero toda esa mierda me hacía verlo con otros ojos. Y tampoco pensé que ese capullo de hielo fuera a devolverme el abrazo. Estaba segura de que, si él también había abandonado a su familia por el bien del caso, estaba necesitado de contacto físico.

—Debería mataros solo por el miedo que me habéis hecho pasar las dos esta noche. —La amenaza se mezcló con la tristeza en esos ojos teñidos por las lentillas—. Si habéis acabado con la telenovela, será mejor que sigamos hasta el refugio. Ethan, vete a dormir un rato, anda… Esta vez conduzco yo.

Iba a tener que hablar muy seriamente con Mark de eso de dar frenazos sin ton ni son…

Me desperté tapada con una manta a puertas de una hacienda a las afueras de Irapuato.

—¿Cómo distribuimos las habitaciones? —preguntó Lalo.

—Haced lo que os de la gana con las dos restantes —respondió Ethan adormecido—. Yo me voy a dormir a la primera que encuentre y me llevo a Elena conmigo. No es discutible, Mark, así que ahórrate el disgusto.

—Voy a hacer la vista gorda solo por hoy, pero mañana os quiero a dos putos metros, como si…

—…estuviéramos en el 2020 y tuviéramos el puto Covid-19 —repetimos los dos al unísono, hartos de la misma canción.

—Bien, veo que el mensaje os ha calado, aunque luego os lo paséis por el arco del triunfo. Descansad y nos vemos en el salón en… ¿cuatro horas? Marina, Elena…, preparaos para el sermón de vuestras vidas. Lo que habéis hecho hoy ha sido…

—Dales un respiro, ¿quieres? —protestó Lalo—. Estas dos kamikazes van a ponernos unas cuantas respuestas en bandeja.

—Lo que nos han puesto es en peligro —recordó Ethan con dureza.

—¿Y qué? El fin justifica los medios, lo aprendí de vosotros. —Lalo se encogió de hombros —. Rubita, ¿quieres compartir habitación?

El periscopio de Mark estaba listo y apuntando a Lalo, pero Marina se le adelantó.

—No pienso ser tu plan B.

—¿Cómo vas a ser mi plan B, si no tengo nadie más a quien pedírselo?

—Precisamente por eso, donjuán. Avísame cuando sea el plan A entre todo un abecedario.

A Lalo se le daba muy bien la lucha, pero estaba claro que no era el mejor descifrando a las mujeres.

—¿A qué ha venido eso?

Le pegué una palmada en el pecho y me despedí de él. Cuando todo pasara, íbamos a tener una charlita acerca de Marina que esperaba diera sus frutos.

49

No habíamos cerrado la puerta del cuarto cuando los dos, como propulsados por un resorte imaginario, corrimos al encuentro de nuestros cuerpos ansiosos. Las cortinas estaban echadas y no había nadie que pudiera ser testigo de nuestra imprudencia.

—Me estaba volviendo loco. ¡Joder, no he sabido nada de ti en horas! —Fue tanta la carga dramática de sus besos que me mordió el labio—. No quiero tenerte en el caso, ¿no podrías volver con Gina a escribir sobre zapatos y relatos eróticos?

—Sabes que no me sentía realizada ni feliz.

Mis manos se perdieron dentro de la cinturilla de sus pantalones, anhelando sentirle más cerca, pero él me apartó con reparo.

—No lo entiendes, ¿verdad? ¡Pensé que te perdía! Habéis salido ilesas, sí, pero igual la próxima no tenéis tanta suerte. Y no me perdonaría jamás que te pasara algo por mi culpa.

—Entrar en la agencia fue decisión mía.

—Una decisión que has tomado desde que me conoces. Antes llevabas una vida normal.

—No me arrepiento de nada.

Le besé, por si mis palabras por sí solas no tenían la fuerza de convencerle. Estaba demasiado cansada para tener esa conversación.

—¿Podríamos discutirlo mañana? Necesito darme una ducha y dormir —propuse entre bostezos—. ¡Mierda! No tengo nada de ropa limpia que ponerme.

—Te equivocas… Parece que en Glamletics sí tenían ropa después de todo. Hemos tomado prestadas un par de cosillas mientras os esperábamos…

Cogí las prendas y me metí en el baño, asqueada con el olor a agua estancada que emitían mi pelo y mi ropa. Como siguiera frotándome así la piel iba a terminar por arrancármela.

Ethan entró en el aseo justo cuando yo ya estaba saliendo.

—¿Cuántos días vas a quedarte en Nueva York? —indagué.

—Solo cuatro. Tengo un chingo de cosas que hacer en Londres, pero me hospedaré en tu casa, si estás de acuerdo… Así podemos pasar más tiempo juntos.

—Me encanta la idea. Aunque ¿no te parece arriesgado?

—Mucho. Habrá que correr las cortinas y sobreactuar un poco en los lugares públicos. —Ethan zanjó la conversación con un pico—. Será mejor que te acuestes, te ves cansada. Yo voy a darme una ducha rápida.

Daba igual cuántas veces viera a ese hombre sin ropa, su cuerpo era un espectáculo que no me cansaba de admirar. Sin pretenderlo, mis ojos se fueron directos a esa cicatriz que guardaba con tanto recelo, a unos seis centímetros de su pezón derecho.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir fingiendo que te hiciste eso entrenando?

—No sé, ¿hasta que te olvides del tema?

—Como ves, no funciona.

—¿Cuándo vas a decirme tú qué significa tu tatuaje?

—Es un *soundwave tattoo* —decidí ser quien rompiera ese absurdo misterio que nos traíamos. Mi vida ya tenía demasiados enigmas sin resolver para añadirle una tontería así. Él me miró sin entender—. Si lo escaneas con una app, se abre un archivo de sonido. No es una pista del caso, no estoy tan loca como tú. Es la risa de Gaia. Durante un tiempo, estuve bastante perdida y ese

tatuaje era mi recordatorio de que, no importaba que la vida no me fuera favorable: la tenía a ella. Es todo lo que necesito para ser feliz.

Sus ojos brillaron con la idea.

—Me parece hermoso. Quiero escucharlo.

—Te lo mostraré en Nueva York. ¿Puedo preguntarte algo?

—Mientras no sea otra vez por la cicatriz…

—¿Entiendes gaélico? He visto tu cara cuando oías la canción, sabías lo que decía la letra. —Cuando Ethan se mordía el labio así, estaba buscando el modo de no mentirme—. Nunca me lo habías dicho.

—No pensé que fuera relevante.

—Y hablando de cosas relevantes…, encontré tu nombre en el laboratorio. ¿Qué es Lunaxavan y para qué lo estás tomando?

—¿Recuerdas la primera norma para que esto funcione? Nada de preguntas hasta Navidad. Después, te lo contaré todo.

—No puedes estar hablando en serio…

—¡Completamente! No me obligues a mentirte.

—Te lo estoy preguntando como agente, no como tu novia, amante, mujer, exmujer o lo que quiera que seamos ahora. Estrictamente profesional.

—Ya, pero como tu jefe, no tengo ninguna obligación de darte explicaciones. En cambio, tú a mí… —Su mirada, a caballo entre tajante y guasona, finalizó toda discusión—. Por cierto, tengo algo que darte… Cierra los ojos.

¿En serio acababa de ponerme otra maldita llave en la mano? Le miré con más sarcasmo que sorpresa. Al menos, esta parecía de este siglo.

—No es para el caso. Esta es nuestra… —aclaró.

—¿Nuestra? —Ethan confirmó con la cabeza—. ¿Y qué abre?

—El futuro.

—*El futuro* —repetí.

La primera llave que encontramos juntos abría *el pasado* y desarrolló una serie de catastróficas desdichas. Esa llave abría *el futuro*, un tiempo incierto que no sabíamos si nos iba a llegar.

—Te lo explicaré todo algún día, te lo prometo.

—¿Qué vas a hacer en Nochebuena? ¿Tienes planes?

Le cambió la cara con mi propuesta. Quedaban solo cuatro meses y necesitaba descartar phoenixbonders de las teorías rocambolescas que Marina y yo habíamos elucubrado.

—No demasiados… No es como si tuviera familia.

—Sí tienes familia, ¡no digas eso ni en broma! Nos tienes a nosotros tres, a tus amigos, y tendrás a mi familia cuando lo hagamos oficial. Llevo tiempo sospechando que les caes tú mejor que yo.

Una sonrisa triste fue todo lo que conseguí.

—Ya hablaremos, ¿vale? —Odiaba que zanjara las conversaciones con un beso, como si fuera a olvidarme de lo que estaba pasando—. Solo estoy siendo prudente, cosa que me cuesta horrores cuando se trata de ti… No debería haberte besado delante de todos.

—Te aseguro que a nadie le ha sorprendido.

—No ha sido profesional.

—Ha sido humano. A veces se te olvida que lo eres.

—Elena… Quiero que cojas un avión y te lleves a los niños al refugio hasta que pase todo. No

sé qué le voy a explicar a Gael, ya se me ocurrirá algo.

—No lo estás diciendo en serio. —Me horrorizaba la idea, pero él parecía firme en su decisión—. Pues sí, lo dices en serio… ¿Recuerdas lo que juramos en la boda? *Lo bueno, lo malo… y lo que venga.*

—Lo que venga, no lo que vayas buscando. ¡Joder! ¿Qué habría pasado hoy si no hubiéramos aparecido?

Tenerle dando vueltas por la habitación, prácticamente desnudo, distraía a cualquiera.

—Tú sabes en qué consiste el plan, ¿verdad? —le acusé—. Y eres parte de él, por eso no quieres contármelo. ¿Por qué no confías en mí?

—Te confiaría mi propia vida, Elena; en lo que no confío es en que seas capaz de seguir una simple orden. Te recuerdo que esta noche has demostrado que no me equivoco contigo, y EDLM está calculado al milímetro. No podemos permitirnos tus licencias creativas.

—Puedo hacerlo.

—Elena… —Cuando los orificios de su nariz se inflaban de ese modo, estaba muy cerquita de perder la paciencia—. No quiero que seas parte de esto porque el plan es horrible. No hay una manera agradable de solucionar este conflicto por las buenas. No va a haber vencedores y vencidos. Habrá asesinos de un bando u otro. Habrá mártires. Y habrá gente rota.

Las palabras se me atragantaron al fondo de la garganta. Hasta entonces no lo había visto de ese modo.

—Bien, parece que empiezas a entender de qué va realmente Estrella De La Mañana. Y tú también tienes una parte muy importante en el plan.

—¿Yo? A mí nadie me ha hablado del plan.

—Necesito que estés ahí, y no solo para garantizar que los niños estén bien… Vas a tener que ser fuerte para mí porque, no sé si te has parado a pensar en lo que significaría que esta misión saliera bien… Igual deberías darle una vueltita mientras estés a tiempo de correr. Ya sabes que no soy nada fácil en la adversidad…

—Tu familia. —Él asintió en silencio.

—Entre otras cosas. No digo que no se lo merezcan, pero… no va a ser fácil vivir con eso sobre mi conciencia.

—Déjame ayudar en la misión. Soy una agente, Ethan, no puedes pedirme que sea simplemente madre y esposa.

—¿Te parece poco? Además, estás fuera del caso y no es discutible. —Odiaba esa faceta de jefe marimandón—. Necesito una ducha y dormir. Te veo en la cama.

Cuando desperté, Ethan no estaba a mi lado.

Unos susurros prudentes se escaparon de la rendija que quedaba entre la puerta entreabierta del salón y la jamba. Pensé que mis compañeros me echarían la bronca por remolona, pero enseguida supe que allí solo había dos voces, las de los dos jefes, que estaban discutiendo algo en privado. Me hubiera encantado hacer las cosas de otro modo y unirme a la conversación, pero

después de que Ethan me echara del caso, sabía que ya no era bienvenida en esas reuniones clandestinas.

—Veintiuno de diciembre a las doce —aseguró Ethan.

—Así que Carla está mandando invitaciones al ritual a través de un superventas. Tenemos que reconocer que es brillante. —Mark parecía cabreado—. En cuanto a lo que he visto antes…, ¿debería preocuparme?

—En absoluto. El plan sigue su curso, solo quiero disfrutar de mi mujer y mi hija hasta entonces.

—Yo no digo nada, pero estás jugando con fuego.

—Lo sé, pero…, ¿alguna vez has amado tan fuerte a alguien que te cuesta respirar? Me devuelve el aire, Mark. No sé qué me depara el futuro, no sé si tengo uno, pero me niego a enterrar la cabeza en la arena por miedo.

—A mí me la sopla. El problema es que, si os ven, no van a tragarse que el pacto sigue en pie ni que no tienes la diadema. Ya que te van a acusar, podrías hacer algo al respecto. ¿A qué esperas para…?

—Ya te he dicho que no sé nada de ese tema. Además, pensaba que tú no creías en esas chorradas.

—Yo no, pero ellos sí, y eso es lo que a mí me importa… Sería una gran baza a nuestro favor. ¿Sabe Elena algo del plan? —Supuse que Ethan negó con la cabeza, porque Mark se dio por respondido—. Será mejor que nos centremos en esto. Según mis cálculos, fue aquí donde las rescatamos, con lo que los túneles deberían estar justo debajo. ¿Quién tiene un sistema de túneles así sin vigilancia?

Estaba segura de que había algún tipo de mapa que yo no veía acompañando esa conversación.

—Marina ha dicho que se mueven. Eso dificulta las cosas.

Estaba harta de escuchar detrás de las puertas cuando yo tenía tanto que aportar. Cogí aire y caminé con decisión hacia donde estaban. Si ese era mi último día como agente, que al menos fuera útil.

—Siento interrumpir, iba a por un vaso de agua y no he podido evitar escucharos…

—Ajá, ¿y dónde está el vaso? —Mark siempre tan encantador.

—No me hagas mandarte a un lugar muy caliente, Markitos…

Ni sintiendo lástima por su presunto triste destino conseguía caerme bien. Les conté con pelos y señales lo que habíamos visto en esa ciudad y lo que habíamos deducido del mecanismo rotatorio.

—Elena…, ¿sabes algo de Sara? —me interrumpió Mark.

Era la segunda vez que alguien me hacía esa pregunta. Ethan se llevó las manos a la cabeza.

—Mark, ya te he dicho que ella no sabe nada de esas chorradas.

Los miré a los dos debatiendo como si se tratara de un partido de tenis en el que la pelota iba de un lado al otro del campo.

—Bueno, eres de Valladolid, ¿no? Igual oíste algo en el colegio o… Yo conozco un montón de leyendas de Gdansk que me contaba mi abuela de pequeño...

—Lo siento. —Me encogí de hombros—. Si queréis, puedo indagar un poco. Igual encuentro algo en algún libro de cultura popular o un blog.

—Ni te molestes. Es solo una estúpida leyenda. —No me pasó inadvertida la seña que Ethan le hizo a Mark con la mirada.

—¿Qué es el Lunaxavan? —Los dos me observaron de pronto sin saber qué trola soltarme—.

Podéis contármelo vosotros o puedo investigarlo por mi cuenta. Sabéis que me voy a enterar antes o después, así que podríais ahorrarme el trabajo.

Mi chico le hizo un nuevo gesto a Mark para que guardara silencio. Mi mirada fue suficiente advertencia de que, podría ser mi jefe en el caso McGowan, pero en lo personal, me estaba empezando a tocar mucho los ovarios…

—Es un compuesto que modifica las células del organismo, es así como consiguen tunear las secuencias genéticas para conseguir esa similitud con Salazar. Combinado con otro compuesto, aumenta la fertilidad de un modo alarmante, llegando incluso a contrarrestar los efectos de otros tratamientos, como la píldora anticonceptiva —resumió Mark. Ethan volvió a negar con la cabeza, dando vueltas por la sala, nervioso—. ¿Me puedes hacer un croquis de lo que sabe y lo que no tu novia, McGowan?

—¡Está claro que eso no! —respondí airada, porque eso explicaría por qué me había quedado embarazada incluso tomando la píldora anticonceptiva. Iba a matar a Ethan—. Tú y yo ya hablaremos en casa. Ahora, decidme: ¿por qué lo estáis tomando? Entiendo que los dos sois descendientes de… ¿Lo sois?

—Esa la respondes tú, campeón. —Mark se dirigió a Ethan de malos modos—. Te dije que me lavaba las manos si Elena volvía al caso.

El silencio de Ethan me molestó.

—¿Qué hemos dicho de hacer preguntas?

—No, si yo no hago preguntas… Pero a flipar sí tengo derecho, ¿no? —Un nuevo silencio, seguido de un intercambio de miradas—. ¡La madre que os parió a los dos! Decidme ahora mismo quién de los dos es el descendiente.

—No es lo que tú piensas, así que me temo que tendrás que esperar hasta Navidad para obtener respuestas —replicó Ethan—. Fin de la discusión. Tú y yo teníamos un pacto al respecto, ¿recuerdas?

—Dejad las peleas de enamorados para luego —cortó Mark—. Tenemos que centrarnos en cómo rescatar a esa pobre gente.

—Pues me temo que llegamos tarde….

¿Era mía esa voz tan segura y rotunda que hablaba? Ambos enarcaron una ceja en un gesto muy similar. Ya dicen que todo se pega menos la hermosura.

—¿Podrías elaborar más tu respuesta? —rogó Mark.

—El chico que provocó la explosión… Me contó cómo funcionan las cosas por ahí abajo. Les comen el cerebro desde pequeños y no conocen nada más allá de esas paredes. No se sienten esclavos sino…

—Privilegiados —añadió Ethan.

—Viven en comunidad y creen que la vida que llevan es la normal. No saben de la existencia de esos túneles, y los que lo hacen, tienen miedo de descubrir qué hay al otro lado.

—Así que, para ellos, salir al mundo exterior no sería liberarlos, sino todo lo contrario, además de crearnos una fuente inagotable de problemas a nosotros. No tiene fácil solución —admitió Mark.

—Como el mito de la caverna de Platón —resumió Ethan.

—¿Podrías explicar la metáfora para los que no somos tan frikis de leer a tipos que murieron hace dos mil años? —pidió Mark.

—El mito de la caverna defiende que los hombres, a priori, solo percibimos las sombras de las cosas, no lo que realmente son, porque para ver la imagen completa, necesitamos el conocimiento. Y para obtenerlo, hay que salir de la caverna y enfrentarse a la luz del sol —

resumió Ethan.

—La cuestión es que, salir de la cueva, los pondría en nuestra contra —vaticiné—. No puedes explicarle a una comunidad entera que han vivido prisioneros y que su manera de vivir es incorrecta porque les faltan décadas de conocimiento. No va a funcionar… Tienen su propia religión, un templo donde adoran a Salazar como si fuera su Dios y están esperando la llegada del nuevo Jesucristo, que se sacrificará por el bien de la Humanidad. Todos esperan ver la luz. Les inculcan desde bebés que han sido creados específicamente para ser usados a favor de la ciencia, que no son seres humanos de verdad al mismo rango que los lunaplatenses, sino…

—…material de laboratorio —completó Ethan con tristeza.

—¡Hostia divina! —Nunca unas palabras procedentes de los labios de Mark habían sido tan acertadas—. Eso complica las cosas. Ya no se trata solo de acceder a la ciudad, se trata de hacerles una lobotomía cuando los saquemos de allí.

—A mí se me ocurrió otro plan, pero es lento y no tenemos tiempo… —Ambos me miraron con curiosidad—. Colonizarlos. Es como empezó todo esto, ¿no?

—¿Quieres que invadamos su territorio? —se burló Mark—. ¿Y esperas que no luchen por defenderlo?

—Dudo que tengan armas… Aunque hablaba más de imponer una idea. Cuando los españoles llegaron a México, impusieron su religión, su idioma y sus costumbres a los indígenas, quienes tuvieron que adaptarse gradualmente a esa nueva sociedad.

—Eso podría llevarnos décadas.

—Necesitamos un buen líder que se infiltre y les coma la cabeza. He oído que su sacerdote está ya mayor. Un ataque al corazón podría pasarle a cualquiera…

No sé si me sorprendió más la cara de susto de Mark o la sonrisa que se dibujó en los labios de Ethan.

—McGowan, no tenía ni idea de que sabías sonreír… A ver si Elena, además de una psicópata y una distracción innecesaria, va a ser una buena influencia —bromeó Mark.

—¿Somos o no somos el mejor equipo? —Ethan no se reprimió a la hora de darme un beso en la mejilla.

—Lo sois, pero juntos dais mucho miedo… Entiendo que los lunaplatenses estén acojonados. Elena antes era un ser adorable y ahora quiere cargarse a un sacerdote —resumió Mark, mirando la seriedad con la que proponía algo así.

—¡Yo no he dicho tal cosa! —me defendí—. Podríamos…, no sé, encerrarle en una residencia con buenas condiciones hasta que pase el temporal… Igual Farrell puede darnos alguna idea.

—Farrell está muy ocupado siguiendo su parte del plan —soltó Mark—. Hace unos días se reunió con los hijos de Aguirre para darles la máscara. Ya sabes…, nuestro caballo de Troya. Wendy está entusiasmada de que su padre por fin haya visto la luz.

Respiré aliviada. Si Farrell era el caballo…, ¿significaba eso que también era el descendiente?

50

19 de septiembre de 2025 — Paddington, Londres

Jamás pensé que una boda me generaría tanto malestar.

Se supone que es un día bonito. La novia está radiante, el novio suelta alguna lagrimita —que en circunstancias normales estaría atascada en un lacrimal—, los amigos nos emborrachamos y disfrutamos de comida que habitualmente no comemos en casa.

Pero yo no lo veía así en absoluto. Al estrés de coger un avión de larga distancia con una niña de dos años, había que sumarle la emoción de volver a ver a Gael, el horror por el vestido de merengue de fresa que Gina había elegido para sus damas de honor y… Ava. No tenía ganas de volver a verla después del espectáculo que protagonizamos en mi casa.

Muchas fueron las cosas que cambiaron en el último mes, tratando de reconducir esa vida que se había desviado tanto por culpa del caso McGowan. No, en realidad no podía culpar al caso… La culpa era mía, que era una yonqui de la adrenalina que seguía repitiéndole al mundo que controlaba y luego no sabía ponerle freno.

Nuestra aventura en Valladolid se había traducido en una más que justificada bronca por parte de los jefes en la que nos apartaron a las dos del caso. Aunque Marina seguía en la agencia con labores administrativas, yo lo había dejado por completo para hacer lo que Ethan había sugerido: limitarme a ser madre. No fue una imposición ni lo que hubiera escogido en otras circunstancias, él siempre respetaba mis decisiones —aunque estuviera lejos de estar de acuerdo con ellas—, pero sabía que me había dejado absorber por esa tela de araña en la que juré que jamás volvería a poner un pie. Y, cada vez que me iba a una misión, ponía a mi hija en peligro.

Me sentía una madre horrible.

En cuanto a la boda… Las circunstancias —y la insistencia del novio en que ese también era su día— habían llevado a Gina a replantearse el evento y hacer algo más discreto en una mansión Tudor de York. Con tamaña concentración de phoenixbonders era fácil creer que podría haber enemigos al acecho.

Y en esta red de secretos y mentiras, Ava tenía el importante rol de novia fiel y complaciente que le mantenía alejado de mí a ojos lunaplatenses, algo que yo seguía sin comprender.

Como los niños no eran bienvenidos en esa boda, Sio había dejado a su hija en Chicago con su hermana y yo había comprado un vuelo a mis padres para que ejercieran de abuelos en Londres. Estaban encantados con la idea de hospedarse en casa de Ethan y con que Gael fuera su guía particular.

Sospechaba que habían acontecido varias conversaciones sin filtro de las que ni mi madre ni Ethan me habían informado, pero yo había desistido en mi intento por controlarlo todo y me había limitado a fluir.

Al llegar al aeropuerto de Heathrow, Siobhan y yo cogimos trenes distintos. El suyo la dejó en Waterloo, donde pensaba disfrutar de unos cócteles con una amiga de la universidad, y el mío me llevó a Paddington, donde padre e hijo me esperaban para un breve encuentro antes de partir a York.

Hacía casi tres años que no veía a Gael, y ver el hombre en el que se había convertido, me puso algo ñoña. Estaba guapísimo, con ese pelo rubio oscuro formándole remolinos en las sienes, y esos ojos ambarinos, que siempre mostraban calidez aun cuando pretendía lo contrario. Medía ya lo mismo que su padre, y tenía un cuerpo delgado, aunque bien trabajado en el gimnasio. Rodeando su antebrazo tenía un tatuaje con motivos precolombinos. De tal palo…

Su voz también había cambiado, mucho más grave y varonil.

La emoción que experimentó Gaia al ver a su padre me sirvió como excusa para templarme un poco. Gael miraba la escena desde un discreto segundo plano, como si se sintiera fuera de lugar. Si él supiera lo mucho que pertenecía…

—¡Estás hecho todo un hombre, mírate!

—Tú también estás rechula. —Se mostró precavido, pero su sonrisa al abrazarme no podía ser fingida.

La emoción se apoderó de mí. Era raro, aunque no fuera mi hijo, lo sentía como tal. Al final iba a ser verdad eso de que el cariño no lo dictaba la sangre…

Ethan, que llevaba a Gaia en brazos, nos observaba en silencio con expresión contenida. Ignoraba cuántas peleas habrían tenido por esa decisión tan drástica que tomó de apartarme de su vida. No quería pensar más en ello… Ya tendría tiempo de pedirle cuentas después de Navidad.

—¿Quieres coger a tu hermana? —le ofrecí. Gael entornó los ojos, travieso.

—Echaba de menos tu castellano pornográfico.

Aquel primer encuentro entre hermanos no fue tan raro como había temido. Gaia sonreía por todo y Gael se veía cómodo en el papel de hermano mayor.

—¡Guau! No puedo creer que tenga una hermanita. Ya había perdido la fe de tener algún día alguien a quién molestar… —bromeó, jugando con Gaia en el aire.

—Es raro, ¿eh? —reiteró Ethan—. Como hermano mayor, tu deber es asegurarte de que esta jovencita es feliz el día de mañana.

—Nueva York está un poco lejos para eso, ¿no crees?

«¿Era muy pronto para soltar el bombazo?».

—Es… temporal —se adelantó Ethan.

—¡Bravo, papá! Así que tanto sexo virtual ha servido para algo… Ahora ya solo te queda romper con tu otra novia y listo.

—No es lo que parece…

Jamás pensé que vería al canalla de Ethan ruborizarse como cuando su hijo le pegó un codazo amistoso.

—La que me vas a dar con eso… —Después de ese momento de complicidad, Ethan se dirigió a mí con esa mirada de… ¿Podía besar una mirada?—. Quiero, como mínimo, la mitad del abrazo que le has dado a él, y no es negociable. He traído un arsenal de vales por si te niegas…

—No sé si me va a bastar con un abrazo… —Hundí mi cara en su pecho y aspiré su aroma a hogar. Quería beberme sus labios.

Algunos encuentros dejan un sabor amargo. En el caso de reencontrarme con mis padres, la razón de esa hiel fue que supo a poco, tan solo un par de horas paseando por Hyde Park para ponernos al día con esos abrazos de los que nos habíamos privado desde la Navidad anterior, y otra despedida de mi pequeña para irme de boda. Me estaba coronando como madre del año.

En mi empeño por evitar situaciones incómodas, no les había contado aún que había roto con Noah. Hacerlo supondría toda clase de presunciones sobre un futuro con Ethan, y con las bromitas de Gael teníamos más que suficiente.

Parados junto al Skoda Octavia azul de Ethan, a la espera de que aparecieran Ava y Siobhan, protagonizamos una de esas situaciones incómodas entre dos idiotas que se desean, pero saben que no pueden estar juntos. Demasiados testigos nos impedían cumplir lo que las miradas reclamaban.

La primera que llegó al encuentro fue Ava. Hubiera agradecido que Sio fuera más puntual para no tener que enfrentarme a ella yo sola, porque reencontrarnos fue… raro. Con lo fría que era, pensé que no me dolería verla besar a Ethan, y me equivoqué: fue como si me partieran el corazón en mil pedazos. Y no sabía cuánto más podría aguantar esa situación. Como siempre, el amor de Ethan venía con una mochila demasiado grande para mi espalda.

Reencontrarme con mis amigos en York fue todo cuanto necesitaba para alegrarme el ánimo. Porque esa noche era solo para nosotros, como en los viejos tiempos… a excepción de Ava, quien no parecía tan incómoda por mi presencia como yo lo estaba con la suya. Esa noche salimos, bebimos e hicimos jugarretas a los novios antes del gran día, para después regresar, rendidos, a la enorme mansión victoriana de Ravenwood, que los novios habían rentado para nosotros.

Tan pronto el taxi negro se detuvo en las puertas de la mansión, entendí que esa noche tampoco iba a pegar ojo. Aunque elegante, tenía una fachada negra y blanca, característica de la arquitectura de la época, con un amplio jardín que se camuflaba bajo una densa neblina, que le daba un aspecto lúgubre. Mansión Turner, rezaba el cartel.

En serio, ¿qué se les habría pasado por la cabeza a esos dos para alquilar la casa de los horrores para la víspera de su boda? No me habría sorprendido si Frankenstein o el conde Drácula nos hubieran dado la bienvenida, en lugar de esa recepcionista de rostro insípido y modales exquisitos.

Un botones trajeado recogió mis maletas y las dejó en la puerta de la que iba a ser mi habitación ese fin de semana. Odiaba que me llevaran las maletas cuando podía cargarlas yo misma, pero estaba demasiado cansada para peleas absurdas.

—¿A qué es increíble? Me costó convencer a Gina, pero si yo tragué con todo lo demás… —Casper estaba eufórico con la decisión y Gina sonreía con los labios apretados.

De repente, todo tenía sentido. A mi amiga le había costado más de una bronca ceder en ese punto, pero la cara de felicidad de su prometido bien valía la pena. Si era cierto eso de que los polos opuestos se atraían, esos dos iban a durar juntos toda la vida.

No me contagié del entusiasmo de Brit por recorrer los sinuosos pasillos en busca de Casper —el fantasma, no mi amigo…—, bastante tenía con convencerme a mí misma de que Oscar, el inquietante gato que me miraba con fijeza, no era capaz de hablar.

Me despedí de mis amigos, me di una ducha y me encerré en mi habitación con un bonito camisón de seda que nadie iba a ver esa noche.

No pude pegar ojo con el jolgorio que se traían los hombres en el piso de abajo. Esperaba que no todas las paredes fueran tan finas o iba a ser muy interesante presenciar la noche de bodas…

Resoplé, exhausta, cuando sentí unos toques en la puerta. Estaba segura de que Brit se había cansado de jugar a los Cazafantasmas y quería pedir asilo. Se las daba de atrevida, pero era una miedosa patológica.

Cuál fue mi sorpresa al encontrármelo a… él.

—Espero que hayas traído corrector de ojeras.

—¿Tan mala cara tengo?

—No, cielo…, es que esta noche no voy a dejarte dormir.

51

20 de septiembre de 2025 — Ravenwood, UK

—¡Mierda! ¿Qué hora es? —Miré el móvil con cara de pánico. Gina iba a matarme—. ¡¡Joder, joder, joder! Hace rato que tendría que estar en la ducha…

—Me encantan los despertares que me das —se burló él, aprisionando mis labios para que no me moviera de la cama.

A ese beso le siguió su cuerpo, que me retuvo contra el colchón, mostrándome que estaba listo para otro asalto.

—Estabas durmiendo hace solo un segundo, ¿cómo es posible que «eso» esté…? ¿De dónde sacas las energías?

—De las ganas que tengo de estar dentro de ti. —Sus palabras se perdieron en mis labios, ocupado como estaba en otros menesteres que también requerían de su uso.

—Tengo que ducharme, cielo. —Lo aparté con dulzura, inútilmente.

—Ya somos dos… Te recuerdo que soy el padrino, y también voy tarde… ¿Por qué no nos duchamos juntos?

Su barba me raspó la piel, dejando un reguero rojizo y sensible como recuerdo de que había estado ahí, conquistando cada centímetro de mi cuerpo.

En poco más de una hora, Brit y yo empezaríamos el ritual para vestir a Gina, quien nos había mandado trescientos *selfies* en bata desde la suite nupcial de la casa Tudor donde tendría lugar el enlace, para recordarnos que nosotras teníamos su vestido y nos estaba esperando ansiosa. El ataque de pánico que tenía no era ni medio normal.

Mientras le daba los últimos retoques al maquillaje y me alisaba el cabello, Ethan… No tengo ni la más remota idea de lo que estaba haciendo él para que Brit le pillara aún en calzoncillos cuando llamó a la puerta. La cara de mi amiga fue un poema, dando un paso hacia atrás para mirar todas las habitaciones del pasillo y asegurarse de que estaba en el lugar correcto.

—Mike, deja de aporrear la puerta de Ethan. Estás buscando en el sitio incorrecto. —Brit apretó los labios en un gesto puritano que pretendía juzgarnos. Precisamente ella... ¡Ver para creer!—. ¿Está mi amiga aquí, por un casual? Y con ropa, a poder ser…

—Pasa, está terminando de arreglarse.

—¿Dónde está tu novia? ¿O vas a decirme que estás aquí porque... se te ha… estropeado la ducha, por ejemplo?

—Depende, ¿cuela? —probó. Mi amiga negó con la cabeza.

Salí del baño y me di de bruces con la viva imagen de la Barbie Mariposas Mágicas. Estaba claro que el color rosa le sentaba mucho mejor que a mí. Mi amiga metió a Mike de un empujón en ese cuarto que empezaba a asemejarse demasiado al camarote de los hermanos Marx.

—¡Oh, aquí estás! —Se alegró mi amiga al verme—. Tengo un problemón y Gina me va a matar como se entere… Se me ha roto el vestido. Con tanta capa, me he trabado con el pomo de la puerta y… ¡ras! ¿No tendrás un costurero a mano?

—Anda, trae, a ver qué puedo hacer…

A veces flipaba con mi amiga. Como en ese momento, que se despojó del vestido para quedarse en lencería, sin preocuparse de quién estuviera delante.

—Claro, tú desnúdate… ¡Total, como uno es de piedra…! —protestó Mike, cuya mirada azul, lejos de resultar fría, ahora quemaba como el sol de julio.

—No hay nada que no hayas visto antes cuando vivíamos juntos...

—Ni nada que no quiera volver a ver.

—Anda, ven aquí, que tienes el cuello de la camisa torcido.

Si Mike habitualmente estaba más tieso que una lámpara de cinco euros de Ikea, ahora que tenía a su musa medio en pelotas tocándole el cuello, tenía pinta de estar a punto de sacarle un ojo a alguien con la… «tensión acumulada». Me pareció percibir cómo le besaba la mano con dulzura a mi amiga y esta le devolvía un mordisco veloz en el cuello.

¿Desde cuándo estos dos…?

La situación no debía de ser nueva para Ethan, quien cabeceó y se despidió de nosotros, pues tenía la ropa en la habitación que compartía con su otra novia.

—Esto ya está arreglado. Intenta no trabarte con nada más… —le rogué a Brit.

—No prometo nada. Me parece un milagro moverme bajo tantas capas de tela… ¿Estás lista?

Asentí y dejé que me arrastrara hasta la planta baja, donde un taxi nos esperaba para llevarnos a la mansión Tudor donde Gina se impacientaba por momentos.

Ulises no podía saber realmente lo que era una odisea si nunca tuvo que entrar con un vestido así en un taxi de tres plazas. Y meter dos y un traje de novia igual de pomposo, merecía una novela propia.

—En cuanto a Mike…, no es lo que parece —susurró una Brit muy digna cuando conseguimos cerrar la puerta del vehículo.

—¿Te refieres al mordisco en el cuello? A mí me ha parecido bastante obvio que estabas averiguando qué perfume usa —la provoqué—. O igual te has convertido en vampiro y necesitabas alimentarte…

—¿Quieres que hablemos de qué hacía tu exmarido en calzoncillos en tu habitación?

—La excusa de la ducha no te la has creído, ¿no? —Ella negó con la cabeza—. Porfa, no se lo cuentes a nadie…

—¿Dónde está el problema, si queréis estar juntos? ¿No sería más fácil que dejara a Ava y…? —Miré para otro lado con frustración. Yo tampoco lo entendía. Brit, quien se había dado cuenta de que algo en esa historia me hacía daño, abrió una de las botellas de ginebra que llevábamos para los novios y me la ofreció—. Toma anda, te va a hacer falta…

Le pegué un trago que, sin mezclar con refresco, sin hielo y en ayunas, me supo a rayos. A ella pareció darle más gustito pues se trincó un par de dedos de golpe la tía.

Tras un atasco provocado por unas lluvias torrenciales que inundaron la carretera principal, llegamos a la mansión con el tiempo pegado al culo y embarradas hasta las cejas. El vestido de la novia había sobrevivido al temporal gracias a una buena funda, pero el nuestro… Eso era otra historia.

—¿Has visto la escalera de caracol? Yo no pienso subir por ahí con estos tacones, mi vestido y el de la novia a cuestas —avisó Brit.

Un montacargas prometía hacer la vida más sencilla… o así debería haber sido si alguien hubiera tenido el detalle de poner un cartel avisando de que estaba averiado. De repente, Brit y yo nos vimos atrapadas entre dos plantas con el vestido de la novia, dos botellas de ginebra, un frío que pelaba y el teléfono echando humo por las amenazas.

—¿¿¿DÓNDE DIABLOS OS HABÉIS METIDO???

—Tranquilita, *noviazilla*. —A Brit le delató la media botella de ginebra que ya se había bebido en el taxi—. ¿Podrías pedirle a alguien que nos sacara del ascensor? Da un poco de mal rollo ver un muro cuando las puertas se abren…

—¿Pero a quién queréis que avise? ¡Si está todo el mundo de aquí para allá con los

preparativos! ¡Y yo sigo en bragas!

—Yo qué sé, llama a recepción —sugerí, aceptando el tapón de ginebra que me ofrecía mi amiga para combatir el frío.

A ese le siguieron un quinto y hasta un sexto lingotazo a palo seco sin que nadie viniera a rescatarnos. El tiempo pasaba en las manecillas del reloj y el espacio se iba haciendo más pequeño a medida que nos acomodábamos en el suelo con los vaporosos atuendos.

—¡¡Tenemos secuestrado a tu vestido!! —vociferó una Brit borracha a una novia histérica, que no paraba de llamarnos para pegar voces al otro lado de la línea—. ¡Exigimos un rescate inmediato o lo matamos! Mira que estamos muy locas, ¿eh? Hemos matado vestidos de novia por mucho menos.

A mí me entró un ataque de risa y me quité los zapatos. Pronto empezábamos la fiesta…

Pasarían otros veinte minutos hasta que un camarero consiguiera que el montacargas bajara hasta el sótano para sacarnos por allí. Se suponía que aquella era una buena noticia, aunque significara que teníamos que subir dos pisos más para encontrarnos con Gina en la suite.

Al vernos, sus ojos verdes refulgieron con un fuego que delataba la ira que la quemaba por dentro.

—¿Se puede saber de quién ha sido la brillante idea de quedaros encerradas en un maldito montacargas? —Las dos reímos. Como si hubiera sido algo premeditado—. Estáis llenas de barro, despeinadas… ¿Y qué le ha pasado a tu vestido? —Las dos entramos en pánico, pensando que se iba a dar cuenta de los arreglos que le había hecho a Brit a última hora—. ¡Elena, estás tan delgada que pareces un saco de patatas! ¿Se puede saber por qué no me avisaste para que te lo arreglaran? ¡Estás horrible!

—Es rosa, Gina. Me iba a quedar mal de todos modos… ¿Podrías dibujar una sonrisa en ese rostro agrio y fingir que hoy es el día más feliz de tu vida! *Cheers*! —Saqué un *selfie* de las tres que serviría para ilustrar el libro de las peores fotos de boda de la historia—. ¿Quieres un traguito? Se supone que las dos botellas eran para que te las bebieras con Casper esta noche, pero, entre unas cosas y otras, hemos dado buena cuenta de la primera…

—Creo que necesito la botella entera… —A veces Gina era muy literal, pues efectivamente, se bebió un cuarto de botella de un trago.

Nosotras nos tomamos otro chupito con ella, para brindar por el gran día, y unas Mimosas que nos trajeron del servicio de habitaciones.

¿Por qué a nadie se le ocurrió traernos algo para desayunar?

—¡Vivaaa la noviaaa! —Brit pisó su vestido con los tacones de aguja. Tuvo que agarrarse a la pata de la cama, a riesgo de abrirse la cabeza—. Vamos a pon-erte eseee veeeestido. ¡En marcha!

—¿Qué problema tienes túúú con el… con el… thuuul? —pronuncié algo borracha, al ver el aparatoso vestido de novia salir de la funda. Era un bonito corsé hasta las caderas que se perdía en capas y capas de tela.

—¡Ay, madre cómo estáis las dos…! ¡Qué desastre, señor, qué desastre! —La infeliz novia le pegó otro largo trago a la ginebra.

Decía que era por nosotras, pero la conocía lo suficiente para saber que había algo más que le preocupaba. Aproveché que Brit estaba entretenida haciendo fotos a los complementos para hablar con ella en privado.

—¿Por qué estás… tan… nervi-ousha?

—¿Por dónde empiezo? —Soltó con un hilillo de voz y las lágrimas amenazaron con arruinar su precioso maquillaje.

—Se supooone que esstho es lo que siiieeempre has queridooo, ¿no? Estar con Cassperrr.

Lleváis añios buscando el moodo de que funcione.

—Sabes que no puedo tener pareja, Elena, aún no. Fue Casper quien insistió en casarse hoy, yo quería posponerlo hasta el próximo verano, después de EDLM.

—¡No me vengas con esaaas! Mark se casó, Logan se casó, Ethan se casó… Aunque después me dejara sin un porqué y ahora esté con una veinteañera.

Gina desvió la mirada. No me hizo falta más, mis propias palabras eran ya de por sí un recordatorio de que esa boda era una mala idea: todos los que había mencionado estaban divorciados.

—¿Es eso? —pregunté—. ¿Tienes miedo a que acabe mal?

—Tengo miedo a que acabe —respondió muy seria—. En fin, hoy no es día para dramas… A lo hecho, pecho, y de eso ando sobrada, a pesar de que el maldito cáncer me arruinó uno de mis mejores atributos. —Gina se limpió con un pañuelo unas lágrimas que sabía que no eran solo de emoción. Le puse la mano en el hombro y ella me abrazó—. Elena, necesito que me prometas que cuidarás de él si a mí me ocurriese algo. Y de Oli…

Su dramática petición hizo que se me pasara la borrachera de golpe. Era la segunda vez que alguien me hacía una petición similar en tan poco tiempo, si contábamos cuando Ethan me suplicó en Gili que cuidara de Gael y me buscara a otro hombre que me hiciera feliz.

Oliver era el niño que llevaban un par de años intentando adoptar. Tenía cuatro años y, según nos había contado Gina, su madre era una yonqui de Birmingham que ni siquiera sabía que estaba embarazada cuando llegó al hospital, con un fuerte dolor abdominal que derivó en un parto y un bebé abandonado en la incubadora tras darse a la fuga. Era un milagro que ese niño estuviera vivo.

—¡No digas eso, por Dios! A nadie le va a pasar nada. —Mi amiga no paraba de jugar con su brazalete de plata mientras hablaba conmigo—. ¿Ese es… tu amuleto? ¿La pulsera de tu madre?

Asintió con un leve movimiento de cabeza. Era una sencilla esclava de plata con diminutas turquesas incrustadas. Del broche colgaba una plaquita donde estaba escrita la palabra «*Hide*». Escóndete. Mis ojos se volvieron a ella cuando agitó la mano para quitármela. Le pregunté sin pronunciar sonido y ella bajó la mirada.

—Ya hablaremos, ¿vale? Y ahora, mis queridas borrachinas, convertidme en una princesa.

—Esta no es mi canción.

Una Gina histérica reculaba antes de cruzar las puertas de la capilla donde daría el sí quiero.

—Tiene toda la pinta de que no… —susurré al oír el estribillo de *I got a feeling*, de Black Eyed Peas.

—¡Yo no me puedo casar con esta música! Había elegido la versión instrumental de *Can't help falling in love*, de Elvis. ¡Qué desastre, por Dios!

Esperamos un tiempo prudencial a que acabara la canción, pero alguien volvió a ponerla de nuevo, y hasta una tercera vez, y los invitados esperaban impacientes la gran aparición de la novia.

—¿Podéis llamar a los padrinos para que lo solucionen? Como esto sea cosa de Mike, me lo como vivo…

Algo me decía que aquello no era cosa de Mike. Una prueba más de que se habían infiltrado en la boda y querían tocarle las narices a Gina.

—Gina… —Puse una mano en su hombro para tranquilizarla—. Es solo una canción. ¿A quién le importa lo que esté sonando? Lo que importa es la cara que se le va a quedar a Casper cuando te vea vestida de novia.

Mi amiga asintió, mirándome con nerviosismo.

—Propongo que hagamos una entrada triunfal. Esta canción la hemos bailado mil veces, ¡arriba! —Nos animó Brit, quien tenía más ginebra que sangre en las venas.

Así que ahí estábamos las tres, desfilando tules y borrachera por el pasillo nupcial, Gina más tiesa que un cohete espacial, y nosotras dos haciendo una coreografía improvisada y brincando lo que nuestros aparatosos vestidos nos permitían al ritmo de esa canción que marcó algunos de los momentos más bochornosos de mi juventud.

A quienquiera que intentara sabotear su gran día, le había salido el tiro por la culata, pues todo el mundo aplaudía extasiado, uniéndose al baile. Todos, menos los padrinos y el novio, que nos miraban desde el altar con los ojos saltones, como un dibujito de Warner Bros.

El alcohol siempre me ponía caliente. Tal vez por eso estaba comiéndome a Ethan con los ojos sin importar cuántos testigos hubiera delante. Y, a pesar de la incredulidad de su rostro por tamaña actuación, vi que él también me estaba follando con la mirada.

Al igual que Mike, llevaba un traje azul oscuro con camisa blanca y… tirantes. Llevaba unos puñeteros tirantes que desataron mi imaginación y mis recuerdos. Mi boca empezó a salivar.

Algo parecido debió de pasarle a Gina cuando alcanzó el altar y vio a su prometido con ese traje azul celeste. Estaba guapo a rabiar, a pesar de que no pegaba con la gama cromática que Gina había escogido para la boda. A Casper siempre le gustaba ser la nota discordante, aunque esa vez fue su prometida quien acogió ese papel con el ataque de risa que le dio al ver al cura; una de esas risas contagiosas que pronto se extendieron a Brit y a mí, y dejó que el efecto dominó siguiera su curso.

Ethan se aproximó a mi oído. Mis hormonas reaccionaron al instante a su cercanía.

—¿Estáis borrachas? ¡Pero si no son ni las doce!

—Como una cuba, cariño. —Creí que susurré, pero el cura me chistó para que bajara el volumen.

—Sé precavida. Hay algo que no me huele bien…

Levanté las axilas y me olisqueé con poco disimulo, por temor a que el estrés y la lluvia me hubieran hecho oler como un perro mojado. Ethan enarcó las cejas, mirándome con sorpresa.

—A mí solo me huele a perfume…

—¡Por Dios, Elena! Me refería a… ¡Mira sus manos!

No tuvo que decir más, las manos joviales del cura no casaban bien con el aspecto envejecido de su rostro ni su pelo nevado en canas. Estaba claro que sus sospechas estaban justificadas y había infiltrados de La Luna de Plata en esa boda, que esperaba no acabara en drama.

Aquello me confirmó que la jugarreta con la música nupcial tenía un nombre detrás y muchas ganas de buscarle las vueltas a Gina, quien no paraba de llorar, no sé si de pura emoción o de arrepentimiento.

52

Todo el mundo sabe que la comida británica no es la mejor, y las bodas no son una excepción. El vino, al menos, era de primerísima calidad, algo a lo que yo no le di importancia cuando le eché medio botellín de cola encima que hizo que a Logan le diera un ataque al corazón.

—Debería ser ilegal lo que acabas de hacer.

—También debería serlo el servir patatas fritas congeladas en una boda, y echarles vinagre por encima para darles sabor. Y aquí estamos, dos terroristas.

De fondo, una banda tocaba versiones instrumentales de ACDC y Iron Maiden, mezcladas con música clásica, un acuerdo al que habían llegado los recién casados para mantener la personalidad de ambos.

En mi mesa, Sio, Amber y Bruce, junto a algunas excompañeras de trabajo con las que guardaba buena relación. Mike y Brit estaban en otra mesa con Ava, Ethan y otros amigos de Casper. No sé por qué no nos habían sentado juntos a pesar de que Ethan y yo nos «tolerábamos» de cara a la galería.

No me había dado cuenta de que llevaba el reloj deportivo puesto hasta que empezó a vibrar con la llegada de nuevos mensajes. Como Gina se diera cuenta de ese detalle, me iba acusar de arruinarle la boda… Me lo quité para guardarlo en el mini bolso de lentejuelas, pero quienquiera que fuese seguía mandándome mensajes con una insistencia preocupante. ¿Serían mis padres para decirme que a Gaia le había ocurrido algo?

Pues no…, no eran mis padres. Desconocía el número y el remitente se escondía tras una simple M, aséptica e impersonal.

Me olía a problemas…

M: Cuidado con el pollo..., podría ser indigesto.

¿Era eso una amenaza? Casi tiro el plato de pollo en salsa por el ataque de nervios que me invadió. Miré en todas las direcciones tratando de encontrar al remitente. Quienquiera que me estuviera mandando esos mensajes estaba allí, en ese mismo restaurante, observándome.

—¿Estás bien? —Sio me miró con recelo. Asentí con la cabeza para no alarmarla, cuando un segundo mensaje vibró en mi muñeca.

M: Da gusto ver lo acarameladitos que estáis después de lo que te hizo.

Esta vez, saqué el móvil para leerlo y ver la imagen que la acompañaba, una foto del día anterior en Hyde Park con Gael, Ethan y mis padres. Me removí incómoda en la silla, con la certeza de que se trataba de ellos. Estuve tentada de marcar el número a ver qué me encontraba al otro lado, pero estaba aterrada. Para la verdad, como para todo en esta vida, hay que estar preparada.

El siguiente mensaje fue tan abstracto como misterioso:

M: Hay que tener mala leche para vestirte de rosa… ¿Gina es siempre así de hortera o es que no es tan amiga tuya como crees?

Debía de estar blanca como la nieve, pues Logan también me hizo un gesto con la cabeza para llamar mi atención. De sus labios leí la misma pregunta que había formulado Sio poco antes, y de los míos obtuvo la misma respuesta. Busqué a Gina con la cabeza, que compartía confidencias con Casper, mostrando una sonrisa que parecía sincera.

Me inquieté. Miraba de derecha a izquierda del restaurante, pero, sin más pistas que las que pudiera dar una letra, podría haber sido cualquiera. Decidí responder solo por ver si alguien hacía algún gesto sospechoso, lo cual era un poco abstracto, pues había al menos veinte personas con el móvil en la mano.

Elena: ¿Quién cojones eres? ¿Qué sabrás tú de Gina?

M: La pregunta es: ¿qué crees que sabes tú de ella?

M: ¿Y de… Sara?

Otra vez ese nombre. ¿Por qué todo el mundo creía que yo sabía algo de Sara? ¿Acaso Gina y Sara eran la misma persona? ¿Tenía ella la diadema que los lunaplatenses estaban buscando desesperadamente? ¿Era ella esa mujer capaz de frenar el ritual?

M: ¿Alguna vez te has preguntado cómo convenció Gina a Ethan para que acabara en tu piso? ¿Cómo es posible que ellos no se reconocieran, si ya se habían visto antes en Nueva York? ¿Por qué te dejó tu amorcito?
Si nunca lo has hecho, no eres tan lista como te crees.

Elena: ¿A dónde quieres llegar?

M: ¿No te pareció raro que Gina te diera el trabajo en la revista sin entrevistarte, siendo una donnadie?

Aproveché el descanso entre plato y plato para ir al lavabo en busca de un poco de intimidad para seguir escribiendo esos mensajes, ajena a ojos curiosos.

Era tan ridículo tener que maniobrar para entrar en un cubículo porque ese vestido había aumentado mis caderas en más de veinte centímetros... Estaba siendo una boda inolvidable.

Por un momento, temí que el remitente anónimo no fuera a mandarme más mensajes, pero pronto, el reloj vibró con una nueva notificación, acompañada de unas fotos que me hirvieron la sangre.

M: Una niña preciosa.

Sabían bien cuál era mi punto débil y estaban dispuestos a atacarme donde más me dolía. Se habían acercado a ella en el parque y en la guardería. Me sentí morir. Era muy cuidadosa con la niña, pero ellos estaban por todas partes. Ni siquiera sabía de quién protegerla si desconocía sus rostros.

Elena: Ni se os ocurra acercaros a ella.

M: Si exiges distancia, empieza por predicar con el ejemplo.

Tenía el dedo apretado para disparar cuando recibí una nueva foto donde se me veía entrando en la fábrica de Glamletics con Marina. Sentí un escalofrío. Siempre iban un paso por delante.

M: ¿Te ha contado ya tu amorcito cómo se hizo la cicatriz? Sería duro imaginar un mundo sin él… ¿Estás lista para el futuro?

Me mordí el puño para calmar la ansiedad. No sabía con quién podía hablar si cualquiera podría ser un lunaplatense infiltrado, incluso los propios phoenixbonders.

M: Parece que ya no te acuerdas de las noches que pasaste llorando su ausencia, mientras su vida crecía dentro de ti. Es admirable que le hayas dejado volver después de cómo desapareció sin una triste explicación…

Si querían provocarme, ponerme en contra de Ethan y Gina, no lo iban a conseguir.

M: …aun sabiendo que esperabais una hija juntos.

El alma se me cayó a los pies al ver las fotos que acompañaban ese mensaje. Ethan en la puerta de la guardería de Gaia. En el descansillo de mi casa de Nueva Jersey, hablando con Siobhan y con una Gaia bebé en brazos. En los alrededores de mi oficina.

Cogí aire y lo solté con calma. Tenía que ser un montaje. Con la Inteligencia Artificial se podían hacer muchas cosas… A no ser que…

Las palabras que Lindsay pronunció en el juzgado acudieron a mi mente, su insistencia con que había visto a Ethan antes en la guardería.

¡Imposible! Ethan jamás me habría hecho algo así. El día que conoció a Gaia reaccionó como era esperable, con impotencia, cogiéndose un cabreo monumental y… Lo cierto es que la niña lo adoró desde el primer instante, algo que me pareció extraño.

No podía ser verdad. No quería creerlo. No iba a caer en su trampa.

Bloqueé el móvil y salí del cubículo para refrescarme un poco. Encontrarme a Ava en los lavabos me inquietó sobremanera. ¿Sería ella o tan solo era una coincidencia?

Ajena a mi presencia, se toqueteaba el precioso vestido de hilos y transparencias que le sentaba como un maldito guante. ¿De verdad era una agente? ¿Quién me decía que no era

también una lunaplatense, al igual que lo habían sido todas las novias de Ethan? No podía negar que era una actriz de primera.

¿Y si el propio Ethan era uno de ellos y solo estaba jugando conmigo? Pero ¿jugando a qué?

Sonreí con falsedad mientras un agua hirviendo abrasaba mi piel. No sé por qué tenían esa estúpida manía en los locales de lujo.

—*For fuck sake*! —blasfemó en inglés, resoplando con tanta fuerza que podría haber movido el lavabo de sitio si se lo hubiera propuesto.

El motivo de su cabreo no era otro que aquel vestido imposible de transparencias color nude, con una capa de finísimo hilo turquesa, que hacía formas simétricas en zonas específicas. Se le veían las bragas y el sujetador, pero no parecía importarle.

Saqué un mini costurero de mi aún más mini bolso y lo dejé sobre el lavabo, resignándome a que ese sería mi papel en esa boda.

—Puedo intentar arreglarlo, si te fías de mí.

—¿Por qué no? No tengo otra opción y es imposible que lo dejes peor de lo que está… Ni a posta —dijo, quitándose el vestido.

Tenía uno de esos cuerpos que solo se ven en las pasarelas, aunque verla en lencería no fue muy diferente a hacerlo con ropa, pues tampoco es que llevara demasiada puesta habitualmente…

—¿Siempre llevas un costurero en el bolso?

—Cuando tienes hijos te llenas los bolsillos de «porsiacasos».

Busqué algo en su mirada, un indicio de que era ella quien me estaba enviando esos mensajes. Me sentí absurda… Probablemente, Ava fuera tan solo una de las muchas mentiras que Ethan me contaba de continuo y no tuviera nada que ver con el caso.

—Arreglado. No es perfecto, pero te servirá para pasar el día.

—Gracias, Elena, te debo una.

Hice un gesto despreocupado con la mano. No hacía las cosas esperando algo a cambio.

Al salir del baño nos dimos de morros con Ethan, quien miraba el improbable dúo con curiosidad. Se había quitado la americana y remangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista sus tatuajes. Y esos tirantes… Ni siquiera pronuncié palabra por miedo a que me traicionara el vino. Además, no sabía qué pensar. Necesitaba organizar mis ideas y luego…, un vaso de agua fría que igual acabaría tirándome por encima para enfriarme un poco…

—No te vayas, tenemos que bailar juntos. —Me agarró del brazo, con esa seriedad suya que a veces me descolocaba—. Los testigos tienen que romper el primer baile de los novios, es la tradición. Y Mike me ha hecho prometerle que te sacaría a ti y no a Brit. Pensaba hacerlo igualmente… —Asentí en silencio, algo tensa al saber que teníamos espías por todas partes—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Como sigas bebiendo así, te vas a marear en la pista. Y te aseguro que pienso sacarte muchas veces…

—¿Y si alguien nos ve? Ya sabes que puedes estar con cualquier mujer menos conmigo —reproché, confundida.

—Es una boda, no creo que a nadie le sorprenda que bailemos juntos. También voy a sacar a Ava, a Gina, a Brit…

—Gracias, eso me hace sentir muy especial.

Su protesta se quedó en la punta de los labios cuando Casper nos anunció que iba a comenzar el baile. Las luces se atenuaron y el feliz recién casado corrió al círculo que habían hecho los

invitados y tendió la mano a su flamante esposa. Sus ojos brillaban de emoción, de esa felicidad extrema que nunca antes había visto en su rostro.

Los acordes de la canción que Gina había escogido para su entrada en la iglesia, y no su baile nupcial, comenzaron a sonar y ella se impacientó. Casper la enderezó con un discreto paso de baile, susurrándole algo al oído para tranquilizarla. Y funcionó, Gina apoyó la cabeza en su hombro, sonrió y se dejó llevar. Sabía lo difícil que era aquello para alguien como ella, lo que mostraba la confianza absoluta que tenía en mi amigo. ¿Estaría él al tanto de… todo?

A mi lado, Ethan me tendió la mano para hacer nuestra parte. Brit y Mike ya estaban en escena como dos tortolitos y nosotros manteníamos la distancia como dos desconocidos. Corrijo, yo lo hacía. Ethan me apretaba contra su cálido cuerpo, pidiendo que me relajara. Pero ¿cómo?

—Elena…

Le interrumpí. No era momento para tener esa conversación.

—Te dije que lo llevaría bien. —Su cuerpo fornido no fue lo único que apretó contra el mío. Estaba más… duro que de costumbre—. ¿Por qué llevas…? ¿Debería preocuparme?

—Mera precaución. Todo está bajo control —susurró. A mí no me parecía tal cosa—. Como sigas mirándome así, voy a creerme de verdad lo de que no puedes ni verme…

Su mirada buscó en la mía una complicidad que no iba a darle.

—¿Podemos volver al tema de tus… armas… de seducción?

—Se me ocurre una cosa mejor: ¿por qué no me dejas disfrutar tantito de este baile en silencio? Llevo todo el día anhelándote. —Me apretó tanto contra él que su pistola no fue la única dureza que palpé.

—Esta conversación no acaba aquí.

—Estoy seguro de que no…

Hasta para estar borracha había que tener clase en esta vida. Ava resultaba encantadora en ese estado; sus mejillas adquirían un delicado tono rosado y se volvía hasta simpática. A mí, en cambio, se me notaba en la mirada ida y las ojeras impertinentes que se habían instalado bajo mis ojos —de eso también podía culpar a Ethan—. Me dolían los pies, tenía el estómago centrifugando por el vino y, para colmo de males, un amigo de Casper no dejaba de tirarme los tejos desde que Brit le había contado que estaba soltera. Fue su venganza por no querer contarle lo que había pasado con Ethan en mi habitación…

No volví a saber nada de mi remitente anónimo y yo tampoco insistí más.

El momento cumbre de la noche llegó cuando dos amigos de Casper obligaron a Gina a sentarse en una silla que habían puesto en medio de la pista de baile. Las luces se apagaron, a excepción de dos focos que alumbraban al novio, micro en mano, dispuesto a interpretar una canción a su amada, seguido de cerca por sus cuatro mejores amigos.

—¿Tú sabías algo de esto? —Brit no podía apartar la mirada de un Mike que jugueteaba con los tirantes, danzando alrededor de la novia a ritmo de *Uptown Girl*.

—Nada en absoluto —confesé, sintiendo que me acaloraba con el espectáculo.

Me molestó que me sacaran de ese festival para los sentidos. Era lo más erótico que iba a catar esa noche.

—¿Me acompañas un momento? —Miré a Ava con sorpresa. Su vestido parecía intacto, así que no necesitaba mis servicios como costurera.

En un acto de cordura, di un paso atrás. ¿Y si era una trampa? No tenía ganas de acabar encerrada de nuevo en una cueva al fondo del mar.

—Elena… —insistió.

—Sí, claro.

Me disculpé con Brit y la seguí a regañadientes hasta el vestíbulo, donde tomó las escaleras que llevaban a la planta de arriba.

¿Quién me estaba mandando esos mensajes? ¿Podría ser Malindra? Al fin y al cabo, cometí el error de darle mi número de teléfono…

—¿Adónde me llevas? —pregunté, consciente de lo que estaba haciendo.

—Confía en mí.

Pedirme que confiara, encontrándome en ese mar de mentiras, era pedir demasiado. Ava se traía algo entre manos y no tenía claro que fuera a gustarme... ¿Por qué si no había aprovechado que todos estaban distraídos con el baile para sacarme de allí?

Abrió una puerta de madera tallada con ribetes en dorado y me invitó a entrar a una especie de saloncito de recreo con sofás de terciopelo azul marino —que hacían juego con el papel pintado de las paredes—, una chimenea, billar y varias estanterías con libros y obras de arte de estilo rococó. Unas cortinas mostaza cubrían por completo las ventanas, aislando la habitación de ojos curiosos.

Eché un rápido vistazo desde fuera antes de entrar: a simple vista, no había nadie.

—Dame dos minutos y no te muevas de aquí. Ahora vuelvo.

Me dejó con mis miedos y mis dudas. Estuve tentada de largarme, pero pensé que, si no me había encerrado con llave, igual tenía buenas intenciones.

Varios minutos después, unas risas procedentes del pasillo me hicieron ponerme en tensión. La felicidad no siempre es una buena señal…

Ava no venía sola…

Era un hombre...

¿¡Ethan!?

Me puse en guardia para cualquier posible desenlace. Lo último que esperaba es que se plantaran en la habitación en actitud cómplice y, por los restos de carmín que encontré en sus labios, parecía que habían sabido disfrutar del camino hasta allí.

¿Qué estaba pasando? ¿Acaso era una encerrona de Ava para hacerme daño, mostrándome que ella tenía al hombre al que yo no podía conseguir? ¿Serían los dos lunaplatenses y me estarían tendiendo una trampa? No, eso no tenía sentido…

No entendía nada, y aún entendí menos cuando Ava se apartó de él y se limpió los labios como con… ¿asco?

—Todo tuyo, Elena. Tenéis quince minutos en lo que me tomo un vodka en la sala comunicante. Sed prudentes… Como Mark se entere de que he participado en esto, nos mata a los tres.

Prudentes. Me encantaba esa palabra que todo el mundo me repetía. Mi imprudencia era amar a un hombre soltero que, en teoría, también me amaba a mí, y con el que tenía un pasado y una hija en común.

La seguí con la mirada, perpleja, cuando desapareció por la otra habitación. ¿Qué estaba ocurriendo?

Una mano se posó en mi cintura, meciéndome con suavidad para atraerme contra su cuerpo.

—No podía aguantar más sin besarte —susurró, atrapando mi boca.

Tenía restos de la barra de labios de Ava y olía a su perfume. Me creó rechazo, aunque era evidente que todo ese tiempo me había estado contando la verdad en cuanto a ella, pues Ava parecía aprobar nuestro idilio. ¿De veras era una agente? ¿Cuántas más verdades me había contado, de las que yo había preferido desconfiar?

—Lo siento, cielo, te dije que no sería fácil.

—No es eso, es que… —¿De verdad iba a decírselo?—. Hay algo que… Ethan, tenemos que hablar.

Sus labios se apoderaron de mis palabras, dejándome exhausta, negándome la capacidad de pensar con claridad. Odiaba cuando hacía eso. ¿Acaso no era un modo de manipulación?

53

No sabía cómo iniciar esa conversación. No sabía qué hacer con las manos, cómo respirar, a sabiendas de que todos mis movimientos estaban siendo vigilados. ¿Habrían puesto cámaras también en esa sala?

—Ethan, espera… Tenemos que hablar.

—¿Qué está pasando, cielo?

—¿Podrías poner algo de música?

Ethan me miró extrañado, pero sacó el móvil del bolsillo, puso a Jack Savoretti y lo dejó en una mesa. No podría haber elegido mejor canción para esa charla que *Love is on the line.*

—¿Está todo bien, Elena? Estás empezando a preocuparme.

—Iré al grano, así que espero que tú hagas lo mismo… ¿Por qué no podemos estar juntos?

Ethan puso los brazos en jarras y suspiró, cansino.

—Cielo…, esto ya lo habíamos hablado. Es temporal, tan pronto acabe el caso…

—No, escucha… Lo que quiero saber es por qué puedes estar con ella o con cualquier otra, pero no conmigo. Porque la idea de que tú y yo echemos un polvo podría provocar una guerra mundial. ¡Ni que yo fuera Helena de Troya!

Su rostro me decía que nunca unas palabras habían sido tan acertadas. Y yo no entendía nada. Nunca entendía nada.

—No puedo explicártelo ahora.

—Como siempre. —Su silencio me animó a seguir hablando—. El caso es que… estoy aquí, dejándome llevar por todas estas mariposas con un ala rota, porque… no puedo olvidar lo que pasó. —Su sonrisa se tensó—. Hay muchas cosas de ti que no me cuadran. Y…, de repente, todo se ha vuelto… real. Y no puedo seguir autoengañándome. No puedo esperar al año que viene. Necesito respuestas y las necesito ahora.

—No sé qué ha cambiado desde esta mañana que hicimos el amor en la mansión de los horrores hasta ahora, pero yo sigo locamente enamorado de ti. Estoy haciendo lo que puedo por demostrártelo cada día a pesar de la distancia.

—Precisamente por eso… Es cierto que pareces locamente enamorado de mí.

—¿Parezco? —Enarcó una ceja. Cuando se ponía nervioso era un mar de sarcasmo.

—Nadie que esté tan enamorado deja a su mujer de la noche a la mañana sin una explicación. Tuvo que haber un motivo.

—¿Cuántas veces vamos a tener esta conversación? ¿Acaso no recuerdas la acalorada discusión que tuvimos esa noche?

—Oh, sí… La recuerdo perfectamente. Supongo que te refieres a ese libro que tú ya sabías que yo no había escrito y jamás salió publicado. O a mi romance con tu nuevo mejor amigo, al que fingiste no conocer esa noche, a pesar de que le habías pedido que se asegurase de que estaba bien después de que me echaras de tu casa. —Mi acusación le dejó pálido y nervioso. ¿También era una actuación?—. O… a tu padre, ese al que no te importaría cargarte en una misión suicida. ¿De verdad alguna vez pensaste que me lo había follado? Porque, si es así, no sé siquiera qué hacemos teniendo esta conversación.

Silencio. Manos en la cabeza. Paseíto de un lado para otro buscando las palabras correctas que no iba a encontrar. Esta vez, no. Entonces, me miró con una seriedad que me asustó.

—No sé de qué te va a servir esto, pero… tú ganas: hubo algo más. ¿Contenta?

—Depende. ¿Vas a compartirlo conmigo?

—No pu…

—…edo —completé con una risita—. Así que ahora te mueres de amor por mí y sufres como un condenado por no poder ver a tu hija tanto como te gustaría, cuando has estado dos puñeteros años espiándonos desde las sombras sin tener los huevos de dar la cara.

—¿Qué dijiste?

—Tú ya sabías que teníamos una hija, ¿verdad? Ya la habías visto antes de que yo te la presentara, por eso Gaia estaba toda risueña contigo, porque ya os conocíais. —Otro silencio. Uno de esos que hacen que algo se desprenda en tu interior. Las facciones de su rostro me dieron toda la información que necesitaba—. ¡No me lo puedo creer! Estás buscando el modo de darle la vuelta a mi pregunta sin tener que mentirme, ¿verdad? Es lo que haces siempre, edulcorar las cosas para que suenen un poquito menos mal, y yo finjo que me lo creo.

Parecía afligido con mis palabras, pero, como todo en él era puro circo, nunca sabía qué se le estaba pasando realmente por la cabeza.

—¿Cómo…? ¿De dónde…?

—No lo niegas. Buen comienzo... ¿Qué cómo me he enterado? Tenías razón: están aquí, así que no sueltes esa pistola. —Su rostro se ensombreció y se puso en alerta—. No los he visto, de hecho, sospechaba de tu novia. Alguien llamado M me ha estado mandando unos mensajes y unas fotos muy… interesantes. ¿Quieres verlas?

Ethan comenzó a revisar la habitación por todas partes en busca de micros. A mí ya me daba igual que nos oyeran. No sabía cómo nuestro drama personal podría ser relevante para ellos, pero era obvio que no querían vernos juntos.

—Ava revisó esta habitación y dice que es segura —informó en un susurro.

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que he dicho? Me estoy comiendo la cabeza desde que Lindsay aseguró que ya te conocía —seguí—. Pensaba que Christopher había ido a la guardería, cosa que tampoco descarto, y… fuiste tú. ¡Todo este maldito tiempo en el que no nos hablábamos, sabías que teníamos una hija!

—Puedo explicarlo.

—¡Tú siempre puedes, pero nunca lo haces! —Le golpeé con un cojín pomposo, furiosa. Al menos, no me lo había negado—. Venga, cuéntame una más de tus mentiras. Estoy dispuesta a creerte.

—¡Nunca te mentí en cuanto a nosotros! La prueba de ello la tienes aquí: te dije que Ava no era mi novia, y creo que eso quedó bastante claro esta noche. Si me dieras un poco de tiempo para explicártelo…

—¿Por qué me dejaste, Ethan? ¿Cómo es posible que no reconocieras a Gina la primera vez que os visteis en esa fiesta, si ya os conocíais de la agencia? ¿Cómo acabaste en mi piso de Clapham? ¿Quién demonios eres? —Su rostro seguía impasible—. ¡Joder! ¿Es que no piensas decir nada? ¡Necesito una maldita respuesta!

—¿Vas a esperar a enero o prefieres dejarme ya?

«¿Qué?».

Me apoyé en un diván de estilo rococó, sintiendo que me faltaba el aire.

—Así que esas son mis únicas opciones.

—No quiero mentirte, pero ahora mismo no puedo contarte la verdad. Todo tiene una explicación que estaré encantado de discutir contigo cuando termine la misión. Prometiste darme este tiempo.

—¡Porque no pensaba que fueras un cabrón egocéntrico que anteponía sus neuras a su propia

familia!

—¡Siempre antepuse mi familia! Y sigo haciéndolo, ¡cada maldito día de mi vida! Por eso estamos en esta situación.

—¿¡Pero es que no entiendes que no tiene sentido!? —le grité, la voz a punto de quebrarse en mil pedazos. Como Jack Savoretti a través del altavoz del móvil, nuestro amor pendía de un hilo.

—Elena… —suspiró, buscó mis manos, yo le aparté—. Necesito que confíes en mí más que nunca. Te estoy pidiendo dos meses, cielo. Solo dos meses. Después…, seré tuyo.

—¡No voy a darte dos malditos meses de ventaja para que te inventes una excusa de mierda! Esta vez no voy a dejar que me engatuses con tus medias verdades tan llenas de nada. ¿Por qué volviste a mi vida, Ethan?

—¡Porque no quiero pasar un solo día más sin vosotras!

Nunca le había visto tan afectado. ¿Acaso tenía miedo a que le dejara? ¿Por qué no me decía la verdad entonces?

—Y, sin embargo, aquí estás, dispuesto a perdernos por no aclarar las cosas. ¡Maldito hijo de puta atormentado!

—Elena, escúchame. —El contacto físico siempre conseguía inclinar la balanza de su lado. Por eso cogió de nuevo mis manos, para inyectarme su veneno a través de la piel—. Te dije las normas y tú las aceptaste. Te dije que prefería que esperásemos hasta que acabara la misión, y tú lo aceptaste. Dos meses, es todo lo que pido para contártelo todo.

—¡Acepté porque no sabía lo de Gaia!

—Eso no cambia las cosas.

—¿Qué no cambia las cosas? ¡Sabías que estaba embarazada! Y, aun así, me abandonaste, me bloqueaste en el móvil, me apartaste de todo el mundo…

—Yo no te aparté de nadie, solo de mí mismo. Fue Gina quien te mandó a Nueva York porque Mark y ella pensaron que estarías más segura que en Londres y, de paso, me quitaban un poco de presión a mí.

—¿A ti? ¿Presión de qué? ¡La única presión que tenías era en los huevos, y la liberaste con todas las mujeres que probablemente pasaron por tu cama!

—No sabes lo que pasó, no puedes juzgarme. —No podía estar fingiendo, ni siquiera él era tan buen actor, y parecía… destrozado. Como si hubiera abierto una caja de Pandora llena de traumas acumulados.

—¿Qué es eso de que Gina y Mark me mandaron a Nueva York? Gina me ofreció el puesto antes de saber que estaba embarazada… —Él me desvió la mirada—. ¿Ethan?

—¿Crees que yo no estoy harto de esto? Quiero tener una maldita cita en público contigo, hacer cosas normales. Desde que te conozco, hemos vivido nuestra historia a escondidas y rodeados de secretos que no te puedo aclarar. ¿Acaso crees que no quiero hacer las cosas bien? Necesito que tengas paciencia una última vez, Elena. Estamos más cerca que nunca.

—Tú necesitas paciencia y yo respuestas.

¿Estaba claudicando o solo analizaba sus opciones? Su rostro, ahora impasible, no me daba demasiadas pistas. ¿Cómo podía pasar de dar la vida por mí a… no sentir nada?

—¿De verdad prefieres perdernos a decirme la verdad? —inquirí.

—No, cielo: tú prefieres perdernos a tener un poco de fe en mí.

—Me lo pones muy difícil.

—Hago lo que puedo con lo que tengo.

—Dame algo más, aparte de la excusa de que me amas. Ahora mismo, tu amor son palabras vacías que no puedes probar con hechos.

—¿Podrías por una vez no pensar lo peor de mí? —explotó, dando vueltas por la habitación con un visible ataque de nervios—. Suponer que, tal vez, no tuve más opción; que me moría por estar con vosotras y por eso fui a Nueva York a conocer a mi hija. —No quería seguir escuchándole a no ser que me diera algo más—. Dos meses sin que hagas preguntas, no pido más. Si después no te agrada lo que oyes, si no te gusta quien soy…, serás libre de irte.

—¡Pues cuéntamelo ahora! ¿Qué te asusta exactamente? ¿A qué le tienes miedo con tu verdad? A perderme está claro que no...

—Me asusta lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Si te lo cuento, no voy a perderte. Vas a querer luchar por nosotros a cualquier precio, y ese precio es muy elevado. Hay batallas que están perdidas antes de empezar a lucharlas.

—¿De qué estás hablando? —Entonces, fui yo quien comenzó a dar vueltas por la habitación —. ¿No quieres que luche por nosotros?

—¿Acaso importa lo que yo quiero? Mi vida es una mierda cuando tú no estás en ella, pero tomar decisiones drásticas es mucho más sencillo.

—¡Sorpresa! No entiendo por dónde va esta conversación. Me estás dejando sin armas para luchar porque no sé a qué me enfrento.

—Dime una cosa, ¿serías más feliz sabiendo por qué te dejé? ¿Cambiaría en algo la situación? Porque el resultado sigue siendo el mismo. Estaba jodidamente enamorado de ti hace tres años y lo sigo estando ahora, y ni tuve opción entonces ni la tengo hoy. Y si tengo que alejarme de vosotras para protegeros, lo haré una y mil veces, igual que lo hice con mi hijo.

—De nuevo tus frasecitas ambiguas que nunca tienen sentido. Cuando nos conocimos, me dijiste que estabas en Londres para proteger a tu hijo. ¿Cómo podías proteger a tu hijo desde la distancia?

—Proteger a alguien no significa estar todo el día encima de esa persona. A veces requiere de actos, de sacrificios… Mi presencia en Londres fue parte de un plan que dejaría a mi hijo libre. Mandarte a Nueva York fue parte del mismo plan. Porque cuando estoy cerca de ti…, no puedo razonar. Soy menos Ethan McGowan y más… yo. Y ahora tengo que ser Ethan, pero no espero que lo entiendas.

—Genial, porque no sé qué estás diciendo.

—Elena… —Esos malditos suspiros me desquiciaban porque nunca decían nada. Solo eran aliento vacío, sin sentido—. Te amo, y espero que algún día llegues a comprender por qué soy así. Por qué me alejo y vuelvo a ti como un imán. Por qué mis deseos entran en conflicto con mis obligaciones. Eres lo que hace latir mi corazón, pero ahora mismo no puedo permitirme esto; así que, tal vez romper sea la mejor idea. Nunca debería haber vuelto a tu vida, pero no podía quedarme sin vivir esto. He sido un maldito egoísta, pero no podía renunciar a vosotras.

—Soy lo que hace latir tu corazón y no mueves un dedo por arreglar las cosas conmigo. ¿No te das cuenta de lo incoherente que eres?

Se cruzó de brazos, los músculos tensándose bajo su camisa, tan tensos como la expresión de su rostro.

—Me da igual donde estés en enero. Te juro que voy a ir a buscarte para hacerte la mujer más feliz del mundo. Quiero pasar el resto de mi vida con vosotras.

—Y yo te juro que, como mañana me monte en ese avión sin saber de qué va esta película, solo vas a oír de mí a través de tu hija cuando aprenda a hablar.

—No soy quien tú crees, Elena...

—¡Eso seguro, porque no tengo ni puñetera idea de quién eres!

—Ni tú tampoco.

Fruncí el ceño. *Yo tampoco*, ¿qué?

Así que ya estaba todo dicho. Ethan no iba a luchar por nosotros. Me di la vuelta para que no viera las lágrimas que estaban rodando por mis mejillas. Al menos, esa vez habíamos tenido un cierre. Cogí un pañuelo del bolso y me quité los restos de mi tristeza. No podía regresar a la fiesta así.

—Preferiría que no me llamaras más —pedí en un lamento.

Ethan levantó la vista para mirarme, sombrío.

—Como gustes. ¿Volveré a ver a mi hija? Acabas de pedirme que no te llame más…

—Tienes el número de Sio. Úsalo para algo más que para que te salve el culo.

—Estás siendo un poco dura, ¿no crees?

No le contesté. Si él no respondía a mis dudas existenciales, me podía permitir el lujo de no contestar yo a sus tonterías.

—Elena… —Estaba a punto de abandonar la sala cuando su voz me detuvo. Ethan estaba junto a la ventana, con la mirada perdida en el exterior. ¿Estaba llorando?—. No rehagas tu vida aún. Sé que alguien ha escrito un final mejor para nosotros. Este es una mierda.

No puede calificarse como sonido lo que emití desde el fondo de mi garganta. Estaba luchando por no mandarle al carajo, que era lo que realmente me salía del alma.

—Si alguien escribiera nuestra historia, nadie querría leerla, Ethan.

—Voy a entrar, así que dejad de hacer lo que estéis haciendo. —Ava se presentó de nuevo en la sala, tapándose los ojos con las manos—. ¿Estáis listos para volver al bodrio ese de fiesta?

Tanta parafernalia para llegar allí sin levantar sospechas y a la hora de salir, lo hacíamos los tres en paz y armonía. Era raro de narices.

No sé por qué me sorprendió tanto cuando vi a Brit meciéndose en una balada con Mike en la oscuridad, los labios entendiéndose sin palabras. Brit era la auténtica *uptown girl* de la que hablaba la canción, una niña de papá que llevaba años enamorada de un entrenador personal, al que no hacía demasiado caso porque no encajaba en el mundo rosa que siempre había soñado de pequeña. Y ahí estaban, sincerándose por primera vez desde que se conocían, dejando que sus corazones fueran los que establecieran los nuevos términos de esa relación.

—Creo que regreso a la casa de los horrores, compi. —Sio apoyó su mano en mi hombro y sonrió de medio lado—. ¿Vienes? Me da miedo que Leston de Lioncourt me abra la puerta.

—Pues a mí no me importaría que lo hiciera Louis de Pointe du Lac.

La sola idea de imaginarnos a los personajes de Anne Rice dándonos la bienvenida nos hizo estremecer por razones muy distintas.

—Anda vamos, mañana nos espera un largo día.

La despedida de Londres —y Ethan— fue la más dura que recuerdo. Porque no había un plan de futuro. Solo dolor. Rencor. Sueños rotos. No tenía ni idea de qué iba a hacer con mi vida a partir de entonces. Comenzaba mi propia cuenta atrás y no tenía ni un minuto que malgastar llorando por el pasado.

54

31 de octubre de 2025 — Union City, NJ

A Veces, perder a personas nos salva de perdernos a nosotros mismos.

Establecí un par de días de luto para la muerte de un pedazo de mi corazón, donde me permitiría expurgar mis penas antes de resurgir cuál ave fénix.

Aunque ellos no lo sabían, había cortado unos lazos imaginarios con Gina, Siobhan, Logan y Lalo. ¿La razón? Sospechaba que todos ellos habían tenido algo que ver con nuestra ruptura. Tal vez estuvieran pagando justos por pecadores, pero cuando te movías en el mundo de las sombras, cuando manejabas incógnitas como moneda de cambio, llegaba un momento en que no podías fiarte ni de ti mismo.

Desde pequeña, siempre me había gustado disfrazarme en fechas señaladas. Aunque Halloween no fue popular en Valladolid hasta bien entrada mi adolescencia, no pasaba un carnaval sin que me vistiera de pirata, sirena o algún personaje de moda. ¡El frío que sufría yo entonces solo por ir mona! Estupideces que hacemos de jóvenes…

Pero Halloween con niños se vive de otra manera. Me encantaba ver la cara de ilusión que ponían Gaia y Karishma cuando los vecinos les daban caramelos o fingían asustarse con sus disfraces de Miércoles y Enid Sinclair. Por supuesto, yo iba de Morticia.

Mis vecinos se habían gastado una fortuna decorando sus hogares para la gran noche, al contrario que nosotras, que apenas habíamos comprado un par de adornos y calabazas, que me entretuve en preparar con Karishma la tarde anterior. Me gustaba pasar tiempo con las niñas ahora que estaba desempleada. Había dejado la revista, firme en mi plan por regresar a Europa, aunque aún no había decidido cuál sería mi próximo destino.

Aquella tarde de octubre fue la última vez que hablé con Ethan McGowan.

Fiel a su promesa, se valió de Siobhan para ver a su hija, algo que mi compañera me reprochaba de continuo. ¡Qué pronto se le habían olvidado todas las noches que me había utilizado de canguro!

Ethan había colgado unas fotos en su estado de WhatsApp que me partieron el corazón, preparando con su hijo el altar del Día de Muertos donde, entre flores y platillos, descansaban fotos de Caerlion, Marcelo, Yvaine, Arthur y Analisa. Era hermoso de una manera… lúgubre. No reconocí la chimenea. ¿Sería la casa de Ava?

Un emoji triste se escapó de mi dedo índice. El tic azul que se dibujó en la pantalla, mostrándome que lo había visto, tardó una eternidad en aparecer. Después, otro emoji lloroso por respuesta. Eso era todo lo que habíamos hablado en un mes, un intercambio de emojis y pulgares, que decidí complementar con una foto de Gaia lista para recoger caramelos. No sé si le animó o solo terminó de joderle el día, porque me llenó la pantalla de corazones y más caritas tristes, además de romper nuestro pacto de silencio para escribir:

Ethan: Os extraño tanto... No sabes cuánto me gustaría estar allí .

No le contesté.

La que se rompió entonces fui yo.

¿Cómo podía echar tanto de menos a alguien a quien debía dejar ir?

A eso de las nueve, dejé a las niñas en casa con Sio y atendí a una fiesta en Manhattan con Sylvia, quien llevaba un nada discreto vestido de látex con el que se le veía hasta la marca de nacimiento. Estaba claro que salía a matar.

Yo no tenía grandes expectativas, pero ya se sabe que esas noches son las más peligrosas… Acabé follando con un extraño en un hotel. Tan pronto el tío terminó de correrse, me entró un ataque de ansiedad que no supe cómo justificar. Me sentía infiel, sucia. Era libre de Ethan, pero mi alma seguía encadenada a él de algún modo.

¿Por qué no podía olvidarle?

¿Cuándo iba a librarme de esa maldición?

—Tienes un morro que te lo pisas —protesté.

Siobhan se quitó las gafas para mirarme con toda la superficie de sus preciosos ojos negros. Desde que estaba en el paro, me había encargado de cuidar a las niñas prácticamente todas las tardes, pero pedirme que llevara a su hija a una fiesta de cumpleaños, con lo mucho que odiaba esos eventos infantiles, ya era pasarse un poco…

—¿Quieres que hablemos de morro? Porque me paso el día colgada al teléfono con tu exmarido… Igual debería empezar a cobrarte por mis servicios.

—Sabes que no me hablo con él.

—Lo sé, pero aún no me has explicado por qué. —Ni pensaba hacerlo. Me fiaba de ella aún menos que de Gina—. Me ha preguntado si sigue en pie lo de veros en Navidad. Como no has contestado a sus mensajes…

La verdad es que no quería pasar las Navidades con él, pero tampoco quería que se convirtiera en el plato principal de ningún ritual caníbal. Y saber que pasaría las fiestas en Valladolid con nosotras me ayudaba a dormir por las noches.

—Sí le contesté… Le puse un pulgar arriba. —De nuevo esa mirada que buscaba juzgarme—. Puedes decirle que sigue en pie. Son mis padres quienes le han invitado, no yo.

—Me ha preguntado por ti…

Me refugié en mi nuevo libro para no contestarle. Otra de las ventajas de no tener trabajo es que me estaba poniendo al día con lecturas pendientes desde los lugares más bellos de Nueva York, aunque ese día iba a tener que conformarme con leer con interrupciones en un parque de bolas para niños. Planazo.

—¿Cuánto te va a durar esta vez la rabieta? —insistió ante mi silencio—. Tú eres más madura que todo esto.

Su comentario me tocó la fibra sensible. Más bien, me la arañó.

—¿De verdad crees que estoy siendo inmadura?

—Lo que creo me lo guardo para mí porque no estás preparada para oírlo.

—No me toques los ovarios, ¿quieres?

—Elena…

—Si no vas a decirme algo que me sea útil, te agradecería que no dijeras nada en absoluto.

—Mmm… Solo información útil. Veamos… La fiesta es a las tres. El local está a un par de calles y van a invitar a los padres a una bebida sin alcohol. ¡Qué te diviertas!

«¡Qué te jodan!», respondió mi subconsciente. Desde que sospechaba que Siobhan sabía más de lo que callaba, tampoco podía soportarla. No veía el momento de regresar a Valladolid con mis padres.

Y después…, ¿quién sabía lo que iba a hacer después?

Me puse unos vaqueros, una camiseta de algodón y mis deportivas, lista para pasar una tarde de ensueño rodeada de niños, a los que no conocía de nada, pegando voces por todas partes.

Karishma era fácil porque era mayor y muy responsable, pero controlar a Gaia en los hinchables era otra historia… Me faltaron ojos, manos y energías para seguirle el ritmo saltando en la cama elástica o tirándonos por los toboganes. Aun así, disfruté de esa tarde con ella que acabó con un helado de nata con sirope de chocolate. No me gustaba malcriarla, y el azúcar estaba estrictamente prohibido porque luego era yo quien lo pagaba con noches sin dormir, pero tenía la impresión de que la había abandonado mientras fui una phoenixbonder y quería compensarle por mis ausencias.

Mis fuerzas se agotaron mucho antes que las suyas. Gaia me plantó en la mano su helado derretido y chuperreteado, y se fue a jugar de nuevo con unos niños que había conocido allí. Me maravillaba la capacidad que tenían los niños para hacer amigos de cualquier clase social. Era la amistad más pura, más transparente, porque no eran capaces de ver las cosas absurdas que muchas veces nos condicionaban a los adultos.

Ni siquiera miraba por dónde iba con mi helado derretido. Solo quería deshacerme de él cuanto antes y lavarme las manos. Tener hijos a veces era un asco… Por eso no vi al morenazo de enormes ojos negros que acabó con el dulce estampado en su camisa blanca de Gant. Lo reconocí al instante como uno de los padres del colegio de Karishma, así que deduje que su hijo Gabri no debía de andar muy lejos.

—¡Lo siento! ¡Mierda! No estaba mirando por dónde iba…

—No te preocupes, si es culpa mía. ¿A quién se le ocurre venir a una fiesta infantil con una camisa blanca?

Hay que ver como una respuesta amable puede aliviar de pronto toda la tensión. Su sonrisa tenía ese poder.

—También es verdad, ¿a quién se le ocurre? —le seguí el rollo.

—Después de este desastre, lo menos que puedes hacer es invitarme a un café y darme tu nombre, ¿no crees?

—Elena, encantada. ¿Y tú eres…?

El apuesto desconocido entornó los ojos con una expresión que le hacía parecer aún más sexy. Tenía unas pestañas tan espesas que estaba segura de que podrían abanicarme en una ola de calor.

—Elena… —repitió despacio, como si así sonara diferente—. Eso suena… ¿español? ¿Griega, quizá?

—¡Qué puntería! Soy española.

—¡Órale! ¿Pues qué hacemos hablando en inglés?

—Mexicano —dije entre dientes—. ¡Qué suerte la mía!

—¿No te gusta México? —dudó con la mirada, y me vi obligada a asentir, con miedo a que me hubiera malinterpretado—. Los «todo incluido» en Riviera Maya no cuentan.

—¿Y Guanajuato? Mi exmarido era de allí.

«Mi aún marido», me corrigió mi subconsciente. Tenía que solucionar ese tema cuanto

antes...

—Así que divorciada de un mexicano. ¿Eso me suma o me resta puntos?

Mi sonrisa tendría que valerle como respuesta porque yo no pensaba pronunciarme al respecto.

Se hacía llamar Míster E y era el divorciado más codiciado del colegio. En lo que a mí respectaba, esa E bien podría ser de Erróneo y Efímero, pues había oído toda clase de rumores sobre él, y la mayoría no eran demasiado buenos… Su divorcio había dado pie a multitud de cuchicheos y suposiciones gracias a que su exmujer se había dedicado a vender sus miserias con todas las marujas sin vida propia que quisieran escucharla. Entre las lindezas que soltó, dijo que la tenía pequeña. Con esos vaqueros ceñidos, no tenía pinta…

—¿No piensas decirme tu nombre verdadero, Míster E?

—No puedo revelarte eso… Es que soy agente secreto. —Me guiñó un ojo que me hizo ver que estaba bromeando. Tal vez lo hizo precisamente para eso, para que no me lo tomara en serio —. ¿Y tú a qué te dedicas, Elena?

—¡Mira qué casualidad! Yo también soy agente secreto.

—Y… ¿estás de misión o podemos tomarnos ese café?

Comprobé que Gaia seguía sana y salva jugando con los críos a los que acababa de conocer, y acepté la bebida, con la condición de que no nos moviéramos de esa mesa donde obtenía una estupenda visión de mi hija.

Y esa tarde… Esa tarde descubrí lo fácil que era volver a sonreír cuando alguien tocaba los botones correctos.

55

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

La cara de mis hijas está blanca como la nieve. Gala no se ve capaz de pronunciarse, pero Gaia… Gaia no para de mover la cabeza, como si así pudiera negar la evidencia. Entiendo que, a estas alturas, su mente detectivesca ya ha empezado a atar cabos. ¿Lo habrá hecho en la dirección correcta?

—Lo siento, no me lo trago —se pronuncia al fin—. No me creo que no volvieras a ver a Ethan, y lamento lo que voy a decir —añade, mirando a Eidan—, pero un amor así no se olvida tan fácilmente ni acaba con una plática en la boda de Gina en la que…, bueno, neta no te explicó demasiado. Conozco a mi mamá, y estoy segura de que no paraste hasta descubrir la verdad. No te conformaste con eso.

—¿Cómo que «un amor así»? —replica Eidan con un mohín—. ¡Yo soy el amor de la vida de tu madre! El único y verdadero. —Gaia tuerce el gesto para no pronunciarse—. Ethan McGowan solo fue una etapa de su vida, una muy tóxica que acabó cuando yo entré en escena.

—Ya… —Gaia se dirige a su hermana, algo frustrada—. ¿Es que tú no piensas decir nada?

—Pues, mira, ya que lo mencionas… —A ver con qué nos sale esta ahora—. Mamá, no me parece justo que le hayas dedicado cuatro horas a hablar de tu reencuentro con Ethan, de lo tonta que te ponías con una simple llamadita, y ahora que estamos hablando de MI padre, aquí presente, de cómo os conocisteis…, nos sueltas un «lo vi en un cumpleaños, tenía mala fama, me invitó a un café y descubrí lo que era sonreír. Fin. ¿Siguiente punto del día?».

Su padre, su hermano y yo no podemos evitar reírnos. Gaia, sin embargo, sigue hecha un manojo de nervios y dudas. Sé que bastante tiene en lo que pensar la pobre como para alargar innecesariamente este enigma, pero siempre me ha gustado darle un poco de suspense a las historias. Si no, ¿qué sentido tendría?

—Bueno, es que aún no he acabado… —me defiendo—. Además, ¿vosotras no habíais leído mis libros? Ya deberíais saber qué pasó con la máscara, con Salazar y… lo que… lo que le ocurrió a Ethan.

—Ya, pero…, teniendo en cuenta que en tus novelas no mencionas a mi papá ni una sola vez —se queja Gala—, hemos deducido que no son pocas las licencias creativas y los giros argumentales que le has metido a esa novela. Al fin y al cabo, es ficción. La idea es enganchar al público, no deprimirlo.

—Y todos sabemos que matar al personaje principal no vende —interviene su hermano—. Tenías que montarte un final alternativo con más chicha, más romántico. Épico.

Mi hijo, que está al tanto de lo que realmente pasó, me regala una mirada cómplice, dispuesto a seguirme en ese juego de confundir a sus hermanas.

—¿Hay algo más épico que el final de Titanic? —Un poquito de humor negro para relajar el ambiente. A Gaia mi broma le ofende más que hacerle gracia—. Ya os advertí que esos libros tenían mucho de ficción. Lo que pasó en esa cueva fue demasiado doloroso para querer revivirlo. Veréis, cuando escribes una novela, te metes tan dentro de la historia que sientes cada línea como si la hubieras vivido. Y, en este caso en particular, las había vivido. Así que… Sí, puede que le diera otro final a esta historia porque escribir esas novelas fue mi terapia y me resultaba más fácil inventar un final feliz comercial que contar lo que realmente pasó.

Mis dos hijas se miran con el ceño tan fruncido que estoy segura de que va a dejarles arruga de por vida.

—Ahora mismo no sé qué pensar —suelta Gaia—. Os juro que no entiendo nada.

—Bueno… —Esta vez, es Eidan quien interviene, cogiendo mi mano—. Solo os diré que, si hoy estamos aquí, es gracias a que vuestra madre fue a esa fiesta de cumpleaños. Esa fiesta lo cambió todo y no podría estarle más agradecido al destino.

Ya está, mis dos hijas se han quedado completamente trastornadas, incapaces de creer lo que estoy insinuando de sus «respectivos padres».

—¿Y tú de qué te ríes? —espeta Gala a su hermano, quien hace esfuerzos titánicos por aguantarse la risa.

—Enana, ¿tú alguna vez has escuchado a papá y mamá cuando os contaban cómo se conocieron?

Gala parece hacer memoria, pero no entiende el comentario de su hermano. Tal vez esté tan obcecada con esta historia como lo estuvo Gaia al principio y no sea capaz de ver más allá de mis palabras.

Pero Gaia parece entenderlo de golpe, por eso se ha dibujado una leve sonrisa en su rostro, que la llena de esperanza, aunque se niega a sumarse a la risa escandalosa de su hermano.

—¿Así que Míster E? —Se adelanta, mirándonos a Eidan y a mí con cierta sorpresa—. Mamá, cuéntanos, ¿qué pasó después?

14 de noviembre de 2025 — Manhattan, NY

Siempre recordaré el día que dejé de hablarme con Siobhan.

Como todo lo que fallaba en mi vida, tuvo un poquito que ver con Ethan —aunque él no fuese consciente de ello—, pues su llegada a Nueva York provocó un efecto dominó, que empezó con una cita romántica y concluyó conmigo a las tres de la mañana pegando los restos que unían mis recuerdos.

Sabía que Ethan estaba en la ciudad en una reunión ultrasecreta y megaimportante previa a EDLM porque había llamado a Sio para preguntarle si podría quedarse un par de días con la niña. Estaba tan paranoica que me saltaron todas las alarmas de golpe. ¿Y si mi hija era parte de su plan, ese caballo de Troya que iban a infiltrar? Al fin y al cabo, era bien sabido que los lunaplatenses se valían de menores para sus sacrificios…

Enseguida deseché la idea. Ethan era un buen padre y no le veía capaz de hacer algo así. Lo más seguro es que solo quisiera pasar tiempo con su hija, a la que hacía meses que no veía.

¿Habría venido con Ava? ¿O tal vez una nueva novia veinteañera a la que no iba a tener el disgusto de conocer?

No tenía ni idea de dónde se hospedaría, teniendo en cuenta que había vendido su apartamento. La tentación de quedarme en casa y ser yo quien le abriera la puerta cuando viniera a por la niña fue demasiado fuerte. Quería demostrarle que estaba bien. Que no solo había pasado página…, ¡la había arrancado!

En su lugar, decidí hacer algo impropio de mí: marcar su número de teléfono. El de Ethan no, el de Míster E… De mi ex se podría encargar Sio, que me debía unas cuantas desde que volvía a tener canguro gratis. Yo estaba muy ocupada lidiando con esa ruptura como debería haberlo hecho tres años atrás: *Living* la vida loca. Era mejor que reconocer que estaba destrozada.

Las madres del colegio se iban a morir de envidia. O puede que, al contrario, me señalaran con el dedo y pensaran que no era más que otra ilusa que había caído en sus pantalones. Me traía sin cuidado. No tenía intención de enamorarme ni empezar una relación.

Míster E tenía un cuerpo proporcionado, un rostro agradable y una de esas sonrisas que le habían valido para obtener siempre lo que quería. Su cabello oscuro y de punta le daba un aspecto travieso que casaba con el brillo inquieto de su mirada. Vestía bien y olía mejor. Además, era un excelente conversador.

¿Por qué no?

Habíamos quedado dos veces de forma casual y aún no nos habíamos acostado, aunque estaba dispuesta a remediarlo esa misma noche…

—Tercera cita y aún no me has dicho cómo te llamas. —Mi reproche se perdió en el Cosmopolitan. También era mi tercer cóctel y estaba un poco entonada.

—Ni te lo diré. Estuve seis años con mi exmujer y la chispa se acabó por querer saberlo todo del otro demasiado pronto. A veces hay que dejar algunas incógnitas en el aire para que fluya la magia.

Probablemente tuviera razón. Por eso Ethan me había tenido tan enganchada, porque era un puto enigma sin resolver.

—Decirme tu nombre no va a quemar la pasión… —probé, poniéndome cariñosa, a ver si lo convencía—. Anda, dime, Míster E… Esa E es de ¿Eduardo? O… ¿Edgar?

—Frío, frío.

—¿Enrique? —Míster E se echó a reír—. Eugenio, Ethan, Eidan, Emilio, Eric, Eufrasio…

—¿No piensas rendirte?

—¡Nunca!

—Voy a por un par de copas y sigues probando si quieres. ¿Tomas lo mismo o…?

—Sex on the beach. —Intenté ser sugerente, soné demasiado obvia… y borracha—. Deja que vaya yo, esta ronda me toca a mí.

La barra estaba abarrotada de hombres que no dudaron en pegarme un repaso mientras esperaba mis cócteles. Pensé en lo fácil que resultaba ligar en ese tipo de lugares y en la calidad del producto. Tal vez fuéramos almas gemelas, pero, por el mero hecho de habernos conocido en un bar, ninguno de esos tipos se molestaría en entablar una conversación inteligente conmigo. Estábamos condenados a ser amores de barra.

—¡Elena!

Me salté los entrenamientos de la agencia, me negaba a esbozar una sonrisa que mostrara una simpatía que no sentía, aunque fui cordial solo porque no quería que nada arruinara esa noche perfecta. Ni siquiera mi némesis... Ignoraba qué hacía en ese bar de copas un viernes a esas horas. Igual Marina tenía razón al decir que Mark no tenía familia…

A su lado, me encontré también a Lalo. A él sí le guardaba rencor, pues había llegado a considerarlo un gran amigo. No eran pocas las veces que me había llamado para ponernos al día y yo siempre buscaba excusas absurdas para darle largas. Poco a poco, estaba cortando todos los lazos con Ethan, aunque siempre tuviéramos el poderoso vínculo que había creado nuestra hija y me obligaba a tener a ese impresentable en mi vida. Bendita la hora en la que se lo dije…

—Ey, Mark, ¿todo bien?

—Bien… tomando algo con un par de amigos. Me sorprende verte por aquí.

—¿Y eso por qué?

—Ethan nos dijo que… —Lalo se detuvo antes de seguir hablando. No me interesaba escucharle—. Dijo que tenía planes con la niña y, normalmente, eso te incluye a ti.

—Este fin de semana le tocaba la niña a él y aproveché para salir a divertirme un poco. —Hice un gesto a Míster E para que se acercara, que parecía un poco receloso por la inesperada compañía—. Os presento a Eloy. Ellos son Mark y Lalo, dos capullos mentirosos con los que solía juntarme en otra vida. Lalo es mexicano, como tú. Pero no es mi ex…, o sea, sí es mi ex, mi examigo, no mi ex ex… ¡Nada de sexo! Bueno, no conmigo, porque Lalo se ha tirado a media ciudad.

Aquella era la madre de todas las situaciones incómodas y yo no paraba de hacer el ridículo. Mezclar heridas sin cicatrizar con alcohol nunca en la historia ha dado buenos resultados.

—Encantado, Eloy. No dejes que beba más —pidió Mark.

Mis excompañeros se fueron de allí con el ceño fruncido. Mi ligue no dijo nada al respecto, aunque intuyó que algo en su mera presencia me había hecho daño.

—¿Eloy? —Juro que ese hombre sonreía cada vez que hablaba. Era un don.

—¡Yo qué sé! Como no me dices tu verdadero nombre, de algún modo tenía que presentarte, ¿no? Míster E resulta demasiado sospechoso, y a esos dos les encanta jugar a los detectives.

—Eloy. Me gusta cómo suena. Además… —Se acercó a mi oído y su aliento me hizo cosquillas en el cuello—: Caliente, caliente.

Caliente estaba yo. ¡A la mierda con los veintitrés pavos que me había gastado en esos dos cócteles!

—¿Quieres venir a mi casa? —propuse.

—¿Y la peque?

—Está con su padre. Mi compañera tampoco está en casa.

Esa puñetera sonrisa otra vez que servía como respuesta a mi plan. Me pregunté si sería capaz

de hablar sin que a las mujeres se les aflojaran las piernas.

Sonreír no era lo mejor que el recién bautizado como Eloy sabía hacer con esa boca.

Tumbada en el sofá, con su lengua entre mis piernas, me pregunté por qué había tardado tanto en hacer eso. No pensaba volver a enamorarme, pero eso no implicaba que no pudiera divertirme un poco… o mucho. Pegué un brinco cuando introdujo dos dedos en mi entrada para acompañar sus húmedas caricias. Me tenía al borde del éxtasis. Los pechos duros y dispuestos. La boca anhelante por descubrir a qué sabía él.

Me hubiera gustado pronunciar su nombre cuando llegué al orgasmo. Tuve que conformarme con ese juego que nos traíamos en el que Eloy sonaba tan bien como cualquier otro nombre.

Mi intención de levantarme a por un par de copas se vio truncada cuando la pasión nos llevó a besarnos en vertical contra la estantería del salón. Ese hombre era de los míos: incombustible.

Quería descender por su cuerpo y complacerlo yo a él. Él deseaba empotrarme contra la pared, y en ese forcejeo de manos y labios hambrientos, acabamos llevándonos por delante varios objetos de la estantería, que armaron un tremendo revuelo al caer al suelo.

«*Oh, oh…*». Algo se había roto. Solo esperaba que no fuera de Sio…

—¡Chispas, lo siento!

Miré las llaves del coche de Sio y el portarretratos con una foto de las cuatro. Estaba intacto. Lo que no había corrido la misma suerte era la colorida maceta de ese cactus que alguien había dejado en mi puerta años atrás y yo había decidido abandonar en el salón cuando desistí en solucionar ese enigma. Estaba hecha añicos. Ya lidiaría con los desperfectos por la mañana…

Apresé sus labios de nuevo, percibiendo un amargo regustillo a mis propios flujos en su boca. El sabor a sexo me excitó aún más.

La pasión nos condujo a la cama. Follamos como animales. No sé si él lo hacía habitualmente de esa forma o fue una combinación del alcohol y mi propia actitud de dominatriz, que, de algún modo, establecía los límites para el romance: terminantemente prohibido.

Después del sexo, todo se veía diferente. Míster E pidió permiso para pasar la noche y yo no se lo negué. Su capacidad para quedarse dormido en cuestión de minutos me dejó anonadada. Yo no podía, me sentía inquieta. El techo de la habitación era de pronto apasionante y servía para no prestarle atención a la sensación de vacío que se empeñaba en gobernar mi pecho. Me estaba ahogando en esa nada tan llena de todo.

Móvil en mano, bajé a la cocina a por un vaso de agua. Estaba convencida de que con el tiempo las cosas se harían más fáciles. Menos dolorosas. Que algún día podría disfrutar del sexo con otro ser humano sin que me sintiera fatal por ello. Sin acordarme de Ethan.

Me había negado a mirar el WhatsApp porque no quería que arruinara mi noche. Sabía que Gaia estaba bien por el último mensaje de su padre que leí y no contesté, justo antes de traerme a Míster E. a casa. Pero ver su nombre a las dos de la mañana, anunciando un nuevo mensaje en el chat, me alarmó.

Ethan: Baila con quien quieras, pero no te enamores. Aún no.

¿Le habrían dicho algo Lalo y Mark de nuestro encuentro o era una reacción al *Dancing with a Stranger*, de Normani y Sam Smith, que publiqué en mi estado horas atrás? No le contesté, al igual que no contesté a su siguiente mensaje:

Ethan: Me gustaría verte antes de regresar. Una última vez. ¿Sería posible?

Apagué la pantalla del teléfono y hundí la cabeza entre mis manos. No pensaba derramar una lágrima por él. Ya no. Me moría por verle, pero no era sano. Y yo estaba cansada de estar rota.

Con la escoba recogí los restos de la maceta del cactus, mezclada con tierra, que se esparcía por el suelo del salón. Era una maceta bonita, tal vez pudiera reconstruirla con pegamento. No me gustaba tirar las cosas a la basura sin luchar antes un poco por ellas.

Una nota de papel plastificada descansaba entre los restos del recogedor. La cogí, pensando que se trataría de alguna de las notitas que Sio dejaba pegadas en las carpetas de sus casos. A veces lo ponía todo hecho un desastre.

La letra no era de Siobhan y estaba plastificada. ¿Acaso estaba dentro del cactus? ¿Qué hacía la nota allí? ¿Era para mí o se trataba de un error?

Estaba escrita en español. Desconcertante.

Busca a Sara. Está dentro de ti.

Otra vez esa Sara… ¡Qué manía tenía todo el mundo con relacionarme con esa mujer!

¿Quién demonios me había mandado el cactus?

Esa letra…, los trazos finos y perfectos. La manera en que las grafías parecían acariciarse… Me adentré a escondidas en mi propia habitación como si fuera una ladrona. No quería despertar a Míster E.

Tenía otras dos notas guardadas en una cajita de madera con un dibujo del Paseo del Beso de Bucerías. Una conversación con Siobhan, el día que Ethan me la, acudió también a mi cabeza. Mi compañera observó que «*todo el mundo me regalaba flores con pinchos*». A lo que yo respondí que «*el cardo era la flor de Escocia*». Y el cactus… el cactus era la de México, ¿no? Por eso aparecía en la bandera…

México y Escocia. ¡Mierda!

De nuevo en el salón, puse las tres notas, una debajo de la otra, y las comparé.

«Le regaló una flor sin pétalos para
que nunca supiera si la quería o no».

Fuiste un polvo en un baño, sí, y también los mejores despertares de mi vida. Sé que tengo una habilidad impresionante para fastidiarla contigo, pero espero que no me apartes de tu vida. Prefiero ser el segundo violín, a no estar en la orquesta.

.

Busca a Sara. Está dentro de ti.

Era la misma letra. ¿Cómo no me había dado cuenta de que era la maldita letra de Ethan? Que él me había mandado ese puñetero cactus.

Mis pasos me llevaron al despacho de Siobhan, a sabiendas que estaba en Chicago con su hermana y era poco probable que me sorprendiera. Hurgué entre los papeles del caso, en busca de las actas que tan celosamente custodiaba de cada reunión de la agencia.

En enero de 2024, el día de mi cumpleaños, Sio había quedado con un viejo amigo por la mañana, y, poco después, un cactus apareció de forma anónima en mi puerta. Según las actas de Phoenix Bond, Ethan había acudido de manera presencial a una reunión ese mismo día.

Me dolía la cabeza. ¿Por qué me había dejado un regalo de cumpleaños con esa extraña nota en la puerta? ¿De verdad esperaba que la encontrara algún día, escondiéndola en la maceta?

Hay gente que nunca aprende cuando le piden que no juegue con fuego, pero no tenía más opciones… Una vez regresara a Valladolid, no habría otro momento como ese para obtener respuestas. Necesitaba saber más de EDLM, aunque, para mi desgracia, las actas no me dijeron demasiado. El secretismo con el que abordaban el plan era demasiado descarado.

Datados de fechas posteriores, encontré un resumen en el que se explicaba que el plan se desarrollaría en dos frentes simultáneamente. Uno, permanecía siendo un secreto que solo se desvelaría días antes de la misión. El otro, en Valladolid. El primer frente sufriría las peores

consecuencias, pues una vez el caballo de Troya estuviera dentro, sometiéndose voluntariamente a tan desagradable ritual, los agentes infiltrados volarían el lugar.

¿En serio ese era el plan maestro que ideó Yvaine, hacer saltar por los aires dondequiera que ocurriese el ritual? Jugando al descarte, mi intuición se dividía entre el pazo de Avión y la cuevita de marras, ¿dónde, si no?

Un destino similar perseguiría a Valladolid. La idea era aprovechar que los lunaplatenses estaban reunidos en el primer escenario para acceder a la ciudad y... echarla abajo.

Muerto el perro… se acabó la ideología.

Tuve que releer esta parte tres veces para comprobar que realmente ese era el plan. El ritual lunaplatense tenía que ser demasiado horrible para justificar una misión así en la que las posibilidades de supervivencia eran tan escasas como improbables. Eran muchas las cosas que podrían salir mal: que los agentes no salieran a tiempo, que los pillaran, que realmente se comieran al descendiente, que…

Y el descendiente… ¿Quién demonios era el descendiente?

Seguí leyendo las actas. «*La única manera de acabar con La Luna de Plata es destruir la ideología desde la raíz. No podemos dejar cabos sueltos ni semillas que germinen el mal dentro de unas décadas. Es la única solución*», aseguraba William Farrell en una reunión reciente, donde todos habían votado a favor de esa crueldad.

Iba a vomitar.

Ya no estábamos hablando solo de phoenixbonders matando lunaplatenses y viceversa… Estábamos hablando de civiles matando inocentes.

«Busca a Sara. Está dentro de ti».

¿Quién demonios era Sara y por qué estaba «dentro de mí»?

—¿Cómo puedes estar tan tarado? Maldito seas, Ethan McGowan… ¡Ni una puta respuesta coherente me puedes dar!

—¡Qué madrugadora!

Pegué un brinco al verle aparecer por la puerta. Eran las seis de la mañana y Míster E lucía un aspecto envidiable. Exudaba sexo por cada poro de su piel.

—¿Quieres un café, Eloy? ¿Huevos revueltos? ¿Galletas con chocolate de Gaia?

—Me sigue divirtiendo que me llames así.

—Si no me das tu nombre… ¿Zumo?

—Tengo que irme, hoy me toca quedarme con Gabri y me gustaría trabajar un poco antes. —Me dio un beso de buenos días que sabía a excesos de la noche anterior—. ¿Qué te parece si nos vemos el lunes? Ven a casa, te aseguro que no vas a encontrar un cocinero mejor en toda Nueva York…

—No creo que sea buena idea… En unas semanas volveré a España y…

—Tú lo has dicho: en unas semanas. ¿Por qué no disfrutar un poco hasta entonces?

—Porque no quiero complicar las cosas.

—Se me ocurre algo mejor. —Sus manos en mi cintura y sus labios en mi boca proponían meterme en un buen lío—. ¿Por qué no nos dejamos llevar y que el destino decida?

56

17 de diciembre de 2025 — Valladolid, España

Y allí estaba un año más. Las mismas luces de siempre. Las mismas caras. Los mismos bares. El mismo ritmo lento de la ciudad. Los mismos recuerdos. Lo único nuevo era el plan… Había pasado de quedar para ponerme tibia a novedades y cervezas con Esther, a recorrer todas las atracciones infantiles que ofrecía la ciudad. Solo con ver la carita de mi hija al ver a Santa, o la felicidad de mi madre por poder disfrutar de su nieta, ya valía la pena.

Tan solo hacía dos días que había roto con la ciudad que me había acogido cuando más lo necesitaba y aún me sentía rara, como si un pedacito de mi corazón siguiera allí. Se iba encogiendo con cada mudanza, dividiéndolo en trocitos que ya no podría recuperar jamás. Y uno de ellos se había quedado en esa casa de Nueva Jersey de la que me fui dando un portazo y jurando no regresar tras una acalorada discusión con Siobhan, en la que también juré que no volveríamos a hablarnos jamás de los jamases.

—¡Tú ya sabías que no había escrito ese reportaje la primera vez que nos vimos! —la acusé —. ¡Fuiste parte de ese plan «para protegerme» del que no entiendo una mierda!

Siobhan no respondió, pero sí puso esa cara que tantas veces le había visto cuando intentaba tergiversar la verdad para manipular a alguien. No debió de encontrar nada en su repertorio de zorra picapleitos, pues decidió soltarme la verdad a bocajarro.

—La agencia me obligó a ello.

—La agencia te obligó a ello —repetí incrédula—. ¿Por qué?

—Ethan tenía que mantenerse alejado de ti, y romper por las buenas no era una opción. No daba garantías. No podíais ser amigos ni dejar puertas abiertas. Tenías que odiarle. Y, de cara a los demás, él tenía que odiarte a ti para justificar que no quisiera ni oír tu nombre. Así sería más fácil para todos.

—¿Más fácil el qué? Entonces, ¿todas esas acusaciones ridículas fueron un plan de la agencia para que rompiéramos? —Ella asintió lentamente—. Y… ¿salir conmigo? ¿También eso fue…?

—No puedo hablar, Elena. Necesito que tengas un poco de paciencia hasta…

—Navidad, ¿verdad? ¡Me tenéis hasta el coño con la frasecita! —No era yo quien hablaba, era Elena la del Bronx—. ¿Qué me estáis ocultando? Y, sobre todo, ¿por qué? ¡Pensaba que eras mi amiga, joder!

—¡Soy tu amiga! Y jamás haría nada que te hiciera daño. Yo no puse las normas, ni siquiera estaba de acuerdo con esto. No es mi responsabilidad hablar de este tema, así que ten un poco de paciencia. Ya solo quedan dos semanas para Navidad.

No quise seguir respirando sus mentiras que estaban anidando en mi organismo como una hiedra venenosa.

Tampoco me pronuncié en el grupo de amigos de Londres cuando hablaron de alquilar una casa en New Forest para celebrar la Nochevieja todos juntos, una nueva tradición que me estaba perdiendo desde que no vivía allí. Estaba rodeada de traidores.

El dinero se acababa y tenía que empezar a tomar decisiones. Había mandado mis cajas a casa

de Britney por la sencilla razón de que fue allí donde dejé mis pertenencias en la mudanza anterior, entre el trastero de Gina y el de Brit. Mis padres no tenían espacio en su diminuto piso de Valladolid y yo seguía sin saber qué iba a hacer con mi vida. Esperaba una señal divina, supongo, mi estrella de Belén que me mostrara el camino. Al fin y al cabo, era una época de milagros, ¿no?

No me acostumbraba a ver a mi hermano y a mi mejor amiga juntos y hablando de una boda que ocurriría en menos de un mes. Tenía todo el sentido del mundo, pero seguía volándome la cabeza. Mi madre estaba encantada de que uno de los dos tuviera un poco de orden en su vida. Porque, para ella, habíamos intercambiado los roles y yo me había convertido en su oveja descarriada.

Lo que no podía contarles es que mi carácter taciturno y distraído tenía mucho que ver con ese plan del que nadie me hablaba, EDLM. Si no me habían mentido también en eso, quedaba menos de una semana para el fin del mundo. No sabía quiénes irían a la guerra, pero serían compañeros y amigos. Y los resultados iban a ser fatales…

Otra de las razones por las que me mostraba tan hermética era el reencuentro con Ethan y Gael. No estaba preparada. Le rezaba al karma en secreto porque Ethan se rompiera una pierna y no cogiera ese avión. Me estaba ganando el apodo de pelirroja homicida a pulso… Pero es que no quería volver a verlo en lo que me restaba de vida.

Conduje hasta el aeropuerto de Santander con la música a toda pastilla para no oír mis pensamientos, que chillaban las preguntas que, sabía, no iba a poder contener cuando le viera. También había algún que otro insulto en el repertorio.

Debería haber aceptado la oferta de Jorge de ser él quien lo recogiera…

Me sentía triste y algo patética. Días antes había estado chateando con un chico de Laguna solo para tener alguien con quien quedar cuando Ethan estuviera por allí. Como si ponerlo celoso fuera la mejor cura a una crisis de sinceridad.

Lo dicho, patética.

Míster E también me escribía a menudo para saber cómo me iba por España. A pesar de lo bien que congeniamos, no había conseguido las dos cosas básicas que se dan por hechas en una relación: enamorarme y descubrir su verdadero nombre. Él aún tenía fe en el destino. Yo… hacía mucho que yo ya no creía en nada.

Gaia salió disparada en el aeropuerto tan pronto vio a su hermano, y yo no pude por menos que sonreír cuando él la cogió al vuelo para comérsela a besos.

—¡Qué chulas estáis las dos! —Gael se las ingenió para abrazarme con el brazo que su hermana no había monopolizado.

—Tú ya sabes que eres un bombón, así que me voy a ahorrar los cumplidos, que luego te lo crees —le provoqué—. ¿El vuelo bien?

—He venido todo el camino planchando la oreja.

Miré alrededor esperando encontrar a Ethan en algún momento. El aeropuerto de Santander no era tan grande.

—¿Y tu padre?

—¿No has hablado con él? Se ha quedado atrapado por la nieve en Suecia. Me dijo que cogería el primer vuelo que saliera para Bilbao.

—¿Suecia?

No eran pocas las veces que su empresa lo mandaba allí porque eran pioneros en Europa en sostenibilidad, pero hacía meses que había pedido una excedencia laboral para centrarse en el caso.

—Tenía una reunión con unos clientes. En serio, ¿vosotros alguna vez habláis o solo… ya me entiendes?

Cuando sonreía, se le pronunciaban dos hoyuelos en las mejillas, exactamente igual que a su padre. Le pegué un codazo. Mi cara se tornó de todos los colores de rojo al recordar la pillada teniendo sexo virtual.

—Solo a tu padre se le ocurriría ir a Suecia en estas fechas… ¿Te apetece un helado?

—Un helado, y sobaos, y quesada, y corbatas de Unquera, y rabas, y mejillones y…

—Lo pillo: vienes con hambre… Empezaremos con un helado por la playa y después ya veremos, ¿vale? No quiero llegar tarde a Valladolid, puede que haya hielo en la carretera.

Aparqué el coche en el Sardinero y fuimos paseando hasta la Magdalena. El sol brillaba con fuerza en un cielo celeste, potenciado por el color del mar.

—¿Qué tal los amoríos?

—Bueno, hay alguien por ahí, pero…, no sé en qué acabará. Creo que ahora mismo no estoy preparado para una relación monógama.

—¿Y quién te pide que lo hagas? Eres joven. Experimenta un poco, conócete a través de otras personas, disfruta de la vida. Cuando te quieras dar cuenta, estás en la treintena y con responsabilidades.

—Se llama Ashley —claudicó, confesando que en realidad sí había alguien.

—Un nombre perfecto para dejarme con la duda de si es hombre o mujer.

—Rubio, ojos azules y muy inglés. Tiene seis años más que yo y está mucho más experimentado, lo que me encanta... Perooo…, le pega a la cocaína. No quiero plantearme algo serio con él después del infierno que viví con mi mamá.

—Me parece una decisión muy acertada. Y ahora, empieza por el principio, jovencito. Quiero saberlo todo sobre ese Ashley.

Diecinueve de diciembre de dos mil veinticinco. No podía creer que Ethan no se hubiera dignado en mandarme un triste mensaje para explicarme la situación. Sabía que seguía atrapado en Suecia porque Gael a veces desaparecía con su hermana para hablar con él, pero a mí me había hecho un *ghosting* en toda regla.

Y me calenté. A veces era así.

> **Elena:** No sé cuántas veces me has pedido que te espere hasta después de Navidad, pero aquí estamos, a cinco días de Nochebuena, y sigues siendo el mismo impresentable de siempre. Lo menos que podrías haber hecho es mandarme un mensaje para avisar de que no vendrías. Pero tú siempre eres así, el mundo gira acorde a tus necesidades. Y yo sigo siendo tan gilipollas de pensar que algún día cambiarás.
> Empiezo a asumir que no nos veremos estos días, así que… Feliz Navidad, feliz año y Felices Pascuas. Feliz cumpleaños también. #QueTeDen

Como decía una canción de Christian Nodal, *Ya no somos… ni seremos.*

Al otro lado del salón, mi hermano y Esther jugaban con la nueva muñeca que le había regalado mi tía Carmen a Gaia, un canta canciones diabólico que no iba a cruzar el umbral de mi apartamento cuando regresara a Londres… aunque sí el de la basura.

—«*Lunes antes de almorzar, una niña fue a jugar, pero no pudo jugar porque tenía que planchar*» —canturreó Esther.

—«*Así planchaba así así, así planchaba así así, así planchaba que yo la vi…*» —prosiguió mi hermano, ante la cara de pavor de Gael, que me rogaba con la mirada que parara esa cosa.

Y pensar que yo me había criado con canciones así…

—Gracias, tita —intervino mi hermano en tono jocoso—. Estoy seguro de que a Elena le ha gustado tanto el regalo que aún no sabe cómo expresar su agradecimiento con palabras.

No hacía falta. Sabía expresar mi horror sin ellas…

—Siempre me ha gustado esta canción, es terriblemente educativa. —Esther activó la muñeca con otro temazo musical y puso vocecilla para imitarla—: «*Una niña se ha muerto por mal de amores. La culpa la han tenido Juan y Doloreeeeeees…*».

—¿Qué me dices de esta? «*Don Federico mató a su mujer, la hizo picadillo y la puso a cocer*». —Mi hermano estaba *living*—. ¡Cuánta sabiduría escondida en las canciones de nuestra infancia! Ya no hacen juguetes como los de antes…

—No vas a permitir que mi hermana juegue con eso, ¿verdad? —Para ser el más joven, Gael fue el más adulto a la hora de pronunciarse.

—Nos desharemos de ella al alba. Será nuestro secreto.

En serio, ¿cómo era posible que cada vez hubiera más regalos bajo el árbol? Había perdido la cuenta de las veces que le había rogado a mi madre que no malcriara a Gaia, y, con la excusa de que era su única nieta, se estaba pasando mis opiniones por el cogote.

Ya la había pillado dos veces atiborrándola a turrón antes de dormir. Luego era yo la que tenía que trepar por las paredes para frenar a ese monstruito incombustible…

Necesitaba encontrar piso y trabajo con urgencia. Recuperar las riendas de mi vida. Como siguiera viviendo bajo el mismo techo que mis padres, me iba a cortar las venas. Los adoraba, pero necesitaba mi espacio para ejercer como madre a mi manera, sin que nadie me llevase la contraria ni cuestionase mis decisiones.

—Mamá, ¿qué dijimos de los regalos?

—A mí no me mires, tesoro. Algunos son de tu hermano y tu cuñada, otros de tus tíos, y los de allí los ha mandado el padre de la criaturita hace unos días…

—¿Ethan ha mandado regalos?

—Pensó que sería más práctico que cargar con ellos en el avión... —Sobre todo, si no pensaba coger ningún avión—. ¿Sabes si vendrá a tiempo para Nochebuena?

Me encogí de hombros. Hacía semanas que no intercambiaba un mensaje con él, el muy imbécil ni siquiera había respondido a mi último arrebato.

Me dejé caer en el sofá, enjuagándome las lágrimas tan pronto las sentí en la punta del

lacrimal. Demasiado tarde, mi madre tenía un sexto sentido para esas cosas. Por eso me estrechó entre sus brazos, como cuando de pequeña ahuyentaba los monstruos que vivían bajo mi cama.

—Mi niña… No soporto verte tan triste.

—Estoy bien, mami. Demasiados cambios en muy poco tiempo, solo necesito una sobredosis de la antigua Elena para encontrarme de nuevo. Estas semanas en Valladolid van a venirme de escándalo.

—¿*Semanas*? ¡Ja! En dos días sales huyendo otra vez. Valladolid ya no es tu sitio. Tus alas siempre te han llevado demasiado lejos. —Me conocía bien—. Me siento tan impotente por no saber cómo ayudarte… ¿Es que no puedo teneros a los dos felices y comiendo perdices? Cuando tu hermano estaba mal con Julie, tú estabas felizmente casada. Ahora que tengo a tu hermano a punto de casarse con el amor de su infancia, tú estás más perdida que nunca.

—Me encontraré, tranquilaaaaa. Voy a envolver los regalos de Navidad.

Con una palmada a mi madre en la pierna, me despedí para encerrarme en mi cuarto. Era tan pequeño que tuve que sentarme en el suelo para envolver los regalos. En mis cascos, la radio insistía en aumentar mi tristeza con *Someone you loved*, de Lewis Capaldi. ¿Es que no podían poner villancicos, como hacían todas las cadenas?

Mi cuñada irrumpió en la habitación como un torbellino de energía, sujetándose a la jamba de la puerta para no estamparse contra mí.

—¿No tendrás típex?

—¿Típex? —La miré como si me hubiera pedido algo ilegal—. ¿Todavía venden esas cosas?

—La he liado con un formulario por culpa de tu tía Carmen… Me ha dado un chupito de hierbas que hace que se te abran las piernas solas. Eso me ha dicho, literalmente. Creo que tu madre quiere más nietos… —Confirmado: estaba bastante borracha—. No me fío de esas dos brujas... Son capaces de echarme fertilizante en la comida, como si fuera una planta.

—¿Y cuántos chupitos de esos dices que te has tomado?

—Solo dos, lo juro. Después me ha soltado un rollo sobre tradiciones familiares. Como tú te has negado a seguirla, la maldición ha recaído sobre mí. —Sabía bien de qué hablaba: mis padres aún no entendían que mi hija no llevara el nombre que había acompañado a las mujeres de mi familia durante los últimos seiscientos años—. No sabía que fueras Elena la octava…

—O la décima… He perdido la cuenta. Mi tía es Carmen Elena, mi abuela y mi bisabuela eran María Elena, hubo un par de Sara Elenas… Creo que también hubo alguna Elena Eugenia por ahí…

—Más te vale tener otra hija a la que ponerle el glorioso nombre o me veo fecundándome para que tu padre no nos desherede.

—Pues como no llame al Espíritu Santo…

Esther arrugó la frente y prefirió no añadir nada al respecto.

—¿Y ese libro? —Se sentó a mi lado en el suelo y hojeó uno de los regalos que estaba envolviendo.

—Lo compré para Gael. Le encanta la mitología y las leyendas de fantasmas, y estas son algunas de las historias más fascinantes de Valladolid. Habla del estudiante Andrés de Proaza y su sillón del diablo, del fantasma de la abuela Nicolasa (que se les aparecía a los turistas que visitaban la Casa de José Zorrilla), la chica de la curva de Peñafiel… Y también algunos hechos históricos documentados, como los crímenes cometidos por la Inquisición. Reales, pero igualmente espeluznantes.

—Eso estaba mirando precisamente, los crímenes de la Inquisición y la historia de Sara «la de Tordesillas». Parece que la leyenda existe…

Mi cerebro sufrió un cortocircuito.

—¿Cómo que *la leyenda existe*? ¿Hablan de Sara en ese libro? —Mi cuñada asintió con la cabeza—. ¿Y tú conocías ya esa historia?

Le quité el libro, sintiéndome estúpida por no haber indagado antes siendo algo que estaba tan al alcance de mi mano. Me encantaba descubrir cada mínimo detalle de las ciudades que visitaba, pero Tordesillas nunca me había llamado la atención… Supongo que, al ser el pueblo de mis abuelos, siempre di por hecho que no era más que un lugar aburrido al que ir a comer con la familia los domingos.

El ilustrador mostraba en blanco y negro a Salazar vestido de guerrero azteca, con un llamativo maquillaje en la parte superior de la cara. En las páginas siguientes se hablaba de Sara, su amor y quien le había ayudado a escapar de la cárcel y lo había mantenido escondido en la casa de sus padres hasta su partida a tierras británicas, lo que ocasionó que estos fueran acusados de alta traición a la corona, y, posteriormente, condenados a la horca.

Se decía que Sara era una poderosa bruja a la que los aztecas tenían miedo, porque aunaba la sabiduría del viejo y del nuevo mundo. El autor afirmaba que la verdadera razón de ese poder ancestral residía en el amor de Sara y Salazar, ya que, juntos, combinaban las fuerzas de la naturaleza y los dioses más primitivos. Por un lado, Salazar, quien, gracias a su máscara sagrada y las palabras de su diario, dominaba el poder de los dioses prehispánicos y escandinavos. Por otro, la diadema de turquesa de Sara, capaz de alejar los malos espíritus, logrando así que el bien prevaleciera.

El siguiente dibujo mostraba a Sara y Salazar dentro de una cueva, uniendo el poder de su máscara y su diadema. Se decía que Sara intentó parar el ritual, sin éxito, así que robó un trozo del ritual y la máscara y lo extravió, asegurándose de que no lo descubrirían jamás para que nadie más corriera la suerte de su amado.

Regresó a Tordesillas y se encontró con la pena de muerte de su familia, así que huyó, nadie sabe bien a dónde. Se cree que tuvo otra pareja con la que pudo tener descendencia y que, de anciana, regresó a Tordesillas con sus hijos, pero nadie localizó jamás ni la diadema de Sara ni la máscara de Salazar.

El autor aclaraba al pie de página que no se trataba sino de una de esas leyendas de enamorados típicas de la Edad Media que tanto gustaban en los pueblos.

—¿Tú estás segura de que esta es la historia que te contó mi hermano?

—¿Te acuerdas de las fiestas de tu pueblo, hace como… un millón de años?

—Me acuerdo de muchas fiestas de mi pueblo. Te recuerdo que íbamos cada verano de niñas...

—Verano del 2006. Teníamos quince años. Me cogí la borrachera de mi vida y tu hermano me sacó de la verbena para que me diera un poco el aire.

—Oh, Dios mío, que ya sé por dónde vas…

—Me llevó a casa de tu abuela a pegarme un manguerazo para que me espabilara. Me obligó a comerme un bocadillo de chóped y me metió en la cama del cuarto de invitados. Cuando me espabilé un poco y vi ese pergamino de frente, con una pareja sujetándose las manos en el interior de una cueva, al borde de un barranco, me pareció tan romántico… Mi abuela tenía vírgenes y cristos por todas partes y la tuya…

—Sí, la mía siempre fue muy peculiar.

—Tu hermano me contó la historia de Salazar y Sara. Los Romeo y Julieta de Tordesillas. Te juro que pensaba que se lo había inventado todo para ligar conmigo. Esa noche nos dimos nuestro primer beso.

—Me dijiste que se llamaba Carlos —la acusé, recordando esa historia.

—Pues no se llamaba Carlos, sino Jorge, y era tu hermano.

—¿Estás segura de que el cuadro tiene algo que ver con la leyenda de Sara y Salazar? —Ella asintió, convencida—. ¿Cómo es que Jorge sabía esa historia y yo no?

—Porque tu madre dejó de trabajar cuando tú naciste. A Jorge le cuidaba bastante tu abuela Elena y tenía poca paciencia con los niños. Cuando se portaba mal, le amenazaba con llamar a Salazar para que le castigara con un hechizo. Tu hermano odia ese cuadro, pero a mí me chifla.

Me estaba empezando a agobiar.

Según la leyenda, la casa de la familia de Sara donde Salazar permaneció oculto había quedado marcada con una calavera en la propia piedra para indicarle a los vecinos que estaba maldita y no debían acercarse. Sería imposible encontrar ese lugar hoy día con la cantidad de reformas que se habían hecho en el pueblo.

—¿Podrías llevarme a Tordesillas?

—Ni de coña. —Mi cuñada no lo dudó ni un instante—. Sabes que yo creo mucho en los fantasmas, y tus abuelos murieron los dos en esa casa. ¡Yo allí no vuelvo ni loca!

—Por fi, hazlo por tu cuñada favorita…

—¡Cabrona, eres la única que tengo! —Le seguí poniendo pucheros. Como dependiera del autobús, anochecería antes de llegar al pueblo de mis abuelos—. No sé cómo lo conseguís tu hermano y tú que siempre hacéis lo que os da la gana conmigo. Anda sube, pero conduces tú. Yo no me tengo en pie.

57

Siempre llevaba encima una copia de la llave de casa de mi abuela. Era una estupidez, una manera de sentirla más cerca, supongo. No había entrado allí desde el verano del 22, antes de su muerte. Aunque estaba muy mayor, la cabeza le regía perfectamente y nos pegó una paliza épica a Ethan y a mí al parchís, además de atiborrarnos a pastas y café. Me encantaban esos ratitos con ella que tanto había extrañado en los últimos años.

Mi abuela Elena siempre me decía que algún día me contaría la historia de nuestra familia, la de verdad, una que estaba cargada de aventuras emocionantes. Y lo decía como si fuera a aparecer Jack Sparrow de un momento a otro surcando el río Pisuerga. Todos sabíamos que lo decía para ganarse nuestra atención porque la vida en el pueblo no tenía nada de excitante. Pero mi imaginación de escritora me obligó a creerla, a pensar que mi abuela realmente escondía un secreto que se llevó con ella a la tumba. De ahí el misterioso mensaje de su herencia.

¿Todavía podía preguntarse alguien de dónde había sacado yo mi imaginación? Esa era la única herencia que yo quería de ella: su ironía, su inventiva y su nombre, al que mi madre había acompañado con el de mi otra abuela, Alba. ¡Ah! Y un candelabro horroroso que mi padre insistió en que me llevara conmigo a Nueva York para que no se perdiera. Lo había dejado encima del comodín para acordarme de ella, aunque me daba escalofríos y a Gaia le aterraba.

Todo estaba tal y como lo recordaba, excepto por el polvo y los ratoncillos de campo que habían hecho del sofá su hogar.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —preguntó Esther.

—Si te digo la verdad, no tengo ni la menor idea.

—¿Por qué no regresamos, entonces? Tu hermano tiene ganas de tomar unas cervezas…

—Eres periodista igual que yo. ¿Por qué no me ayudas?

Ni siquiera miraba a mi amiga. Estaba toqueteando los anchos muros de la vivienda en busca de algo que estuviera hueco. Abrí cajones, armarios, cuadernos… Sonaba ridículo. ¿Por qué iba a tener mi abuela ninguna relación con esa leyenda? ¿Solo por tener un cuadro que probablemente hubiera comprado en el mercado medieval?

Me entristeció encontrar su joyero vacío. Sé que mis primas y tías paternas se habían repartido la herencia a su antojo, ajenas a la voluntad que dejó escrita en su testamento. Yo nunca quise nada más que esa colección de periódicos del siglo XIX que conservaba perfectamente encuadernados. Eran un tesoro único para una periodista, por eso mi abuelo me los regaló en vida.

—Elena, me da mal rollo estar aquí…

—No parecías tan apurada en aquel cementerio de Comillas con el novio raro ese que tuviste… ¿Enzo, se llamaba?

—No es momento para sacar trapos sucios.

Me dirigí al cuarto de invitados donde recordaba que mi abuela custodiaba esa pintura sobre pergamino que había propiciado el primer beso de Jorge y Esther. Era enorme, cubría casi toda la pared, y a pesar de las veces que había dormido en esa habitación, nunca me había fijado en los detalles. Parecía una ilustración extraída de un códice. ¿Sería original?

En el dibujo, una pareja se cogía de la mano, separados por un altar de sacrificios. Ella, con una hermosa diadema de turquesas que destacaba sobre su cabello castaño rojizo. Él, de piel morena e inquietantes ojos verdes —que delataban su procedencia lunaplatense, herencia de ese mestizaje de los pueblos prehispánicos con los del norte de Europa—, llevaba un maquillaje de guerrero en azul con runas doradas. En la mano izquierda, una máscara de turquesa. Los rayos del sol rodeaban la circunferencia de la cara. Los retazos de oro creaban figuras geométricas… A pesar de ser solo un dibujo, era idéntica a la que habíamos encontrado en Gili T.

Había algo en ese cuadro que me erizó la piel, como si la pareja me sonriera desde el pasado, ignorando las fatales consecuencias que su historia de amor tendría en el futuro. Aquel cuadro era una maldición.

—¿Se puede saber qué haces, Elena?

Eso, ¿qué hacía? Una vibra extraña me obligó a levantar el cuadro con unas fuerzas que no tenía y dejarlo en el suelo con cuidado, revelando ante nosotras una gran caja fuerte.

—¿Sabías que eso estaba ahí?

—Ni por asomo.

—¿Para qué podría querer tu abuela una caja fuerte de ese tamaño?

Estaba en trance. Era como si el espíritu de la infeliz pareja me guiara, solo así podría explicar cómo puse el código a la primera cuando probé con el año 2025. Estaba empezando a acojonarme, aún más cuando la puertecita se abrió, y en vez de desvelar una cámara de los secretos, reveló un conducto de piedra de poco más de un metro de ancho por uno de alto, y tres de longitud.

Valiéndome de la linterna del móvil, lo iluminé para ver el fondo. Al final del estrecho túnel, se intuía una gran cavidad con una escalera de mano metálica enganchada a la pared que se perdía bajo tierra. ¿Qué demonios era ese lugar?

Ni siquiera lo dudé un instante cuando me quité el abrigo y el bolso, y los dejé en el suelo para colarme por el conducto, reptando con el móvil en la boca para alumbrarme el camino.

Tenía que estar loca de remate. ¿Acaso mi abuela había sido una aventurera? ¡Pero si nunca salía del pueblo, y lo más arriesgado que había hecho en esta vida fue cambiar Carrefour por Mercadona!

—¿Tú estás mal de la cabeza? —Esther me agarró de la pierna y me hizo retroceder casi un metro, haciendo que me raspara la cara por el túnel de piedra. La arenilla y el polvo que se pegaron en la ropa me hicieron toser en un par de ocasiones—. ¿Cómo se te ocurre entrar ahí dentro sin saber lo que hay al otro lado?

—¿Y cómo quieres que lo descubra si no entro? —Ignoré sus protestas y volví a reptar por el túnel.

Agradecí enormemente el entrenamiento en esa cueva de Gili T. que me hizo perder un poco el miedo a los espacios cerrados. Si no hubiera sido por Ethan, jamás habría logrado llegar hasta la escalera de metal que se perdía varios metros bajo tierra.

Ethan… Cada vez estaba más perdida, aunque había algo que hasta ahora no había querido ver y empezaba a quedarme claro. Una docena de sospechas.

—Elena, ¿sigues ahí?

—¿Dónde quieres que esté, pesada?

—Sí, tú llámame pesada, pero ya me contarás qué les explico yo a tus padres cuando denuncien tu desaparición. ¿Que te metiste tú sola en unos túneles repletos de yonquis y caníbales?

A dramática solo la ganaba mi madre. Dignas suegra y nuera.

—Diles la verdad, que estoy en casa de mi adorable abuelita.

O no… porque lo que vieron mis ojos al terminar de descender, alumbrados por la linterna del móvil, no fue la casa de mis abuelos, sino los restos de una mucho más primitiva.

Alguien había tenido la gentileza de dejar unos farolillos de jardín y varios recambios de baterías. Mis abuelos estaban en todo.

Apenas quedaba más que la estructura de una sala que custodiaba un arcón gigante, una antiquísima cuna de madera, algunas sillas, una gran mesa y diversos utensilios de madera y cerámica que solo había visto antes en los museos medievales.

¿Conocería alguien más el gran secreto de mi abuela? ¿Lo sabría mi abuelo?

De pronto entendía esa excentricidad del testamento para que nadie tocara su casa. Aquel lugar era… Cuando vi un azulejito con una calavera en uno de los muros que, deduje, antaño perteneció a la fachada, supe que había encontrado lo que los historiadores llevaban décadas buscando.

Me quedaba claro que la casa de mis abuelos se había construido varios siglos después sobre la de la familia de Sara. Pero ¿quería decir eso que descendíamos de ella o era una simple casualidad? Igual se habían encontrado la sorpresa bajo su casa cuando hicieron las obras… Al fin y al cabo, en Valladolid no podías mover una baldosa sin que apareciera debajo algún resto romano.

Fueron las palabras que Ethan me dejó en ese cactus las que respondieron a mi pregunta, provocando que me entrara una temblequera que no supe cómo frenar: «*Busca a Sara. Está dentro de ti*».

—¡Ay, Dios mío…!

«*No soy quien tú te crees… ni tú tampoco*», me dijo en la boda de Gina y Casper.

¿Qué sabía Ethan de mi relación con Sara? ¿Acaso esa era la única razón por la que había fingido amarme, la sospecha de que yo pudiera tener esa diadema con la que frenar el hechizo?

¿Qué papel tenía él en esa historia? ¿Qué papel tenía… yo?

¿Significaba eso que él era el descendiente de Salazar? No, eso no tendría sentido…

De ser así, La Luna de Plata no hubiera necesitado crear Lunaxavan para «amplificar» esos genes en una granja humana, teniendo a tantos McGowan y Duarte pululando por ahí. Ethan no podía ser descendiente de Salazar, su tío Viggo había huido de Valladolid y jamás había mencionado que él lo fuera.

Había algo que se me escapaba; pero ¿el qué?

Cuando Ethan llegó a Londres en el 2019, me dijo que estaba allí para proteger a su hijo. Y estaba buscando a una mujer nacida en 1991 en Valladolid. Casualmente, encontró dos: A Wendy, que tenía acceso directo al diario de Salazar, y a mí, un daño colateral…

¿Y si no fuera así? ¿Y si Ethan hubiera sabido desde el principio que yo tenía esa maldita diadema, aunque yo lo ignorara por completo?

Por eso tenía en su ordenador esa carpeta llena de fotos de mi día a día antes de llegar a Londres. ¡Por eso nos necesitaba a las dos! Por eso no quiso renunciar a ninguna.

Tosí, más que por el polvo y el frío del lugar, porque la emoción me había hecho olvidarme de algo tan simple como respirar. Estaba tan ensimismada, que ignoré las continuas protestas de Esther apremiándome por que regresase a la superficie.

Saqué una foto al azulejito con la calavera, prueba de mi hallazgo, y me dirigí directamente al arcón. No estaba cerrado con llave, aunque sí lleno de un polvo que parecía tóxico. No tenía nada con lo que limpiarlo. Usando la manga del jersey como trapo, lo abrí con cuidado, dejando que el polvo cayera detrás del arcón.

No podía creer lo que veían mis ojos. ¿Acaso era una broma, fruto del macabro sentido del humor de mi abuela?

Perfectamente colocada sobre una tela de lino bordada, tenía ante mí una sencilla diadema con turquesas incrustadas. Carecía de lujos y el paso del tiempo había deslucido el brillo de las piedras, pero su belleza era… hipnótica. ¿De veras un objeto como ese podría albergar magia en su interior?

—Elena, no puedes estar creyendo en estas chorradas, en serio… —me reprendí en su susurro, consciente de que me estaba volviendo tarumba.

Pero todas las evidencias de una historia que realmente pasó estaban ahí, en el sótano secreto de mi abuela: el azulejito que marcaba la traición a la corona; los muebles empolvados, que parecían sacados de una obra de Cervantes; el arcón, la diadema de Sara.

¿Significaba eso que…?

Que me perdonara Sara por lo que iba a hacer. Decidí ignorar la cantidad de polvo que tenía para colocármela en el pelo. No sentí ninguna magia rara ni empecé a emitir luz brillante, pero al mirar mi reflejo en un antiguo espejo que mi abuela atesoraba en ese peculiar trastero, tuve un escalofrío.

Aquella que me devolvía la mirada con gesto suplicante no era yo… Aquella era…

—¡Dios mío!

Apenas me llevó un segundo volver a dejar la diadema en su sitio, aterrada por la cantidad de pensamientos y sensaciones inconexas que me había hecho sentir, que nada tenían que ver con la magia.

No podía estar pasando…

¿Cómo es posible que no hubiera reparado antes en el cuaderno de piel roja que descansaba en la mesa?

El papel, amarillento y débil por el maltrato del tiempo, páginas que casi se deshacían entre los dedos. Trazos nerviosos de tinta negra se deslizaban a lo largo de las hojas contando secretos de otra época. Hablando de amor y de venganza. ¿De qué siglo sería ese diario?

Me faltaba el aire, me sobraban nervios. ¿De verdad esa diadema tenía el poder de cambiar el curso de ese ritual del que nadie quería hablarme?

Eran cerca de las dos de la tarde y sabía que era cuestión de tiempo hasta que mi madre se volviera loca porque llegaba tarde a comer. Llevarme ese tesoro para leerlo en casa no me parecía prudente, aunque tampoco quería dejarlo allí… Hice algunas fotos, con la escasa luz del farolillo, y miré una última vez la diadema antes de despedirme.

¿Y si…?

58

Todavía me sorprende que fuera capaz de mantenerme callada mientras Esther me interrogaba de camino a casa. Lo sentía, pero, de cara a los demás, lo único que encontré ahí abajo fue polvo y trastos inservibles, un síndrome de Diógenes no diagnosticado que mi abuela nos había ocultado hasta ahora. Fin de la aventura.

Comimos en familia, comentando chascarrillos y con un Jorge chinchando continuamente a Gael con su vida amorosa.

Pero tan pronto mi padre se tumbó en el sofá para echarse una siesta con su nieta, aproveché que los demás estaban entretenidos con otras cosas para saciar mi curiosidad.

—Papá…, sé que esta pregunta es un poco… extraña, pero… —¿De verdad iba a sacarle el tema?—. ¿Te habló la abuela alguna vez de… Sara?

Como si tuviera un resorte en el culo, mi padre se incorporó en el sofá, mirándome con preocupación. Me quedaba claro que ese nombre significaba algo para él…

—¿Por qué me lo preguntas, cariño?

—He leído hoy algo en la biblioteca y…

—¿Por eso has ido hoy a casa de tus abuelos? —No quería seguir mintiendo. Asentí con la cabeza, jugueteando con las manos, alertada por el profundo suspiro que exhaló el hombre más tranquilo del mundo—. Desde que eras bien pequeña supe que algún día me ibas a traer problemas, pero confiaba de verdad en que no fueras tú. Tienes más primos, ¡joder!

—¿De qué estamos hablando?

—Tu abuela lo tuvo claro tan pronto trajiste a ese chico a casa. No era una casualidad.

No tuve que preguntar a quién se refería. Eso confirmaba que Ethan me había utilizado para acceder a mi abuela. Justo cuando creía que ya nada me podría sorprender cuando se trataba de él… ¡Cuánto me había engañado ese imbécil!

—¿Le hizo…? ¿Hizo Ethan algo a la abuela alguna vez? ¿Intentó robarle o sacarle información…?

Mi padre me miró como si estuviera mal de la cabeza.

—¿Cómo se te ocurre algo así? ¡Tu abuela lo adoraba! Ignoro de qué estuvieron hablando, pero sé que le garantizó que ella se pondría de su parte cuando llegara el momento adecuado. Yo nunca supe a qué se refería y la pobre ya no podrá cumplir su palabra.

—Me estoy mareando. ¿Qué la abuela le prometió a Ethan el qué?

—Tu abuela tenía una especie de diario medieval que a él le interesaba mucho. Llevaba años investigando algo de nuestra ciudad, él también es periodista como tú, ¿no?

—Eh… Algo así…, sí.

—Tu abuela me contó que Ethan estaba intentando hacer justicia con la historia de Sara y Salazar. Darle un final. Di por hecho que escribiría una novela contando la verdad, como os dio por publicar esos relatos juntos…, asumí que también era escritor. Tu abuela confiaba mucho en él, poca gente en este mundo sabe algo de esa máscara. ¿Te contó a ti algo de la máscara de Salazar?

Me llevé las manos a la cabeza. Mi padre hablando de leyendas, máscaras y diarios. Bienvenidos al país de los locos.

—¿Sabes tú algo de esa máscara?

—No mucho, cariño. Tu abuela estaba convencida de que Ethan era el elegido para acabar con ellos. Sean quienes sean ellos…

—¿Qué? —Ahora sí que me iba a dar un ataque. Años buscando información y solo tenía que interrogar a mi padre—. ¿Qué sabes tú de… ellos?

—¡Yo qué sé! Tu abuela me soltó una vez un rollo de una orden masónica. Sabes que siempre me han encantado esas historias de caballeros templarios, y tu abuela tenía mucha imaginación, hija. A ver si te crees que la has heredado de mí o de tu madre… Hubiera sido una excelente escritora.

—Papá… La abuela no tenía tanta imaginación como crees… Ethan y yo encontramos la máscara hace unos meses. La historia es real.

Pude ver cómo la pronunciada nuez de su garganta se quedaba inmóvil, al igual que sus ojos, que reflejaban el más puro terror.

—Eso no son buenas noticias… Porque mañana es el solsticio de invierno. —Confirmado: mi padre sabía más de lo que decía—. Yo no creo en estas cosas, hija, pero tu abuela me dejó algo para ti hace muchos muchos años. Me hizo jurarle que solo te lo daría cuando llegara el momento adecuado y… ¿qué sabía yo cuando era eso? Pero…, creo que se refería a hoy.

—¿De qué estamos hablando ahora?

—Dame un minuto.

Mi padre me dejó sola con mis pensamientos y los ronquidos acatarrados de mi hija, que dormía plácidamente en el sofá. Me senté a su lado y la achuché, consciente de que quizá esa fuera una de las últimas veces que podría disfrutar de un momento como ese. Toda esa historia me sonaba a locura y, a la vez, tenía todo el sentido del mundo.

Mi padre regresó con un papel plastificado, que parecía haber sido arrancado de ese viejo diario.

—Espero que esto tenga algún significado para ti.

Unos versos escritos en una lengua incomprensible desfilaban a lo largo de toda la página. Al otro lado, escrito en una pegatina blanca, se leía:

Silfrligr Máni, 21 de diciembre de 2025.
Confía en Eidan.

Confía en Eidan. ¿Quién demonios era Eidan? ¿Acaso mi abuela se refería a Ethan, pero no sabía escribir bien su nombre por ser la versión anglosajona de Izan?

—¿Te dio la abuela alguna explicación al respecto? —Mi padre negó con la cabeza—. ¿Se supone que debería saber dónde encontrar a ese tal Eidan?

—Lo siento, cariño. No entiendo nada de lo que pone ahí.

—¿Crees que se refería a mi exmarido?

—Lo dudo. Tu abuela me dio ese papel hace más de veinte años…

Oficialmente, me había volado la cabeza.

Eidan, Eidan… Intenté hacer memoria, pero las neuronas no me daban más de sí. Un presentimiento extraño se me vino a la cabeza.

¿Podría ser Míster E.? Era posible que no mintiera acerca de ser un agente secreto, al igual

que yo no lo hice.

No, eso no tendría sentido…

—Dame un minuto, papá…

Redacté un mensaje rápido y conciso, sin ninguna intención romántica. Necesitaba saber cuál era su verdadero nombre.

Mr. E.: Creía que no pensabas dejar lo nuestro en manos del destino…

Elena: Te lo creas o no, como agente secreto que soy, necesito descartarte de mi lista de sospechosos en mi próximo caso...

Mr. E.: Tienes razón: no me lo creo. (Emoji flirteando). Yo también te echo de menos, Elena.

Intercambiamos un par de mensajes más, en los que yo intenté dejar claro que mi interés por él se alejaba bastante del plano afectivo, aunque no podía explicarle mis verdaderos motivos. Al final, se rindió en ese juego que nos traíamos. Creo que pensó que así, tendría más opciones conmigo.

Mr. E.: Cinco letras.

Elena: Eidan.

Mr. E.: Venga va, te lo digo si prometes hacerme un tour virtual por tu ciudad…

Me estaba desesperado. Le dije que sí solo para que soltara información. Mi padre tampoco entendía por qué había dejado nuestra conversación a medias para ponerme a chatear. Necesitaba salir de dudas.

Mr. E: Elías. Bueno…, Elías Ezequiel. Mis padres son terriblemente cristianos. Mi primer nombre significa «instrumento de Dios», y el segundo, «Dios es fuerte». ¿A que Míster E. te suena mejor ahora?

Me dejé caer en el sofá y proferí un largo suspiro. Si mi último ligue respondía a Elías Ezequiel, estaba más perdida que nunca. Corté la conversación con una sonrisita y le prometí que le llamaría para nuestro tour. No pensaba cumplirlo.

—¿Ya estás de nuevo conmigo? —protestó mi padre, y razones no le faltaban—. Los jóvenes de hoy día no podéis mantener una conversación entera sin tener el cacharro ese en la mano.

—Estoy contigo de nuevo, papi. Solo comprobaba que no tenía ni pajolera idea de quién es Eidan. Me siento mejor. O peor, aún no lo he decidido…

—Y bien, la nota. Sara. Salazar. Tu culo inquieto y esas ganas de cambiar el mundo y vivir aventuras —resumió mi padre—. ¿Podrías explicarme de qué va todo esto?

Tuve que sentarme en el sofá de nuevo para procesar todo desde el principio.

Si yo descendía de Sara, si yo era la persona que podría romper el ritual… La Luna de Plata tenía que estar al tanto de ello. Por eso me secuestraron en esa cueva. La pregunta era, ¿por qué me dejaron salir con vida? Tanto Logan como Ethan habían insinuado que no había escapado por mis propios medios. Y todo el mundo estaba intentando protegerme de algo que no querían contarme. Incluido mi exmarido, a pesar de que solo se acercó a mí por mi parentesco con esa mujer…

No tenía sentido… ¿o sí?

Algo se removió en mi interior al entender que Ethan no estaba atrapado en Suecia en ninguna tormenta de nieve. Por eso había mandado a su hijo conmigo, para asegurarse de que estaría bien en su ausencia. Fue lo que me pidió en Gili: que rehiciera mi vida cuando él no estuviera y que cuidara de su hijo.

Y aunque estaba furiosa con él…, no podía permitirlo.

—Me tengo que ir.

—¿Adónde vas tú ahora? —Mi padre parecía haber entrado en pánico—. ¡Por Dios, Elena, que es solo una leyenda! ¡No hagas ninguna tontería!

—¡No es solo una leyenda! La magia no existe, pero mientras haya gente dispuesta a creer en ella… La abuela creía que yo podía evitarlo.

—¡Tu abuela estaba mal de la cabeza!

«Ya, igual que Yvaine…, que también estaba “loca”».

—Escúchame, papá. —Traté de tranquilizarle, poniéndole las manos en los brazos, aunque era yo la que estaba más alterada de los dos—. Volveré dentro de unos días. Tú solo prométeme que cuidaréis de Gaia y Gael.

—¡Jovencita!

No entendía a mi padre. Acababa de incentivar mi curiosidad y después quería que me quedara de brazos cruzados. No iba a dejar que me detuviera.

¿Cómo le explicas a tus padres que has viajado desde Nueva York para estar con ellos en Navidad, y ahora tienes que irte, sin que te hagan preguntas ni te den el sermón del siglo? Y sobre todo…, ¿cómo se lo explicaría a Gael, quien era demasiado observador y sabía que algo no iba bien?

—No es nada, de verdad… Solo se ha roto un par de costillas.

Mi madre me miró horrorizada.

—Así que un camión ha atropellado a Ethan, se ha roto un par de costillas, va a pasar las Navidades solo en un hospital… ¿Y dices que no es nada?

Oído de los labios de mi progenitora, mi patraña sonaba aún peor, pero decirle que me iba a una cueva a detener un sacrificio caníbal, igual no terminaba de cuadrarle…

Estaba esperando otro discurso sobre que era una madre horrible por dejar a mi hija sola en Navidad, pero mi madre pareció entender que me fuera con mi exmarido en un momento tan delicado. La muy ingenua aún seguía pensando que íbamos a reconciliarnos.

El abrazo que le di a mis chicos al despedirme fue como un golpe de realidad que me hirió

directamente en el pecho. ¿Y si algo salía mal? ¿Y si…?

No podía pensarlo. No podía imaginarme el no volver a ver a mi hija. Esa risa contagiosa que siempre inundaba la casa de alegría.

Me enjuagué las lágrimas con la manga del vestido y me fui a buscar a Gael. Tenía que pedirle que se ocupara de su hermana sin que sonara al fin del mundo.

—No te despidas de mí así, yo me voy contigo.

—¡De eso nada, enano! Tú te quedas aquí con tu hermana. Sigo siendo tu tutora legal y yo decido. —Gael frunció el ceño—. Tu padre y yo todavía estamos casados.

—Ya, pero soy mayor de edad… ¿Qué es eso de que seguís casados?

—Una larga historia que yo misma no entiendo, así que no me voy a molestar en explicártela. Quiero que guardes esto. —Le di un sobre con mi tarjeta de débito e información para encontrar el refugio en Gili. Parecían más las pistas para una *scape room* que instrucciones claras para salvar el pellejo, pero era un chico listo—. Voy a estar escribiéndote todo el rato, excepto en el avión o cuando duerma… Si por cualquier razón dejaras de saber de mí…, quiero que vayas con tu hermana a la dirección que encontrarás en este sobre. Tienes dinero de sobra en mi cuenta.

—¡No manches, Elena! ¿Qué chingados está pasando? ¡No te atrevas a dejarme solo tú también!

—Yo no te estoy dejando solo, cielo. Me voy a buscar a tu padre…

«…hasta los confines del infierno», completó mi subconsciente.

Si mis sospechas eran reales y Ethan y yo descendíamos de Sara y Salazar, el final de esa historia estaba ya escrito en las estrellas. Sara nunca llegó a salvarlo. Y por mucho que odiara a Ethan…, no negaba a perderlo en un estúpido ritual.

A solas en mi minúscula habitación, comencé a meter cosas en una mochila de deporte. Ropa térmica, artículos de higiene, inhaladores y algunos *snacks*. Sin pensarlo demasiado, compré el primer billete de tren que me llevara a Madrid y un vuelo hasta Liverpool. Ya me las ingeniaría allí para recorrer los 177 kilómetros hasta Carmel Head, ahora que ya tenía la certeza de que el ritual se iba a realizar en The Skerries.

Mi reloj inteligente no paraba de vibrar con notificaciones de Marina. No había hablado con ella desde que a las dos nos habían echado del caso. Había cortado todos los lazos con la agencia, a pesar de que ella me propuso varias veces salir a tomar un café.

La puse en altavoz mientras ultimaba lo que me llevaría a Gales. ¿Qué demonios te llevas a una misión suicida a la que nadie te ha invitado?

—Ahora no puedo hablar, Marina. ¿Es urgente?

—Bastante. No sé tú, pero yo estoy que me subo por las paredes. Necesito saber quién va a ir a esa misión, dónde y cuándo es…

—¿Has averiguado algo?

—¡Uy, ya lo creo…! No hay nada como acceder a los archivos secretos de Phoenix Bond.

—¿Cómo lo has…? Pensaba que estabas fuera del caso.

—Y lo estoy, pero Lalo no…. Le he robado su tarjeta de acceso. Me va a matar por esto y fijo

que me van a expulsar de la agencia para lo que me queda de vida, pero ha valido la pena... He estado leyendo los documentos que Logan rescató de la pata de la cama de Caerlion, tus notas, los vídeos que encontrasteis en la caja fuerte de Ethan y… Ya sé quién es LA descendiente. ¿Estás sentada? —Aquello que proferí no contaba como sonido. Solo esperaba que no dijera mi nombre—. ¡Gina!

—¿Qué? ¡Eso es imposible! —exclamé, aunque sabía que era una opción perfectamente válida.

Sus reticencias a tener pareja. La depresión que arrastraba en los últimos meses. Su determinación para acabar con ellos a cualquier precio. Su insistencia por meterme a mí en el caso... Gina sabía que yo podría detener el ritual, por eso me contrató sin una entrevista, a pesar de que mi nivel de inglés no era lo suficientemente bueno para trabajar en prensa. Por eso lo lio todo. Ethan y ella buscaban el diario, la máscara y la diadema. Y, para ello, nos necesitaban a Wendy y a mí.

—¿Cómo lo has descubierto?

—Lunaxavan. Te dije que había cosas que no me cuadraban, y una de ellas era Gina… Es una de esas niñas del campo de concentración al que ellos llaman Proyecto Valladolid.

—¿Gina nació en Morelia?

—Una doctora se enamoró de ella y la sacó de allí siendo muy pequeña. Es a quien ella consideró su mamá, que, en realidad, no era tal cosa… La dejó en un centro de acogida poco antes de morir. Su nombre original era Mandy23123.

—¿Tú estás segura de lo que dices? Porque cada vez estoy más convencida de que Ethan es el descendiente… Pensaba venir a pasar las Navidades conmigo, pero su hijo ha venido solo porque él se ha quedado atrapado en Suecia por la nieve… y aún no ha caído un copo.

—Así que Ethan, ¿eh?… Verás, estaba releyendo viejas notas del caso y… ¿tú recuerdas que, allá por los noventa, saltó a la prensa que unos millonarios excéntricos hacían rituales satánicos en The Skerries?

—Lunaplatenses, pero nunca se llegó a comprobar.

—Te equivocas. —Su silencio no me gustó—. Uno de los jefecillos había tenido dos hijos con dos mujeres diferentes. Corría el año 1991, estaban haciendo un ritual a los dioses en ese pazo de Avión, ignoro con qué finalidad, solo sé que… se les fue de las manos.

Me recosté en la cama, tratando de seguir lo que decía.

—¿Vas a dejarme así? Entiendo que los pequeños murieron en el ritual.

—Sí, por supuesto, es solo que… ¡Esto es muy fuerte, Elena!

No tenía tiempo para su suspense.

—Un momento, esta historia ya la he oído antes… 1991, ¿dices? Esa tuvo que ser la razón por la que Farrell huyó de Valladolid con Wendy, ¿no? Dijo que fue tras la muerte de dos niños lunaplatenses.

—Sí, exacto, esa es la conclusión a la que he llegado, pero…

—¿Qué pasa, Marina? ¿Qué sabemos de esos niños?

—Acabo de mandarte una foto de sus pequeñas lápidas y, verás… Esto que voy a contarte no tiene ningún sentido… —Como no terminara de hablar ya, iba a perder mi tren y la paciencia—. Uno es un famoso lunaplatense. Y el otro… Un famoso phoenixbonder.

59

21 de diciembre de 2025 — Carmel Head, Gales

Con el viento en contra, tardé casi tres horas en llegar a Liverpool, donde cogí el primer taxi que encontré rumbo a Carmel Head. No me podía quitar de la cabeza el runrún tras la conversación con Marina acerca de su último descubrimiento. No tenía lógica alguna. ¿Quién demonios eran entonces…? Tenía que estar equivocada.

Que Lalo me cogiera el teléfono fue una sorpresa después de volverme loca probando todos los phoenixbonders que se me ocurrieron. Me pareció reconocer a Logan de fondo protestando, a varios hombres, y a una mujer que no era Marina.

—Me pillas en mal momento… ¿Puedo llamarte luego?

—¡Ni se te ocurra colgarme! Y pon el altavoz para que también me oiga Logan, que sé que estáis juntos.

Al otro lado, oí la voz impaciente del escocés.

—Te escuchamos, Caoineag, tú dirás. Pero rapidito que el tiempo apremia.

—Pues eso precisamente, *highlander*, que me niego a ser una Caoineag y predecir ni llorar la muerte de mi clan.

—Elena… —Ese suspiro duró demasiado y escondía una terrible certeza.

—No perdáis el tiempo en convencerme. Estoy a veinte millas de Carmel Head y voy a entrar en la cueva os guste o no. —Escuché más voces blasfemando de fondo. ¿Era ese Casper?—. Con el equipazo que hacemos, creo que haríais bien en contarme el plan. Sabéis que voy a sumar más que restar.

—¿Para eso llevamos dos malditos años fingiendo y protegiéndote? ¿Para que ahora te lances tú sola en plan kamikaze?

¿Era ese Mike? ¿Qué diablos hacía allí?

—Yo no quiero que me protejáis, idiotas. ¿No os dais cuenta de que, si no salís con vida de allí, yo también me muero? —Las continuas quejas de los phoenixbonders me confirmaron que, efectivamente, Mike y Casper estaban allí—. ¿Me puede explicar alguien qué está pasando aquí?

—Es una larga historia… —replicó Casper con desgana.

—Te la resumo rápido —ofreció Lalo—: Casper no podía quedarse en casa de brazos cruzados mientras su amorcito y su mejor amigo se convertían en plato principal en la cena de Navidad. En cuanto a Mike… Se enteró del caso viviendo con Ethan y se ofreció voluntariamente a convertirse en agente secreto. Está ansioso por vivir aventuras.

—No están preparados —rugí.

—Oye, mocosa, ¿tú recuerdas quién te entrenó a ti en Londres? —se defendió Casper.

—Elena, no podemos seguir de cháchara… Hablamos en el 2026.

—Ni se te ocurra cortarme el teléfono, Logan —le amenacé—. Os hago falta en esta misión. Además, no conocéis las debilidades de Ethan, y os aseguro que van a ser un enorme hándicap para salir de la cueva.

—Todo el mundo sabe que su debilidad eres tú…

—Muy poético, pero la realidad es que le aterran las alturas. Y el saltito que hay que pegar para salir es, cuanto menos, interesante. Tenéis mucho que explicarme, así que más os vale usar bien este tiempo hasta que llegue donde estáis.

Al otro lado de la línea escuché las protestas decidiendo qué hacer.

—Te mandamos la ubicación. Y ojito, eso no quiere decir que estés dentro, solo que no puedo perder el tiempo contigo ahora.

Reconocería esa voz en el mismísimo infierno. Mark Bastardo Wasilowska.

—Markitos, pensaba que tú solo supervisabas desde tu sillón. ¿Vas a mancharte las manos?

—¿Y quedarme en una habitación viendo a través de la pantalla cómo caéis uno tras otro? Sois una panda de inútiles, no podría permitirlo.

—Tus palabras son alentadoras.

—No te equivoques, estoy convencido de que el plan va a ser un éxito…, lo que no es lo mismo que salir con vida de la cueva. ¿Entiendes por dónde voy, Elenita? Aún estás a tiempo de dar media vuelta y regresar a casa con tu hija. No hay segundas oportunidades si esto sale mal. *Game over*.

—Pues más nos vale que salga bien.

Aquellas fueron las veinte millas más largas de mi vida. Un Mark afónico por la angustia y el miedo me iba explicando el plan mientras yo asentía a todo.

Tan pronto llegué a tierra firme, me encontré a los agentes dispuestos a embarcar en esta aventura en un nada sofisticado barco de pesca. Jamás había visto a Mark llevando el uniforme de camuflaje reglamentario, muy diferente a su habitual traje impecable y sus aires de jefe marimandón.

Casper y Mike me abrazaron nada más verme, después de repetirme atropelladamente que no podía entrar ahí y que Ethan no iba a aprobarlo. Sentí un escalofrío al oír su nombre. ¿Era ese su verdadero nombre?

La voz femenina que no había reconocido al teléfono también estaba allí, repasando los mapas con mis compañeros. Su presencia no me sorprendía en exceso. Ahora entendía más que nunca su noviazgo: era su compañera kamikaze en EDLM. Me costaba reconocer a Ava sin sus habituales pintas de influencer: ni una gota de maquillaje, el pelo atado en una coleta prieta y vestida como una militar. La muy asquerosa estaba guapa con cualquier cosa.

Me dejé de rodeos y saqué de la mochila algo que, esperaba, tuviera algún sentido para ellos. Sus miradas de asombro me confirmaron que así era.

—Será mejor que pongamos los cerebros en marcha, por lo que pueda pasar ahí dentro. Tengo la diadema y los versos para contrarrestar el ritual —Los phoenixbonders se acercaron a mí a examinar el objeto—. Sabéis que no creo en la magia ni en ningún dios, pero…

—Los objetos tienen el valor que uno esté dispuesto a otorgarles, Elena —prosiguió Mark—. Y si ellos creen que la portadora de esta diadema podría acabar con La Luna de Plata, aunque sea una patosa con pánico a las cuevas, voto por usarlo a nuestro favor. Lo que no sé es cómo cojones integrarte en el plan sin que te dé un ataque de histeria.

—Puedo hacerlo. —Mi voz sonó determinante—. Ethan me entrenó en Gili. Practicamos apnea, espeleología…

—¿Cómo que Ethan…? —Mark buscó explicaciones en los rostros de Lalo y Logan—. ¡Yo jamás autoricé nada ni remotamente parecido!

—Está claro que Ethan conoce bien a su mujer. —Lalo me rodeó con su brazo y me besó el pelo—. Ninguno lo aprobamos, pero él estaba convencido de que Elena acabaría descubriendo el plan. ¡Y…, eh voilà!

—Y, precisamente por eso, nos pidió que le garantizáramos que no íbamos a permitir que pusiera un pie en esta misión —recordó Logan.

—Chicos, cortad el rollo… Ya sé que Ethan solo estaba conmigo por la dichosa diadema y

que el resto me habéis mentido y utilizado de mil maneras inimaginables. Que quede claro que solo estoy aquí porque yo también quiero acabar con ellos y liberar a Gael y Gaia de esa estúpida maldición. Cuando termine la misión, todos tenéis mucho que explicarme… Empezando por quién demonios es el hombre con el que me casé.

—Todo a su debido momento, que no es este… —Mark comenzó a dar vueltas de un lado a otro—. Dejadme pensar, porque tu presencia aquí cambia un poco las cosas. Como ellos te reconozcan… Y tú, Casper, entiendo que sabes disparar…

—¿El paintball cuenta? —respondió el aludido encogiéndose de hombros—. Tengo buena puntería. Y si alguien pone la mano encima a mi mujer…, no respondo.

—Van a ponerle más de una mano encima a tu mujer. ¿No te ha contado nadie de qué va esto? —El sarcasmo de Mark no era bienvenido en esos momentos—. Elenita, tú eres la que más me preocupa. Tu puntería es excelsa, pero no matarías a una mosca.

—No voy a matar a nadie, voy a defender.

—A veces va unido —interrumpió Ava, poniéndome la pistola en la cabeza—. No pienso llevarte conmigo si no me juras que serás capaz de apretar el gatillo.

Tragué la bola de saliva que se había formado en mi garganta.

—Lo haré, lo haré.

—¿Cómo cojones te integro yo en el plan ahora? —Mark estaba histérico, y eso me puso histérica a mí. No paraba de dar vueltas de un lado a otro.

—El plan es mejorable —repliqué. Mi jefe se cruzó de brazos sin ocultar la mueca irónica que asomaba en su rostro. Comencé a dibujar una línea imaginaria con el dedo sobre el mapa—. La cueva tiene dos entradas, aunque la otra solo está disponible para los altos cargos. Lalo, tú has estado allí y sabes tan bien como yo que, aun conociendo el camino del agua, no es seguro.

—¿De qué hablas? Hemos revisado la zona mil veces, Elena, solo hay una entrada —aseguró Ava.

—La caseta del farero que lleva décadas abandonada —propuse, señalando la superficie de la isla—. En Morelia encontré unos murales explicativos en el hotel, y se les veía descendiendo desde la caseta. Tiene que haber un túnel o algo. Es imposible que hayan metido todo ese atrezo, las camas…, usando ese túnel y trepando por la escalera de la pared.

—Tiene mucho sentido, pero… —Mark empezó a dar vueltas, hasta que encontró un punto de apoyo en una de las piedras triangulares Coral Rock Beacons, comúnmente conocidas como Las Damas Blancas—. Es un riesgo y no tenemos tiempo para la improvisación, el plan tiene que seguirse a rajatabla.

—Somos siete. Sugiero que nos dividamos. Estoy segura de que el acceso por arriba estará protegido, pero podemos abatirlos. El factor sorpresa está de nuestro lado.

—Señores y señoras, Elena Balboa ha vuelto —bromeó Lalo.

Mark escondió la cabeza entre los brazos y suspiró. Suspiró tanto que pensé que se iba a quedar sin aliento.

—Creo que lo más prudente sería organizarnos en función de quién conoce el plan y quién no —resolvió, escribiendo nuestros nombres en dos columnas—. Tampoco tengo pulseras para todo el mundo. Y tengo que separar a Lalo y a Elena, pues son los únicos que han estado en la cueva antes. Y…, eh…, ¡joder! Tampoco quiero que Casper y Elena estén juntos, lo que vamos a ver ahí dentro puede ser… impactante.

—Cuento con ello, Mark.

—Lo siento, pero sois los menos objetivos en esta misión.

—Pon a Casper y Mike juntos. Si de verdad va a ser tan impactante, vamos a necesitar un

punto de apoyo. Yo estaré bien con cualquiera de vosotros, Casper solo tiene a Mike.

—¿Y poneros a Ava y a ti juntas? —se burló Mark—. ¡Ni de coña!

—Elena y yo podemos trabajar juntas perfectamente —se defendió esta, dándome un codazo amistoso. Creo que era la primera vez que me tocaba.

—Entonces, solo nos queda una opción. Lalo, Casper, Mike y yo iremos por mar —organizó Mark—. Logan, Ava y Elena iréis por tierra. Vais sin plan… Tened cuidado.

—¿Y quién va a ir a Valladolid? —inquirí.

Mark dudó un instante antes de soltarme la bomba. Sentí un escalofrío al deducir que Marina estaría en esa misión. ¿Quién si no?

—Todo está bajo control, tranquila. —Esa era la frase menos tranquilizadora del mundo—. ¿Listos para la aventura? Recordad que no tenéis branquias, no podemos luchar contra el agua. Si el túnel es la única salida y se inunda, os escondéis y esperáis ocho horas.

—Más te vale ser tan buena como todos dicen. Ethan va a matarnos por permitir que estés aquí —suspiró Ava.

—Ojalá, porque eso significaría que hemos salido todos con vida de ahí dentro…

—En verano, esta isla se llena de frailecillos.

Ava y Logan no se molestaron ni en sonreír por cortesía al barquero que nos acercó hasta The Skerries, así que me vi en la obligación de ser la simpática del grupo por no levantar sospechas.

Estaba diluviando y era noche cerrada. Por suerte, el neopreno nos aislaba del frío y del viento, aunque seguía resultando molesto en la cara.

Me sorprendió que Logan llevara dinero en metálico encima para pagarle. No había vuelto a ver un triste billete desde la pandemia.

Tan pronto mis pies tocaron el césped húmedo de la isla, los recuerdos de mi aventura con Dragos en esas tierras me invadieron. Por aquel entonces era mucho más ingenua y estaba deseando meterme en líos. Mis pensamientos se habían vuelto más destructivos.

Ava, con su cabello oscuro oculto tras una capucha y mirada decidida, fue quien encabezó la marcha hacia la caseta. Entre sus ropas de camuflaje llevaba cuchillos y armas de fuego, además de la cantimplora en forma de granada. Yo llevaba conmigo las mismas armas, lo que me resultaba más un incordio a la hora de pelear que una ventaja, pues sabía que no iba a ser capaz de apretar el gatillo si se diera el caso.

Logan y yo la seguimos a una distancia prudente, pero o esos tipos eran mejores escondiéndose que Wally, o en la superficie de la isla no había nadie.

A medida que nos acercábamos, en mis oídos resonaba el arrullo del viento. Era como si los dioses nos guiaran, arrastrándonos hacia el interior de su templo.

—¿Cuándo vas a explicarme cómo os hicisteis esas cicatrices?

Logan se giró para mirarme con los ojos fuera de sus órbitas.

—¿De verdad crees que este es el momento más idóneo para tener esta conversación?

—No sé si habrá otro.

Resopló, consciente de lo que significaban mis palabras.

—Adrián descubrió que era un espía y… digamos que me hizo pagar por ello. Estuve tres días

en el sótano de esa ermita. Creo que me encontraron gracias a ti. Fuiste tú quien les habló de ese lugar, ¿no?

—¿Qué pasó allí?

—Estoy intentando olvidarlo, no te lo tomes a mal… La cuestión es que… Bueno, la agencia se dio cuenta de que pasaba algo y Ethan se acercó a ver si todo estaba bien. Le dijeron que había dejado el trabajo, así que fue a ver a Claudia, quien le confirmó que estaba en una misión de la que claramente nadie tenía ni idea. Así que regresó al hotel, me estuvo buscando… Le pillaron, corrió la misma suerte que yo, con el agravante de parentesco y alta traición.

—¿Os… torturaron?

—No veo de qué te iba a servir saber eso.

—¡Cuéntaselo a la chica! —interrumpió Ava con frialdad—. Que sepa de una vez que no es la única víctima de esta historia. Abusaron sexualmente de Logan, lo usaron como cenicero humano, lo golpearon hasta dejarlo inconsciente… —En la cara de Logan pude ver que estaba haciendo esfuerzos sobrehumanos por no mostrar su dolor—. A Ethan lo torturaron de otro modo… Primero lo provocaron con detalles sobre la muerte de sus padres o lo que te habían hecho a ti. Perdió la puta cabeza y Christopher lo apuñaló con un cuchillo del restaurante. Cosas de familia, ya sabes…

—¿Quéééé? —¿Me estaba tomando el pelo?

—Está claro que esa parte tampoco la conocías… —Ava parecía disfrutar con mi estupefacción—. Después, lo ataron junto a Logan, les pegaron una paliza, les orinaron encima, les privaron de comida y bebida, y los dejaron tirados en el sótano. El final feliz fue cuando llegaron Marina y Lalo y, tras provocar un incendio que los tuvo entretenidos desalojando el hotel, la agencia detuvo a Christopher y entraron a rescatarlos. Y ahora, cambia ese careto de lástima porque tienes que estar fuerte mentalmente. Puede que lo que encontremos en esa cueva sea infinitamente peor que esto, así que finge que no acabas de romperte por dentro.

¡Qué fácil era decirlo!

Frené en seco al llegar a la caseta. Estaba igual que la última vez que la vi, excepto por las marcas de barro que había en la entrada, como si alguien hubiera arrastrado algo pesado en esa dirección.

—¿Es aquí donde crees que está la otra entrada? —Asentí a la pregunta de Logan algo distraída. Necesitaba encontrar el modo de abrir la puerta.

El sonido de unos cristales rotos nos interrumpió. Ava, más dada a pasar a la acción, había cogido una piedra y destrozado una de las ventanas. La vi saltar como un mono y colarse por un hueco por el que estoy segura de que yo no cabía. Por suerte, tuvo el detalle de abrirnos la puerta.

—Os va a encantar esto. Elena, apúntate un tanto. Quienquiera que construyó esta caseta lo hizo solo para tapar y aclimatar la entrada a los infiernos, pues la humedad aquí es infinitivamente menor que ahí afuera.

—¿Qué demonios es este sitio? —Logan parecía fascinado.

Había una apertura en el suelo con una escalera tallada directamente sobre la roca, que se adentraba en las profundidades de la cueva. Los laterales estaban recubiertos con grabados resultantes de esa fusión cultural, creando unas formas bellísimas, que acompañaban mensajes escritos a lo largo de la escalera en un idioma incomprensible. Me imaginé que hablarían de dioses y rituales, de esas leyendas que parecían cobrar vida cuando los lunaplatenses se reunían y siempre se traducían en víctimas mortales.

Como esa noche.

Una densa bruma se escapaba del interior de la cueva. El olor dulzón me hizo entender que,

no lejos de allí, estaban quemando algún tipo de incienso… en grandes cantidades.

—¿Listos?

Agradecí que Ava llevara la voz cantante y, linterna en mano, comenzara a descender. Yo aún estaba aturdida con todo lo que había ido descubriendo en las últimas horas como para sumarle un lugar de esas características.

No habíamos bajado ni diez metros cuando nos encontramos la primera cámara, una especie de lugar sagrado con estatuas y altares dedicados a unos dioses muy raros, que no eran ni aztecas ni vikingos. Había velas por todas partes y unas vasijas metálicas por ofrenda, que no quise saber qué contenían.

—¿Qué es ese olor? —inquirió Ava.

—Copal —reconocí al instante, olisqueando el aire. Mis compañeros me miraron con curiosidad—. La resina dorada de esos quemadores. Aleja los malos espíritus y se usa como ofrenda en los rituales. Los primeros lunaplatenses lo usaban para obtener el poder de los dioses, así que vamos por el camino correcto.

Seguimos descendiendo, sumidos en nuestros pensamientos. No quería ni imaginar qué sería de Gaia y Gael como no saliéramos de allí, teniendo en cuenta que eran los siguientes en la línea de sucesión…

Sentí una conocida opresión en el pecho. No podía creer que estuviera de vuelta en ese lugar por voluntad propia.

Si yo estaba acojonada, no quería ni imaginarme cómo tenían que sentirse Gina y Ethan. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde para…

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Ava.

—No, pero espero poder orientarme una vez lleguemos a la sala de espectáculos.

—¿Sala de espectáculos?

—Es donde tendrá lugar el ritual. Hay una especie de escenario natural con la Piedra del Sol lunaplatense tallada en la roca del fondo. Recuerdo… Recuerdo un fuerte olor a sangre que salía de unas vasijas metálicas.

—Como esas de ahí, ¿dices?

¿Por qué Ava tuvo que decir algo así?

—Señal luminosa de Mark, han entrado y están a salvo. Sigamos —anunció Logan.

—Un momento, ¿oís esas voces? —Logan y yo miramos a Ava, incapaces de detectar ningún sonido—. ¿Estáis de coña? Es una especie de cántico tribal, como de ceremonia.

—Sabía que algún día le encontraría ventajas a que fueras tan joven… —se burló Logan—. Puesto que percibes frecuencias que los ancianos no oímos, será mejor que nos guíes tú hasta el infierno.

60

Aquel lugar era más hermoso de lo que recordaba. Era irreal. Como un sueño… o una pesadilla.

Una neblina invadía lo que estaba ocurriendo en el escenario, que apenas alcanzábamos a ver desde nuestro escondite entre las rocas. Procedía de una enorme fogata donde el copal se elevaba hasta el techo de la cueva, creando ese ambiente etéreo y espiritual, tan adecuado para conectar con los dioses.

Tuvimos la suerte de llegar hasta allí sin ser vistos a pesar del ruido que habíamos hecho por el camino. Hacía demasiado calor, como si estuviéramos en el centro de un volcán… o esa sensación tenía con la ropa térmica tan adherida al cuerpo. Iba a explotar.

En el atrezo y la vestimenta podía apreciarse ese choque de épocas y culturas tan inverosímil del que el mundo todavía no se había hecho eco.

Cualquier historiador hubiera llorado al pensar en que esa joya histórica pudiera hundirse para siempre en las profundidades del mar. Nosotros lo esperábamos ansiosos. ¿No nos convertía eso en criminales?

La Piedra del Sol lunaplatense gobernaba la escena, acompañada de dos columnas talladas a cada lado, que evocaban la majestuosidad de los antiguos templos del imperio azteca. Los pedestales lucían elementos rúnicos entremezclados con escenas cotidianas de los dioses mexicas, una sinergia de elementos de ambos lados del océano que creaba una atmósfera cargada de un misticismo contagioso.

Calculé al menos doscientas personas en el público deseoso de ese encuentro divino entre Helga Elden-Johansen, descendiente de Gudrun, y el gran Salazar, a través del sacrificio de dos de sus descendientes, a los que, por cierto, no veía por ninguna parte.

¿Dónde se habían metido Ethan y Gina?

¿Quién era toda esa gente?

Era difícil poner un nombre a esos rostros cubiertos con pinturas tribales en tonos turquesa y dorado, haciendo honor a la máscara. Sus cuerpos estaban prácticamente desnudos, a excepción de unos minúsculos taparrabos y bikinis de ante decorados con plumas y piedras semipreciosas. Elaborados complementos de inspiración prehispánica rodeaban sus cuellos y muñecas con damasquinados dorados que contaban historias del pasado.

Todos, sin excepción, llevaban en la mano una copa dorada de la que quise creer que bebían ese zumo enteógeno que les hacía delirar.

No podía ser otra cosa… ¡Ni hablar!

Las jóvenes que danzaban alrededor del altar de sacrificios no habían alcanzado aún la mayoría de edad. Sus diminutos atuendos resaltaban gracias a un complejo entramado de plumas azules y abalorios, acompañadas de enormes tocados de turquesa y jade. Sus rostros habían sido parcialmente cubiertos con antifaces de la misma piedra, rindiendo homenaje a Xiuhtecuhtli, el dios azteca del fuego y Señor de la Turquesa, quien había dotado de poderes mágicos la máscara de Salazar.

De sus labios salían cánticos primitivos invocando el poder de los antiguos, a la espera de que los dioses las bendijeran con su presencia.

De una enorme pira ascendían unas llamas azuladas que ondeaban con ferocidad. Al fondo del

escenario, dos guerreros hacían retumbar unos tambores a un ritmo ominoso, marcando el compás de los corazones —que aún latían con fuerza no lejos de allí—, mientras un grupo de encapuchados iban dejando diferentes ofrendas a base de frutas exóticas, joyas, Coca-Cola y velas. Si los dioses realmente nos observaban desde su escondite, debían de estar agradecidos con el festín.

—Seguimos en el año 2025, ¿verdad? —Logan buscó en nuestros rostros una reafirmación a sus palabras. Yo también sentía que habíamos retrocedido en el tiempo—. ¿Qué están haciendo?

—Canalizando el poder de sus ancestros —expliqué, pues había leído largo y tendido sobre ello. Logan me miró con sorpresa—. Lo leí en el diario de Sara.

—¿Qué más decía?

—Pues… La puesta en escena es muy similar a como la describía hace quinientos años.

—Menos por la Coca Cola, ¿no? —se burló Ava. Estaba demasiado nerviosa para tenérselo en cuenta.

—Esa plataforma que veis ahí es para los sacerdotes, tienen que esperar hasta medianoche para que las estrellas se alineen de una manera determinada, que será lo que marque el comienzo del ritual. Entonces, recitarán esos versos satánicos, harán el intercambio de ofrendas y pondrán la máscara al descendiente. Después… —¿De verdad tenía que decirlo?—. Después, se hace el sacrificio y, por último…, la bacanal.

—Pues yo diría que han invertido el orden de los factores…

La inexpresiva novia de Ethan estaba blanca como la pared mientras su mirada se dirigía a algún punto de la reunión, que quedaba apartado del escenario.

Yo había visto eso antes...

Decenas de personas hacían cola para gozar del cuerpo de quienesquiera que estaban en exposición en cuatro triclinios cubiertos de terciopelo rojo. Eran dos mujeres y dos hombres, aunque no podía distinguir mucho más. Ignoraba si el ritual de apareamiento envolvía o no sangre, pues el color del terciopelo lo camuflaba bien.

Un hombre en la mediana edad, con una prominente barriga, se beneficiaba a la más joven de las dos mujeres, completamente entregada a la causa.

La mujer no disfrutaba en absoluto de las atenciones recibidas. Maniatada a uno de los apoyabrazos del sofá, permanecía inmóvil mientras un joven de cuerpo hercúleo la penetraba con brío. Su cabello, rojo como el fuego, la delató.

Los otros dos sofás estaban ocupados por dos hombres morenos cuyo maquillaje dibujaba un antifaz azul con runas doradas en la frente. Pinturas tribales decoraban también sus musculosos brazos y torsos desnudos, que, en ambos casos, lucían otros tatuajes.

Al igual que pasaba en la otra escena, uno de los hombres gozaba plenamente del espectáculo, mientras que el otro parecía… drogado.

Si Gina estaba ahí, en el bando femenino, solo podía querer decir que ese hombre…

Las náuseas no tardaron en llegarme. Me pregunté cuántos años de lavado de cerebro harían falta para ver eso como una bendición y no como lo que realmente era, una violación colectiva.

Perdí la mirada en el nuevo protagonista que entró en el rito de apareamiento, pavoneándose como si fuera una maldita estrella. Odiaba a Christopher Brown con todas mis fuerzas.

Las mujeres acariciaban su escultural torso desnudo a su paso, deseosas por ser las afortunadas a las que él dedicara sus atenciones.

Metió las manos en una vasija que contenía un líquido rojo y dibujó formas en su cuerpo, trazando una línea que descendía desde su pecho hasta debajo del ombligo.

Christopher era todo modales y cortesía… Tras haber escupido con rabia a uno de los

hombres maniatados —que no me quedaba duda alguna de que era Ethan—, se hizo hueco de malas maneras para ocupar el lugar en el que minutos antes había estado otro varón, hundiéndose con brío entre las piernas de la adolescente.

Una oleada de ira me abrasó como puro fuego. Nunca le había deseado mal a nadie, pero fueron tantas las cosas que se me pasaron por la cabeza al ver a Chris…, al recordar lo que le había hecho a Ethan en Dornoch, lo que me hizo a mí, al verle con esa menor…

—No te recrees en los detalles —pidió Ava, agarrándome del brazo para que siguiéramos caminando, no sabía bien a dónde, pues no teníamos plan alguno.

—¿Cómo vamos a rescatarlos si están rodeados de gente?

—Estoy esperando instrucciones de Mark para intervenir —informó Logan.

—¿Cuál es el plan? —insistí.

—Para nosotros, improvisar —confesó—. Si te soy sincero, el plan se ha ido a la mierda en el mismo momento en que has aparecido tú y en vez de entrar todos juntos a la cueva, hemos dividido los recursos.

—Divide y vencerás —le recordé con un mohín.

—En este caso, ha sido un «divide e improvisarás».

—No culpes a la chica —intervino Ava—. El plan se ha ido a la mierda porque esos lunáticos nos han tomado el pelo y no están siguiendo los pasos del ritual como esperábamos. Así que ahora estamos a expensas de lo que diga el jefe.

La escuché, pero como de costumbre, no pensaba hacer ni caso al jefe. Cuando quisiera avisarnos de los pasos a seguir, podría ser demasiado tarde. No iba a pasar mucho tiempo desde la orgía hasta que decidieran saciar su apetito, y me temía que Ethan y Gina estaban en el menú del día. Era fácil advertirlo por el cuchillo de obsidiana, que descansaba al lado del altar de sacrificios, y las vasijas que tenían dispuestas alrededor.

La incertidumbre hizo que me mareara. El rencor que pudiera sentir hacia ellos por sus mentiras no era nada comparado con la angustia que me producía la idea de perderlos.

El aroma a copal y flores frescas impregnó el aire. La multitud se dispersó y, en medio de una ovación, dieron paso a una figura femenina ataviada con una capa elaborada con finísimas plumas azules, que se asemejaba a una sacerdotisa, con un largo bastón dorado que yo ya había visto antes en esa estatua de Valladolid.

En el escenario la esperaban un grupo de sacerdotes con túnicas ornamentadas y elaborados maquillajes, que serían los que se encargarían de realizar tal atroz matanza.

—¿Esa es….? —Fue Logan quien le puso voz a la duda que nos corroía a los tres.

Los gritos y elogios eclipsaban los cánticos ancestrales, centrando toda la atención en Helga y consiguiendo que el resto de los protagonistas de la escena pasaran desapercibidos.

Ignoro en qué momento habían liberado a Gina y Ethan del triclinio para llevarlos maniatados hasta la líder lunaplatense. Con un golpe en los muslos, les obligaron a arrodillarse frente a una Helga que brillaba con la determinación de quien se creía casi divina, portadora de la voluntad del antiguo Gudrun.

Una nueva oleada de gritos y aplausos dio la bienvenida a una figura masculina. Lucía una elegante capa negra, un taparrabos con impresiones turquesas y un tocado de plumas verdes. Si la memoria no me fallaba, ese atuendo era característico del dios Quetzalcóatl, una de las deidades mexicas más importantes, que simbolizaba la conexión entre el mundo terrenal y el espiritual, la dualidad entre la vida y la muerte, además de estar asociado con la fertilidad y la creación.

Por mucha parafernalia que llevara encima, a mí no me cabía duda de que aquel era Duarte.

¿De verdad iba a ser capaz de matar a su propio hijo?

La respuesta me vino a la cabeza de inmediato: sí. Al fin y al cabo, ya lo había hecho antes…

Un escalofrío me recorrió entera al recordar la historia que Marina me había contado y yo aún no comprendía. ¿Quién diablos era el hombre con el que había compartido mi vida?

La diosa Helga elevó los brazos al cielo, acallando con ella todas las voces, al tiempo que su capa descendía por su anatomía para revelar un precioso vestido elaborado en su totalidad con turquesas incrustadas.

La música cesó, dando pie a que Helga alzara la voz en una lengua desconocida ancestral. Su discurso debía de ser apasionante, pues no fueron pocos los susurros de devoción y las risas nerviosas que se dejaron oír entre su público fiel.

El ritual avanzaba y los phoenixbonders no daban señales de vida. Me estaba impacientando. ¿A qué demonios estaban esperando? ¿A que destriparan a Ethan y Gina en vivo y en directo?

La líder siguió con la ceremonia, alzando un cuchillo ceremonial, cuya hoja reflejaba el fulgor del fuego azul. Con sus cánticos invocaba a los dioses que bendecirían el sacrificio, garantizando el intercambio de almas y conocimiento con Salazar.

Por cierto…, ¿dónde estaban los restos mortales del colonizador?

Instrumentos de percusión retumbaban en armonía con las palabras pronunciadas, creando una sinfonía siniestra que me erizó la piel. Las antorchas arrojaban sombras danzantes sobre el rostro de los descendientes, que aún seguían maniatados y arrodillados frente a ella.

—¿Entendéis algo de lo que están diciendo? —pregunté histérica.

—Ni una puta palabra —confirmó Ava.

—¿No deberían haber actuado ya? —Me iba a dar un ataque—. ¿A qué están esperando? ¡Hacedles una maldita señal!

—Estamos atados de pies y manos, Elena —respondió Logan con un temple que me estaba sacando de quicio—. Tenemos que esperar órdenes.

—¡Atados de pies y manos están ellos, joder! ¿Es que no estáis viendo lo mismo que yo?

Con un movimiento rápido, Helga les hizo a Ethan y Gina un corte en las muñecas, que previamente habían colocado sobre unas vasijas de oro. Para mí, eso fue la gota que colmó todos los vasos.

Mi corazón comenzó a latir como si sintiera dos almas en su interior: la mía y la de Sara, que me contagiaba de su angustia. Me temblaron las manos y las ideas con el peso de saber que sus vidas dependían de lo que hiciéramos… o de lo que no hiciéramos.

Dejé de mirar la escena a riesgo de desmayarme de la impresión. Necesitaba pensar en algo rápido. Estaba bloqueada.

—¡Joder, Mark! ¿A qué coño estás esperando? —Me hizo una extraña ilusión saber que Logan estaba a punto de perder el control.

—Algo ha salido mal —aseguró Ava—. No están siguiendo el plan. Van jodidamente tarde.

—¡A la mierda el plan! —exclamé yo—. Si no actuamos ya, perderemos la oportunidad de salvarlos. ¡Van a desangrarlos!

—Tengo una idea, pero es arriesgada —respondió Logan con la mirada ausente sobre una trampilla que había en el suelo. Estaba abierta y la llave estaba puesta.

La reconocí al instante. Era la que me habían robado, la llave de Yvaine.

—Es la gruta donde guardan el cuerpo de Salazar —adiviné.

—Así es, y apuesto a que habrá gente dentro preparando a la momia para el ritual. Yo, al menos, no veo los restos de Salazar por ninguna parte… —Cuando se ponía así, me daba miedo —. Y sin cuerpo… no hay rito.

Me pareció una locura. Tampoco teníamos tiempo para esperar la orden de Mark.

Miré de nuevo al frente. Todo se veía muy diferente a la última vez que estuve allí, la ansiedad era peor... Porque la primera vez solo tenía que preocuparme de mí misma y, en esa ocasión, había demasiadas vidas en juego, demasiadas cosas que podrían salir mal.

Y viendo lo chapuza que era esa agencia… Iban a salir mal.

61

Los preparativos del ritual avanzaban entre ofrendas que buscaban el favor de los dioses y una fuerza sobrenatural que podría cambiar el destino de la humanidad.

Reconocí algunos rostros en la lejanía. Aguirre y Claire se habían valido de sus contactos para, al igual que había hecho Christopher, salir de la cárcel a tiempo para el evento.

También vi a Carla Morrison, a Malindra Stewart con su novio, James, a la política Camilla Thomson y, por supuesto, a Isobel.

¿Era William Farrell quien observaba la ceremonia junto a su hija Wendy?

Metí la mano en el bolsillo interno de mi chaleco. Protegida en una cajita de terciopelo tenía bien oculta la diadema de oro y turquesas que había encontrado en casa de mi abuela. ¿La reconocerían al verla o se burlarían de nosotros pensando que era una baratija? ¿Realmente creían que tenía el poder de detener el ritual? Pero ¿cómo?

Si me fiaba de cómo había salido ese mismo ritual siglos atrás…, Sara había acabado sola clamando venganza y Salazar descuartizado en el fondo de esa cueva.

Me negaba a repetir esa historia. Si el destino les había dado otra oportunidad cinco siglos después, teníamos que luchar por hacer justicia a nuestros ancestros.

Recé a los dioses que moraban esa cueva porque estuvieran de nuestra parte y nos dieran la inteligencia y valentía necesarias para vencer en esa misión.

Para no creer en nada, tenía bastante suerte cuando rezaba…

—Tenemos bombas de humo, ¿verdad? —Mis compañeros me miraron sin entender—. Has dicho que cerrar la trampilla podría ser un puntazo, ¿no? Necesitan a Salazar para el traslado de almas.

—¿En qué estás pesando? —quiso saber Ava.

—Podría intentar robar la llave, pero necesito que los distraigáis de algún modo.

—Si lo llenamos todo de humo y generamos caos, vamos a delatar nuestras posiciones —replicó Logan—. Es un puto suicidio.

—Lo es para nosotros, pero daremos una oportunidad al resto para rescatar a Ethan y Gina mientras esos locos se preguntan qué está pasando y se entretienen buscándonos.

—A Mark no le va a gustar el cambio de planes… —observó Logan.

—Pues yo creo que les va a encantar, porque no parece que tengamos otra opción... Ellos no están actuando. —No me acostumbraba a que Ava fuera mi mayor aliada—. Es eso o ver cómo los destripan.

—No lo vas a lograr —insistió Logan, mirándome con recelo.

—Lo voy a lograr. Lo que no sé, es qué pasará después…

—Te digo yo qué pasará después: hay al menos doscientas personas en esta puta cueva. No vamos a conseguir salir de aquí con vida, Elena, y mucho menos, huir con la llave.

—¡Me importa un carajo la maldita llave, Logan! La tiraré al fondo del mar si hace falta. Solo quiero que pierdan el acceso a Salazar, eso los tendrá ocupados buscando el modo de solucionarlo. Entonces, vosotros dos podréis salir al encuentro del resto. Yo tengo la diadema mágica, algo se me ocurrirá…

—¡No voy a permitirlo! Además, la trampilla es de piedra, no tienes fuerza para moverla tú sola. Debe de haber otro modo… —Logan se desesperó pensando.

—¡No tenemos tiempo, joder! Cada segundo podría ser decisivo. Necesito que estéis conmigo en esto.

Desvié la mirada un instante al escenario y mis ganas de llorar aumentaron, al igual que mi rabia y mi dolor. Por los cortes que les habían hecho en las muñecas parecía que quisieran desangrarlos gota a gota.

—Hagamos una cosa… —susurró Logan—: disparad a los jarrones que hay a los pies del altar de sacrificios. Algo me dice que no están usando pintura precisamente… Después, tiráis las bombas de humo y salís corriendo. No me esperéis, una vez la liemos, tendremos que improvisar para sobrevivir. Nos encontraremos al otro lado de la cueva.

—¿Estás loco? ¡No nos vamos a ir sin ti! —le aseguré.

—Os encontraré.

—¡Hora de crear puto pánico! ¡Esto es la guerra! ¿Estás lista, Elena? —¿Era esa mujer malhablada y cargando el arma la misma influencer repipi que conocí en Nueva York?—. A la de una, a la de dos…

Saber que todo dependería de ese instante, de esa decisión que habíamos tomado a lo loco y que nos pondría a todos en peligro, me generaba muchísima ansiedad y me nublaba el poco juicio que me quedaba.

Si La Luna de Plata no nos mataba antes, lo iba a hacer el jefe…

Ava y yo intercambiamos una mirada de complicidad que sirvió para dar el pistoletazo de salida. Cuando las vasijas explotaron, impregnando a todos de ese líquido vital que antes había corrido por las venas de alguna de sus víctimas, cundió el pánico.

Mis ojos detectaron a un rapidísimo Logan acercándose a la trampilla, preparado para la siguiente fase de la peligrosa misión.

De pronto, todo fueron gritos y confusión.

—¡Tenemos intrusos! —clamó una voz de ultratumba.

Estoy segura de que así era exactamente como se sentían los phoenixbonders que esperaban pacientes su momento para intervenir: confusos. Sin entender quién estaba disparando ni por qué habían interrumpido el ritual.

No quise mirar al escenario por no saber en qué punto del sacrificio estaban, pero Ava me confirmó que aún seguían con vida. Eso me permitió respirar de nuevo. Porque si alguien iba a matar a Ethan McGowan… esa, desde luego, iba a ser yo. La angustia que estaba pasando no se la deseaba a nadie.

¿Por qué había accedido a ser parte del sacrificio? ¿Cómo es posible que Ethan fuera descendiente, si Viggo y Caerlion no lo eran?

Fue tal el alboroto de gente moviéndose en direcciones opuestas que no sabíamos a dónde dirigirnos. Algunos corrían como pollo sin cabeza; otros, reaccionaron más rápido, entendiendo que el disparo procedía de donde nos hallábamos.

Los fanáticos se dispersaron entre alaridos y toses nerviosas, algunos preparándose para atacar a un enemigo invisible y otros para huir de allí o refugiarse.

—¡Tira las bombas y corre! —Ava fue la primera en reaccionar, siguiendo nuestra parte del plan. Yo hice lo propio, sintiendo que los pies se me quedaban pegados al suelo—. ¡Corre! ¡Vienen hacia aquí!

—¡No podemos dejar a Logan!

—No podemos esperarle, Elena. ¡Corre!

Si Ava no me hubiera agarrado del brazo y arrastrado hasta uno de los túneles que se abrían ante nosotras, sé que no habría sido capaz de irme dejando allí a un compañero. Pero estábamos

en una situación desesperada, teníamos al menos veinte lunaplatenses pisándonos los talones mientras el resto se refugiaban en las habitaciones o se armaban hasta los dientes para luchar.

¿Qué habría sido de Ethan y Gina?

¿Seguirían atados en el escenario o los habrían llevado a un lugar seguro?

¿Dónde estaban el resto de phoenixbonders cuando más se los necesitaba?

El eco de sus pasos resonaba en las paredes, acompañado de gritos de guerra que no logramos descifrar. Cada vez estaban más cerca.

—¿Se puede saber por qué vas tan despacio? —urgió Ava.

—¡Porque yo no tengo tus piernas kilométricas! —le recordé—. Y estos túneles son un maldito laberinto. Si no miramos bien por dónde vamos, podríamos vernos en un callejón sin salida.

—¿Tienes alguna idea de por dónde seguir, entonces?

—Fíjate en el suelo. Si está desgastado, vamos por el camino correcto.

No perdimos tiempo en averiguaciones. Tan pronto nos topamos con una cortina de terciopelo, supe que estábamos en uno de los aposentos, lo que se traducía en una ratonera. Pero no era tanta la distancia que los llevábamos de ventaja como para dar media vuelta y elegir otro camino.

Esta vez fui yo quien agarró a Ava del brazo y tiró de ella. Se había quedado paralizada al ver a unas chicas drogadas y medio desnudas en una de las camas para los rituales.

—No podemos hacer nada por ellas. Nos retrasarían un montón. —Aquellas palabras me dolieron a mí más que a ella—. Ni siquiera sabemos de qué bando están. Las reglas son bastante claras al respecto...

—¿Desde cuándo sigues tú las reglas? ¡No podemos dejarlas aquí, Elena!

—¡Están drogadas! —insistí, pues las voces cada vez sonaban menos lejanas.

¿A quién quería engañar? Yo tampoco podía dejar a esas mujeres. Había estado en una situación muy similar un par de años antes y no quería que nadie más pasara por lo mismo.

Intentamos reanimarlas con una jarra de agua que encontramos bajo la cama, pero estaban completamente idas. Y lo peor es que parecían felices de ello.

—Tenemos que irnos —rogué, sintiendo que el tiempo se nos escapaba entre los dedos.

—¡Mierda! ¡Joder! ¡Seréis gilipollas, niñatas! —Ava tuvo un arrebato de ira—. Llevan el puto tatuaje en la muñeca. ¡Son furcias lunaplatenses!

No me sorprendió descubrir que se trataba del mismo tatuaje que Ethan había lucido una vez en su brazo. ¿Significaba eso que…? De un modo u otro, estaba claro que me había mentido también en cuanto a eso…

Agarré a Ava del brazo, siendo por una vez la más fuerte de las dos. En su mirada pude ver todo el dolor que yo llevaba años experimentando. Cuántas mujeres habrían pasado por sus manos durante tantas y tantas décadas.

—¡Ahí están! —Una voz resonó detrás de nosotras—. ¿Esas no son…?

—Las dos putas de Junior juntitas. Habrán venido a plancharle la túnica para la ceremonia.

—¡Que no escapen!

Atravesamos la sala, esquivando divanes, camas y sofás. Una habitación nos llevaba a otra, y a otra más, siempre con la duda de qué habría al otro lado. Si ellos nos estarían esperando.

—Me he empollado ese mapa y, si los cálculos no me fallan, siguiendo por ese pasillo deberíamos salir a la escalera lateral del escenario —aseguró Ava.

Decidí confiar en ella por falta de una opción mejor.

Al atravesar el largo pasillo, decorado con pinturas de dioses aztecas, nos topamos con una

enorme puerta de madera maciza. Afortunadamente, estaba abierta y no había nadie al otro lado.

Con la pata metálica de una moderna mesa desmontable, conseguí atrancar la puerta. No tardamos en escuchar los gritos furiosos de aquellos que nos perseguían, aporreándola sin piedad desde el otro lado.

Se me iba a salir el corazón del pecho.

—¿Sabes algo del resto? —pregunté entre gemidos lastimeros. Ava negó con la cabeza.

—Estarán demasiado ocupados tratando de sobrevivir, ¿no crees? —Estaba tan nerviosa que no tenía ganas de contestar a su sarcasmo—. Déjame que piense… —rogó Ava. Los gritos se sucedían a ambos lados de la sala. Estábamos atrapadas—. Esta tiene que ser la sala de atrezo, así que las cocinas tienen que estar a la izquierda… ¡no! A la derecha... Sí, será mejor que vayamos a la derecha.

—Eso no me da ninguna confianza…

Entonces, vi el pánico reflejado en los ojos de Ava y no supe qué estaba pasando hasta que ya fue demasiado tarde. Alguien me agarró por la espalda, pasándome un brazo por el cuello hasta asfixiarme en su intento por inmovilizarme contra su cuerpo.

Su perfume me resultaba familiar, entremezclado con un fuerte olor a óxido que me hizo entender al instante que era sangre.

Tosí, sintiendo que me asfixiaba. Podría intentar zafarme de sus brazos, pero eso solo lo cabrearía más y no me daría la libertad, pues era más grande y fuerte que yo.

Su voz ronca y afectada por alguna sustancia estimulante me provocó un escalofrío cuando me susurró al oído:

—Mira a quién tenemos por aquí… ¿Me echabas de menos, preciosa? —Ni en un millón de años podría olvidar la voz de Christopher—. Y te has traído a una amiguita. Está que echa tiros la chula…

Me sentí morir. Definitivamente, no íbamos a salir de allí.

Ava emitió una sonrisa complaciente. Me sorprendió que dominara tan bien el español como para responderle en el mismo idioma:

—Es una pena que seas tan pendejo. En otras circunstancias…

—En otras circunstancias…, ¿qué? —susurró él con un gemido, demasiado cerca de mi oreja —. ¿Qué me harías… en otras circunstancias?

«¿Qué demonios estaba haciendo?».

—Sigo creyendo que lo que hacéis es repulsivo, pero…, viéndote así vestido… —susurró Ava —. Si voy a morir esta noche, al menos quiero llevarme un último buen recuerdo de este mundo. Nunca serías mi primera opción, pero tienes cierto parecido con mi novio que me despierta… curiosidad. Y he oído que sabes cómo hacer gozar a una mujer…

—No me ofendas: yo soy mejor que Junior, cariño. Si que te dé placer es tu última voluntad, estaré encantado de cumplirla antes de estrangularte con mis propias manos.

Christopher me soltó para acercarse a Ava con una sonrisa inquieta, jugueteando con su cuello con ambas manos en un gesto ambiguo, que no dejaba claro si iba a asfixiarla o a besarla.

Comencé a toser tan pronto volví a sentir el aire llenando mis pulmones.

Tenía las pupilas dilatadas. Su piel morena destacaba en un cuerpo prácticamente desnudo, a excepción del taparrabos que mostraba más de lo que cubría. No podía negar que era atractivo de un modo… perturbador.

Mi compañera aguantó que le metiera la mano por dentro de los pantalones, buscando su hendidura. Ava cerró los ojos y se mordió el labio inferior, dejando escapar un suspiro de placer.

—Veo que tienes ganas de fiesta, zorra. Estás bien mojada… —siguió él apresando sus labios.

Ava correspondió a su gesto acariciando su miembro por debajo del taparrabos, que estaba tan abultado que sobresalía por la ranura de este.

De pronto, lo entendí todo…

¿Tan drogado estaba Christopher que no veía que algo no cuadraba?

Hice un amago por sacar mi arma, y Ava me hizo un gesto afirmativo con la cabeza, antes de volver a enredarse en los labios de Christopher.

Nunca he sido muy buena reaccionando en situaciones de estrés, tal vez por eso no aproveché la oportunidad para dispararle, golpearle en la cabeza o lo que fuera que esperara de mí. Me sentía inútil, bloqueada, incapaz de salvar a mi compañera. Era más factible que me tragara el orgullo para llorar allí mismo como un bebé indefenso a que fuera capaz de apretar el gatillo.

—Me apasiona coger con las novias de Junior. Tenéis algo… delicioso.

Debí haber imaginado que no iba a conformarse solo con ella. Se despegó de sus labios para buscar los míos, y yo no pude negarle el beso, con la esperanza de que Ava fuera más resolutiva que yo.

—Tú y yo tenemos algo pendiente, preciosa.

Quise seguirle el rollo, ser capaz de acariciarle para salvar el pellejo, como había hecho mi compañera o Marina con Helga, pero no pude.

Me sentía asqueada.

Chris fue directamente a mis pechos, apretujándolos por encima de la ropa sin ningún cariño. No podía permitirlo. Iba a encontrar la diadema de Sara, iba a…

—Me encantaría que Junior pudiera ver cómo me cojo a su novia y a su exmujer a la vez —susurró, lamiendo mi cuello con lascivia—. Amaría ver su cara mientras me tocas.

Su lengua se coló en mi boca de forma brusca, asfixiándome, y con su mano me obligó a acariciarle. No podía hacerlo. Él agarró la mía con fuerza, marcándome el ritmo sobre su miembro.

Apreté los ojos, como si así la situación fuera menos real.

¿Por qué no podía coger la pistola y pegarle un tiro?

Me quedé rígida mientras él desabrochaba el cinturón de mis pantalones y sus manos se perdían en mi interior. Pegué un respingo, al tiempo que contenía las lágrimas. Le excitaba mi sufrimiento, encontraba algo placentero en mi resistencia hasta el punto en que se olvidó por completo de Ava.

El olor a sangre era nauseabundo. Su aliento a… metal. Sentí una potente náusea que hizo que me temblaran las piernas.

Pensé en todas las advertencias de Ethan y Mark porque no me uniera a la misión, recordándome que no estaba preparada. En esos momentos, era más un contratiempo para Ava que una ayuda.

Entonces, todo se tiñó de rojo y horror.

En un abrir y cerrar de ojos, Ava sacó la pistola de donde quiera que la guardaba y le pegó un tiro en la nuca.

Proferí un grito, que se intensificó al verme toda cubierta de sangre cuando el cuerpo de mi agresor cayó sobre mí. En un acto reflejo, le aparté de un empujón, sin dejar de gritar. Ava lo solucionó tapándome la boca.

—Un gilipollas menos. Ya podemos irnos. ¿Ves? Te dije que era por aquí.

¿Quién era esa mujer que estaba tan tranquila después de haber matado a un hombre? ¿Después de haber abandonado a Logan cuando se había sacrificado para darnos tiempo?

Yo estaba en un continuo estado de *shock* e histeria. ¡Por el amor de Dios! ¡Solo era una

periodista cultural! Mataba con mi pluma y mis palabras mordaces, no con armas de fuego. Si sobrevivía a esa noche, no iba a ser capaz de superarlo.

Con un tambaleo, me dejé caer en el suelo, la mirada perdida, hiperventilando.

—¡Ey, reacciona! —Ava chascó los dedos en el aire y me dio un par de bofetadas—. Si no lo hubiera hecho yo, nos habrían servido de postre en ese ritual, así que deberías estar feliz de que me lo haya cargado yo a él primero.

«Feliz, feliz… Lo que estaba era aterrorizada».

Asentí con la cabeza y me incorporé. Si Chris se había colado por esa puerta, estaba segura de que conducía a sus aposentos y, desde allí, no habría mucha distancia a donde estaban las cocinas, según el plano que había intentado memorizar en cinco minutos. Un plano basado en las memorias de aquellos que, como yo, habían estado allí antes. Y, a menudo, eran tan contradictorias como difusas.

Llegamos a una sala simple cubierta de armarios de principio a fin.

—Necesito lavarme. Estoy oyendo el caos de la habitación contigua desde aquí.

—No lo hagas. La sangre te ayuda a mimetizarte con el ritual —repuso tranquila—. Deberíamos buscar otro atuendo que nos haga pasar desapercibidas…

—¿Atuendo? No sé si te has dado cuenta, pero todo el mundo va medio en pelotas… Se iba a notar mucho que llevamos pistolas, ¿no crees?

—¡Túnicas, entonces! Están reservadas a los altos rangos, así que nadie se atreverá a tocarnos.

Con la confianza que nos brindaba nuestra nueva apariencia, atravesamos la sala y nos adentramos en ese salón donde reinaba el más absoluto caos. Las preguntas se sucedían una tras otra, con los interlocutores alzando la voz para hacerse oír sobre los demás.:

«¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha interrumpido el ritual?».

«¡Helga va a estar furiosa! Nadie deja a medias un ritual de estas características».

«¡Tenemos que seguir con el ritual! Si no se hace a la hora exacta, hay que posponerlo hasta el próximo año».

«¡Alguien ha cerrado la gruta de Salazar y se ha llevado la llave!».

«¿Cómo que…? ¿Alguien, qué alguien?».

«Los líderes han intentado huir, pero la salida de arriba está bloqueada. ¿Qué demonios está pasando?».

—¿Has sabido algo de Logan? —Bajé la mirada en dirección a su pulsera, que se iluminaba discretamente con el color rojo de Lalo.

Ava negó con la cabeza. Odiaba que siempre me respondiera eso.

Sentí una punzada de dolor muy fuerte en la boca del estómago. ¿Cómo podía seguir fingiendo que tenía el control cuando el miedo y la culpabilidad por el destino de Logan me martirizaban? ¿Cuando no sabía si mi amiga y el amor de mi vida seguirían con vida?

Jamás pensé que me vería diciendo algo parecido, pero tenían razón: no estaba preparada para esa misión. Estaba siendo más un estorbo que una compañera de aventuras.

Si no hubiera tenido a Ava tirando de mí en varios momentos, la historia hubiera sido muy diferente…

—Tenemos que irnos. —Un discreto apretón de manos sirvió para que entendiera la orden.

62

Llegar a la cocina suponía tener que atravesar esa sala repleta de gente sin que nadie nos señalara con el dedo. Y en la falta de confianza con la que caminaba, se me notaba a la legua que yo no era lunaplatense.

A nuestro paso, una procesión de reverencias y símbolos de respeto. Nadie tenía ni puñetera idea de quienes éramos, pero con esos atuendos, nos creían de la realeza.

Las cocinas no eran lo que yo imaginaba. No sé por qué en mi cabeza veía fogones y chefs corriendo de aquí para allá, pero no eran más que una solitaria estancia con rocas talladas en la propia cueva haciendo las veces de mesa. Sobre estas, bandejas de catering con aperitivos, embutidos, cestas de frutas y pasteles, nada demasiado elaborado. También había unos enormes termos que, sospechaba, contenían la infusión a base de ayahuasca y otras hierbas alucinógenas.

—¿Seguimos de frente o cogemos el túnel de la izquierda? —Esperaba que Ava tuviera la respuesta, pero estaba tan confundida como yo.

—No recuerdo el plano tan bien. Reconozco que no me molesté en aprenderlo porque se supone que Lalo y Logan tenían una copia.

—¡Magnífico! Porque necesitamos tomar una maldita decisión.

Me asomé al túnel que seguía de frente. Era difícil discernir nada con todo el griterío y caos a nuestro alrededor. Cuando me asomé al de la izquierda, sentí una paz que no correspondía con los últimos acontecimientos.

—Cogería el de la izquierda. El ruido es menor, es posible que lleve hasta la salida —propuse.

—O que sea una trampa…

—¡Por lo que más quieras, Ava, toma tú una decisión! —rogué—. El de enfrente lleva al escenario. A no ser que quieras plantarte en medio del ritual…

—Sí, pero desde allí sabrías guiarnos a la salida que tú conoces, ¿verdad? Si cogemos el camino de la izquierda solo porque está silencioso, vamos a seguir improvisando eternamente.

—¡Decidido!

Sin más tiempo que perder, agarré a Ava del brazo para arrastrarla por el camino que nos llevaba directamente al escenario.

La estampa era desoladora. El olor a sexo y excesos, nauseabundo. No vi a ninguno de los nuestros, ni siquiera vi a las dos parejas que estaban en las camas antes de nuestra huida. Solo esperaba que mis amigos no hubieran pagado cara nuestra imprudencia…

—Escúchame, Elena. Las cosas van a ponerse muy feas y necesito que me prometas que vas a apretar el gatillo si fuera necesario.

Dije que sí, tampoco tenía otra opción. Me encontraba en un estado tan irreal que no sabía siquiera si podría repetir mi nombre. Porque en el suelo, delante de nosotras, había un reguero de sangre que se perdía por la derecha. No era abundante, aunque sí significativa.

—Bueno, mirándolo por el lado positivo… Parece que hemos encontrado el camino.

Me entraron unas ganas terribles de abofetearla. ¿Cómo podía mostrarse optimista en un momento así? Y con un humor tan… negro.

—Debemos borrar las huellas o no les costará nada seguirnos.

—No tenemos tiempo, Elena. La isla tiene las horas contadas.

—¡Joder! ¡Qué puto desastre! —Me estaba volviendo loca.

Tres llamaradas rojas alumbraron la pulsera de Ava. ¡Gracias al cielo!

Ni rastro del verde de Logan.

—Eso quiere decir que están camino a la salida, ¿verdad?

—Al menos, Lalo sí... Lo que no significa que la misión haya salido bien, así que rebaja tus expectativas, ¿vale? No quiero que te lleves un chasco si... —Le agradecí que no acabara la frase —. Ahora lo importante es salir de aquí con vida.

Sabía a qué se refería. Nosotras ya habíamos perdido a uno de los nuestros por el camino. Era posible que los otros phoenixbonders se encontraran en peligro, inferioridad de número, heridos… o que incluso hubieran llegado tarde al rescate. El reguero rojo que íbamos siguiendo me indicaba que Ethan y Gina habían perdido bastante sangre.

—¿Qué hacéis aquí? —Un joven nos empujó a contracorriente para llevarnos de vuelta a las habitaciones—. Todos los de vuestro rango están ya a salvo en el gran salón. ¡Deprisa!

Era cierto. A nuestro alrededor no había nadie de la élite, pero no podíamos llevarle la contraria. Los que estaban a la vista, luchando a lo lejos por abrir la trampilla donde se encontraba Salazar, eran hombres fuertes y vigorosos sin un rango definido.

Todo era caos y confusión. Había escoltas armados protegiendo la entrada de las habitaciones; algunos habían aprovechado el jaleo para rendirle culto a los dioses a su manera con una de las menores en medio del escenario. Nadie parecía adivinar el sufrimiento en su rostro.

Necesitábamos salir de ahí como fuera, pero ¿cómo, si ese crío no nos dejaba ni a sol ni a sombra?

Ava aprovechó un descuido del chico para asestarle un puñetazo que lo dejó tieso en el sitio. Me di la vuelta con los ojos apretados para evitar que las lágrimas salieran a borbotones por ellos. No quería ver cómo acababa el trabajo, aunque su destino estuviera ya escrito en las cartas. La isla iba a volar por los aires en menos de una hora y todos correríamos la misma suerte.

—Cincuenta y cinco minutos. —Como leyéndome el pensamiento, Ava señaló el temporizador de su muñeca.

No íbamos a conseguirlo. Incluso en bajamar, esos túneles no eran particularmente fáciles de atravesar y, en la otra salida, los líderes estaban atrapados esperando a que alguien los dejara salir a través de la caseta. La habíamos llenado de explosivos y era cuestión de tiempo que todos muriéramos calcinados.

—Será mejor que nos quitemos las túnicas, no sea que alguien intente «rescatarnos» de nuevo —sugirió Ava.

Atravesamos la multitud a contracorriente. La adrenalina me calentaba las venas. Mi silencio me delataba.

Una nueva señal luminosa nos indicó que Lalo seguía con vida.

—¡A por ellas!

No sé cómo se dieron cuenta tan rápido de que éramos las intrusas, pero estábamos en un serio peligro. No teníamos tiempo para improvisaciones, así que eché a correr en dirección a la que yo creía era la salida de ese laberinto de piedra, con Ava siguiéndome muy de cerca.

—¿No tendrás más bombas de esas de humo? —vociferé. Mi compañera negó, justo antes de pegar dos tiros hacia atrás, sin mirar a quién iban dirigidos—. ¿Granadas?

—Las he usado para generar caos…

—Pero ellos no lo saben, ¿verdad?

Ava entendió al instante lo que estaba proponiendo. En una situación como esa en la que lo teníamos todo perdido, con lunaplatenses furiosos rodeándonos por todas partes, tirarnos un farol podría ayudarnos a ganar algo de tiempo. Sin dejar de correr ni un instante, rebusqué en la mochila hasta dar con la cantimplora en forma de granada. Jamás había apreciado tanto el

infantil sentido del humor de Lalo.

Nos lo íbamos a jugar todo a una carta, así que frené en seco y, cuando estuvieron lo suficientemente cerca de nosotras para vernos, elevé en alto la granada-cantimplora con mirada amenazadora.

—Un solo paso más y volamos todos por los aires. —Mi voz sonó fuerte, amplificada por el eco de la cueva.

Tres hombres de gran tamaño, a los que no había visto antes, detuvieron sus pasos para mirarse entre sí, como si pudieran evaluar telepáticamente cuánto de verdad había en mis palabras. Con todo lo que habían luchado durante siglos para mantener su templo y sus creencias intactos, no podían permitir que colapsara.

—¡No las creáis! —bramó un cuarto hombre, el más fanático de todos—. Si detonan la granada, ellas también morirán. No serían tan estúpidas.

—¡No tienen nada que perder! Están atrapadas, van a morir de todos modos… ¿Por qué no morir matando? —se arriesgó el otro.

Ava y yo nos miramos con temor, aunque no podíamos permitirnos ningún signo de debilidad. No teníamos recursos ni nada que perder, y liarnos a tiros cuando estábamos en una clara desventaja en número, no hubiera sido sensato. Ellos eran más de diez y nosotras… una. Porque, seamos realistas: yo era incapaz de matar a una mosca. No podría apretar el gatillo.

Y yo que nunca había creído en nada, me vi rezándole a Sara para que me ayudara a salir de allí, como si de verdad fuera una bruja capaz de detener aquella locura sin sentido.

—¡Dejad que se vayan! —gritó el tercer hombre—. Tenemos que encontrar a Junior y a esa puta. En cinco minutos comienza la pleamar. No van a conseguirlo.

Sus palabras me hicieron dudar. No solo porque fuera a dejarnos huir, sino porque se suponía que la agencia había calculado los tiempos al milímetro y teníamos al menos una hora más hasta la pleamar.

Di un paso para atrás, esperando a que Ava fuera quien tomara una decisión rápida, pues actuando bajo presión era mucho más ágil que yo. Al ver que no había peligro a nuestra espalda, emprendimos de nuevo la huida, conscientes de que la amenaza persistía y podía tratarse de un farol.

Al final del túnel encontramos una bifurcación que nos obligó a elegir una escalera hacia abajo u otro camino que continuaba en línea recta.

Recordé algo que había leído una vez sobre las rutas de escape ocultas que construyeron los antiguos mayas, como aquel túnel sellado bajo la pirámide de Chichén Itzá, que un grupo de arqueólogos intentaba despejar para averiguar si conectaba con algún cenote o caverna submarina.

Estaba convencida de que todos esos túneles comunicaban entre sí de algún modo y nada se había construido por casualidad.

Dejé que el espíritu de Sara me guiara por el camino que descendía, tan solo iluminadas por el débil haz de luz de nuestras linternas.

Es curioso cómo un simple detalle puede hacer que un montón de recuerdos borrosos te aturullen las neuronas. Eso fue lo que me pasó cuando tropecé, que de pronto, la ruta que había seguido años atrás se dibujó con claridad ante mí, reconociendo el lugar donde me había torcido el mismo tobillo la vez anterior. Incluso se había formado un charco parecido en el que me había empapado los pies, que entonces llevaba descalzos.

O igual solo era un espejismo, como en un oasis… La necesidad de encontrar una vía de escape.

—Es por aquí —aseguré.

Ava miró la grieta de la pared con escepticismo, pero no puso en duda mi palabra y me siguió por esa rendija en la que difícilmente podrían haberse colado la mayoría de los lunaplatenses que conocíamos. Ya solo por eso, valía la pena arriesgarse.

Era claustrofóbico y no había luz. Tan pronto logramos atravesarla, alumbré con mi linterna los túneles que se bifurcaban ante nosotras, optando por el de la derecha.

Ava me seguía en silencio. Tan solo se oía el eco de nuestras pisadas recorriendo el túnel a gran velocidad para salir de allí cuanto antes. Hacía frío y la humedad que entraba por la boca me helaba los pulmones.

—¡Mierda! ¿Oyes eso?

Nos escondimos en una cavidad de la cueva tan pronto unos susurros nos llegaron en forma de eco. Había alguien más siguiendo la misma ruta, aunque no estábamos lo bastante cerca como para distinguir lo que decían las voces.

A los susurros los acompañó una risa histriónica que se hizo más aguda a medida que nos acercábamos.

Salimos de nuestro escondite y avanzamos un poco más, alentadas por la sospecha de que aquella voz nasal solo podría pertenecer a una persona.

—Es una suerte que me haya ligado las trompas o ahora mismo tendría que estar preocupada de traer al mundo a un mártir. —Gina reía al borde del colapso, entusiasmada con su propio chiste—. ¡Hablo como una chiquilla de veinte años y no como una pre menopaúsica!

—¿En serio te has ligado las trompas? —Sí, definitivamente ese era Casper—. ¿Me estás diciendo que llevamos tres años intentando tener hijos, que te has sometido a tratamientos de fertilidad, y sabías desde el principio que no podías quedarte embarazada?

—Sabía desde el principio que ellos querían preñarme como a una… ¡como a una vaca escocesa! —¿Estaba Gina borracha?—. Tenía que hacer algo al respecto, bichito mío. No quería traer más niños a este mundo que acarrearan la maldición. ¡Mira Gael y Gaia, los pobres! En un sinvivir tienen a su padre, aquí presente.

Ava y yo intercambiamos una mirada de alivio. Ignorábamos las aventuras que los habían traído hasta allí, pero ahí estaban: Lalo y Mark sujetando a un Ethan tan desmejorado, que tuve que valerme de sus tatuajes para reconocerlo. Parecía deshecho y drogado, aunque no del mismo modo que Gina, quien trasmitía una euforia que solo había visto en los clubes de Ibiza.

Ambos lucían túnicas de ceremonia negras. La de Ethan no tenía mangas y estaba rasgada por varios sitios. La de Gina estaba abierta, dejando entrever el aparatoso bikini de ante beige recubierto de piedras semipreciosas.

Un carraspeo fue la señal elegida por Ava para anunciar nuestra presencia. Lalo y Mike se dieron media vuelta con el arma cargada y nos apuntaron a las dos en un instante. Estaba claro que nuestros pasos ya les habían alertado de que no estaban solos. Levantamos las manos en son de paz y los chicos bajaron el arma al instante.

—¡Joder! No sabes lo preocupados que estábamos. —Mike fue el primero que se saltó las normas para darme un fuerte abrazo que le devolví. Me transmitió de golpe una placentera sensación de antigua realidad que no supe describir.

—Estamos bien —le aseguré, fundiéndome ahora en un abrazo con Lalo—. ¿Habéis conseguido la máscara?

—La tiene Ethan.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Dónde está Logan? —preguntó Mark, que no se acercó a nosotras porque era el pilar que sostenía a Ethan de pie.

—Nos alcanzará —aseguró Ava, aunque todos sabíamos que no era cierto—. Tenemos treinta y cinco minutos para salir antes de que todo estalle.

—Más quince minutos de cortesía —anunció Mike—. He programado las bombas un poco más tarde de lo que os he dicho para darnos algún tiempo extra.

—Si salimos de aquí con vida, te quiero en la agencia a jornada completa —reclamó Mark—. En cuanto a vosotras, ya hablaremos de lo que ha pasado hoy. ¡Me cago en todo, Elena! Siempre que apareces en escena, la lías. ¿Es que no puedes seguir una maldita norma sin rechistar? Lo que habéis hecho ha sido una temeridad. Llevábamos años planeándolo al milímetro y, de repente…

—De repente, hemos rescatado a estos dos cuando no teníamos una puta oportunidad para intervenir, porque te recuerdo que el plan se fue a la mierda tan pronto nos cambiaron el orden de los pasos en el ritual —reconoció Lalo, enfrentándose al jefe—. Da gracias a que Elena sea tan temeraria.

Aquella mirada adormecida que me observaba en silencio me dejó inquieta. A pesar de sus marcados músculos, estaba mucho más delgado, lo que demostraba su barbilla afilada —algo más rasurada que de costumbre, haciéndole parecer mucho más joven de lo que en realidad era— y los pómulos, que se pronunciaban en un rostro anguloso decorado con pinturas rituales en turquesa y dorado.

¿Quién era ese hombre al que una vez juré amar para siempre?

¿Era Ethan McGowan su verdadero nombre?

Sus ojos verdes destacaban sobre un denso maquillaje negro que los rodeaba, asemejándose de un modo desconcertante a la ilustración que había visto de Salazar en ese libro de historia.

Bajo la túnica rasgada se intuía el maquillaje que decoraba su pecho y sus brazos; sus piernas estaban apenas cubiertas por un pesado taparrabos con una elaborada decoración de abalorios y plumas, que dibujaba una historia que desconocía.

Se le veía débil, desconcertado, abatido. Roto… Rotísimo. ¿Qué diablos habían hecho con él desde la última vez que lo vi?

En las muñecas llevaba unos brazaletes dorados con turquesas iguales que los de Gina, de los que salía una argolla, que supuse es la que habían empleado para maniatarlo a esa cama. Tenía un vendaje en la muñeca cubierto de sangre, varios cortes en las costillas y moratones. Muchos moratones.

Teniéndolo delante, no supe reaccionar. Mi alma se dividió entre lo mucho que le quería y la certeza de que me había utilizado.

¿Qué pesaba más?

Me costó resistir la tentación de acunarlo entre mis brazos. Controlar esas ganas de llorar de rabia, de frustración, de miedo, de impotencia…

¿Era nuestra alianza de boda lo que llevaba en su mano derecha? Pero… ¿por qué?

La voz que escapó de sus labios fue apenas un aliento que no correspondía al sonido de su voz grave y sensual.

—¿Qué hace…? ¿Qué hace ella… aquí? Me habíais… jurado que…

—Con tu mujer discutes tú, machote. A mí me preocupa más salir de aquí con vida, y no nos queda mucho tiempo… —replicó Lalo.

—Ya lo creo que vamos a discutir… —susurré por lo bajo.

A pesar de la poca fuerza que tenía, Ethan se las ingenió para coger mi mano cuando emprendí la marcha de nuevo, haciendo que me detuviera. No quería hablar con él, no podía verle en ese estado. No podían pedirme que fuera fuerte cuando yo misma estaba en ruinas.

—¿Qué haces… aquí? Yo… te saqué… del caso —lamentó. Apenas tenía fuerzas para hablar —. Te pedí que cuidaras… de los niños.

—Los niños están bien, mejor que nosotros… —respondí con calma.

—¿Es que no eres consciente de que igual no…?

—¡Chist! —le obligué a callar. No quería saber cómo continuaba esa frase—. Me pediste que dejara el caso después de entrenarme y ponerme la miel en los labios. ¡No es justo! —espeté tranquila—. Además, te recuerdo que Gael ya ha sufrido demasiadas pérdidas como para sumarle la de un padre mártir. Y hablando desde el egoísmo, soy muy joven para quedarme viuda por una leyenda absurda, el luto no me sienta bien. Así que espabila porque esta isla tiene los minutos contados. ¿Divorciada? Como quieras. ¿Viuda? ¡Jamás!

Mi verborrea nerviosa sirvió para que esbozara una sonrisa triste que le provocó un agudo dolor en las costillas. Estaba tan… deshecho.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —Sus palabras llegaron acompañadas de un abrazo débil, que incluyó la necesidad de sujetarle cuando se tambaleó contra mí—. Quiero contártelo todo, Elena. Quiero…

—Ya hablaremos en tierra firme. Este no es el momento ni el lugar.

Gina seguía colocadísima, aunque estaba claro que no le habían dado lo mismo que a Ethan.

—Yo creo que tendría que haber follado más de joven. Siempre he sido una loba solitaria. —De repente, la pelirroja rompió a reír, doblándose de risa—. Creo que esta noche ha compensado en ese sentido. ¿Cuántos tíos he tenido dentro? ¿Unos quince? Perdí la cuenta con el décimo… Tampoco me había sobado una mujer tanto en la vida. Había una rubia que no paraba de comerme las tetas.

—¡Por Dios, haced que se calle! —rogó Mike.

Casper, quien nunca había tenido un color de piel muy favorecedor, estaba blanco como la pared al escuchar los desvaríos de su mujer.

Seguimos recorriendo los pasillos alumbrados únicamente por nuestras linternas, las cuales empezaban a debilitarse por culpa de la batería. Tantos años de evolución para eso.

Más túneles oscuros. Tomábamos nuestras decisiones en función de los niveles de humedad que percibíamos en los muros o el sonido del agua cercano. La salida se hacía a través de una hermosa piscina natural con una grieta en la pared, por la que se colaba el mar en forma de cascada cuando subía la marea.

Los ánimos estaban por los suelos. No solo habíamos perdido a un gran soldado y amigo por el camino, sino que sabíamos que, cada segundo que pasaba, estábamos más lejos de lograrlo.

Cuando escuché el sonido del agua cayendo con fuerza sobre la piscina, sentí pánico y alivio.

Alivio, porque estábamos cada vez más cerca de dejar atrás esa aventura.

Pánico, porque ese bastardo lunaplatense no mentía al decir que estábamos en pleamar... ¿Quién demonios había diseñado el plan?

—Ese sonido no es buena señal, ¿verdad? —Mark me leyó el pensamiento—. Bien, no es un contratiempo, solo significa que tendremos que ser más rápidos.

—No podemos irnos y dejar aquí a Logan —susurré.

La ansiedad empezaba a ahogarme el pecho…, y aún no estábamos cerca del túnel.

—Llegados a este punto, no tenemos otra opción, Elena. —Mark esperaba que aceptara sus palabras, pero no podía. No podía—. Todos sabíamos que esta era una posibilidad cuando firmamos la misión. Y la puta cueva va a saltar por los aires en veinte minutos.

—¡Qué predecibles sois!

Todos nos giramos al oír la voz de Adrián Duarte, acompañado de al menos otros seis

hombres, y su inseparable Isobel.

Al verle vestido como un sacerdote azteca, me acordé de las confesiones que Caerlion me había hecho en Bucerías acerca de sus vivencias en esa misma cueva. Lo atraída que se sintió por él, a pesar de lo mucho que había llegado a odiarle.

Su presencia allí no eran buenas noticias, pues, tal y como él dijo:

—Lamento deciros que no vais a salir de aquí con vida.

Duarte dio un paso al frente hacia donde estaba su hijo y todos los phoenixbonders reaccionamos al instante, rodeando a Ethan y Gina para protegerlos. Estaban demasiado débiles para valerse por sí mismos.

—Como des un paso más, eres hombre muerto —avisó Ava, con esa mirada que en pocas horas yo había prendido a temer porque sabía bien de lo que era capaz.

—Uuuh, las dos gatitas defendiendo a ese despojo… En serio, no sé qué veis en él… No es más que un humano de segunda.

Duarte dio un nuevo paso, dejando atrás a Isobel y sus hombres. Nosotros nos movimos a la vez, preparándonos para coger las armas.

—Estamos en igualdad de condiciones, Duarte —susurró Mark—. Empezar un fuego cruzado tendría consecuencias dramáticas para los dos bandos.

—No me interesa mataros, Mark. Por lo menos, todavía no… —respondió con calma—. Dadme a Junior y la máscara, y os dejaremos en paz. No podemos esperar otros quinientos años para repetir el ritual. Podéis quedaros a la otra puta si queréis.

No hay nada que acojone más en esta vida que ver el miedo reflejado en el rostro de alguien que lo tiene siempre todo bajo control. Y el pánico que transmitían los ojos de Mark… me indicó que no teníamos escapatoria.

63

—Podemos hacer esto por las buenas o por las malas. Yo, personalmente, elegiría la primera opción… No pienso abandonar esta cueva sin concluir el ritual, me cueste lo que me cueste.

Odiaba la voz de Adrián Duarte. Era como si desprendiera maldad por sí misma.

—Eso no va a ocurrir —aseguró Mark—. No creo que estés en posición de negociar.

Miré fijamente a los seis hombres que acompañaban a Duarte. Estaban en tensión, listos para abalanzarse sobre nosotros a la primera orden o, en su defecto, liarse a tiros con quien hiciera falta.

Isobel parecía mantenerse al margen de la pelea. Sus ojos verdes se veían enigmáticos con ese extraño maquillaje; unos ojos que ahora miraban con soberbia a su sobrino.

Sé que, si los phoenixbonders no le hubiéramos rodeado, se habría acercado a escupirlo o algo mucho peor. Aunque éramos superiores en número, teníamos a los dos descendientes drogados y… a mí, que seguía en ese estado de perturbación en el que me veía incapaz de pensar con la mente fría ni ser útil.

—¡Serás pendejo! —¿Estaba hablando Duarte con su hijo?—. Te tocó una vez la lotería y lo desaprovechaste. Así que aquí estamos… Al final, el universo tiene una manera curiosa de cerrar el círculo y poner a cada ser en su lugar.

—¿De…? ¿De verdad crees que… alguna vez…? —A Ethan le costaba respirar—. ¿Me tocó la… lotería… contigo?

—¡Mírate! Das asco. —Nunca había visto tanto desprecio en una mirada—. ¿Tanto vale la pena esa zorra para sacrificar tanto? Podríamos haber acabado con esto hace un año, sin sufrimiento… Y aquí estáis los dos… Ni en sueños podría haber salido mejor el plan. —Con un movimiento de cabeza, Duarte indicó a sus hombres que se acercaran a nosotros—. Apresad también a Elena. No podemos dejar que esa bruja se salga con la suya.

No sé de dónde sacó las fuerzas Ethan, pero los phoenixbonders no fueron los únicos que se levantaron en pie de guerra al oír su amenaza. Con un tambaleo, demostró lo débil que estaba, y Mark le hizo un gesto para que volviera a apoyarse en la pared que lo sostenía. Yo también reaccioné para protegerlo a él, lo que era un poco absurdo porque ninguno de los dos estábamos en condiciones de luchar, por diferentes razones…

De un empujón, mis compañeros me metieron con él en ese semicírculo que habían creado contra las rocas, protegiéndome de los lunaplatenses.

Yo no quería estar ahí, deseaba luchar. Pero sabía que mi parentesco con Sara era mi pasaporte directo a la hoguera y más me valía pasar desapercibida.

Duarte y sus hombres dieron un paso al frente, sabiendo que nosotros no podríamos dar uno atrás por encontrarnos tan cerca de la pared rocosa.

—Dejad… Dejad que… me lleve… con él —susurró Ethan. La energía no le alcanzaba para pronunciar palabra—. Proteged a Elena.

—Estás loco si crees que voy a permitirlo —repliqué sin mirarle.

No podía apartar la mirada de Duarte y sus hombres, que nos observaban como si fuéramos dos ratas a las que tenían que aplastar.

—¿De verdad crees que ella te ama, pendejo? —La risa de Duarte se amplificó de un modo monstruoso en la cueva. Hablaba en español para que solo su hijo y yo le entendiéramos—. Solo

eres un engendro de laboratorio. Un producto creado con fecha de caducidad. ¿Quién podría amar a alguien así?

¿De qué estaba hablando?

—No deis un paso más, hijos de puta. —Ava se envalentonó, apuntando a Adrián directamente a la cabeza—. No vamos a daros a ninguno de los dos, así que será mejor que os lo quitéis de la maldita cabeza.

—Relájate, morenita. —Su sonrisa arrogante era una de las cosas que más detestaba de él—. Es posible que yo no salga con vida de esta cueva, pero lo último que haré antes de morir será asegurarme de que vosotros tampoco lo hagáis.

Lalo seguía mordiéndose el labio, tratando de que un plan maestro llegara a su cabeza como por arte de magia.

En un segundo plano, Mark abandonó el círculo en un absurdo intento por dialogar con Isobel para ganar algo de tiempo con sus amenazas vacías.

Mucha palabrería, pero allí nadie pasaba a la acción, ¿por qué?

Observé a Ethan con curiosidad. De no haber estado tan drogado, el odio que reflejaría su mirada al ver a su progenitor sería mucho más intenso. La rabia incontrolable.

Tenía que pensar en algo rápido y, en ese estado, no podía contar con él. Mirando a mi alrededor en busca de una señal, los pulmones se me llenaron de una nueva angustia. No pensaba morir en esa cueva de la que ya había escapado una vez. Tenía que haber algún modo…

Dispararles sería muy temerario, empezaríamos un fuego cruzado en el que nadie saldría ganando. No tenía sentido. Si teníamos una mínima oportunidad de escapar de allí, no era con la violencia física…

«Piensa, Elena, piensa».

Cerré los ojos, ignorando las amenazas de Duarte, que se deshacía en palabras de desprecio a su hijo y reiteraba el sufrimiento que nos iba a causar a los dos en cuanto nos pusiera las manos encima.

El aire me traía susurros de otros tiempos, desafiando el destino impuesto por los dioses. Estaba tan concentrada que no sentí su mano hasta que apretó la mía con fuerza. Al abrir los ojos me encontré con los suyos, teñidos de tristeza.

«Lo siento», susurró cuando le miré, acompañado de un «te amo» cargado de culpabilidad.

Negué con la cabeza, incapaz de aceptar la derrota. Si todo eso había empezado con Sara y Salazar, tenía que acabar con ellos.

Aproveché que los phoenixbonders nos cubrían, mientras se enzarzaban en una guerra dialéctica con los lunaplatenses, para probar algo estúpido, pero en una situación así, no se me ocurría otra cosa…

—Sé que estás prácticamente en pelotas, pero…, ¿no tendrás por un casual la máscara escondida en algún bolsillo secreto? —Ethan frunció el ceño, sorprendido por mi pregunta. Con un leve movimiento de cabeza me confirmó que así era—. ¡Genial! ¿Recuerdas el cuadro de mi abuela? El que tenía en la habitación de invitados. Nos quedamos una vez a dormir allí, llovía demasiado para conducir de vuelta… ¿Lo recuerdas?

—Lo… Lo recuerdo, güera. —Ethan se llevó la mano al pecho, la cara se le arrugó en un gesto de dolor—. ¿Por qué…? ¿Por qué no me escuchaste cuando… hubo tiempo? Jamás me… perdonaré que estés… aquí por mi… culpa.

—El cuadro —interrumpí su arrebato derrotista, chascando los dedos en el aire—. No tengo ni idea de lo que estoy haciendo, pero… Mira a tu alrededor.

Nos encontrábamos en un lugar parecido al del cuadro, en la misma cueva. Me lo estaba

jugando todo a esa estúpida leyenda, confiando en que Ethan, a pesar de estar drogado, entendiera mis palabras y dedujera que yo tenía la diadema.

Me llevé la mano al bolsillo secreto de mi chaleco donde custodiaba la diadema, y él, mirándome a los ojos para asegurarse de que me estaba siguiendo correctamente, imitó mi gesto para sacar la máscara de una mochila plana que llevaba a la espalda, por dentro de su túnica maltrecha.

Los lunaplatenses, creyendo erróneamente que estábamos sacando una pistola, se prepararon para disparar, pero el arma que íbamos a utilizar contra ellos era mucho menos práctica y más… ¿absurda?

Ethan se puso la máscara de Salazar al tiempo que yo enganchaba la diadema de Sara en mi cabello, lamentando lo mucho que pesaba sobre mi cabeza.

Los murmullos no tardaron en hacerse oír, incluyendo los de los phoenixbonders, que se dieron la vuelta, mirándonos perplejos, preguntándose qué demonios hacíamos en un momento así.

En un gesto coordinado, Ethan y yo unimos nuestras manos y comenzamos a recitar esos versos que había heredado de mi abuela, escritos en una lengua muerta que me hacía sentir como si estuviera invocando al diablo, a las brujas de Salem y a los dioses del inframundo, todos al mismo tiempo.

Ni siquiera sabía si ese era el modo correcto de leerlo o paralizar el hechizo, teniendo en cuenta que aún no se había llevado a cabo.

¿Sería demasiado tarde para salvarnos?

Por un instante, me sentí morir.

No sé qué estaba esperando que sucediera, pero ni la máscara ni la diadema comenzaron a brillar intensamente, ni nuestro amor creó una explosión de energía que se extendió por la cueva e hizo que la Tierra temblase. No ocurrió absolutamente nada…

Tal vez fuera porque nuestro amor estaba roto.

¡Me sentí tan ridícula interpretando ese numerito en medio de una multitud...! Un final digno de ser recordado.

—Seguid con lo que sea que estáis haciendo —susurró Mark perplejo—. Está funcionando.

¿El qué estaba funcionando?

La mejor palabra que podía utilizar para describir lo que pasó después era pánico. El más absoluto y terrorífico pánico se dibujó en las pupilas de los lunaplatenses, que empezaron a actuar como si algún demonio maligno se hubiera apoderado de su raciocinio.

No podía mirarlos porque tenía que seguir concentrada en el contrahechizo. A esas alturas, sospechaba que bien podría haber entonado unos versos de Shakespeare en bable que a ellos les hubiera acojonado igual.

Los hombres de Duarte echaron a correr hacia la otra salida de la cueva, intentando resguardarse del maleficio de Sara.

—¡Vamos! —Isobel tiró de Adrián, quien parecía encontrarse en un extraño trance del que sería difícil sacarlo—. ¡Adri! —insistió con cariño la que probablemente fuera la mujer que más le había querido nunca—. Tenemos que salir de aquí, no sabemos lo que ese hechizo podría hacernos. Sara tenía el poder de provocar terremotos. Recuerda lo que pasó en Guanajuato…

¿En serio creían que Sara era la culpable de cualquier terremoto que hubiera pasado en el siglo XVI? Estaban más tarados de lo que pensaba…

—Tenemos que aceptar nuestro destino —susurró Duarte, con la mirada clavada en nosotros dos, pero sin vernos en realidad. Era como si… como si de verdad le hubiéramos hechizado.

—¡Por favor, Adri! —insistió Isobel, tirando de él hacia el camino que llevaba de vuelta a sus aposentos—. Tenemos que irnos antes de que los espíritus nos alcancen.

Los phoenixbonders seguían rodeándonos, protegiendo ese círculo sagrado que habían creado en el que, a ojos de cualquier ser humano racional, no estaba sucediendo nada.

Ni luces, ni música celestial. La más absoluta nada.

Y entonces, en medio de ese absurdo, ocurrió algo que jamás imaginé que verían mis ojos.

Algo de lo que preferiría no haber sido testigo.

Duarte sacó un arma del portapistolas que escondía bajo su taparrabos, y apuntó directamente a su hijo con una sonrisa desesperada y un brillo en los ojos cuyo significado desconocía.

Y todo ocurrió tan rápido que no logramos reaccionar.

—Juro que volveremos a encontrarnos, engendro. Te perseguiré en todas las vidas que estén por llegar, como ya lo hice en esta.

Su voz se perdió en las profundidades de la cueva tan pronto el sonido fue sustituido por el de un disparo. Los phoenixbonders gritaban, sin saber que no era a Ethan a quién Duarte había alcanzado con su bala… sino a sí mismo.

Solté de golpe las manos de Ethan y yo también grité. Con la espalda apoyada en la pared de la cueva, me dejé resbalar hasta quedar sentada en el suelo, con la cabeza escondida entre las rodillas. Las manos cubriéndome las orejas y los ojos cerrados, con fuerza, tratando de no echarme a llorar allí mismo. Nunca antes me había enfrentado a la muerte, y mucho menos, de un modo tan horrible.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —Ava estaba consternada.

—Lo esperable…, que están como putas cabras —resumió Lalo.

—La diadema y la máscara juntos canalizan el amor de Sara y Salazar, convirtiéndose en un escudo contra las artes oscuras de La Luna de Plata —respondió Gina. Todos la miramos ojipláticos—. ¿Es que no lo habéis visto con vuestros propios ojos? Sara y Salazar se acaban de reencarnar en sus descendientes y nos han salvado la vida.

—Yo lo único que he visto es a un hombre que prefería meterse un tiro a arriesgarse a que nosotros lo torturásemos —analizó Mike.

—Os olvidáis de que ellos de verdad creen en esto —dijo Lalo—. Están tan drogados y su fanatismo es tan fuerte que realmente han visto algo que nosotros hemos pasado por alto.

—Lo que sea… ¡En marcha! No podemos perder ni un segundo. La voz de Mark sonó ronca, presa del dramatismo—. Es un milagro que hayamos conseguido llegar hasta aquí, y ahora viene la peor parte.

—La piscina está ahí —recordó Ava—. Solo nos queda saltar y rezar porque nadie nos esté esperando abajo. Sed rápidos… Apenas tenemos quince minutos, sin contar el tiempo de seguridad.

—Muy bien, agentes. —Mark trató de recuperar el control de la situación—. Quiero que echéis a correr e intentéis salvar el pellejo. Si nos detenemos a ayudar a un compañero, ninguno saldremos con vida de aquí.

—Mark, no puedes pedirnos que… —protesté.

—Elena…, es una puta orden.

Y, sin embargo, no sonó como tal. Como un ruego desesperado, si acaso…

Ava fue la primera en saltar. Su cuerpo pareció aún más esbelto cuando se lanzó al agua, emergiendo enseguida a la superficie como si fuera una sirena. Mark fue el siguiente en saltar, corriendo para refugiarse en los túneles que llevaban a la salida.

—Gina va a necesitar ayuda. —Casper nos miró a Mike y a mí con preocupación—. Está tan

drogada que es imposible que salga a flote por su propio pie.

No teníamos tiempo para gilipolleces, así que utilicé los poco ortodoxos métodos que Gina hubiera utilizado conmigo: un par de tortas.

—¿Quieres hacer el favor de comportarte como una adulta? —la reprendí, ante su mirada guasona, que encontraba tronchante que le hubiera dado un guantazo—. Tenemos que saltar ahí abajo y no hay tiempo. Una vez estés en el agua, no verás absolutamente nada, así que tienes que nadar a ciegas hacia la superficie. ¿Me estás escuchando?

—Saltar y nadar, coser y cantar.

Estaba a punto de darle otro bofetón cuando la muy escurridiza se escapó de nuestro alcancé para lanzarse de cabeza al agua. Casper no dudó ni un segundo en saltar detrás de ella. No teníamos tiempo de asegurarnos de que estaban bien, debíamos salir de allí cuanto antes.

Me acerqué a Ethan, cuya mirada de espanto me hizo recordar lo mucho que le aterraban las alturas, algo que parecía no haber olvidado ni en ese estado de aturdimiento en el que se hallaba.

—Ey, tú, ¡espabila! Tenemos que saltar y a ti no quiero tener que pegarte…

—¡Ni madres! Yo no salto.

Si saltaba en ese estado, correríamos el riesgo de que no regresara a la superficie, y yo sola no iba a poder con él.

—No hay otra opción.

—Estoy… mareado. —Ethan se apoyó en la pared y se llevó la mano a las costillas—. Me duele… aquí, me cuesta… respirar. Voy a… Creo que voy a vomitar.

—Tienes ansiedad, cosa entendible —intervino Lalo, quien también empezaba a impacientarse por la velocidad a la que subía el agua.

—No es eso, es… —Apretó los ojos y contuvo un quejido cuando Lalo le puso la mano donde él indicaba—. No voy a poder… nadar. Id sin mí… Encontraré… otro modo de… salir de aquí.

—La cueva va a explotar. ¡No hay otro pinche modo, compadre! —protestó Lalo. Ethan negó con la cabeza—. Vale, este es el plan: saltaremos juntos. Te ayudaré a subir cuando estés abajo.

Ethan asintió, pero, tan pronto se asomó al borde de la cueva, dio un paso atrás, gimiendo por el dolor.

—¡No puedo! —Negó con la cabeza—. No sé… qué he tomado, pero…, es como si todo… se amplificara y… Me estáis pidiendo que salte al abismo. Y… estoy mareado, dolorido… Me ahogo.

—¡No mames, cuate! Tenemos que salir de aquí —urgió Lalo.

Yo no creía en las leyendas, pero al final éramos nosotros los que les dábamos valor a las cosas, a los momentos. Y si algo había aprendido del suicidio de Duarte era que la unión de Sara y Salazar podía mover montañas. Tal vez no fuera tarde para que Sara salvara a su amor de morir en esa cueva.

—Cierra los ojos y dame la mano —pedí—. Olvídate de donde estás. No pienses en tus padres, piensa… en tus hijos. Piensa en nosotros... En todo lo que nos queda por vivir.

Ethan seguía negando con la cabeza, dejando que el terror dominara sus actos.

—Escúchame, no tenemos tiempo —rogué, acariciando su rostro, que estaba tan magullado que me producía dolor.

—No puedo…, Elena. —Ethan cogió mis manos y apoyó su frente contra la mía, dándome un suave beso—. Y tú… tienes que salir de esta…pinche cueva… Se agota el tiempo. Los dos tenéis que… saltar.

—No he llegado hasta aquí para irme sin ti, ¿me oyes? Así que tú decides: o salimos los dos o…

Funcionó. ¡Joder, funcionó!

Ethan apretó mis manos y asintió con la cabeza. A pesar de que era un excelente nadador, no sabía si conseguiríamos salir a flote o nos hundiríamos los dos, considerando el estado en el que se hallaba.

—Ponle mi pulsera luminosa —ofreció Lalo—. Hazme señales en el agua para que pueda encontraros. Saltaremos los tres juntos.

—Elena… —No me gustó el modo en el que Ethan me miró—. No… No me esperes, ¿vale? Quiero que… salgas a la superficie tan pronto como… puedas. Yo me las apañaré.

—¡No voy a dejarte!

—Prométemelo.

No me dejó responder. Selló sus palabras con un beso rápido en los labios al que tampoco me dio tiempo a corresponder.

Asentí con la cabeza solo porque Lalo nos estaba apremiando, asegurando que al final no íbamos a salir con vida ninguno de los tres.

—A la de una, a la de dos y… —contó Lalo—. ¡Tres!

Ethan me soltó la mano tan pronto nuestros cuerpos rozaron el agua. Supe al instante que lo había hecho para no arrastrarme con él hasta el fondo.

Busqué la luz de su pulsera, pero no la encontré por ningún lado y empezaba a desesperarme. Tenía que subir a la superficie o me iba a asfixiar. Mis compañeros habían entrenado apnea durante meses y sabía que su aguante era muy superior al mío.

Respiré aliviada cuando sentí el aire gélido en mi frente.

Entonces, comenzaron los disparos.

No tenía que girarme para saber que estaban escondidos en el otro túnel de la cueva, al cual se accedía por la escalera que quedaba a mi derecha.

Nadé hacia el túnel de salida sin detenerme demasiado. Herida no iba a conseguir ayudar a nadie. Mark me apremiaba escondido desde el túnel, mientras Ava y Mike entraban en esa guerra de fuego cruzado en la que disparaban al aire, pues los lunaplatenses estaban bien ocultos entre las rocas.

—¿Dónde están Ethan y Lalo? —inquirió Ava.

—No lo sé… Saltaron conmigo. Creo que Ethan se ha roto las costillas, se estaba quejando del dolor antes de saltar y Lalo prometió ayudarle.

—No podemos esperarles —anunció Mark.

—¿Qué? —Fue Mike quien habló, pero todos los phoenixbonders nos miramos con la misma congoja en el pecho.

—¡No pienso irme de aquí sin ellos! —exclamé—. Ya he perdido a Logan por mis malas decisiones, no pienso perder a nadie más.

—Yo me quedaré a esperarlos —anunció Mark—. ¡Moved el culo! Alguien tiene que salir y contar lo que ha pasado esta noche.

—¡¡No!! Yo me quedo —rogué, la angustia oprimiéndome el pecho.

—¡No! ¡Tú te vas! —me obligó Mike con un empujón hacia el exterior—. Mark, yo me quedo contigo. Si los dos están heridos, tú solo no podrás con ellos.

—Ava, Elena…, ¡cagando leches para fuera! —ordenó Mark con la voz más autoritaria que le había oído nunca.

Todo estaba siendo un desastre.

Recordar qué pasó después es bastante duro. Sé que me dio una crisis de ansiedad y me bloqueé. Me sentía culpable de la desaparición de Lalo, Logan y Ethan.

Empecé a hiperventilar, la ropa térmica, ahora empapada, me apretaba, me ahogaba, y el túnel iba reduciendo sus paredes hasta aplastarme.

Alguien me agitaba el cuerpo para que reaccionara, mientras una segunda persona me echaba agua fría en la cara. Cuando volví en mí, vi que eran Ava y Mike quienes me arrastraban por el túnel para salvar mi vida.

—Elena, escúchame, ¡maldita sea! Soy el primero que no piensa dejar a Ethan aquí, pero tienes que pensar en los niños —me recordó Mike—. No puedes dejarlos huérfanos. Tú ya has hecho lo que has podido.

Rompí a llorar. Yo no era tan fuerte. Si salía de allí sin él, sabía que iba a pasar cada día del resto de mi vida prefiriendo estar muerta. No podría con eso sobre mi conciencia.

—¡Llévatela! —Le rugió Mark a Ava, pegándonos un empujón a las dos para que avanzáramos.

Ava no se anduvo con delicadezas a la hora de sacarme de allí. Tenía que recomponerme. Tenía que hacerlo por mis hijos, por Ethan, que se había empleado a fondo entrenándome para ese preciso momento, a pesar de todas las cosas horribles que le dije en Gili.

El agua subía a gran velocidad, pero, esta vez, iba preparada con linternas acuáticas y calzado adecuado. Íbamos a conseguirlo. Íbamos a salir de ahí. Intenté no enfocarme en los flashbacks que tenía de ese lugar. Solo cosas positivas, alegres.

Era pedirme demasiado en un momento así.

Unos disparos nos hicieron detener en seco. Si Ava no me hubiera agarrado, hubiera dado media vuelta para regresar.

Aunque no tuviera sentido.

Aunque no pudiera hacer nada para evitar lo que ya había pasado.

Empecé a hiperventilar. Me estaba asfixiando en ese puto túnel, me estaba dando un ataque de pánico combinado con uno de asma, y no tenía los inhaladores a mano. No podía respirar. Me ahogaba. Me moría.

—¡Guarda el oxígeno para salir de aquí! —exigió Ava. Estaba segura de que, a esas alturas, estaba harta de ser mi niñera.

El agua nos llegaba a la barbilla cuando encontré el arco de piedra que daba salida a la cueva. Al contrario que la primera vez, no podía ver la luz filtrándose por las grietas porque era plena noche. Una noche sin estrellas.

—Pasa tú primero —pidió Ava, situándose detrás de mí—. No me fío de que estés bien aquí tú sola.

Si me recreaba en el miedo y el dolor no iba a conseguirlo. Tenía que bloquear las emociones. Si había sido capaz de hacer eso mismo en Indonesia, podía hacerlo.

Cogí aire y me sumergí bajo el agua, calculando bien las distancias con las manos para no golpearme la cabeza. Estaba tan fría que me cortaba la cara como un cuchillo.

Tenía que ser rápida. Ignoraba cuánto tiempo nos quedaba para alejarnos de allí antes de que la isla entera explotara, pero cada segundo era decisivo y solo podíamos salir de uno en uno.

¿Venía alguien más detrás?

La oscuridad que reinaba era tal que me sentí perdida. Tardé un rato en darme cuenta de que ya estaba en la superficie y fue solo porque mis pulmones respiraron ese aire gélido que me atravesó.

No sabía hacia dónde nadar.

No veía ninguna luz ni ninguna barca.

No veía a mis compañeros.

Se suponía que Casper y Gina ya habían salido. ¿Dónde demonios estaba todo el mundo?

Fue tal el frío que sentí en el agua que todo mi cuerpo se tensó de golpe. El cuello me dolía como si hubiera sobrevivido al peor accidente de tráfico. Tenía espasmos musculares, los labios morados, ganas de vomitar.

Ganas de morirme.

Ava anunció su llegada con una tos que se intensificó con el castañeo de sus dientes.

—¿Dónde están el resto?

No contesté. Hacía rato que me estaba haciendo la misma pregunta.

Entonces, Ava me abrazó.

En esa noche oscura, solo nos teníamos la una a la otra.

64

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

Son tantas las expresiones que se dibujan en el rostro de Gaia en un momento… Primero, parece que va a decir algo, pero su labio superior se queda suspendido en el aire sin llegar a pronunciar palabra. Entonces, frunce el ceño y ladea la cabeza para mirar a Eidan con incertidumbre, que permanece tranquilo ante el interrogatorio visual.

Sé que a mi chico le está costando un esfuerzo terrible mantener la pose. Han sido varias las veces que ha querido intervenir a lo largo de la charla, incluso cuando la película no iba con él. Lo de ser un mero oyente no es lo suyo.

Gaia cabecea y sigue en estado de negación.

—Al menos, sabemos que tío Mike, tío Casper y tía Gina salieron de la cueva porque están esperándonos en casa —observa Gala, jocosa.

—Estoy flipando. ¡Cómo se nota que a ti no te afecta!

—¡Es que me parece una historia de amor preciosa! Uno de esos romances trágicos que no se olvidan. ¿Acaso no te acuerdas de Danny en *Pearl Harbor*? ¡Lo que lloramos con esa película!

—¡Eso fue distinto! Técnicamente, fue un final feliz porque Evelyn estaba enamorada de Rafe, no de Danny. Aunque a nosotras nos gustara más Josh Hartnett, Ben Affleck era el verdadero amor de su vida. Pero en el caso de mamá… —Gaia suspira, intentando encontrar las palabras sin que ofendan a Eidan—. No te lo tomes a mal, pero mamá nunca te hubiera dado una oportunidad si Ethan siguiera con vida. Las cosas como son: era el amor de su vida.

—El amor de mi vida no murió en aquella cueva, cielo. Está aquí, conmigo —aseguro, señalando a mi marido.

—Que sí…, que entiendo que os queréis mucho y neta es muy bonito que sigáis tan enamorados siendo ya tan viejos…

—¿A quién llamas tú viejo, niñata? —Si Eidan no hubiera intervenido, lo habría hecho yo. Estoy muy sensible con ese tema, sobre todo, desde que sé que podría ser abuela pronto.

—Radio GaGa no defraudan —se burla Gael, divertido con la situación.

Gaia atraviesa a su hermano con la mirada. No está el horno para bollos…

Bueno, parece que sí hay un bollo en el horno…

—Que Gala esté de cachondeo lo entiendo, porque al final, Eidan es su padre biológico, pero… ¿tú? ¡Se supone que tú y yo estamos en el mismo bando! ¿Y cómo es que nunca me platicaste sobre esto? ¿Cómo es que nunca hablaste de papá cuando nos contabas esas cosas de tu infancia en México?

—¿Pero tú te estás enterando de algo, enana? Estás tan obcecada desde que leíste en ese diario que Ethan te abandonó, que no estás escuchando realmente esta historia. —Gaia mira a su hermano sin entender—. ¡Venga, que eres la «periolista»! Haz un esfuerzo. Una cosa es que mamá tenga un prototipo y otra que se haya buscado una réplica de papá.

—No te sigo…

—Hoy estás más espesa que las natillas de Gina, que hay que romperlas con una ahoyadora —interviene Gala.

—¡Porque estoy extremadamente cansada! Bastante que mantengo los ojos abiertos para escuchar vuestras tonterías.

—Es normal, a mí también me pasó cuando estuve embarazada de ti, me chupaste toda la energía —recuerdo en voz alta—. Gala, sin embargo, me dio menos dolores de cabeza…

—Eso está a punto de cambiar… —recuerda su padre con retintín.

—¡Eso, seguid riéndoos de mí porque no me entero de nada! —Gaia no es Gaia, es un monstruo con las hormonas descontroladas y los nervios a flor de piel. Por eso rompe a llorar sin consuelo.

—¡Va a ser verdad eso de que el embarazo te mata neuronas! —exclama Gael, perdiendo la paciencia—. La que le espera al pobre Oli como estés así los próximos nueve meses…

—Oli y yo no estamos juntos —lamenta Gaia, entre hipidos.

—¿Lo ves, hermanita? No te estás enterando de nada...

21 de diciembre de 2025 — The Skerries, Gales

¿Qué harías si supieras que un instante va a ser el último?

¿Se lo dedicarías a todas aquellas cosas que siempre pensaste que ya tendrías tiempo de hacer, pero algo más importante se interpuso en tu camino? ¿Perdonarías a esa persona que te hizo tanto daño? ¿Dirías más «te quiero»? ¿O besarías a tu gran amor hasta quedar sin aliento?

A mí no me dieron opción.

Nuestro último instante juntos lo pasamos decidiendo quién saltaba primero, con la esperanza de vernos al otro lado. Todo lo que me iba a llevar de ese instante fue un beso rápido que no correspondí. El recuerdo de su cuerpo magullado y esa mirada de dolor que no se me iba a borrar de la cabeza tan fácilmente.

Ava y yo nadamos un buen rato, sin rumbo, sin fuerzas ni esperanzas.

Una lancha motora se acercó donde estábamos, alumbrándonos en la cara con las linternas. Yo no los conocía, pero Ava me confirmó que eran de la agencia.

Escuché una lista de improperios en polaco que me hizo girarme al instante. Nunca había estado tan contenta de ver a Mark. A su lado, Mike escupía agua y se quejaba del puto frío. ¿Por dónde habían salido?

Ni rastro de Lalo y Ethan.

—¡Tenemos que irnos antes de que todo explote! —exclamó el desconocido de la agencia con un fuerte acento escocés.

Aun en la oscuridad de esa noche cubierta por las nubes, percibí sus rasgos. Era atractivo. Moreno con unos bonitos ojos de un gris verdoso que delataban su relación genética.

No quise discutir una orden directa. Ellos ya sabían que faltaban Lalo y Ethan, al igual que yo sabía que era muy posible que no fueran a correr nuestra suerte.

Una vez en la lancha de rescate, el agente sin nombre nos entregó unas mantas, pero la clase de frío que yo sentía no se aliviaba de ese modo. Me había resquebrajado en mil pedazos.

Aquella fue la bienvenida más cálida que me habían dado en mucho tiempo. Varios rostros desconocidos celebraban nuestra victoria entre gritos de júbilo y abrazos. Incluso Mark y Mike parecían felices y compartían chascarrillos, lo que francamente no entendí.

Tan solo quería saber que Gael y Gaia estaban bien. Me negaba a ver o hablar con nadie. Necesitaba encerrarme en uno de los camarotes y dormir hasta que alguien me dijera que todo había sido un mal sueño. Una pesadilla de la que acabaría despertando.

El ruido de la explosión se hizo eco en la noche, iluminando el cielo de destellos naranjas que alcanzaron las estrellas. Mi corazón bombeó con fuerza, aniquilándome con cada latido. Con la isla, se hundían las últimas esperanzas que albergaba de volver a ver a Ethan McGowan con vida.

¿Cómo iba a explicárselo a su hijo?

Mientras nos alejábamos en el barco, veíamos el fuego consumir la isla, un espectáculo hermoso y aterrador que se llevaba una horrible verdad al fondo del mar, arrastrando con ella un pedazo de mi alma.

Adiós a La Luna de Plata. El final o el comienzo de una nueva era.

—¡Bravo, bravo! Un final épico, digno de un funeral vikingo. ¡Qué os jodan! ¿Me oís? —Gina lanzó un corte de mangas a la isla—. ¡Qué os jodan, hijos de la gran puta!

A pesar de que sabía que estaba drogada, y mucho más atormentada de lo que quería hacernos

ver, no pude evitar una mirada de desprecio. No me parecía justo que hiciera ese tipo de comentarios cuando todos habíamos perdido tanto en esa misión. En especial yo, que dejaba atrás a dos buenos amigos y al amor de mi vida, aunque me hubiera utilizado y no fuera correspondido.

Imágenes de Gili empezaron a correr por mi mente como un carrusel. Nuestra aventura allí había sido muy diferente. Todos los buenos momentos que ya nadie podría robarme jamás, pero dolían como mil puñales clavándose en el pecho al mismo tiempo.

Ni siquiera la ducha caliente y la ropa térmica seca consiguieron que dejara de temblar. No quise comer nada, aunque sí acepté un té por pura supervivencia.

Una enfermera optimista se acercó a mí con ganas de tocarme la moral. ¿Es que nadie entendía que quería estar sola?

—Control médico obligatorio. Eres la única que me queda por examinar. Acompáñame a la enfermería.

—Estoy bien —mentí—. Apenas tengo unos rasguños.

Mis heridas no podían verse, aunque estaban ahí, grabadas a fuego en mi memoria y mi corazón.

—Lo siento, es obligatorio.

Accedí a que me examinara en el sitio y, tan pronto acabó el reconocimiento, busqué un rincón donde poder purgar mis demonios. Lo encontré en la parte trasera del barco, nadie sería tan masoca de sentarse en el suelo a mirar el violento rugir del mar en una noche como esa.

Estaba exhausta, pero temía cerrar los ojos y que los recuerdos me golpearan con fuerza. A veces era mejor no pensar.

Necesitaba vomitar. Necesitaba vaciarme de emociones y miedos. De esa angustia que me quemaba por dentro y ya no me abandonaría jamás. Tirada en el suelo, me quedé abrazada a las piernas, sin poder contener ese llanto que me mataba en vida. La idea de no volver a ver a Lalo y Logan se me antojaba insoportable…, pero no sabía cómo iba a vivir sin Ethan. A pesar de sus mentiras, de sus misterios, aún lo amaba con locura.

¿Descubriría algún día la verdad sobre él?

—Me siento enfermo.

No me giré a mirar a Casper cuando se sentó a mi lado. Sabía que también estaba atormentado, que todo eso se le quedaba muy grande, al contrario que a Mike, que había aceptado de buena gana un bocadillo y estaba como si nada. Debió de ver demasiadas cosas en la guerra de Ucrania para que esa situación no le afectara del mismo modo que a nosotros.

—Me siento como una mierda y no es justo —siguió Casper con un tono de voz que me provocó lástima.

—¿A qué te refieres?

—No paran de pedirme que sea fuerte porque Gina va a necesitarme, pero yo no me siento fuerte, Elena, estoy… destrozado. Me he jugado la vida en esa puta cueva para rescatar a mi mujer y a mi mejor amigo, porque son descendientes de un tipo, que lleva muerto tropecientos años, y al que unos pirados querían invocar. Dejando de lado lo inverosímil de esta historia, hemos ido de cabeza sin saber lo que hacíamos. Acojonados con la idea de no volver a ver un mañana. ¡He matado gente, joder! —Casper estaba temblando—. ¿Qué valores voy a inculcarle a mi hijo? No tendría más de veinticinco años. Venía a por nosotros… Y sé que, si yo no lo hubiera hecho, él no habría tenido tantos reparos, pero yo no soy así. Yo no puedo vivir con esto. Y ahora estoy aquí, oyendo hablar del nuevo mundo, de cómo vamos a reconstruir los daños y de que tengo que estar fuerte para ella y yo… no puedo. No sé…, no sé si soy lo que Gina necesita

en estos momentos cuando yo estoy tan jodido por dentro.

No me pareció justo que me vendiera su historia triste cuando yo tenía tanto dolor que procesar. Tal vez solo quisiera darme conversación para que me olvidara de Ethan…

Nunca me iba a olvidar de Ethan.

—Tenías que hacerlo... Era él o tú —respondí con indiferencia.

—No me sueltes el mismo discursito que todo el mundo, tú no.

—¿Prefieres que te diga que la vida es un asco? ¿Que me siento igual o peor que tú? Una puta mierda. Una asesina. Afortunada de haber salido de allí… Y ahora tendré que vivir el resto de mi vida lidiando con las consecuencias de mi «fortuna». —Casper me miró con sorpresa—. A mí también me pidieron que fuera fuerte por Ethan, pero…, la última vez que hablé con él fue en tu boda y no fue agradable. Y luego me enteré de que… Ni siquiera debería estar aquí hablando contigo después de cómo me habéis utilizado. Y aun así… ¿Acaso importa ya?

—Lo que hicimos… siempre fue para protegerte.

—¿Y por qué yo no me siento de ese modo? ¿Por qué siento que os habéis reído de mí durante años? ¿Que mi vida no es más que una mentira?

—No es conmigo con quien deberías tener esta conversación, yo solo he sido parte del plan, exactamente igual que tú.

—¡Una mierda, Casper! Tú sabías muchas cosas que no compartiste conmigo. ¿Qué clase de mejor amigo eres tú? Tan pronto Ethan apareció en escena, dejé de existir. Te posicionaste, y no fue a mi favor precisamente…

Me sentía fatal por estar teniendo esa conversación cuando lo único en lo que podía pensar era en que no iba a volver a verlo más. No era el momento de pedir explicaciones.

—Lo hice todo por Gina, ya sabes que el amor a veces nos vuelve un poco gilipollas. Y después…, por ti.

—¿Por mí?

—Eso he dicho. ¿Recuerdas por qué viniste a Londres? —Le miré sin saber por dónde me iba a salir. Como me dijera que Phoenix Bond había provocado la crisis española del 2008 para que yo emigrara, ya sí que me caía redonda—. Alguien dejó en tu buzón un folleto con publicidad sobre un curso de inglés. Como no picaste, te llamaron de una agencia de viajes para decir que te había tocado gratis en un concurso en el que ni siquiera habías participado, y no pudiste negarte a ir seis meses a Londres a gastos pagados.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque fue Gina quien lo orquestó todo, al igual que fue ella quien te metió en el piso conmigo y con Amber.

—¿Ya estabais juntos? Pensaba que os habíais conocido…

—¡Para nada! Yo de esto me enteré hace un par de años. Tuvimos una mega crisis, le di un ultimátum que acabó con un ataque de sinceridad que ocasionó un conflicto aún mayor. Yo también me sentí usado. —Suspiré. Como siguiera absorbiendo información, me iba a explotar la cabeza—. Gina era amiga de la casera, por eso también logró meter a Ethan en casa. Gina y él lo organizaron todo desde el principio, desde tu contratación en aquel restaurante horrible en el que estuviste trabajando hasta vuestro romance. ¡Todo! Sabían que eras descendiente de la Sara esa. Sospechaban que podrías conseguirles la diadema. Cuando Gina me contó la historia, pensé que estaba mal de la cabeza, pero le seguí el juego. Las excentricidades de esa mujer siempre me han vuelto loco.

Inflé los carrillos de aire, con la mirada perdida en el horizonte. Acababa de decidir que no iba a regresar a Londres. No podría soportar recorrer las mismas calles que una vez fueron testigo de

tantos recuerdos prefabricados.

Tal vez me fuera a Barcelona con mi hermano y Esther a empezar una nueva vida allí. Sí, eso era justo lo que necesitaba… Un cambio radical.

—Elena… Sé que todo esto ha terminado de romperte, pero… —Él no sabía una mierda de cómo me sentía. Estaba muerta por dentro—. Todos los actos tienen consecuencias.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que al final no importa si conoces a alguien de vacaciones, en el trabajo o siendo parte de un complot, lo que importa son las vivencias con esas personas y… Todo lo demás ha sido real. Lo que todos sentimos por ti… Te considero mi mejor amiga, pero no podía hacer nada para apoyarte en la ruptura. Gina y Ethan me contaron lo qué pasó en esa cueva y trazaron un plan para protegerte en el que todos tuvimos que interpretar nuestro papel, incluido yo. Por eso te dejé de lado. Si hubieras tenido el apoyo que necesitabas en Londres, jamás te habrías ido. Y tenías que irte.

Me volví para mirarle con sorpresa, si es que aún quedaba en mi interior alguna emoción más allá del más absoluto y puro dolor. Oscuridad. ¿Casper sabía lo que me pasó en la cueva?

—¿Por qué queríais que me fuera a Nueva York?

—Para que Ethan no se volviera loco.

—No entiendo nada. Vamos, lo habitual…

—Lo entenderás cuando conozcas su punto de vista en esta historia. Y después…, será decisión tuya si nos perdonas o no. Solo quiero que entiendas que siempre te tuvimos presente.

—¿*Su punto de vista*? —repetí incrédula—. ¿Y quién me lo va a contar? ¿Acaso vas a hacerlo tú?

—Oh, no, yo no… Es Mike quien tiene la carta.

—¿Qué carta? ¿Ethan me ha escrito una carta?

—La idea era que te lo contase él en persona. Solo la escribió por si no… —Bajó la mirada—. Me da mal rollo siquiera pensarlo.

—Mejor, porque no puedo seguir escuchando vuestras mentiras.

—Y… ¿estás preparada para escuchar verdades? A veces las mentiras son más fáciles de digerir. —No le contesté. Perdí la mirada en el mar bravío, tan atormentado como mi ánimo—. Los próximos meses nos van a suponer a todos un terrible ejercicio de fortaleza. Yo aún no sé cómo voy a olvidar lo que hemos vivido esta noche. No sé cómo apoyar a Gina cuando más me necesita.

¿Y quién me iba a apoyar a mí cuando me rompiera en mil pedazos? ¿Cuando su fantasma me visitara por las noches y la angustia se hiciera insoportable?

A pesar de la tirria que le tenía, le di la mano, porque tal vez a mí me hiciese más falta ese contacto que a él. Entonces, Casper apoyó su cabeza en mi pecho y, por primera vez en esa conversación, sentí que hablábamos el mismo idioma. Fingí que no le oía llorar. Los hombres como él no mostraban sus emociones tan fácilmente.

Por suerte, Mike apareció en escena y rompió el dramatismo con esa energía contagiosa, que no entendía de dónde había sacado.

—¡Madre mía, qué panorama! No quiero veros a los dos así, ¿me oís? Tú, —señaló a Casper — te recuerdo que dentro de unos meses van a darte a ese niño y tienes que ser tu mejor versión. Me río yo de los mindundis esos a los que nos hemos enfrentado esta noche al lado de la paternidad. Tener hijos no parece tarea fácil. Pregúntaselo a esta… —Me señaló con la cabeza. En su defensa diré que consiguió que esbozáramos un amago de sonrisa. Yo aún no me había posicionado en cuanto a Mike, sentía que su presencia allí era circunstancial y que él nunca me

había traicionado tanto como el resto—. Y en cuanto a ti, Elena… Sé que estás hecha un mar de dudas y lágrimas, pero tienes que cambiar el chip y ver la imagen completa.

—¿Y qué imagen es esa, Mike? Dejando a un lado mi drama personal, hemos matado gente. Cada vez que cierro los ojos…

—¡Tú no has matado a nadie! Solo has salvado a tus amigos de cosas mucho peores que morir en una explosión. Llevan siglos sacrificando gente, derramando sangre por un ideal tan absurdo como imposible, y te recuerdo que tú también estuviste a punto de… —No sabía por qué aún me sorprendía que Mike estuviera al tanto de esa historia—. En fin, eran ellos o nosotros. Y… oye, ¡hemos liberado al mundo del mal! ¿Cómo suena eso? Porque yo me siento el puto amo. Lo demás han sido daños colaterales.

Daños colaterales. La muerte de Ethan, Lalo y Logan eran putos *daños colaterales*. No quise responder lo que pensaba ni iniciar una guerra que me drenara aún más el espíritu.

—Chicos, yo me voy a la enfermería con mi mujer —anunció Casper—. Quiero estar ahí cuando se despierte, aunque, con la mierda que lleva encima, dudo que lo haga antes de Año Nuevo… ¿Elena, no quieres acompañarme? He oído que te echaban de menos por allí… —Negué con la cabeza, no estaba preparada para volver a ver a Gina ni para que otra enfermera psicópata insistiera en auscultarme—. Como quieras. Os veo en tierra firme.

—Luego nos vemos, yo necesito quedarme aquí un rato a solas.

—¿Para comerte más la cabeza con ideas autodestructivas? —Mike me conocía bien.

—¿Acaso puedes culparme?

Me observó en silencio, generándome nuevas dudas.

—¿Hasta cuándo piensas seguir enfadada con él?

—¿Acaso importa ya? —pregunté más para mí que para él—. Hoy apenas tuvimos tiempo de cruzar unas palabras... Prometió explicármelo todo después de Navidad, pero…

Me tapé el rostro con las manos cuando las lágrimas comenzaron a ahogarme.

—Ey, tranquilízate. —Mike no dudó un instante en estrecharme entre sus brazos, donde me desbordé, con el alma hecha trizas—. Sé que ahora mismo no te ves capaz de ello, pero tienes que extraer algo bueno de todo esto. Es la única manera de seguir adelante cuando la vida te plantee situaciones de mierda. Fue lo que Gina me dijo cuando mi madre murió y… ¡qué razón tenía! Dentro de unos meses, esta noche será solo un mal recuerdo.

—¿*Algo bueno*? ¿Qué ha tenido de *bueno* lo de hoy, Mike? ¿Que finalmente hemos conseguido acabar con esa estúpida leyenda, cuyo resultado estaba escrito en los astros? ¡Al final todo ha salido tal y como se esperaba! Tal y como dijo Sara…

—Olvidas la parte más hermosa de la leyenda… —Busqué una explicación en su rostro—. No existe la magia, Elena. La razón por la que Sara y Salazar podían acabar con La Luna de Plata es porque estaban locamente enamorados. ¿Acaso no es el amor lo que mueve el mundo?

—Sabes tan bien como yo que lo que ha acabado con ellos han sido los explosivos.

—Lo sé…, y también sé que Ethan solo se acercó a ti para conseguir esa diadema, pero… Te aseguro que he visto pocos tíos tan colgados por su chica como él lo está por ti.

Más palabras vacías. En este caso, procedentes de su mejor amigo.

Mike sacó un pesado sobre de su forro polar y lo dejó en el suelo. Reconocí al instante la letra que trazaba mi nombre. Debía de ser la carta que había mencionado antes Casper.

—Para ti. Me hizo prometerle que solo te lo daría si la misión salía mal. Quería contártelo él en persona, pero, dadas las circunstancias... Creo que te ayudará a entender muchas cosas.

En su interior, me encontré varios folios escritos a mano y una libreta verde moderna con motivos celtas y tapas magnéticas.

—¿Otro diario?

—Este es distinto. Lee la carta antes. —Con un beso en la mejilla, se incorporó para despedirse de mí—. Me voy a echar una cabezadita antes de llegar a tierra firme. Deberías hacer lo mismo, necesitas reponer fuerzas.

—Voy a quedarme a leer esto. —Sostuve la carta en alto—. Gracias, Mike.

Se fue y me dejó allí sola. Con el arrullo del viento y el frío helador de la madrugada.

Supuse que esa carta era la verdad que Ethan pensaba contarme después de Navidad. No sé por qué a esas alturas me sorprendía que hubiera escrito un diario. ¿Se podía ser más lunaplatense?

Sin embargo, lo que encontré en la primera página terminó de confundirme aún más.

Diario de Eidan38567
(El complicado caso Fernández – McGowan)

Toda historia tiene tres puntos de vista…
El de Ella. El de él. Y lo que realmente pasó.

¿Qué demonios…?

Las páginas rebosaban Ethan McGowan por todas partes, desde su cuidada caligrafía, hasta esos dibujitos tan simpáticos que a menudo dibujaba en los márgenes.

No entendía nada, pero mi cabeza empezó a lanzar conjeturas antes siquiera de abrir la carta.

65

Hola, cielo,

Si estás leyendo esto es porque, o bien la Navidad ha llegado y yo no estoy ahí contigo, o bien Mike es un traidor. Esperemos que sea por lo segundo...

En un mundo ideal, Estrella de la Mañana habrá sido un éxito rotundo y romperé esta carta antes de que la leas. Te contaré mi verdad, esa que tanto anhelas escuchar de mis labios y yo te he estado negando todo este tiempo.

Si no es así..., lo siento, nunca quise dejaros solas; esta vez, para siempre... Pero a veces la vida no sale como uno la planea.

Que se lo digan a Ethan Duarte McGowan...

Son tantas las cosas que contarte que no sé ni por dónde empezar.

Podríamos decir que fue mi querido tío abuelo, Peter McGowan, quien «rescató» la idea del ritual al descubrir en ese yacimiento de Dornoch los secretos que alguien había querido mantener ocultos.

El pinche suertudo encontró la historia de Salazar escrita en sus diarios y supo que su cuerpo andaba enterrado en algún lugar del Reino Unido, un sitio con la suficiente magia para que los antiguos lunaplatenses pudieran adorarlo.

En otro lado del mundo, la familia Elden, dignos descendientes de los primeros lunaplatenses (y las personas más crueles que ha habido jamás sobre la faz de la Tierra), estaban dispuestos a todo por alcanzar sus ambiciosas metas. Fue su antepasado, Gudrun, quien muchas lunas atrás había sacrificado a Salazar, convirtiéndolo en mártir en esa cueva, a pesar de que el ritual no llegó a completarse. Como era de esperar, Gudrun nunca alcanzó ese poder supremo que le haría capaz de manejar el tiempo y jugar a su antojo con la delgada línea que separa la vida y la muerte.

No fueron pocos los descendientes que Salazar dejó a ambos lados del océano antes de conocer a Sara. Con el paso del tiempo, la leyenda perduró y el miedo a morir en tan terribles circunstancias acrecentó. Muchos se suicidaron para evitar que la historia se repitiese. Otros, se cambiaron el apellido y rezaron porque nadie los encontrase jamás.

Y un tercer grupo... Un tercer grupo fueron capturados y encerrados en Valladolid, usados como material de laboratorio.

¿Te acuerdas de aquella bruja de Bournemouth? Te hizo una absurda premonición que tú decidiste ignorar:

«Recuérdale a ese chico que somos producto de nuestro pasado, pero no tenemos por qué ser su prisionero».

Sonaba muy poético. Lo que ella no sabía es que sus palabras escondían una terrible verdad...

Siempre he sido un prisionero, Elena.… Del pasado. De un ideal. De un imposible...

De ese lugar y ese nombre que no es el mío.

Tenía seis años cuando Ethan Duarte McGowan y Christopher Brown murieron durante unas vacaciones familiares en España. Los criaron como primos, aunque la neta era que sus madres, las jóvenes e inseparables Caerlion e Isobel, compartían un mismo hombre, Adrián Duarte.

Caerlion era su afortunada esposa e Isobel, quien estaba casada con un hombre al que no quería, la amante oficial, algo que a su hermana no le molestaba en absoluto.

A las hermanas les gustaba divertirse. Acudían a fiestas privadas en las que se consumían drogas y se daba rienda suelta al placer, se hacían sacrificios a los dioses para pedirles algo a cambio o agradecerles lo obtenido. Los negocios prosperaban y cada vez estaban más cerca de sentir el poder divino, Helga así se lo había garantizado.

Corría el año 1991 cuando Aguirre organizó una de sus famosas fiestas en su pazo de Avión, en Galicia. Solo la élite podía gozar de esas orgías que, a menudo, incluían sexo con menores y baños de sangre para purificarse. La razón de tan peculiar evento fue que María, una muchacha del proyecto, iba a entregarles la máscara. La respuesta a todas sus plegarias, a siglos de espera, por fin había llegado. La leyenda lunaplatense que aparecía en los códices hablaba del solsticio de invierno de 2025. Pero..., ¿y si podían adelantarlo?

Estaban eufóricos, drogados, extasiados. Se divertían. Cuerpo con cuerpo. Piel con piel.

Una de las partes más importantes de estas fiestas consistía en dejar que la sangre de Salazar te purificara, que la fuerza de las deidades invadiera tu organismo y te permitiera estar en comunidad con ese poder sagrado. Era un proceso sencillo. En Valladolid tenían cientos de descendientes clasificados por su calidad genética, como si fueran vinos de añada que degustaban a pequeños sorbos tras haberlos desangrado gota a gota, flotando al ritmo de los cánticos de un chamán.

Normalmente, Yvaine, la madre de Caerlion e Isobel, se quedaba con los niños cuando sus hijas emprendían esos viajes. Desde su casa de Edimburgo sufría como una condenada. Toda su vida había luchado por mantenerlas ajenas a La Luna de Plata, y las dos habían caído por culpa de ese hombre...

Pero esa vez, no pudo quedarse con los niños y las hermanas tuvieron que llevarlos a Galicia con ellas. Los dejaron en el piso de arriba dormidos mientras los adultos se divertían, y la fiesta transcurrió en el salón de actos sin mayores altercados.

Al día siguiente, las jóvenes madres se asustaron al ver que sus hijos no estaban en sus camas. Buscaron por todas partes: por los jardines, por el pueblo...

A nadie se le ocurrió mirar allí, en el altar de sacrificios donde la noche anterior habían segado otras vidas.

Los niños aparecieron desangrados sin que nadie pudiera dar una explicación a lo que había pasado. Nadie, excepto las cámaras de seguridad...

Caerlion se volvió loca de dolor.

La famosa hipocresía lunaplatense... Ellos podían robarles la vida a esos niños inocentes de Valladolid porque no los consideraban seres humanos, pero los suyos eran intocables. Puros. Una raza superior.

Adrián e Isobel también enloquecieron, pero de una manera un poco más... práctica. Sus negocios hosteleros estaban en pleno auge, sus rostros ocupaban las portadas de la prensa financiera y del corazón de medio mundo y no podían permitirse semejante escándalo. Vendían esa imagen de familia idílica y feliz. La gente se haría preguntas.

Así que adoptaron dos niños hermanos del campo de concentración con la misma edad y rasgos similares a los de sus hijos para que suplantaran por completo su identidad. Era fácil, si tenemos en cuenta que todos los habitantes portaban genes de las familias fundadoras. Sebastian61364 fue el afortunado niño destinado a Edimburgo con Isobel y su marido, y Eidan38567, el destinado a Guanajuato.

Después del macabro suceso, William Farrell temió por la vida de su bebé. La posibilidad de

que alguien usara a Wendy para un ritual o la dieran en adopción era demasiado factible, así que preparó su huida junto a María, llevándose con ellos la máscara y el diario.

Como sabrás, María nunca lo logró.

Los niños se adaptaron bien a su nueva vida, una en la que había juguetes y lujos que no habían experimentado hasta entonces. El calor de una familia...

... O al menos, para uno de ellos...

Isobel se volcó con ese nuevo niño, pero Caerlion no podía, le provocaba rechazo. Eidan no era Ethan. Si le hubieran dado un niño en adopción, las cosas hubieran sido distintas… Pero le obligaron a quererlo como si fuera su Ethan, como si se pudiera reemplazar a un ser humano con otro, reviviendo ese dolor constantemente.

Tampoco fue capaz de volver a ver a su hermana o acudir a esas reuniones de La Luna de Plata.

Las crisis matrimoniales y personales se convirtieron en una constante en su vida, que la llevaron varias veces a estar internada. De cara a la galería, era un ser horrible, incapaz de querer a su propio hijo, a quien tanto Caerlion como Adrián habían dejado desatendido.

Porque Eidan era un impostor al que jamás podrían amar como a un hijo.

Las cosas tampoco fueron sencillas para Eidan... Acostumbrado como estaba a dormir en habitaciones comunitarias, estaba todo el día solo y abandonado a su suerte, y tenía pesadillas por las noches que nadie se molestaba en consolar.

Le prohibieron utilizar su nombre previo o cualquier mención sobre la vida que tuvo una vez o ese lugar que no existía.

Ahora era Ethan Duarte McGowan y tenía que actuar como tal.

Le obligaron a sentir apego por gente que no había visto antes y con quienes, al parecer, tenía un pasado en común que no recordaba.

A menudo se burlaban de él o le acusaban de tener alguna dificultad de aprendizaje, pues no parecía conocer cosas básicas con las que cualquier niño de su edad debería estar familiarizado.

No tenía recuerdos. Su existencia...,. no existía.

¿Qué eran entonces esas vivencias que le atormentaban por las noches? ¿Quiénes eran esos señores que le decían de continuo en sueños que había venido a este mundo para sacrificarse por ellos, que algún día moriría honrándoles?

¿Por qué recordaba con tanta nitidez los tratamientos o la sala roja donde ese médico le acariciaba tras las consultas, recordándole que no era nadie, solo un trozo de carne creado en un laboratorio para su propio beneficio?

Le había «tocado la lotería» con esa nueva vida que le habían regalado, decían. Él no lo sentía de ese modo. Al menos, en Valladolid estuvo bien alimentado, aunque solo fuera porque querían mantenerlo sano y fuerte para los tratamientos. En Guanajuato, sin embargo, aquel a quien llamaba papá estaba siempre de viaje de negocios y su mamá indispuesta.

Si salió adelante fue gracias a Marcelo, un vecino que, viendo el percal familiar, se volcó con el niño, alimentándolo y acogiéndolo en su casa cuando lo veía vagar solo por las calles, enseñándolo a tocar en la guitarra clásicos mexicanos.

Marcelo se había mudado a esa casa para poder observar los movimientos de Adrián Duarte, a quien consideraba responsable de la desaparición de su hermana.

Lo único que no cambió para Eidan en esa nueva vida fueron las constantes visitas al médico, en las que le inyectaban «complejos vitamínicos» que le ayudaban a crecer más fuerte. Eso decían... Con el tiempo, descubrió que formaba parte del Proyecto Salazar.

Los problemas entre Caerlion y Adrián se multiplicaron. Él seguía siendo un lunaplatense y ella había renunciado a todo. Él disfrutaba con otras mujeres de los placeres que su esposa no podía darle y ella terminó por volverse loca.

Las cosas empeoraron cuando, tras una terrible discusión con violencia física, perdió el bebé que estaba esperando, Freya. Adrián estaba convencido de que no era suyo, sino de ese vecino que tanto los visitaba.

Caerlion se vio sumida en una nueva depresión en la que intentó quitarse la vida. Sentía que había matado a sus dos hijos, que los dioses la estaban castigando.

Fue precisamente Marcelo quien la sacó de su miseria. Debió de ver algo en ella que nadie más podía ver, un rayo de luz entre tanta oscuridad. Juntos, trazaron un plan y Adrián la dejó libre a cambio de su silencio.

Caerlion no deseaba otra cosa que olvidar su pasado, ser otra persona en Bucerías que nada tuviera que ver con La Luna de Plata. Empezar de cero con Marcelo, ese hombre que, no solo fue un excelente amigo, sino también un salvavidas para Eidan, quien ya era un adolescente complicado y lleno de carencias emocionales.

Supongo que ya te habrás dado cuenta de que ese adolescente solitario era yo.

Mudarnos a Bucerías cambió las reglas del juego... Caerlion se transformó en otra persona, convirtiéndose en la mamá que hasta entonces no había tenido.

En cuanto a Adrián, mantuvimos una relación cordial y un estricto régimen de visitas en fechas señaladas, aunque la neta es que nunca mostró verdadero interés ni tuvo un pinche gesto de afecto hacia mí. Para él no era más que ese «engendro de laboratorio» al que había aceptado como hijo propio para evitar un escándalo. Era un ser inferior, un plebeyo. Un número en una base de datos al que se había visto obligado a dar su prestigioso apellido.

Sin embargo, sus sentimientos hacia Christopher eran muy distintos, a quien sí trataba con cariño y respeto, pues Isobel se había volcado en la educación del niño hasta convertirlo en un digno lunaplatense.

Crecí apartado de Escocia y mi familia materna hasta bien entrada la adolescencia. ¿La verdadera razón? Fue mi abuela quien se distanció de sus hijas al ver en qué se habían convertido. Llevaba años luchando esta batalla por su cuenta y no podía soportar el camino que habían elegido. Así que ellas le hicieron ver a todo el mundo que la vieja estaba loca.

Pero esa visita a Bucerías lo cambió todo... No solo se reconcilió con su hija, sino que me conoció a mí. Y no hablo de Ethan, sino de... Eidan. Porque había algo en su nieto que no tenía sentido.

Para empezar, no reconocí a mi abuela. Mis recuerdos sobre la vida que una vez tuve en Edimburgo eran inexistentes. Tampoco recordaba haber pintado los dibujos que ella atesoraba con cariño, ni haber visto jamás la casa donde nací. No hablaba una palabra de inglés y las excusas de Caerlion por justificar mis olvidos eran mediocres.

A mi abuela le saltaron las alarmas. ¿Quién deja de hablar por completo su lengua madre de la noche a la mañana?

A la misión de entender qué había pasado con Viggo, ese hijo supuestamente muerto al nacer, se le sumó otra mucho más apasionante: entender qué estaba pasando con Ethan. Hasta que, con ayuda de Arthur, descubrió la verdad sobre sus dos nietos.

Pasaron varios años hasta que consideró que estaba preparado para contármelo todo. Lo de mi verdadera identidad. Lo de La Luna de Plata. La ambición que corrompía a aquellos que arrastraban los apellidos McGowan y Duarte. La maldición que corría por mis venas por haber

nacido bajo el Proyecto Salazar.

Las averiguaciones de mi abuela la guiaron a Farrell y, de rebote, a ese compuesto llamado Lunaxavan que me llevaban inyectando desde niño y que los laboratorios Elden fueron perfeccionando con los años.

Capaz de alterar los genes de quien lo tomaba, se lo inyectaban a un grupo muy selecto de individuos que habían tenido la suerte de portar entre sus genes una secuencia muy codiciada, que compartían con alguien más: su dios terrenal, su Mesías, el gran Salazar. La finalidad era conseguir una coincidencia de al menos un 33% para despertar a Salazar de su sueño eterno.

Me platicó de Valladolid, esa granja en la que fabricaban humanos a medida… Mi verdadero hogar del que yo apenas tenía ya recuerdos. Me habló del ritual, del Día del Gran Poder Universal y de Estrella de la Mañana, ese plan que llevaba años cociendo a fuego lento con una agencia internacional llamada Phoenix Bond.

Su propósito era doble. Por un lado, vengar a sus nietos. Por otro, destruirlos desde dentro, que nadie más fuera víctima de esos criminales que se vanagloriaban de tener el poder supremo.

Durante años, mi mamá decidió mantenerse al margen. No deseaba luchar. Vivía con miedo de quedar de nuevo atrapada en su culpa y resultaba más sencillo ser otra persona, la madre ejemplar y cariñosa que fue durante los últimos años.

Yo también me negué a ser parte del descabellado plan de mi abuela. Quería que me infiltrara en La Luna de Plata, que me convirtiera en uno de ellos y, no solo les convenciera para realizar el ritual cuanto antes, sino que yo mismo les buscaría la máscara y el diario para que así ocurriera.

¿Lo mejor del plan? Sería a mí a quien sacrificaran.

Estarás pensando que para Yvaine era fácil proponer algo así porque yo no era su nieto biológico y no me quería, pero no es así... Créeme que se hubiera ofrecido ella misma, pero necesitábamos que el agente doble tuviera esos genes, y eso limitaba mucho nuestras opciones...

Solo había un problema: las probabilidades de que este infiltrado saliera ileso no eran demasiado altas...

¿Cómo chingados puedes proponerle algo así a alguien?

Pues bien, pasé por una crisis existencial que se llevó todo por delante: mi autoestima, mi valentía y mis ganas de vivir. Los recuerdos de mi infancia, que años de psicólogos me hicieron creer que eran delirios infantiles, volvieron con más fuerza. El campo de concentración lunaplatense en el que me crie. Los experimentos. Los abusos sexuales por parte de aquel médico. Las clases de religión para lavarnos el cerebro.

La verdad se me hizo insoportable. Me volví loco. El alcohol se convirtió en la solución a todos mis problemas. Odiaba esa identidad prestada que alguien había comprado para mí. Yo no era yo, me habían obligado a ser otra persona, alguien que ya no existía. Mi vida, mis proyectos de futuro, mi destino... no eran realmente míos. Yo no era nadie. Tan solo «un engendro de laboratorio con fecha de caducidad», como me recordaba de continuo mi querido padre.

¿Cómo no iba a creérmelo, cuando llevaba toda la vida oyendo la misma canción? ¿Quién podría amar a un humano de segunda categoría, como yo?

¿Para qué seguir viviendo en un mundo que permitía algo así?

Empecé a ver EDLM desde una luz diferente. ¿Acaso mi vida valía más que la de cualquier otro ser humano?

¿Más que la de… Ethan McGowan?

Quería acabar con ellos. Quería vengar a esos niños, a esas mujeres y a mí mismo. Me daba

igual lo que pasara después. Al fin y al cabo, la única razón por la que había venido a este mundo era esa, ser parte de su macabro proyecto. No había sido un niño deseado por nadie.

Tan solo un número. Una cifra. Un ratopín de laboratorio.

Con esos pensamientos en mente, accedí a entrar en la misión.

Yvaine me presentó a Mark y comenzamos a desarrollar el plan al detalle. Yo aún era un crío que apenas estaba acabando la universidad, y el plan estaba pensado para ejecutarse a muy largo plazo. Tenía muchas fases y, la primera de ellas era ganarme la confianza de Adrián Duarte entrando a trabajar en esos hoteles para convertirme en su mano derecha. Él no pudo negarse a contratarme y, por un tiempo, nuestra relación podría decirse que fue buena.

Todo empeoró cuando conocí a Analisa y nos acostamos juntos. Ella jugaba con ventaja: sabía quién era yo, hacía tiempo que me había fichado y sabía también lo que yo tomaba y por qué.

La verdadera razón por la que tuvo a Gael fue porque, como seguidora de La Luna de Plata que no contaba con esos genes sagrados, pensó que siendo la madre de un descendiente se convertiría en la nueva Virgen María. Está claro que no consideró lo que eso significaba realmente, ni en que había condenado a ese bebé a una vida de miserias y peligros.

Sospecho que fue ese momento de lucidez, sumado a las continuas amenazas, lo que la llevó en el 2019 a dejar al niño a mis cuidados y fingir su muerte.

Pero volvamos al embarazo... Pese a este pequeño contratiempo, EDLM siguió su curso, alentado por el deseo y la necesidad de proteger a mi hijo. Si tenía que dar mi vida para garantizar que él no corriera la suerte de Ethan y Christopher, así lo haría. Gael era todo cuanto tenía, lo mejor que me había pasado nunca, mi mundo entero, y no pensaba permitir que nadie le pusiera una mano encima.

Infiltrarme en los hoteles hizo mucho más que identificar los cimientos de La Luna de Plata: destapamos toda una red de prostitución y narcotráfico para financiar el proyecto.

Y entonces, llegó el momento de proponerle a Adrián mi descabellado plan, convencerle de que para mí sería un honor someterme a tamaña atrocidad. Habían sido muchos los años de lavado de cerebro en Valladolid y había visto la luz, había entendido mi misión en esta vida. Mi manera de agradecerle los años que me había alimentado y vestido era sacrificándome por su mayor sueño.

El muy pendejo se lo creyó.

Pensarás que él nunca aceptó mi oferta, pues tenían cientos de tipos como yo en el Proyecto Salazar, pero mi propuesta era demasiado jugosa para dejarla escapar... Yo sabía dónde estaba la máscara. Y le prometí que yo mismo se la entregaría junto al diario.

Teniendo en cuenta el cariño que me profesaba, puedes imaginarte que no le supuso ningún problema. Ese mismo mes lo celebramos por todo lo alto con una ceremonia de iniciación en la que me obligaron a consumir alguna hierba alucinógena, hacerme el famoso tatuaje (que a ti te conté que fue para no olvidar su contenido) y coger con menores. Lo tercero se me hizo más llevadero gracias a lo primero... Además, yo apenas tenía veintidós o veintitrés años y ellas quince o dieciséis. Me consolaba pensando que, para esas jóvenes, yo era una opción mucho más apetecible que cualquiera de los señores con los que lo hacían habitualmente...

Así que me convertí en un agente doble, por así decirlo...

Fue en Phoenix Bond donde conocí a Gina. Nacida bajo el nombre de Mandy35643, era algo mayor que yo y nos unía un poderoso link: ella también había estado en ese campo de concentración.

Una de las doctoras que llevaban su caso (y se aseguraban de que algún día fuera una digna

descendiente) se encariñó con ella y no pudo hacerse a la idea de su trágico destino. Así que, sabiendo a lo que se arriesgaba, puso en peligro su propia vida y la raptó.

Durante un tiempo, vivieron ocultas en Newcastle, hasta que ellos las encontraron... La doctora tuvo el tiempo justo de ponerla a salvo en un orfanato antes de morir, dejando en su muñeca una pulsera con la palabra «Huye» escrita en ella.

Gina se metió en la agencia a muy temprana edad buscando respuestas, pues eran muchos los recuerdos inconexos que tenía a los que no había sabido encontrarles una explicación. Formó esa imagen pública de Gina Dillan para no levantar sospechas y jugó una doble vida llena de ambigüedades en la que no podía permitirse los lazos afectivos.

En un momento de debilidad en el que pasó por un terrible cáncer, cometió el error de enamorarse de la única persona que siempre estuvo allí para ella, un «niñato» (palabras suyas,, no mías) al que había conocido en una fiesta de la revista gracias a una de sus empleadas, y con el que tuvo la suerte de echar un par de polvos en los lavabos. Apuesto a que esto no te lo había contado...

Por supuesto, estoy hablando de Casper, y esa fiesta a la que Brit le llevó como acompañante para no ir sola y a la que, casualmente, un par de años después me llevaste tú a mí.

Casper y Gina comenzaron una relación llena de altibajos por la incapacidad de ella para enamorarse, y Casper se convirtió en su perro fiel sin saber realmente a qué juego jugaba. O al menos, así fue al principio… Supongo que ya te habrán puesto al día de su implicación en el caso y su papel en nuestra ruptura. Si no es así, ya hablaremos de ello más adelante...

Pero retrocedamos un poco...

En 2019, a Analisa la situación se le quedó grande. No podía seguir protegiendo a Gael, sobre todo, estando todo el día drogada y fuera de casa. Así que fingió su muerte y se largó.

Yvaine siempre supo que Gili T. era un refugio para cobardes y me lo dijo en persona, aunque yo no podía contárselo a nadie sabiendo que cualquiera podría estar infiltrado (como yo). No era seguro. Fui yo quien ayudó a Analisa y a ese periodista a llegar a esa isla poco antes de que me acusaran de matarla. Eso también era parte del plan.

Esto coincidió con mi partida a una misión doble en Londres, con lo que me vi obligado a dejar a mi hijo con mi madre y Marcelo, lo que me ocasionó un terrible enfrentamiento con Analisa. ¿Cómo fiarse de la mujer que treinta años atrás había sacrificado a su propio hijo?

La razón por la que marchaba a Londres con tanta urgencia es que los lunaplatenses habían localizado a Farrell y necesitábamos recuperar el diario de Salazar. Años atrás, ellos mismos se habían valido de métodos menos ortodoxos para buscarla en su mansión de Kensington, dando como resultado una masacre en la que murieron sus padres. Seguro que sabes de lo que te hablo pues Gina tuvo el poco tacto de llevarte allí con ella…

Farrell tenía una hija algo más joven que yo, Wendy, una niña del proyecto llena de traumas emocionales. Sería fácil valerme de mi atractivo y mi carisma para seducirla.

No me importó. Había hecho cosas peores desde que era un lunaplatense… Había participado en los rituales y, aunque nunca maté a nadie... Tuve que hacerlo, Elena. Tenía que resultar creíble… Me acosté con un par de menores en un ritual de fertilización, esparciendo la sangre de inocentes sobre sus vientres vírgenes. ¿Cómo podría superar eso?

Pasé las semanas siguientes recluido en casa, vomitando alcohol y antidepresivos. Había visto tantas cosas, que solo deseaba que acabara todo cuanto antes.

El plan de irme a Londres planteaba un dilema, y es que la agencia también tenía una misión para mí muy similar: enamorar a la descendiente de Sara para que me entregara la diadema que Gina llevaba toda su existencia buscando.

Porque no era una cuestión de creer o no en la magia, sino de lo que ellos creían que un simple adorno para el pelo podría hacer, el miedo que les suscitaba la idea de Sara y Salazar reencontrándose en el mundo terrenal, ya que su amor sería capaz de acabar con La Luna de Plata.

Menuda estupidez, ¿eh? Ni Gaia con dos años se creería algo así…

Las pesquisas llevaron a Gina a un pueblo de tu Valladolid llamado Tordesillas, donde estuvo espiando uno a uno a todos sus habitantes. No sé cómo llegó a la conclusión de que tu abuela era la descendiente de Sara, pero Gina, que a veces puede ser muy obsesiva, se dedicó a estudiar a todos sus hijos y nietos.

No me preguntes cómo, pero supo casi desde el principio que se trataba de ti. Había algo, como un aura, que te hacía digna sucesora de Sara. Además, eras periodista igual que ella, estabas soltera y te gustaba vivir aventuras. O eso dedujo de tu reciente viaje a Costa Rica, en el que estuviste cuidando tortugas en una granja... Peculiar, desde luego, sí eras.

Así que te financió ese curso de inglés y una nueva vida. Te consiguió ese piso con compañeros afines a ti, un trabajo mal pagado del que pronto te cansarías y, finalmente, una gran oportunidad periodística a la que no podrías negarte.

Y yo me vi en Londres con dos misiones similares, pero incompatibles. Por un lado, necesitaba a Wendy por su acceso al diario donde Salazar dejó escrito el ritual, algo que también le convenía a la agencia. Por otro, te necesitaba a ti y todo lo que pudieras contarme de tu abuela, de Sara, de la diadema y de ese fragmento de ritual perdido.

Gina me metió en tu piso y, para garantizar que pasábamos tiempo juntos, te pidió a ti que me investigaras. Te dijo que Mark y ella no se fiaban de mí y que necesitaban descubrirlo todo. Era mentira. Querían que sintieras fascinación por esta historia para que tú misma me entregaras la diadema cuando cayeras en mis redes.

Desde el principio, me lo pusiste fácil y no me sentí culpable por ello porque sabía que tú también tenías una misión que cumplir. Tú también me estabas utilizando. Y eras preciosa... ¿Por qué no?

Lo nuestro era puro teatro, éramos dos adultos jugando con fuego y sin miedo a quemarse.

Pronto me di cuenta de que o no tenías ni idea de esta historia, o eras una actriz increíble, así que necesitaba llegar a tu abuela por otros medios…

Necesitaba meterme en tu mundo.

Tuve que hacer una pausa para enjuagarme las lágrimas sin saber el qué de todo me había causado ese pesar; si la triste realidad de un hombre sin pasado ni futuro o el hecho de que nuestra historia solo hubiera sido un elemento más de una trama perfectamente organizada.

Y dolía. Dolía mucho.

No quería seguir leyendo.

Con cada trazado, algo se desgarraba en mi interior. Fragmentos de vivencias que devoraban mi alma, mostrándome esa realidad que yo quería y no quería conocer. Porque justo ahí, en esa parte de la carta, empezaba nuestra historia.

La mayor mentira jamás contada.

66

El problema es que yo nunca había sentido nada parecido. Para mí, el sexo era un desahogo físico y mis relaciones anteriores puro contrato. Había cogido mucho, pero nunca hecho el amor. Pero no sabía lo que era amar realmente a alguien... Buscar mil razones para escribirte. Quedarme sin respiración con el más mínimo roce.

Saber que daría mi vida entera por ti sin dudarlo un instante.

No me podía quitar tu risa de la cabeza. El modo en que me mirabas, que me calentaba las entrañas.

Cometí un error que se cargó por completo la misión y lo complicó todo. El mejor error de mi vida, pero un error, al fin y al cabo.

Estuve jugando con las dos hasta que me diste un ultimátum y decidiste que no podíamos seguir viéndonos. Lo acepté porque no podía dejar a Wendy. Lunaplatenses y phoenixbonders habían comenzado una batalla para encontrar ese diario y todo dependía de mí.

Cuando mis propias emociones empezaron a ahogarme, lo dejé todo y aposté por ti. Por nosotros. Les dije a ambos bandos que me rendía, que solo quería una vida normal.

Phoenix Bond montó en cólera, no podían arriesgarse a que ellos descubrieran quién eras realmente.

La Luna de Plata se sintió traicionada y amenazada por todo lo que yo sabía. Averiguaron que era un doble agente y que nunca tuve intención de sacrificarme en ese ritual. Juraron vengarse... Y ya lo creo que se vengaron.

Mark y Gina comenzaron a desconfiar de mí… Esta vez, de verdad. Al fin y al cabo, era un agente doble... ¿quién les garantizaba a ellos que no me había vendido al enemigo? Que no había conseguido ya la diadema y se la había entregado a La Luna de Plata.

Pese a mis advertencias, te metieron en el caso de lleno y te mandaron a varias misiones, que a mí me garantizaron que cubrieron Logan y Ava. No supe que fuiste tú hasta que ya fue demasiado tarde…

Porque yo vivía en mi burbuja contigo y con mi hijo, más feliz de lo que jamás nadie me había permitido ser. ¿Tan horrible fui por anteponer esa felicidad al caso? Yo ya no quería sacrificarme... ¡Yo quería vivir! Quería envejecer contigo, ver crecer a nuestros hijos, comprarnos esa casa de Notting Hill, si algún día conseguíamos el dinero...

Quería una pinche vida normal... contigo.

El plan sufrió un revés y Gina se puso en el punto de mira de La Luna de Plata a través de Rompetechos. Les hizo saber que ella también era descendiente. Corría el año 2022 y, según la profecía, el Día del Gran Poder Universal (fecha sagrada para los lunaplatenses) estaba cada vez más cerca.

Intenté convencerla. Tenía que haber otro modo... Ella creía en Sara o tal vez solo se agarró a un clavo ardiendo. Me suplicó que no me rindiera en mi búsqueda y descubriera dónde estaba esa diadema para acabar con el ritual.

Y yo le prometí que lo haría. Me sentía culpable de su suerte ahora que ella sería la víctima de ese ritual tras mi renuncia.

Una vez en Tordesillas, no tuve que esforzarme demasiado. Tu familia me adoraba, en especial, tu abuela, a quien le encantaba contarme batallitas de su juventud y compartía conmigo una preocupante adicción al café que tú también heredaste de ella.

Fue como si... Como si siempre me hubiera estado esperando. Había estudiado esa leyenda durante décadas y sabía cuándo y dónde ocurriría el ritual. Y supo que era yo por mis rasgos. Es una locura, pero, al parecer, era tal y como Sara describía a Salazar en su diario.

Qué curiosa es la genética, ¿no?

Lejos de pedirme que me alejara de ti, tu abuela prometió que me ayudaría cuando llegara el momento oportuno, que se aseguraría de que tú estarías lista para ello.

Ahora sé que murió sin poder cumplir su palabra porque, en pleno 2025, sigues sin saber cuán especial eres. La magia tan poderosa que siempre ha vivido en tu interior.

Con esto no quiero que pienses que te estoy utilizando, que solo regresé a tu vida por la diadema. Ya llegaremos ahí...

Todo cambió el día en que volabas a Bali con Gina.

Aquel ocho de septiembre de 2022 no quería regresar a Londres. Tenía que estar muy loco para viajar hasta Edimburgo después del trabajo solo para pasar la noche con mi mujer. Lo hubiera hecho un millón de veces. Estabas a punto de irte tres semanas a escribir un reportaje de viajes… Eso me dijiste, pero tan solo era una más de tus mentiras, como esa baja de maternidad que estabas cubriendo en Escocia y resultó ser una plaza en cierto hotel de Dornoch… Pero no es momento de reproches...

Mi vuelo se retrasó y llegué tarde a una importante reunión con un cliente. ¡Menuda bronca me cayó del jefe! Aun así, nos dieron el proyecto. Las comisiones iban a ser brutales. Tal vez podríamos irnos de viaje a algún sitio, los dos solos… Gina y Casper se quedarían con Gael.

Te llamé para contártelo. Tu vuelo no salía hasta dentro de tres horas, pero no me respondiste al celular. No le di importancia. Pensé que estarías pasando el control.

Te marqué dos veces más. Nada. Me mosqueé. Tú nunca tomarías un vuelo de quince horas sin llamarme antes. Sin mandarme un mensaje para decirme que «me querías», provocando una de nuestras absurdas discusiones sobre lo mal que habláis español en la madre patria, pues amar y querer no es lo mismo.

Habría visto las llamadas desesperadas de Gina informándome de que nunca llegaste al aeropuerto si un policía no me hubiera detenido diez minutos después. Me dijeron que me habías denunciado por malos tratos. Me tuvieron en calabozo sin poder hablar con nadie cerca de veintisiete horas, y después, me soltaron diciendo que había sido un malentendido y la denuncia quedó anulada.

Todo era demasiado raro.

Cuando me regresaron el celular, no había ni rastro de ti, pero sí de Logan, Mark y Gina. Hacía más de veinticuatro horas que no sabían nada de ninguno de los tres.

Gael finalmente apareció tras haber pasado la tarde con su abuelo. Saltaron todas las pinches alarmas. Adrián no es un abuelo entrañable y amoroso. Nunca se ha preocupado por Gael. ¿Por qué ahora? Había gato encerrado…

Me estaban provocando. Querían demostrarme lo fácil que sería destruir lo que más amaba en el mundo en un solo instante.

Permitir que te infiltraras en el hotel de Dornoch fue un error que jamás le perdonaré a la agencia. Se valieron de tu entusiasmo y tu agudeza mental para que les ayudaras a atar cabos sueltos, sin saber que te habían puesto en el ojo del huracán. ¿Cómo permitieron que te hicieran un reconocimiento médico para conseguir ese trabajo, sabiendo lo valiosa que eras? ¿Sabiendo que ellos te querían muerta?

Adivinaron ese parentesco lejano con Sara tan pronto obtuvieron los resultados de la prueba de ADN, e incluso descubrieron algo más que tú y yo aún no sabíamos... Algo que ellos ya

intuían desde hace tiempo, pues Rompetechos te estaba espiando a través de un software que instaló en tu laptop y en el celular de empresa.

Nos estaban observando porque querían medir mi lealtad, asegurarse de que realmente me había apartado del caso en busca de una vida sencilla y no se la estaba jugando, pero encontraron dos cosas mucho más valiosas en esos cuidadosos informes semanales que Rompetechos enviaba a La Luna de Plata...

Por un lado, que estabas embarazada. Por otro... que eras tú, y no yo, quien estaba metiendo las narices en el caso.

Pero ¿qué hacía una simple periodista de moda en un caso como ese? Tenía que haber un motivo personal...

Empezaron a atar cabos, a emparanoiarse. Si yo lo había dejado todo por ti solo podía significar dos cosas: la primera es que había cambiado de bando. Y la segunda... que la profecía estaba a punto de cumplirse, y no les iba a ser favorable... Sara y Salazar juntos eran una malísima idea.

Horas después de tu desaparición, me llegó al celu un mensaje diciendo que no me amabas, que me abandonabas, y tus redes sociales se llenaron de escritos profundos e imágenes de archivo de lugares paradisiacos.

Le pedí a Mike que se encargara de Gael por unos días y me reuní con Gina en el aeropuerto, rumbo a Escocia. Fue allí donde me lo contó todo. Lo de Avión, lo de Dornoch, que eras una phoenixbonder... ¿Cómo había estado tan ciego?

En apenas un par de horas, estaba en ese hotel de Dornoch con mi tía Isobel. Nuestra relación era más profesional que otra cosa. Cordial. Cortante.

Y ahora te estarás preguntando por todas esas fotos felices de mi infancia que viste en Edimburgo. Es posible que, a estas alturas, ya te hayas dado cuenta de que aquel niño risueño... no era yo.

Como decía, mi tía me dio la bienvenida en el hotel con una amabilidad que yo no me molesté en devolver. Los dos sabíamos bien de qué pie cojeaba el otro.

Entre tú y yo, mi tía es una zorra.

La conversación fue más o menos así:

—Has roto el pacto... de todas las maneras posibles.

Su voz me dejó helado. No era mi tía, sino esa bruja capaz de descuartizarme y beberse mi sangre cuando llegara el momento, como ya había hecho con su propio hijo tiempo atrás.

—Mis circunstancias han cambiado. ¿Dónde está?

—En buenas manos, tu primo está cuidando de ella como se merece. ¿Sabes? Esto de la genética es una cosa maravillosa. Pensaba que con tu idilio adolescente habíamos perdido al descendiente y, mira tú por dónde... Es cuestión de tiempo que Elena nos cuente dónde está la diadema, ya sabes lo convincentes que podemos llegar a ser... Le haremos una oferta que no podrá rechazar.

—¡Ni se os ocurra ponerle una mano encima!

—Tranquilo, cariño... Nos interesa más el bebé. Su inocencia y pureza es el mejor canalizador de energía entre los dos mundos. Además, ¿Sara y Salazar juntos en un mismo cuerpo? Seguro que no hay nada más potente que eso. A Gudrun le va a encantar la ofrenda.

Me quedé blanco. ¿De qué chingados estaba hablando?

—Como extrabajador que eres de la compañía, deberías saber que somos muy generosos con nuestros controles médicos gratuitos. Tener acceso a sus aplicaciones del celular también ayudó bastante para saber que tenía un retraso… Hemos seguido vuestros pasos muy pero que muy de

cerca, cariño. Tengo que decirte que está muy feo hablar así de la familia. Me tienes con el alma rota.

—¿Qué queréis?

—Lo sabes de sobra, pero estoy dispuesta a negociar... Hagamos un trato: una vida por otra. Te devolvemos a Elena en unos meses y nos quedamos con el bebé. Si yo pude soportar la ausencia de mi hijo, tú también podrás. A este ni siquiera lo conoces, no hubieras sabido de su existencia de no ser por mí. Debería darte igual.

No lo dudé un instante.

—Te propongo algo mejor: a mí me tienes ya aquí y sabes que soy lo más cercano a Salazar que vais a encontrar. Casi cuatro décadas de Lunaxavan están dando sus frutos. Haré lo que me pidáis si la sueltas y me garantizas que tanto ella como el bebé estarán a salvo.

—Podría interesarnos... Pero, para eso, tienes que garantizarme que no volverás a verla. —No podía estar hablando en serio—. Necesitamos saber que nada te hará cambiar de opinión esta vez y, sinceramente, si ya lo dejaste todo por ella antes..., ¿cómo confiar en ti sabiendo que ahora hay una vida en camino?

—Porque estoy dispuesto a todo para protegerlas. Tienes mi palabra. ¿Qué tengo que hacer?

Dejarte. Tenía que ser un capullo, conseguir que me odiaras y asegurarme de que nunca quisieras volver conmigo. Tenía que darte razones para que te olvidaras de mí y del caso McGowan. De esas mujeres desaparecidas y de los bebés robados. De nosotros.

Fácil, ¿no?

—Les diré que la suelten. Si nos la juegas, la encontraremos de nuevo, cariño. Y si eso ocurre..., te aseguro que preferirías estar muerto.

Convoqué una reunión de emergencia con Phoenix Bond.

—¿En qué demonios estabais pensando para dejar que Elena fuera a esas misiones? —Fui particularmente duro con Gina, pero es que no podía creer que lo hubiera consentido—. ¿Tú dices ser su amiga? ¿Cómo has permitido que se meta en Dornoch? ¡Y embarazada!

—¡No sabía que estaba embarazada! Apuesto a que ni ella lo sabe.

Eso es cierto... No creo que lo supieras porque nos tomamos un par de copas de vino la noche antes de despedirnos. Nuestra última noche.

Algo que pensé que siempre me haría feliz, de pronto me ponía rabioso. No iba a conocer a ese bebé. No iba a estar ahí contigo el día que naciera, dándote la mano y diciéndote que todo iba a ir bien. No iba a estar presente cuando diera sus primeros pasos o le partieran el corazón por primera vez. No sería a mí a quien llamaría «papá».

—¿Pero es que no lo veis? —Gina estaba exaltada, o nerviosa… puede que ambas—. Si tienen tanto miedo a que la leyenda sea cierta, a que Elena y tú rompáis el ritual, tal vez deberíamos usarlo a nuestro favor.

—¿Estáis mal de la cabeza? ¡No pienso volver a meter a Elena en esto! —recordé con dureza.

—¿Y piensas aceptar sus condiciones?

—¿Acaso tengo otra opción?

—Para empezar, no ser tan iluso, que pareces nuevo… —Te juro que quería matarla—. ¿De verdad crees que la dejarán en paz ahora que saben quién es?

—Lo harán mientras se mantenga al margen y yo cumpla con mi parte del trato. Y por eso vamos a mandarla a Nueva York a que realice su sueño de trabajar en un gran medio. ¡Usa tus contactos y haz algo bueno por ella de una maldita vez!

La única manera de garantizar que os dejaran en paz y el ritual sirviera para algo era reviviendo EDLM. Les juré que encontraría la máscara y que todo seguiría su curso. Ellos estaban felices con el acuerdo, sobre todo, porque también habían pactado con Gina. Dos por el precio de uno. ¿Qué podría salir mal?

Y te estarás preguntando: ¿cómo pactaron con Gina?

Fueron los laboratorios Elden quienes le trataron un cáncer terminal, que estoy convencido de que ellos mismos ocasionaron. Le ofrecieron una cura milagrosa, experimental e indolora a cambio de que se inyectara Lunaxavan y, si algún día fuera necesario, se entregara para el ritual. Gina aceptó. Llevaban décadas buscando esa máscara sin resultado. Además, sería capaz de cualquier cosa por el caso McGowan.

Pero volvamos al rapto de Helena y a la guerra de Troya... Tu rapto fue capaz de desatar una batalla contra La Luna de Plata…

Las horas siguientes fueron un carnaval de incertidumbre y miedo. Terror. A La Luna de Plata les encantaba mostrar su poder y lo frágil que podría ser la vida si te ponías en su contra, y a mí me estaban haciendo pagar caro por mi error.

Ignoro qué pasó después. Me dijeron que iban a liberarte, pero habías desaparecido. Dieron la orden de que te dejaran huir, un arma de doble filo porque bien sabían que no saldrías con vida de allí por tu propio pie.

Me enfurecí. No era lo acordado.

Mientras las horas pasaban interminables en el reloj sin saber de ti, tuvimos tiempo de planear cómo haríamos las cosas cuando regresaras. Porque ibas a regresar... No había otra opción.

Gina utilizó los informes de Rompetechos para escribir ese libro que Sio te acusó de haber escrito tú. Usamos las denuncias falsas que La Luna de Plata interpuso contra mí para tenerme retenido mientras te secuestraban, además de material de la cámara de seguridad de Dornoch, o cosas que tú encontraste en una caja con tu nombre en Avión.

Perdónanos, no fue un plan brillante, pero te reto a que tomes decisiones inteligentes en una situación así.

Mark estaba convencido de que funcionaría. Al fin y al cabo, ya habíamos roto antes tras descubrir que habías escrito un reportaje sobre mí.

Dicen que los latinos llevamos el drama en las venas, pero los escoceses no se quedan atrás... Deberías ver a Logan en acción... Decidió añadirle una pillada en mi apartamento que yo pudiera usar como pretexto para acusarte de infiel, y tú a mí para reprocharme que jamás te escuché. Que no luché por nosotros. Que fui un cabrón contigo.

Y, entonces, llamaste a Logan... No a mí, sino a Logan. Le contaste que estabas en casa de unos pescadores. Le hablaste de una cueva y... de mí. No tenía sentido. A no ser que...

¿Sabías que ese tipo que se hace pasar por Christopher es realmente mi hermano? Por eso nos parecemos tanto… No tiene mérito, muchos allí abajo lo hacemos.

Estabas agitada, muy asustada. Y él salió al hospital a buscarte.

Comenzaba la primera parte del plan, el paripé que todos tendríamos que interpretar a partir de ahora. Empezaba mi propio infierno personal. La cuenta atrás. Tocaba hacerse a la idea de que ya no estarías aquí. Mentirle a la gente cuando me preguntaran por qué habíamos roto. Poner a Casper y Mike al corriente para que respetaran mi decisión y no hicieran de celestina en este drama.

¿Te has dado cuenta alguna vez de lo inteligente que eres? Siempre tuviste la mirada puesta en esa isla. Yo jamás había estado allí. Los rituales a los que asistí se realizaron en haciendas de México y Estados Unidos que alquilaban para tal propósito. ¿Quién podría pensar en un lugar

como The Skerries?

Te pedí el divorcio para que tú no me lo pidieras nunca a mí, y no entregué los papeles. Seguías siendo la tutora legal de Gael si a mí me pasaba algo y, como mi cónyuge, tendrías derecho a la herencia. Era lo menos que podía hacer por nuestra hija.

Mike ha sido una ayuda imprescindible e incluso se metió en EDLM. No lo impedí. Es bueno, inteligente, audaz... y él necesitaba un propósito tras la muerte de su madre y ese accidente de tráfico que le cambió la vida.

Esa fue la verdadera razón por la que se instaló en mi casa, proteger a Gael, y Ava... ser mi niñera. Asegurarse de que no mandaba todo a la mierda para jurarte amor eterno ni me volvía loco. Me mantenía firme después de espiarte en Nueva York para ver a nuestra hija a escondidas.

No voy a hablarte de cómo me hice la cicatriz. No fue agradable y no creo que saberlo te aporte mucho. Solo te diré que, ese día, Logan, y yo nos hicimos hermanos.

En cuanto a la muerte de mis papás... Si te estás preguntando si realmente me dolió, la respuesta es que sí, en cada pedazo de mi ser.

Mira, cielo, tienes que entender que no apruebo lo que mi mamá hizo, fue horrible e imperdonable, e incluso yo me sentí abandonado a mi suerte cuando más necesitaba una madre.

Pero todos merecemos una segunda oportunidad. Y, años después, me dio el cariño que nunca tuve y se sacrificó por el caso. Al final purgó sus culpas muriendo por mí. No aprobaba el plan e intentó infiltrarse en una ceremonia para robar la llave que llevaba a la gruta de Salazar. Pensó que así evitaría mi destino.

Ya sabes lo que dicen: sin cuerpo... no hay rito.

Ya puedes imaginarte que las cosas no salieron demasiado bien...

Tal vez ahora te estés preguntando por qué volví a buscarte, por qué lo arriesgué todo otra vez... Sé que fue la decisión más egoísta que tomé nunca, pero no podía irme sin conocer a mi hija ni besar tus labios una vez más.

Y necesitaba prepararte para lo que pudiera venir, porque no sé cómo será el mundo a partir de ahora, Elena. Si EDLM sale mal, sería ingenuo pensar que ellos no van a ir a por vosotras. Que alguien no se te acercará por tu parentesco con Sara.

Que alguien no irá a por nuestra hija.

Necesitaba que te convirtieras en una guerrera, porque eres tú quien tendrá que proteger a Gaia cuando yo no esté.

Siento el espectáculo en tu casa cuando me hablaste de ella, las cosas que te dije (que no pensaba). Tenía que resultar creíble en este papel que siempre me obligo a interpretar. Mientras siguiera siendo el idiota que te partió el corazón, pondrías límites entre nosotros porque yo, cielo, no me veía capaz de renunciar otra vez a lo que fuimos.

El problema fue que, al verte, me enamoré un poquito más de ti... de vosotras. Y quería luchar. Lo quería todo. Y estaba en un buen lío porque, si no me mataba La Luna de Plata, acabaría por hacerlo Mark.

En cuanto a Gina... no le guardes rencor. Sé que os habéis distanciado últimamente y quiero que sepas que la está matando no ser honesta contigo.

A medida que se acerca la fecha, su estado de nervios ha ido empeorando. Tiene una depresión horrible que ya no sabe cómo justificar, y Casper está desesperado.

Está aterrorizada, Elena... Igual que yo.

Por eso, Casper decidió entrar en EDLM sin consultárselo. No imaginaba la vida sin ella y no podía quedarse en casa esperando a recibir noticias como si nada.

¿No te resultan adorables?

En fin... No se me ocurre qué más explicarte que no haya dejado escrito en ese diario durante estos tres largos años. Espero que sirva para que entiendas mis razones (que no excusas, como tú las llamas) y me odies un poquito menos. Que no te quedes solo con el comienzo de nuestra historia en el que ambos jugamos a no querernos, o esa amarga despedida en Ravenwood.

Lo siento. Te juro que lo he intentado con todas mis fuerzas, construí un futuro para nosotros que nunca nos llegó. Y lo hice porque te amo, Elena, tanto que me duele el cuerpo de extrañarte.

Estos meses contigo me han devuelto la ilusión por vivir. Has sido el faro que me ha guiado en un mundo de sombras, la llama de esperanza que sigue ardiendo en mi interior, animándome a luchar cada día. Llenándome de esa fe que ya había perdido.

Te pido perdón por todos los secretos, las ambigüedades y medias verdades que me quemaban por dentro y nunca pude expresar.

Y, sobre todo, te pido perdón porque te he dejado una tarea aún más complicada que criar a Gaia sola: tener que explicarle a Gael la verdad sobre sus padres. No te lo va a poner fácil, ten paciencia. Aunque sea más alto que yo, sigue siendo solo un niño que ha tenido que crecer demasiado rápido. Recuérdale que tiene una familia, ¿vale? Sé que contigo estará bien.

Y recuerda que existe un lugar en la tierra al que acudir si las cosas se ponen feas. No sabemos cómo será el mundo después de este Big Bang.

Esto no es un adiós, sé que volveremos a vernos al otro lado. Asegúrate de poner mi foto en el altar con mis platillos favoritos y prometo hacerte compañía cada dos de noviembre. ¡Nada de brócoli! O me encargaré personalmente de que algún espíritu furioso haga acto de presencia en mi lugar.

Te prometo que, aunque no lo conseguí en esta, te haré muy feliz en la próxima vida. Porque, al igual que Sara y Salazar, sé que nuestras almas están destinadas a encontrarse.

P.D. En el reverso de esta carta he pegado un par de fotos. Pensé que te gustaría tenerlas. ¿Ves como Gaia se parecía a mí cuando tenía su edad?

Eidan Mendoza McGowan

Aquellas no eran las fotos que había esperado encontrarme, y me impactaron mucho. Apenas eran copias con poca calidad, que habían envejecido mal.

En la primera, una sala de hospital llena de cunas, donde se leía el cartel con el nombre de cada uno de los proyectos.

En la siguiente imagen, un niño delgaducho de unos dos años sentado en una camilla en esa enfermería roja que yo conocía tan bien. Tenía la cabeza rapada, lo que potenciaba esa mirada verde, y vestía camiseta blanca de tirantes de algodón y pantalones cortos. En sus manos, un cartel en el que se leía Eidan38567.

La tercera imagen mostraba una enorme habitación llena de literas donde un grupo de individuos de distintas edades posaban sin alegría.

La última fotografía era diferente, más familiar. Un Eidan adolescente posaba con una tímida sonrisa en un restaurante de playa junto a Marcelo.

No había más fotos. Supuse que no eran muchos los recuerdos que tenía de esa vida que se había visto forzado a olvidar, y tampoco los quería.

Terminé con el corazón encogido por esa historia. La de Ethan y la de Eidan. No tenía ni idea de con quién había compartido mi vida ni qué clase de atrocidades había pasado para llegar hasta allí. Pero de pronto entendí muchas cosas...

Entendí esa carpeta que había encontrado en su ordenador al conocernos, llena de fotos mías robadas en Valladolid.

Entendí el dolor con el que escuchó el relato de Viggo en Gili T.

Entendí por qué me había dejado.

Entendí por qué visitaba a su hija a escondidas.

Entendí sus silencios, sus misterios, sus dudas.

Entendí lo mucho que me quería…

Y no tenía ni idea de cómo iba a seguir adelante.

67

22 de diciembre de 2025 — Bangor, Gales

Situado en el Estrecho de Menai, Bangor era una preciosa ciudad del norte de Gales, tan solo conectada con la isla de Anglesey a través del puente colgante de Menai. Su localización, entre las montañas de Snowdonia, hacía de esa casa de piedra el lugar perfecto para hospedarnos hasta que pasara la tormenta, dándonos la paz y privacidad que todos necesitábamos en esos momentos.

En otras circunstancias sé que hubiera encontrado el lugar idílico, pero no podía ver nada positivo en estar allí encerrada. Me sentía una prisionera de Phoenix Bond y de mis propios pensamientos, que cada vez eran más dañinos.

Aún no había amanecido cuando un tipo escocés con aspecto de vikingo nos dio la bienvenida. Se llamaba Karl y era uno de los agentes a cargo de EDLM de los que no había oído hablar hasta entonces. ¿Cuántos agentes había en la agencia a los que yo aún no había puesto nombre?

El abrazo que le dio a Mark me sorprendió. No sabía que ese hombre tuviera amigos.

—¡No volváis a haceros los héroes, malditos cabrones! Me teníais con el corazón en un puño —saludó Karl.

—Las cosas no salieron según lo previsto y, por un momento, entramos en pánico —aseguró este, abrazando a una mujer que supuse estaba con Karl—. No contábamos con el ritual de fecundación previo al sacrificio. Por suerte, estos tres temerarios idearon un plan B que salió bien, aunque nos puso a todos en el punto de mira. Lo demás, fue huir, improvisar, salvar el culo…, ya sabéis.

Mark le explicó los detalles de la operación en un copioso desayuno que la pareja había preparado para nuestra llegada. No probé bocado. Porque todos estaban allí, celebrando nuestra victoria, mientras lo único en lo que yo podía pensar era en que esa victoria había traído consigo un montón de muertes. Culpables o inocentes. Y yo había contribuido de algún modo a matar a toda esa gente. Christopher había muerto encima de mí y su sangre había bañado mi ropa.

—¿Estás bien? —Mike apoyó su mano en mi muslo y me miró con preocupación.

Asentí, admirando lo bien que aquel chico de la calle, ajeno a esa historia, se había integrado y adaptado a la batalla. Casper, por el contrario, estaba inusualmente callado y blanco como un bote de crema Nivea, de esas que, por más que las esparces, dejan una película densa en la piel. Como esa historia…

—¿Dónde está William Farrell? —No sé si quería oír la respuesta.

—Rescatarle nunca fue parte del plan, Elena… —No pude evitar mirar a Mark con pavor—. No pienses que lo hemos traicionado. Él se sacrificó para salvarnos, fue nuestro caballo de Troya y ayudó a Marina a infiltrarse en los laboratorios. No le pesaba, sabía que no podría soportar cuando explotara la isla y su hija… En fin, era lo mejor para todos.

—¿Sabemos algo de Morelia?

Yo debía de ser masoca o algo… Cada pregunta que lanzaba acarreaba una nueva tanda de miraditas entre Mark y Karl que me generaban más ansiedad.

—Todo salió según lo previsto. Volamos las instalaciones, además de la fábrica de

Glamletics, el laboratorio de Massachusetts y… —¿Acababan de clavarme algo en el pecho que no era capaz de ver? Porque, de pronto, sus palabras dolían demasiado, no me permitían respirar —. Teníamos que acabar con esos lugares, Elena. Sabemos que es una crueldad, pero… dejar supervivientes implica obviar unas brasas que podrían arder en cualquier momento. Y no queremos que resurjan.

Se hizo el silencio en la sala, aunque todo el mundo siguió comiendo, conformes con el plan.

—Dejando de lado las pérdidas en el equipo, podríamos decir que la misión ha sido todo un éxito —aseguró la mujer de Karl con una risita tensa—. Ahora solo queda esperar que no hayamos dejado ningún cabo suelto.

—Sin sus líderes, no lo creo —aseguró Karl—. Los lunaplatenses son unos cobardes. Apostaría que esta ideología morirá con ellos.

—Cuando decís que volasteis las instalaciones… Había agentes dentro, ¿verdad? Y… trabajadores. —De nuevo, Mark y Karl desviaron la mirada para no tener que responderme—. ¿Estáis de coña? ¡Eran compañeros, amigos! ¿Cómo pudisteis consentirlo?

—El fin justifica los medios. Lo hemos logrado, y ellos conocían los riesgos, al igual que los conocíais vosotros.

Me levanté de la silla, sintiendo que todo volvía a desdibujarse a mi alrededor.

—¡El fin no justifica los putos medios! Dijimos que íbamos a intentar salvar a esa pobre gente. ¡Había miles de vidas inocentes ahí abajo!

—Han sido cientos de vidas a cambio de los miles que salvaremos en el futuro. Además, tú misma lo dijiste: no se puede cambiar una ideología. Y esa gente lleva años sometida a un lavado de cerebro horrible, Elena. Son armas letales dispuestos a matar por defender a sus líderes, puedes preguntárselo a los supervivientes que tenemos por aquí…

—A la superviviente, querrás decir.

—Bueno, sí… Hablar con Ethan ahora mismo sería difícil…

Iba a matar a ese malnacido.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? ¿Es que no te corre sangre en las venas? ¿No tienes remordimientos ni apego por nada ni nadie?

—Elena…

—¡Ha muerto gente! Da igual en qué bando estemos, al final, todos nos hemos etiquetado esta noche, bien como mártires, bien como asesinos.

—¿Y de qué lado prefieres estar tú? —Mark se levantó y se puso a mi nivel—. En las guerras siempre hay pérdidas. Yo no inventé las reglas. Te pedimos que no vinieras porque sabíamos que no ibas a poder soportarlo.

—Tienes razón: ¡no puedo soportarlo!

—¿Podéis contarme otra vez la historia de cómo rescatasteis a Ethan y Gina? —La mujer de Karl intentó cambiar de conversación y Mark regresó a su asiento, contando apasionadamente cómo intervinieron aprovechando el caos generado por las bombas de humo.

Yo no podía más. No tenía fuerzas para seguir fingiendo. Necesitaba salir. Necesitaba despertarme sabiendo que todo era un mal sueño. Necesitaba oxígeno, necesitaba… Todo se nubló de pronto y empecé a asfixiarme.

Tenía que salir de allí.

El aire gélido del valle me heló la cara, pero yo no lo sentía. Solo sentía esa angustia que me consumía.

Con una manta que robé del salón, me encerré en una de las habitaciones con el diario, las memorias de la que tal vez fuera la mayor víctima de esa asociación, a manos de quien decía ser

su propia familia. Años de abusos y maltrato psicológico que habían encontrado su final.

Me desperté horas después tirada en el suelo de la habitación con el diario en la mano y el rostro acartonado por las lágrimas que había derramado en sueños. Era la hora de cenar, pero no tenía hambre. Mike entró un par de veces para comprobar que estaba bien e invitarme a unirme a la cena. Me negué, no podía mirar a Mark a la cara.

Aquel no era el mejor modo de responder la quinta videollamada que Gael intentaba hacerme ese día. Mis mensajes de texto asegurándole que todo estaba bien le habían puesto aún más en alerta. Me sequé las lágrimas y esbocé una radiante sonrisa.

—Hola cariño, ¿qué tal estás pasando las vacaciones? ¿Se está portando bien tu hermana?

—Todo bien. ¿Está mi papá por ahí? No me responde las llamadas. Casper y Mike dicen que mañana saldrá del hospital y podré hablar con él, que se olvidó el celu en Londres, pero…

No sabía cuánto tiempo iba a poder mantener la mentira del accidente de tráfico, pero una noticia así no se puede dar por teléfono. Jamás iba a perdonar a su padre por haberme puesto en esa tesitura.

—¿Vais a regresar a tiempo para Navidad? Mi hermana te echa mucho de menos.

La pregunta me partió el corazón.

—Volveré con vosotros en unos días. Lo prometo.

—O… podemos ir nosotros para allá. He leído en Internet que puedo viajar con Gaia si me rellenáis un formulario de viaje autorizándome…

Mantener la sonrisa en un momento así fue lo más difícil que había hecho nunca.

—Hagamos una cosa: disfrutad del sol, los regalos, la familia…, y venís para Nochevieja, ¿qué te parece?

Gael aceptó a regañadientes. Tampoco le di mucha más opción. Por lo visto, íbamos a quedarnos unos días a modo preventivo en esa casa modelando el nuevo mundo sin La Luna de Plata y decidiendo qué mentiras le venderíamos a la prensa cuando las preguntas nos salpicaran.

Yo solo quería volver a casa con mis hijos. ¿Es que nadie podía ver que estaba rota?

Los medios de comunicación siempre han sido un arma de manipulación para controlar a las masas. Los del gremio lo sabíamos bien, por eso Gina se valió de un par de contactos para desviar la atención sobre el que parecía ya el misterio del año: ¿cómo demonios había explotado una isla desierta? ¿Tenía algo que ver con la misteriosa desaparición de grandes empresarios y personalidades como Helga Elden-Johansen, Adrián Duarte o Malindra Stewart? ¿Con las desapariciones de niños y mujeres en la zona durante décadas?

Aquellos fueron dos días de decisiones drásticas. De curar las heridas. De empezar a pensar que era posible vivir sin miedo. Al menos para los phoenixbonders… Para mí, fueron dos días de reclusión voluntaria bajo las mantas de la habitación, de soledad, de lágrimas y crisis de ansiedad. Era como si todos esos rostros amigables fueran un recordatorio constante del asesinato en masa del que había sido partícipe.

El psicólogo que nos atendía online, cortesía de la agencia, me había regañado por tener esos pensamientos negativos y ver EDLM como un genocidio en lugar de un acto heroico, pero no podía evitarlo.

Aquel veinticuatro de diciembre estuve encerrada en la habitación y escondida bajo las mantas hasta el mediodía, cuando los villancicos del hilo musical se colaron por cada recoveco de la casa. Tan pronto abrí la puerta, me llegó un fuerte olor a dulces navideños, *mince pies*, a cabra asada y coles de Bruselas.

Me encontré a Karl, su mujer y Gina colocando el árbol en el salón y decorando la mesa para la cena. En la cocina, Mike, Casper, Ava y Mark preparaban el banquete y canturreaban el villancico galés *Deck the Halls*.

—Mirad quién nos honra con su presencia, pero si es la Bella Durmiente. —Estuve por regresar a la habitación solo por no tener que lidiar con Mark.

Mike y Casper se acercaron a darme un abrazo.

—¿Te sientes mejor? —inquirió Mike con preocupación. Asentí, sin ánimo de hablar demasiado.

—¿En qué puedo ayudar?

—Necesitamos pelar patatas como para una boda. Tienes cuchillos ahí.

En la lista de villancicos se colaron algunos temas indie que me crearon cierta ansiedad. La gente normal preparaba la cena con Mariah Carey de fondo y nosotros teníamos puesto *The water*, de Belle Mt. Desde que Ethan me había escrito la canción de *Origins* en un post-it, no había sido capaz de escuchar al grupo sin acordarme de él.

Las patatas que estaban a mi cargo quedaron a medio cortar cuando, la angustia me ganó por K.O y tuve que salir en busca de un poco de aire fresco.

Me detuve en la valla de madera que delimitaba el terreno, a unos diez metros de la casa, alzando la vista hacia el cielo, dejando que el viento me azotara en la cara como un ritual que solo la Madre Naturaleza comprendía. No me importaba que el frío de la tarde sacudiera mis huesos o el aire enredara mi pelo. Necesitaba sentir que todo eso era real. Sentirme viva.

—Sé que me odias, pero estoy preocupado por ti.

No quería abrir los ojos porque sabía que me iba a topar con esa mirada azul que intentaba evitar. Nuestros valores eran demasiado contradictorios para encontrar un punto de inflexión. No sabía si algún día podría verle de otro modo.

—Anda, ponte esto. Vas a coger una neumonía —insistió. Abrí los ojos y vi que Mark me estaba envolviendo en una manta que impedía que el viento hiciera su labor: llevarse mis pecados—. Me alegra que hayas decidido unirte a nosotros esta noche.

—Me siento atrapada, retenida en contra de mi voluntad, cuando lo que quiero es irme a España con mi familia y lidiar con este duelo a mi manera.

—¿En serio? Pensaba que tus ganas de ver a tu hija entrarían en conflicto con las ganas de… —¿De qué estaba hablando?—. En fin, no es asunto mío. Mañana podrás regresar si es lo que deseas. Este cautiverio solo ha sido preventivo y al final todo ha salido según lo esperado. Esos malnacidos están pudriéndose en el fondo del mar, hemos escapado a tiempo de la cueva, Sara ha vengado la muerte de Salazar… ¡Mejor imposible! Reconozco que tenía mis dudas respecto a ti, pero…

—¡No todos han escapado de esa cueva, Mark!

—¡Afortunadamente!

—¿Cómo puedes ser tan gilipollas?

Le aparté de un empujón, molesta con su actitud. Juro que me hubiera liado a golpes con él cuando el sonido de unas voces lejanas me detuvo.

¿Estaba teniendo un espejismo? Miré a Mark en busca de una explicación. Él sonreía a mis compañeros, impasible, como si no le sorprendiera tanto como a mí el verlos aparecer por allí.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo es posible el qué, Elena?

—Ellos… No los vi salir de la cueva ni tampoco en el refugio…

—Un momento, ¿pensabas que…? —Mark negó con la cabeza—. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿¡Pero acaso no los viste en la enfermería cuando hicimos el control obligatorio!?

—¡Obviamente no! Me lo salté, no estaba de humor para esas chorradas.

—Tú saltándote las normas, ¿por qué será que no me sorprende? —Ahí estaba el Mark tocahuevos que tanto odiaba—. Ahora entiendo por qué Ethan no dejaba de preguntar por ti y tú llevas días vagando como una sombra. ¿De veras has estado tan metida en tu mundo de miseria que no te has enterado de lo que pasaba a tu alrededor?

—Creo que me quedé estancada en la parte en la que aprobamos que mataran a toda esa gente —le ataqué—. ¡Yo estaba allí con Ava cuando nos rescató la barca! Y puedo asegurarte que no había nadie más alrededor.

—Eso es lo que tú te crees. Logan salió por la caseta y la bloqueó para que ellos no pudieran usarla. Fue de los primeros en llegar al barco. En cuanto a Lalo, hay otra salida, pero requiere de unas excelentes aptitudes de apnea. A pesar del tiro que le dieron en la pierna, consiguió salir por allí.

—¿Y…? Mike tenía algo que solo podría darme si Ethan no salía de la cueva, pensé que…

—¿Tienes su diario? —asentí—. Entonces ya sabes que… ¡Eidan va a matarle en cuanto se entere! —Oír ese nombre me produzco un estremecimiento—. Se suponía que te lo iba a contar él en persona. Con razón pensaste que… Mike y yo lo arrastramos por el túnel. Estuvimos todo el rato detrás de vosotras, pero estabas tan nerviosa que no te enteraste de nada. La barca de rescate estaba escondida a la izquierda de la isla. El mar os arrastró y Ava y tú nadasteis en dirección contraria. Cuando os encontró el equipo de rescate, todos estaban ya en la enfermería.

¿Era eso posible?

—¿Cómo… cómo están?

—Vivitos y coleando, ¿no los ves? Lalo y Ethan perdieron mucha sangre y consideramos prudente tenerlos en observación en el hospital un par de días. Lalo cojeará durante algunas semanas, Ethan tiene un desgarro muscular en la zona de las costillas, nada demasiado grave. Me preocupan más las heridas psicológicas, esas no se ven y van a ser las más difíciles de curar. Y sospecho que tú andas servida también…

Fue en ese momento cuando sus viejas palabras cobraron valor, pidiéndome que reconstruyera los daños.

Mark siguió explicándome la película, pero yo ya no le escuchaba.

Mi cerebro estaba en otra dimensión, en otra frecuencia. Porque Logan, Lalo y Ethan se acercaban a nosotros. El primero lucía un aspecto envidiable, el segundo caminaba torpemente con las muletas sobre el barro, y el otro, con un brazo en cabestrillo como secuela de la brutal paliza que le habían propinado.

—Sé que te importa un carajo, pero esta vez tenéis mi beneplácito.

Mis labios se curvaron en una sonrisa triste. Abandoné el refugio que me proporcionaba la manta para acercarme a mis chicos, que volvían a casa tras la guerra.

68

¡Estáis vivos, malditos seáis!

—¡Tal vez no estuvieran en la mejor forma física para aguantar mi arrebato, pero no pude evitar abrazar a Logan y Lalo.

—¡Pues claro que estamos vivos, Caoineag! ¿Qué clase de comentario es ese? —preguntó Logan.

—Por un momento pensé que ese mote se hacía realidad. ¡Qué susto me habéis dado! No os vi en el barco y… ¡Exijo que me lo contéis todo!

—Tendrás que esperar a la cena, sabes que odio explicar lo mismo dos veces… —Lalo me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza que pensé que moriría aplastada.

—Perdona que no escribiéramos en el chat, no teníamos el celular encima —se justificó Ethan, explicando así el malestar de su hijo.

Habíamos creado el chat de los cuatro tras nuestra aventura en Gili T. y normalmente solo hablábamos de chorradas o criticábamos las decisiones de Mark. Llevaba en silencio tras mi salida de la agencia, y esos días en particular, lo había echado tanto en falta…

Ethan nos observaba a una distancia prudente y sin atreverse a unirse al clan. Me impactó la delgadez extrema de su cuerpo y su rostro. Era fácil adivinar que, los meses previos al ritual, los nervios y la ansiedad le habían pasado factura.

Las emociones se intuían a través de nuestros silencios. Habíamos invertido los roles y ahora era él quien parecía tener miles de dudas en cuanto a nosotros, y yo quien empezaba a ver la luz.

Dejé que las ganas de verle dominaran lo demás para darle un abrazo que él respondió al instante. Le había echado tanto de menos…

—Ni se te ocurra volver a desaparecer de ese modo, ¿me oyes? Pensé que me moría.

—Lo siento, güera. —Ethan hundió la cabeza en mi pelo y se dejó querer… como amigos—. Mark era el único autorizado a vernos en el hospital y no me apetecía usarle de recadero. Tampoco sabía en qué punto estábamos… Te mandé señales a nuestra pulsera y pregunté por ti en el barco, pero como no viniste a verme a la enfermería, pensé que…

—Me quité la pulsera después de la boda. —Mis palabras fueron interrumpidas por un Lalo eufórico.

—¡Estoy tan contento de celebrar la Nochebuena con vosotros! Los cuatro juntos otra vez, somos un equipazo de la hostia. A ver qué nos depara la próxima aventura… Los de la quinta planta están investigando un caso de narcotráfico y necesitan refuerzos. ¿Qué me decís?

Negué con la cabeza, horrorizada. Esta pobre reportera cultural ya había vivido suficientes aventuras para lo que le restaba de vida.

—Yo me retiro. Necesito un poco de paz y estabilidad, centrarme en la niña, encontrar trabajo...

—Eso quiere decir que por fin podré dormir tranquilo por las noches… —suspiró Ethan, aliviado.

—¿Puedo haceros una pregunta, ahora que os tengo a los tres aquí y sin escapatoria posible?

—Lo que quieras —invitó Lalo.

—La misión de Gili… No tuvo ningún sentido.

—¿A qué te refieres?

—Farrell sabía dónde estaba la máscara desde el principio. ¿De verdad queréis que me crea

que no os lo contó antes de ir? ¿Que la agencia pagó un viaje como ese arriesgándose a que fuera en vano? ¿Que Analisa la tenía colgada en ese chiringuito, como si fuera una pieza de mercadillo y no de museo? Además, Ethan sabía desde el principio dónde estaba Analisa, ¿verdad? ¡Él la ayudó a esconderse!

Si mi acusación impactó a Ethan, no fue nada comparado con la cara que pusieron Logan y él cuando Lalo comenzó a confesar a bocajarro, sin filtro.

—Es que no era la original… La máscara la custodiaba Viggo desde el principio; la de Analisa fue un reclamo, parte del paripé que inventamos para que te creyeras esta historia. Fue como… «¡Sorpresa! La hemos encontrado. Podemos regresar a casa».

¿Por qué no estaba sorprendida?

—¿Con qué finalidad? ¿Por qué estuvimos tanto tiempo allí? Bastaba con dos agentes y un par de días para recuperar la máscara y hablar con Viggo sobre Morelia...

—Nos costó sudor y lágrimas convencer a Mark para que aprobara llevarte a esa misión con nosotros —reconoció Ethan—. La idea era entrenarte para que estuvieras lista por si te daba por presentarte en esa cueva sin previo aviso, pero no podíamos ser tan obvios. No sé de dónde nos sacaríamos una idea así… —bromeó afable—. Nos montamos la misión Maíz Azul para que te sintieras útil e integrada en la agencia porque, desde que yo estaba a tu cargo, jamás me planteé asignarte una misión real que te pusiera en peligro.

—La misión en Morelia se fue al traste porque Marina y tú sois dos temerarias —recordó Logan—. En realidad, solo os pidieron que merodearais por la fábrica. Fácil y seguro.

—Cada día descubro nuevas mentiras…

—Piadosas —aclaró Logan—. Y ahora es nuestro momento de preguntar y el tuyo de responder… ¿Por qué aceptaste, si ya sabías que había gato encerrado?

—¿La verdad? Porque tenía la esperanza de sonsacaros información sobre Estrella de la Mañana… Y quería enrollarme con él —solté, señalando a Ethan con el dedo, pero sin mirarlo en realidad.

No quería ver la expresión de su rostro, pero, por el sonido que salió de su garganta, sé que le sorprendió mi honestidad. Estaba harta de estar enfadada con él, y uno de los dos tenía que romper el hielo.

—Vale… Creo que empezamos a sobrar —respondió Logan, cogiendo a su amigo del brazo para que le usara como muleta—. Necesito darme una buena ducha antes de la cena y sospecho que estos dos tienen mucho de lo que hablar.

—No sé si es el mejor momento para hablar de según qué cosas… —Busqué una respuesta en su mirada.

—Llevas tres meses sin hablarme, Elena —me interrumpió Ethan—. Me da igual de lo que quieras platicar con tal de que lo hagas. Me estoy volviendo loco… Necesito escupirlo todo de una maldita vez para que dejes de pensar que soy un cabrón.

Los vi alejarse a paso lento. Creo que solo los observaba porque no supe qué contestar a Ethan. Era la primera vez que le veía realmente, que sabía quién era, que no sentía que había miles de secretos flotando en el aire. Y, a la vez… No tenía ni idea de quién demonios era. De quién había sido.

Sujeté su muñeca, el corte que había visto en la cueva estaba ahora cubierto, pero recordaba que era lo suficientemente profundo como para que hubiera muerto desangrado. Ethan me dejó examinarlo sin decir palabra, sumido en un silencio tan solo roto por el rugido del viento. Hacía un frío de narices.

—¿Cómo te encuentras? Me han dicho que tienes para seis semanas, si te portas bien… —

comencé.

—Mejor, supongo… Dolorido, desesperado y aburrido hasta la exasperación. Físicamente, hecho mierda. Emocionalmente…, cuando se me pasen los efectos de lo que sea que me han inyectado para relajarme, veremos... Ahora mismo estoy un poco grogui.

—Mejor que sigas así. No me quiero ni imaginar lo que has vivido estos meses… Estos años…

—¿Qué hay de ti? Mark me dijo que no lo estás llevando nada bien. Me tienes preocupado.

—Mentiría si te dijera lo contrario. Una parte de mí siempre se culpará por esas muertes y… no me sueltes el rollo de que el fin justifica los medios. Yo no veo justificación posible a matar a alguien.

—Tú no has matado a nadie.

—Christopher murió encima de mí. Tal vez no fuera yo quién apretara el gatillo, pero…

—Él no habría tenido reparos en hacerte algo mucho peor que pegarte un tiro. —Lo sabía. Y aun así…—. ¿Entiendes ahora por qué te quise mantener al margen? No era falta de confianza, era…

—…sobreprotección.

—Eso suena un poco paternalista, ¿no crees?

—¿Acaso no es lo que haces siempre, sobreprotegerme? Como si no pudiera soportar la verdad.

—No era seguro, Elena. Yo…

—Y, aun así, me entrenaste porque sabías que iba a venir a por ti. Conocías la leyenda y…

—¡En absoluto! Te entrené porque conocía a mi mujer y sabía lo mucho que te gusta meterte en líos. —Ver su sonrisa, aunque triste, fue un soplo de aire fresco—. La magia no existe, Elena.

—No soy tu mujer, Eidan… Al parecer, estoy casada con un niño muerto. —Sentí un escalofrío al pensarlo. Él abrió tanto los ojos que no supe cómo justificar mi respuesta, excepto con la verdad—. No me mires así… He leído tu carta. Y… el diario.

—¿Esa que no tenías que leer hasta después de Navidad? —preguntó con tonito—. Mike juró que me la devolvería si… ¡Se supone que iba a contártelo yo en persona!

—No te enfades con él, solo quería allanarte el camino.

—Y… ¿qué piensas? —No supe qué responder. No supe cómo explicarle que, al verle, se me habían alejado todos los nubarrones que perturbaban mi calma—. Tu silencio es demasiado largo para ser bueno.

—Son tantas las cosas que quiero preguntarte…

—Dispara, estoy dispuesto a contártelo todo.

—Ya, pero… Siento que no sé quién eres, no sé con quién he estado viviendo todos estos años. Los recuerdos que me contaste de tu infancia… eran mentira. ¡Ni siquiera tu nombre era verdad!

—Nunca te mentí sobre mi infancia, simplemente omití darte detalles escabrosos. Tampoco creo que sea relevante… Lo que importa es quién soy ahora, en quién me he convertido.

—¡En un misterio constante te has convertido!

—Se acabaron los secretos. Y en cuanto al nombre…, Ethan Duarte McGowan es lo que dice mi pasaporte, al menos por ahora, con lo que tampoco te he mentido en eso.

—¿A qué te refieres con «por ahora»?

—Quiero recuperar mi verdadera identidad.

—¿No se te haría raro ser otra persona? Llevas toda tu vida siendo Ethan Adrián Duarte McGowan.

—¡Pero ese no es quién soy! Mi nombre es Eidan, y quiero ser Eidan Mendoza McGowan en honor a quienes yo consideraba mis papás.

—¿Y qué debo hacer a partir de ahora, entonces? ¿Llamarte Eidan Mendoza? ¡No puedo, Eth… Eidan! Para mí eres y siempre serás Ethan. Ese es el nombre que he amado y odiado durante todos estos años. ¡No puedes simplemente cambiármelo ahora!

—¡Es solo un nombre! Y solo lo usas cuando estás enojada conmigo... «Elenas» hay muchas en el mundo, pero tú eres mi único «cielo». Si me pidieras que te llamara Paquita, a mí me daría igual. Tu esencia, tu alma… Seguirías siendo tú.

—¡Ahí está el problema! Que yo no sé lo que hay en tu alma. De repente me entero de que procedes de ese lugar extraño y que has sido un lunaplatense, y…

—¿De verdad vas a juzgarme por eso? No era un lunaplatense, ¡era un agente infiltrado! Además, yo nunca maté a nadie.

—Tampoco evitaste que ellos lo hicieran…

—Elena…

—¿Ves? Ponerles nombre a las personas es importante. Acabas de usar el mío.

Suspiró. Creo que le estaba agobiando más de lo que él lo estaba ya. Quizá ninguno de los dos estuviera preparado para esa conversación cuando todo estaba tan reciente.

—Ni siquiera sé si voy a poder perdonar a Gina, a Casper… Lleváis años manipulándome y poniéndome en peligro constantemente. Si me hubierais dicho la verdad desde un principio, igual yo misma os habría conseguido esa dichosa diadema, pero ahora… ¿Cómo confiar en ninguno de vosotros? —Me reí por no llorar—. ¡Tú solo te acercaste a mí por quién era!

—¡Olvidas que me enamoré perdidamente de ti! —Ethan cabeceó, mostrando que empezaba a molestarse—. ¿Por qué no somos honestos? Yo intenté por todos los medios mantenerte alejada, pero tú le seguiste el rollo a Gina, pese a que yo te pedí que no lo hicieras. Ella nunca te puso una pistola en la cabeza. A ti te gustaba este juego, y prueba de ello es que te metiste tú solita en Valladolid, a pesar de mis múltiples mensajes pidiendo que te retiraras. —Sabía que tenía razón, pero para mí era más fácil seguir culpando al resto—. Siobhan me contó que también investigaste a Malindra. Siempre fuiste tú, Elena. Los demás solo alimentamos esa curiosidad que ya tenías.

—Hablamos de cosas distintas…

—Nuestros amigos te adoran. Gina ha pasado por mucho estos años por culpa de EDLM y fuiste el clavo ardiendo al que agarrarse. Que quisiera tu diadema, que te mantuviera cerca y alentara tus ganas de participar en el caso, no implica que no te aprecie. Te lo creas o no, eres su mejor amiga y ella también te ha estado protegiendo a su manera. Por eso te mandó a Nueva York con Siobhan, la cual, por cierto, está desesperada desde que la bloqueaste de tu vida.

—¿Cómo pudiste aprobar la misión de volar Morelia, sabiendo que morirían miles de niños? Niños como el que tú fuiste una vez.

—Gina y yo nunca lo aprobamos, pero la agencia funciona por democracia y todos votaron a favor. A Mark le gusta esto menos que a nosotros, pero tiene que ser justo, y, por desgracia, era la única manera. —Su mirada se perdió en los recuerdos—. Tú no sabes lo que es criarte ahí abajo… El lavado de cerebro al que te someten es… Creces pensando que tu misión en la vida es morir por ellos y estás dispuesto a todo por seguir tu camino. —Sus palabras aumentaron mi angustia—. En fin, no creo que este sea el mejor tema ahora mismo con la ansiedad que tienes. Deberíamos ir dentro con el resto.

—¡No! Necesito que me lo cuentes todo.

—Ya, pero tal vez yo no quiera seguir hablando en estas condiciones… Te veo un poco reacia

a escuchar, a ver más allá de tu punto de vista. Al final, todos hemos sufrido de lo lindo con esta historia. Para juzgar a alguien tienes que ponerte en sus zapatos, y muchos no teníamos otra opción. Llevamos años tomando decisiones en torno a situaciones terriblemente surrealistas y complicadas, desde la cuerda floja. Igual tú lo hubieras hecho mejor, no lo sé, pero es muy difícil mantener la mente fría en situaciones así. He vivido toda mi vida adulta sabiendo que mi destino era morir en un ritual. Pensé que no vería crecer a mis hijos. Y ahora quiero vivir. Igual te parezco egoísta, pero, ahora que puedo tener mi propia vida, no quiero pasarla llorando a los que se quedaron en el camino. Necesito centrarme en mis hijos y en el futuro, valorar cada instante. Estoy harto de tener odio en mi corazón. El mundo ahora es un lugar mejor, sin campos de concentración lunaplatenses, sin experimentos, secuestros o sacrificios… Y voy a acogerlo con los brazos abiertos. Lo demás es decisión tuya, Elena, ahí no puedo ayudarte…

Perdí la mirada en el horizonte, sintiéndome algo egoísta. Si quería entender las cosas, tenía que aprender a escuchar…, a escuchar de verdad, con el corazón y con la mente clara.

Y, sobre todo, tenía que aprender a perdonar. Porque tal vez todos hubiéramos cometido errores, pero yo también estaba harta del rencor que emponzoñaba mi corazón, harta de juzgar sin conocer otros puntos de vista.

Y quería abrazar las oportunidades que traía ese nuevo mundo que acabábamos de crear.

69

¿Qué te contó mi abuela? Parecía confiar a ciegas en ti.

—¿—Ella siempre supo que serías tú.

—¿Por qué?

—¿Tú te imaginas a tu hermano o a tu prima Sara salvando el mundo?

No pude evitar reírme.

—Entonces, mi abuela conocía tu verdadera identidad. Tu nombre aparecía en esa nota… —Él asintió con la cabeza—. ¿Cómo es posible?

—Tu abuela sabía muchas cosas, Elena. Fue una importante fuente de información sobre esta leyenda y el ritual. Era una mujer increíble y seguimos en contacto, a pesar de que tú y yo ya no estábamos juntos.

No sé por qué aún seguía flipando, después de todo lo que ya sabía.

—Pero alguien tuvo que decírselo…

—Estaba escrito en ese diario, era una de las muchas profecías de Sara.

—¿Sara hacía profecías?

—Bueno, eran… meras divagaciones, pero… algunas han ocurrido tal y como aparecen escritas. Da un poco de miedo.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? El de verdad…

A Ethan pareció sorprenderle mi pregunta.

—No lo sé. En Valladolid no lo celebrábamos, y después adopté la partida de nacimiento de Ethan… Marcelo siempre me hacía algún regalo, pero nunca tuve una fiesta o un día para mí. Para mi mamá era un día triste, un recordatorio de que su verdadero hijo había muerto.

—Por eso me dijiste en Kyoto Garden que ese había sido tu mejor cumpleaños…

—Nunca me gustó cumplir años, no era más que una cuenta atrás hasta el día del ritual. Tú hiciste de mis cumpleaños algo especial.

—¿Conociste a tus padres biológicos?

—En Valladolid las cosas no funcionaban así. Podría haber sido cualquiera. Sé que tengo la sangre de Salazar, Duarte y McGowan corriendo por mis venas, solo soy uno más de tantos.

—¿Y dicen que eres un «humano de segunda», teniendo esa mezcla? —repliqué con sarcasmo. Siempre abusaba de él cuando estaba nerviosa—. Lo que hicieron contigo fue horrible —suspiré, incapaz de expresar con palabras todo lo que esa historia me producía.

—No quiero que me tengas lástima, ¿vale? Es lo último que deseo.

—Así que participaste en esos rituales…

—OK… Ni lástima ni odio. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Que conste que ahora no te estoy echando nada en cara, solo intento conocerte mejor.

—¿Quieres conocerme mejor? Supongo que eso es una buena señal, después de todo lo que me has soltado antes…

—Bueno, la verdad es que todo esto… —Hice una pausa para reordenar mis ideas, que eran un nubarrón de palabras inconexas—. Ahora mismo estoy un poco en *shock*. Es como… Como si no te conociera en absoluto y, al mismo tiempo, te conociera más que nunca. Por fin siento que sé quién eres y todo tiene sentido, aunque… Yo adoraba a tu madre, y ahora descubro que Caerlion era…

—Elena, no hubiera cambiado a mi mamá por nada del mundo. Ella me quería a su manera.

Habría sido más fácil para ambos si nadie nos hubiera obligado a fingir que yo era otra persona. Y las cosas mejoraron cuando llegó Marcelo y empezamos a ser una familia normal. Tengo muchos recuerdos felices. Tú misma lo viste cuando estuvimos juntos en México.

Había un misterio que no había quedado resuelto en esa carta. Metí la mano en el bolsillo y saqué la llave que me entregó en la misión de Morelia.

—¿Qué abre?

—Rutina, estabilidad, peleas por quién hace la cena o lleva a la niña al cole… —Torcí el gesto, sorprendida por su respuesta—. ¿No estarías esperando un castillo renacentista?

—Tratándose de ti, me estaba esperando una cueva del siglo XI.

—Siento decepcionarte, solo puedo ofrecerte una vida ordinaria y aburrida a partir de ahora. Mis días como agente han terminado —respondió con un mohín—. Y bien…, ¿qué me dices?

—¿Puedo pensármelo? Ahora mismo…

—Por supuesto. —Esta vez fui yo quién desvió la mirada, sin responder a su oferta. Me moría por aceptarla—. Elena… No pienso agobiarte, entiendo que tienes mucho que procesar ahora mismo y voy a respetar lo que decidas. Pero quiero que sepas que no voy a rendirme sin luchar antes. Quiero que recuerdes que sigo siendo yo. —Le interrogué con la mirada—. Las risas. La complicidad. Todo lo que vivimos… Lo que sentimos. —Su mano cogió la mía con suavidad y la llevó a su pecho. Mi mirada se perdió en el toque ambarino de sus ojos—. Recuerda que fue de mí de quien te enamoraste. Y da igual que los dos nos utilizáramos al principio… Lo nuestro fue real. Es real.

—Eth… Eidan, no me importa quién seas, ¿vale? Esto no es por ti, es… por todo. Voy a necesitar tiempo para procesar todo esto.

—Lo entiendo. Y sé que os están pidiendo a Casper y a ti que seáis fuertes, pero quiero que sepas que yo no espero eso de ti. Si necesitas hablar, gritar, desahogarte… Estoy aquí, ¿vale? Para lo que sea. Da igual que estemos juntos o no, siempre serás la madre de mi hija. Y sospecho que siempre vas a ser la mujer de mi vida…

—Tú también… —Seguir mintiendo no tenía sentido. Me lleve las manos a la cara, tapándome los ojos—. Ni siquiera sé si me acostumbraré a llamarte de otro modo. Para mí sigues siendo Ethan McGowan.

—Te acostumbrarás, es solo un nombre. ¿Tan importante es para ti?

Lo era, pero… ¿tanto como para renunciar a nuestra vida juntos?

Empecé a sentirme menos culpable por lo que habíamos hecho al entender el cruel destino que su propia familia había elegido para él sin ningún remordimiento. Todos aquellos niños que, al igual que Ethan y Christopher, habían sido sacrificados en sus fiestecitas. Las mujeres secuestradas. Las familias rotas.

Habían muerto inocentes, sí, pero las guerras eran así. Y aunque nunca se me olvidaría, tenía que empezar a pensar en las cosas buenas que nos traería el futuro. En que nadie más nacería en esa ciudad bajo tierra ni sufriría los experimentos de la ambiciosa Helga.

Eidan y Gina habían estado dispuestos a sacrificarse para salvar un montón de vidas en el futuro, para salvarnos a todos. ¿No les convertía eso en héroes, a pesar de sus pecados?

Sus ojos transmitían una preocupación que yo no quise alimentar. Aunque aún era incapaz de verlo, íbamos a estar bien. El tiempo, al final, termina por cerrar todas las heridas.

—¿Tienes planes para estas fiestas? —pregunté. Él negó con la cabeza.

—Si vas a proponerme que vaya contigo a España, la verdad es que no tengo fuerzas para lidiar con toda tu familia ahora mismo…

—En realidad, estaba pensando en celebrarlo los cuatro en Londres, nuestras primeras

Navidades juntos, si me acoges en tu casa… Quiero volver a la normalidad lo antes posible y olvidarme de esta pesadilla.

—En nuestra casa, querrás decir —dijo entrelazando sus manos con las mías, y acercándose un poco más. Sus ojos recuperaron ese brillo de esperanza que hacía tiempo que habían perdido —. Aunque te advierto que esa llave no viene sin un precio. Hay que pintar, decorar, cambiar suelos, comprar muebles… Pero no será hasta dentro de un par de meses.

—Suena bien. ¿Dónde está esa joya arquitectónica?

—En Notting Hill.

—¿¡Notting Hill!? ¿No será…?

Hay sonrisas que lo dicen todo. Y la suya era demasiado hermosa para no querer besarla.

Eidan se sorprendió ante mi impulso y respondió a mi beso con delicadeza. Estaba deseando empezar esa nueva etapa de nuestras vidas.

—Que sepas que es la última oportunidad que voy a darte…

—Güera…, no lo fastidies, anda, que estaba siendo una reconciliación muy bonita.

En el interior de la casa, los phoenixbonders le esperaban como si Jesucristo hubiera resucitado de entre los muertos.

—Ya has oído al médico, nada de ejercicio. —Logan me miró a mí con un mohín de burla.

—Tranquilo, me encargaré personalmente de que no vaya al gimnasio —respondí distraída.

—Caoineag…, no me estás entendiendo: nada de *ejercicio*. Tiene que reposar.

Tras la ronda de abrazos, nos sentamos en la mesa del salón a degustar los manjares que habían cocinado para esa Nochebuena. Me sentí culpable, había estado tan centrada en mis penurias que apenas había contribuido.

Lalo nos contó que había quedado con Marina para pasar la Nochevieja juntos en un resort de Miami y, esa vez, pensaba lanzarse.

—¿No te dará miedo vuestra primera vez? Si has estado practicando de lo lindo con otras mujeres, cabrón… —se burló Eidan—. No como este, que casi se le cuajan los huevos esperando a Claudia.

—Nos hemos reconciliado por teléfono, graciosillo —explicó el aludido—. Le he contado que la dejé para protegerla y… le ha parecido hasta romántico.

Ava aún no había decidido qué haría con esa mujer por la que llevaba años suspirando en secreto. La agencia era su verdadera amante y ese oficio era demasiado arriesgado para pensar en formar una familia.

Mark volaría a Nueva York con su mujer en un par de días, dispuesto para embarcarse en un nuevo caso.

En cuando a Mike, había mandado un mensaje a Brit antes de entrar en la cueva pidiéndole que se dieran una oportunidad, y ella había aceptado. Aún me costaba imaginarlos juntos…

—¿Alguien quiere un té? —propuso Gina, mientras los demás preparábamos los *Christmas crackers* para jugar.

—¿Té? —Logan no daba crédito—. Acabamos de sobrevivir al puto fin del mundo, es el

primer día del resto de nuestras vidas, y ¿tú nos ofreces té? Ya puedes echarle un buen chorrito de whiskey a eso…

—*Sláinte*[14]! —brindó Gina, levantando la botella.

Aquellos días de Navidad fueron los más inusuales de mi vida, y aunque estaba agradecida a esos desconocidos por acogerme en su casa, no deseaba repetirlo.

Había muchas cosas que aún no sabía de ese hombre, muchas de su pasado que probablemente no fuera a aprobar —aunque hubiera tenido que hacerlas por mera supervivencia —, pero viéndole allí con Mike, Casper, Gina, Logan…, seguían siendo ellos, mis amigos, y respecto a Eidan…, ¿qué más daba cual fuera su verdadero nombre? Seguía siendo él. Lo que sentíamos al estar juntos era demasiado fuerte para dejarlo ir por un estúpido detalle como un nombre.

Nos despedimos de todos con la firme promesa de volver a reunirnos en Nueva York en un año, cuando hubiéramos rehecho nuestras vidas. Iba a ser un añito interesante «reconstruyendo los daños», como me había pedido una vez Mark y, sobre todo, trabajando en esas relaciones que ahora mismo estaban tan deterioradas.

¿Sería capaz de perdonar las mentiras de mis amigos con la excusa de que lo habían hecho para protegerme? Solo el tiempo lo diría…

La mejor terapia para un alma rota fue regresar a esa casa de Paddington en la que solo tenía buenos recuerdos.

El árbol de Navidad estaba puesto con los regalos debajo y los niños regresarían en un par de días. Tirados en el sofá con unos pijamas navideños que había comprado en el super, disfrutábamos un café especiado y peleábamos con Frankfurt para que no nos robara el pastel de jengibre. Tras diez días en casa de Brit, estaba particularmente cariñoso con su dueño, como si pudiera percibir que había estado a punto de perderlo.

—¿Lista? —preguntó Eidan.

Había llegado el momento de la verdad, de empezar a colocar de nuevo los cimientos de nuestra vida juntos. Cogí aire y marqué el número de mi madre, que respondió con una sonrisa congelada en el rostro. Si hubiera sido más observadora, le habría bastado con ver el fondo donde me hallaba para entender de qué iba esa llamada, pero con los años andaba cada vez más despistadilla. Mi padre, sin embargo, pareció aliviado al verme. Ya le pondría al día cuando pudiéramos hablar a solas…

—Entonces, ¿no vienes para Nochevieja tampoco? —Negué con la cabeza. Acababa de partirle el corazón a mi madre—. Sé que me estás ocultando algo. Por eso no quieres venir, para que no sufra. Me has contado ese rollo del accidente de tráfico, pero no me lo creo.

—Si lo prefieres, te cuento la verdad… Fui a Gales a parar un ritual. Su padre intentó matarle y beberse su sangre para invocar a un antepasado, pero resulta que había una diadema que encontré en casa de la abuela que…

—¡Muy graciosa, Alba Elena!

Para graciosa, la cara de estupefacción con la que me miraba Eidan desde el sofá contiguo. Si algo me había enseñado la vida era que valerse del sarcasmo para quitarle importancia a las cosas siempre me daba buenos resultados. Y provocar a mi madre era tan divertido…

—Hablando en serio, hay algo que quería comentaros… ¿Estáis sentados?

—¡Virgen Santísima! ¡Lo que yo decía! Tu hija nos va a matar a disgustos un día de estos. ¿Qué es? ¿Tienes una enfermedad terminal?

—¿Quieres dejar hablar a la niña? —protestó mi padre.

—¡Por supuesto que no! La última vez que solicitó audiencia, nos soltó por esa boquita de piñón que tiene que estaba embarazada, que se iba a Nueva York y que se estaba divorciando.

—Tranquila, suegra, que esta vez son buenas noticias…

Mi madre casi llora de emoción cuando le vio aparecer por un lateral de la cámara. Ni con la presencia de su querido Luis Miguel hubiera brillado tanto.

—A ver, mamá, invierte todo eso que acabas de decir y lo tienes: vuelvo a Londres, seguimos casados y no estoy embarazada.

—Todavía… —matizó Eidan, ignorando mi mirada asesina.

70

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—¿Es que no pensáis decir nada? —pregunta Eidan.

Los tres llevan un rato atónitos, a pesar de que Gael ya conocía esta historia. Con matices…

—Mola, siempre supe que éramos especiales —resuelve Gala.

—Sobra que lo diga, pero sabéis que no podéis contarle una palabra de esto a nadie, ¿verdad? —les recuerdo. Toda precaución es poca.

—Tranquila, mami, nadie nos creería jamás —asegura Gala.

—¿En serio toda esta historia es cierta? —Gaia aún lo está asimilado y busca en su hermano una confirmación.

—Lo es. Y neta habéis reaccionado mucho mejor de lo que yo lo hice cuando me contaron la verdad sobre Analisa… —Gael tiene la mirada perdida en el pasado.

—Ahora entiendo por qué siempre dices que tu verdadera mamá es la misma que la nuestra —observa Gala, empatizando con la historia de su hermano—. Yo siempre pensé que le tenías rencor por empezar una nueva vida en Indonesia sin ti. ¿Cómo iba a imaginar… todo esto?

—Pues ya sabes qué pasó y por qué prefiero no hablar mucho del tema… Esa mujer supuso la mayor decepción de mi vida, una herida que no creo que nunca llegue a sanar del todo.

—¿Cómo reaccionaste cuando te contaron que estaba viva?

Gael busca nuestra complicidad con la mirada. Recuerdo aquel momento como si hubiera ocurrido ayer, todas las fases por las que pasó, desde dejar de hablarnos en un principio, hasta una crisis personal que solventó con un viaje alrededor del mundo para encontrarse a sí mismo, que incluía una parada en Gili T. para reunirse con su madre. Cuando regresó, me abrazó y me dio las gracias por estar en su vida.

Cada dos años queda con ella en algún lugar intermedio entre Indonesia y Londres, pero él asegura que su relación poco tiene que ver con la de madre e hijo, al igual que no tiene la misma unión con sus hermanos de Indonesia que con Gala y Gaia, a quienes ha visto crecer.

—No te creas que fue fácil… —dice al fin—. Aunque no era ningún niño, me sentí bastante perdido, abandonado… Los viejos tuvieron mucha paciencia conmigo.

—Supongo que la conoceremos en la boda, ¿no? —Gaia tuerce el gesto. Después de oír esta historia, la idea de conocer a Analisa le genera rechazo.

Su padre y yo nos miramos con los ojos como platos.

—¿Boda? ¿Qué boda? —Eidan se me adelanta.

—Está claro que esta es la noche de los secretos… —susurra Gael entre dientes—. Casey y yo nos casamos. Íbamos a contároslo este fin de semana, pero le salió un concierto con la banda y… Cuestión de prioridades, supongo. Él sabía lo importante que era para mí compartir este día con mi familia. Ya sabéis que los ingleses son más despegados…

—¡Pero eso es fantástico, cariño! —Abrazo a mi pequeño. Tiene ya casi cuarenta años, pero para mí sigue siendo mi niño—. Seguro que podremos celebrarlo un día de estos, cuando Casey no esté de gira.

—Eso si no le pido el divorcio antes de casarme… Solo se me ocurre a mí liarme con un

cantante de rock.

—Pregunta del millón. —Gala cambia drásticamente de tema y nos señala a Gael y a mí acusadoramente—. Es evidente que vosotros dos os acostumbrasteis al cambio de nombre, pero ¿cómo se lo explicasteis a los demás? ¿Cómo conseguisteis que los abuelos, de repente, te llamaran Eidan, papá?

—Les dijimos la verdad… —Me encojo de hombros, resolutiva.

—¿Les dijisteis la verdad? —repite mi hija.

—A vuestra madre siempre le ha gustado sobreactuar, por si todavía no os habéis dado cuenta… —explica Eidan—. Le contó a todo el mundo a modo confidencia que rompimos porque descubrió que era un agente secreto y mi nombre de espía era Ethan McGowan.

—Lo mejor fue cuando les dijiste a los abuelos y a los tíos que llamarle Ethan era arriesgado —recuerda Gael entre carcajadas—. La cara de pánico que puso Jorge fue para inmortalizarla.

—¿Y se lo creyeron? —Gaia enarca una ceja.

—¡Por supuesto! —respondo orgullosa de mi genialidad—. De hecho, se mostraron supercomprensivos y se sintieron unos genios al deducir por ellos mismos que esa fue la razón de nuestra ruptura y nuestro secretismo. No hay nada mejor para que alguien se crea una historia inverosímil que confiársela como si fuera un secreto de estado y soltarles el rollo de lo mucho que confías en ellos.

—Y vuestro abuelo intuía que había mucho de verdad detrás de esa historia que Elena les contó en broma en Navidad, así que… Decidió no hacer preguntas —continua Eidan—. Le bastaba con saber que todos estábamos sanos y salvos.

—Aquel museo de Tordesillas donde nos habéis llevado tantas veces de niños… ¿No será la casa de la bisabuela, por un casual? —Gaia ha conectado los puntos.

—Se lo cedimos a la Junta de Castilla y León porque nos pareció justo que todo el mundo pudiera disfrutar de la historia de Salazar y Sara, aunque… —informo con un halo de misterio—. Nos llevamos los objetos personales de Sara. Esos pertenecen a la familia y algún día serán vuestros.

Los ojos de Gaia, que es la más peliculera de los tres, brillan de emoción, con ansias de aventuras. Esta todavía no se ha enterado de que el bebé que lleva en su vientre va a ser la aventura más apasionante de su vida… Y la más complicada.

—¿Qué pasó con La Luna de Plata? ¿Realmente se acabó? —inquiere Gala.

—Eso parece —confirma su padre—. La agencia sigue al acecho, monitorizándolo todo para que no quede ningún cabo suelto y no hay indicios de su regreso. Al menos, todavía nadie reclamó la herencia de los hoteles…

—Un momento…, ¿no te correspondería a ti el mando de todo eso? —En las pupilas de Gaia se dibuja el símbolo del dólar—. ¿Significa eso que hay una herencia gigantesca por ahí esperándonos algún día?

—¿Tú de verdad crees que, si tuviéramos ese dinero, estaríamos viviendo en un chalecito? —pregunta su padre.

—No sé, siempre habéis sido un poco hippies…

Eidan negó con la cabeza.

—Los vendí y doné todo el dinero a varias asociaciones para mejorar el futuro de los niños en México. Quería equilibrar el universo: con su dinero, les regalé a esas familias el futuro que La Luna de Plata le habían negado a muchas.

—¿Pero por qué? —reclamaron las dos al unísono.

—Echaba de menos a Radio GaGa —bromea su hermano.

—Podrías haberte quedado algo para nuestro futuro… —protesta la pequeña.

—A ti nunca te ha faltado de nada, monito. Siempre hemos trabajado duro para que así fuera. No necesitamos dinero manchado de sangre.

—¿Qué pasó después? ¿Volvisteis a quedar con los phoenixbonders un año después como prometisteis?

—Así es —confirmo—. Como sabéis… Casper y Gina adoptaron a Oliver. Mike y Brit se casaron al año siguiente en Portugal…

—La mayor borrachera de mi vida —suspiró Gael.

—No me lo recuerdes… —El gesto severo de su padre me divierte.

—Cuando pongamos el altar este año, voy a ver a los abuelos con otros ojos —admite Gaia, cogiéndole la mano a Eidan—. Me hubiera gustado conocerlos, papá.

—Y a ellos les hubiera encantado conoceros a vosotras. —Aprieto su muslo para que sepa que estoy aquí. Sé que ese tema aún le duele por dentro—. Entonces ¿qué? ¿Vuelvo a ser tu padre ahora que sabes que yo nunca te abandoné?

—Reconoced que toda esta historia era un poco ambigua… Hasta que leí esos diarios, jamás había tenido dudas de que eras mi papá, pero de repente leo que mamá estaba embarazada de un tal Ethan McGowan pues… ¿qué queríais que pensara? —Gaia mueve el culo para acercarse más a su padre y dejarse abrazar—. ¿Por qué nunca nos dijisteis nada?

—Teníamos que esperar a que estuvierais preparadas —respondo.

—¡Esto no es justo! —Ya está Gala, con el mazo en alto para poner orden—. En esta historia sale todo el mundo menos yo. No habéis parado de hablar de Gael y de Gaia, pero aún no he oído una sola palabra de cómo vine yo a este mundo…

—¿Quieres que te cuenten la historia de papá plantando una semillita en mamá? —Gael pone cara de asco—. Porque me puedo tirar ya mismo por un balcón si tengo que oír eso… Bastante tuve con pillarles «haciendo una videollamada».

—Un momento… —interrumpe Gaia con sus dotes deductivas echando humo—. ¡E_2Ga_3! Ahora lo entiendo todo. Por eso tú también te lo has tatuado, ¿verdad, mamá? —Sus hermanos se miran sin entender y ella sigue con su idea, emocionada—. Ya sé que ya tenemos el mismo tatuaje los tres, pero propongo que nos hagamos también este a juego con mamá y papá, ¡me encanta! Es tan simbólico… Tan nuestro.

—No te sigo… —responde Gala.

—Veréis, un año después… —prosigo yo.

18 de diciembre de 2026 — Phoenix Bond, Manhattan

Gina removía el café con su palito de madera y miraba a su hijo Oliver haciendo puzles con cierto aire desesperado. Era el tercero que completaba esa semana, y eso que cada vez se los compraba con más piezas… La inteligencia de ese crío de cinco años le suponía un reto constante, pues siempre parecía necesitar nuevos estímulos y a mi amiga se le agotaban las ideas para entretenerlo.

A su lado, Gaia no paraba de incordiarle, escondiéndole las piezas ante su negativa por dejarse ayudar.

—¿No crees que hacen una pareja preciosa? —Para ser tan cínica, a veces se ponía de un romántico que rozaba la ciencia ficción.

—No sé, Gina, tienen tres y cinco años… Yo más bien diría que tu hijo pasa olímpicamente de mi hija.

—Pues yo ya puedo imaginarlos de mayores confesándonos que están locamente enamorados y que se casan. —Yo flipaba con esa mujer—. Lamento decirte que yo seré la madrina, es lo bueno de tener hijos varones, que al final me toca el protagonismo a mí en el gran día. Aunque la boda será en España, eso sí te lo concedo… ¡O en México! La comida sería mucho mejor que si se casan aquí...

¿Era muy pronto para decirle que estaba como una regadera?

—¿Pero tú estás viendo lo mismo que yo? ¿Un niño con altas capacidades ventilándose un puzle en tres minutos mientras una mocosa le da por saco?

—Es que aún son muy niños y no saben bien lo que quieren. Tú dales unos añitos… Algo me dice que este es el comienzo de una gran historia de amor. Te lo digo yo, que tengo un sexto sentido para estas cosas… Y aún hay más: te aseguro que esta niña va a ser periodista, como su madre. Esas cosas se intuyen desde pequeños.

Discrepaba, pero no se lo dije. Sería más fácil hacer hablar a uno de los muchos cuadros de flores que había en su salón antes que hacerle cambiar de parecer a Gina Dillan.

Había pasado un año desde aquella misión que nos cambió tanto a todos y nuestra amistad pasaba por su mejor momento desde que podía verla con la misma claridad con la que veía a través de un cristal. Me contó su historia, sus vivencias en Valladolid, cuando la trataron para el cáncer y un montón de experiencias más que hicieron que se me encogiera el corazón y pasara de estar resentida con ella a admirar su fortaleza. ¿Y qué si nuestra amistad había empezado por una artimaña? A menudo, lo que importa en esta vida son los finales...

Que Eidan diera la entrada para la casa de nuestros sueños en Notting Hill fue la mejor terapia para tener la mente ocupada. ¡Hubo tanto que reformar…! Y tras meses de duro trabajo, había quedado como siempre habíamos imaginado cada vez que pasábamos por delante y soñábamos despiertos con vivir allí algún día.

Eidan me contó que todo fue una casualidad del destino. Al quedarse viudo, el anterior propietario se fue a vivir a Alemania con su hija y su yerno, y estaba buscando el comprador perfecto para la casa donde había cumplido todos sus sueños. No era una cuestión de dinero, sino de que las paredes de esa casa algún día contaran grandes historias. Y cuando Eidan le habló de nosotros…, no lo dudó ni un instante.

Tal vez mi sala favorita fuera ese ático que habíamos convertido en una pequeña biblioteca, donde resaltaba un armario de colores que Marcelo había pintado para nosotros como regalo de boda. Me hubiera gustado tanto agradecérselo en vida…

Y así, habían pasado doce meses y cada vez eran menos los días que me despertaba con sudores fríos tras una terrible pesadilla.

Gina se levantó cuando oyó pitar la cafetera y no tardó en regresar con una bandeja que incluía dulces que ella misma había horneado. La última vez que probé uno de sus pasteles acabé la noche abrazada a la taza del váter.

—Es que… estoy a dieta —mentí.

—Anda, comete uno, que los he preparado especialmente para vosotras…

«¡Qué ~~horror~~ honor!».

Cuando se sentó a mi lado, me llegó un fuerte olor a perfume floral que me desagradó en extremo al combinarlo con el aroma del café. Ni siquiera pude pronunciar palabra antes de desaparecer rumbo al baño cuando una oleada de náuseas me sorprendió. Al menos, me había librado de probar sus pasteles…

De nuevo en la mesa, Gina sostenía una expresión burlona en el rostro. Y yo ya sabía lo que me iba a decir… No sabía si quería oírlo. No es que me pillara por sorpresa, pero… ¿no había otro momento que a puertas de un ascenso laboral?

—Enhorabuena, cariño. Eidan se va a poner como loco…, y tú como un camión cisterna.

A pesar de lo harpía que era a veces, adoraba a esa mujer.

Necesité un par de días para hacerme a la idea antes de contárselo a Eidan. En menos de una semana viajaríamos a Nueva York para reencontramos con los phoenixbonders y sabía que la idea de volar estando embarazada le generaría cierta ansiedad.

Había sido un año muy intenso con la reforma y nuestros respectivos nuevos trabajos. Nada más regresar a Londres, empecé un puesto como jefa de sección en una revista cultural —de la que me iban a hacer directora no tardando mucho—, y él había aceptado un nuevo puesto en su antigua empresa en el que no tendría que viajar tanto como antes.

Había otra razón por la que no pensaba renunciar a ese viaje a gastos pagados… Estaba deseando volver a ver a quien había sido mi máximo apoyo durante mis momentos más difíciles. Siobhan y yo nos habíamos reconciliado después de la misión, pero los abrazos no se daban igual por teléfono, y los chismorreos no sabían igual sin una buena copa de vino (o mosto, en mi caso). ¡Y teníamos tanto que celebrar…! Para empezar, Sio se iba a vivir con su ligue. Ver para creer.

A pesar de que la agencia nos había ofrecido un buen hotel en Manhattan, yo había preferido hospedarme en casa de mi amiga para pasar el máximo tiempo posible juntas.

Era la primera vez desde que nació mi hija que sentía que estaba haciendo las cosas bien, que le estaba dando el mejor hogar que podría tener… Las cosas con Eidan no podrían ir mejor desde que ya no había secretos entre nosotros. La rutina estaba infravalorada… Para aquellos que nunca la habíamos disfrutado antes, era como la tierra prometida.

Mentiría si dijera que no me costó acostumbrarme a su nueva identidad o que no hubo días en los que me asaltaron las dudas al pensar en su pasado como lunaplatense infiltrado. Tampoco fueron pocas las noches en las que las vivencias en esa cueva se colaban entre las sábanas para

atormentarnos a alguno de los dos. Habían sido meses difíciles, con altibajos, pero, juntos, habíamos probado que el amor y la confianza podían vencer cualquier obstáculo.

Aquella noche teníamos cena de amigos para inaugurar nuestra nueva casa. Eidan estaba preparando la cena, Gael estaba paseando por Hyde Park con su hermana y yo me aguantaba las náuseas desde la silla de la cocina, observándole cocinar en un silencio que me hacía parecer muy sospechosa.

—¿Todo bien, cielo? Estás muy callada.

—Estaba esperando a que abrieras el bote de chiles, pero parece que hoy has decidido renunciar al picante…

Entrecerró los ojos sin entender mi preocupación por su elección de ingredientes, aunque su curiosidad le obligó a abrir el bote ipso facto, de donde extrajo un papelito doblado en dos mitades.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo averiguas…

—Veamos qué pone aquí… «Vale por un montón de noches sin dormir» —leyó en alto. Su ceño se frunció en una expresión de preocupación que le quedaba muy sexy—. ¿Tú me odias o qué? ¡Con lo que ha costado alcanzar un patrón de sueño saludable!

—Tú te lo has buscado. —Me encogí de hombros—. Sigue revisando la cocina, anda…

—Está bien. Veo que quieres jugar… —Empezó a abrir tarros, cajones y armarios. Encontró el siguiente vale en el frutero, escondido entre dos aguacates—. «Vale por que a partir de ahora solo cocines tú». Esto empieza a no gustarme…

—Sigue buscando…

Tardó al menos siete minutos en encontrar el tercer papelito, escondido en el cajón de los cubiertos.

—«Vale por ser creativos para encontrar intimidad». ¿Se supone que todo esto debería hacerme ilusión? Porque cada vez me lo estás pintando peor…

—Solo uno más, lo prometo…. —Me acerqué a él en actitud seductora—. Puede que lo tengas más cerca de lo que piensas…

—Mmm…, ¿encontraré algo si te quito la ropa?

—Podría ser….

Eidan miró en los bolsillos de mis vaqueros, en mi sudadera y, finalmente, optó por quitarme la camiseta. Entonces lo vio, el último vale me lo había escrito directamente sobre la tripa con lápiz de ojos azul.

—«Vale porque elijas su nombre» —pronunció en voz alta.

No sé si le hizo ilusión o no, porque tenía la boca abierta, la mirada algo ida y tuvo que apoyarse en la encimera para que no le diera un soponcio.

Chasqué los dedos en el aire para que reaccionara. Estaba empezando a preocuparme…

Entonces, me cogió en volandas y me subió a la isla de la cocina, donde conquistó mis labios, con sus manos rodeando mi cintura.

—¡Acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo! Radio Gaga van a ponerse como locos cuando sepan que Gala o Gary está en camino.

—¿Gary o Gala? ¿Esos son los nombres que se te han ocurrido? —Ese hombre no dejaba de sorprenderme—. Yo había pensado en Sara, Caerlion o Marcelo… No sé, algo un poco más… simbólico.

—Podemos ponerle un nombre compuesto, no hay problema.

—Gary o Gala… —repetí para mí, incapaz de entender qué se le habría pasado por la cabeza

para sugerir tales nombres—. ¡Maldito seas, Eidan Mendoza McGowan! E_2Ga_3. ¡Ese ha sido tu plan desde el principio! ¿Verdad? ¡Son nuestros nombres! Eidan, Elena, Gael, Gaia y… lo que venga.

—Amo cuando se pone en plan detective, señora Fernández… —Apresó sus labios con los míos y empezó a desabrocharme los vaqueros.

—Ahora no… Están a punto de llegar nuestros invitados…

—Pues que esperen…

¿Qué iba a hacer con él?

Me había jurado a mí misma que no volvería a poner un pie en esa agencia. Pese a las insistencias de Mark porque nos uniéramos a casos menos complicados, Eidan y yo nos habíamos apartado de ese mundillo para enfocarnos en exclusiva en nuestro proyecto personal, aunque sí manteníamos una gran amistad con el resto de los agentes.

Marcelo, Logan, Ava y Mark seguían en la agencia, dedicándose a casos de proxenetismo y tráfico de sustancias.

En cuanto a Marina… Había dejado la agencia para centrarse en un proyecto mucho más atractivo: conseguir que los laboratorios más fiables comercializaran algunos de los medicamentos en los que trabajó para los laboratorios Elden. Al contrario que Helga, mi amiga no buscaba fama ni fortuna, sino mejorar la calidad de vida de aquellos aquejados de enfermedades incurables y mejorar la fertilidad. Su tratamiento Babyxavan había recibido la financiación necesaria para comercializarlo a gran escala y saldría pronto a la venta. Y en cuanto a Lunaxavan… aún estaba realizando los últimos ensayos, pero sus usos aplicados a la medicina parecían prometedores.

Reencontrarme con mis compañeros de aventuras fue… emotivo. Allí estábamos todos: Mark, Gina, Logan, Lalo, Marina, Ava, Eidan y yo. No faltaron los abrazos ni los chismorreos antes de que Mark diera comienzo a la sesión informativa.

—Como ya habréis visto en las noticias, la casa de Farrell pasó a subasta tras su muerte sin herederos y los nuevos propietarios casi sufren un infarto al descubrir el escenario del crimen. La casa está acordonada mientras la policía investiga qué pasó, aunque dudo mucho que lleguen a descubrirlo algún día…

—Tal vez deberíamos echarles una manita —bromeó Lalo.

—Se rumorea que padre e hija eran víctimas de una secta satánica —intervino Marina, guiñándole un ojo a su amor.

—¿Qué hemos dicho de las relaciones dentro de la agencia? —les reprendió Mark.

—Jefe, no me toques los huevos… ¿En serio me vas a venir con eso a estas alturas? —saltó Lalo, quien había sido el único que seguía esa regla… hasta entonces.

—Y ahora, voy a presentaros al fichaje estrella de la temporada —anunció Mark con voz de presentador de radio—. Ni Messi resultaría tan prometedor. ¿Estáis listos? Redoble de tambores, por favor…

Marina y Lalo hicieron el gesto para deleite de Mark, mientras este hacía una pausa para invitar a alguien a unirse a la reunión por videollamada desde Londres.

—¡Hola, compañeros!

Cuando vi su cabecita cobriza, me quedé blanca y busqué a Eidan con la mirada, que estaba sentado al otro lado de la sala con Logan. No, por lo visto, él tampoco sabía nada de eso… ¿Y Brit? ¿Estaría al tanto de las novedades?

—Después de haber entrenado duro para EDLM, de la satisfacción que me produjo haber salido airosos en esa misión gracias a una perfecta coordinación y trabajo en equipo, he encontrado mi propósito en la vida y… tengo que decir que estoy muy ilusionado con mi nueva carrera como agente. He tardado un año en decidirme, y Gina ha tenido mucha influencia en mi decisión, pero aquí me tenéis.

—Será un honor tenerte en el equipo, Mike —le dio la bienvenida Gina, quien ahora se encargaba solo de la parte de documentación—. Ya veremos cómo se lo explicamos a tu novia... Más te vale que esta sea la definitiva, porque sabes que va a tener que pasar unas pruebas de confidencialidad y seguridad para familiares de agentes y…

—A Brit le va a dar un ataque —le confié a Lalo.

—O no…, igual le mola el rollo de superhéroe y damisela en apuros. Yo creo que va mucho con Brit…

—Y vosotros dos, ¿qué? —Esta vez, Mark se dirigió a nosotros. ¿No echáis de menos la adrenalina? ¿La emoción? ¿El peligro?

—Ni de coña. —A Eidan le horrorizaba la idea de volver.

—A ver, que no todos los casos son tan impactantes ni complejos. Tenemos algunos donde hay una investigación real y documentada, colaboramos con el FBI… —Eidan y yo negamos con la cabeza al mismo tiempo—. ¡Venga ya! Si vosotros no sabéis aburriros. A Elena le va la marcha… Os doy un año más hasta que regreséis suplicando aventuras.

—No me voy a aburrir, Mark. Estoy disfrutando plenamente de la rutina porque, para mí, esto de lo que todo el mundo se queja es algo nuevo y maravilloso —ironizó Eidan—. Y en unos meses, la cosa se va a poner aún más interesante… Esta es mi mayor aventura a partir de ahora, sobre todo, como se parezca a su hermana…

—Oh, ¿estás…? —Ahora era Mark quien parecía horrorizado con nuestro plan vital—. Enhorabuena, supongo. A mí me daría mucha pereza volver a la crianza.

—Gracias por los ánimos —repliqué con una sonrisa cínica.

Al menos, el tiempo había puesto todo en su sitio y me había enseñado a perdonar, con lo que nuestra relación era… cordial. No podía decir que Mark y yo éramos amigos, pero le toleraba mejor que antes desde que no me daba órdenes.

—Y bien, ahora que estamos aquí todos reunidos, Elena, necesito que me aclares algo… Es una pena que Casper no esté aquí con nosotros para contarnos su punto de vista… —Su tono, a medio camino entre la seriedad y el cachondeo, me desconcertó. Me estaba esperando cualquier cosa…—. Quiero saber si es cierto eso de que al descendiente, cito textualmente, «*le brilla la piel con los rayos del sol, como a los vampiros de* Crepúsculo*, y su tiene unas artes amatorias tan potentes que hacen que te corras con solo mirar sus ojos*».

Todos se rieron a mandíbula batiente ante la estúpida pregunta que yo misma había formulado tiempo atrás.

—Lo confirmo. Por eso casi siempre llevo gafas de sol, porque Eidan me deslumbra —bromeé, lo que aumentó las carcajadas en la sala, y que las mejillas de Gina se pusieran de un rojo ardiente.

—Volviendo al caso, en realidad yo sí tenía una misión para vosotros… —comenzó esta—. Veréis, hay algo que le prometí a Caerlion y… nunca pude cumplir mi promesa.

—¿De qué hablas? —El semblante de Eidan se volvió serio al oír el nombre de su difunta madre.

—Me pidió que escribiera esta historia, que me asegurase de que todas esas voces perdidas fueran escuchadas, incluyendo la suya. Pero, en su momento, no encontré las fuerzas para hacerlo. Había pensado que tal vez podríais rescatar a Yvaine Selena…, ¿qué me decís? Podéis darle el enfoque que queráis, mientras no metáis vampiros victorianos...

Pensé en aquel cuadro de Remedios Varo, *La Llamada*. Tal vez la mujer de ese cuadro fuera yo desde el principio.

—Lo siento… —determinó Eidan—. No pienso hacer nada que ponga a mi familia en peligro.

—No sufras por eso. Esta historia es tan inverosímil que nadie se la creería jamás —observó Logan.

—Siempre podríais escribir un thriller romántico de ficción —propuso Marina—. O un libro de aventuras con mucho drama y mucho sexo. Eso siempre vende…

—Y todos sabemos que el sexo y el drama nunca han sido un problema para vosotros… —bromeó Gina—. Si no queréis publicarlo como Yvaine Selena para que no os relacionen, tal vez podríais buscaros otro pseudónimo como… ¡qué se yo! Rose McCartney o Sara García…

—*La Piedra del Sol (El caso McGowan I)* por Deborah P. Gómez —propuse, buscando la aprobación en el rostro de mi chico—. Es cierto que nadie se creería jamás que esta historia ocurrió de verdad.

Él lo dudó un instante. Me bastó con ver el brillo inquieto de su mirada para saber lo que iba a responder a tan rocambolesca idea.

—Hagámoslo. Hagamos que el mundo conozca esta historia.

Epílogo

18 de julio de 2046 — Peñíscola, Castellón

—¿Qué tal si volvemos a casa? —Eidan se incorpora y me tiende la mano desde arriba para que le siga—. Seguro que nuestros invitados están preocupados, a juzgar por cómo hemos salido de la fiesta, especialmente, cierto jovencito…

—En plural… —matiza Gala—. Os recuerdo que mi hermana ha dejado dos corazones rotos esperándola en casa.

—Y hablando de eso… Espero que nuestra charlita de hoy haya servido para aclararte un poco las ideas en cuanto a qué hacer al respecto… —intento con una sonrisa afable.

—Pues… —Gaia suspira y entierra la cabeza entre las piernas, pillando su frondoso vestido con las rodillas—. Aún no he tomado una decisión, aunque viendo que todos aprobáis que me vaya a Londres, igual debería hablar con Oli e… intentarlo. Por supuesto, lo que pase con él es independiente de lo que decida hacer con el bebé…

—¡Vamos a ser tíos! —Gala estruja a su hermana con fuerza, y esta pone los ojos en blanco.

—¡Quita, pesada! No hagas que me arrepienta… Además, te recuerdo que tú estarás en Asia cuando nazca.

—¿De verdad crees que le va a durar tanto el capricho? —susurro para que solo Eidan lo oiga, pues tenía la esperanza de que mi pequeña se fuera a Londres con sus hermanos.

Él me aprieta la mano, con un gesto que indica que ya hablaremos a solas… más tarde.

—¡Menudo lío va a tener esa cría cuando nazca! —Su hermano no solo ha dado por hecho que Gaia va a tenerlo, sino que también se ha inventado el género del bebé—. Va a tener tres pares de abuelos, dos papás… No sé si me preocupa más lo malcriada que va a estar o lo loca que te van a volver a ti.

—Al menos, tú y yo no tendremos competencia —responde Gala entusiasmada—. Somos los únicos tíos y, por ende, los favoritos.

—No quiero que suene a chantaje, pero, si decido tener ese bebé, os necesito a todos conmigo en Londres —nos ruega Gaia. No me pasa inadvertida la mirada de camaradería que intercambia con sus hermanos y un fuerte sentimiento de que algo más está pasando crece en mi interior—. Por si tener a Gina de suegra y abuela política no fuera suficiente tortura, Brit como abuela biológica va a ser una pesadilla.

—No te preocupes, a esa niña no le va a faltar cariño… Elena la doceava va a ser la mascota del grupo, el bebé comunitario. —Gael le dedica una media sonrisa burlona a la que su hermana reacciona al instante.

—¿Elena la doceava?

—Mamá se saltó la tradición y tuvo que ser Jorge quien la siguiera con la prima Elena —nos recuerda—. Si tienes una niña, sería bonito que la llamaras Sara Elena, por ejemplo.

—Sara Elena… —repite Gaia, levantando de pronto la cabeza como si hubiera tenido una revelación.

Su padre y yo nos miramos con más preocupación que cualquier otro sentimiento. La idea de traer una Sara Elena al mundo suena como un bonito homenaje para ellos, pero para nosotros…

¡No puede ser! Desecho la idea de inmediato. Yo soy la coherente de la familia y es mi papel ignorar las señales, aunque estén ahí… desde hace meses. Da un poco de miedo.

—Si vais a volver a Londres, será mejor que vaya buscándome un piso entonces… —suelta Gael—. Imagino que querréis recuperar la casa familiar…

—Para nada —me adelanto—. Nosotros ya somos mayores y una casa con tantas escaleras es un incordio, además de fría en las noches de invierno. Me gustaría vivir en un piso con buenas vistas, algo calentito y acogedor. Al fin y al cabo, ahora solo somos dos y vosotros sois jóvenes…

Eidan aprueba mi plan. Le conozco lo suficiente para saber que cuando sus ojos muestran ese brillo inquieto es que hay algo más en su cabeza que aún no me está contando. Y apuesto a que se trata de la misma duda que me ha surgido a mí.

Me pierdo parte de la conversación en mis pensamientos. No sé de qué están hablando, pero su sonrisa me sigue causando estragos. Eidan ha hecho un pacto con el diablo y está aún más guapo de lo que lo fue en su juventud. Deben de ser los dichosos genes esos que tiene…

El pelo canoso le da un aspecto sexy, al igual que esas arruguitas en los ojos que se pronuncian con la experiencia y sabiduría que le han dado los años. Lo dicho: que sigue volviéndome loca.

Caminamos de vuelta a casa en nuestro habitual alboroto: las niñas chinchándose la una a la otra, Gael hablando con su padre y yo observando en silencio. Son tantas las cosas que tengo que procesar, tantos los cambios que se avecinan…

¿No soy muy joven para ser abuela? Mi síndrome de Peter Pan aún no me ha permitido asimilar la edad que tengo…

Afortunadamente, la fiesta ha seguido su curso en nuestra ausencia y el ambiente parece haberse normalizado.

Gina ha tomado el control de la música y está torturando a los más jóvenes con clásicos de nuestra época. En estos momentos, está brincando con Brit y Amber con el puño arriba al ritmo de la que fue su marcha nupcial, *I got a feeling*, mientras Mike y Casper charlan con mi hermano y Esther en los muebles de ratán que hay junto a la piscina.

A su lado, un Jack en albornoz se despereza en la tumbona, entretenido con una maquinita de videojuegos. Conozco demasiado bien a Casper y a Mike para saber que le han obligado a darse un baño de agua helada para pasar la borrachera. Son demasiadas juergas juntos y sé que es la marca de la casa.

Tan pronto nos ven aparecer, todos dejan lo que están haciendo para fijarse en nosotros, especialmente Jack, que se acerca con aire de cordero degollado. Estoy segura de que eso es exactamente lo que ha pasado, que su padre lo ha degollado… con palabras.

A pesar de todo, siento cierta lástima por el chico.

—Eidan, Elena… Quería disculparme por el espectáculo de antes. No volverá a ocurrir.

—Por nosotros no te preocupes, chico —responde Eidan, dándole una palmada en el hombro —. Es con mi hija y con Oliver con quien deberías disculparte.

—Ya he arreglado las cosas con Oliver —explica. Espero que realmente sea así, pues no veo al hijo de Gina por ningún lado—. Gaia, ¿podemos hablar en privado? Prometo comportarme.

—Claro.

Gaia no parece particularmente feliz de hablar con él, pero es lo suficientemente madura para entender que una situación así requiere de una buena conversación y dejar que pase el tiempo para que todo se ponga en su sitio.

Los observo alejarse, preguntándome de qué estarán hablando.

—No comas ansias, ya nos lo contará ella… —Eidan me empuja con el hombro, provocándome.

—Que seas precisamente tú, el rey de los impacientes, quien me diga esto es… desconcertante.

—Pues imagina entonces la cara de angustia que tienes.

—¿Dónde está Oli? —nos interrumpe Gael—. Estoy preocupado por el pobre crío…

Gael siempre ha sentido cierto favoritismo por él, pues era el más maduro de todos y, a pesar de la diferencia de edad, mantienen una bonita amistad.

—En el salón, charlando con el nuevo invitado —informa Gina.

¿¿¿NUEVO INVITADO???

No sé por qué me pongo en lo peor. Tal vez porque revivir esta historia ha puesto en alerta mi instinto de supervivencia y mi vena paranoica.

—¿Has invitado a alguien más, cielo? —Eidan me mira inquieto, haciéndose la misma pregunta.

No me ha dado tiempo a responder antes de que mis hijos y mi marido encabecen la marcha al salón.

La reacción de sorpresa de Gael cuando ve al inesperado visitante levantarse del sofá para recibirlo me recuerda a una de esas películas románticas de los años dos mil. Está emocionado hasta la médula, aunque intenta hacerse el duro porque mostrar sentimientos en público nunca ha sido lo suyo.

Casey, quien normalmente es tan inexpresivo como un gato de escayola, nos sorprende a todos siendo el que camina hacia él para fundirse en un emotivo abrazo, que culmina con un beso de película.

—¿Qué haces aquí? —Gael se lo come a besos, interrumpido por los miles de dudas que le surgen—. ¿Y la banda?

—Si tenía que elegir entre tú y ellos, la respuesta estaba clara. Veremos si siguen queriéndome en la banda cuando regrese…

—¿Les has dejado tirados por mí? —pregunta Gael, como si no fuera obvio—. ¡Yo no quiero que elijas, tonto! Yo solo quería que estuvieras aquí conmigo este fin de semana.

—Estamos de gira, esta era la única manera.

—Me parece terriblemente romántico lo que has hecho, y también… irresponsable. Ya les estás llamando para pedirles perdón. Si cogemos un avión, aún llegas a tiempo para el concierto de mañana…

—Está bien, hemos cancelado los próximos tres conciertos alegando que tenía problemas en las cuerdas vocales. Tampoco es que tengamos miles de fans, no es como si fuéramos Queen…

—Sois Queer, que es mucho mejor que Queen, porque os habéis atrevido a probar cosas que nunca le permitieron a Freddy. —Gael no podría estar más orgulloso de su chico—. Y ahora me siento culpable por haberte presionado…

—Cállate y bésame, anda.

—Creo que nos vamos de boda… —canturrea Gala. Su padre la estrecha con su brazo contra su cuerpo.

—Eso parece, el 2047 vienen llenito de novedades. Y esperemos que solo eso…

Por suerte, Gaia no inquiere sobre el misterioso comentario de su padre, pero a mí no me pasa desapercibido.

—¿Por qué no vamos a por un refresco y les dejamos un poco de intimidad? —propongo, llevándome conmigo también a Oliver.

No llegamos a cruzar la puerta antes de que Gaia se nos quede mirando. No extraigo demasiado de su expresión. Tendré que conformarme con la determinación que mostró en la playa.

Es una chica lista… Sabrá escoger bien.

—Oli…, ¿podemos hablar… en privado?

—Sí…, eh…, claro.

El pobre se pone tan nervioso que no deja de tartamudear. Es un buen muchacho y me consta que sería un buen compañero para Gaia, aunque me sorprende que un terremoto como ella haya elegido a un chico tan tímido. Ya se encargará ella de espabilarlo…

Mientras Gina me prepara uno de sus cócteles mortales a base de ginebra y vete tú a saber qué más, mi mirada se desvía a la parejita, que se funde en un sentido abrazo. Todo parece indicar que volvemos a Londres… y que, pronto, habrá un nuevo miembro en el clan Mendoza-Fernández.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me acosté a las seis de la mañana. Los rayos del cálido sol de julio entran con fuerza por la ventana del cuarto, obligándonos a correr las cortinas para poder dormir algo. Aunque solo he tomado dos copas, las resacas a los cincuenta son criminales…

—Ha sido una buena fiesta, ¿no crees?

Eidan me abraza por detrás y besa mi cuello. Aún consigue que me estremezca. Puede que ya no seamos tan jóvenes ni tan salvajes, pero la chispa no ha disminuido ni un ápice. Sigue siendo mi compañero de vida ideal. Mi alma gemela. Mi amante apasionado. Mi todo.

—Desde luego, no nos hemos aburrido… La hippy embarazada y sentando cabeza con un futuro doctor, y la pija se nos va de mochilera a Asia con un donjuán. ¡Pero si no es capaz de mear en un baño público!

—Sobrevivirán, como hemos hecho todos. Ya tienen una edad y tenemos que dejar que sigan su propio camino. Nosotros ya hicimos nuestro trabajo.

—Y creo que lo hemos hecho muy bien —aseguro, rodeando su cuello con mis manos para atraerlo hacia mí.

—Eso es porque seguimos siendo el mejor equipo.

—¿Quién iba a decirnos que, a nuestra edad, estaríamos pensando en regresar a Londres? A los precios desorbitados, al barullo del metro, las multitudes, los contrastes, el ruido…

—¡Anda ya! Pero si tú adoras Londres —me delata.

—Sí, es cierto, y me hace cierta ilusión volver a la ciudad donde criamos a nuestros hijos, todos juntos allí de nuevo, pero…, voy a echar de menos la luz y la playa. Y mis padres ya están mayores…

—Jorge y Esther cuidarán bien de ellos. Y vendremos a verlos siempre que quieras, te lo prometo.

Es imposible decirle que no a nada cuando me mira de ese modo y sus labios saben tan bien…

—¿Seguro que esta mudanza no tiene segundas intenciones? —inquiero. Eidan me mira distraído, fingiendo que no sabe bien de qué le hablo—. Porque a mí me parece que tienes

muchas ganas de vivir aventuras, y te recuerdo que ya tenemos una edad para eso…

—Uno nunca es viejo mientras su corazón no se canse de vivir aventuras.

—Muy poético, pero no me cambies de tema…

—¿Crees que los niños saben algo de…?

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabas pensando en eso! Llevo toda la noche observándote, Eidan Mendoza McGowan.

Le suelto de golpe y pongo los brazos en jarras.

—Las casualidades no existen, cielo. Sé que tú llevas meses ignorando las señales, pero está pasando todo exactamente como…

—¡Solo es una estúpida profecía sin sentido!

—Ya, igual que lo de Sara y Salazar, ¿no? Y aquí estamos…

—Estamos aquí porque nos enamoramos perdidamente cuando compartimos piso en Clapham, no porque descendamos de ellos. —Eidan enarca las cejas, sacándome de quicio—. ¿De verdad te crees esas chorradas? A veces eres todo un lunaplatense, te guste o no.

—Yo solo digo que la noche de San Juan del 2047 está a la vuelta de la esquina y yo ya estoy acojonado. Estoy convencido de que la profecía hablaba de nuestras hijas.

—¡Pues yo te digo que no tiene sentido! Solo son los pensamientos de una mujer desesperada porque no consiguió salvar a su amor.

—Elena…, por favor, razona: Sara dejó escritas esas palabras antes de que ocurriera el ritual, mucho antes de enamorarse de Salazar.

—Eso no prueba nada…

—¿¡Cómo que no!? ¿Cómo te explicas que mi nombre estuviera en ese diario del siglo XVI?

—No puedo explicarlo… ¿coincidencia? Tal vez ellos lo sabían y por eso te pusieron ese nombre, ¡yo qué sé!

—¡Sara veía cosas del futuro! ¡Ella sabía desde el principio que no llegaría a tiempo para salvarle! Igual que sabía que ella sola no podría salvar a sus hijos. ¿Por qué te crees que nunca tuvieron descendencia juntos?

—Veamos, me estás preguntando por qué una mujer soltera del siglo XVI no tendría descendencia con su amante, un hombre en busca y captura por la corona española… Déjame pensar…

—Odio cuando te pones tan sarcástica.

—No es sarcasmo, es una dosis de realidad. A veces necesitas que te la inyecte.

—Me admira y horroriza a partes iguales que estés tan tranquila después de lo que nosotros mismos vivimos.

Sujeto su rostro entre mis manos para tranquilizarlo.

—Cariño, todos murieron en esa cueva. No quedó nadie que pueda llevar a cabo esa profecía. Tranquilo, ¿vale? El mayor reto al que tienen que enfrentarse nuestros hijos es una boda, un bebé y un corazón roto, porque te garantizo que Gala va a volver a casa con nosotros llorando de lo lindo por culpa de ese idiota. Y como no podemos evitarle el dolor, lo único que podemos hacer es coger un piso con dos habitaciones para cuando nuestra pequeña regrese a casa.

—¿Neta no estás ni un poco preocupada? No sabemos si todos murieron aquel día…

—Tampoco podemos asegurar que Sara y Salazar no tuvieran descendencia… Te recuerdo que no hay escritos de la época, más allá de lo que encontró mi abuela.

Suspiro. Me cruzo de brazos. Doy vueltas por la habitación. Le observo alucinada cuando mueve la cómoda que, con ayuda de una alfombra persa, cubre una trampilla secreta donde escondemos algunas reliquias familiares que hemos ido recopilando de la casa de nuestras

respectivas abuelas.

—¡Mira esto! —ruge, señalando una línea con el dedo—. El diario de Sara es muy claro al respecto. «Revivirá la semilla del mal». Una larga secuencia de hechos que ocurrirán hasta llegar al momento exacto que, todo parece indicar era el solsticio de verano del 2047. Todo está ocurriendo tal cual está escrito en su diario.

Cierro el diario de golpe y le miro pidiendo clemencia.

—Es solo una leyenda, Eidan. Sabes que, cuando juntamos la diadema y la máscara, no ocurre absolutamente nada. ¿Por qué esta vez iba a ser diferente?

—¿Acaso no has oído el nombre que Gaia le va a poner a su bebé? ¡Dime que eso ha sido también una coincidencia!

—¡Por Dios, cariño! Ni siquiera sabemos si va a tenerlo o si será una niña…

—Lo será.

—Solo se han dejado llevar por la emoción de nuestro relato. Eso no prueba nada… Te recuerdo que a mí también se me ocurrió llamar así a Gala.

—¿Cómo puedes decir esas cosas, después de lo que vivimos?

—¡Porque no quiero que la historia se repita!

—La historia es cíclica. Te guste o no, se repite cada cierto tiempo. Y tenemos que estar preparados.

—¿Podemos irnos a dormir? La magia no existe, pero el cansancio sí, y estoy destrozada.

—¿Que la magia no existe? ¿Y cómo le llamas tú a lo que me haces sentir cada día, después de tantos años juntos?

—¿Almas gemelas? ¿Química? ¿Biología? ¿Respeto? ¿Cariño? ¿Confianza? Se me ocurren muchos más nombres si quieres…

—Lo que tú digas, cielo. Pero esto se viene conmigo a Londres… —asegura elevando en alto la máscara de su antepasado y el diario de Sara—. Y tu diadema también.

—Si te sientes más protegido llevándonos una máscara y una diadema, me parece bien. Le sumo mi pisapapeles de piedra volcánica, te recuerdo que me sirvió para defenderme de ti la noche en que nos conocimos…

—¿Te estás cachondeando de mí?

—¡Jamás! —Completamente—. Vámonos a la cama, anda… Seguro que podremos seguir discutiendo allí…

Epílogo 2:

Radio GaGaGa

—Así que voy a tenerte por Londres dando por saco, como en los viejos tiempos.

Gael sonríe a Gaia, la mediana del clan Mendoza-Fernández, desde su rincón secreto, una casa en un árbol del jardín que Gael y Eidan construyeron cuando las niñas eran pequeñas. El mismo lugar que antaño sirvió de escenario para juegos infantiles y peleas, hoy es el centro de operaciones de una conspiración entre hermanos.

—Eso parece… Oli asegura que no le importa quién sea el padre biológico. Soy la chica de sus sueños y no va a dejar que este contratiempo arruine lo nuestro. ¿No es adorable? —contesta ella, risueña, con la mirada puesta en el futuro.

—Me parece muy maduro por su parte. Ni se te ocurra dejarlo escapar, a mí me ha llevado casi cuarenta años encontrar uno de los buenos…

—Por eso yo me he saltado la espera y he ido a por uno de cuarenta directamente… —asegura Gala, confiando en que su historia con Iván tendrá un final feliz.

Sus hermanos intercambian una mirada cargada de un significado que no comparten con la pequeña.

—No quiero molestaros a ti y a Casey. Igual me mudo un tiempo con mamá y papá hasta que las cosas con Oli sean más estables… —Gaia retoma la conversación.

—¡No digas tonterías! Tu habitación sigue tal y como la dejaste cuando nos mudamos a España. Será un placer tenerte de vuelta por casa, de veras —asegura su hermano—. ¿Y tú, qué, enana? ¿Neta vas a cruzar medio mundo para seguir a ese tipo al que apenas conoces?

—¡Claro que lo conozco! Nos llamamos cada día y… los dos estamos deseando que llegue agosto para reunirnos en Vietnam. Está sufriendo mucho en Tailandia sin mí…

—¿No es Tailandia famoso por sus masajes con final feliz? —bromea Gaia con voz queda. Su hermana la asesina con la mirada—. Perdona, sí… Iván está enamoradísimo de ti y os conocéis muchísimo después de… tres citas y un puñado de llamadas telefónicas.

—Vosotros no le conocéis, ¿vale? No podéis juzgarle. Iván me quiere. Acepto que le gusta mucho la fiesta, pero igual es mi Salazar y yo soy su Sara y necesita que le salve de…

—…una vida de sufrimiento llena de alcohol, drogas y mujeres hermosas —completa Gael, chocando en alto con su otra hermana—. No te enfades, mocosa, que solo te estamos chinchando.

—Os tragaréis vuestras palabras, ya lo veréis —asegura Gala, picajosa—. Que seáis mayores que yo no significa que siempre tengáis razón.

—Chicos, vamos a hablar de lo de esta noche, que estoy cansada y me quiero ir a dormir… ¿Creéis que papá y mamá se lo han tragado?

Gaia mira a sus hermanos con cierta preocupación palpable en el rostro.

—¿Bromeas? ¿Acaso no viste la cara de papá cuando le soltaste que no era tu padre? —confirma su hermana—. ¡Tenía el corazón en un puño! Y Mamá se veía tan apurada que no sabía ni cómo contarnos esa historia.

Gaia busca una certeza en el rostro de su hermano mayor, quien de pronto, parece demasiado serio.

—Has hecho un magnífico trabajo. Llevo años detrás de ellos para que suelten prenda, y

gracias a esta pequeña triquiñuela, hemos conseguido que nos den toda la información que necesitábamos sobre La Luna de Plata. Hay que estar preparados para lo que venga...

—No entiendo por qué no podemos contarles la verdad —susurra Gala, a quien toda esta historia le da mucho respeto—. Tal vez ellos reconozcan la letra de la nota o…

—Igual solo fue una broma de algún idiota… Jack, por ejemplo, —prueba Gael, pero sus dos hermanas niegan con la cabeza, sabiendo que hay algo más detrás de un simple trozo de papel.

—No trates de convencernos… —ruega Gaia, analizando los hechos con frialdad—. Cito textualmente: «Sé lo que habéis hecho y pagaréis por ello». A mí me parece bastante evidente que se referían a lo que pasó aquella noche. Además, la segunda carta en blanco tenía una moneda lunaplatense en el sobre, la misma que mamá encontró en el desván de Yvaine. Si queréis, podemos ignorar las señales, pero a mí me parece que está pasando algo…

—¡Pero es imposible! —insiste Gael, resistiéndose a creer que esa pesadilla pueda estar de vuelta—. Lo habéis oído igual que yo: todos murieron en esa cueva.

—Todos no… —Gaia saca su libreta de notas y empieza a revisarlas—. ¿Recordáis algo que pone en el primer libro, *La Piedra del Sol*? Papá tenía otro primo en Escocia del que nunca hemos oído hablar.

—¡Es cierto! Isobel tenía un hijo con su marido. Cuando papá y mamá se conocieron, él estuvo en una boda en las Highlands. Tú también estuviste allí, hermanito, tienes que saber de quién hablamos…

Gael frunció el ceño, sabiendo que su teoría tenía demasiado sentido.

—Sí, el primo Angus. Es un buen hombre, trabaja en el campo y vive ajeno a los líos familiares, no le veo capaz de…

—¿A poco ves a mamá capaz de enfrentarse a nadie? Si es patosa, despistada… Un desastre como agente —analiza Gaia—. Y ahí la tienes, salvando el mundo.

—Vale, supongamos que Angus es quien ha enviado esas cartas. —Gael está tan nervioso que no para de toquetear los juguetes que aún descansan en esa diminuta casa, el recuerdo de una infancia feliz—. ¿Creéis que está buscando venganza?

—Es una posibilidad, ¿no? —Gaia se encoge de hombros—. Al fin y al cabo, los phoenixbonders mataron a toda su familia. Si es un lunaplatense, la relación está clara. Y si no…, supongo que se habrá hecho preguntas durante todos estos años…

—Eso no suena tan descabellado. Angus no me preocupa, pero… sí que pueda tener a alguien más detrás.

—Si Gina, Viggo y papá proceden de ese campo de concentración, también es posible que haya más como ellos, ¿no? —sugiere Gala—. Y no sabemos en qué bando están.

—¡Joder! Me estáis rayando muchísimo entre las dos. —Gael suspira, llevándose las manos a la cabeza—. Yo no quería darle importancia a esto. Debería centrarme en la boda y…

—Propongo que se lo contemos a los phoenixbonders —insiste Gala—. Ellos sabrán qué hacer.

—Pues yo creo que ha llegado nuestro momento de vivir aventuras. ¿Estáis conmigo en esto?

Gaia mira a sus hermanos con una determinación que asusta. Aunque prefieren asentir, sabedores de que, cuando a Gaia se le mete algo en la cabeza… rara vez se equivoca.

—Sea lo que sea, lo resolveremos los tres juntos —concluye Gael, estirando el brazo al centro para que sus hermanas unan sus manos, como si fueran tres mosqueteros.

—Los cinco… —susurra Gaia entre dientes—. Algo me dice que a Jack y Oli les va a encantar esta historia.

Canciones

Como ya habrás observado, la música ha sido una parte imprescindible en el proceso creativo de esta historia.

¿Quieres conocer las canciones que inspiraron la saga?

Puedes escucharlas todas en mi cuenta de Spotify.

Agradecimientos

Normalmente empiezo esta página agradeciéndotelo **a ti**, lector/a, que has decidido darle una oportunidad a esta saga con todos los libros que hay en el mundo que merecen ser leídos. Y voy a hacerlo… ¡Un millón de gracias! Gracias por llegar hasta aquí y acompañar a mis chicos durante estos tres años de aventuras disparatadas, en los que soy consciente de que más de una vez habrás querido tirar la toalla al no saber de qué iba la película. Espero haber aclarado tus dudas en esta última entrega y que lo hayas disfrutado tanto como yo disfruté escribiéndolo.

Después sigo por **mi marido y mi familia** (que también se lo merecen, por aguantarme durante mis trances literarios). Pero, esta vez, voy a dejarlos a ellos para el final porque quiero dedicarle esta página a **cinco mujeres maravillosas** que han dejado un trocito de ellas en esta historia.

Déjame que te cuente algo…

Hace exactamente tres años, publicaba ***La Piedra del Sol (El caso McGowan I)*** sin que nadie me hubiera leído (a excepción de mi madre, que me adora y no es demasiado objetiva que digamos…), corregido o dado su punto de vista sobre esta historia. La mayoría de mis amigos no leían demasiado y, los que lo hacían, no tenían tiempo para un debut de casi 700 páginas o no hablaban español.

Tampoco ayudó que mi impaciencia me llevara a querer sacar la novela lo antes posible… Pero es que esta saga llevaba muchos años cociéndose a fuego lento en mi cabeza y en mi ordenador, mucho antes de aquel viaje recorriendo México en el 2017, que me dejó tan maravillada; e incluso antes de mi mudanza a Londres en el 2012.

¿Por qué te cuento esto?

Porque tres años después, estas mujeres han hecho que haya tenido una experiencia muy distinta (e inolvidable) mientras corregía esta obra y el Síndrome del Impostor me atacaba en mis horas más bajas. Ahí estaban ellas para decirme que, por mi culpa, no podían dormir por las noches. Y yo estaba encantada de ser la causante de sus ojeras…

Muchas gracias por vuestros comentarios, preguntas, correcciones, apoyo, cariño incondicional. Por compartir conmigo la emoción y la ilusión de esta novela. Y, sobre todo, por ser vosotras. Ellas son:

- **Mi madre**, quien me ha dejado pasmada al leerse casi setecientas páginas en menos de una semana, y aún más sorprendida al volverse defensora de Ethan McGowan, con la tirria que le tenía antes…

- **Carmen Fernández *(@la_biblioteca_de_carmen)***, quien, con el tiempo, no solo se ha convertido en mi gurú de la novela romántica, sino en una amiga, y una de las primeras personas que, sin conocerme de nada, apostó por mí y por esta trilogía. No puedo estar más agradecida de que te cruzaras en mi camino. Gracias por tu amistad, tus consejos y por ser tú.

- A **Laurelle (@laurelleeyescribe),** con quien mantengo un extraño juego en el que se ha leído cada una de mis novelas en un formato y circunstancias diferentes.

Gracias por esos audios matutinos analizando exhaustivamente la obra y arrancándome más de una sonrisa. Nunca se me olvidará tu feedback sobre esa bachata en Gili T en la que Elena "se queda embarazada de Ethan por esporas".

Muchísimas gracias por ser una de las primeras lectoras de esta saga, y de las primeras personas que me ha acompañado en mi aventura literaria.

- A **Lorena Gómez**. Muchas gracias por estar siempre al pie del cañón como mi lectora cero. Algún día podremos tomar ese café pendiente.

- A mis Supernenas (sabéis que sois un pack indivisible), las también escritoras **Charlotte T. Loy y Jessy CM**. Son tantas las cosas, que no sé por dónde empezar… Bueno, sí…

Si hay una verdadera víctima de un complot en esta historia, esa no es Elena… ¡sino **Charlotte**! Ha sido muy divertido tenerte toda la saga engañada, creyendo que el final sería otro mucho más dramático (mención especial a Jessy por haberse aliado conmigo).

Jessy, lo siento por involucrarte, desde ese día dejamos de ser las Supernenas literarias para convertirnos en las brujas de *Hocus Pocus*.

Charlotte, no nos borres de la taza ni te vengues con tus guerreros. Recuerda lo mucho que te queremos...

Tener a Charlotte como lectora cero es que te surjan dudas que ni te habías planteado antes y te toque estrujarte los sesos para resolverlas. Es que te pongan a prueba y te lleven al límite.

A ella tienes que agradecerle muchas de las preguntas que Elena le hace a Ethan, mucha de la trama que queda resuelta en este libro, pues os confieso que eran dudas de Charlotte y no de Elena o mías…

Muchas gracias por tus correcciones, tu amistad, el feedback más honesto que nadie me haya dado jamás, tus sugerencias, tus teorías rocambolescas y mucho mucho más.

¿Y qué decir de **Jessy**? Podría escribir un libro solo con las amenazas tan creativas que me ha ido lanzando estos meses por si se me ocurría matar a cierto personaje, del que ha fundado su propio club de fans. ¡Si hasta ha hecho una taza con mensajes subliminales para convencerme de que cambiara el final durante uno de nuestros directos!

Sin quererlo, Jessy tiene un papel muy importante en esta novela. Verás…, yo tenía la historia más o menos formada en mi cabeza, abierta a la improvisación, y con un final un pelín impopular. Pero entonces llegó ella y, tras leer *La Luna de Plata*, me soltó un inocente y confidente «*yo creo que Ethan la ha dejado porque la está protegiendo*». ¡Bendita la hora en que soltó la frasecita! Fue como un efecto mariposa que desencadenó una serie de procesos creativos en mi cabeza que derivaron en… Bueno,

en mucho de lo que has leído aquí.

Gracias a las dos por los buenos momentos (jamás se me olvidará la cara de pánico de esa pobre camarera cuando me preguntasteis en un restaurante de Londres «*¿De verdad has matado a Ethan?*» y yo os respondí muy seria: «*Sí, lo he matado. Pero ha muerto muy bien*»).

Por llegar a mi vida cuando más me hacía falta tener a alguien que amara tanto los libros como yo. Por compartir conmigo las emociones y dramas que solo las del gremio comprendemos.

Por las historias maravillosas que creáis por vuestras plumas... y las que están por llegar.

Por demostrar que la unión hace la fuerza, porque no hay nada más bonito que tres escritoras ayudándose en vez de compitiendo entre ellas.

Gracias por hacerme reír, sufrir, trabajar y sudar la gota gorda (que ya tiene mérito en un invierno inglés) para sorprenderos con el desenlace. Por este torbellino de emociones que ha sido corregir el libro con vosotras.

Me ayudáis a ser mejor escritora cada día.

Y ahora sí…

A **Miguel**, que es mi mayor fuente de inspiración, el mejor compañero de vida que nadie podría soñar, y el único que podría aguantar mis idas de pinza en esta locura de profesión que he escogido. Gracias por dejarme plasmar un poquito de ti en Ethan.

A mi **abuela** que, aunque ya no está, ha liderado mis musas desde su cielo para que me ayudaran a encontrar la diadema de Sara.

A **tod@s los booktubers, bloggers, tiktokers y bookstagrammers** que habéis dedicado un espacio en vuestros perfiles para reseñar mi novela, darme feedback y hacer que siga creciendo como escritora cada día, con especial mención a **@lalokadeloslibros_84** (precursora del mote que aparece en este libro, Ethan McHuevos) y **@leyendoconestrella.** ¡Sois maravillosas!

A **M.M. Ondicol**, que aún se encuentra leyendo el primer libro, decidiendo si odia a Ethan o no, y me regala muy buenas conversaciones cada día.

A **Deborah G. Sánchez** (@Deborah_gs), por ser una maravillosa escritora y compañera. La pobre tuvo que ayudarme a resolver los problemas técnicos cuando maquetaba esta novela…

A mi **familia de norte a sur**, por tantos buenos momentos, y por animarme a cumplir mi sueño cada día.

A **mis amigos**: me siento afortunada de decir que sois muchos para mencionaros a todos y estáis demasiado repartidos por todo el mundo. Gracias por demostrar que la amistad no entiende de tiempo ni distancias.

Y sobre todos, **a tod@s mis lector@s**. Vuestro cariño ha conseguido que esta terapia que surgió para matar el aburrimiento pandémico se conierta hoy en una trilogía. Gracias por acompañar a mis chicos en sus trepidantes aventuras, y a mí en mi evolución como escritora.

Nota de la autora

No sé cómo voy a superar a Ethan y Elena.

Te confieso que han sido muchos años maquinando esta historia, muchas noches despertando con una escena en mi cabeza que necesitaba escribir. Horas de documentación. De canciones. De viajes sin moverme del sitio. De emociones a flor de piel.

Dicen que los escritores siempre dejamos un poquito de nosotros en nuestra primera novela, y no sois pocos los que me habéis ido diciendo durante estos tres años que Elena es mi alter ego. Te confieso que hasta que me lo dijisteis, no sabía cuánto hay de mí en ella. Cuanto de mí hay en esta historia, a pesar de que sea obra de mi imaginación y haya salido por la punta de mis dedos.

Por eso me pareció divertido añadir ese toque al final en el que Elena usa mi nombre como pseudónimo para publicar ***El caso McGowan*** como si fuera un hecho real. Ya sabes lo que dicen en estos casos: todo parecido con la realidad… es pura coincidencia.

Todo lo que has leído es mera ficción extraída de mi inquieta mente, a la que le encanta fabricar ideas rocambolescas, jugar con la línea del tiempo a su antojo y mezclar churras con merinas. Así que, si alguna vez te topas con alguien con una preciosa piel canela y unos impactantes ojos verdes, no lo juzgues pensando que podría ser lunaplatense.

Asimismo, si estás pensando en veranear en The Skerries, te alegrará saber que no han volado por los aires (o, al menos, seguían en su sitio en el 2023 cuando acabé esta historia…), aunque lamento decirte que no hay mucho que ver allí… No encontrarás tesoros ocultos ni cuevas con secretos escondidos de la humanidad, sino unos islotes remotos y tranquilos donde no habita un alma. Aunque es perfecto para avistar frailecillos, focas y otros animales acuáticos…

Si he tardado tanto en escribir esta novela es porque no quería ponerle fin, no estaba preparada para despedirme de ellos después de todas las alegrías y penas que me han hecho vivir durante estos años. Después de tantas aventuras. Han sido tantas las veces que he cambiado de parecer, generando con ello una vuelta de tuerca en la historia... Reconozco que a veces la vena dramática venció a la romántica en esa lucha entre dos lobos en la que no sabía a cuál alimentar (la misma que Ethan menciona en el capítulo de Niágara): Elena se iba a quedar con Míster E.; Eidan era otra persona, Ethan iba a morir en la cueva para convertirse en un mártir; morirían los dos, a lo Romeo y Julieta, y sería Gina quien le contara a Gaia esta historia de mayor…

Otra cosa que tal vez no sepas es que, aunque la primera novela de la saga vio la luz en 2021, diez años antes ya había comenzado a esbozar a los personajes y su historia de amor. Por aquel entonces, iba a ser una comedia romántica entre compañeros de piso, al más puro estilo *Friends*, y los personajes tenían otras inquietudes y otros nombres.

¿Y cómo se metamorfoseó en esto que tienes entre tus manos? ¡No lo sé! Tal vez fuera una de las consecuencias de ser una escritora brújula, que me dejé llevar y, al final, fui la primera sorprendida. Tal vez fuera ese viaje a México lo que me cambió. Como si esos lugares mágicos me hablaran y me contaran historias ficticias que solo yo podía oír.

Aunque me duele decirles adiós después de tantas tardes compartiendo confesiones en alguna

cafetería de Londres, me quedo con la certeza de que esta no va a ser una despedida. Como habéis podido intuir, Radio GaGaGa vienen pisando fuerte y están deseando continuar esta historia (algún día) y meterse en unos cuantos líos.

De tal palo…

Además, mis personajes son traviesos y les encanta saltar de un libro a otro para colarse entre sus páginas. Igual ya te has dado cuenta de que en esta novela hay algunos intrusos: Vega, Tristán, Leah Madison, y una referencia a Lucas y Sofía. Todos tienen su propia historia, que podrás descubrir en cualquiera de mis otras novelas que mencionaré más adelante sin él.También a los lugares les gusta aparecerse en el libro equivocado. Y en esta novela se ha camuflado un escenario de una de mis próximas novelas, ¿imaginas cuál es?

Por último, pedirte que si te ha gustado esta novela, no te olvides de dejar una valoración o reseña, correr la voz y contactarme a través de las redes sociales. Tu apoyo es fundamental para seguir creciendo cada día.

Y si te animas a escribir algo, no te olvides de etiquetarme @deborahpgomez (Facebook, Instagram y TikTok), y usar los hashtags #edlm, #elcasomcgowan y #estrelladelamañana. ¡Estoy deseando leerte!

Sobre la autora

Periodista de profesión y escritora por vocación, esta vallisoletana-cántabra afincada en Londres aprovechó el primer confinamiento pandémico para escribir su primera novela, ***La piedra del Sol (El caso McGowan I)*** y, desde entonces, no ha parado de darle a la tecla.

Desde pequeña disfrutaba creando historias y personajes, a los que veía con tal nitidez, que parecían reales, con lo que estaba condenada a ser escritora... o a acabar en un manicomio.

En sus novelas puedes encontrar mezclas muy rocambolescas (thriller de aventuras con comedia romántica o viajes en el tiempo, por ejemplo) y esa mezcla es precisamente uno de los elementos que la definen como autora.

Desde 2023, combina la publicación de comedias románticas con el sello Selecta, de **Penguin Random House,** con la publicación de thrillers románticos y novelas de aventuras a través de Amazon.

Además de los libros, le apasiona la fotografía, bailar descalza, viajar, los animales y el mar. Odia el invierno (¡aunque le encantan las tardes de lluvia!) y tiene una adicción confesable al café y al chocolate negro.

OBRAS PUBLICADAS:

- La Piedra del Sol (El caso McGowan I)
- La Luna de Plata (El caso McGowan II)
- Estrella de la Mañana (El caso McGowan III)
- La noche que Thor conoció a Catwoman
- De “La vie en Rose” a la vida en “Grease”
- Siete días para enamorarte, un año para olvidarte
- Tantas Navidades y ninguna noche buena

Si quieres saber más sobre la autora o futuras publicaciones, visita su perfil de Instagram o su página web **www.deborahpgomez.com**.

Web: https://www.deborahpgomez.com/
Instagram y TikTok: @deborahpgomez
Goodreads: Deborah P. Gómez
Facebook: https://www.facebook.com/Deborahpgomez

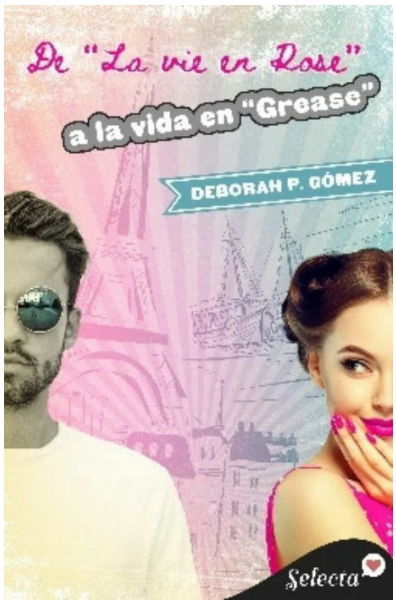
DE “LA VIE EN ROSE”
A LA VIDA EN “GREASE”

¿Quién dijo que las segundas partes nunca fueron buenas?

Vega siempre supo que algún día sería una diseñadora famosa, aunque para ello tuviera que dejar atrás sus humildes orígenes y romper con Orión, el amor de su vida. Pero ahora que lo tiene todo, su perfecta vida de color rosa está a punto de cambiar.

Dispuesta a ahogar sus penas, Vega se emborracha hasta perder el conocimiento. Horas después, despierta en una aldea asturiana que dice ser su pueblo natal. Pero Asturias ha cambiado mucho desde la última vez que estuvo allí... En vez de escanciar sidra, ahora beben batidos de manzana, visten y bailan como si se hubieran escapado del musical Grease y han sustituido las gaitas por música rockabilly. ¿Cómo ha llegado hasta allí? Y lo más importante… ¿por qué todos creen que viven en 1952?

Solo hay una cosa que no ha cambiado en este tiempo y es Orión, que sigue guardándole rencor por su rechazo y está dispuesto a demostrarle lo que se ha perdido estos años.



SIETE DÍAS PARA ENAMORARTE, UN AÑO PARA OLVIDARTE

Una mujer en plena crisis personal. Un actor al que no le llega su oportunidad. Un pacto de siete días... o no. Porque, a veces, el amor llega cuando menos lo andas buscando.

Me llamo Estela, estoy a punto de entrar en la crisis de los cuarenta, y no tengo ni idea de qué quiero hacer con mi vida. Lo único que sé es que ir a esa estúpida reunión de negocios en Nueva York el día de San Valentín, no entraba en mis planes. Pero a mi jefe, como siempre, le importaba un bledo mi opinión. Y yo (también como siempre) no supe negarle nada porque soy idiota...

Tal vez, no lo hice porque este viaje es justo lo que necesito para encontrarme. Probar cosas nuevas. Hacer una locura donde nadie me conozca. Perder los papeles (o, al menos, desordenarlos un poco). Explorar mis propios límites. Tener un tórrido romance con Tristán, un camarero al que no tengo intención de volver a ver... ¿o sí?

Pensándolo bien... Son solo siete días, ¿qué podría salir mal?

TANTAS NAVIDADES
Y NINGUNA NOCHE BUENA

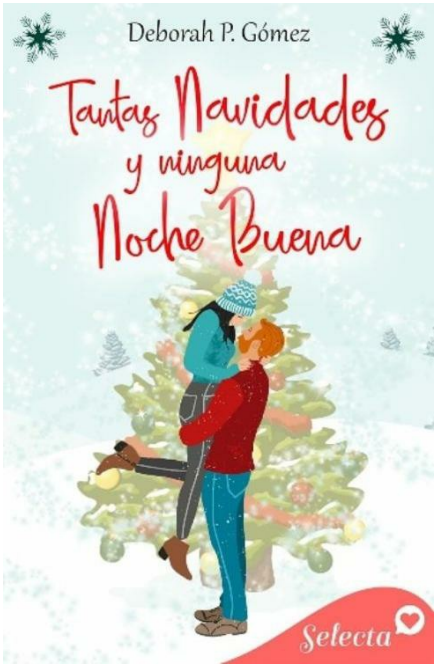
Cuando un desconocido arruina su última cita a ciegas, Haizea decide que está harta de perder el tiempo chateando con fracasados. Pero sus hermanos la convencen para que use toda esa experiencia amorosa para encontrarle novia a su padre viudo.

De la noche a la mañana, su vida se convierte en un sinfín de chats y encuentros con señoras, en busca de la compañera perfecta para su padre. Hasta que llega Ana María… una cántabra con mucha personalidad que consigue volverlo del revés.

Las cosas entre ellos parecen ir viento en popa, hasta el punto de juntar a las dos familias en Navidad para afianzar su relación.

Solo hay un problema: ella ya conocía de antes a Alex, su futuro hermanastro, y no guarda un recuerdo particularmente grato de él...

Por suerte, la Navidad solo dura tres semanas. Y después, no tendrá por qué volver a ver a Alex jamás...



[1] Un Mississippi, dos Mississippi, tres chupitos de whiskey, ¿estás en camino? Estamos un poco entonados, ven y bésame. No puedo esperar, no puedo esperar…

[2] Voz inglesa: Término inglés que hace referencia a cualquier mujer atractiva de cierta edad, que podría ser la madre de quien usa el término.

[3] Voz inglesa: Ethan se pronuncia Izan en español, que es además su nombre equivalente.

[4] Voz inglesa: "*I ate you*" versus "*I hated you*".

[5]Voz mexicana: coloquialismo para decir que algo es muy bueno o bonito.

[6] Voz mexicana: persona que adopta modales y costumbres estadounidenses.

[7] Voz inglesa: apelativo cariñoso, baby, bebé, nena.

[8] Del inglés *wetback*, la expresión se refiere de manera muy despectiva a los inmigrantes ilegales en Estados Unidos, a menudo usado para denominar a los mexicanos.

[9] Voz mexicana: amigo muy querido y en quien se confía.

[10] Literalmente, "cream" en inglés es crema o nata y "pie" pastel. Al unirse, hacen referencia a una práctica sexual. Por el contrario, a los pasteles de nata típicos de Portugal, muy consumidos en el Reino Unido, se les llama también en inglés "pastel de nata".

[11] Voz inglesa: compañero de aventuras, ese amigo con el que te metes en líos o tu alma gemela, dependiendo del contexto.

[12] Al Gin tonic se le llama coloquialmente "Gin t." (pronunciado "yin ti") y té verde se dice "green tea" (pronuciado "grin ti").

[13] Voz mexicana: procedente de "me vale madres", me importa un carajo, me da igual.

[14] Voz gaélica escocesa e irlandesa: ¡Salud!